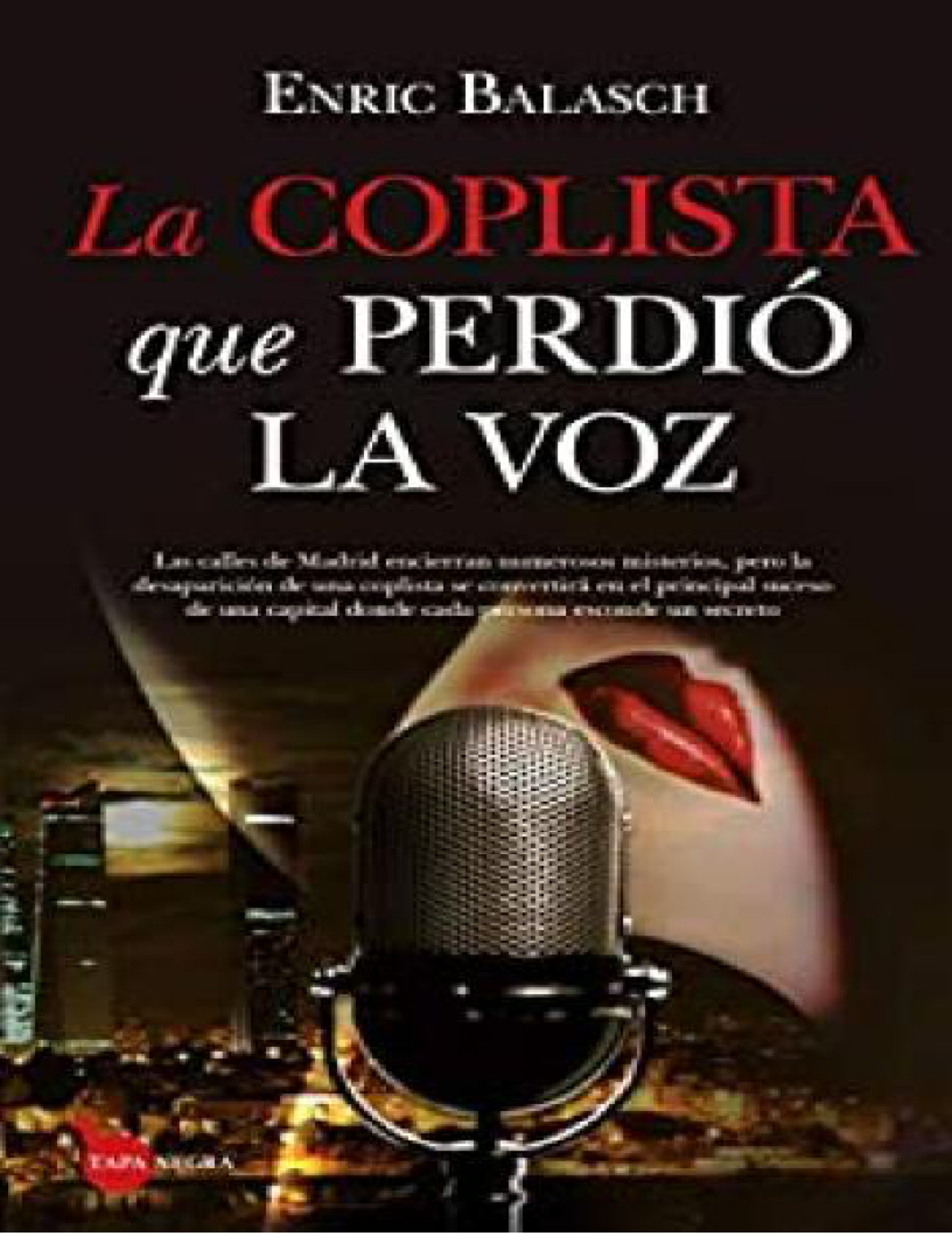
ENRIC BALASCH

La COPLISTA *que* PERDIÓ LA VOZ

Las calles de Madrid encierran numerosos misterios, pero la desaparición de una coplista se convertirá en el principal secreto de una capital donde cada persona esconde un secreto



Enric Balasch

La coplista que perdió la voz

© Enric Balasch, 2019

© Editorial Almuzara, s.l., 2019

Autor representado por Silvia Bastos, S.L.

Agencia Literaria www.silviabastos.com

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright».

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial Almuzara

•

Tapa Negra

Director editorial: Antonio E. Cuesta López Editora: Ángeles López Diseño y maquetación: Joaquín Treviño Ebook: Rebeca Rueda

www.editorialalmuzara.com pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

ISBN: 978-84-1779769-0

A mi hermano, Alfons Balasch

Hasta que el pueblo las canta, las coplas, coplas no son, y cuando el pueblo las canta ya nadie sabe el autor.

Manuel Machado

Nota de gratitud

Para recrear algunas escenas de esta novela se han tomado estrofas de coplas que figuran entre las más populares e importantes de la historia de la música popular española. Por esta razón, me siento en deuda con sus letristas y compositores a quienes deseo expresar mi agradecimiento más sincero. Sin más dilación debo citar a Juanito Valderrama y Manuel Serrapí por El emigrante, a José Jaime Espinosa y José Campuzano por Amigo conductor que, pese a no ser una copla, se ha utilizado en una escena de esta novela, a Genaro Monreal, Francisco Naranjo y Camilo Murillo por Campanera, a Xandro Valerio, Rafael de León y Manuel López Quiroga por Tatuaje, a Antonio Quintero, Rafael de León y Manuel López Quiroga por Y sin embargo te quiero, No me quieras tanto, Ay pena, penita, pena y Las cosas del querer. A todos gracias. De la misma manera quiero expresar mi admiración a Joel y Ethan Coen, directores y guionistas de la película El gran Lebowski, por haber utilizado una de sus frases en los diálogos.

Debo también hacer extensivo este agradecimiento a Yolanda Ruiz Arranz, por animarme a escribir esta novela, a mi agente, Silvia Bastos, por sus notas y consejos para mejorar el original, así como a Pau Centelles y Gabriela Guilera, de la agencia literaria, por atender siempre mis consultas, a Gonzalo Albert por su lectura constructiva y sus muchas notas y matices para mejorar el original, y a Ángeles López, mi editora, por sus sugerencias a la hora de publicar esta novela.

Capítulo. 1

A causa de las inclemencias el viaje desde Madrid le había llevado más horas de las previstas. El capitán Alberto Soriano se detuvo varias veces para estirar las piernas, repostar gasolina y darse un almuerzo digno de un pachá: un cocido completo, media hogaza de pan, casi una botella de vino, que supuso peleón por su tapón y capuchón de plástico, y un carajillo de anís. El alcohol le enrojeció las mejillas y expulsó el frío de su cuerpo. Si le sometían a un control de alcoholemia rompería la máquina. ¡Bah! La Guardia Civil nunca se atrevería a multarle. A poco que impusiera su autoridad se cuadrarían como estatuas de hielo.

Por la autovía de Extremadura avanzó sin ningún problema, pero al desviarse a la altura de Navalmoral de la Mata hacía Talayuela el trazado de la vía cambió de súbito. Curvas, curvas y más curvas. La carretera parecía trazada por una culebra. Se las veía y deseaba para llegar a Guijo de Gredos en su moto Sanglas, recuperada de un desguace de Valdemoro, a la que había acoplado un sidecar de fabricación china que compró en una chatarrería de Pinto. Las motocicletas no estaban hechas para el invierno salvo en los países que el calor mordía las carnes en cualquier estación. Tras abandonar la Legión pensó en marcharse a vivir a Puerto Rico, Cuba o la República Dominicana, los cementerios de elefantes de los jubilados europeos. Allí el frío era un animal extinto y las mujeres, en diciembre o enero, vestían faldas cortas y escotes amplios para gozo de puertorriqueños, cubanos y dominicanos.

Se aferró al manillar de la Sanglas, aceleró y casi se traga un quejigo que sombreaba la linde de la calzada. El viento racheado, que soplaba desde hacía horas, le había arrastrado hacia la cuneta en varias ocasiones, pero había salvado los trances con pericia. Para colmo el día anterior había nevado y, aunque las máquinas quitanieves se habían esmerado en limpiar el asfalto, las umbrías ocultaban la trampa siempre mortal de las placas de hielo. Bien sabían los dioses que le guiaba a la serranía un motivo de extrema gravedad. De lo contrario solo un loco se aventuraría en pleno invierno y en moto por una carretera de montaña.

El capitán Soriano aminoró la velocidad para ganar estabilidad. En algunos tramos la rueda trasera de la moto perdía agarre, culebreaba y

el peso del sidecar hacía peligrar su equilibrio. Si tenía un accidente podía darse por muerto. Nadie le socorrería. La carretera estaba desierta. Su recuerdo quedaría reducido a un ramillete de crisantemos depositado por su hija en el quitamiedos. Crisantemos de dolor. ¡Qué buen título para una copla! Consultó el reloj que había instalado en el manillar: las 20:30 de una noche tan oscura como sus pensamientos. El libro de geografía de España, que estudió de niño en un liceo de Ronda, aseguraba que la vertiente meridional de la sierra de Gredos era más cálida que la septentrional, pero estaba convencido de que sus autores nunca habían puesto un pie en estos parajes. El aire helado penetraba por las rendijas de su ropa y le cortaba la piel como una hoja de afeitar.

Al enfilar una recta, de apenas cincuenta metros, vio titilar unas luces y a poco el rótulo del pueblo que le recibía: Jarandilla de la Vera, una villa señorial, de abolengo, tan desierta como la carretera. El frío y la nieve habían encerrado a sus vecinos en las casas, al calor de las chimeneas y salamandras alimentadas con maderas de encina y pino. Los bares, restaurantes y comercios, que jalonaban la avenida principal, también habían cerrado sus puertas a falta de clientes. El conductor de una máquina quitanieves, estacionada en la cuneta, le miró como si viese un espejismo. Alberto Soriano le devolvió la mirada y alzó la mano para saludarle. Ni él se creía que hubiese llegado a Jarandilla. Ya faltaba menos. Andaba pendiente del cruce a Guijo de Santa Bárbara, a la altura del palacio de los condes de Oropesa reconvertido en parador de turismo. A partir de Jarandilla la carretera aún se complicaba más. Estaba cerca de alcanzar su meta. A unos diez kilómetros: cinco de Jarandilla a Guijo de Santa Bárbara, y otros cinco hasta Guijo de Gredos. Apretó los dientes, para que dejaran de castañearle, y aceleró.

Capítulo. 2

Al finalizar su jornada laboral Joaquín Ayuso tenía la sana costumbre de ducharse y cambiarse de ropa, para desprenderse del hedor a estiércol y a vacuno que impregnaba hasta el último poro de su piel, después de trajinar todo el día con las vacas de su cabaña. En verano los animales daban menos tarea. Pastaban en las praderías comunales de Guijo de Gredos y, en algunas ocasiones, hasta dormían en el monte. Pero en invierno permanecían estabuladas a causa de las bajas temperaturas y la falta de pastos de diente. Si una vaca pasaba frío dejaba de dar leche. Algo nefasto para sus intereses.

Su rutina diaria podía equipararse a la perfección del balanceo de la varilla de un metrónomo. Se levantaba a la seis de la madrugada, desayunaba un tazón de leche y galletas y se despedía de Ángela Moreno, su esposa, dándole un beso en los labios con la delicadeza de una pluma mientras ella, arrebujada en el edredón de la cama, lanzaba algún suspiro de complacencia o, entre el velo del último sueño, susurraba para decirle que le amaba. Joaquín se reunía en la plaza Mayor, frente a la portada de la iglesia de la Circuncisión de Jesús Niño, con Olegario, su rabadán, un mozo del pueblo, aquejado de una merma de su capacidad intelectual a causa del síndrome de Down, que contrató para facilitarle su integración social y ayudar a sus padres. Los dos se encaminaban a las afueras, hasta una nave propiedad de Joaquín que servía de establo a casi trescientas vacas pardas suizas.

Al llegar comprobaban el nivel del gasóleo del sistema de calefacción y lavaban las ubres de las vacas para muñirlas sin esfuerzo y ahorro de tiempo gracias a un sistema de ordeño automático. La máquina, dotada de los últimos adelantos técnicos, le había costado un buen dinero pero había merecido la pena. Hace años el ordeño le ocupaba parte de la mañana y ahora lo ventilaba en un pispás. Después revisaban los conductos de extracción de la leche, para comprobar que estuviesen limpios, y una vez a la semana los desinfectaban. Finalizada la operación colocaban las copas de ordeño, que imitaban la succión de los terneros, en las ubres de las vacas y regulaban la presión para evitar que el aparato causara lesiones a los animales o les provocara una mastitis. Al concluir Joaquín comprobaba en el ordenador, que incorporaba el sistema, el pH de la leche, el contenido en grasa y otros parámetros analíticos. El aparato también le

informaba de si alguna vaca había disminuido su producción y decidía, en función de los registros, la dieta que debía administrarle. La jornada proseguía con la retirada de los excrementos. Ayudados de una limpiadora de agua de alta presión lavaban el suelo para borrar los restos de orines. Fregaban el hormigón para garantizar su higiene, la mejor prevención para impedir que las vacas enfermaran, reponían la paja, distribuían el pienso en los comederos y administraban los medicamentos prescritos por el veterinario a los animales que lo requerían. Así, hora tras hora, con un breve descanso para el almuerzo, consumían la jornada.

En invierno su trabajo concluía sobre las seis de la tarde. Joaquín regresaba a casa acompañado de un hedor tan pegajoso y desagradable como intenso, y Ángela, en el poco francés que aprendió de niña en la escuela, se burlaba diciéndole que olía a eau de Bonyic. Ella le obligaba a ducharse y adecentarse para la cena. Solía dejarle la ropa sobre la cama y caldearle el baño con un calefactor eléctrico. A Joaquín la ducha le dejaba nuevo. Le relajaba los músculos y le mitigaba el dolor de espalda que se hacía más frecuente a medida que cumplía años. Se vestía la ropa planchada con agua de rosas y su olor le recordaba que la felicidad estaba en las pequeñas cosas. Entretanto Ángela le zurcía los desgarros del traje de faena, limpiaba el casete de la chimenea o reponía la leña para mantener el salón y el comedor calientes, mientras en la cocina borboteaba una sopa de tomate o de ajo a la extremeña, algún guiso de carne o una cazuela de bacalao al estilo de Alcántara. El olor de las viandas flotaba en el aire y a Joaquín, ya vestido y sentado frente a la chimenea y la pantalla del televisor, se le hacía la boca agua. Repasaba el listado de su extensa videoteca para decidir qué película verían esa noche, acurrucados en el sofá, cubiertos por una manta de lana y sus manos entrelazadas, regalándose caricias que, en ocasiones, les llevaban a perder el interés por la película y a entregarse a los placeres del sexo. Su pasión por el cine le convertía en un experto.

Joaquín detuvo su dedo sobre la lista. Eligió ¡Quiero vivir!, de Robert Wise (1958), un duro alegato contra la pena de muerte en Estados Unidos que narraba un hecho real protagonizado por Barbara Graham, una prostituta acusada de asesinato pese a la falta de pruebas y a declararse inocente, y la campaña a su favor organizada por el periodista Ed Montgomery. Barbara Graham fue ejecutada el 3 de junio de 1955 en la cámara de gas de la prisión de San Quintín (California). Joaquín sabía que a Ángela la película le gustaría. El cine negro le encantaba y ¡Quiero vivir! figuraba entre los mejores filmes del género. Colocó el deuvedé en el aparato reproductor y lo dejó listo.

—¡En cinco minutos a cenar! —gritó Ángela desde la cocina.

Joaquín sonrió complacido.

Capítulo. 3

La Sanglas atacó el último tramo de la carretera que conducía a Guijo de Gredos. La fuerza del aire se había acentuado y una ventisca cerrada dejó a Alberto Soriano sin visibilidad. El faro de la motocicleta penetraba con su luz solo unos metros el manto blanco de copos arrancados por el viento a las copas de los árboles. El capitán Soriano apretó los dientes. Si relajaba la mandíbula una tiritona incapaz de controlar convertía su boca en las castañuelas de un fandango. Acostumbrado a las tormentas de arena en el desierto las ventiscas le parecían peores y lo atribuyó a que en el Sáhara iba mejor equipado. Tenía que haberse agenciado un mono de piel de doble capa, un casco integral de visor abatible, unas botas impermeables y unos guantes de neopreno, pero debido a las prisas por salir zumbando se había vestido con las prendas de su fondo de armario: una gabardina de loneta y forro de franela, un pantalón de pana gruesa, unas botas de tela, un casco de camuflaje para el desierto, que carecía de la homologación legal para circular en moto, y unas gafas militares contra esquirlas que utilizaba a bordo de las tanquetas durante las patrullas de reconocimiento.

Se frotó los cristales de las gafas, para limpiarlos de nieve, y vio las luces mortecinas de las primeras farolas de Guijo de Gredos. Suspiró aliviado, como el náufrago que divisa una isla. Giró el puño del gas y un acelerón le situó en la calle arbolada que daba entrada al pueblo. Detuvo la Sanglas y echó un vistazo a su alrededor. No había ni un alma. Ni siquiera vio luz en las ventanas, cegadas por los postigos para aislar las casas del frío. De las chimeneas brotaba un agradable olor a leña quemada. Hacía un par de años que no visitaba Guijo de Gredos, desde la boda de Joaquín y Ángela, y dudó sobre la dirección a seguir. Arrancó de nuevo, buscó la plaza Mayor, se detuvo frente a la iglesia de la Circuncisión de Jesús Niño y sonrió al recordar que allí se guardaba y veneraba el Santo Prepucio.

Frenó la Sanglas. El único bar de la plaza estaba cerrado. Una campanada del reloj de la Casa Consistorial marcó el primer cuarto de las diez. Se apeó de la moto y recorrió a pie los soportales de la plaza sujetos por columnas y basas de granito. De los arcos y desagües colgaban carámbanos amenazadores. Reconoció la calle que arrancaba del ángulo sur. El hogar de Joaquín y Ángela quedaba cerca. Regresó a la moto, que había dejado al ralentí por precaución, y tomó la

dirección correcta. Giró un par de veces y al final reconoció la vivienda: una casa de tres plantas, paredes de sillarejo, alero de madera y techumbre a dos aguas. Paró el motor un poco antes de llegar, para evitar que el petardeo del escape alertara de su presencia, y se apeó de la Sanglas. La aparcó bajo un cobertizo y caminó aterido hacia la casa. La nieve había calado sus botas de tela y su pantalón de pana. Estaba al borde de la congelación. Sus manos, moradas, sin apenas sensibilidad y circulación, le temblaban. Se quitó los guantes, las frotó y echó el aliento en las puntas de los dedos para recobrar el tacto. Sacó de un bolsillo interior de la gabardina un teléfono móvil, diseñado para personas mayores, sin más función que llamar y recibir llamadas. Marcó un número y esperó impaciente.

Capítulo. 4

Ángela Moreno sirvió la sopa de fideos, que había preparado del caldo sobrante de un cocido, y Joaquín Ayuso cortaba rebanadas de pan, de una hogaza candeal de medio kilo, mientras aguardaba a que ella acudiera a la mesa para empezar a cenar. De segundo plato Ángela había cocinado una jugosa tortilla de atún y aderezado una ensalada de lechuga, tomate y cebolla dulce, de la usada para elaborar los embutidos de la matanza. Joaquín se dispuso a tomar la primera cucharada de sopa y sonó el teléfono.

—¿Quién será? —dijo Ángela, extrañada por la hora.

—Alguien para que cambiemos de compañía telefónica —le respondió Joaquín, sin intención de levantarse.

—¡Coge el teléfono! —le ordenó—. ¡Puede ser algo importante!

Joaquín miró su reloj de pulsera: las 21:36. Nadie solía incordiarles a esa hora. Tras varios timbrazos descolgó malhumorado por la interrupción.

—¿Diga?

—¿Joaquín Ayuso?

—Sí. ¿Quién es?

—Alberto Soriano.

—¡Capitán! —Joaquín miró a Ángela—. Qué alegría tener nuevas de usted.

—Lo mismo digo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Hablamos —recordó— hace un año. Si no me equivoco.

—Y otro desde que nos vimos frente a frente. ¿Cómo le trata la vida?

—Mal —gruñó—. Ando más jodido que un viejo con juanetes y almorranas.

—Todos sufrimos achaques. —Se tocó la espalda de forma instintiva —. La edad nunca perdona.

—Tengo ganas de veros y charlar un rato.

—Nosotros también. Porque no viene a visitarnos un día. Ya sabe dónde tiene su casa.

—Te tomo la palabra —dijo sin más, y colgó.

Joaquín se quedó mirando el auricular sin comprender la corta conversación que acababa de mantener, pero sabía que Alberto Soriano era hombre parco en palabras y le quitó importancia. Colgó y sentó de nuevo a la mesa.

—¿Cómo está? —le preguntó Ángela, igual de sorprendida que él. Si ella hablaba con alguna de sus amigas pasaba una hora al teléfono.

—Creo que bien —dijo, indiferente—. Ya sabes cómo es.

—Sufrió muchas fatigas en el Sáhara.

—Y yo también. Entraba en la nómina.

Joaquín cogió la cuchara para llevarse un sorbo de sopa a la boca y sonó la aldaba de la puerta. Ambos cruzaron miradas. Ya nadie usaba el llamador. Desde la invención del timbre eléctrico las aldabas y picaportes se habían convertido en simples objetos de adorno, salvo si cortaban la luz.

—¿Y ahora qué? —protestó Joaquín.

—Vamos, abre y deja de piarla.

Joaquín Ayuso resopló. A este paso se le enfriaría la sopa y le gustaba tomarla caliente. Posó la cuchara en el plato, anduvo hacia la puerta, descorrió los pestillos y abrió. Sus ojos estuvieron a punto de saltarle de las cuencas. Alberto Soriano estaba plantado frente a la puerta, como un pasmarote, sujetando un móvil en la mano derecha y vestido como la reencarnación de Pierre Nodoyuna, el protagonista de la serie de dibujos animados Los autos locos.

—¡Capitán! —exclamó Joaquín, sorprendido.

—Como ves —dijo— he aceptado tu invitación.

Ángela, en un segundo plano, permanecía con la boca abierta, como si

hubiese sido testigo de un hecho paranormal.

—Pase…, pase… —dijo para invitarle a entrar.

Alberto Soriano sacudió el agua de su gabardina, se quitó el casco y las gafas militares, y Joaquín le condujo al salón. Al entrar el calor de la chimenea le reconfortó de las penurias del viaje.

—El último autobús de Plasencia llega a las seis de la tarde —dijo Ángela—. ¿En qué ha venido?

—En moto.

—¿En qué? —espetó Joaquín, incrédulo.

El capitán Soriano dejó sus atavíos en una silla y extendió las palmas hacia la chimenea para calentárselas.

—Hace unos meses —dijo— compré en un desguace una Sanglas cuatrocientos, la antigua moto de la Guardia Civil, y decidí repararla y acoplarle un sidecar. Un amigo de Madrid me prestó su taller y me puse manos a la obra. Siempre quise tener la moto más emblemática de la Benemérita.

—¡Está loco! —espetó Joaquín—. Podría haberse matado.

—Digamos que he tenido suerte.

Ángela le vio estremecerse de frío. Su barbilla temblaba pese a los esfuerzos que hacía por disimularlo. Su pantalón y sus botas estaban ensopadas de agua. El capitán estornudó un par de veces.

—Acompáñeme —dijo—. Tiene que quitarse la ropa o cogerá una pulmonía.

Ángela condujo al capitán a la alcoba destinada para acomodar a sus huéspedes, a los amigos que les visitaban de tarde en tarde, y de un armario sacó unas zapatillas, un pijama de algodón y un albornoz de polartec, y los dejó sobre la cama.

—Dese una ducha para entrar en calor —le aconsejó— y póngase esta ropa. Me encargaré de lavar la que trae.

—Me incomoda causaros molestias.

—Usted siempre es bienvenido.

—Gracias. Os considero parte de mi familia.

—Eso me enorgullece.

—A mí mucho más.

—En el mueble del baño encontrará jabón, champú y toallas. Use lo que necesite. Volveré para recoger su ropa. Déjela en el pasillo.

—Quisiera afeitarme. Con las prisas no he tenido tiempo.

—Si busca en algún cajón hallará una barrita de jabón, cuchillas desechables y una brocha.

Asintió y Ángela salió de la habitación. A poco regresó, vio un montón de ropa en el suelo y escuchó correr el agua de la ducha. Recogió las prendas y las metió en la lavadora. Al terminar las pasaría a la secadora y en unas horas estarían listas. Regresó al salón. Joaquín estaba enfurruñado.

—Espero —dijo al verla— que tenga un buen motivo para presentarse de esta manera.

—¡Bah! No se lo tomes en cuenta. Parte de nuestra felicidad se la debemos a él. Estuvo a tu lado y te ayudó a encontrarme.

—Sí —admitió—. No lo he olvidado. Pero…

—Voy a calentar la sopa —le cortó para no entrar en polémica—. Se ha quedado fría y debo servir un plato más.

Joaquín se sentó en el sofá, frente a la chimenea, y caviló los motivos que habían llevado a Alberto Soriano hasta su casa en plena ventisca, sin avisar y de noche cerrada. Una completa locura. Ni siquiera las ambulancias, si había hielo en la carretera, se atrevían a subir a Guijo de Gredos. Llegado el caso los enfermos eran evacuados en tractor o en un todoterreno de tracción a las cuatro ruedas. Ángela, en la cocina, puso un cazo de caldo al fuego y le añadió un puñado de fideos para estirar la sopa. Colocó la tortilla en el microondas, para calentarla, y dispuso en una fuente unas lonchas de jamón de bellota y una torta del Casar. La visita inesperada le obligaba a improvisar. Temía que la cena quedara corta para tres personas.

Capítulo. 5

Media hora más tarde Alberto Soriano se presentó en el salón. Tras la ducha y el afeitado tenía mejor aspecto. Su cara había recobrado su color natural y un ligero toque bronceado. Había resucitado igual que Lázaro de Betania. Al llegar, a causa del frío y la mojadura, estaba desencajado y macilento. Solo un hombre de su buena condición física podía soportar las condiciones del viaje. El capitán se colocó frente a la chimenea. Las llamas le reconciliaron con el presente. En algunos momentos difíciles del camino pensó en desistir, en buscar refugio en cualquier motel de carretera o en un área de servicio a la espera de que el temporal de nieve y viento amainara. Pero el motivo que le había obligado a ponerse al manillar de su Sanglas le animó a seguir. Las adversidades nunca le habían echado atrás. Las vivía como un desafío, un reto de la vida que le ponía a prueba.

—¿Tiene apetito? —le preguntó Ángela.

—Los nervios me han quitado el hambre.

—Sentémonos a la mesa —propuso Joaquín—. Las tripas me ronronean.

—Me gustaría tomar un vasito de vino.

Ángela se dispuso a complacerle. Joaquín la detuvo. Cogió la jarra de barro que utilizaban para servir el vino de mesa y se levantó.

—Nuestro invitado merece una atención.

Joaquín dejó la jarra en la cocina, bajó al sótano, reconvertido en bodega, y regresó provisto de una botella de buen vino extremeño. La descorchó y sirvió unas copas.

—Exquisito —aprobó Alberto Soriano, con un chasquido de la lengua.

Ángela sonrió. La tensión de los primeros momentos había desaparecido y el encuentro se había convertido en una reunión de viejos amigos. Joaquín y ella le debían parte de su felicidad al capitán Soriano. Ángela le vio tomar la sopa, comer su ración de tortilla y atacar al jamón ibérico y a la torta del Casar que untó generosa en una rebanada de pan candeal. Joaquín y el capitán recordaban anécdotas y

sucesos de sus días en el Tercio. Terminaron la cena y se acomodaron en las butacas del salón para dar buena cuenta del vino que restaba en la botella. Joaquín deseaba conocer los motivos que habían llevado al capitán a presentarse sin previo aviso, a una hora intempestiva y contra viento y marea.

—¿Qué le inquieta? —le preguntó sin rodeos.

Alberto Soriano se acarició la barbilla, suave tras el afeitado, miró a ambos preocupado, dio un sorbo de vino y levantó de su butaca. Estaba intranquilo. No podía disimularlo.

—Como suponéis —dijo, andando de un lado a otro del salón— mi visita nada tiene de cortesía. Necesito tu ayuda Joaquín.

—Diga la cifra —asintió— y le daré un talón al portador.

—¡No quiero dinero! —exclamó, al comprender que había errado sus palabras—. Cobro la jubilación máxima y tengo arrendado mi taller de Ronda. Cuartos me sobran.

—¿Entonces?…

—Quiero tu ayuda, de legionario a legionario.

—Yo…

El capitán Soriano se cuadró marcial en mitad del salón.

—¡A mí la Legión! —gritó.

A Joaquín la proclama le pilló desprevenido. Alberto Soriano invocaba el Credo legionario y solo debía hacerse en caso de extrema gravedad. Dejó la copa sobre una mesa de centro, se levantó y también se puso firmes.

—«A la voz de ¡A mí la Legión! —recitó solemne el cuarto mandamiento de los doce que componían el Credo—, sea donde sea, todos acudirán y, con razón o sin ella, al legionario que demande auxilio ayudarán».

Permanecieron firmes unos segundos, cara a cara, se saludaron al estilo militar, con los dedos de la mano derecha juntos, apoyados en la sien, y la palma orientada hacia el suelo. Un saludo que, según le enseñaron al capitán en la Escuela de Oficiales, arrancaba en la Edad Media, en las justas que enfrentaban a dos caballeros: antes de

lanzarse al galope, uno contra el otro, se saludaban alzando la celada de su casco. Ángela contemplaba la escena como si participara en una sesión de teatro interactivo, convencida de que ambos se habían fumado a escondidas un «cigarrito de la risa», pero Joaquín, desde que abandonó la Legión, nunca más había probado la grifa y suponía que el capitán tampoco. Para alguien que nunca había combatido en el Sáhara contra los marroquíes, codo a codo con un compañero de armas, el espíritu del Credo sonaba a chiste malo, a patriotismo trasnochado, a falso nacionalismo puesto en valor por la dictadura franquista, pero para los legionarios se trataba de algo sagrado, de una cuestión de honor, de un juramento del que solo les libraba la muerte y obligaba a socorrer a un compañero en apuros. Ese espíritu lo reflejaba el segundo mandamiento del Credo: «Jamás se abandonará a un hombre en el campo de batalla hasta perecer todos».

Joaquín y Alberto Soriano recuperaron la comodidad de sus butacas, apuraron de un trago el vino de las copas y Ángela les sirvió el resto de la botella. Presintió una noche larga y avivó el fuego de la chimenea con unos tarugos de encina. La pregunta de Joaquín sobre los motivos que guiaron al capitán hasta su casa quedó en parte resuelta. Tenía problemas y, a su manera, le solicitaba su ayuda. Un legionario nunca dejaba en la estacada a un compañero. Joaquín estaba dispuesto a tenderle una mano amiga.

—Capitán —dijo—. Háganos un resumen de la situación.

Alberto Soriano inspiró hondo, bebió un sorbo de vino, como si precisara aclararse la garganta, y clavó los ojos en las llamas que mordían la leña. Meditó un instante la forma de abordar los hechos y suspiró.

—Hace dos meses —dijo— conocí a una mujer…

Ángela dio rienda suelta a su emoción.

—¡Está enamorado! ¡Le han robado el corazón!

—Sí —admitió—. Me enamoré hasta la médula y bien sabe Dios que amé a mi difunta esposa hasta el último de sus días.

—¡Fantástico! —exclamó Joaquín—. Para pedirme que apadrinara su boda no precisaba invocar el Credo. Será un placer ser testigo de su compromiso. ¿Verdad Ángela?

—Desde luego. Me haré un vestido para la ocasión.

Alberto Soriano agachó la cabeza, como si se avergonzara de algo, terminó el vino de su copa y miró a Joaquín a la cara.

—Hace cuatro días que ella ha desaparecido.

—¡¿Qué…!? —exclamó Ángela.

—Será mejor que empiece por el principio.

—Sí —dijo Joaquín—. ¿Desea beber algo más?

Negó con la cabeza. Quería mantener su mente lúcida.

—Como sabéis —dijo— vivo en Madrid, en casa de mi hija y mi yerno desde que enviudé. Me mudé para tener compañía y les estoy muy agradecido por su generosidad. Pero algunas noches la soledad me embargaba y salía a callejear.

—Necesitaba compañía —diagnosticó Ángela.

—Frecuentaba salas de baile para gente mayor, pubs y tablaos, y alguna que otra noche terminaba en la habitación de un hotel encamado con una viuda desconsolada que se pasaba más rato mostrándome las fotos de sus nietos que haciéndome el amor.

—Ligar a partir de los cincuenta —afirmó Joaquín, por su propia experiencia— resulta complicado salvo para Warren Beatty que, según su biógrafo, se ha acostado con doce mil setecientas setenta y cinco mujeres.

Alberto Soriano sonrió. Joaquín, en su calidad de cinéfilo apasionado, siempre acompañaba sus palabras de una anécdota.

—Con mis escapadas nocturnas —siguió— jamás pretendí hallar a una mujer para compartir la vida. Solo un poco de sexo para templar el cuerpo y el ánimo.

—Y sin quererlo se enamoró —incidió Ángela.

—Una noche —continuó, como si no la hubiese oído— acudí al Café de la Bohemia. ¿Lo conocéis?

Joaquín negó y Ángela asintió. Figuraba entre sus antiguos feudos para reclutar clientes.

—Está cerca de la plaza Mayor —dijo ella—. Tuvo su buena época en los noventa, pero entró en decadencia y se convirtió en un tugurio

para nostálgicos.

—Queda cerca del piso de mi hija y puedo ir andando —argumentó—. Me ahorraba coger la moto o un taxi. Así podía beber a mi antojo. Además, los camareros son españoles de raza, pasan de los cincuenta y puedo pedirles un lumumba, un raf, un cubalibre gitano o un calimocho sin que me miren como si fuese un marciano.

Joaquín cabeceó para demostrar que estaba de acuerdo.

—Y ella —quiso saber Ángela, con la mosca detrás la oreja—, ¿qué hacía allí?

—Cantaba —soltó, en tono meloso, como si acabara de libar en un panal de miel.

—¿Una folclórica? —espetó Joaquín.

—Sí —admitió—. Se llama Cristina Losvalles pero actúa con el nombre artístico de la Amapola de Triana.

—Una cantaora de flamenco —supuso Ángela.

—Coplista —la corrigió.

—¡Liado con una chica de la farándula! —bromeó Joaquín—. ¡Quién lo diría!

—Enamorado hasta las trancas.

—¿Le corresponde? —dudó Ángela.

—Sin un ápice de duda. Se muere por mis huesos y teníamos planes de futuro.

—Vaya, vaya… —sonrió Ángela, pícara, y le guiñó un ojo.

—Nunca imaginé que le gustasen las coplas —incidió Joaquín.

—Las detestaba —confesó—. Para mí las coplistas eran nostálgicas de la dictadura, pero Cristina me hizo cambiar de opinión. Me prestó cedés de Miguel de Molina, Carlos Cano, Diana Navarro, Falete, Antonio Molina, Silvia Pérez Cruz o Concha Buika y comprendí que en la copla estaba el sentir del pueblo llano. Por eso los capitostes del franquismo la usurparon en beneficio propio. Falete cantando Lo siento mi amor o Carlos Cano en María la Portuguesa me ponen los vellos de punta.

—Discrepo —protestó Ángela—. Mi madre escuchaba coplas y algunas letras son ridículas.

Se levantó, para liberar el diafragma, hinchó los pulmones y entonó:

Tengo que hacerme un rosario con tus dientes de marfil

para que pueda besarlo

cuando esté lejos de ti…

Alberto Soriano permaneció serio, pero Joaquín soltó una carcajada.

—De escribirse El emigrante ahora —dijo— las asociaciones contra el maltrato a las mujeres pondrían el grito en el cielo. Arrancarle los dientes a tu novia para hacer cuentas de rosario parece a todas luces violencia de género.

—La copla me devolvió las ganas de vivir —arreció—. Al son de sus letras me he enamorado y algún día, si escucháis a Cristina, tener por seguro que seréis forofos de ella.

—Nadie lo duda —convino Ángela, para rebajar la tensión.

El capitán sacó una fotografía del portarretratos de su cartera y les mostró a la mujer que había trastocado su vida.

—¡Es guapísima! —exclamó Ángela, sincera.

La foto mostraba a una mujer, en la línea de los cincuenta, de físico agraciado, vestida de traje de noche, de cuerpo y cola de encaje, tirantes y un escote capa que mostraba, en su caída, el arranque de los pechos; los labios pintados de rojo pasión y un micrófono clásico, de reluciente acero cromado, pegado a su boca. La foto, dedujo, de alguna de sus actuaciones.

—Parece más joven que usted —incidió Joaquín.

—Tiene cuarenta y siete años —precisó—. Le llevo casi veinte de ventaja.

—Deben rondarla cientos de moscones —curioseó Ángela.

—Un yogurín —ironizó Joaquín.

Ángela le lanzó una mirada de reproche.

—Una noche —expuso Soriano— entré en el Café de la Bohemia, pedí un raf y me senté a una mesa. Desconocía que hubiese actuaciones en directo y me sorprendí al verla en el escenario. Lucía un traje azul de pedrería, de generoso escote y falda por encima de la rodilla. ¡Qué piernas, Dios mío! Sudo solo de recordarlo. Cristina arrancó a cantar Adiós a España y me encogió el corazón.

—Hay canciones que llegan al alma —dijo Ángela.

—Rememoré mis días en el Sáhara, las lágrimas de mi madre al partir, los consejos de mi padre que nunca seguí, las horas de soledad, la tensión de las escaramuzas con los marroquíes, los funerales por los compañeros caídos por España…

—Removió viejas heridas —afirmó Joaquín.

—Me quedé embobado oyéndola cantar. ¡Qué voz! Al terminar, en un acto reflejo, le cuqué un ojo y ella me devolvió una sonrisa. Envié un mozo a su camerino con una botella de cava y Cristina me invitó a compartirla. El resto se resume a días y noches de felicidad que ya nunca pensé vivir.

—Un flechazo. Cupido le disparó una flecha de su carcaj directa al corazón —dijo Ángela.

Alberto Soriano se frotó la nuca, para aliviar la tensión muscular. El recuerdo de Cristina Losvalles le torturaba aunque intentaba disimularlo.

—Joaquín, tienes que ayudarme a recuperarla —dijo, abatido—. Me temo que le ha pasado algo malo. Ella nunca se marcharía sin más.

—Seguro que hay una explicación lógica para su ausencia —intentó tranquilizarle Ángela—. Quizás ella se ha tomado unos días para atender asuntos personales.

—Me lo hubiese dicho. Cristina nunca daba un paso sin contármelo.

—Puede que esté enferma —elucubró Joaquín.

—No —descartó, rotundo—. Desapareció de forma misteriosa.

—Le escucho.

—Hace cuatro días —relató— me presenté en el Café de la Bohemia a las diez para llevarla a cenar. Solía hacerlo y a ella le encantaba que la sorprendiera. Cenábamos en algún restaurante de la Plaza Mayor, en poco menos de una hora, para que ella tuviera tiempo de preparar su actuación. Al verme el dueño del local me salió al encuentro para preguntarme si sabía algo de Cristina y decirme que había faltado al trabajo. La llamé varias veces desde mi móvil y no contestó. Su jefe también había intentado hablar con ella sin ningún resultado.

—Cabe la posibilidad —dijo Ángela, contundente como un torpedo lanzado directo a la línea de flotación— que se haya cansado de su relación. La diferencia de edad pesa.

—Ni pensarlo. Como os he dicho llevábamos seis meses juntos y nos habíamos prometido.

—Quizá —conjeturó Joaquín— intentaba aprovecharse de la situación y al ver que la cosa iba en serio decidió darle puerta.

—Cristina nunca haría eso. Me quería con toda su alma. Estoy convencido.

—¿De fijo que ha desaparecido?

—A las cinco de la madrugada —siguió—, al cerrar el Café de la Bohemia y en vista de que Cristina no daba señales de vida, decidí ir a su casa. Dejé la Sanglas cerca del café y cogí un taxi. No me sentía con ánimos de conducir. Al llegar a su portal, llamé al timbre y nada. Como si la tierra se la hubiese tragado.

—Raro —admitió Joaquín, inquieto por los hechos que desgranaba su amigo.

—¿Dónde vive? —terció Ángela.

—En Ciudad Pegaso.

—Un barrio chungo.

—De obreros. Desde que tú anduviste por Madrid las cosas han cambiado.

—¿Sospecha qué ha podido sucederle? —dijo Joaquín.

—Nada bueno.

—No sea pesimista —intervino Ángela—. De seguro que su silencio

tiene una causa lógica. Las mujeres, a veces, necesitamos estar solas para pensar.

Alberto Soriano hizo un gesto de desaprobación.

—Me aposté en una esquina —expuso, para que comprendieran su turbación— y vigilé el portal y las ventanas de su piso a la espera de que una luz delatara su presencia. Las habitaciones permanecieron a oscuras y nadie entró o salió del portal salvo una pareja de jóvenes que regresaba de juerga.

—Tiene una doble vida —pensó Ángela en voz alta.

—En su día a día todo entraba dentro de la normalidad.

—Siempre hay un pasado.

—¿Cuánto rato estuvo vigilando? —incidió Joaquín.

—Una hora. A eso de las seis, todavía de noche, decidí actuar.

—¿Qué hizo?

—Salió un vecino y aproveché para colarme en el portal. Cogí un pañuelo me lo enrollé en la mano, para evitar dejar huellas, y forcé la puerta del cuarto de los contadores eléctricos. Me colé en el patio de luces y, como un vulgar ratero, trepé por un tubo de desagüe hasta la ventana de su baño.

—Para matarse —resopló Ángela.

—Vive en un tercero y todavía me mantengo en forma.

—¿Y si un vecino llega a verle? —le amonestó Joaquín.

—Le hubiese convencido de que había perdido las llaves.

—Siga. Me temo que rompió el cristal de la ventana y entró.

—¡Qué bien me conoces! —suspiró—. El piso estaba revuelto, patas arriba. Alguien había registrado las alcobas a conciencia.

—¿Ha denunciado su desaparición a la Policía? —inquirió Ángela.

—Ni pensarlo. Desconfío de la pasma. Las desapariciones de mayores casi nunca se investigan más allá de unas preguntas a los familiares y Cristina no tenía parientes.

—Bien hecho —aprobó Joaquín.

—¿Cómo puedes darle la razón? —protestó Ángela.

—La violencia machista está en el punto de mira de la sociedad y ante la desaparición de una mujer las sospechas siempre recaen en el marido, el amante, el macarra o el novio, y en la segunda y la cuarta categoría encaja el capitán como una bombilla en su casquillo.

—Mirado así —admitió— quizá actuó de manera correcta.

—¿Frecuentaba su piso? —inquirió Joaquín, a cada minuto más intrigado.

—La acompañaba a su casa al terminar la función. Le daba miedo andar sola por ahí. Pero los días que libraba los pasábamos juntos. Yo sentía reparo de que sus vecinos pudiesen pensar mal de ella, la tomaran por una cualquiera. Ya me entendéis. Así que hablé con mi hija, le planteé la situación y alquilé un apartamento, a dos pasos del piso de mi hija, para nuestros encuentros.

—¿Qué puedo hacer para ayudarle?

—Acompáñame a Madrid para investigar qué le ha sucedido. El asunto me huele mal y necesito a mi lado a alguien de mi máxima confianza. Alguien que me cubra las espaldas y mantenga la cabeza fría. Yo me siento incapaz de pensar. Estoy hecho un lío.

—Cuente conmigo. Palabra de legionario.

Alberto Soriano suspiró aliviado. La tensión que le atenazaba desapareció poco a poco. Saber que Joaquín le apoyaba le surtió el efecto de un bálsamo curalotodo. Por primera vez desde la desaparición de Cristina recobró la confianza en sí mismo. Vio la vida de un color diferente al negro. Joaquín sabía enfrentarse a trances delicados. En el Sáhara siempre demostró su valor, en las escaramuzas con las tropas marroquíes, y nunca había protestado al ordenarle infiltrarse en las líneas enemigas para recabar información de inteligencia. Había sido adiestrado por el SIS, el Servicio de Información y Seguridad, para investigar en la sombra, y tenía la paciencia necesaria para no tomar decisiones precipitadas ante la adversidad. Joaquín era su hombre. Su mano derecha.

—¿Dónde ha dejado la moto? —dijo Joaquín.

—En un cobertizo. Al inicio de la calle.

—Hace años lo utilizaban mis padres para almacenar las cántaras de leche. Iré a recogerla y la guardaré en el garaje.

—Yo lo haré. No quiero molestaros más de lo imprescindible.

—Le recomiendo que no salga a la calle de esta guisa —dijo Ángela, y le miró de arriba abajo.

Alberto Soriano tomó conciencia de su indumentaria: pantuflas, pijama azul de algodón y cuadros escoceses, y un albornoz de forro polar. Les dio las buenas noches y subió a su alcoba. Estaba cansado y necesitaba recuperar fuerzas. Joaquín y Ángela se quedaron a solas.

—Voy a buscar la moto —dijo él.

Ángela se levantó, retiró los restos de la cena, colocó los platos y demás cacharros en el lavavajillas y cargó la chimenea de leña. La visita del capitán le había devuelto a la realidad. La felicidad era efímera. Algo que sabía pero se negaba a aceptar. Desde que ella y Joaquín estaban juntos nunca se habían separado. A Ángela le agradaba su vida de ama de casa. Hacerse cargo de forma voluntaria de su hogar y de su marido lo consideraba un privilegio. Había elegido su destino con absoluta libertad y no se arrepentía. Si hubiese querido trabajar fuera de casa Joaquín nunca se lo habría impedido. Se sentía feliz. Disfrutaba de las caricias y besos que se regalaban, del sexo que surgía en cualquier momento y lugar, de las escapadas de fin de semana a un hotelito rural, de las noches al calor del fuego mientras veían una película que Joaquín seleccionaba con el único propósito de adentrarla en el mundo del cine y animarla a compartir su gran afición. Antes le hacía un resumen del argumento y de las mejores escenas para que prestase atención a los detalles. El cine era algo más que sentarse a mirar una pantalla. Joaquín lo consideraba la esencia del pensamiento plasmada en imágenes. Arte con letras mayúsculas. Así, noche tras noche, Ángela había descubierto otro mundo. Una realidad paralela. Una noche, mientras disfrutaban de Pulp Fiction, supo por boca de Joaquín que el guion de la película de Tarantino figuraba entre los textos más soeces del cine: la palabra «joder» se pronunciaba doscientas cincuenta y seis veces.

Capítulo. 6

Joaquín Ayuso guardó la Sanglas en su garaje, junto a su todoterreno, y por una puerta interior accedió a la vivienda. La diferencia térmica le reconfortó. Ángela le esperaba acostada en el sofá, tapada con una frazada y cara de pocos amigos. Joaquín miró la hora. La película tendría que esperar. Retiró el deuvedé del reproductor y lo guardó en su cajita de plástico.

—Se ha hecho tarde —dijo—. ¿Preocupada?

—Sí. Me disgusta que marches a Madrid.

—Solo serán unos días. Haremos algunas preguntas y regresaré.

—Delante del capitán —le planteó, para poner las cartas boca arriba— hemos quitado importancia al hecho, para no alarmarle, pero tú y yo sabemos que la desaparición de esa cantante trae malos presagios.

—¿Por qué?

—¡Su casa estaba revuelta!

—Entraron a robar. Ella se asustó y marchó. Tuvo un ataque de pánico. Incluso me atrevería a decirte que sospecha de Soriano.

—Pretendes quitarle hierro. Lo sé. Pero conozco el Café de la Bohemia. Es un nido de hampones.

—Debo acompañarle. Hice un juramento de lealtad.

—Habláis —le echó en cara —como si todavía estuvieseis en la Legión. ¡Despertad! Tú eres ganadero y él un jubilado que vive de puta madre gracias a sus rentas y a los casi tres mil euros que cobra cada mes de pensión.

—No sigas por ese camino, Ángela.

—¿Te molesta la verdad?

—¡No! —Joaquín elevó la voz por primera vez desde que habían comenzado a discutir—. Me hiere tu egoísmo. El capitán nunca dudó en ayudarme para librarte de las garras de tu proxeneta y arrancarte

del mundo de la prostitución. Se jugó la vida y jamás salió de su boca una palabra de reproche hacia mí.

Ángela Moreno sintió el peso repentino de su conciencia. Ambos estaban en deuda con el capitán Alberto Soriano. Lo sabía pero la aterraba la idea de que a Joaquín pudiera ocurrirle algo malo. No quería perder su vida, tirar por la borda los años de felicidad que habían disfrutado.

—Te quiero —musitó, y echó a llorar.

Joaquín la abrazó y la besó. Ella se entregó a la pasión y, mientras sus lenguas se entrelazaban, el miedo la recorrió el cuerpo. La idea de perderle la atormentaba. Nunca soportaría que la apartaran de su lado. Joaquín notó en sus labios el sabor salado de las lágrimas de Ángela. Le quitó la blusa, le acarició los pechos sin dejar de besarla y ella se estremeció. Sintió su cuerpo relajarse y el deseo sexual invadió hasta el último rincón de su cuerpo. Se había comportado como una verdadera idiota pero había cumplido la promesa que hizo el día de su boda en el Ayuntamiento de Guijo de Gredos. El alcalde les entregó un poema para su lectura que les obligaba a prometerse lealtad, a confesarse los temores, sentimientos, secretos y sueños. Así lo había hecho. Nunca faltaría a su compromiso.

Joaquín le había desabrochado la falda y su mano descendía hacia el pubis. Al rozarle el clítoris la mente de ella quedó en blanco. Los problemas desaparecieron y un sentimiento de plenitud la inundó. Ángela separó sus labios. Quería amarle como la primera vez. Despojó a Joaquín de su pantalón y recorrió su vientre con la punta de la lengua, poco a poco, hasta arrodillarse frente a su miembro inhiesto. Le acarició el frenillo, Joaquín sintió la lengua húmeda y caliente, gimió de placer y cerró los ojos. Ella le masajeó el pene con la mano, para poderle mirar a la cara, y comprendió que él estaba en otra dimensión, al borde del orgasmo. En un espacio intemporal, en un cosmos lejano en que la vida carecía de sentido. Se introdujo su miembro en la boca, notó los latidos del corazón en el glande, los estertores que sacudían sus piernas y una eyaculación copiosa le bañó el cielo del paladar.

Capítulo. 7

La fuerte ventisca había amainado. Las nubes se habían retirado de la sierra de Gredos y el sol resplandecía sobre las lascas y carámbanos convertidos en esculturas abstractas de hielo. Joaquín Ayuso, desde una ventana, observó la mejoría del tiempo. Las cumbres de las montañas, cubiertas de una gruesa capa de nieve, ofrecían un espectáculo único y reconfortante. La nieve aseguraba abundantes pastos para el verano y agua suficiente todo el año. Nunca se acostumbraría a vivir en una ciudad, a levantarse y contemplar desde su alcoba las moles de hormigón que descollaban en la línea del horizonte, las terrazas repletas de antenas de televisión, las fachadas cuajadas de aparatos de climatización, los contenedores de basura malolientes, las hileras de coches aparcados o un cielo plomizo de contaminación. Miró a Ángela. Se desperezaba para vivir un nuevo día. Desde la cocina llegó un ruido de cacharros. Alberto Soriano también se había puesto en danza. Joaquín se vistió una bata sobre el pijama, bajó y le encontró reconvertido en chef. Había encendido la vitrocerámica para calentar leche y preparar café, y la tostadora para dorar unas rebanadas de pan.

—Buenos días —le saludó Joaquín.

—¿Dónde tienes la mantequilla y la mermelada? —dijo, atento al hervir de la leche para evitar que rebosara.

—En esa alacena —la señaló—. Déjelo yo sigo.

—Mis rebanadas muy doraditas, por favor.

Joaquín le observó. El capitán nunca cambiaría. En cualquier situación, hasta el último de sus días, sería un soldado, un oficial de la Legión Española o Tercio de Extranjeros. Un hombre que hablaba dando órdenes, como si todavía estuviese al frente de la tropa.

—A mandar —bromeó Joaquín—. ¿Qué tal ha dormido?

—Como un niño de teta, pero sin teta.

—Me alegro. Ayer parecía cansado.

—Más de ánimo que de cuerpo. No puedo dejar de pensar en Cristina.

—Ya verá como la cosa queda en nada.

—¡Ojalá!

—En cuanto lleguemos a Madrid el asunto se resuelve.

—Esta mañana la he llamado varias veces y su móvil sigue desconectado.

—No se obsesione. Estamos rodeados de montañas y aquí la cobertura es mala.

—Gracias. Venir me ha reconfortado.

Joaquín retiró del fuego el cazo de la leche, quitó la telilla que había formado la nata y le sirvió una taza al capitán Soriano.

—Póngase el café a su gusto —dijo, y posó la cafetera sobre un salvamanteles.

—Buenos días —irrumpió Ángela—. Veo que os apañáis bien sin mí.

—Somos hombres modernos —dijo Joaquín.

Ángela se dirigió a un armario de la cocina y cogió un bote de chocolate soluble. Joaquín vertió leche en un vaso y disolvió dos cucharadas de cacao en polvo.

—¿Vas a comer galletas? —le preguntó Ángela.

—Hoy no —dijo—. El capitán se ha esmerado. No puedo despreciar sus tostadas.

—¿Desayunas como los críos? ¡Galletas y chocolate! —exclamó Soriano—. Si no te conociera pensaría que tienes más plumas que un congreso de vedetes.

—Veo que ha recuperado su buen humor —dijo Ángela.

—Agradéceselo a tu marido.

—¿A qué hora pensáis marcharos?

—En cuanto terminemos de desayunar.

—Sobre la cama —dijo Ángela a Joaquín— te he dejado una maleta con tus cosas.

—Gracias. Termino y sacó el todoterreno del garaje.

—¿Un jeep? —metió baza el capitán.

—Un Range Rover. Para andar por las trochas del monte va de maravilla.

—Pamplinas. Iremos en mi moto.

—¿En su moto? —soltó Ángela.

—Sí.

—El sol calienta pero todavía hay nieve en la carretera.

—Si ayer puede venir —zanjó la cuestión— hoy puedo regresar.

—Capitán…

—Sin discusión.

—De acuerdo —asintió Joaquín, para no contrariarle—. Me prepararé para el viaje.

—Irás en el sidecar como una reinona del carnaval tinerfeño —rio—. Vas a ser la envidia del pueblo.

—Espero que nadie me vea.

Ángela miró a Joaquín preocupada. Se sirvió una taza de café y untó mantequilla y mermelada de naranja en una tostada. Alberto Soriano dio el último sorbo a su taza y levantó.

—Voy a vestirme —dijo—. Me da pereza marcharme, pero el deber me obliga.

—Le he dejado la ropa encima de la cómoda.

—Gracias. Eres un sol. Mientras tú gobiernes esta casa nunca habrá nubes de tormenta. Este mariquita —dijo en broma, y señaló a Joaquín— no sabe la suerte que tiene. Os envidio.

Joaquín y Ángela le vieron subir la escalera que conducía a las alcobas.

—Prométeme que no haréis ninguna locura —dijo ella.

—Tienes mi palabra de honor.

—Llámame en cuanto llegues a Madrid. Estaré con el alma en vilo todo el viaje. ¿Cómo se te ocurre ir en moto? ¿Por qué lo consientes?

—Porque está nervioso —alegó, para justificarse—. Esta mañana ha llamado a Cristina y sigue sin dar señales de vida.

—Confiaba en que todo se arreglara antes de marcharos.

—Quédate tranquila —dijo, y la cogió de la mano—. Mañana estoy de regreso.

—Esa coplista le ha abandonado por miedo al matrimonio. Eso ha pasado. Las mujeres tenemos un sexto sentido para estas cosas.

—Si ha sido así no debes preocuparte. Será fácil averiguarlo.

—La diferencia de edad la ha echado atrás —insistió—. En unos años en lugar de un marido tendría un geriátrico con piernas. Eso si tiene suerte y puede usarlas para andar. Ella lio las maletas y salió al galope. Como un caballo desbocado.

—Quizás estés en lo cierto.

—Vete tranquilo. Cuidaré del ganado.

—Sé que lo harás.

Alberto Soriano regresó a la cocina ataviado con la misma indumentaria que la noche anterior. La ropa seca le daba un aire nuevo.

—Todavía andas en bata —recriminó a Joaquín—. ¡Vamos, vístete! El tiempo apremia. ¡Son las nueve!

—Estoy listo en cinco minutos.

—Mientras pondré la moto en marcha para que se caliente.

Alberto Soriano salió a la calle. Al abrir la puerta un frío intenso entró veloz como el restallido de un látigo. Joaquín marchó a su habitación y Ángela permaneció en la cocina pensativa. A poco Joaquín regresó. Vestía un barragán sobre un jersey de lana y una camisa de franela, un pantalón de pana y unas botas Panama Jack de nobuck. De su mano colgaba la maleta provista de un neceser, varias mudas, un par de camisas, otro par de pantalones y un jersey de repuesto. Ángela se

levantó. Le cogió de la cintura y besó con dos lágrimas en los ojos.

—Nunca me acostumbraré a decirte adiós.

—No es un adiós —sonrió—, solo un hasta luego.

Dos golpes de aldaba apremiaron a Joaquín. Odiaba las despedidas. A él también le costaba dejar a la única mujer que había amado en su vida.

—Llámame —le insistió Ángela.

Joaquín asintió y salió a la calle. Ángela les observó desde el quicio de la puerta, con el puño cerrado para sujetar el cuello de su bata y protegerse del frío. El capitán se despidió de ella con un «gracias por todo», mientras Joaquín sujetaba la maleta en la baca del sidecar tensando un pulpo. Luego intentó acoplarse en el reducido habitáculo.

—No quepo —protestó.

—Vamos, hombre, ni que fueras Pau Gasol.

—Esto es muy pequeño.

—Deja de piar. Que arrancó.

Apenas pronunció la última sílaba dio un acelerón y Joaquín quedó embutido en el sidecar, sin espacio para moverse, como sujeto por una camisa de fuerza. La rueda trasera de la Sanglas patinó en un charco de hielo y agua, el capitán soltó una carcajada y arrancó a cantar al estilo de Perlita de Huelva.

Precaución amigo conductor la senda es peligrosa y te esperan tu madre y tu esposa para darte su abrazo de amor…

Joaquín le miró atónito. Pese a ser el capitán un enamorado de la ópera y haber recibido clases de canto, entonaba peor que una gallina clueca. El viaje iba a hacérsele largo, muy largo. Desconocía las horas que tardarían en llegar a Madrid pero al seguro serían una auténtica pesadilla. Solo esperaba no toparse con una patrulla de la Guardia Civil. Les tomarían por dos chiflados de remate. El capitán vulneraba todas las leyes sobre la circulación en moto.

Capítulo. 8

El hombre de paso apresurado vestía una chupa de cuero, camisa de tela vaquera y un pantalón tejano de hilachas en el bajo de las perneras. Una indumentaria poco apropiada para soportar el frío húmedo de Barcelona que le calaba hasta la raíz de los cabellos. Acostumbrado al clima seco de Madrid la humedad le penetraba los huesos como una carcoma la madera. Miró el reloj digital en la cruz luminosa de una farmacia: las 09:16. Los indicadores horarios desaparecieron y el aparato registró la temperatura: 12º Celsius. En Madrid, con doce grados, el frío apenas se notaba.

Anduvo la Rambla arriba y abajo, en busca de una cabina telefónica, sin ningún resultado. Ya casi no quedaban cabinas y la única que encontró estaba fuera de servicio. Alguien había arrancado de cuajo el auricular. Los móviles habían extinguido a las cabinas como las especies invasoras a la fauna local. Se apartó de la Rambla, el bulevar más famoso de Barcelona pero también el más turístico y carero, se metió en el barrio del Raval, en Ciutat Vella, el antiguo barrio Chino, el feudo del puterío barriobajero, y callejeó sin rumbo. De trecho en trecho pasaba frente a escaparates de productos variopintos llegados de países lejanos para atender la demanda de una inmigración formada en su mayoría por pakistaníes y negros subsaharianos. Dirigió una mirada desafiante a un grupo de manteros negros que vendían deuvedés piratas, y entró en un bar parecido a un campo de refugiados.

—Un café con leche —pidió al camarero, un chino que regentaba el garito.

El hombre de la chupa de cuero se acomodó en un taburete de madera, apoyó las manos en la barra y sus palmas quedaron pegadas a una capa de mugre aceitosa. Varios negros, sentados a las mesas, le clavaron sus miradas. Se sintió como un huevo en un cesto de castañas. El chino le sirvió el vaso con una amplia sonrisa.

—¿Queles comel algo? —dijo.

El hombre echó una ojeada al expositor. Sus cristales exhibían churres de grasa y alguna mosca pegada y fosilizada desde el verano. Había un montón de cazuelitas de guisos desconocidos, platos de arroz cubiertos de un manto verde que supuso moho, una tortilla de patatas renegrida

y cuarteada en los bordes, abulones en salsa que imaginó picantes a rabiar, pedazos de carne rebozados en una harina de color naranja, hojas de bambú rellenas de arroz y gambas, y algo parecido a los churros y porras madrileños.

—¿Qué son? —le preguntó al chino.

—Youtiao —dijo—. Pan flito. Muy lico.

—Dame un par.

Le sirvió los youtiao, envueltos en una servilleta de papel que al instante se embebió de aceite de colza, y marchó a atender a dos marroquíes que cargaban sobre sus espaldas alfombras y piezas de madera de estilo africano fabricadas en algún taller clandestino de los arrabales de Barcelona. El hombre de la chupa de cuero dio un mordisco a la imitación de los churros madrileños y su sabor salado le repelió el paladar. Bebió un poco de café con leche, para enjuagarse la boca, y apuró el resto de un trago. Le supo a demonios. El chino metía en la máquina una porción de café y nueve de malta. Estuvo tentado de marcharse sin pagar.

—¿Tienes teléfono público? —le preguntó.

—No —dijo, sin borrar su sonrisa—. Pelo aquí al lado hay locutolio. ¿Quieles chupito? Glatis, glatis…

—No.

Sobre un anaquel el chino le señaló una botella con tres lagartos, parecidos a las salamanquesas que corretean en verano por las paredes, macerados en aguardiente de arroz.

—Chupito chino bueno pala pito —afirmó, con un gesto obsceno—. Tú tomal y más homble pala contental mujeles.

—¿Qué te debo?, capullo.

—Un eulo. Capullo e flor, ¿no?

El hombre de la chupa de cuero sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa. Más barato y peor imposible. Dejó una moneda de euro sobre la barra y salió a la calle. La presencia de una patrulla de la Guardia Urbana había provocado la estampida de los manteros. Les vio alborotar en una jerigonza incomprensible, correr como alma que lleva el diablo cargando abultados fardos a sus espaldas y a los

policías precipitarse tras ellos empuñando sus defensas. Se topó con un negro que le venía de frente, le puso la zancadilla, rodó sobre el asfalto y esparció una ristra de deuvedés. Nunca había soportado a los negros. Durante sus años de reclusión en las cárceles más inmundas se las hicieron pasar canutas. Allí eran los putos amos. Los reyes del mambo. Una mañana, en las duchas, intentaron penetrarle el as de oros. Se libró gracias a sus nociones de lucha libre. Un policía echó el guante al mantero mientras intentaba a la desesperada recoger los deuvedés. El hombre de la chupa de cuero sonrió complacido de su acción y cambió de acera.

Caminó en la dirección que le había indicado el chino y encontró el locutorio. El cristal de la puerta, tapizado de papeles escritos en alfabetos de grafías extrañas, impedía ver el interior. Entró. Un olor pegajoso a especias le cosquilleó en la nariz. Procedía de la trastienda. Una mujer, vestida con un lehenga, cocinaba algo en un infiernillo mientras un moro, arrodillado sobre una esterilla de rafia, rezaba en sentido a La Meca. Le oyó proclamar el takbir, el mantra por excelencia del islam: Allahu akbar, «Alá es grande». Las cabinas, compartimentos toscos delimitados por mamparas de conglomerado, las ocupaban hombres y mujeres inmigrantes que hablaban a gritos en diferentes idiomas. El encargado, un pakistaní, le miró de soslayo.

—Quiero hacer una llamada —le dijo.

—Cabinas ocupadas.

El hombre de la chupa de cuero les echó una mirada rápida.

—Veo dos vacías.

—Rotas —alegó.

Cogió al pakistaní de la pechera de la camisa y le atrajo hacia sí.

—No pienso repetírtelo.

—Cabinas rotas —insistió.

Abrió la chupa y señaló un machete, sujeto al cinturón en una prominente funda.

—Quiero llamar. ¿Entendido? ¿Te lo digo en urdu?

El pakistaní asintió. Nunca había visto a aquel tipo, de cara espigada, la piel manchada como un leopardo y el cuerpo delgado pero fibroso,

y esperaba no volver a verle jamás. El pakistaní sintió miedo y le temblaron las piernas. Como buen musulmán despreciaba a los infieles, a los kuffar, y aquel sujeto hacía gala de su fe con un crucifijo de oro colgado del cuello. Le clavó la mirada y le indicó una de las cabinas vacías.

—Ruido en auricular —dijo—, pero comunicación.

El hombre se encerró en el habitáculo. Hedía a una mezcla de sudor, curri y páprika, y bajo la moqueta, abultada por la humedad, corrieron a esconderse dos cucarachas de cuerpos ovalados. Las aplastó de un pisotón y escuchó el crujido leve de sus caparazones. Descolgó el auricular, resbaladizo por la mugre acumulada, limpió el micrófono con la bocamanga de su camisa, para borrar las miasmas de la tuberculosis y otras enfermedades infecciosas, y marcó un número. Oyó los timbrazos acompañados de un intenso ruido de fondo.

—Sí —respondió una voz masculina, al otro lado del hilo.

—Soy el Sol y Sombra —dijo.

—Te oigo muy mal —protestó—. Hay interferencias.

—Estoy en un locutorio de mierda y la cabina está en malas condiciones.

—Ya pensaba que la tierra se te había tragado —le reprochó—. Hace cuatro días que no sé nada de ti.

—He estado ocupado, jefe.

—Cuéntame.

—Tuve que patearme Sevilla, palmo a palmo…

—¿Qué?…

El ruido de freidura aumentó e impedía una comunicación fluida.

—¡Que recorrí Sevilla —repitió, alzando la voz— hasta encontrar a Vicente Heredia, alias Vicentito el Bizco! El tipo que compró la credencia. Vive en las Tres Mil Viviendas, un barrio de exchabolistas de La Corchuela y El Vacie, donde ni siquiera entra la Policía.

—¿Desde cuándo se te afloja la vejiga?

—No andaría por la Tres Mil ni por un Bin Laden.

—Yo jamás he visto un billete de quinientos euros.

—Ni los verá. Van a retirarlos.

—Tenemos que averiguar qué pasó con la credencia.

—Tranquilo, jefe —dijo—. Todo está bajo control.

El chisporroteo del auricular cesó.

—Desembucha. Ahora te oigo alto y claro.

—Seguí a Vicentito el Bizco —expuso, sin perder de vista al pakistaní que hablaba a un moro y señalaba su cabina— hasta que descubrí que tenía una amante en el barrio de la Macarena, una tal Loli la Fideo. Una exprostituta que vive a expensas de él.

—¿Loli la Fideo?

—Un apodo que alude a su delgadez. Más que delgada yo diría que es huesuda. Tenderse sobre ella deber ser parecido a tumbarse en la cama de un faquir.

—Ya…

—Su verdadero nombres es Dolores Valcárcel.

—Sigue.

—Una noche —siguió— esperé a Vicentito el Bizco en el portal de Loli la Fideo y al salir le hice cantar las cuarenta.

—¿Compró la credencia?

—Sí, jefe. Vicentito trabaja de chamarilero, recorre el país al volante de su furgoneta y compra y vende muebles y trastos viejos. Incluso diría que trapichea con pequeñas obras de arte robadas.

—¿Te dijo a quién le compró el mueble?

—A una anciana del barrio de Triana que padecía una enfermedad.

—La chica estaba en lo cierto —afirmó—. Les preguntó a las vecinas de su madre por la credencia y le dijeron que la había vendido a un trapero.

—A Vicentito el Bizco.

—¿Has conseguido el mueble?

—Todavía no, jefe.

—¡Explícate! —gritó—. Estoy gastando mucho dinero y quiero resultados.

—Vicentito revendió la credencia a Jaume Valls, un anticuario que regenta la galería ArtBCN del paseo de Gràcia de Barcelona.

—La cosa se complica.

Los ruidos inundaron de nuevo la línea.

—¿Qué?…

—¡La ley de Murphy! —gritó—. ¡Si algo puede salir mal, sale mal!

El zumbido bajó de intensidad hasta convertirse en el vuelo de un moscardón eléctrico.

—Vuelvo a oírte claro. Sigue.

—Cogí un AVE de Sevilla a Madrid y de ahí otro a Barcelona. Esos trenes son una maravilla. En medio día me planté de una punta a otra de España.

—¿Estás en Barcelona?

—En una mierda de locutorio del Raval.

—No conozco la ciudad. Nunca he estado en Barcelona. ¿Dónde duermes?

—Tranquilo —dijo para demostrarle que controlaba la situación—. Me alojo en una pensión de inmigrantes. Una pensión que si sueltas la guita omite rellenar la ficha de la Policía. No dejaré ningún rastro de mi paso por Barcelona, como tampoco lo dejé en Sevilla.

—Eso me gusta. Al menos tu cabeza de chorlito te sirve para algo.

—He ido a la galería —continuó—. La credencia la compró el dueño, el señor Valls, pero me ha sido imposible hablar con él. Está de viaje.

—Nada sale a la primera.

—Por suerte un empleado recordaba el mueble.

—Solo tenemos que recomprarlo y listos.

—No tan de prisa —bufó al micro del teléfono—. El empleado me ha confirmado que Jaume Valls adquirió el mueble a un chamarilero sevillano que le suministra piezas.

—Eso corrobora que estamos en el buen camino.

—Pero el anticuario ha revendido la credencia.

—¡Virgen Santísima! —exclamó, y santiguó—. Otro escollo. El Señor nos pone a prueba a cada paso que damos.

—¡Dígamelo a mí! —protestó—. Le pedí que buscara la factura. Al principio se negó pero le solté cincuenta euracos y se pasó la Ley de Protección de Datos por el forro de los cojones.

—Habla con respeto —le amonestó—. Me disgusta el lenguaje soez. Recuerda las palabras de Pablo a los efesios: «Ni palabras torpes, ni locuras, ni truhanerías que no convienen, sino antes hacimiento de gracias».

—Perdone, jefe —se excusó, haciendo gala de cierta sorna—. En los ambientes que me muevo los catedráticos de Gramática y Buenas Formas escasean. Mi pensión está llena de moros, negros, sudacas, drogatas, putas, maricones y travestis.

—¡Ese lenguaje! —le reprochó de nuevo—. ¿Sabes dónde para el maldito mueble?

—Lo adquirió un estudio de decoración. En cuanto cuelgue —dijo— iré a investigar. Quizá quieran revenderlo pero me temo que cada transacción aumenta el precio.

—No escatimes un céntimo. Tenemos que conseguir esa credencia. Si todo sale según lo planeado seremos ricos.

—¡Cómo me gusta oír eso!, jefe.

—Tenme informado, Sol y Sombra. No pases más de dos días sin llamarme.

—Para mí sus deseos son órdenes —dijo, y colgó.

El Sol y Sombra se dirigió al pakistaní, para abonar el importe de la llamada y, sin mediar palabra, un moro le asió del cuello por la espalda al grito de «¡racisssta…, racisssta…!» e intentó ahogarle. El

pakistaní salió de detrás del mostrador, blandiendo una barra de hierro y dispuesto a romperle las costillas. El Sol y Sombra se libró de la estrangulación mediante una llave de lucha libre. Golpeó al moro con el puño en la nariz, le sangró el apéndice a borbotones y cayó sin sentido al suelo. Desenfundó su machete y su hoja de acero de doble filo resplandeció bajo las luces mortecinas del locutorio.

—Vamos, media mierda —incitó al pakistaní—, atrévete a darme. ¡Échale huevos!

La mujer que guisaba en la trastienda lanzó un grito aterrada. Los inmigrantes que ocupaban el resto de las cabinas salieron al pasillo, las conversaciones telefónicas dejaron de interesarles. Desconocían qué pasaba y permanecieron a la expectativa. El Sol y Sombra besó el crucifijo de oro que pendía de su cuello.

—¡Tú, racisssta…! ¡Asssesino…! —gritó el pakistaní y, aterrado por la frialdad de su oponente, soltó la barra de hierro. —Panda de maricones— masculló.

Enfundó su arma, escupió un gargajo sobre la moqueta, para aligerarse la garganta, y salió del locutorio con absoluta parsimonia.

Capítulo. 9

El Sol y Sombra cogió el metro en la parada de Liceo. El calor de las estaciones le reconfortaba y para desplazarse prefería el metro a los autobuses. Se bajó en la plaza de Catalunya e hizo un transbordo para tomar otro metro a Fontana. Salió a Major de Gràcia. Leyó la nota que llevaba en un bolsillo de su chupa, con los datos del estudio de decoración facilitados por el empleado de la galería ArtBCN, y le preguntó a una señora por la plaza del Diamant. Le dijo que siguiera por la calle Astúries. No tenía perdida. El Sol y Sombra andaba más relajado que en el Raval. Los hampones habían desaparecido de las calles. Gràcia, un municipio independiente de Barcelona hasta 1897, rezumaba tranquilidad. Tenía el aspecto clásico de las villas obreras del siglo xix, un barrio de gente trabajadora, pequeños comercios y, hasta la década de los sesenta del siglo xx, hubo alguna que otra fábrica textil y de elaboración de alimentos.

La calle Astúries conducía primero a la plaza del Diamant y desembocaba en la plaza de la Virreina, presidida por la iglesia de Sant Joan que ocupaba el solar del antiguo palacio de la Virreina, la residencia de verano del virrey del Perú y de su joven esposa que nunca ostentó el título de virreina pero dio nombre al palacio. Al otro lado de la plaza del Diamant, frente a la escultura La Colometa, que rendía homenaje a la protagonista de la novela La plaça del Diamant, de Mercè Rodorera, vio el rótulo y el escaparate del estudio de decoración. Se acercó y observó el interior. Había muebles antiguos y modernos, varios juegos de lámparas, objetos de complemento y, al fondo, dos mesas de trabajo ocupadas por un hombre que frisaba los sesenta y una chica joven. Entró y un ding-dong advirtió de su presencia. El hombre se levantó para atenderle.

—¿Qué desea?

—Busco —dijo— una credencia que adquirieron a la galería ArtBCN.

El Sol y Sombra le entregó una fotografía al decorador. La imagen, en blanco y negro y aciguatada por la oxidación del papel, mostraba a una mujer de edad madura y una niña asida de su mano junto a una credencia.

—Sí —dijo—. La compré a Jaume Valls, el dueño de ArtBCN. Estos muebles son raros. ¿Sabe para qué servían?

—No.

—Nacieron en el siglo catorce para guardar las cristalerías. En la época feudal los criados probaban en ellos las viandas que servían a sus señores.

—Temían que les envenenasen.

—Era el motivo principal —sonrió—. Con el tiempo se convirtieron en muebles de decoración y adornaron el remate de los espejos que lucían los salones de baile. Hace algunos años se pusieron de moda y ahora sirven de licoreras.

—Estoy interesado en comprarla.

—No está a la venta. La adquirí para mí. Colecciono muebles antiguos.

—Ya… ¿Puedo verla?

—Lo siento. La guardo en mi casa. Como le he dicho forma parte de mi colección privada.

—¡Vaya!

—Tengo algunos muebles parecidos —dijo, y le devolvió la foto—. Si quiere puedo mostrárselos.

—Estaría dispuesto a pagar una buena cantidad por la credencia —insistió.

—¿Cuánto?

—Tres mil euros. No creo que valga más.

—Se equivoca. El señor Valls la restauró y su tasación ha subido.

—Póngale un precio.

—Ya le he dicho que no está en venta. Mi hija —señaló a la chica que trabajaba en la otra mesa— también ha querido comprármela para el despacho de su marido. Tendrá que ponerse a la cola —bromeó—. ¿Quiere ver otros muebles?

—No. Gracias.

—Puedo preguntarle a qué viene su interés.

—La credencia perteneció a mi familia —mintió—. Pura nostalgia.

—Lo entiendo. Si me deja su nombre y un teléfono de contacto le llamaré si cambio de opinión.

—Déjelo. Tampoco tiene tanta importancia.

El Sol y Sombra intuyó la maniobra del decorador. Dejaría pasar unas semanas, o meses, y le llamaría para ofrecerle el mueble a un precio muy superior al estipulado.

—Espere, por favor. —El decorador acudió a su mesa, de una cajita extrajo una tarjeta y regresó—. Tome —le entregó la cartulina—. Aquí solo tengo una reducida muestra de los muebles que vendemos. El resto los guardamos en un almacén de Granollers. Si quiere se los mostraré con sumo gusto.

El Sol y Sombra leyó los datos de la tarjeta:

Marc Rovira Decorador d'interiors Pça. del Diamant, s/n 08012 - Barcelona Tel. 931.455.440

Mail: marcroviradecoin@gmail.com

—Gracias —dijo.

—Quedo a su disposición.

—Lo tendré en cuenta. Adiós.

Se guardó la tarjeta y la fotografía, y abandonó el local. Otro escollo surgía en su largo peregrinar pero sabía cómo resolverlo. Cerró la puerta y se fijó en el cartelito, con los horarios de apertura y cierre, que colgaba del cristal sujeto a una ventosa: «De lunes a viernes de 09:30 a 13:30 y de 17:00 a 20:30. Sábados de 09:30 a 13:00. Domingos y festivos cerrado». En sus años de reclusión había aprendido el valor de la paciencia. «Quien tiene paciencia, cumple sus deseos», repetía de forma machacona el páter de la cárcel a los reclusos para hacerles entender que su privación de libertad tendría al final su recompensa.

Por Astúries llegó a Major de Gràcia. En un quiosco de prensa de la estación de Fontana compró un ejemplar de la revista Prestige.

Consultó su reloj: las 12:35. Adelantaría el almuerzo. A las 13:30 tenía trabajo. Entró en un bar, se acodó en la barra y pidió al camarero una cazuelita de butifarra y bolets, unas gambas al ajillo, una ración de samfaina y una caña de cerveza. Desplegó la revista y contempló los objetos que exhibía en sus páginas: relojes de oro, coches deportivos, estilográficas de coleccionista, joyas de platino cuajadas de brillantes, rubíes y esmeraldas, y trajes y zapatos hechos a medida por los sastres y zapateros más prestigiosos del mundo. Objetos de precios escandalosos para el común de los mortales, como unos calcetines de mil euros el par. Creyó haber leído mal. ¡Sí! Calcetines de mil euros tejidos con fibra Cervelt. Si todo salía bien él también disfrutaría de aquellos tesoros propios de la cueva de Alí Babá.

El camarero le sirvió las tapas. Cerró la revista y dio buena cuenta de ellas. Pagó el importe de la consumición y salió a la calle. Miró la hora: las 13:09. Faltaban solo veintiún minutos para que el estudio de decoración cerrara. Apretó el paso, llegó a la plaza del Diamant y apostó junto a la escultura La Colometa. Observó al decorador y a su hija echar el cierre y conectar la alarma del local. La joven se despidió de su padre con un beso en la mejilla, y el hombre caminó hacia la calle de l'Or. El Sol y Sombra besó su crucifijo, le siguió y le vio abrir la puerta de un Wolkswagen Sirocco de color blanco, ponerse al volante y arrancar. Lanzó un improperio. Memorizó la matrícula y la anotó en la tarjeta que le había entregado el decorador.

Capítulo. 10

El viaje de Guijo de Gredos a Madrid había sido un calvario. Alberto Soriano solo paró a repostar gasolina. Joaquín Ayuso no sentía las piernas. Estaba convencido de que tantas horas encajonado en el sidecar le habían dejado paralítico. El capitán aparcó su Sanglas en la plaza de garaje que tenía alquilada cerca de su apartamento y le invitó a seguirle. Al bajarse del sidecar Joaquín tuvo la sensación de que su cuerpo se descoyuntaba y temió perder partes del mismo a cada zancada. Le dolía hasta el alma. Carecía de tacto en las plantas de los pies, sus manos y mejillas estaban entumecidas por el frío y los jugos gástricos le taladraban la mucosa del estómago y producían ardor. En cinco horas de trayecto solo habían tomado un miserable café. Cogió su maleta, se abrochó el barragán y subieron una escalera que les condujo al exterior. El runrún de la calle San Bernardo situó a Joaquín en el mapa urbano de Madrid. Hacía dos años que no pisaba la capital, pero le pareció que nada había cambiado, salvo el número de comercios quebrados a causa de la crisis. Decenas de locales habían echado el cierre y sus persianas metálicas se habían convertido en terreno abonado para los grafiteros. A la altura de Noviciado el capitán Soriano se detuvo.

—Aquí tengo mi refugio —dijo.

Sacó un manojo de llaves y abrió la puerta del edificio. Cogieron el ascensor y pulsó el botón del tercer piso. Al detenerse Joaquín respiró aliviado. ¡Por fin habían llegado a su destino! Le pareció que llevaban lustros de viaje. Se solidarizó con Phileas Fogg en La vuelta al mundo en ochenta días. Programaría la película ganadora de cinco Óscar para verla junto a Ángela. Alberto Soriano le mostró el apartamento. Disponía de un recibidor dotado de un taquillón y un teléfono fijo, dos habitaciones, dos baños completos, una cocina abierta al comedor y un amplio ventanal con vistas a la calle. Una alcoba disponía de una cama de matrimonio y la otra de un canapé, y ambas lucían impecables vestidas con sábanas y edredones.

—Tú —le dijo, y señaló el canapé— dormirás aquí. Usa el baño contiguo.

Joaquín asintió.

—El apartamento está bien —aprobó.

—Cristina se encargó de decorarlo.

—Tiene buen gusto.

—Sí —convino, abatido—. Voy al baño y a cambiarme de ropa. Luego saldremos a comer.

—Tengo el estómago en los pies. ¿Puedo hacer una llamada?

—Estás en tu casa. No quiero repetírtelo más veces. Muévete como quieras y haz lo que te apetezca. Espera. —Abrió el taquillón y le entregó dos llaves—. Esta —la cogió— abre el portal y la otra el piso. Quédatelas por si algún día tenemos que separarnos y necesitas venir a casa.

—Gracias.

—A ti por respaldarme y estar conmigo.

Alberto Soriano se encerró en el lavabo y Joaquín aprovechó para llamar a Ángela desde el teléfono fijo y notificarle que ya estaban en Madrid. Después ordenó el neceser en su baño y dispuso las prendas de la maleta en el ropero. La pulcritud y buen gusto que rezumaba el apartamento le causó cierta zozobra. Quizás el capitán estaba en lo cierto y la desaparición de Cristina Losvalles obedecía a razones oscuras. Nadie se molestaba en preparar un nido de amor, gastaba dinero en telas, pasaba horas cosiendo cortinas, sábanas y manteles, tomando medidas y recorriendo mueblerías, para poner la casa a su gusto y hacerla confortable, si barruntaba abandonarla. El ruido de la cisterna le abstrajo de sus pensamientos.

—¡Joaquín! —le reclamó el capitán.

Acudió a su encuentro en el comedor y le vio cargar un puñado de balas del calibre 9 milímetros Parabellum en un peine.

—Esta es la tuya —le dijo, y le entregó una pistola Star modelo B—. El cargador está lleno.

—¡Vamos, hombre! —protestó Joaquín—. ¿Piensa que vamos a necesitarlas?

—Hace años —le recordó— el macarra de tu mujer te dio una paliza y te dejó doblado en mitad de una acera. ¿Quieres que vuelva a ocurrirte algo parecido?

Joaquín negó. Había borrado los malos recuerdos de su memoria. Desde que había recuperado a Ángela solo pensaba en su felicidad. Miró el arma, reglamentaria a partir de 1946 en el Ejército español, la sopesó y sintió la seguridad que transmitía su potencia de fuego. Durante su permanencia en la Legión la había usado en infinidad de ocasiones.

—De acuerdo —aceptó.

—Ya sabes cómo funciona.

Joaquín introdujo el cargador en la culata, sujetó la cartuchera a su cinturón y enfundó el arma.

—Listo —dijo.

—Bien —aprobó el capitán, y también acomodó su pistola a la cintura —. Vamos a comer. ¿Qué te apetece?

—Cualquier cosa.

—¿Cordero asado?

—Mejor imposible.

—Yo invito.

—No se hable más.

—Durante el almuerzo planearemos qué hacer mañana.

—Usted manda.

Capítulo. 11

El sonido de un estéreo a pleno volumen le despertó. Miró su reloj, posado sobre la mesita de noche, y se levantó. Golpeó enérgico el tabique, la pared medianera de pladur que separaba su alcoba de la contigua, ocupada por una pareja de sudamericanos, y al tercer porrazo el aparato enmudeció. Los «panchitos» habían entendido su mensaje. El Sol y Sombra cogió una pastilla de jabón, que había comprado en un colmado de la calle Hospital, se ató a la cintura una toalla, desgastada por los miles de usos y lavados, y salió de su alcoba. Anduvo un largo pasillo, de losetas de barro que tableteaban bajo sus pies desnudos, y se metió en una ducha de plato cerámico dotada de una alcachofa de agujeros taponados en parte por el óxido y la cal. Las habitaciones de la pensión carecían de baño. Solo disponían de una cama de somier de flejes, un colchón de lana, sábanas y cobertores deshilachados y amarillentos, un armario de madera sin barnizar, tres perchas de alambre colgadas de una barra de plástico y una mesita de noche que servía de refugio a miles de chinches. Observó las picaduras en sus brazos.

Abrió el grifo del agua caliente con dificultad, a causa del óxido, y un chorro helado le congeló el cerebro. El agua caliente era un privilegio negado a los inquilinos de la pensión: inmigrantes ilegales, camellos dedicados al menudeo de chinas de hachís, pastillas de éxtasis y papelinas de coca o heroína, carteristas transeúntes, en su mayoría bosnios y albaneses, atraídos por los turistas que desembarcaban de grandes cruceros de lujo en el puerto, y proxenetas cuyas meretrices trabajaban en los alrededores. Se frotó el colodrillo, se enjabonó el cabello y el resto del cuerpo, se aclaró y salió antes de perder el conocimiento. Le pareció que hasta su cristo de oro tiritaba. El agua provenía de un depósito de cinc situado en la azotea. Corrió hacia su alcoba, se secó con la toalla y se embutió en la cama para entrar en calor bajo una manta de lana, sembrada de burujos, que hedía a naftalina. Recuperó el tono muscular, se levantó y vistió. La alcoba tampoco disponía de calefacción. Miró el reloj: las 18:45. Se lo abrochó a la muñeca, ajustó su machete a la cintura y se puso la chupa de cuero. Faltaba una hora y tres cuartos para que cerrara el estudio de decoración.

El Sol y Sombra abandonó la pensión y se sumergió en el mundo marginal de Ciutat Vella. Solo llevaba dos días en Barcelona y ya

había identificado a varios trileros, que desplumaban a los turistas incautos en cualquier esquina, y a los carteristas que hacían su agosto en la Rambla, en las estaciones de metro y las paradas de autobuses más frecuentadas por los guiris. Deambuló por un dédalo de calles estrechas, jalonadas de edificios en ruinas y placitas sucias y siniestras colonizadas por bandas importadas de gamberros, hasta desembocar en la Gran Via de les Corts Catalanes. Siguió hacia Balmes y ascendió en busca de Aragó. En la confluencia de ambas arterías halló una tienda de artículos de seguridad y defensa. Entró y adquirió un espray de pimienta y un paquete de guantes de látex. Se los guardó en un bolsillo de su chupa de cuero y dio una vuelta por l'Eixample, el distrito más poblado de Barcelona. Recorrió sus calles menos transitadas y sus pasajes donde convivían coctelerías, galerías de arte, boutiques de ropa, pastelerías y colmados, entre mercerías, bodegas que rezumaban olor a vino y bares de menús, y vio a un joven estacionar un escúter. Se detuvo y le observó sujetar la motocicleta a una farola con un pitón y bloquear la rueda delantera mediante una horquilla. El joven levantó el asiento, cogió unos libros y guardó su casco integral en el baúl. Lo cerró y se marchó. El Sol y Sombra le siguió un trecho y le vio entrar en una academia de informática. El muchacho estaría entretenido unas horas. Besó su crucifijo de oro, regresó al lugar que estaba aparcado el escúter y analizó los cierres del pitón y la horquilla antirrobo. Nada complicado para él. De su chupa de cuero sacó una carterita llena de ganzúas, palanquetas, agujas, una lámina deslizadora, un abridor de espiral y varias llaves de corona de dientes móviles, y hurgó en el cierre del pitón. Al segundo intentó liberó el escúter de la farola. Repitió la operación con la horquilla y tras unos segundos también logró abrirla. El baúl, oculto bajo el asiento, se rindió como el resto de cierres. Cogió el casco y se lo ajustó a la cabeza. Le quedaba algo estrecho. Le oprimía las orejas pero le servía. Alzó la visera y miró a su alrededor. Se acercaba una pareja cogida de la cintura entre arrumacos y carantoñas. Dejó que le rebasaran, desenfundó el machete y liberó la tapa del sistema eléctrico. Cortó los cables que partían del contacto y los puenteó. Las luces del salpicadero parpadearon. Pulsó el botón de arranque y el petardeo del tubo de escape le arrancó una sonrisa. En veinticinco minutos el estudio de decoración cerraría y ejecutaría su plan. Se subió en el escúter y se dirigió a la plaza del Diamant.

Llegó a su destino. Desde la esquina de la calle Astúries controló el acceso al estudio. Faltaba poco para que los dos trabajadores concluyeran su jornada laboral. Aceleró y dio unas vueltas por los aledaños para localizar el Wolkswagen Sirocco. Un coche de color blanco y el mismo modelo, estacionado cerca de la plaza, le obligó a

detenerse. Comprobó la matrícula y aparcó el escúter sobre la acera, a una decena de metros del vehículo. Se colgó el casco del brazo y dirigió a la plaza. Como había hecho al mediodía se apostó junto a la escultura La Colometa y esperó. Las luces del local se apagaron. La joven y su padre salieron, bajaron la persiana metálica y el decorador conectó la alarma. Se despidieron y el hombre acudió en busca de su vehículo. El Sol y Sombra le siguió. Le vio subirse al coche y anduvo decidido hacia el escúter. El Wolkswagen inició la marcha. El Sol y Sombra arrancó la motocicleta, aceleró y se colocó detrás del Sirocco. El casco integral le cubría el rostro e impedía que el decorador pudiera reconocerle.

La mayor facilidad de maniobra del escúter le permitió seguir al automóvil sin dificultad. El Wolkswagen enfiló la Via Augusta. A la altura de la calle Brusi, junto al Institut de Educació Secundaria Menéndez y Pelayo, giró, descendió hasta Madrazo y volvió a virar para subir por Aribau y detenerse en la rampa del garaje de un lujoso bloque de viviendas. El Sol y Sombra observó los movimientos del Wolkswagen, dio un rodeo por las calles cercanas y estacionó el escúter sobre la cera, en batería al lado de otras motos. Todo salía según lo planeado. Se quitó el casco, para aliviar la presión que ejercía sobre sus orejas, y se dirigió al edificio. El portón del garaje ya estaba cerrado y el Wolkswagen en su interior. Contempló la puerta de entrada al vestíbulo del edificio. El muelle del resbalón de la cerradura había perdido fuerza y no encajaba en el mecanismo de cierre y apertura automática. Enfundó sus manos en un par de guantes de látex, empujó la puerta y accedió al interior del inmueble. La ausencia de portero jugó a su favor. Sacó la tarjeta que le había entregado el decorador y leyó el nombre que figuraba en ella: Marc Rovira. Lo rastreó en los buzones. Vivía en el cuarto piso, puerta segunda.

Subió al ascensor y pulsó el botón del cuarto piso. Se puso el casco integral, para ocultar su identidad, y se quitó la chupa de cuero en previsión de que pudiera delatarle. Las puertas del ascensor se abrieron. El rellano estaba alumbrado por lámparas de leds, decorado por un mueble funcional y sobre él un jarrón de flores secas. Desconectó las luces de sus portalámparas y la oscuridad se adueñó del espacio. Posó su chupa en el suelo. Sacó el aerosol de gas pimienta, eficaz a dos o tres metros de distancia, llamó al timbre de la segunda puerta y esperó. Un taconeo le advirtió de que alguien iba a abrirle. Marc Rovira se mostró sorprendido por el sujeto plantado ante sí.

—¿Qué…? —dijo, sin completar su pregunta.

Antes de que pudiera reaccionar el Sol y Sombra le roció los ojos con el espray y le golpeó la arteria carótida derecha con el filo de la mano. El decorador se desplomó sin sentido como un saco de patatas. El Sol y Sombra recuperó su chupa, arrastró el cuerpo inconsciente de Marc Rovira al interior del piso y cerró la puerta. Se quitó el casco, se frotó las orejas, para activar la circulación, y miró la fotografía de la mujer y la niña junto a la credencia. Sería fácil reconocerla. Se vistió la chupa. En invierno jamás se separaba de ella. Observó a su alrededor. Estaba en un piso de lujo, de muebles antiguos y modernos acompañados de objetos vintage. De las paredes colgaban cuadros de pintores que supuso famosos aunque desconocía a sus autores. Se acercó a un lienzo que mostraba un paisaje y leyó la firma: «Anglada Camarasa». Registró las estancias a conciencia. En un buró halló doscientos euros en cuatro billetes de cincuenta y se los guardó. Una propina para recompensar las molestias. En el despacho encontró la credencia italiana que buscaba. La inspeccionó, sacó los cajones de sus guías y golpeó con los nudillos los costados, frentes, traseros y fondos para buscar espacios huecos. Nada. Repitió la operación con las puertas. Nada de nada. Por último, revisó las patas. Parecían de madera maciza. En algún lugar estaba el «secreto», un compartimento para ocultar objetos o documentos. Desenfundó el machete e hizo astillas los cajones. Nada. Siguió con las puertas sin éxito y la emprendió con las patas. Nada. En la segunda pata que descuartizó halló un hueco que la recorría de arriba abajo. Había descubierto el «secreto» pero estaba vacío. No había nada. Maldijo su mala suerte. Quizá la credencia ocultaba más compartimentos secretos. Desmontó al completo las patas, tablas, puertas y molduras y las revisó a conciencia. Todo vacío. Decidió buscar al milímetro y rajó y cortó las maderas con el machete hasta convertirlas en astillas. Al concluir su búsqueda la credencia, un precioso mueble italiano del siglo xix valorado en cerca de tres mil euros, se había convertido en un montón de serrín. El Sol y Sombra cabeceó contrariado y enfundó el machete. Marc Rovira despertaría de un momento a otro. Tenía que marcharse. Deshizo el camino hasta la puerta, ajustó las bombillas del rellano en sus portalámparas, para que volvieran a alumbrar, y salió a la calle. No se había cruzado con ningún vecino. Regresó al escúter, colgó el casco del manillar y con un pañuelo borró las huellas que pudiera haber dejado. Se quitó los guantes, los arrojó a un contenedor de basura y descendió a pie por Aribau. En la primera cabina de teléfonos que encontró se detuvo y marcó el mismo número que por la mañana.

—Jefe —dijo, al reconocer la voz que descolgó el teléfono—, nada ha salido bien.

—¿Qué ha pasado?

—He localizado la credencia…

—¿Y?…

—Como suponía la chica tenía un compartimento secreto, pero estaba vacío.

—¿La inspeccionaste a fondo?

—Solo me ha faltado pasarla por una trituradora. Se lo juró —dijo, y tocó el cristo de oro que pendía de su cuello.

—Nunca pongas a Dios por testigo —le recriminó—. La gente como tú no merece ese privilegio.

—¿Qué hago?

—Ya he gastado demasiado dinero —espetó, malhumorado—. Regresa a Madrid y decidiremos.

—Como mande.

Capítulo. 12

Pese a la insistencia de Joaquín Ayuso para que utilizaran el transporte público, Alberto Soriano se empeñó en recorrer Madrid a lomos de su moto. Ninguno de los dos había madrugado. Joaquín, acostumbrado a ponerse en danza a las seis de la mañana, se despertó sobre esa hora pero había vuelto a dormirse. La moledura del viaje le pasaba factura. A las ocho la cama empezó a pesarle, se levantó, aseó y llamó a Ángela, desde el teléfono del taquillón, para ver cómo le habían ido sus primeras horas al cuidado de las vacas. Sin ningún problema. Olegario, el rabadán, conocía las tareas y había dirigido las operaciones. Ángela solo se había encargado de manejar el ordenador.

El capitán Soriano también se levantó y, tras afeitarse y ducharse, le propuso desayunar en algún bar de San Bernardo. Aunque pasaba con Cristina días enteros en el apartamento su nevera estaba vacía. A ella le gustaba cocinar pero él prefería salir para no robarle horas a los momentos de placer. Desayunaron en una cafetería próxima a la librería Fuentetaja, un referente de la literatura madrileña, y después el capitán le propuso ir a casa de Cristina para echar un último vistazo. Su teléfono móvil seguía fuera de cobertura. A Joaquín la idea le pareció bien pero rechazó de plano montarse otra vez en el sidecar de la Sanglas. No quería sufrir una parálisis por culpa de las estrechuras del maldito vehículo. Alberto Soriano no estaba dispuesto a desplazarse en metro o autobús. Alegó que se perdía tiempo y debían moverse con autonomía. Joaquín le ofreció ir en taxi y hacerse él cargo del pago de las carreras, pero rechazó la oferta. No era cuestión de dinero. En Madrid nunca había taxis cuando más los necesitabas. Podías pasar horas, en especial por las noches, en un chaflán a la espera de que apareciera un taxi. Además, si caían cuatro gotas el tráfico se colapsaba y los taxis resultaban más lentos que el metro o el autobús. Si no llovía alguna manifestación, a causa de los recortes promovidos por el Gobierno, obstaculizaba las calles y los taxis quedaban atrapados en un coágulo de coches que tardaba en disolverse más que un cubito de hielo en la Antártida. Si la suerte acompañaba, resplandecía el sol y los manifestantes se quedaban en sus casas, un evento público o el paso apresurado de una comitiva oficial cortaba las principales avenidas y poco importaba la bonanza del meteoro o la ausencia de protestas. Joaquín estaba a punto de dar su batalla por perdida. El capitán tenía argumentos para contradecir cualquier propuesta que le hiciera. Se veía otra vez embutido en el

sidecar y señalado por los conductores que se mofaban de ellos sin reprimir su risa. Se vistió el barragán y, para su sorpresa, le propuso desenganchar el sidecar e ir acaballados en la moto. Joaquín vio las puertas del cielo abiertas y aceptó sin rechistar. Cualquier opción le parecía mejor que el sidecar.

Montados en la Sanglas se dirigieron al domicilio de Cristina Losvalles. Joaquín desconocía el Madrid de la periferia y el capitán, como un buen cicerone, aprovechaba los semáforos en rojo para explicarle dónde se encontraban. En la última luz le informó que estaban en el barrio de Canillejas, una antigua población, fundada en el siglo xiii, que pertenecía al distrito de San Blas. Enfiló la calle Alcalá, paralela a la avenida de América, entró en Ciudad Pegaso, un barrio construido en la década de los cincuenta del siglo pasado para dar cabida a los trabajadores de la Empresa Nacional de Automoción, zigzagueó por calles estrechas y de repente frenó en seco. Joaquín estuvo a punto de caerse.

—¿A qué viene tanta brusquedad? —protestó.

Alberto Soriano aceleró, se metió en una calle solitaria y detuvo la Sanglas.

—Estamos cerca del piso de Cristina.

—¿Y?…

—Ocurre algo —dijo, preocupado—. He visto gente arremolinada en el portal y me ha parecido ver destellos de luces azules.

—Echemos un vistazo.

—Preferiría que fueras tú. A mí me conocen varios vecinos.

—De acuerdo.

Joaquín se encaminó al edificio donde residía Cristina Losvalles guiado por la muchedumbre y los destellos de luces azules. Estaba en una zona de Madrid de arterias regidas por números, en lugar de nombres, como en las películas americanas rodadas en Nueva York. Leyó un rótulo viario: «Avenida Segunda». Caminó unos metros y, en la confluencia de la calle Once, dos «zetas» de la Policía Nacional, estacionados frente a un portal, lanzaban los destellos azules con sus luces estroboscópicas. Inspeccionó los alrededores. Los bloques de viviendas lindaban con aceras amplias precedidas de parterres, aunque algo descuidados, y bancos que servían de reposo a los ancianos. La

policía había delimitado un perímetro en la entrada del edificio e impedía el paso incluso a los inquilinos y propietarios de la finca. Se mezcló entre la multitud, la mayoría vecinos del barrio y tenderos de los comercios, observó los movimientos de los policías y escuchó los comentarios que corrían de boca en boca.

—¡Dios, con lo tranquilo que es el barrio!

—Las personas de la farándula son de poco fiar.

—Pobre mujer, ¡qué triste final…!

El ulular de una sirena le distrajo de las murmuraciones. Un coche de la Policía Nacional y un furgón del Laboratorio de Actuaciones Especiales se abrieron paso hasta la entrada del bloque. El coche enmudeció la sirena y del furgón descendieron varios agentes enfundados en monos blancos. Uno de los policías llevaba un handscope, un aparato de luz forense utilizado para visualizar fluidos corporales (sudor, sangre o semen) y residuos de diversos tipos, como la pólvora de un disparo. Algo serio había ocurrido para tamaño despliegue de medios. La Policía Científica solo acudía en casos de extrema gravedad. Joaquín contempló a las personas arremolinadas a su alrededor. Una mujer, rubia de bote, algo gorda, en la frontera de la jubilación y vestida con un delantal que anunciaba una frutería, parecía enterada del asunto en vista de las explicaciones que repartía ante las incesantes preguntas de los curiosos. Se le acercó.

—Disculpe, señora —dijo—. ¿Qué ha pasado?

—Han encontrado muerta a una inquilina de ese bloque.

—¿La conocía?

—¡A Cristina! Claro que sí, hombre. Compraba fruta en mi tienda.

Otra mujer, atenta a la conversación, metió baza.

—El dueño del quiosco —dijo, y señaló un puesto de periódicos y revistas— conoce a un municipal y le ha dicho que la han hallado en la ribera del Manzanares, a la altura del Puente de los Franceses.

—Hace días que nadie la veía por el barrio —cotilleó la frutera.

—Parece —dijo la mujer que aparentaba saberlo todo— que faltó al trabajo.

—Cristina —aclaró la frutera, dirigiéndose a Joaquín, que escuchaba perplejo lo sucedido— trabajaba de cantante en un café.

—Y su jefe —siguió la otra mujer—, preocupado porque no se presentaba, llamó a la Policía y esta mañana han descubierto su cuerpo. ¡Pobrecita!

—¿De qué ha muerto? —terció Joaquín.

—Vaya a saber —contestó la mujer, que vestía de riguroso luto de la cabeza a los pies—. Según dicen la han estrangulado.

—Alguien la ha asesinado —espetó la frutera.

—La Policía ha inspeccionado su piso y está patas arriba —remató la mujer de negro—. Suponen que alguien entró a robar.

—No me extraña —añadió la frutera de su propia cosecha—. A las folclóricas los admiradores les regalan joyas.

—¿Han detenido a alguien? —preguntó Joaquín.

—Todavía no —lamentó la mujer de luto.

—Seguro —vaticinó la frutera— que ha sido el novio que se echó la pobre hace unos meses. Una vez la acompañó a mi tienda a comprar ciruelas y me pareció un celoso de tomo y lomo.

—A mí nunca me cayó bien —confesó la señora de negro—. Tenía aires de chulo.

Joaquín se hizo cargo de la coyuntura, dio media vuelta y marchó. Había oído suficiente. Las mujeres le ignoraron y siguieron enfrascadas en sus cotilleos.

Capítulo. 13

Caminó despacio, rumiando la manera de darle la nueva a Alberto Soriano. Temía su reacción. Joaquín Ayuso sabía que el capitán estaba acostumbrado a recibir y encajar malas noticias, pero también sabía que vivía ilusionado por Cristina y el anuncio de su muerte podía desbordarle. Alzó la vista y le vio sentado en un banco al sol, junto a la Sanglas. Suspiró y acomodó a su lado.

—Cristina… —dijo.

—Suéltalo sin rodeos. Sé que ha sucedido algo grave.

—Ha muerto.

—¡No me jodas! Tenía una salud de hierro. ¿Qué ha pasado?

—La han matado.

—¡Por el Santo Ángel Custodio! —espetó, fuera de sí.

Se levantó impulsado por la rabia y dio un puñetazo a la columna de una farola que hizo temblar la luminaria de su lámpara de sodio. Esbozó una mueca de dolor. Sintió un nudo en el estómago y ganas de llorar, pero pertenecía a una generación educada para reprimir sus lágrimas. «Un hombre nunca llora», le recriminaba su padre, para avergonzarle de niño ante el primer puchero. Al ingresar en la Legión, el sargento a cargo de la instrucción de los reclutas repetía como una cacatúa un verso de José Hernández del poema El gaucho Martín Fierro: «No confíes en cojera de perro, ni en lágrimas de mujer». Durante su estancia en el Sáhara había visto a sus hombres llorar a escondidas por la muerte de un compañero. El nudo del estómago le provocó una náusea. Dio varias arcadas y vomitó el almuerzo en el cuadro de un árbol.

—¿Mejor? —dijo Joaquín, y le dio un pañuelo de papel.

Limpió el vómito de la comisura de sus labios e hizo un ademán para indicarle que estaba bien. Respiró hondo y se sentó de nuevo a su lado.

—Cuéntamelo todo —le pidió—. Sin omitir ningún detalle por escabroso que sea.

—He hablado con unas vecinas y su información debe ponerse en cuarentena.

—Desembucha.

—El dueño del café donde cantaba Cristina…

—Don Emilio.

—Denunció a la Policía su desaparición y esta mañana han hallado su cuerpo en la ribera del Manzanares, a la altura del Puente de los Franceses. ¿Conoce el lugar?

—Sí. Está cerca del parque del Oeste. Una zona solitaria.

—¿Ella la conocía?

—Ni en sueños. Tenía miedo a andar sola por ahí. Cuando terminaba su función, si no pasaba a recogerla, regresaba a casa en taxi.

—¿Guardaba joyas o dinero en el piso?

—¿Qué insinúas?

—Las vecinas han oído hablar a la Policía de un posible robo.

—Cristina estaba pelada. Vivía de su sueldo. Al mes de conocernos —le explicó— le regalé unos pendientes, unos aritos de oro, y se puso más contenta que unas castañuelas.

—El piso estaba patas arriba.

—Os lo dije —protestó—. Por eso estaba preocupado.

—El asunto parece serio —admitió Joaquín por primera vez—. Han acudido agentes de Criminalística y solo se personan en casos de asesinato, tráfico de drogas, atentados terroristas…

—¿Cómo ha muerto?

—Al parecer, según radio macuto, la han estrangulado.

—Si entraron a robar y Cristina opuso resistencia —le planteó—, ¿qué hacia su cuerpo a kilómetros de aquí?

—Habrá que averiguarlo.

—Puedes estar seguro que voy a encontrar al culpable y…

—Cuente conmigo.

—Eres un buen amigo, Joaquín.

—Hay más —dijo—. Las vecinas le señalan a usted como sospechoso. Piensan que se trata de un caso de violencia de género. La Policía las interrogará y se convertirá en su principal culpable.

—Por eso, como también os dije, no acudí a la pasma.

—Ha llegado la hora de hacerlo.

—¡Ni pensarlo! —exclamó—. En cuanto ponga un pie en comisaría me detendrán. Menos mal que evite dejar huellas de mi incursión.

—Necesita aclarar el asunto.

—No van a creerme.

—Buscaremos un buen abogado para que nos acompañe.

—¡Me niego!

Joaquín guardó silencio. Lidiar aquel toro iba a ser complicado.

—Se me ocurre otra idea —dijo.

—Te escucho.

—Acudamos al inspector Juan Barrientos —esgrimió para convencerle —. Nos echó un capote con el acosador psicópata de Ángela. Además, a usted le considera un amigo.

—Su padre sirvió a mis órdenes en el Sáhara. Le salvé el pellejo en una refriega. Pero no olvides que Barrientos es policía. Un buen policía.

—Hagamos un trato.

—Depende.

—Yo hablaré con él y mientras usted espera en su apartamento. Si Barrientos me da garantías de su libertad le llamaré por teléfono y entonces, solo entonces, se presenta en la comisaría.

—Que así sea —aceptó el capitán.

Capítulo. 14

El Sol y Sombra, arrebujado en su chupa de cuero, viajó toda la noche en un autocar que cubría el trayecto entre Barcelona y Madrid. Intentó conseguir un billete en el AVE pero solo quedaban plazas de clase preferente y desistió debido a su elevado precio. Había gastado mucho dinero sin lograr ningún resultado y temió una reprimenda de su jefe. «El ojo del amo engorda el caballo», pensó con buen criterio. Pasó siete horas en un asiento incómodo, debido a la incapacidad para abatirlo y estirar la espalda, rodeado de inmigrantes, que recorrían el país en transportes baratos para buscar un trabajo que les permitiera vivir con dignidad, respirando la hediondez que transpiraban sus pies descalzos, soportando los ronquidos del gordo del asiento vecino, la charla sin pausa de varios pasajeros pegados a sus teléfonos móviles y la transmisión de un partido de fútbol que el conductor escuchaba a pleno volumen. Apenas pegó ojo durante el viaje. El cansancio le pesaba. El autocar llegó a su destino, en el intercambiador de la avenida de América, y el Sol y Sombra se bajó. Retiró su bolsa de la bodega y la cargó a su espalda. Salió a la calle y subió en el primer taxi que aguardaba clientes en la terminal de la estación.

En menos de treinta minutos el vehículo se detuvo frente a un edificio de la calle de los Barros, en el barrio de Entrevías, un bloque habitado en su mayoría por jubilados que mataban las horas paseando por el vecino Parque Forestal de Entrevías, y jóvenes en paro que buscaban salida a su situación cometiendo pequeños hurtos y trapicheos. El Sol y Sombra saludó a un grupo de chavales, que liaban porros de «apaleao», y a varias vecinas que discutían sobre los turnos de limpieza de la escalera. Entró en su piso, tiró la bolsa sobre un sofá, cuya tapicería mostraba lamparones y descosidos, descolgó un viejo teléfono de disco y marcó un número.

—Ya estoy en casa, jefe —dijo al descolgar el otro.

—Bienvenido. ¿Qué piensas hacer?

—Descansar. He viajado en un camión de transporte de ganado.

—Está bien —convino—. Tómate un par de días libres. Mañana tengo asuntos que atender. Nos vemos pasado mañana y hablamos.

—Le llamaré sobre las diez.

—Que Dios te bendiga, hijo —se despidió.

Colgó el aparato, se desabrochó el cinturón, para librarse del peso del machete, y se desnudó. Se metió en el baño y se afeitó la barba con una gillete y abundante espuma. Se dio una ducha y relajó su tensión bajo el chorro del agua caliente. Nada parecido a la miserable alcoba que había alquilado en una pensión piojosa del Raval de Barcelona. Se secó con una toalla de algodón y se metió en la cama. A los pocos minutos roncaba como una marmota lista para invernar.

Capítulo. 15

Alberto Soriano estacionó la Sanglas en la plaza de garaje que tenía alquilada y Joaquín Ayuso le acompañó a su apartamento. Le recalcó las instrucciones. Temía que los nervios y la rabia acumulada le hicieran dar un mal paso, que actuara a la desesperada, sin razonar, y acabara metiéndose en un lío. Joaquín le insistió en que debía esperar su llamada de teléfono antes de mover un dedo. Asintió. Entraron en el piso. Se despojó del peso del arma, dejó la cartuchera sobre la mesa del salón comedor y se sentó en un sofá con la vista clavada en la Star. Joaquín le observó temeroso de que cometiera una locura.

—Capitán —le dijo—, prométame que no hará nada de lo que deba arrepentirme.

—Vete tranquilo.

—Deme su palabra de caballero legionario.

—¿Temes que me pegue un tiro?

—Digamos que por un instante se me ha pasado por la cabeza.

—Si quisiera suicidarme lo haría después de atrapar al hijo de puta que ha matado a Cristina. —Levantó una mano—. Tienes mi palabra de legionario.

—Gracias.

—¿Sabes cómo llegar a la comisaría de Leganitos?

—Guardo un vago recuerdo.

—Baja por San Bernardo, por la acera de la derecha —le indicó—, toma la calle de los Reyes, cruza la Gran Vía y un poco más abajo, a tu izquierda, encontrarás Leganitos. Síguela hasta la comisaría.

Joaquín asintió. Se despidió y abandonó el apartamento. Al cerrarse la puerta el capitán Soriano se levantó. De un mueble mural, que cubría una pared del salón, extrajo un elepé. La portada mostraba a una mujer, tocada de sombrero cordobés, los labios pintados de carmín de un rojo intenso, como un clavel reventón, los párpados perfilados de kohl, las pestañas definidas y espesadas con rímel y el cutis de un

blanco casi inmaculado. Luces de la copla, rezaba el título del vinilo. El primero de los dos elepés que grabó Cristina Losvalles con el nombre artístico de Amapola de Triana. Se lo regaló ella un día que cenaron en un restaurante de Navacerrada. Lo extrajo de la funda y lo acarició con las yemas de los dedos. Lo colocó sobre el plato de un tocadiscos, desplazó el brazo del estéreo y posó la aguja en el primer microsurco. La voz de Cristina Losvalles se esparció por el apartamento.

¿Por qué has pintao en tus ojeras la flor del lirio real?, ¿por qué te has puesto de seda?

¡Ay, campanera!, ¿por qué será?

Mira que todo el que no sabe, cuál es la llave, de la verdad, dicen que no eres buena, y a la azucena te pudieras comparar…

Subió el volumen hasta casi reventar las telas de los bafles. Los cristales de las ventanas vibraron al ritmo de la música. Los vidrios parecía que fueran a desquebrajarse. Sintió la voz de la Amapola de Triana en el pecho, penetrar en su corazón, miró su pistola y, sin saber cómo, sus ojos se bañaron de lágrimas y se desató a llorar.

Capítulo. 16

La calle Leganitos, nombre de reminiscencias árabes, en siglos pasados acogió las residencias de notables intelectuales, como el arquitecto Ventura Rodríguez, autor de la capilla del Palacio Real y la iglesia del monasterio de la Encarnación, o el compositor Domenico Scarlatti famoso por sus sonatas. El señorío de la calle había desaparecido y ahora formaba parte de un laberinto de arterías estrechas, húmedas y malolientes jalonadas de edificios decimonónicos. Su comisaría, en un punto estratégico para controlar la delincuencia del centro de la capital, figuraba entre las dependencias policiales de mayor actividad. Cada año sus agentes tramitaban miles de denuncias presentadas por los turistas que sufrían el hurto de su billetera y sus documentos mientras paseaban por la Gran Vía y calles adyacentes. Además, también abundaban las denuncias por robos y atracos a comercios y bancos, tirones, peleas, timos, estafas, abusos sexuales, violencia de género, palizas, extorsiones, retenciones de menores por padres divorciados, etcétera. Joaquín se plantó ante la puerta de la comisaría y el agente de guardia le cortó el paso.

—¿Adónde va? —dijo, seco.

—A visitar al inspector Juan Barrientos.

—¿Se trata de un asunto oficial?

—Somos amigos —esgrimió, sin entrar en detalles.

—Deme su nombre, por favor.

—Joaquín Ayuso —dijo y, para vencer cualquier recelo, le mostró su credencial de caballero legionario.

—Espere en esta salita —le indicó el agente.

El policía, desde el micro de un walki-talki sujeto a la solapa de su uniforme, habló con el inspector Barrientos, cabeceó varias veces, cortó la comunicación y se acercó a Joaquín, que había tomado asiento en un banco de madera bastante incómodo.

—Le atenderá en unos minutos —dijo.

—Gracias.

Joaquín miró a la redonda. La salita estaba alumbrada por dos baterías de fluorescentes que teñían los rostros de un color pálido, como si los ciudadanos que esperaban pacientes su turno, para denunciar un hecho delictivo, fuesen enfermos terminales, residuos tóxicos de una sociedad que agonizaba bajo la austeridad decretada por una clase política que gozaba de numerosos privilegios. De las paredes colgaban carteles sobre las medidas de protección a adoptar en las viviendas durante los períodos vacacionales, afiches ajados de fotografías de etarras en busca y captura, teléfonos de emergencia de atención a los ciudadanos, pósteres que publicitaban las actividades de la Policía Nacional y una fotografía del rey Felipe VI con uniforme de capitán general del Ejército. En una hilera de asientos una anciana acariciaba a un gato, de una raza que Joaquín desconocía; una muchacha, que ocultaba su cara tras unas enormes gafas de sol, vestida de minifalda, pantis, zapatos de tacón, camisa de algodón y chaqueta de piel, sollozaba y sus lágrimas corrían por sus mejillas entre churres de rímel; y un hombre, de impecable traje y corbata, miraba impaciente su reloj de cadena de oro y acero.

—¿A usted también le han robado el coche? —le preguntó a Joaquín la anciana del gatito, y dirigió una mirada al hombre del traje de ejecutivo.

—No —respondió—. Solo he venido a ver a un amigo.

—Tiene suerte —habló el hombre del traje, cabreado—. No esperará aquí una eternidad. Me han robado el coche hace tres horas, he venido enseguida y con la calma que toman las denuncias mi BMW ya debe andar camino de Bielorrusia.

—Esa chica —señaló la anciana a la joven— está la primera y lo suyo es más grave. ¿Verdad?, niña.

—A las prostitutas nunca nos toman en serio —dijo la joven en un arranque de rabia—. A los polis se la suda que nos maten, roben o descuarticen.

Joaquín se interesó por ella. Ángela había ejercido la prostitución y conocía los problemas y vejaciones que sufrían las mujeres obligadas a vender su cuerpo por un puñado de euros bajo las amenazas de proxenetas sin escrúpulos.

—¿Qué la ha pasado?

—Me ha contratado un ucraniano —le explicó—, hemos subido a la habitación, le he hecho un francés y un completo y, al terminar, en

lugar de pagarme los veinticinco euros del servicio, me ha dado un puñetazo y se ha largado.

La joven se quitó las gafas de sol y le mostró su ojo lloroso, rodeado de un hematoma renegrido que alcanzaba la niña y extendía por el pómulo y la ceja. La violencia sobre las prostitutas se ejercía con absoluta impunidad.

—Yo he venido —esgrimió la anciana— para ver si la Policía encuentra a Zapirón.

—¿Zapirón? —gruñó el ejecutivo, extrañado.

—Mi otro gatito —aclaró—. Zapirón se ha perdido y Micifuz está triste.

—¡Vaya nombres para gatos!

—Es mi homenaje —se justificó— al Coloquio de los gatos, de José María de Samaniego. ¿Han leído a Samaniego?

—Yo sí —dijo la prostituta—. Antes de patear la calle trabajaba de maestra suplente en una escuela pública de Alcorcón. Pero la crisis me dejó en el paro y divorciada, y con dos hijos a mi cargo…

—Micifuz y Zapirón —siguió la anciana— son machos y se quieren mucho. Aunque tuve que caparlos para frenar sus impulsos pecaminosos.

—Lo que faltaba —protestó el ejecutivo—. Dos gatos maricones.

—¿Qué dice?

A la anciana la edad le había mermado su capacidad auditiva.

—Nada, nada…

Un policía se presentó en la sala.

—¡Alicia González! —gritó.

—Sí —dijo la prostituta.

—Pase al despacho cuatro.

—¡Joaquín Ayuso! —gritó de nuevo.

—Presente.

—El inspector Barrientos le atenderá en el despacho uno.

—¡Oiga! —protestó el ejecutivo—. Hace tres horas que espero para denunciar el robo de mi coche.

—Si tiene prisa por volver a casa —espetó el policía, de malos modos —cómprese un bonobús.

Joaquín recorrió el pasillo que el agente le había señalado y al final encontró el despacho número uno, cerrado por una puerta de madera de cuarterones de cristales opacos y unas letras blancas que especificaban: «Grupo de Homicidios». Joaquín tocó un cristal con los nudillos y una voz le autorizó a entrar.

—Adelante, adelante…

—Inspector —dijo Joaquín, y le tendió la mano—, ¿me recuerda?

—Desde luego, señor Ayuso. Gracias a usted y a Alberto Soriano atrapamos a un peligroso psicópata. Tome asiento, por favor.

—Gracias.

Joaquín se arrellanó en una silla de brazos metálicos. La estrechez del habitáculo le hizo suponer que se utilizaba para interrogar a los sospechosos.

—¿Cómo está Alberto? —se interesó el inspector.

—Bien…, bien…—dijo, con un ligero titubeo.

—¿Qué le trae por aquí? Si no recuerdo mal vive en Guijo de Gredos.

—Y allí sigo.

—Usted dirá.

—No sé cómo empezar.

—Pruebe a hacerlo por el principio.

—Alberto Soriano está metido en un lío y necesita su ayuda.

—Nunca podré negarle nada. Salvó el pellejo a mi padre en el Sáhara. Mi padre, que en paz descanse, quedó aislado en medio de un tiroteo

con los moros y el capitán, en lugar de abandonarle a su suerte, se jugó la vida para ponerle a resguardo.

—Forma parte del deber ético de nuestro Credo. Todos juramos cumplirlo. Nunca se abandona a un compañero en el campo de batalla mientras queda un legionario vivo.

—Admiro su lealtad. Y ahora, por favor, cuénteme en qué puedo serle útil.

—El capitán —relató Joaquín— enviudó hace años. No tuvo ninguna relación sería hasta que se cruzó en su vida una coplista llamada Cristina Losvalles. —El inspector cogió un bolígrafo y anotó de forma mecánica el nombre en un pedazo de papel—. Se enamoró de ella hasta las trancas y antes de ayer vino a verme a Guijo de Gredos para decirme que Cristina Losvalles había desaparecido sin dejar rastro.

—¿Por qué acudió a usted y no a la Policía?

—Déjeme que continúe. Se lo ruego. —Barrientos asintió—. Me pidió que le ayudara a encontrarla. Acepté, como cabía esperar, y esta mañana hemos acudido al domicilio de ella.

—¿Recuerda la dirección?

—Avenida Segunda esquina calle Once. En Ciudad Pegaso.

El inspector también tomó nota.

—La investigación —dijo Barrientos, como si pensara en voz alta— corresponde a la comisaría del distrito de San Blas.

—Allí —siguió— hemos sabido que el cuerpo de Cristina Losvalles ha aparecido en la ribera del Manzanares, a la altura del Puente de los Franceses. Al parecer murió estrangulada.

—Eso no justifica que Alberto Soriano eludiera presentar una denuncia.

—He hablado con unas vecinas y le consideran el principal sospechoso. Siempre que una mujer muere de forma violenta la culpa recae en el marido, el amante o el compañero. Él lo sabe y por ahora permanece en un lugar seguro hasta que me garantice su libertad.

—Admito que para la policía los compañeros sentimentales son los principales sospechosos ante un caso de violencia.

—Se presentará en la comisaría si usted le protege.

El inspector Barrientos clavó la vista en el papel y jugueteó con el bolígrafo.

—¿Cree en su inocencia?, señor Ayuso.

—Pongo las dos manos en el fuego por él. Tiene unos valores que nunca he visto en otro ser humano.

—De acuerdo —suspiró—. Daré la cara por el capitán, pero tiene que presentarse en comisaría lo antes posible. La Brigada de Homicidios de San Blas debe andar buscándole para interrogarle.

—Deme su palabra de honor.

—Por supuesto. ¿Dónde está él?

—En un lugar seguro, como le he dicho. Le llamaré y en media hora volveremos a vernos.

—¿Tiene teléfono móvil?

—Odio esos cacharros.

Barrientos dejó el bolígrafo y le ofreció el suyo.

—Llámele —dijo—. Debe acudir enseguida para acreditar su inocencia.

Joaquín deslizó el aparato sobre la mesa y lo situó junto a la mano del inspector.

—Prefiero hacerlo desde una cabina.

—Como desee. Yo…

—Media hora. Es cuanto le pido.

—Aquí les espero.

Joaquín se levantó, abrió la puerta del despacho y caminó por el pasillo en dirección a la salida. No quería llamar al capitán Soriano desde el móvil del inspector: su número quedaría registrado en la memoria del aparato. Se fiaba de Barrientos, pero le gustaba cubrirse las espaldas. Deformación profesional tras su paso por el SIS.

Juan Barrientos vio alejarse a Joaquín y requirió a un agente a punto de incorporarse al servicio.

—¡Romero! —gritó.

—Sí, señor.

—Siga al hombre del barragán y las botas Panama Jack.

—A sus órdenes.

—Telefoneará a alguien desde una cabina o un bar. Tome nota e infórmeme para solicitar a la compañía el registro del número.

El policía asintió y recorrió a buen paso el pasillo para no perder a su objetivo. Joaquín saludó al guardia de la puerta y abandonó la comisaría. El agente Romero le observó a una distancia prudente. Convertirse en su sombra sería pan comido. Un tipo con un barragán que le llegaba casi a los pies y unas botas de marca resultaba visible desde lejos. Joaquín dejó Leganitos y enfiló la Gran Vía. Caminó un trecho y el policía le vio detenerse, abordar a una chica, cruzar unas palabras con ella, darle un billete de veinte euros y la muchacha entregarle su teléfono móvil. Hizo una llamada y devolvió el aparato a la joven. El policía se quedó perplejo. Nada había sucedido según lo previsto por el inspector. Joaquín apretó la marcha y dudó entre seguir a la joven, para inspeccionar su móvil, o al objetivo asignado. Se decidió por lo segundo. Para revisar el móvil de la chica precisaba una orden judicial. Joaquín dio media vuelta, regresó a la calle Leganitos, entró en un bar próximo a la comisaría y pidió un café con leche. El agente Romero regresó a las dependencias policiales.

—Y bien —dijo Barrientos al verle—, ¿tiene la dirección de la cabina o el bar?

—Lo siento, señor —se excusó—. Le he seguido como me ha ordenado. Pero no ha llamado desde ningún teléfono público.

—Explíquese, Romero, explíquese, ¡coño!

—Ha utilizado el móvil de una joven que ha parado en plena calle a cambio de veinte euros.

Juan Barrientos sonrió.

—Ese tipo es bueno, muy bueno —masculló con envidia.

—He seguido al objetivo y ha regresado a Leganitos. Espera en el bar de la esquina.

—Gracias, Romero.

—¿Ordena algo más, señor?

—De momento, no. Puede retirarse.

Capítulo. 17

Alberto Soriano se reunió con Joaquín Ayuso en el bar de la calle Leganitos donde le había citado. El capitán parecía más tranquilo pero sus ojos aún estaban enrojecidos debido al llanto vertido por Cristina Losvalles. Joaquín lo atribuyó a la falta de sueño. Alberto Soriano se sentó en un taburete, al lado de su amigo, y le pidió al camarero un café cortado. El hombre le sirvió, dio un sorbo y resopló.

—Espero que Barrientos mantenga su palabra —dijo.

—Le aprecia —afirmó Joaquín, convencido—. Me ha garantizado su impunidad en tanto se aclaran los hechos.

—Si he aprendido algo en esta vida es a desconfiar hasta de mi sombra.

—Barrientos le considera un amigo.

—Sí, pero ha intentado averiguar mi número de teléfono con artimañas.

—Confunde su vida privada con la profesional. Hace un tótum revolútum. Le pasa a mucha gente. ¿Barrientos tiene hijos?

—Lo ignoro.

—Si los tiene y trasnochan seguro que les ha colocado un GPS en la suela de los zapatos para mantenerles controlados.

—Como están las cosas yo también lo haría.

—Utiliza técnicas de investigación criminal —sentenció Joaquín, para atajar cualquier recelo por parte del capitán—. Pero nosotros vamos un paso por delante de la bofia. Nos adiestraron en procedimientos de inteligencia militar. Desde el momento que me ofreció su móvil supe que pretendía averiguar su número.

—Bien hecho, Joaquín. Pedir el teléfono a un extraño para llamarme es de traca.

—Nada más abandonar la comisaría me puso vigilancia.

—¿Detectaste al pollo?

—Me cruce en el pasillo con él y minutos después andaba detrás de mí.

—Podía ser alguien que hubiese acudido a la comisaría a realizar un trámite.

—¿Con una Beretta en la cintura?

Alberto Soriano sonrió al comprobar la astucia de Joaquín. Durante los años duros de lucha en el Sáhara figuró entre sus mejores hombres. A su adiestramiento por parte del SIS sumaba la astucia propia de la gente del campo. De quienes leen las señales de la naturaleza: los rastros de las alimañas, los vuelos de las aves, los tauteos de la zorra o la brama del ciervo.

—Hora de irnos —dijo Joaquín.

—Cuando quieras.

El capitán Soriano abonó las consumiciones y dirigieron a la comisaría.

Capítulo. 18

El guardia que custodiaba la entrada de la comisaría reconoció a Joaquín Ayuso y les franqueó el acceso sin hacerles preguntas. Joaquín y Alberto Soriano se dirigieron al despacho número uno. Llamaron a la puerta y esperaron. Un agente de policía les abrió. Le preguntaron por Juan Barrientos e indicó que subieran al primer piso. Utilizaron la escalera, dotada de un pasamanos de madera barnizada y peldaños de terrazo, y al llegar al relleno el inspector les recibió de pie.

—Encantado de saludarle, capitán —dijo, y le tendió la mano.

—Igualmente.

—Síganme, por favor.

Recorrieron un pasillo de paredes recubiertas con carteles de rostros de mujeres carteristas del clan de las «bosnias», láminas de publicidad de armas, noticias de prensa sobre operaciones antidroga de la comisaría de Leganitos y fotografías de una entrega de diplomas a varios agentes adscritos a la misma. Entraron en una sala repleta de sillas de tijera dispuestas en hiladas paralelas. De la pared frontal colgaban una pizarra y un mapa de gran tamaño del distrito Centro y, sobre ambos, un póster lucía el escudo de la Policía Nacional.

—Estamos en la sala de operativos —dijo Barrientos—. Aquí nadie nos molestará. Siéntense, por favor.

Se acomodaron en tres de las sillas, que cada mañana servían para que los agentes tomaran nota de las pautas de trabajo que les dictaban sus jefes, y Barrientos invitó a Alberto Soriano a relatarle lo sucedido.

—Para ayudarle —dijo— necesito conocer los pormenores.

—De acuerdo.

—Le escucho.

—Cristina Losvalles —arrancó— trabajaba de coplista en el Café de la Bohemia, hace cinco días acudí a recogerla por sorpresa y el duelo del local, el señor…

—Emilio Cortés —soltó el inspector.

—¿Le conoce?

—El Café de la Bohemia —dijo— está dentro de nuestra jurisdicción y como a cualquier otro local de ocio lo mantenemos vigilado. Pura rutina.

—Un garito de mala muerte —dio Joaquín por sentado.

—No exactamente —le corrigió Barrientos—. Acuden hampones de baja estofa: trileros, timadores, camellos, tironeros, carteristas, descuideros, gariteros, peristas… Nada importante. La mayoría suelen ir acompañados de sus amantes a tomar una copa.

—Entiendo.

—Yo nunca vi nada raro —terció Soriano— y me he pasado noches enteras allí.

—Amor y ceguera son sinónimos.

—Siga con su exposición de los hechos —le pidió Barrientos.

—Al verme entrar —continuó— el señor Cortés salió a mi encuentro y me preguntó por Cristina. Me dijo que había faltado al trabajo y en ella era rarísimo porque con treinta y ocho de fiebre y unas anginas como melones había ido a cantar. La esperé toda la noche, la llamé repetidas veces a su móvil y al cerrar el Café de la Bohemia me marché a su casa. No había luz en su piso. Así que decidí entrar.

—¿Tiene llaves?

—No.

—¿Cómo accedió al interior?

—Esperé a que saliera un vecino, me colé en el portal, me dirigí al cuarto de los contadores eléctricos, abrí la puerta de una patada y, a través de una ventana que da al patio de luces, accedí a la canalización de un desagüe. Trepé hasta el ventanuco del cuarto de baño de Cristina, rompí el cristal y entré. El piso estaba patas arribas. Alguien se me había adelantado. Es cuanto puedo decirle.

Juan Barrientos resopló y se acarició la barbilla pensativo.

—Cometió allanamiento —dijo.

—Sí, ¿y qué?

—Tengo que comprobar su versión.

—Hágalo —le animó—. Tiene mi palabra de caballero legionario de que he dicho la verdad.

Barrientos cabeceó para asentir. Su padre le había enseñado que la palabra de un caballero legionario estaba por encima de cualquier juramento o promesa, y eso le daba garantía sobre la veracidad del relato. Se levantó, les pidió que esperaran y desapareció tras la puerta. Pasados diez minutos regresó y se sentó en su silla.

—He hablado —dijo Barrientos— con los compañeros de homicidios de San Blas. Ellos llevan el caso. Su versión de los hechos encaja con sus pesquisas. Han hallado el cristal del ventanuco del cuarto de baño roto y la puerta del cuarto de los contadores de la luz reventada.

—He dicho la verdad. Un caballero legionario nunca miente.

—Era mi deber comprobarlo. —El capitán asintió—. Y también le diré que ha hecho bien en presentarse ante mí. Los agentes de San Blas le consideran el principal sospechoso, aunque solo a título indiciario porque no han encontrado sus huellas por ninguna parte.

—¿Me cree estúpido? Evité dejarlas.

—Lo raro es que no hay ninguna huella. Ni siquiera de Cristina Losvalles.

—Alguien —dedujo Joaquín— limpió el piso a conciencia.

—Eso parece.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Soriano.

—Primero —dijo— pediré a uno de mis hombres que le tome declaración oficial. Así los de homicidios de San Blas le dejarán tranquilo. Entre compañeros nos respetamos y ayudamos. Les he dicho que está bajo mi custodia, pero no descarto que quieran interrogarle al respecto. Si le llaman deberá presentarse.

—Eso me tranquiliza.

—Por mi parte quiero que me facilite sus números de teléfono, tanto del móvil como del fijo, y su domicilio. Esta vez sin triquiñuelas.

—Es necesario —habló Joaquín.

—Hay un cadáver de por medio.

—Razón suficiente.

—Anote —dijo Soriano.

Juan Barrientos registró los números y la dirección en un bloc que extrajo de un bolsillo.

—Acompáñeme —le pidió al terminar—. Le llevaré a que le tomen declaración. Limítese a contar lo mismo que a mí.

—Como ordene.

—Usted —Barrientos se dirigió a Joaquín— aguarde aquí. Mientras su compañero declara solicitaré al Instituto Anatómico Forense el resultado de la autopsia de Cristina Losvalles. Espero que nos aclare algo sobre las circunstancias de su muerte.

—Confío en su buen hacer.

Joaquín se entretuvo en inspeccionar la sala de operativos. En la pizarra varias anotaciones dejaban constancia de los controles en salas de baile y clubes de la Gran Vía para evitar el menudeo de droga. En el mapa, unos círculos de color rojo, indicaban las áreas que vigilaban los coches «zeta». Unos números negros, también sobre el mapa del distrito Centro, ubicaban las agencias bancarias más frecuentadas por los turistas, en especial americanos y japoneses, y la posición de los coches camuflados «ka» para evitar robos por el sistema del «mataleón»: los atracadores seguían a un turista que hubiese retirado dinero de un cajero automático, le atacaban por la espalda y le estrangulaban para provocarle la asfixia y dejarle sin sentido. La comisaría de Leganitos figuraba entre las más ajetreadas de Madrid y sus agentes se ganaban día a día el pan para garantizar la seguridad en el área de la capital con mayor concentración de teatros, cines, salas de baile, hoteles, restaurantes, tiendas y locales de ocio. A la Gran Vía la denominaban el «Broadway madrileño».

La puerta se abrió a sus espaldas y Joaquín vio al capitán Soriano regresar a la sala de operativos. Miró de forma mecánica el reloj: habían pasado tres cuartos de hora. Tomaron asiento en las sillas.

—¿Qué tal le ha ido? —le preguntó.

—Como una seda. Barrientos ha estado presente y eso ha agilizado el trámite.

—Está de nuestro lado.

—Me ha dicho que ahora viene. Ha ido en busca de la autopsia. Antes de mi declaración ha solicitado una copia por teléfono. Tiene contactos en el Anatómico Forense.

—Los polis tienen amigos y confidentes hasta en el infierno.

Al rato Juan Barrientos entró en la sala de operativos.

—Siento la espera —dijo—, pero quería leer el informe forense para hacerme una idea.

—¿Qué conclusiones ha sacado? —inquirió Joaquín.

—Veamos —abrió una carpeta y repasó los folios que contenía—. Por ahora se trata de un análisis provisional. A Cristina Losvalles la hallaron en la ribera del Manzanares, a la altura del Puente de los Franceses, atada de pies y manos con cinta americana.

—Las vecinas tenían razón. Las noticias corren como un reguero de pólvora.

—Una zona solitaria. Solo la recorren excursionistas y ciclistas que aprovechan el carril bici.

—Jamás habíamos ido por ahí —dijo Soriano.

—Aunque hallaron el cadáver en el Puente de los Franceses —aclaró— la mataron en otro lugar, según los microhematomas post mórtem. Casi con certeza en su domicilio.

—Puede especificar.

—Al producirse la muerte —expuso— la sangre, debido a la fuerza de la gravedad, se concentra en los puntos más bajos del cuerpo, en las partes que permanecen en contacto con el suelo. Esos microhematomas permiten a los forenses determinar si tras la muerte el cadáver ha sido movido o no. La posición en que hallaron a Cristina Losvalles en el Puente de los Franceses muestra fuertes discrepancias con la posición de los citados microhematomas.

—La mataron y trasladaron el cuerpo.

—Eso parece.

—¿Cómo murió?

—Asfixiada.

—Una muerte cruel —sentenció Joaquín.

Juan Barrientos miró a Alberto Soriano. Había apretado los puños y la sangre le congestionaba el rostro.

—¿Asfixiada sin más? —preguntó.

—Preferiría no entrar en detalles.

—Suéltelo, inspector —le ordenó, enérgico—. Tengo derecho a saberlo.

—Solo intentaba ahorrarle un mal trago.

—No es la primera vez que matan a alguien por quien sentía aprecio.

Barrientos observó a Joaquín, para conocer su parecer, y este asintió serio.

—Como quiera —resolvió—. La asfixiaron después de torturarla…

—¿Qué?…

—Le propinaron una paliza antes de matarla. Presentaba cortes en los brazos, la cara y las piernas realizados con un objeto de hoja muy afilada: una navaja barbera, un cuchillo jamonero, un cúter, un bisturí o algo parecido. La muerte por asfixia, según deduce el forense por las escasas laceraciones del cuello, se la produjo algún tejido resistente pero de textura suave: un pañuelo, una corbata, una bufanda o un fular. Eso implica que el agresor era alguien más fuerte que ella. Un hombre con certeza.

—O sea —reflexionó Joaquín— la torturaron para arrancarle alguna información y después la asfixiaron para cerrarle la boca.

—Ha hecho un relato bastante aproximado de lo sucedido. Además, el análisis de toxicología ha detectado cloroformo de elaboración casera en su sangre.

—La anestesiaron para inmovilizarla.

—Lo más probable. Aunque quizá su agresor solo pretendía reducirla, dejarla inconsciente para atarla de pies y manos. Ninguna parte de su cuerpo presenta señales de lucha defensiva.

—¿Cloroformo casero? —musitó Soriano.

—Es fácil de preparar. Solo se necesita un poco de cloro líquido, del usado para higienizar el agua de las piscinas o lejía normal y corriente diluida en acetona. Aunque deben tenerse conocimientos de química porque la lejía debe enfriarse para evitar que el cloroformo obtenido se evapore: la mezcla alcanza los cincuenta grados Celsius.

—¡Maldito hijo de puta!

—Cálmese, capitán —dijo Joaquín—. La muerte de Cristina Losvalles no quedará impune. La Policía investiga.

—El análisis de tóxicos —siguió Barrientos— ha dado positivo en corticoides.

—¿Corticoides? —se extrañó Soriano, abatido.

—Hormonas del grupo de los esteroides: hidrocortisona, betametasona, prednisona, blecometasona, fenticasona…

—Antiinflamatorios —tradujo Joaquín al lenguaje vulgar—. Yo los administro al ganado por prescripción del veterinario.

—La Brigada de Homicidios de San Blas —continuó Barrientos— ha interrogado al médico de atención primaria del centro de salud asignado a Cristina Losvalles y ha negado haberle recetado corticoides y tener noticias de que algún especialistas se los hubiese prescrito. Eso suscita dos preguntas. ¿Dónde los obtenía y para qué los usaba?

—Que yo sepa —dijo Soriano— Cristina no tomaba ninguna medicina.

—Algunos corticoides —aventuró Joaquín— se venden sin receta.

—No es el caso —rechazó Barrientos—. El corticoide detectado en la sangre de Cristina Losvalles, la prednisona, es un potente antiinflamatorio, eficaz en múltiples dolencias, y requiere de una receta médica para su compra.

—Hay farmacias que hacen la vista gorda —especuló el capitán.

—Habrá que investigar —dijo Barrientos y cerró la carpeta—. Es todo respecto al informe forense. Solo me queda una cuestión por

plantearle Soriano.

—Diga.

—Nadie ha reclamado el cuerpo de Cristina Losvalles.

—Yo me haré cargo.

—Me parece bien. Comunicaré su decisión al Anatómico Forense. ¿Dónde quiere trasladarlo?

—Al tanatorio de San Isidro. En cuanto terminemos aquí cumplimentaré los trámites con la funeraria.

—Entonces no les entretengo.

—Manténgame informado de sus pesquisas, por favor.

—Descuide.

—Una cosa más —dijo Joaquín—. Retire al pipiolo que ha puesto a olerme el culo.

—El agente Romero no es ningún novato. Lleva veinte años de servicio.

—Debería reciclarse en técnicas de control de objetivos móviles y seguimientos en zonas urbanas.

Barrientos sonrió.

—Tiene mi palabra —dijo— de que nadie les vigilará, pero no se metan en líos. Les conozco.

—Estaremos en contacto. Gracias.

Joaquín Ayuso y Alberto Soriano abandonaron la comisaría.

Capítulo. 19

El tanatorio San Isidro estaba en un entorno privilegiado: en la linde del parque homónimo, a un paso de la ermita del patrón de Madrid y junto a los cementerios sacramentales de Santa María, San Isidro y San Justo, una amplia zona verde del centro de la capital. Alberto Soriano, debido a la proximidad de la comisaría de Leganitos a su apartamento, había dejado la Sanglas en el garaje y dado un corto paseo para acudir a su entrevista con Juan Barrientos. Al salir de las dependencias policiales Joaquín Ayuso le convenció para tomar un taxi hasta el tanatorio. Aceptó a regañadientes y el taxista les dejó cerca de la puerta principal. Subieron una rampa y se dirigieron al mostrador de información. Alberto Soriano expuso a la empleada los motivos de su presencia y la joven les informó que el cadáver ya había sido trasladado desde el Instituto Anatómico Forense. Les pidió que la acompañaran y les condujo a un saloncito. Esperaron. Les atendió un asesor familiar, un joven de traje y corbata, de voz suave y modales educados, cuya misión consistía en aliviar el dolor que ocasionaba la muerte y solucionar los problemas burocráticos que entrañaba una defunción. Joaquín permaneció callado y Soriano solicitó los servicios que deseaba: tanatopraxia, para que en su tránsito Cristina Losvalles luciera igual de bella que en el Café de la Bohemia, la cremación, para que ningún ser inmundo se alimentara de sus despojos, un columbario para conservar la urna de sus cenizas, flores para la capilla mortuoria y un ataúd de madera barnizada sin ningún símbolo religioso: Cristina Losvalles se declaraba agnóstica. El asesor le ofreció unos recordatorios y un servicio de cáterin para los dolientes, pero el primero lo rechazó con el argumento de que llevaba el recuerdo de Cristina grabado a fuego en su corazón y el segundo porque nadie acudiría a sus exequias. El joven les pidió que aguardaran y desapareció por la puerta del saloncito. Joaquín aprovechó para preguntarle a Soriano: —¿Piensa hablar con su hija de lo ocurrido?

—Siempre he intentado protegerla. Prefiero mantenerla al margen. Las cosas pueden complicarse.

—Yo haría lo mismo. Mi única preocupación es alejar a Ángela de los problemas. Solo quiero verla feliz.

—Gracias por estar a mi lado, Joaquín. Tenerte cerca hace las cosas más fáciles.

—Quien tiene un amigo de verdad nunca está solo.

—Voy a matar al hijo de puta que se ha cargado a Cristina. Palabra de legionario. Si voy a la cárcel me importa una mierda.

—Tomarse la justicia por su mano es una mala decisión.

—Ese tipo no merece vivir.

—Todo el mundo tiene derecho a un juicio justo. Hasta el peor de los asesinos.

—Prefiero la justicia rápida, como la aplicada a Gadafi.

—Le mataron a sangre fría. Cometieron una tropelía.

—Esa reflexión —contrapuso— está bien desde la comodidad de tu vida. Pero si el sátrapa libio hubiese matado a tus padres y a tus hermanos, y violado a tu mujer, a tus hijas y a tus hermanas, ¿pensarías igual? ¿Qué harías si alguien torturara y matara a Ángela?

—Prefiero no pensarlo. Me volvería loco de rabia.

—Pues eso, Joaquín, eso…

El asesor regresó al saloncito con un montón de papeles. Había calculado el coste de los servicios y hecho varias fotocopias del certificado de defunción expedido por el Anatómico Forense.

—El importe del sepelio —dijo— asciende a seis mil quinientos treinta y cuatro euros. Si está de acuerdo firme aquí.

El empleado del tanatorio colocó ante los ojos de Alberto Soriano un contrato. Leyó por encima las cláusulas del mismo. Le parecieron correctas y estampó su rúbrica en el documento. Extrajo de su cartera una tarjeta de crédito y se la tendió al joven para que procediera al cobro.

—Espere, por favor, voy a buscar un datafono.

Al regresar con el terminal telefónico Soriano introdujo su tarjeta en el aparato y tecleó su número pin.

—Por mí —dijo el asesor— hemos terminado. Aquí tiene las copias del contrato, el original de la factura y el certificado de defunción.

—Gracias.

—Mañana, a partir de las nueve, podrán acompañar al cadáver en la sala quince hasta la hora que deseen. Al marcharse avisen en recepción para que cierren el velatorio. Pasado mañana procederemos a trasladar el cuerpo al crematorio del cementerio de La Almudena. Allí se despedirán de su ser querido y al día siguiente estará a su disposición la urna con las cenizas. En su caso, como ha pedido, se depositarán en un columbario y le notificarán el número de registro para su localización. De todas maneras, si quiere hacerse cargo de la urna, no hay inconveniente. Solicítelo en las oficinas centrales del cementerio de La Almudena.

—Solo una pregunta —incidió Soriano.

—Diga.

—Un asunto muy urgente me impide retirar por ahora las cenizas. Por eso no puedo acompañar a la difunta al crematorio. Ni siquiera, con gran dolor de mi corazón, puedo velar su cuerpo.

El asesor, de manera inconsciente, dirigió la mirada al certificado de defunción. Había leído el informe del forense y conocía las circunstancias de la muerte de Cristina Losvalles. En el tanatorio solían recibirse cadáveres fruto de la violencia y comprendía la reacción de algunos familiares.

—Estamos para servirle —dijo, amable—. Mucha gente se desentiende de la urna. No se preocupe. Los empleados del cementerio la depositarán en el columbario.

—No interprete mal mis palabras.

—Solo pretendía quitarle importancia al hecho de recoger o no las cenizas.

—En unos días o semanas quizá pueda recuperarlas.

—Por supuesto. Ha contratado un nicho por un período de cien años. Durante un siglo la urna estará a su disposición. Solo tiene que pedir su custodia de forma oficial y se le entregará.

—Eso me tranquiliza.

—¿Algo más?

Negó con la cabeza. El asesor les dio el pésame por la pérdida sufrida y se marchó.

—Echemos un vistazo al velatorio quince —dijo Soriano.

—Hasta mañana no colocarán el féretro con los restos —opuso Joaquín.

—Lo sé. Solo quiero saber si a Cristina le gustaría.

Asintió y acudieron a la sala asignada: un habitación amplia, dotada de un lucernario para el paso de la luz natural y varias lámparas de mesa, dos butacas, una mesa rodeada de sillas, otra mesa con tazas y un termo de café, un sanitario de uso privado y una cámara refrigerada, aislada por un cristal, donde quedaban expuestos los féretros. Alberto Soriano se imaginó a Cristina rodeada de coronas de flores y con la placidez en el rostro de quien descansa en paz para la eternidad.

—A ella le gustará —dijo.

—Estoy seguro —convino—. En este tanatorio se vela a gente de alcurnia.

Alberto Soriano permaneció callado. Joaquín percibió un brillo en sus ojos y respetó su silencio.

—Vayámonos —espetó, tras un instante de recogimiento— tengo un nudo en el estómago.

Capítulo. 20

Callejearon hasta el paseo Quince de Mayo y anduvieron hacia la boca de metro de la estación de Marqués de Vadillo: el túnel de la M-30 y el río Manzanares corrían paralelos a su izquierda. Alberto Soriano andaba más lento de lo habitual. Su cara tenía un color aciguatado y de vez en cuando se llevaba la mano derecha al estómago. De su frente manaban hilos de sudor, que se perdían al llegar a la barbilla, y sus ojos estaban vidriosos y enrojecidos. Se encontraba mal. Los nervios le pasaban factura. Joaquín Ayuso se detuvo y le agarró del brazo temiendo que pudiera desmayarse a causa de una lipotimia. Alberto Soriano se apoyó en una farola.

—Cojamos un taxi —le propuso Joaquín.

—No es nada. El cabreo me ha provocado espasmos en el estómago.

—Acabamos de pasar un centro de salud. Si quiere…

—Vayamos a comer algo.

—Como guste.

Entraron en el primer bar que hallaron en su ruta. Un local algo oscuro, con olor a fritanga y desinfectante, de cristales que lucían dibujos alusivos a las tapas y platos de comida que servían, acompañados de su precio e ingredientes. A Alberto Soriano se le revolvió aún más el saco de la digestión. Se sentó a una mesa. Joaquín Ayuso hizo lo propio. Le veía cada vez peor. Los psicólogos afirmaban que los mayores estados de ansiedad se padecían tras el fallecimiento de un ser querido, la noticia de una enfermedad terminal, un divorcio o una mudanza. Joaquín no estaba de acuerdo. Los psicólogos, parecía evidente, nunca habían estado en una guerra, en un campo de concentración o en alta mar en una patera a la deriva.

—¿Qué desea tomar? —le preguntó Joaquín—. ¿Una manzanilla?

—No, hombre, no. —rechazó—. Algo más contundente. Mira qué hay de comer.

—Este sitio me da mala espina. La suciedad campa a sus anchas. El botellero de la barra tiene más mugre que el rabo de un cerdo.

—A la suciedad de los bares y chiringuitos debemos los españoles nuestra mayor esperanza de vida en comparación con el resto de europeos.

—Pamplinas.

—No te creas eso de la dieta mediterránea. Pura mentira. Nuestra cocina es rica en grasas saturadas y vivimos más porque la mierda de los bares nos inmuniza contra un montón de enfermedades.

—Usted y sus disparatadas teorías.

Joaquín Ayuso le dio la razón. No quería polemizar. Se acercó a la barra. La vitrina refrigerada mostraba un surtido de tapas frías: mejillones en vinagreta de cebolla, pepino y pimiento rojo, croquetas de bacalao o de jamón, empanadillas, salpicón de pulpo y langostinos, anchoas en aceite, atún en escabeche, patatas bravas o con ajiaceite y ensaladilla rusa. Nada de aquello le sentaría bien al capitán.

—¿Platos calientes? —le preguntó al camarero.

—Solo tapas. —El hombre señaló el reloj, que presidía la barra, regalo de una marca de cerveza—. La cocina a la carta cierra a las cinco. Elija la tapa caliente que quiera y se la preparo en unos minutos.

Tomó conciencia del tiempo que había transcurrido sin meter nada en el estómago: desde la hora el desayuno. El camarero le entregó una carta de tapas, le echó un vistazo y se decidió: —Pónganos bacalao a la romana.

—¿Y de beber?

—Dos aguas.

—¿Frías o del tiempo?

—Del tiempo.

—Marchando.

Joaquín regresó a la mesa.

—¿Qué has pedido? —se interesó Soriano.

—Dos tajadas de bacalao a la romana.

—Si te gusta el bacalao un día te llevo a Casa Labra o a Casa Revuelta.

Hacen las mejores tapas de bacalao de Madrid.

El camarero les sirvió las aguas minerales.

—A mí —protestó Soriano— tráigame una caña de cerveza bien fría.

—¿Con o sin alcohol? —dijo el camarero.

—La duda ofende.

—Okey!

—Le va a sentar como un tiro —intentó Joaquín hacerle desistir.

—En cuanto coma algo este malestar me pasa en un santiamén. Ya verás.

El camarero les sirvió dos hermosas tajadas de bacalao a la romana, una cestita de pan y la caña de cerveza. Pese a la suciedad del local la comida tenía buen aspecto. Alberto Soriano atacó su ración de bacalao con hambre, lo devoró en un pispás y bebió la cerveza a gollete casi de un trago. Joaquín temió lo peor. En algunos aspectos el capitán se comportaba como un zopenco.

—¿Qué tal?

—Bien —respondió de forma automática.

Se había puesto peor, aunque intentaba disimularlo. Joaquín le vio sudar a chorros, limpiarse la frente y la comisura de los labios con una servilleta y contener una arcada. La tormenta estaba a punto de estallar. Se levantó, el camarero adivinó la pregunta que iba a formularle y le señaló el camino a los servicios. Se encerró en un retrete y levantó la tapa del váter. Las arcadas se sucedían a mayor intensidad, sintió contraerse su estómago y soltó varias gargantadas de vómito. El bacalao y la cerveza regresaron al exterior convertidos en una masa pastosa y agria. Tiró de la cadena y desaparecieron engullidos por un remolino de agua. Sintió un mareo profundo. La cabeza le daba vueltas, temió caer redondo por culpa de un desmayo y se apoyó en la pared. Bajó la tapa del inodoro y se sentó en la taza, con la cabeza hundida entre las manos. Los nervios por la muerte de Cristina, por saberse sospechoso de su asesinato, tener que presentarse en la comisaría, los trámites del tanatorio y el hecho de no poder velarla le habían roto. Aquel joven que en mitad de los tiroteos con las patrullas moras salía de su trinchera para increparles a voz en grito había pasado a la historia. La edad nunca perdonaba. Bernard Shaw

dijo: «La juventud es una enfermedad que se cura con los años». Había cumplido demasiadas primaveras. Había intentado mostrar entereza ante Joaquín, para inspirarle confianza, pero sus fuerzas le habían abandonado. Por primera vez tuvo conciencia de ello. Debía seguir adelante. El deber le obligaba. No podía traicionar el sexto mandamiento del Credo: «El legionario nunca se quejará de fatiga, ni de dolor, ni de hambre, ni de sed, ni de sueño…». Respiró varias veces profundamente y el mareo y las náuseas, poco a poco, remitieron.

Se sintió mejor. Levantó la cabeza y vio la puerta del excusado repleta de dibujos pornográficos y frases obscenas contra los políticos, la corrupción y la crisis. Una puerta convertida en el canto de una sociedad desesperada por la falta de empleo, los trabajos de miseria y la desfachatez de la clase dirigente. El lema del 15M, con dos notorias faltas de ortografía, destacaba escrito con un rotulador de trazo grueso: «No hay pan pa tanto xorizo». Le secundaban otras proclamas: «Menos crucifijos y más contratos fijos» y «No necesito sexo, el Gobierno me jode cada día». Entendió que su desesperación por la muerte de Cristina se multiplicaba en cada persona por diferentes motivos. La crisis no dejaba a nadie incólume. La muerte tampoco. Si sus compatriotas no se rendían él, un caballero legionario, tampoco. Abrió decidido la puerta del váter, se dirigió a la pila y se echó agua en la cara. Bebió a morro del grifo, sin importarle el verdín acumulado, para enjuagarse la boca y aliviar la agrura que le subía del estómago, y regresó al salón. Joaquín le vio acercarse a la barra, pedirle algo al camarero y este entregarle un objeto parecido a un rotulador o un bolígrafo. Alberto Soriano regresó a los servicios, se encerró en el mismo retrete que había usado y se subió de pie sobre la tapa de la taza para alcanzar la parte superior de la puerta. El único espacio libre de garabatos y frases. Quitó el capuchón al bolígrafo y escribió con trazo firme: «Cuando muera iré al cielo porque en el infierno ya estuve». La vida le había mandado otra vez al infierno pero saldría de él, como había hecho en otras ocasiones, encontraría al asesino de Cristina y lo mataría: «Ni fatiga, ni dolor, ni hambre…». La vida podía doblarle pero nunca romperle.

Devolvió el bolígrafo al camarero y sentó a la mesa. Joaquín le observó. Sus mejillas habían recobrado el color, el sudor había dejado de perlar su frente y sus ojos tenían la mirada inquisitiva y vivaracha de siempre. Parecía más relajado.

—¿Otra tajada de bacalao y más cerveza? —se burló Joaquín.

—El universo se ha conjurado contra mí.

—¿Mejor?

—Sí. Bastante mejor. He soltado hasta el primer biberón.

—Tenía que haberme hecho caso y tomarse una manzanilla. Calma los espasmos de estómago.

—Hace años estos arrechuchos se me pasaban comiendo.

—Nos hacemos viejos.

—No me lo recuerdes. Esta situación ha estado a punto de desbordarme. Pero ya estoy firme y listo para pasar revista. Me he dejado llevar por los sentimientos, pero ya he recobrado el control.

—Deberíamos ir a casa a descansar. Mañana será otro día.

—El problema es qué hacemos mañana.

—Usted está al mando.

—Parte de los nervios que sufro se deben a mi desconcierto. No sé por dónde empezar. Estoy perdido, aturullado.

—Comencemos por interrogar a los amigos y familiares de Cristina Losvalles para averiguar si tenía enemigos, deudas, rencillas o sufría el acoso de algún admirador.

—Absolutamente de acuerdo —aceptó—. Me he dado cuenta de que desconozco su vida por completo salvo que nació en Triana, tenía cuarenta y siete años, y carecía de parentela.

—¿Amigos?

—Hasta donde sé Cristina solo se relacionaba con gente de su trabajo. Pero no creo que puedan catalogarse de verdaderos amigos. Compañeros si acaso.

—Los legionarios damos a la amistad un valor muy elevado. En nada comparable al resto de la gente.

—Tienes razón.

—Investiguemos la vida de Cristina Losvalles, los lugares que frecuentaba, con quién, sus horarios, sus propiedades… Es de manual.

—Ex notitia victoria.

—Eso es. «Saber para vencer». El lema del antiguo Cesid.

—¿Y por dónde comenzamos a tirar del hilo?

—Era cantante y editó discos.

—Dos.

—Trabajaría con alguna discográfica y actuaría en salas de fiesta. Tuvo que conocerla mucha gente.

—Lo ignoro. Nunca me habló de sus amistades.

—Yo manejo mal los ordenadores pero en Internet hay información de las cosas más insospechadas.

—Se me ponen los pelos como escarpias si mentas a los ordenadores.

—Podemos utilizar su smartphone.

—¿Mi qué?

—Su móvil. Seguro que tiene conexión a Internet.

Alberto Soriano extrajo su teléfono y lo posó sobre la mesa.

—Ahí lo tienes. Todo tuyo.

Joaquín lo examinó y cabeceó con una sonrisa.

—Solo sirve para llamar y recibir llamadas.

—¿Y qué esperabas? ¿Qué también preparara unas migas ruleras? Tú ni siquiera tienes móvil —le reprochó.

—Lo admito —dijo—. Soy un tipo raro.

—Más que un vampiro donante de sangre.

—Los móviles son objetos diabólicos —se excusó—. Droga dura que engancha a la gente como la heroína o el hachís.

—En casa tampoco hay ordenador. Habrá que buscar un sitio que los alquilen.

—No se preocupe. Yo me encargo.

—Tú tienes menos idea de manejar un ordenador que tus vacas de

cantar Lucía de Lammermoor. Por cierto. Yo lo hago bastante bien. Tenía que haberme dedicado a la lírica. Otro gallo me cantaría.

Capítulo. 21

Regresaron a casa y Alberto Soriano se tomó una tableta antiácido, para vencer la sombra de agrura que todavía le subía del estómago, y se retiró a su cuarto a descansar. Necesitaba dormir, relajarse, recuperar las fuerzas que el ajetreo y las emociones le habían menguado. Joaquín Ayuso le despidió con un escueto «hasta mañana». Arrimó una silla al taquillón del recibidor para hablar con Ángela desde el teléfono fijo, y se sentó. Descolgó, marcó el número de su casa en Guijo de Gredos y, al segundo timbrazo, escuchó su voz.

—¿Joaquín?

—Sí, mi amor.

—Pensaba que no me llamarías, que te habías olvidado de mí.

—Eso nunca.

—¿Habéis averiguado qué le ha ocurrido a Cristina?

—Sí.

—¿Entonces regresas mañana a casa?

—Las cosas se han complicado, cariño.

—Me lo temía. ¿Qué ha pasado?

—Cristina Losvalles ha muerto. La han asesinado.

—¡Qué!…

—Como lo oyes.

—¡Cielo santo!…

—El capitán está hecho polvo. Nunca le había visto tan abatido y créeme si te dijo que en el Sáhara vio morir a varios de sus hombres sin perder la entereza.

—¿Quién la ha matado?

—La policía no tiene ni idea.

—¿Y de los motivos?

—Tampoco.

—Vuelve a casa, amor. No quiero que te ocurra nada malo. La policía se encargará de encontrar al asesino. Ya lo verás.

—No puedo abandonarle. Traicionaría su confianza. Invocó el Credo y para los legionarios es algo sagrado. Tengo que estar a su lado. Es un buen amigo.

—¡Por la Virgen Santísima!, Joaquín, no te metas en líos. Te lo suplico.

—Eres lo que más quiero, pero tienes que comprender que la vida es un gran quebradero de cabeza.

—¡A mí vas a decírmelo! No pretendas ser el muerto en el entierro.

—El capitán me ayudó a encontrarte, a rescatarte de las garras de tu proxeneta. ¿Tengo que recordártelo otra vez?

—No, cariño. Lo sé…, lo sé… Y siempre le estaré agradecida. Pero soy egoísta en este sentido y temo que te pase algo.

—Sé cuidarme.

—No puedo convencerte, ¿verdad?

—Nada me gustaría más que estrecharte esta noche entre mis brazos, pero en la vida hay que asumir responsabilidades.

Ángela suspiró al micro y Joaquín supo que ella se resignaba a su voluntad.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en Madrid?

—El menos posible.

—Puedo ir. Cuidaré de ti.

—Prefiero que estés en casa y te ocupes del ganado.

—Lo tú que digas, amor.

—Ahora tienes que hacerme un favor. Necesito que busques en el ordenador información sobre Cristina Losvalles.

Ángela Moreno asintió en su triste soledad. No se consideraba una experta en ordenadores pero a nivel usuario se manejaba bien. De hecho ella le había convencido de la necesidad de comprar un ordenador portátil para agilizar la gestión comercial de la vaquería. Ella se encargaba de llevar la contabilidad, mandar los correos electrónicos, controlar las existencias de pienso y heno, efectuar los pedidos, del vencimiento de las facturas, de registrar las estadísticas de la producción y de mil cosas más que sin la ayuda de un ordenador le llevarían un tiempo del que no disponía. Se puso frente al portátil, con el teléfono inalámbrico pegado a la oreja, introdujo en la ventana del buscador «Cristina Losvalles» y aparecieron un sinfín de páginas de Facebook dedicadas a personas de nombres similares. Ante su aparente fracaso decidió centrar la búsqueda y añadió al nombre «folclórica» y «coplista». En la pantalla aparecieron dos vídeos de YouTube de actuaciones de Cristina Losvalles, dos carátulas de sus discos de vinilo y un artículo del periódico ABC, de finales de los ochenta, dedicado al mundo de la copla.

—Apenas hay nada —dijo Ángela, pegada al micro—. No puede decirse que fuese una estrella de la canción.

—Hazme un resumen.

—Dos vídeos de escasa calidad de ella cantando. Seguramente de actuaciones en fiestas populares y grabados por algún aficionado con una cámara mala, dos portadas de sus discos, como parte de una colección discográfica dedicada a la copla, y un artículo del períodico ABC que la nombra de pasada. Poco, como te he dicho.

—¿Quién firma el artículo?

—José Luis Camacho, un musicólogo y flamencólogo.

—Tiraremos de ese cabo.

—Ese hombre igual ha muerto. El artículo data de noviembre de 1988. Han pasado treinta años.

—Averiguaré si todavía trabaja en ABC. Búscame, por favor, el teléfono del periódico.

Tecleó en el buscador «ABC + Madrid» y le apareció su página web y en un lugar destacado el teléfono. Se lo dictó.

—Espero que tengas suerte y regreses pronto —dijo, más relajada—. «Vivo sin vivir en mí», como santa Teresa.

Joaquín sonrió. Ángela le arrancaba una sonrisa incluso en las situaciones más difíciles.

—En cuanto vuelva vemos Teresa de Jesús, de Juan de Orduña.

—Cuídate —insistió—. Si te ocurriera algo yo…

—No te librarás de mí tan fácil. Te quiero. Adiós.

Colgó y resopló abatido. Sus sentimientos siempre se habían debatido entre la obligación, la responsabilidad y los deseos.

Capítulo. 22

Corrió el visillo de una ventana y atisbó la calle de los Barros, en el barrio de Entrevías. Lucía el sol pero el frío apretaba y la gente caminaba embutida en abrigos, chaquetones, bufandas y gorros, embozados como si fuesen a cometer un atraco. El Sol y Sombra vivía en un piso interior, de apenas cincuenta metros cuadrados, dotado de una habitación, una cocina, un cuarto de baño, un salón y un vestíbulo o recibidor. Suficiente para él y para refocilar con alguna de las meretrices que contrataba de tarde en tarde para aliviar sus tensiones sexuales. Desde muy joven su enfermedad le había impedido ligar. Jamás había hecho el amor con una mujer sin pagar. Jamás había sentido en su piel una caricia sincera, espontánea, de amor verdadero, y eso le acomplejaba, le encabronaba y, con el paso de los años, le había convertido en un misógino de manual. Odiaba a las mujeres por rechazarle, por menospreciarle como a un apestado, por burlarse de él: en el colegio las niñas le llamaban «Colorines». Estaba convencido de que las palizas de su padrastro, al llegar borracho a casa, le produjeron la enfermedad. Primero zurraba a su madre, para librarse de su frustración, y luego la emprendía a golpes con él. Le odiaba. Los médicos de las prisiones, los únicos especialistas que había visitado en su vida y se habían interesado por su dolencia, nunca se pusieron de acuerdo sobre las causas de la misma. Unos le dijeron que su afección la producía la autodestrucción de los melanocitos, debido a una alteración autoinmunitaria, pero otros la atribuían a un hecho determinado, como el estrés emocional que sufrió de niño. Necesitaba mucho dinero para someterse a costosos tratamientos dermatológicos como Michael Jackson, también afectado de vitíligo, y borrar las huellas de una patología que carecía de cura. Las palizas que había recibido de niño le atormentaban por las noches en forma de pesadillas. Miró la hora en su reloj de muñeca. Descolgó el teléfono y llamó a su mentor como habían acordado.

—Jefe —dijo al descolgar el otro—, soy Anselmo.

—Te he reconocido, Sol y Sombra.

A Anselmo Bejarano nadie le llamaba por su verdadero nombre o apellido, que procedía de la ciudad salmantina de Béjar, sino por su alias de Sol y Sombra que le había acompañado desde los dieciséis años, desde su primer ingreso en el Tribunal Tutelar de Menores por

hurtar una cámara de fotos en unos almacenes de Salamanca. Su paso por varias cárceles, había convertido el alías en su principal seña de identidad.

—Me dijo que habláramos esta mañana para quedar.

—¿Has descansado?

—Estoy como nuevo.

—Pásate por la parroquia a la hora que te venga bien.

—Ahora mismo.

—Aquí me encontrarás.

Capítulo. 23

El Sol y Sombra aparcó su Renault-9, un cascajo de quinta mano matriculado en 1985, en la calle Bordadores, adyacente a la iglesia de San Ginés, un templo catalogado entre los diez más antiguos de Madrid, alzado sobre un anterior mozárabe de origen incierto, quizá de finales del siglo xi o principios del xii. La iglesia, bajo la advocación de san Ginés de Arlés, patrono de los notarios, fue reconstruida en el siglo xix y de esa época databa su campanario, de geometría perfecta, de balcones enrejados y volados, coronados por un chapitel de estilo madrileño. En la parroquia de San Ginés recibió las aguas del bautismo Francisco de Quevedo y contrajo nupcias Lope de Vega.

Entró en el templo, se persignó al cruzar frente al altar mayor y dirigió al despacho parroquial. Llamó a la puerta con un toque leve de los nudillos.

—Aguarde, por favor —gritó el cura desde dentro.

El Sol y Sombra se acomodó en un banco a la espera de que su jefe le autorizara a entrar. A poco salió del despacho una anciana, de espalda encorvada, que caminaba apoyada en un andador. Se levantó y llamó de nuevo a la puerta del despacho.

—Adelante.

—¿Qué tal?, padre Contreras.

—Atendiendo a la feligresía. Como es mi obligación. Siéntate.

—A esa señora nunca la había visto por la parroquia.

—Quería unas misas de difuntos para honrar a su marido. Hace cinco años que murió. Antes venía al culto los sábados, pero ahora la artrosis la tiene encerrada en casa y apenas sale a la calle. Sigue la liturgia en la tele.

—¿También sirve para cumplir el precepto?

—Si alguien por motivos graves no puede acudir a la misa está exento. Todo depende de las circunstancias y de la voluntad del cristiano.

—Entiendo.

—Y tú, ¿cómo estás? Menudas vacaciones te has pegado a mi costa.

—Se las cambio. Vengo mordido de chinches, cansado de dormir en tugurios de mala muerte y de bregar con gilipollas.

—Esa boca, esa boca…

—Disculpe, padre.

El Sol y Sombra sacó de su chupa una carterita y le entregó al cura la tarjeta de visita de Marc Rovira y la fotografía que había utilizado para identificar la credencia.

—Ya no voy a necesitarlas. Estamos en un callejón sin salida.

—Tengo el deber moral de recuperar los bienes de la iglesia.

—A mí me chifla la pasta.

—Y a mí cumplir el mandato de la Santa Madre Iglesia.

—Yo, como ese tipo de la tele, soy un «yonqui del dinero».

—Cada uno tiene sus prioridades. —El párroco señaló hacia la nave central del templo—. El papa Inocencio VI, el quinto papa del pontificado de Aviñón, concedió a la iglesia de San Ginés una bula para otorgar indulgencias plenarias a los feligreses que contribuyesen a reponer los bienes perdidos. Y en eso estamos, Anselmo. De no ser por la bula cometeríamos pecado mortal.

—¿Si logramos recuperarlos nos beatificarán?

—No te burles o arderás en las llamas del infierno.

—No me cachondeo, padre. Es que usted se toma las cosas muy a pecho.

—Como debe ser.

—Sin la credencia no tenemos nada. Ninguna pista fiable. ¿Qué hacemos?

—Seguir adelante hasta encontrar el camino de la verdad. La Biblia, que deberías leer, dice: «El ánimo del hombre soportará la enfermedad», es decir, las adversidades. Tienes que mantener el

espíritu alto, evitar desfallecer ante las dificultades si quieres vencer, llegar a la meta.

—La Biblia me cuesta de entender. A muchas cosas no les veo sentido.

El padre Contreras se levantó de la silla, dio unos pasos por el despacho parroquial, para concentrarse y buscar una salida al laberinto en que estaban, y se sentó de nuevo.

—Vigila el Café de la Bohemia —le dijo—, igual alguien también conocía el secreto de Cristina Losvalles y se nos ha adelantado.

—Allí me plantaré. Como un clavo.

—Día y noche —precisó el cura—. Controla a todo quisqui que entre o salga. La paciencia conduce al éxito.

—Tengo más paciencia que el santo Job.

—Pues no se hable más.

—Queda un pequeño detalle.

—Tú dirás.

—Necesito guita.

El padre Contreras sacó de un cajón del escritorio la bolsita de la recaudación de los cepillos de la última semana y se la entregó.

—Ahí tienes. Seiscientos euros en billetes y monedas. Ingresa en el banco trescientos a mi nombre y los otros trescientos quédatelos y gástalos con mesura. No están los tiempos para atar los perros con longanizas.

—Nunca derrocho la pasta, jefe. Sigo el consejo de George Best al preguntarle un periodista en qué invertía su dinero: «La mitad, dijo, la gasto en mujeres y alcohol, y la otra mitad la malgasto».

—Eso es impropio de alguien inteligente.

—Podría estirarse y subirme un poco el sueldo.

—Ni lo sueñes. Bastante hago con dejarte vivir en el piso de mi difunta madre sin cobrarte alquiler. Cada mes pierdo quinientos o seiscientos euros. ¿Te subo el sueldo y te cobro alquiler?

—Casi mejor que no.

—Y ahora a trabajar que, como proclama un salmo, «Dios se revela al mundo por su trabajo».

—Me pongo a ello esta misma mañana, en cuanto haga el ingreso.

—Tenme al corriente y no tomes ninguna decisión sin consultarme. ¿Entendido?

—Sí, jefe.

Anselmo Bejarano abandonó el templo, se dirigió a la agencia bancaria, donde el padre Contreras tenía abierta una cuenta corriente, efectuó el ingreso, cogió el recibo de la imposición, lo introdujo en un sobre y regresó a la iglesia de San Ginés para entregárselo. El despacho parroquial estaba vacío. Miró el sobre y lo metió en un cepillo. Ya lo encontrará, pensó. Acudió en busca de su Renault y marchó hacia el Café de la Bohemia, a un paso de la parroquia.

Capítulo. 24

El Café de la Bohemia, en la calle Toledo, estaba a un tiro de piedra de la Plaza Mayor, en una zona de estacionamiento prohibido. El Sol y Sombra dio algunas vueltas, paró su coche en doble fila, frente a una tienda de la calle Cuchilleros, y aguardó a que algún automóvil dejara una plaza libre. Transcurrió una hora hasta que una mujer retiró su vehículo. La paciencia estaba entre sus escasas virtudes. Dio un acelerón, entre los bocinazos de protesta de los otros conductores que circulaban por la calle y, tras varios golpes al coche que le precedía y otros tantos al que le sucedía, estacionó su Renault. Caminó arrebujado en su chupa de cuero hacia la calle Toledo, saludó a varios porteros de locales comerciales y dependientas de bazares de ropa, y entró en el bar La Maliciosa, un tugurio oscuro y sucio que vivía de servir cafés, alcohol y bocadillos a indigentes, inmigrantes sin recursos, prostitutas de la vecina calle Montera, chaperos que contentaban a sus clientes en las pensiones aledañas a la Plaza Mayor y camellos de hachís.

El dueño del bar le saludó. El Sol y Sombra le conoció en la cárcel de Albolote mientras cumplía condena por un robo con fuerza. Allí se hicieron amigos. Años después se reencontraron en Madrid un día que él entró a tomarse un café en el bar La Maliciosa. Su dueño, Antonio Cervera, que en el ambiente carcelario y del hampa recibía el alias de Pelucas, por haberse dedicado a la compra y venta de cabello para confeccionar pelucas, sufrió la ruina al invadir el cabello importado de la India el mercado. El Pelucas tuvo la mala cabeza de cometer un atraco en Granada para salir de la quiebra y el embargo que acuciaba a su negocio. Le pillaron a los pocos días, sin gran esfuerzo por parte de la policía debido a su impericia, y aprendió la lección. Al abandonar la cárcel regresó a Madrid, se apartó de la mala vida y, con la ayuda de su familia, juntó el dinero necesario para pagar el traspaso del bar La Maliciosa. Ganaba poco pero suficiente para mantener a su esposa e hijo y devolver el préstamo a sus parientes. La amistad entre los reclusos se mantiene firme por años que pasen, y el Sol y Sombra por aquellos días acababa de dejar el trullo por darle una paliza a un municipal de Tarancón en un control de alcoholemia. Se pasó tres años en el penal de Cuenca. Regresó a Madrid sin un céntimo en el bolsillo, durmió en la plaza de Chueca, entre vagabundos y alienados, vivió de hurtar carteras a turistas confiados y una mañana, de casualidad, entró en el bar La Maliciosa y su vida cambió. El Pelucas

le reconoció, se interesó por su estado y le ofreció comida y cama gratis. Las pitanzas se resumían a bocadillos calientes o fríos, raciones de tortilla de patata o chorizo picante y tapas de calamares, boquerones, croquetas, empanadillas o sardinillas en escabeche, que la mujer del Pelucas preparaba en la diminuta cocina del bar. A la hora de dormir el Sol y Sombra se refugiaba en el almacén de bebidas, tendía un colchón de espuma en el suelo y se embutía en un viejo y zarrapastroso saco de dormir. Así pasó meses hasta que la mujer del Pelucas, que acudía a la iglesia de San Ginés a oír misa a diario para darle gracias al Señor por haber apartado a su marido del mal, le expuso al párroco su deseo de encontrar un empleo para un amigo de su esposo. El padre Contreras se ofreció a contratarle para atender las necesidades de la parroquia que escapaban a su control por falta de horas.

El Sol y Sombra se acomodó en una mesa, junto a la vidriera del bar que daba a la calle y permitía controlar la puerta de acceso al Café de la Bohemia. El Pelucas se acercó.

—¿Cómo te trata la vida, Sol y Sombra? —dijo.

—Bien. ¿Y a ti?

—En los tiempos que corren no puedo quejarme.

—Sírveme una copa de coñac, anda.

—¿Tan temprano?

—Tengo que pedirte un favor, Pelucas.

—Estás en tu casa. Ya lo sabes.

—Voy a pasarme aquí el día y la noche.

—¿Y eso?

—Solo puedo decirte que debo vigilar quién entra y sale del Café de la Bohemia.

—Prefiero desconocer los motivos.

—Tampoco pensaba decírtelos.

—Ya… No quiero follones. Mis pies caminan por la senda de la honradez.

—Hay otra cosa.

—Hazme llorar —dijo, con sorna.

—No puedo estar despierto todo el día. Tienes que relevarme. Tú conoces al personal del café. Contrólalo y dime si fuera de las horas de espectáculo entra algún extraño.

—De acuerdo. Te sustituiré de las diez de la noche hasta las tres de la madrugada para que eches una cabezada en el almacén. Aún conservo el colchón y el saco de dormir.

—¿Se mosqueará tu mujer? No quiero crearte problemas.

—Estate tranquilo. Antes de casarnos me hizo jurar que nunca más volvería a comportarme como un gilipollas y lo juré por el Cristo de los Faroles de mi querida Córdoba. Desde entonces confía en mí.

—Has tenido suerte.

—No te metas en líos. Ya no tienes edad para que te enculen en las duchas de una cárcel de mala muerte.

—Descuida. Jamás volveré a prisión. Me lo prometí a mí mismo.

El Sol y Sombra besó el cristo que colgaba de su cuello. El Pelucas asintió, le sirvió una copa de coñac y la bebió de un trago, de manera compulsiva. El alcohol le ayudaba a borrar sus malos recuerdos. Clavó la vista en la entrada al Café de la Bohemia y vio a las mujeres de la limpieza, al vigilante jurado que custodiaba el local y a varios repartidores de bebidas y alimentos. Nada de interés.

Capítulo. 25

Joaquín Ayuso se revolvió en la cama. Había dormido más de lo habitual, debido al cansancio y la tensión, pero se despertó temprano. El ruido que llegaba de la calle y el batir de las puertas del ascensor, al abrirlas y cerrarlas, le impidieron conciliar de nuevo el sueño. En la ciudad se sentía extraño, fuera de su hábitat natural, como un oso polar en una playa del Caribe. Estaba acostumbrado a dormir en absoluto silencio y a madrugar para atender a su ganado. Oyó el correr del agua en la ducha y supuso que el capitán Soriano también se había levantado y acicalaba para emprender otra jornada. Esperó a que saliera, le dio los buenos días y se metió en su baño. No dejaba de pensar en Ángela y el tiempo que él tendría que permanecer en Madrid. La única posibilidad de regresar pronto a casa estaba en la pericia de la policía. Confiaba en que trincaran al asesino de Cristina Losvalles en pocos días o de lo contrario se le plantearía un dilema: por un lado Ángela le presionaría para que volviera a casa y por el otro su amigo para que permaneciera en Madrid. Una papeleta difícil de resolver sin herir sensibilidades. Joaquín suspiró bajo el chorro de agua caliente que escupía la alcachofa. Abandonó el baño, con una toalla atada a la cintura, y se encerró en su habitación. El susurro de una copla llegaba desde algún rincón de la casa.

Él vino en un barco, de nombre extranjero.

Lo encontré en el puerto un anochecer, cuando el blanco faro, sobre los veleros, su beso de plata dejaba caer.

Era hermoso y rubio como la cerveza, el pecho tatuado con un corazón, en su voz amarga, había la tristeza doliente y cansada del acordeón…

Salió de su alcoba, se dirigió a la cocina y vio al capitán, ya vestido de calle, en la tarea de tostar unas rebanadas de pan para el desayuno.

—Buenos días. ¿Qué tal ha pasado la noche? —le preguntó.

—Bien. Mi estómago ha dejado de molestarme. Fueron los nervios, la mala leche que circulaba por mis venas. Nada más. Tuve los primeros

atisbos en el Sáhara y con la edad las molestias se me han acentuado ante un estado de angustia.

—A mí los nervios me atacan a las cervicales. Incluso llego a marearme.

—¿Café con leche?

—Más leche que café, por favor.

—Como no. Eres lechero.

—Y a mucha honra, aunque prefiero que me llamen vaquero.

—Eso suena a película del oeste.

—¿Es Cristina Losvalles quien canta?

—Sí. La Amapola de Triana. Tenía una voz excelente. Me regaló un vinilo que grabó hace años. —Debo darle la razón. Canta con un timbre aterciopelado.

—Si te molesta la música quitó el disco.

—Para nada.

Alberto Soriano sirvió dos tazas de café con leche, colocó en una cesta de mimbre, forrada con tela de cuadros, las rebanas de pan que había tostado, sacó del frigorífico un tarro de mantequilla y otro de mermelada de frambuesa, y se sentaron a la mesa.

—Cuando eche el guante al asesino de Cristina —dijo Soriano— le voy a sacar hasta su primer calostro.

—¿Sigue empeñado en tomarse la justicia por su mano?

—Hasta la muerte, Joaquín. Hasta que la parca se pasee por el cabecero de mi cama cantando el réquiem Dies irae de Verdi.

—A mí me dio por el cine y a usted por la música clásica.

—Cada loco tiene su chaladura.

—Por su bien espero que la policía coja al asesino.

—Me da igual. Te doy mi palabra de legionario que solo viviré para esperar que salga de la cárcel y meterle un tiro en la cabeza. Con el

poco tiempo que los maleantes pasan entre rejas no tendré que aguardar mucho.

Joaquín no tomó en consideración sus palabras. Tenía la esperanza de que el paso de los días calmara su ímpetu y recapacitara. Le veía muy capaz de cumplir la amenaza que había vertido.

—Anoche —le dijo— hablé con Ángela y desde su ordenador me consiguió una pista para saber más de la vida de Cristina Losvalles.

—¡Joder! Eres único. Por eso te necesito a mi lado.

—La verdad es que Cristina Losvalles nunca destacó en el mundo de la canción y en Internet apenas hay información sobre ella.

—Internet es una mierda —protestó—. Cristina cantaba como los ángeles. Ya la oyes. Por eso la contrataron en el Café de la Bohemia.

—He localizado a un crítico que le dedicó unas líneas en el ABC, pero en 1988.

Alberto Soriano apuró su café con leche. La copla del vinilo enmudeció. Se levantó y apagó el estéreo.

—Ya estamos tardando demasiado —dijo—. Vamos a interrogarle.

—No tan deprisa. Son las ocho y media. Muy temprano. Termínese su rebanada con calma. Primero debo llamar al periódico y averiguar si todavía trabaja ahí. Han pasado treinta años desde que publicó su artículo. Igual está muerto, es demasiado viejo y padece Alzheimer o ni siquiera quiere hablar con nosotros.

—La última opción descártala. Hablará aunque tenga que retorcerle los huevos.

—Así no vamos a ninguna parte. Déjeme hacer a mí.

Alberto Soriano asintió y tragó su último pedazo de pan. Joaquín también apuró su café, se levantó para telefonear al ABC y el aparato sonó con estridencia.

—Cójalo, capitán.

—Mi hija suele llamarme por la noche. Será algún plasta para vender algo. Nunca descuelgo.

—¡Vamos!

Corrió hacia el teléfono fijo y pegó el auricular a su oreja.

—¿Sí? —dijo.

—¿Alberto Soriano?

—Yo mismo, ¿quién habla?

—El inspector Barrientos, de la comisaría de Leganitos. ¿Me reconoce?

—Perdone. Le escucho desde el teléfono de Gila y un maldito ruido en la línea me ha impedido identificarle.

—Tengo buenas noticias.

—¿Han cogido al asesino de Cristina? —exclamó.

—Todavía no, pero acabo de hablar con los compañeros de la comisaría de San Blas y me han dicho que ha dejado de estar en su lista de sospechosos.

—¿Y eso?

—El forense ha completado su estudio y ha establecido la muerte de Cristina Losvalles alrededor de la medianoche, con treinta minutos de error más o menos. De San Blas me solicitaron su número de móvil por si tenían que pedirle que pasara por la comisaría a declarar. Efectuaron una triangulación de las antenas para conocer la localización de su aparato entre las once y las doce de la noche, y las llamadas que efectuó a Cristina Losvalles le sitúan en el Café de la Bohemia entre las diez y las cinco de la madrugada. Así que no pudo matarla.

—¿Lo dudaba?

—No. Ya le dije que mi padre me enseñó a no dudar jamás de la palabra de un legionario. Pero los compañeros de San Blas tenían el deber de investigarle.

Alberto Soriano quiso poner a prueba al inspector Barrientos.

—Pude —dijo— entregarle mi móvil a alguien para que hiciera las llamadas desde el Café de la Bohemia y tener así una coartada.

—La policía no es tonta —sonrió Barrientos—. Agentes de la Brigada de Homicidios de San Blas se personaron en el Café de la Bohemia e interrogaron a los empleados. Usted es bastante popular entre la

plantilla y varios camareros certificaron que estuvo en el local hasta la hora de cierre.

—Le agradezco su noticia.

—Supuse que le alegraría saberlo.

—Mucho, inspector. ¿Han averiguado algo más?

—De momento no. Mis compañeros están en la labor de recabar información sobre el terreno. Han interrogado a los vecinos de Cristina Losvalles, a los excursionistas y ciclistas que frecuentan el Puente de los Franceses, pero nadie vio ni oyó nada. Paciencia. Ya ve que la policía trabaja.

—Eso me tranquiliza.

—Si tengo más nuevas se las comunicaré.

—Gracias.

Juan Barrientos colgó. Alberto Soriano hizo lo propio. Resopló y miró a Joaquín satisfecho.

—Una noticia excelente —le dijo.

—La policía le ha exonerado de culpa.

—Eso nos deja las manos libres para actuar. Temía que si dábamos un paso en falso cayeran sobre nosotros y desbarataran nuestros planes de coger al asesino.

—La policía a veces trabaja bien.

—Conozco como actúan los maderos. Las primeras setenta y dos horas ponen toda la carne en el asador, pero después van reduciendo los efectivos y con el paso de los meses nadie se ocupa del asunto salvo que surja motu proprio una nueva pista.

—Solo los casos mediáticos están en el candelero semanas, meses o años.

—Esta mañana, antes de levantarme, he escuchado varios informativos y ninguno ha dado la noticia de la muerte de Cristina.

—La corrupción política ocupa los espacios. No hay otro tema de conversación.

—Si me dejaran a mí los corruptos sabrían lo que vale un peine. No se pasearían por ahí como Pedro por su casa.

—Para más inri dos jueces han sido apartados de la carrera judicial tras investigar casos de corrupción. La política es una mierda.

—La política no —precisó—, los políticos.

—Películas como Z, Las uvas de la ira, Senderos de gloria o ¡Qué verde era mi valle! deberían formar parte del temario de Educación para la Ciudadanía. Así los jóvenes comprenderían que pasar de la política es una mala opción y exigirían responsabilidades a sus mandatarios. En este puto país nadie dimite.

—Porque la gente vota a los corruptos. A muchos la democracia les viene grande.

—Estoy de acuerdo.

—No seremos nosotros quienes lo arreglemos. Bastante hicimos jugándonos la vida en el Sáhara y ya viste como acabó.

—Dejamos a los saharauis con el culo al aire.

—¿Vas a llamar al ABC?

—Ahora mismo.

Joaquín descolgó el teléfono de baquelita, colocó su dedo índice en el primer agujero y giró el disco. Se le hizo raro la manera de marcar. Había perdido el hábito. Los circuitos de llamada hacía años que se manejaban con pulsaciones.

—Periódico ABC, dígame. Le atiende Pilar —contestó una voz al otro lado.

—Señorita —dijo—, quisiera hablar con José Luis Camacho.

—Siento decirle que se ha equivocado. No hay nadie de ese nombre.

—Lo imaginaba. Se trata de un crítico musical que trabajaba en el periódico en 1988.

—Ufff… Eso queda muy lejos.

—Alguien podría darme razón. Necesito hablar con él.

—Por cuestiones de seguridad —arguyó— no estoy autorizada a facilitar datos de los empleados o colaboradores.

—Soy un colega —mintió—, del periódico Ecos Trianeros, un semanario de Triana, y trabajo en un artículo sobre la coplista Cristina Losvalles, que actuaba con el nombre artístico de Amapola de Triana. El señor Camacho escribió sobre ella y me gustaría entrevistarle.

—Lo único que puedo hacer es pasarle con el jefe de cultura, el señor Gabriel Cabrera, a ver si él puede ayudarle.

—Se lo ruego.

Joaquín escuchó una sinfonía, seguida de varios timbrazos, y alguien respondió a la llamada.

—Sí.

—¿Gabriel Cabrera?

—El mismo.

—Soy Joaquín Ayuso, periodista del semanario Ecos Trianeros, e investigo la vida de la coplista Cristina Losvalles para escribir un artículo sobre su carrera artística.

—Nunca he oído hablar de ella. ¿Dónde actúa?

—En el Café de la Bohemia.

—Es un local de cantantes de tercera.

—Lo sé, señor Cabrera, pero en Triana —mintió otra vez— Cristina Losvalles es un personaje muy popular.

—Ya. ¿Y qué pretende? Ni siquiera sabía que esa tal Cristina existía y estoy al corriente de la cultura: cine, música, literatura, pintura…

—En 1988 un crítico de su periódico, José Luis Camacho, le dedicó unas líneas en un artículo y me gustaría hablar con él.

—¿Camacho?

—Sí.

—Le recuerdo. Fue mi jefe de principios de los ochenta a finales de los noventa. Se encargaba de la música tradicional: flamenco, copla, cante

hondo…, pero se jubiló hace veinte años. Si sigue vivo debe rondar los ochenta.

—De compañero a compañero. ¿Podría facilitarme su teléfono? Me haría un gran favor. He venido a Madrid solo para hablar con él.

—Déjeme ver.

Joaquín oyó como su interlocutor posaba el teléfono, su silla crujía al levantarse y hablaba con alguien sin llegar a entender sus palabras porque el auricular solo le transmitía un susurro. Esperó y Gabriel Cabrera recuperó la comunicación.

—Anote —dijo, y le facilitó un número—. No tengo ni idea si sigue en él pero era el teléfono de su casa en el momento de jubilarse.

—Gracias, compañero —enfatizó, para rematar su farsa—. Me has sido de gran ayuda.

—A disponer.

Joaquín colgó.

—¿Y qué? —le preguntó Soriano, que había seguido la conversación intrigado.

—Tengo un número de teléfono.

—Pues arreando. Marca de nuevo. Tenemos que entrevistar a ese pavo.

Joaquín miró la hora.

—Quizá sea pronto para incordiar a alguien en su casa.

—Es un asunto urgente. Lo entenderá.

—Confiemos en ello.

Marcó el número facilitado por Gabriel Cabrera y cruzó los dedos de manera imaginaria para que alguien respondiera. Los repiques al otro lado de la línea se hicieron interminables. Estaba a punto de cortar la llamada cuando alguien descolgó.

—¿Quién es? —dijo una voz azorada.

—Joaquín Ayuso.

—No conozco a nadie de ese nombre. ¿A quién busca?

—A José Luis Camacho, flamencólogo y musicólogo del ABC.

—Yo mismo. ¿Debería reconocerle?

—No, claro que no. Nunca nos hemos visto ni hablado antes.

—¿Qué desea? Estaba desayunando. Estas no son horas de fastidiar a la gente de bien. Acabo de levantarme.

—Le pido disculpas, señor Camacho, pero se trata de un caso urgente.

—Sigo sin entender para qué me llama.

—Déjeme explicárselo, por favor —le rogó, temiendo que colgara.

—Diga.

—Soy periodista del semanario Ecos Trianeros y me gustaría hablar con usted de la coplista Cristina Losvalles. Escribo una nota biográfica sobre ella. He leído un artículo suyo en ABC y he pensado que quizá la conoció y podría ayudarme.

—Ha pensado bien. Cristina Losvalles, la Amapola de Triana, figuró en su época entre las promesas de la copla. Pero tuvo un éxito efímero. Ocurre a veces. ¿Qué ha sido de ella?

—La han asesinado —soltó para ablandarle.

—¿Muerta?

—Hace menos de una semana. De ahí mi interés en recopilar datos de su vida para publicarlos a modo de homenaje. En Triana era nuestra heroína. Incluso tiene un club de fanes.

—Mantuve algunas conversaciones con ella.

—Ayúdeme, se lo ruego.

—Sí, sí… Desde luego. Pero todavía tengo que terminar de desayunar y asearme, y a mi edad estas cosas llevan su tiempo.

—Cíteme a una hora y acudiré donde me diga acompañado de un colega de la revista.

—A eso de las once. ¿Le parece bien?

—Excelente.

—Les recibiré en mi casa. La artrosis me tiene las rodillas hechas fosfatina y me cuesta desplazarme.

—Sin ningún problema. Prometemos no robarle mucho tiempo.

—A mi edad lo único que tengo son horas vacías. Vivo en Luis Larrainza esquina Atalaya. En un hotelito fácil de reconocer porque la entrada la decoran dos losas de granito grabadas con notas musicales. No tienen pérdida.

—Gracias, señor Camacho.

—De nada.

Joaquín colgó y metió aire en los pulmones como si corriera el Tour de Francia y acabara de culminar el Tourmalet.

—Ya lo ha oído —dijo—. A las once.

—Allí estaremos. Ni un segundo antes ni un segundo después.

Capítulo. 26

El Sol y Sombra oyó el tañido de una campana lejana y de forma instintiva miró su reloj: las 07:00 de la mañana. Escuchó los siete toques metálicos con los ojos cerrados. El sueño le vencía. Solo había dormido cinco horas y su cuerpo acusaba el cansancio. No dormir mataba. Lo había leído en una revista. Once días sin pegar ojo podían aniquilar a un ser humano. A las tres de la madrugada, para relevar al Pelucas, había regresado a su puesto de observación, a la mesa junto a la cristalera, acompañado de una copa de coñac. Ninguno de los dos había observado nada fuera de lo normal en el Café de la Bohemia. Perdía el tiempo mientras su fortuna se esfumaba como el agua entre los agujeros de un colador. Miró a través de los cristales. La gente andaba apresurada para incorporarse a sus puestos de trabajo. Una panda de imbéciles, de borregos que seguían las normas de una sociedad injusta que solo beneficiaba a banqueros y políticos. Trabajando nadie se hacía rico. Era de las pocas cosas que tenía claras en la vida. Había que buscar la oportunidad de llenarse los bolsillos con el mínimo esfuerzo. Eso le parecía más inteligente que troncharse la espalda por un sueldo de miseria. Había llegado su momento. La oportunidad que siempre había buscado. Los vientos de la diosa Fortuna soplaban a su favor y pensaba aprovechar la ocasión. Sería rico, muy rico, y se refugiaría en un país lejano sin tratado de extradición con España. Viviría como un rajá. Nunca más volverían a encerrarle. Antes se cortaría las venas. Apretó el cristo de oro que lucía en su cuello y lo juró por la memoria de su madre.

—Buenos días —le saludó el Pelucas, al entrar en el bar.

—¿Qué haces aquí?

—Mi mujer tenía que atender un asunto en el colegio del chaval y me ha tocado abrir a mí.

—Pronto llegarán los clientes.

—Como siempre. Los cafés vuelan a esta hora. La gente tiene frío. ¿Quieres desayunar?

—No, gracias. Al levantarme me he comido un bocadillo de chorizo que estaba de rechupete.

—El chorizo me lo sirve un proveedor de La Alberca. Lo prepara con carne de cerdo ibérico. ¿Has visto algo?

—Nada. Si por mi fuera me buscaría la vida en otras trochas. Pero ya sabes: «Donde hay patrón no manda marinero». Hasta nueva orden tengo que estar aquí. Siento incordiarte.

Tres empleados de una tienda cercana entraron en el bar.

—Discúlpame —dijo el Pelucas, y marchó a atenderles.

El Sol y Sombra permaneció sentado frente a la cristalera, impasible, como los bocetos de calamares y bocadillos que anunciaban a los transeúntes las viandas que servían en el local. Paciencia, dijo para sí. Ya llegará mi hora.

Capítulo. 27

El comisario Pere Sardà colgó el teléfono malhumorado. Como máximo responsable de la comisaría de los Mossos d'Escuadra del distrito Sarrià Sant Gervasi estaba harto de atender favores que escapaban a su verdadera función de servidor público. Los políticos se creían en el derecho de ser atendidos saltándose los protocolos de actuación policial y las normas que establecía el reglamento. No pasaba una semana sin que alguien, valiéndose de su cargo en la Administración, le llamara o remitiera un correo electrónico para solicitarle su ayuda como agente de la autoridad en un asunto privado. Estaba harto, muy harto, pero se debía a la clase política, a quienes tenían la sartén por el mango, y su distrito lo habitaban una buena parte de los próceres de la ciudad. En Sarrià Sant Gervasi, una zona residencial de ciento cincuenta mil almas, abundaban los parques y jardines, los pisos de lujo, los chalés modernistas, que en Barcelona llamaban «torres», y los políticos de los partidos que se alternaban en el poder.

Pere Sardà meditó en la soledad de su despacho sobre la llamada recibida y decidió pedirle al subinspector Andreu Bellpuig que se hiciera cargo del asunto. Bellpuig había ingresado en los Mossos d'Escuadra con veinte años, en la doceava promoción (1999), tras graduarse en la Escola de Policia de Catalunya que dependía del Institut de Seguretat Pública de Catalunya. Su primer destino le llevó a la comisaría de Sarrià Sant Gervasi y desde entonces habían trabajado codo con codo. Tenía una excelente hoja de servicios, buen olfato policial y les unía una buena amistad. Era su hombre. Pulsó el interruptor de un interfono, que facilitaba las comunicaciones internas entre los distintos departamentos, y pidió a Bellpuig que se presentara en su despacho.

—A les seves ordres comissari —dijo al entrar.

—Siéntese, Bellpuig.

—Gracias.

—¿En qué trabaja?, subinspector.

—Coordino un grupo que investiga a una banda de traficantes de coches de lujo que han robado varios vehículos en el distrito.

—El pan nuestro de cada día.

—En los barrios humildes hay otros problemas.

—¿Los automóviles disponen de un localizador?

—Sus dueños aseguran que sí.

—Entonces será fácil rastrearlos.

—No lo crea —lamentó—. Los delincuentes evolucionan al ritmo de las tecnologías y sospechamos que emplean inhibidores de frecuencia para anular las señales. Pasados unos días llevan los coches a un garaje clandestino y desmantelan sus sistemas GPS.

—¿Puede hacerse cargo un subordinado suyo de la investigación?

—Nadie es imprescindible, comisario. Trabaja con los mejores —dijo, y sonrió.

—Téngalo por cierto, Bellpuig.

—¿Qué ocurre?

—Un diputado del Partit Demòcrata Català, la antigua Convergència, del Parlamento catalán, ha llamado al regidor de Seguridad del distrito para pedirle un favor personal. El regidor al consejero de Interior, el consejero de Interior al director de los Mossos y, por último, el muerto me ha caído a mí.

—La cadena siempre se rompe por el eslabón más débil.

—Me tienen harto —resopló.

—Los políticos están por encima del bien y del mal. Paciencia.

—Marc Rovira —dijo—, un destacado miembro y benefactor del Partit Demòcrata Català, hace cuatro días sufrió un asalto y le robaron doscientos euros. El hombre está en el Clínic, recuperándose de sus heridas, y su hija se ha quejado ante un diputado amigo de su padre de que los mossos pasaban del tema. El resto puede imaginárselo.

—Todo el mundo quiere ser atendido con prioridad. En el Servei Català de Salut pasa lo mismo. ¿Dónde se produjo el robo?

—En el domicilio de la víctima. En la Via Augusta, cerca del Institut Menéndez y Pelayo.

—¿A qué se dedica el señor Rovira?

—A nada sospechoso. Regenta un estudio de decoración en la plaza del Diamant. Su hija se encargó de presentar la denuncia en nuestra comisaria. Lo he comprobado en el ordenador.

—Echaré un vistazo al expediente.

—Vea qué puede hacer a título personal, Bellpuig. El regidor me llamará un día de estos y tengo que ofrecerle algo para contentarle.

—Descuide, comisario.

Andreu Bellpuig abandonó el despacho y se dirigió a las dependencias de la Brigada de Seguretat Ciutadana. Los robos de escasa cuantía solo se investigaban si había lesiones. Los agentes buscaban huellas dactilares en el lugar de los hechos, tomaban declaración a las víctimas y a posibles testigos, rastreaban en los registros casos similares para cotejarlos y archivaban la información recopilada a la espera de que los delincuentes cometieran delitos mayores, cayeran en las redes de la justicia y pudieran adjudicarles sus fechorías pendientes.

—Bon dia —saludó Bellpuig a sus compañeros de la Brigada de Seguretat Ciutadana.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó uno.

—Nada importante. Le han dado una paliza a un íntimo amigo de un pez gordo de la política, se ha desatado una cadena de favores y yo soy el pringado de turno.

—¿Sardà te ha endosado el marrón?

—Eso es.

—¿De qué se trata?

—Marc Rovira. ¿Te suena?

—Sí. Presentaron una denuncia por robo con violencia. Está ingresado en el Clínic. Le tomamos declaración pero no recuerda casi nada. Le asaltaron por sorpresa.

—Déjame ver el expediente, por favor.

El agente de la Brigada de Seguretat Ciutadana abrió la cajonera de su

mesa y extrajo una abultada carpeta presidida por el escudo de los Mossos d'Escuadra.

—¿Aquí está todo? —preguntó Bellpuig.

—Sí. Es el expediente original de nuestras actuaciones. Lo estoy digitalizando. Si quieres, cuando termine, puedo mandarte una copia a tu ordenador.

—No hace falta. Con leerlo me basta.

—Utiliza mi mesa. Iba a desayunar.

—Gracias.

Andreu Bellpuig se sentó a la mesa de su compañero, abrió el expediente y lo leyó atento. A medida que avanzaba en la lectura registraba los datos que consideraba esenciales en su teléfono móvil de 5,5 pulgadas de pantalla. A simple vista no observó nada raro, según se desprendía de las declaraciones de la víctima y de su hija. Marc Rovira regresó a su domicilio al finalizar su jornada laboral, llamaron a la puerta, abrió y alguien le roció los ojos con gas pimienta, le golpeó, le dejó sin sentido, le robó doscientos euros que guardaba en un buró, destrozó un mueble y se marchó. En el piso no habían aparecido huellas, salvo las de sus moradores habituales: el señor Rovira, una asistenta que acudía a efectuar las labores de limpieza tres días a la semana, las de su hija y su yerno. Los mossos de la Brigada de Seguretat Ciutadana habían interrogado a los vecinos y nadie había visto ni oído nada.

Andreu Bellpuig dejó el expediente abierto sobre la mesa. Ningún cabo del que tirar. Se rascó la barbilla pensativo y decidió interrogar a Marc Rovira para ver si recordaba algo más. Le habían tomado declaración la misma noche de la agresión y tras padecer un traumatismo la memoria se resentía. Pasados unos días las víctimas solían acordarse de pequeños detalles. Cerró el expediente. Salió de la comisaría y se dirigió al Clínic, un hospital universitario, fundado en 1906, que figuraba entre los mejores centros sanitarios de Europa.

Capítulo. 28

Alberto Soriano revolvió los cajones de un mueble del salón hasta encontrar un antiguo callejero de Madrid, una reliquia de la orientación urbana desde que los teléfonos móviles incorporaron sistemas GPS y los ordenadores tenían acceso a Google Maps. Buscó la calle Luis Larrainza y la señaló para situar a Joaquín. Le entregó el callejero y dio instrucciones para que le dirigiese a la residencia de José Luis Camacho, el excrítico musical de ABC. Joaquín Ayuso, como ya se había convertido en una costumbre, protestó. No estaba dispuesto a subirse en la Sanglas. Ninguno de los dos llevaba casco y tarde o temprano acabarían por cruzarse con una patrulla de la Policía Municipal y tener problemas. Alberto Soriano se empeñó. Alegaba que las motos eran el medio de transporte más rápido para desplazarse por Madrid. Joaquín insistió en coger el metro, un autobús o un taxi. Pero el capitán se mantuvo firme en su decisión. Ya había renunciado al sidecar. No podían perder más tiempo en una discusión estéril si querían llegar puntuales a la cita. Joaquín cedió resignado. Echó un vistazo al callejero, para familiarizarse con la ruta a seguir, y le acompañó al garaje en busca de la Sanglas.

A las once menos cuarto Alberto Soriano estacionó su moto sobre la acera de Larrainza esquina Atayala, en la colonia La Prosperidad, un conjunto de «casas baratas» construidas en 1935 por el arquitecto Luis Larrainza, que daba nombre a la calle, para albergar a obreros, funcionarios y militares. La colonia, en su época en terrenos del extrarradio, con el paso de los años se había convertido en un barrio residencial de lujo formado por «hotelitos», como llamaban en Madrid a las casas unifamiliares dotadas de jardín.

Anduvieron unos metros y hallaron la vivienda que buscaban. Como les había anticipado José Luis Camacho la entrada la presidían dos columnas de obra revestidas de losas de granito grabadas con notas musicales y, entre ambas, una cancela de hierro forjado, hecha de motivos vegetales, impedía el acceso. En la columna de la derecha sobresalía un timbre. Joaquín lo pulsó y esperó. Una mujer, una empleada del hogar vestida de uniforme: bata de manga corta y cierre de botones, cuello y bocamanga rematados de encajes blancos y delantal del mismo color, abrió la puerta interior del chalé.

—¿Joaquín Ayuso? —preguntó la sirvienta, de acento dominicano.

—Sí, señora. Estoy citado con el señor Camacho.

La mujer asintió, dando a entender que estaba al corriente de la agenda del dueño de la casa, caminó hacia la cancela, sacó una llave de un bolsillo de su bata, abrió e hizo un gesto para invitarles a entrar. El chalecito disponía de un jardín, dotado de parterres que en primavera y verano se cubrían de flores, y de un enlosado de pizarra que conducía a la entrada principal para evitar embarrarse los pies los días de lluvia. La chacha les condujo hasta un salón, convertido en un museo de la música, y les pidió que esperaran.

—¿Desean tomar algo? —les ofreció.

—No, gracias —rechazó Joaquín.

—El señor Camacho les atenderá enseguida.

—Bien —dijo Soriano, admirado de los objetos que decoraban las paredes.

El salón, abierto a la parte trasera del jardín mediante ventanales, albergaba tres vitrinas que exponían discos de oro regalados a José Luis Camacho, como podía leerse en sus cartelas, por famosos cantantes de copla y flamenco. Destacaba un disco de oro concedido a Rafael Farina en 1970. De las paredes colgaban partituras, enmarcadas en piel o madera, entre ellas la original de Tatuaje, de Rafael de León, y dos páginas, con una cariñosa dedicatoria a José Luis Camacho, del primer borrador que escribió Manuel Vázquez Montalbán de la novela homónima. En un ángulo había un viejo piano, que perteneció al maestro Quiroga, y sobre las mesitas y los anaqueles de un mueble que llegaba hasta el techo, cientos de álbumes con recortes de artículos de periódicos y revistas, y fotografías en blanco y negro.

—Han sido puntuales —sonó una voz a sus espaldas, en la puerta del salón.

Se giraron y vieron a un anciano, que caminaba apoyado en un bastón de reluciente empuñadura plateada, enjuto de carnes, de cabello abundante pero canoso, vestido de elegante bata de seda azul, un pantalón a juego, un pañuelo blanco, también de seda, anudado al cuello, y unos pantuflos de piel.

—¿El señor Camacho?, supongo —dijo Joaquín.

—El mismo. Aunque preferiría ser el doctor Livingstone.

—Encantado.

Le estrechó la mano y le presentó a Alberto Soriano como un compañero del semanario Ecos Trianeros, el diario ful para el que supuestamente trabajaban.

—Livingstone —le siguió Joaquín la broma— murió de malaria y de una hemorragia provocada por la disentería.

—Pero Livingstone —replicó— no padecía artrosis y andaba ligero por África. ¿Es experto en historia africana?

—Nada más lejos de la realidad. Solo aficionado al cine y aprendí algo sobre el misionero británico en Stanley and Livingstone, una película que en España se proyectó como El explorador perdido.

—Nos entenderemos bien. El cine y la música forman un excelente binomio.

—Mi compañero es un fan de la música clásica.

—En especial de la ópera —apostilló Soriano.

—Perfecto. Siéntense, por favor —les pidió—. La artrosis de mis rodillas me impide estar mucho rato de pie.

Se arrellanaron en dos butacas frente a una mesa de centro bajo cuyo cristal exponía una colección de entradas a teatros, algunos de ellos ya desaparecidos. José Luis Camacho tomó asiento en el sofá que completaba el tresillo, apoyó el bastón en los cojines y les preguntó si la asistenta les había ofrecido algo de beber. Ambos asintieron.

—Ustedes dirán —dijo.

—Como le comenté —habló Joaquín— trabajamos en una biografía sobre la coplista Cristina Losvalles pero carecemos de información.

—Hoy los periódicos han publicado su esquela mortuoria.

—Un poco tarde —protestó Soriano.

—Cristina Losvalles triunfó en el mundo de la música, como ya saben, pero no pudo mantenerse en primera línea y su muerte ha pasado desapercibida para los medios. La esquela la ha costeado el Café de la Bohemia. Al parecer trabajó allí sus últimos años.

—Hasta que alguien la asesinó.

—Esa chica —lamentó— tuvo un mal principio y ha tenido un peor final. Ironías de la vida.

—¿Qué sabe de ella? —entró Joaquín en materia.

—Poco. La entrevisté varias veces en sus comienzos, cuando la fama le sonreía. Pero la vida la trató mal y acabó de cantante en un hotel de Benidorm para amenizar las cenas a los huéspedes. A partir de ahí le perdí la pista.

—Nació en Triana —dijo Soriano, para evitar que el periodista se enredase en su locución.

—Falso —soltó el crítico para sorpresa de Alberto Soriano—. Cristina Losvalles pasó su infancia y parte de su juventud en Triana pero, según sus propias palabras, vino al mundo en Peñíscola, en 1968.

—Peñíscola…

—Déjenme que les explique.

—Se lo rogamos —dijo Joaquín.

—Cristina Losvalles, como les he dicho, nació en Peñíscola y luego marchó con su madre a Sevilla, al barrio de Triana. Un barrio de marineros y alfareros que ha dado grandes maestros de la tauromaquia, el cante y el baile flamenco. Supongo que allí le entró el gusanillo de la copla.

—¿En qué parte de Triana vivió?

—Como sabía que venían he repasado las notas de mis conversaciones con ella y me dijo que residió en la plaza del Zurraque. Después su madre y ella se mudaron a una casita pero desconozco la dirección.

—¿Y su padre? —incidió Soriano.

—Una incógnita. Cristina Losvalles nunca me habló de él. En mi opinión sus progenitores vivían separados y tenían malas relaciones. En aquella época no existía el divorcio y las rupturas matrimoniales estaban muy mal vistas. Un buen motivo para ocultarlas.

—¿Cristina Losvalles cursó estudios? —siguió Joaquín.

—Lo ignoro. Aunque sé que aprendió a bailar flamenco en la escuela de Enrique el Cojo, el único tullido del planeta profesor de baile.

—¿Bromea? —sonrió Soriano.

—En absoluto. Enrique Jiménez Mendoza, conocido como Enrique el Cojo, tuvo su academia de baile en la calle del Espíritu Santo del barrio de la Macarena. Alcanzó fama y dio clases a Manuela Vargas, Lola Flores, Cristina Hoyos, la duquesa de Alba y a Aichi Kosouwa, una japonesa que ganó un concurso de baile flamenco organizado por el Ayuntamiento de Sevilla.

—Parece increíble.

—Enrique Jiménez sufría desde niño una cojera de la pierna izquierda debido a una parálisis provocada por un tumor que los médicos se vieron incapaces de curar.

—Pero sanó y salió adelante —dedujo Joaquín.

—Sí. Su madre le aplicó un curalotodo, el Purgante Relator, que se vendía en una botica de esa calle sevillana y, milagrosamente, se curó.

—Ya lo decía Pedro Navaja —ironizó Soriano—: «Sorpresas te da la vida…».

—A los catorce años —siguió José Luis Camacho— Cristina Losvalles ya cantaba por cuatro perras en tascas flamencas de Triana. En una la escuchó Javier Garrido, un importante productor musical de Radio Sevilla, y la animó a presentarse a un concurso de jóvenes talentos que había convocado la emisora.

—Seguro que Cristina ganó.

—Así fue. Cantó La falsa moneda, de Perelló y Mostazo, que durante años interpretó la gran Imperio Argentina. Cristina Losvalles dio el do de pecho, como suele decirse, y ganó el concurso.

—El do de pecho —terció Soriano, para demostrar su erudición musical—no existe. Es una nota encubierta que los tenores emiten con el paladar alto. Solo Giuseppe Di Stefano logró algo parecido.

—Estoy de acuerdo.

—¿El concurso lanzó a Cristina Losvalles a la fama? —siguió Joaquín.

—Depende de qué entienda por fama. El jurado la dio ganadora por unanimidad. Pero el mundillo de la música está lleno de envidias y algunos críticos protestaron por el fallo. Dijeron que había otros

cantantes mejores y que el concurso estaba amañado.

—¡Cristina era una excelente coplista! —protestó Soriano.

—Nadie puedo negarlo.

—¿Qué ocurrió después? —incidió Joaquín.

—Javier Garrido vio negocio en Cristina Losvalles y la engatusó para firmar un contrato en exclusiva como su representante.

—Olió el dinero.

—Y organizó su debut por todo lo alto en el teatro Cervantes de Sevilla. Cristina Losvalles tuvo un éxito rotundo. Llenó hasta la bandera noche tras noche dos meses seguidos y luego emprendió una gira por los principales teatros, salas de espectáculos y cafés cantantes de Andalucía.

—Tuvo un ascenso vertiginoso —alabó Soriano, orgulloso de ella.

—Pero me temo —intervino Joaquín— que más dura fue la caída.

—Cristina Losvalles llenó los aforos de las salas donde actuaba hasta la última butaca y el éxito la llevó a grabar su primer disco, Luces de la copla, en la Voz de su Amo, una de las compañías discográficas más importantes de todos los tiempos. El disco se colocó en el top ten de las listas de ventas y Javier Garrido, para aprovechar el tirón, le organizó una gira por España: de Cádiz a La Coruña y de Barcelona a Cáceres. Allí donde cantaba Cristina Losvalles triunfaba.

—¿Qué la llevó a la ruina? —preguntó Soriano, intrigado.

—Javier Garrido se enamoró de ella, pero le doblaba la edad y Cristina Losvalles le veía más como a un padre protector que como a un posible amante.

—Ella le rechazó —dedujo Joaquín— y comenzaron sus problemas.

—Garrido, en venganza, la abandonó. Cristina Losvalles le había confiado la administración de sus bienes y el malvado la dejó sin un céntimo.

Alberto Soriano apretó los dientes, para morderse la lengua y evitar lanzar un improperio al viento.

—Y ella ya no levantó cabeza —supuso Joaquín.

—Así ocurrió. Cristina Losvalles intentó buscar a otro agente. Confiaba en su buen cartel, pero todas las puertas se le cerraron una tras otra.

—¿Una mano negra?

—Sí, la de Javier Garrido —afirmó—. El hombre era un peso pesado de las tramoyas, una especie de capo de la mafia teátrica, e hizo correr la voz de que Cristina Losvalles se drogaba para mitigar los fuertes dolores de cabeza que sufría.

—¿Padecía esos dolores?

—Comenzaron al arruinarla Garrido. Cristina Losvalles se vino abajo y entró en una depresión. Tenía ataques de migraña, náuseas, vómitos, fotofobia y otras dolencias que la incapacitaban para cantar y solo halló consuelo en el láudano.

—El láudano era legal —la justificó Soriano.

—Sí. Nadie ha insinuado lo contrario.

—Cristina Losvalles —se adelantó Joaquín a las palabras del crítico— cayó en la adicción y el bulo lanzado por Javier Garrido tomó cuerpo e hizo verdad.

—Ha descrito el panorama al dedillo —admitió José Luis Camacho—. Ningún empresario quiso arriesgar sus cuartos en una cantante adicta. A partir de ese momento Cristina Losvalles entró en decadencia, se hundió en su depresión, se refugió en el láudano y el alcohol, y perdió la voz.

—La peor de las catástrofes para una cante —suspiró Soriano.

—Pasado un tiempo retomó el control de su vida. Visitó a varios otorrinos y centros de drogodependientes, se desintoxicó y recuperó la confianza en sí misma y parte de su voz. Pero ya nunca cantó como antes de su crisis.

—Para la copla estaba quemada y acabada como artista —sentenció Joaquín.

—Su mala fama la precedía y ningún empresario quiso contratarla.

—Cristina nunca conoció la felicidad —lamentó Soriano.

—Tuvo varios pretendientes pero ninguno la respetó como mujer o cantante.

—Ahora comprendo muchas cosas.

—¿Cómo se ganó la vida? —siguió Joaquín.

—Nunca me habló de ello. Solo me dijo que pasados unos años consiguió varios contratos para cantar en salas de mala muerte. Pero el humo del tabaco le irritaba la garganta, la afonía regresaba a sus cuerdas vocales y tenía que descansar largas temporadas. Así perdió trabajos en salas de Madrid y Barcelona.

—¿Se casó?

—Sí, con Ataulfo Pinares, el Quisquilla, un guitarrista que la acompañaba en sus actuaciones en la Bodega del Pirata de la Rambla barcelonesa, un gitano catalán del barrio de Gràcia, vecino y amigo del Pescadilla…

—¿El marido de Lola Flores? —le interrumpió Soriano.

—El mismo. El Quisquilla tocaba la guitarra con el Pescadilla en una tasca de la plaza del Raspall y ayudó a Cristina Losvalles a salir del pozo de miseria en que había caído. Pienso que ella se casó con él por gratitud, que en realidad nunca le amó.

—¿Tuvieron hijos? —continuó Joaquín, convencido de que Cristina Losvalles había ocultado al capitán Soriano gran parte de su vida.

—No. A causa de su adicción al láudano y al alcohol a Cristina Losvalles se le atrofiaron los conductos de la vida. El matrimonio fracasó, ella desapareció otra vez de las tablas y se dedicó, como en sus tiempos de juventud, a cantar en tabernas por la voluntad de quienes bebían sin escucharla ni aplaudirla.

—Una vida de película.

—Alguien debería escribir un guion sobre ella.

—¿Y después?

—Cristina Losvalles me dijo que los inviernos, para ahorrarse la calefacción, los pasaba en Benidorm y cantaba en los bufés de los hoteles mientras una legión de jubilados se atiborraba de muslos de pollo, platos de macarrones y flanes de polvos. A partir de ahí le perdí la pista. Fin de la historia.

José Luis Camacho se levantó con esfuerzo, por el tiempo que llevaba

sentado. Sus rodillas crujieron, se apoyó en su bastón y se dirigió al mueble cuyos anaqueles guardaban viejos álbumes de recortes y fotografías. Cogió dos de ellos, regresó al sofá y los dejó sobre la mesa de centro. Abrió el primero y les mostró varios artículos de revistas especializadas en música, de los años setenta y ochenta, que hablaban de Cristina Losvalles, la Amapola de Triana. Alberto Soriano cogió el volumen y pasó las hojas con parsimonia, como si pretendiera leer los escritos a un golpe de vista. Se detuvo en una fotografía. Cristina Losvalles actuaba en una sala anónima acompañada de un guitarrista y un cuadro flamenco. El guitarrista le resultó familiar. Acercó la imagen a sus ojos e identificó al que tocaba con ella en el Café de la Bohemia.

—A este le conozco —dijo, y le tendió el álbum al crítico.

—Es su exmarido. Ataulfo Pinares, el Quisquilla.

Alberto Soriano sintió que algo se le removía en el estómago. Cristina le había ocultado que estuvo casada y trabajaba con su exmarido. Una puñalada trapera. Nunca había tolerado la deslealtad.

Agradecieron a José Luis Camacho su amabilidad. Se despidieron del crítico y se dirigieron en busca de la Sanglas. Alberto Soriano sintió un pinchazo en el estómago y temió ser víctima de los espasmos. Detuvo su marcha, respiró varias veces y, poco a poco, recuperó el control de su víscera.

—¿Se encuentra bien?, capitán —le preguntó Joaquín.

—Me pasará. No te preocupes.

—¿Le ocultó su matrimonio?

—Jamás me habló de ello.

—¿Se lo preguntó?

—Sí, y me salió por peteneras. Nunca mejor dicho.

—Quizá solo era muy reservada. A las mujeres les cuesta abrirse.

—He sido un cornudo. Trabajaba con su exmarido. ¿Por qué me ha hecho esto? Seguro que estaban liados y pretendían sacarme algo.

—No lo creo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Usted me dijo que ella le quería.

—Eso pensaba. Pero…

—No adelante acontecimientos.

—Voy a matar a ese hijo de puta. Otro más en mi lista.

—Así no arreglará nada.

—La rabia me puede. Ya sabes como soy.

—Usted pierde la fuerza por la boca.

—Me enamoré de una persona anónima. Le abrí mi corazón y me ha pagado con su deslealtad.

—Tenemos que interrogar al exmarido. En mi opinión es un testigo clave.

—Tú siempre mantienes la mente fría. Perdóname. Nunca haría nada que pudiera comprometerte.

—Lo sé.

—Vayamos al Café de la Bohemia —propuso—. Me hierve la sangre de ansias por hablar con ese tipo.

—Son casi las dos. Antes deberíamos comer.

—Tengo un nudo en el estómago. Se me ha olvidado la hora que es.

—Esta tarde nos acercaremos al Café de la Bohemia, pero tiene que prometerme que no hará ninguna locura.

—Palabra de legionario.

—Me quedaría más tranquilo si me entregase su arma.

—No me pidas eso, Joaquín. Sabes que no puedo hacerlo.

Capítulo. 29

Un taxi dejó a Andreu Bellpuig en la calle Villarroel, frente a la puerta principal del hospital Clínic, un gigante sanitario, de más de ochocientas camas, que figuraba entre los cuatro hospitales de referencia del Estado. La Casa Real eligió al Clínic para extirpar un nódulo pulmonar al rey Juan Carlos I. Bellpuig pagó el importe de la carrera, accedió al centro y se dirigió al mostrador de información. Una decena de personas guardaban cola a la espera de su turno. Los hospitales siempre estaban llenos. Las enfermedades y los accidentes nunca daban tregua. Se lo tomaría con calma. La recepcionista, tras un mostrador, parecía desbordada. Sujeto a la cabeza llevaba un auricular provisto de un micrófono que le permitía hablar por teléfono y al mismo tiempo atender las preguntas de los pacientes y visitantes. Una auténtica proeza. Los recortes, debido a la crisis, habían reducido las plantillas de los hospitales públicos. Pasados diez minutos le atendió.

—¿Sí? —dijo la joven, de mirada perdida.

—¿Podría decirme, por favor, la habitación de Marc Rovira?

La recepcionista, sin dejar de hablar por teléfono para atender otras consultas, tecleó su ordenador.

—La cuatrocientos veinticinco, planta cuarta, traumatología.

—Gracias.

A Andreu Bellpuig el olor de los hospitales le causaba repelús. Le deprimía entrar en un centro sanitario, ver a las enfermeras recorrer las habitaciones tirando de carritos cargados de medicinas y apartos clínicos, a los enfermos pasear por los pasillos arrastrando sus goteros, los corrillos que formaban los médicos para informar a los familiares del estado de sus pacientes, los lamentos de dolor que escapaban de los dormitorios, el llanto desgarrado ante una mala noticia y las caras de cansancio de los acompañantes que pasaban las noches recostados en sillas. Los hospitales no gustaban a nadie. Recordaban a los mortales la fragilidad de la vida. Varios paneles de información y un ascensor le ayudaron a llegar a la planta de traumatología. Anduvo un corredor y se plantó frente a la habitación que buscaba. Tocó la puerta y una voz le autorizó a entrar.

—Endavant!

—¿Marc Rovira? —dijo al acceder al interior.

—Sí. ¿Es del equipo de la doctora Ramallets?

Se acercó al cabecero de la cama y le mostró su credencial.

—Subinspector Bellpuig —dijo—, de la Brigada de Delinqüència Especialitzada de los Mossos d'Escuadra de la comisaría de Sarrià-Sant Gervasi.

—¡Han cogido a mi agresor!

—Todavía no. Por eso estoy aquí.

Marc Rovira se movió y dibujó una mueca de dolor en su rostro. Tenía parte de la frente vendada, los párpados abotargados, las niñas de los ojos rojas a causa de una hemorragia, un hematoma en el cuello, a la altura de la carótida derecha, y un catéter conectaba su brazo izquierdo a dos bolsas de medicación.

—¿Cómo se encuentra?

—He tenido días mejores —dijo—. ¿A qué ha venido subinspector?

—Me gustaría hacerle unas preguntas.

—Sus compañeros ya me tomaron declaración.

—Voy a encargarme personalmente de su caso.

—Mi hija ha movido algunos hilos, ¿verdad?

—Sí.

—Lo siento. Le dije que no lo hiciera. No quiero ningún trato de favor.

—Me temo que ya es tarde.

—Discúlpela. Está nerviosa. Le aterra que pueda pasarme algo peor.

—¿Tiene motivos para estar preocupada?

—Ninguno. Soy una persona trabajadora y honrada. Nunca me he metido en líos.

—Pertenece al Partit Demòcrata Català.

—¿Insinúa que la agresión se debe a motivos políticos?

—Debo preguntárselo. Es mi obligación. El ambiente político en Cataluña anda revuelto. No puedo descartar nada a priori.

—Milito en la antigua Convergència desde que se fundó, conozco a sus diputados del Parlamento catalán y a varios del nacional pero la política activa nunca me ha interesado y le juró que he recibido ofertas muy tentadoras.

—De acuerdo —dijo—. Descartemos por ahora esa línea de investigación.

—Por ahí no encontrara nada.

Andreu Bellpuig extrajo de su trenca el móvil, buscó las notas que había tomado de la declaración de Marc Rovira, inserta en el expediente de la denuncia, y las leyó para refrescarse la memoria.

—Hágame, por favor, un relato pormenorizado de los hechos.

—¿Otra vez? —protestó Marc Rovira.

—Se lo ruego. Es importante.

—Llamaron al timbre —dijo, con desgana, harto de repetir la historia —, abrí, el rellano estaba a oscuras, alguien me cegó con un aerosol y no recuerdo nada más.

—¿Cómo accedió su agresor al portal?

—La cerradura llevaba unos días rota y la puerta de la calle quedaba abierta.

—Bien —cabeceó—. ¿Pudo verle la cara?

—No. Ya les dije a sus compañeros que mi agresor se cubría la cabeza con un casco de motorista.

El subinspector, a medida que Marc Rovira relataba lo sucedido, anotaba frases en su móvil y colocaba un signo de interrogación en los puntos que consideraba poco claros.

—¿Descríbame el casco?

—No sé. —Marc Rovira se encogió de hombros y las bolsas de suero bailaron en su peana—. Un casco normal. De esos que cubren la

cabeza y tienen un visor.

—¿Le vio los ojos?

—No. El visor estaba tintado, como unas gafas de sol.

—¿Recuerda algún detalle del casco?

—¡Solo lo vi una milésima de segundo! —protestó.

—Haga un esfuerzo. Cualquier detalle puede serme de utilidad. Solo intentó ayudarle.

Marc Rovira cerró los ojos y se concentró en las pocas imágenes de la agresión que mantenía vivas en su memoria. Los recuerdos circulaban por su cabeza como retazos de una pesadilla.

—Me pareció —dijo— ver un dibujo parecido a una zeta en la parte frontal. Pero no estoy seguro.

—¿Cómo vestía?

—Con una camisa y un pantalón tejano. Pero si me pregunta su color no tengo ni idea. Todo ocurrió muy rápido.

—Me hago cargo. Tómese su tiempo para responder, relájese.

—Lo intento.

—¿Le dijo algo antes de agredirle?

—Nada. Abrí la puerta y me soltó un chorro de gas pimienta a los ojos. Sé que era gas porque sus compañeros me lo dijeron y me lo ha corroborado el oftalmólogo. Casi me deja ciego de por vida.

—¿Le golpeó?

—Sí. Por eso perdí el conocimiento. Pero ni siquiera me enteré. Los ojos me ardían. Según el traumatólogo me atizó en la arteria carótida.

—¿Y el vendaje de la frente?

—¡Bah…! Nada de qué preocuparse.

¿Le atizó con algún objeto?

—No…, no… Al caer di con la cabeza en el canto de una consola del

recibidor y me hice una brecha. Cinco puntos.

—Bien. Sigamos —dijo Bellpuig, sin dejar de anotar los detalles en su móvil—. Ha declarado que le robó doscientos euros.

—Los guardaba en un buró para casos de emergencia. Nunca tengo grandes cantidades de dinero en casa.

—¿Ha echado en falta algo más?

—No podré saberlo hasta que me den el alta médica y regrese a mi domicilio. Mi hija y mi yerno conocen el inventario de bienes y según ellos solo se llevó el dinero. Menos mal porque tengo muebles y cuadros de mucho valor.

—En la denuncia consta que su hija avisó a la policía.

—Sí.

—¿Por qué no lo hizo usted?

—Al recobrar la conciencia estaba aturdido, la cabeza me daba vueltas, me veía incapaz de guardar el equilibrio. No enfocaba la vista con claridad, los ojos me ardían y lloraban. Estaba desorientado. Ignoraba qué me había pasado. Mi hija vive cerca, la llamé y acudió enseguida.

—¿Qué pasó después?

—Al verme pensó que había sufrido un accidente pero al relatarle lo sucedido llamó de inmediato a los mossos.

—Deme el nombre, la dirección y el teléfono de su hija, por favor.

—¿Es necesario? Por nada quisiera involucrarla.

—Demasiado tarde. Ya lo está. Es una testigo indirecta de la agresión.

—Anote —dijo, resignado—. Se llama Montserrat Rovira y vive en Santjoanistes, en el número treinta y cinco. ¿Quiere su móvil?

—Se lo ruego.

—Seis, siete, cuatro, ocho…

Marc Rovira resopló. Estaba cansado. Memorizar lo sucedido le representaba un gran esfuerzo. El mismo que intentar olvidarlo.

—Ya terminamos —dijo Bellpuig—. Solo una par de preguntas más.

El decorador asintió paciente.

—En la denuncia consta que el ladrón destrozó un mueble.

—Sí —dijo—. Una credencia italiana del siglo diecinueve. Una pena. La había comprado hace unas semanas. He perdido dos mil quinientos euros. Como buen catalán —bromeó— eso me duele más que la brecha de la cabeza.

—¿Algún motivo justifica que el intruso se ensañara con la credencia?

—Supongo que esperaba hallar más dinero y la rabia le hizo emprenderla con lo primero que pilló. Tenía que haberla vendido. Esa mañana alguien se interesó por ella.

—¿Por qué no la vendió?

—Me gustaba y la quería para mi colección de muebles antiguos.

—Hemos terminado, señor Rovira. Le agradezco su colaboración.

—Espero haberle sido útil.

—Y yo no haberle incordiado en vano. Mejórese. Adiós.

Al abandonar el hospital Clínic el subinspector Bellpuig llamó a la hija de Marc Rovira. Quería interrogarla para cotejar la declaración de su padre. La mujer se mostró dispuesta a colaborar. A fin de cuentas había removido a todas sus influencias para presionar al comisario y que destinara a alguien en exclusiva a la investigación. La citó en el domicilio de su padre, a pie de calle, con la intención de realizar una inspección ocular.

Capítulo. 30

Andreu Bellpuig esperaba a Montserrat Rovira en la esquina de Aribau y Via Augusta, una importante avenida que tomaba el nombre de su homónima romana, la calzada de mayor longitud de Hispania que unía Gades (Cádiz) con Narbo Martius (Narbona) y pasaba cerca de Barcino (Barcelona). Estaban citados a las 12:15. Miró su reloj: las 12:20 horas. Por nada deseaba que Montserrat Rovira le diera plantón. Cualquier percance retrasaría sus indagaciones y le había prometido al comisario obtener pronto resultados para rendir cuentas ante el regidor de Seguridad del distrito. De momento sus pesquisas estaban en vía muerta. Necesitaba hilar más fino, buscar algún detalle insignificante, algo en apariencia sin importancia que le aportara un poco de luz. Alzó la vista y vio a una mujer, de paso apresurado, subir por Aribau. Se detuvo frente al portal de Marc Rovira y miró a ambos lados. Bellpuig se le acercó.

—¿Montserrat?

—Sí —dijo—. Usted debe ser el subinspector Bellpuig.

—El mismo.

—Encantada. —Le estrechó la mano—. ¿Para qué desea verme?

—Como le comenté por teléfono me gustaría formularle unas preguntas y echar un vistazo al piso de su padre.

—Sin problema. ¿Cogerán al tipo que le agredió?

—En eso andamos.

—Me preguntó por qué le tocó a mi padre.

—Casualidad. A primera vista parece un caso de «víctima al azar».

—No estoy familiarizada con el lenguaje de la policía.

—Un drogadicto —le explicó— necesita chutarse una dosis. No tiene dinero. Va a un barrio de gente acomodada. Entra en un bloque, llama a una puerta al azar, noquea al inquilino y roba. Se conforman con poco. El sujeto se ha gastado los doscientos euros en unas papelinas de heroína o cualquier otra sustancia estupefaciente.

—Tengo el miedo metido en el cuerpo.

Andreu Bellpuig sacó su teléfono móvil para tomar notas.

—¿Subimos? —dijo ella.

—Primero prefiero hacerle unas preguntas.

—¿Le importa si pasamos al portal? Me estoy quedando helada.

—Por favor.

Montserrat Rovira sacó un aro de su bolso, metió una llave en el ojo de la cerradura y abrió la puerta del edificio.

—Su padre me dijo que la cerradura estaba rota —observó Bellpuig.

—Sí. Llevaba varios días sin funcionar. A raíz de lo ocurrido el presidente de la comunidad llamó a un cerrajero de urgencia y la cambió. Así funcionan las cosas en este país. Hasta que no sucede una desgracia nadie mueve un dedo.

—Suele ocurrir.

—No aprendemos.

—Reláteme lo sucedido el día de la agresión.

—Sobre las nueve y cuarto —dijo— me llamó mi padre. Estaba alterado, se trabucaba al hablar y supe que le había ocurrido algo malo. Pensé en un infarto o un ictus. Nunca imaginé que hubiese sido víctima de una agresión. Este barrio es bastante tranquilo.

—Ponemos nuestro granito para que así sea.

Montserrat Rovira sonrió.

—Perdone —dijo—. No pretendía ofenderle.

—¿Qué hizo?

—Vine corriendo, como es lógico. Vivo cerca, en Santjoanistes casi esquina Balmes. Al llegar, la puerta del piso estaba cerrada, la abrí y me encontré a mi padre sentado en el suelo, con la cabeza ensangrentada, desorientado. Creo que al principio ni siquiera me reconoció. Me contó a trompicones lo sucedido y llamé a los mossos y a una ambulancia. Es todo.

—Solo unas cuestiones más. Para aclarar algunos conceptos.

—Pregúnteme lo que quiera.

—¿Al llegar al rellano del piso las luces estaban encendidas o apagadas?

—Encendidas. La comunidad instaló leds para el ahorro de energía y las dejan prendidas todo el día.

—¿Echó algo en falta?

—Sus compañeros y la ambulancia llegaron al mismo tiempo. Los sanitarios recogieron a mi padre y lo trasladaron al Clínic. Yo le acompañé. Entró por urgencias y mientras le efectuaban las curas y permanecía en observación dos mossos me hicieron varias preguntas, casi las mismas que usted. Me interrogaron sobre si faltaba algo. No podía saberlo. Estuve todo el tiempo junto a mi padre.

—Ya…

—A la mañana siguiente —continuó— regresé a su domicilio y lo revisé. Todo parecía estar bien. Llamé a mi padre al hospital para preguntarle si guardaba el dinero de la venta de muebles en algún lugar y me dijo que no, que solo tenía doscientos euros para gastos imprevistos en el cajón de un buró. Abrí el cajón y habían desaparecido. Es cuanto puedo decirle.

—¿Halló un mueble destrozado?

—Sí. Una credencia que mi padre acababa de comprar. El resto de la casa estaba ordenada. El ladrón, por suerte, se conformó con poco.

—Bien —dijo—. Ahora sí, por favor. Subamos a echar una ojeada.

Andreu Bellpuig inspeccionó los buzones. El nombre de Marc Rovira figuraba en una plaquita. Tomaron el ascensor y subieron al cuarto piso. Montserrat Rovira cogió otra de las llaves que pendían de un hermoso aro de plata, con una lengüeta de cuero y el anagrama de una marca de vehículos de alta gama, y abrió la puerta. El dintel y las jambas mostraban restos de los reactivos empleados por los agentes del departamento de Criminalística para detectar huellas. La hija del decorador le invitó a entrar. Accedieron al interior y Bellpuig descubrió un piso de alto standing, decorado con muebles lujosos, unos de diseño moderno y otros antiguos pero en perfecta armonía. La consola que presidía el recibidor presentaba un canto manchado de

sangre y, como la entrada, restos de los reactivos para obtener huellas. Le tomó una fotografía con su móvil y continuó. De las paredes colgaban cuadros de pintores catalanes modernistas y posimpresionistas. Por su estilo reconoció obras de Ramón Casas, Santiago Rusiñol, Isidro Nonell, Anglada Camarasa y Miguel Utrillo. Recorrió las estancias una a una. Todas estaban ordenadas. Nadie había removido los armarios ni tocado las esculturas que también supuso de autores conocidos. El dormitorio principal lo presidía el buró en que Marc Rovira guardaba los doscientos euros, un precioso mueble canterano, según le explicó Montserrat, del último cuarto del siglo xviii, de la época del rey Jorge III de Inglaterra, de caoba cubana y roble asturiano, decoración de marquetería, cajonera y una escribanía. Sus tiradores de bronce y sus gavetas también tenían polvo de los reactivos usados durante la inspección dactiloscópica. Andreu Bellpuig pidió permiso a la mujer y abrió los cajones del buró. En su interior había algunas joyas de escaso valor: unos gemelos de oro, una aguja de corbata, un anillo, que supuso de matrimonio, y poco más. Tomó una fotografía del buró y comprobó la calidad de la imagen en la pantalla. Inspeccionó los cuartos de baño de que disponía la vivienda y los grifos y aseos también habían sido objeto de la búsqueda de huellas. Sus compañeros habían hecho bien el trabajo. Los delincuentes tenían la costumbre de lavarse las manos antes de abandonar los domicilios. Bellpuig siguió su recorrido y en el despacho de Marc Rovira encontró un mueble hecho añicos.

—¿Es la credencia? —le preguntó a Montserrat.

—Sí.

Andreu Bellpuig se acercó, encuadró un plano general del mueble, disparó la cámara de su móvil y se agachó para observar los restos de cerca. La credencia estaba destrozada, astillada. Algunas partes no habían sido rotas por los golpes sino cortadas con un objeto muy afilado. Se incorporó.

—Ya he terminado —dijo.

—¿Ha sacado algo en claro?

—Nada. Solo quería ver el escenario con mis ojos.

—Si me disculpa debo marcharme. He cerrado el estudio para poder atenderle.

—No la entretengo más.

Salieron a la calle. Bellpuig le agradeció a Montserrat Rovira el tiempo que le había dedicado y le entregó una tarjeta con sus datos profesionales y su número de teléfono directo de la comisaría.

—Si recuerda cualquier otro detalle llámeme, por favor.

—Lo haré.

—Gracias.

Montserrat Rovira caminó en busca de su vehículo y Andreu Bellpuig miró su reloj. En visitar a Marc Rovira e inspeccionar su domicilio se le había hecho la hora de almorzar. Buscaría un restaurante de menús, de los varios que abrían sus puertas en la plaza Molina, y comería algo rápido. Iba a cruzar la Via Augusta y alguien chistó a sus espaldas. Se giró. Un hombre vestido de uniforme, desde la puerta de un hotel, le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—¿Me llamaba? —dijo Bellpuig.

—Perdone mis modos —se disculpó—. Soy el jefe de recepción —señaló la puerta de acceso al hotel— y en horas de trabajo tengo prohibido abandonar mi puesto.

—¿En qué puedo ayudarle?

—¿Es amigo de los Rovira?

—No, policía —dijo—. Mosso d'escuadra de la comisaría de Sarrià Sant Gervasi.

—Disculpe mi osadía. Se lo he preguntado porque le he visto hablar con Montserrat, la hija del señor Rovira, y quería saber cómo está su padre. Me he enterado del robo por un vecino de la finca.

—En unos días saldrá del hospital.

—Me alegro de que solo haya sido un susto. Nunca se sabe qué te depara el destino.

—Por la noche hay que echar la llave y nunca abrir la puerta sin comprobar por la mirilla quién llama.

—Eso mismo —resopló— les digo yo a mi mujer y a mis hijas. Pero se creen que estoy paranoico. Ayer mismo estuve tentado de llamar a la Guardia Urbana para que vieran una moto que me da mala espina. Creo que es robada.

—¿Qué le hace sospechar? —sonrió, ante la perspicacia del recepcionista.

—Se lo explicaré —dijo, y engoló la voz—. Comienzo mi turno a las nueve y media de la mañana pero vengo una hora antes. Desayuno en un bar cercano y luego paseo media hora. Hace unos meses, en un chequeo rutinario de la empresa, me dijeron que tenía la tensión y el colesterol altos, y el médico, aparte de un arsenal de pastillas, me recomendó andar una hora todos los días.

—Está bien. Hay que cuidarse.

—Siempre hago el mismo recorrido —siguió—. Cojo la Via Augusta hacia plaza Molina, bajo por Balmes, doblo por Madrazo, sigo Sant Eusebi, subo por Brusi y, al confluir otra vez con Via Augusta, tuerzo a la izquierda para llegar al hotel. Desde hace unos días sobre la acera de Sant Eusebi hay una moto aparcada que no se ha movido ni un milímetro.

—Su dueño no la necesitará para desplazarse. ¿Qué hay de raro?

—Que carece de sistema antirrobo y tiene un casco colgado del manillar. Es un milagro que nadie lo haya hurtado. Y lo mismo le digo de la moto. Unos días más aparcada sin antirrobo y alguien se la llevará o la desguazará para vender las piezas.

—Gracias por su información —dijo Bellpuig, para ser cordial—. La colaboración ciudadana nos ayuda a combatir la delincuencia.

—No pretendo que nadie me dé una medalla al mérito civil. Solo que si la moto es robada el dueño pueda recuperarla. Todavía está entera.

—Me ocuparé de ello.

—Gracias, hombre.

Andreu Bellpuig, ante una denuncia, aunque solo fuera verbal, estaba obligado a efectuar una comprobación. Solo serían cinco minutos. Descendió por Aribau y en la esquina de Sant Eusebi vio un grupo de motos aparcadas en batería sobre la acera. Se acercó. Un escúter mostraba un casco colgado del manillar, como le había informado el recepcionista, sin ningún sistema de seguridad y el polvo acumulado en el asiento le corroboró que llevaba días sin moverse. Comprobó el baúl. Estaba vacío y su cierre forzado. Descolgó el casco. «Collons!», exclamó. En la parte anterior frontal lucía un dibujo parecido a una zeta, como le había descrito Marc Rovira. Se agachó para comprobar

la tapa que protegía los cables del sistema eléctrico. Al igual que el cierre del baúl estaba forzada. La abrió y comprobó que los cables habían sido manipulados para arrancar el escúter sin la llave de contacto. El recepcionista se merecía una medalla. Cogió su móvil, colocó el casco en el asiento y tomó una fotografía de la parte frontal. Hizo otra foto a la motocicleta, abrió la línea telefónica y llamó a un compañero de su brigada.

—¿Capmany? —dijo, al descolgar su interlocutor.

—Sí, subinspector Bellpuig.

—¿Alguna novedad?

—Nada.

—¿Hemos recibido los informes de la Guardia Civil y la Policía Nacional sobre las bandas de traficantes de coches que operan en Barcelona?

—Todavía no.

—Avíseme cuando lleguen, por favor.

—Descuide.

—Capmany tengo que pedirle un par de cosas.

—Ordene.

—Quédese al mando de la brigada unos días, mientras atiendo un asunto.

—Se ha corrido la voz. El comisario le ha endosado una agresión de la Brigada de Seguretat Ciutadana.

—Me ha pedido que haga unas gestiones. Nada más. La víctima tiene conexiones políticas de alto nivel.

—Esté tranquilo. Tómese el tiempo que necesite.

—Gracias. Otra cosa, Capmany. Voy a mandarle dos fotografías: la primera de un casco de motorista, para que identifique la marca, y la segunda de un escúter para que compruebe si es robado.

—Pan comido.

—Busque la información y llámeme, por favor.

—Descuide. Me pongo a ello ahora mismo.

—Adiós.

Andreu Bellpuig colgó y mandó las imágenes a su compañero.

Capítulo. 31

Andreu Bellpuig terminó su postre, le pidió al camarero que retirara de su mesa el plato y los cubiertos, y posó sobre el mantel su teléfono móvil. Lo había convertido en una especie de oficina ambulante. La memoria del aparato guardaba parte de su vida. Pulsó un icono de la pantalla y abrió un archivo de texto con las notas que había tomado tras leer el expediente de la Brigada de Seguretat Ciutadana y hablar con Marc Rovira, su hija Montserrat e inspeccionar el piso. La pantalla le mostró numerosos signos de interrogación acotados entre paréntesis. Los datos que le habían suscitado alguna duda y precisaba analizar con calma. A primera vista el asalto parecía obra de un ratero, de un drogadicto que actuaba atormentado por obtener una dosis, pero otras anotaciones apuntaban a un asalto premeditado. Repasó los interrogantes:

… rellano sin luz (?)…, casco de visor oscurecido (?)…, dibujo en forma de zeta (?)…, camisa (?)…, agresor no habla (?)…, golpe en carótida (?)…, doscientos euros (?)…, joyas intactas (?)…, mueble desmenuzado (?)…, escúter robado (?)… supuesto comprador (?)…

Al abrir la puerta del piso Marc Rovira observó que las luces del rellano estaban apagadas. Sin embargo, al acudir su hija a socorrerle las halló encendidas. Deducción: el agresor las había desconectado. Su proceder solo tenía lógica si la víctima podía reconocerle. En el mismo sentido interpretaba el empleo del casco. ¿Para qué llevarlo salvo para ocultar la cara? El hecho de vestir el agresor una camisa ratificaba sus conjeturas. En Barcelona hacía frío y la humedad acentuaba la sensación térmica. Resultaba ilógico solo andar en camisa. El asaltante se había despojado de su prenda de abrigo para evitar que le delatara. Tampoco pronunció una palabra. Conclusión. Marc Rovira le conocía. El agresor, nada más abrir la puerta, roció a su víctima con gas pimienta para paralizarle, evitar que opusiera resistencia, y le golpeó la arteria carótida. Un golpe técnico, de especialista, de alguien habituado a pelear o adiestrado en algún tipo de lucha cuerpo a cuerpo. Cabeceó y, a medida que daba respuesta a los interrogantes, borraba el enunciado de los paréntesis.

El intruso solo robó doscientos euros. Otro punto que descartaba la autoría de un drogadicto en busca de una víctima al azar. Ningún ladrón, una vez accedía al interior de una vivienda, se contentaba con tan poco. Podía haberse llevado cuadros, estatuas o jarrones valorados en miles de euros y se conformó con algo de dinero en efectivo hasta el extremo de desechar pequeñas joyas de oro. Además, tampoco había registrado el piso para comprobar si ocultaba más dinero. Algo impensable para un vulgar ratero. Por ningún motivo, dedujo, el agresor quería que pudieran seguirle la pista a través de los objetos robados. Conocía el procedimiento de actuación policial y sabía que la mayor parte de los peristas eran confidentes de la policía.

El mueble destrozado, una credencia italiana del siglo xix tasada en unos tres mil euros, presentaba un interrogante para el que Bellpuig carecía de respuesta. Algunos ladrones, ante la escasez del botín, rompían por rabia cuanto encontraban a su alrededor, se comían los víveres de la nevera, defecaban en las camas, rajaban los colchones, reventaban los televisores y mil tropelías más que había visto infinidad de veces. Colocó la fotografía del mueble en la pantalla y la amplió para examinarla. Nada indicaba que la destrucción de la credencia obedeciese a la cólera. Al inspeccionarla in situ constató que algunas partes estaban rotas a golpes pero otras habían sido astilladas con un objeto cortante. Ningún ladrón trinchaba un mueble de forma tan minuciosa por venganza. El agresor de Marc Rovira nunca actuó por rabia. Buscaba algo. ¿Qué?, se interrogó con la vista fija en la pantalla del móvil. Quitó la foto del mueble y regresó a sus notas.

El escúter parecía un elemento a tener en cuenta. Estaba convencido. El casco presentaba un dibujo similar a una zeta, como había descrito Marc Rovira. Bellpuig hizo una interpretación lógica de los hechos. Su olfato le decía que el agresor siguió en la motocicleta a su víctima. Echó la espalda hacia atrás, para apoyarse en la silla, y descartó que se tratara de un delito cometido al azar, como sospechó al principio. El asalto a la vivienda había sido planeado por alguien que Marc Rovira conocía. Corrió el texto de la pantalla hacia las últimas líneas. En su declaración el decorador lamentaba no haber vendido la credencia esa misma mañana a alguien que se interesó por ella. Necesitaba aclarar ese punto, profundizar en los detalles. Buscó en Google el número de teléfono del Clínic y llamó.

—Hospital Clínic, dígame —respondió la encargada de la centralita.

—Póngame con la habitación cuatrocientos veinticinco, por favor.

—Le paso.

Escuchó el vacío de la línea y a continuación varios tonos de llamada.

—Sí —dijo una voz un tanto ronca.

—¿Marc Rovira?

—El mismo. ¿Con quién hablo?

—El subinspector Bellpuig. Le he visitado esta mañana.

—¡Ah!, sí…, sí… ¿A qué debo el honor?

—Siento molestarle pero tengo que hacerle un par de preguntas más.

—No se preocupe.

—Me dijo que la mañana de la agresión alguien quiso comprarle la credencia.

—Así es.

—Descríbame a la persona.

—¿Supone que es mi asaltante?

—Preciso los pormenores. Pura rutina. Debo recabar la información.

—Ese hombre nada tiene que ver. El mueble había pertenecido a su familia y quería comprármelo por nostalgia. Me enseñó una fotografía antigua de la credencia con su madre y su hermana apoyadas en ella.

—¿Las mujeres de la foto eran su madre y su hermana?

—Lo di por sentado. ¿Quiénes iban a ser? Estaba dispuesto a pagar tres mil euros. Nadie suelta esa cantidad por un mueble para destriparlo.

—¿Sabe cómo se llamaba?

—No. Intenté que me diera sus datos en vano.

—¿Cómo vestía?

—Con una chaqueta de cuero. Parecida a esas que llevan los aviadores. Algo gastada pero de piel buena.

—¿Y su físico?

—Delgado pero fibroso, los pómulos se le marcaban un poco. Cabellera poblada. De altura normal, unos ciento setenta y cinco centímetros, cuarenta y cinco años y setenta y ocho kilos de peso. En esto último no me haga demasiado caso. Soy bastante malo calculando la edad y el peso de la gente.

—¿Algún rasgo que le llamara la atención?

—Nada, excepto unas manchas en la cara y las manos.

—¿Puede concretar?

—Tenía la piel con partes claras y oscuras, como un leopardo.

—Gracias, señor Rovira.

—A su entera disposición.

—Espero no importunarle más.

—Si necesita ponerse en contacto conmigo y ya no estoy en el hospital llame a mi hija. Ella me localizará.

—De acuerdo. ¡Adiós!

Andreu Bellpuig posó su teléfono sobre el mantel y suspiró complacido. Ya tenía un hilo del que tirar para llegar al ovillo. El misterioso personaje que intentó comprar la credencia la mañana de la agresión. Su principal sospechoso. La vibración del teléfono le abstrajo de sus cavilaciones. Leyó en la pantalla el nombre del caporal Carles Capmany, su compañero de la Brigada de Delinqüència Especialitzada. Cogió el aparato y abrió la comunicación.

—¿Capmany? —dijo.

—Subinspector, ya tengo los datos que me pidió.

—Adelante. Hágame un resumen.

—El escúter, un Aprila Atlantic de doscientos cincuenta centímetros cúbicos, como supuso es robado.

—¿Cuándo denunció su propietario la desaparición?

—Déjeme ver. —Bellpuig oyó un frufrú de papeles—. Hace cuatro días.

—¿Y el casco?

—De la marca Escorpión. Su logotipo semeja una zeta dispuesta en posición vertical. Se trata de un modelo de casco muy usado por los motoristas.

—Gracias, Capmany. Hable con la Guardia Urbana para que retiren el escúter y avisen a su dueño.

—¿Algo más?

—Por ahora, no. Seguiremos en contacto.

Andreu Bellpuig colgó. El agresor de Marc Rovira, como había supuesto, se desplazó hasta el domicilio de su víctima en el escúter. El tipo había planeado el asalto al milímetro. Le hizo una seña al camarero, para que le trajera la cuenta, y aprovechó para hacer una segunda llamada. Tras varios tonos una voz femenina le atendió.

—Institut de Medicina Legal de Catalunya. Le atiende Adela, dígame.

—Quisiera hablar con el doctor Clos.

—¿De parte de quién?

—Andreu Bellpuig, de la comisaría de los mossos de Sarrià Sant Gervasi.

—Espere, por favor. Acaba de llegar.

Aguardó con el teléfono pegado a la oreja y la tonada de una música de fondo.

—¡Andreu! —exclamó una voz—. ¿Qué tal?, amigo.

—Bien. No puedo quejarme. ¿Y tú?

—Como el niño de El sexto sentido. Me paso el día viendo muertos —bromeó.

—Mientras tú les veas a ellos no hay problema.

—¿A qué debo tu llamada?

—Necesito consultarte un tema profesional.

—Dime.

—Me han descrito a un sospechoso con la piel salpicada de manchas claras y oscuras, como un leopardo. ¿Puede tratarse de la patología típica de una enfermedad dermatológica?

—¡De una! ¡De un montón dirás! Casi siempre dolencias provocadas por cambios en la melanina, bacterias u otros microorganismos, alteraciones de los vasos sanguíneos, una excesiva exposición al sol, desórdenes hormonales…

—Concreta, por favor.

—Entre las enfermedades más comunes que presentan «piel de leopardo» está el vitíligo. Una patología autoinmune que destruye los melanocitos y produce manchas claras y oscuras en la epidermis. Pero hay otras que producen secuelas parecidas. Si me mostraras una fotografía podría diagnosticar mejor o consultar a un dermatólogo.

—Si tuviera una foto del sospechoso ya estaría entre rejas.

—Siento no poder concretar.

—Sé que es difícil. Gracias.

—¡A ver si nos vemos!

—Te llamo.

Capítulo. 32

Su galería de antigüedades del paseo de Gràcia de Barcelona le tenía preocupado. El negocio siempre le había dado para salir adelante, sin grandes lujos, pero la crisis había menguado su número de clientes y el pago de los salarios, las tasas a la Seguridad Social, los impuestos, el alquiler y el bajo precio de las tasaciones habían situado a la galería en un punto crítico. Jaume Valls ignoraba el tiempo que podría aguantar sin echar el cierre. Había noches que solo pensar en la quiebra le impedía conciliar el sueño. Heredó el oficio y la galería de su padre, un prestigioso anticuario barcelonés de notable reputación. Llevaba casi veinte años al frente de ArtBCN y por su galería habían pasado los objetos más variopintos. De jarrones de Sevrès o esculturas de Aristide Maillol a cuadros de pintores como Opisso valorados en miles de euros. Para nutrirse de antigüedades, entre sus distintos proveedores, figuraba una red de chamarileros, la mayoría gitanos, que recorrían los pueblos de España al volante de sus furgonetas para comprar trastos viejos. Así habían llegado a sus manos auténticos tesoros, como una reja vallisoletana de ventana del siglo xvii, guardada en el establo de una venta de Castilla, y varias puertas de herrajes de forja y maderas carcomidas que sus dueños despreciaban por otras más modernas y él compraba a los chamarileros a precios de saldo, restauraba y revendía por miles de euros a empresarios para lucirlas en sus masías ampurdanesas.

Hacía unos meses le llamó Vicente Heredia, conocido entre los chamarileros sevillanos con el mote de Vicentito el Bizco, debido a su estrabismo, para ofrecerle un mueble que parecía antiguo y de alta calidad. Jaume Valls le pidió que le mandara una fotografía y la contempló en la pantalla de su móvil. Se trataba de una credencia de madera, de estilo posgótico, estructura sencilla y ornamentos adaptados a su función. Las puertas, convexas, lucían un magnífico trabajo de marquetería, restos de policromía y dibujos, casi desaparecidos, de temas mitológicos. Le interesaba comprarla. Le ofreció trescientos euros y pagarle los gastos de envío, y Vicentito el Bizco aceptó. Un negocio redondo. A él solo le había costado veinticinco euros.

Tres días después recibió la credencia en Barcelona. Verla de cerca le permitió hacer un estudio más detallado de la misma. Era de madera de secuoya y las aristas habían estado adornadas por cantoneras de

bronce. Por su estilo la situó en Italia, en el taller de algún ebanista napolitano del último cuarto del siglo xix. Una excelente compra. La restauraría y revendería con facilidad por unos tres mil euros. Multiplicaría su inversión por diez. La bajó al taller. Antes de desmontarla, limpiarla, quitarle la vieja capa de pintura, encerarla a muñequilla y volverla a encolar, la colocó en un aparato de rayos X que hacía años compró a un médico al punto de jubilarse. Se puso un delantal, unas lentes plomadas y un protector de tiroides, para escapar a la acción nociva de los rayos X, y conectó el equipo. Radiografiaba todos los objetos que adquiría y consideraba que podían esconder «secretos»: cómodas, bargueños, camas, escritorios, armarios, vírgenes, santos, cruces y relicarios. Numerosas piezas, fabricadas en siglos pasados, ocultaban departamentos para guardar joyas, dinero o cualquier otra cosa que sus dueños desearan proteger de la codicia ajena.

Deslizó la pantalla de rayos X de arriba abajo de la credencia y en una pata descubrió un segmento, cuya madera tenía menor densidad que el resto, y una sombra en su interior. Un hueco, dedujo, que ocultaba algo. Comparó la imagen con las otras patas y había una notable diferencia de contraste entre las de madera maciza y la vaciada. Apagó el aparato, se quitó el equipo de protección y posó la credencia sobre un banco de carpintero. Miró al detalle el mueble para descubrir algún ensamble que le permitiera acceder al vaciado. No halló nada. Colocó la credencia boca abajo y observó el remate de las patas. La última parte estaba torneada para componer un adorno. En tres de las patas el adorno se había tallado de una sola pieza de madera maciza pero la cuarta pata, la que mostraba un espacio vacío, presentaba un labrado independiente. La llave que habría el compartimento. Buscó entre sus herramientas un cincho para desenroscar piezas trabadas y lo acopló al adorno. Giró sin fuerza, temeroso de que la carcoma hubiese debilitado la madera y pudiera romperse, y la pieza cedió. Rotó el cincho, logró desenroscar el torneado y descubrió un hueco circular, que recorría la pata y escondía algo parecido a un pergamino. Cogió unas pinzas y tiró con delicadeza hacia sí del documento. Lo extrajo. Estaba enrollado y temió que al intentar desplegarlo se quebrara y convirtiera en polvo. Lo trasladó a una cámara húmeda, para hidratarlo, y lo mantuvo en su interior un día entero. Después, con sumo cuidado, pudo desenrollarlo. Ante sí tenía la vitela de un escrito, en parte desaparecido, redactado en latín. Algo muy interesante a primera vista. Los restauradores especializados en documentos antiguos empleaban diversas técnicas para recomponer los textos perdidos, pero se requerían delicados procedimientos de laboratorio y el manejo de sustancias químicas que escapaban a sus

posibilidades. Meditó qué hacer. No estaba dispuesto a dejar la vitela en manos de extraños, ni tampoco a pagar miles de euros a un restaurador para recuperar el texto. Quizá se tratase de algo banal, de una compra y venta de tierras, de un contrato de arrendamiento, de una autorización de pastoreo, del certificado de pago de una dote o de un pagaré. Poco importaba. Lo limpiaría, enmarcaría y vendería a un coleccionista de títulos históricos por mil quinientos euros. Pero para tasarlo, con un mínimo de garantías, necesitaba conocer su antigüedad. Cogió unas tijeras y cortó un pedacito de la base de la vitela para mandarlo al laboratorio de Geocronología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid para su datación. Había remitido otras piezas y siempre habían atendido su petición.

Pasadas unas semanas recibió el análisis. La vitela, según el estudio del carbono 14, tenía una antigüedad de seiscientos años y los expertos la fechaban en el siglo xv, hacia 1415, con un error de más o menos diez años (1405-1425). Jaume Valls llamó a Vicentito el Bizco para conocer el origen exacto de la credencia y el chamarilero le dijo que la había comprado a una anciana del barrio sevillano de Triana. La mujer, según sus vecinas, padecía una enfermedad incurable que le afectaba a la cabeza, cobraba una pensión no contributiva y para malvivir vendía los enseres de su casa al primero que pasaba por la calle. Jaume Valls se acarició la barbilla. Solo él conocía la existencia de la vitela. Sus nociones de latín eran escasas pero precisaba interpretar las frases sueltas del documento. Su olfato de anticuario le decía que el pergamino, de caligrafía cuidada, escondía algo importante: las vitelas, en ocasiones pieles procedentes de becerrillos y recentales nonatos, tuvieron una escasa difusión, debido a su delicada manufactura, y solo se empleaban en escritos y códices que daban testimonio de hechos notables.

Se encerró en su despacho con la vitela extendida sobre la mesa y los ojos clavados en ella. Una parte del texto mostraba algo parecido a una cifra romana seguida de una palabra, aunque ambas resultaban difíciles de apreciar incluso bajo una lupa de filatelista. Cogió la vitela y la escaneó para ampliar las grafías de su escritura. Trasladó la imagen a la pantalla de un ordenador y pudo leer la cifra romana seguida de una palabra latina: XIIIaurum. En su traducción literal «13oro». Consultó un tratado de simbología medieval y resolvió el enigma: XIIIaurum significaba, en lenguaje críptico, «tesoro». Sintió el vello de sus brazos erizarse de emoción. El libro especificaba: «La palabra “tesoro” proviene del latín thesaurus, “oculto”, “escondido”, y los hermeneutas del Medievo la derivaban del francés tresór de 13-or o treize-or…». Debió suponerlo. El 13 figuraba entre los números más cabalísticos de la geometría hermética. Los esoteristas consideraban al

13 el número de lo «oculto», de aquello que solo se revelaba a los ojos de los seres puros. Por esta razón, Metatrón, un ángel del judaísmo y el cristianismo, tomó el 13 para formar la base y esencia de su famoso «cubo» o «flor de la vida» compuesto por 13 círculos. El número 13 unido a la palabra latina aurum tenía un fuerte componente simbólico.

La vitela, a reglón seguido del criptograma XIIIaurum, presentaba un espacio en blanco, de escritura perdida, y la frase: «… in abacus templii, Summus Pontifex tueor in Chersonesos…». Había otra parte más de escritura borrada y la frase: «… Mare Nostrum est occultum sub gloriam Dei…». El resto de la vitela también estaba en blanco y, al final, al pie del pergamino, se adivinaba, muy desleído, un escudo heráldico con la tiara pontificia, las llaves de san Pedro y un creciente ranversado, orlado por la sentencia: «Ego insequor in tredecim».

Juan Valls aprendió de joven latín en el colegio, la lengua muerta clásica que estudió en el bachillerato. Cogió un diccionario y procedió a indagar qué decían los textos conservados de manera milagrosa. La primera frase podía traducirse como: «… en el ábaco de los templarios, el Sumo Pontífice protege el tesoro en Quersónesos…». Quersónesos significaba «península», el topónimo que los comerciantes griegos dieron a la latina Paene insula, la «casi isla» que, por asimilación fonética a «peña» o «peñón», se convirtió en castellano en Peñíscola (los árabes la llamaron Banáskula, de idéntico significado). Los romanos la bautizaron como la «casi isla» al alzarse sobre una roca unida a tierra firme por un tómbolo que la pleamar sumergía y convertía en una isla. Tradujo la segunda frase: «…el mar Nuestro oculta la gloria de Dios…». El Mare Nostrum o mar Nuestro era el Mediterráneo, el mar que el Imperio romano dominó por completo y sus cartógrafos calificaron de «Nuestro», en oposición al Mare Externum, el mar Exterior, el Atlántico, situado al otro lado de las Columnas de Hércules. La denominación Mare Nostrum se mantuvo en el lenguaje medieval para referirse al Mediterráneo. Por último, la tercera frase significaba: «Yo sigo en mis trece». La proclama que el Papa Luna, cuyo escudo figuraba en la vitela, pronunciaba siempre que alguien le invitaba a abandonar la Silla de Pedro.

Reflexionó sobre el resultado de sus traducciones. Si la datación del carbono 14 era correcta la vitela se había redactado en el siglo xv y remitía al Papa Luna. Dejó el diccionario de latín sobre la mesa, se levantó, cogió de una enciclopedia el tomo correspondiente a la letra pe y buscó el vocablo «Peñíscola». Se masajeó los músculos de la nuca, agarrotados debido a la tensión acumulada, y leyó el artículo. El castillo de Peñíscola, construido por los templarios, había servido de

residencia a dos antipapas: Pedro Martínez de Luna, Benedicto XIII de Aviñón, el Papa Luna, y su sucesor Gil Sánchez Muñoz, Clemente VIII. Benedicto XIII asumió el pontificado en 1394 y Clemente VIII en 1424. Revisó las tres frases y los restos casi imperceptibles del escudo heráldico. Los datos permitían situar la vitela en poder de Benedicto XIII muerto en 1423. Jaume Valls sufrió una taquicardia nerviosa. El corazón se le aceleró. El Papa Luna dispuso su sede pontificia en el castillo de Peñíscola, una fortaleza alzada entre 1294 y 1307 sobre un peñón que dominaba la villa y cuya arquitectura recordaba a las fortalezas templarias de Tierra Santa. El Papa Luna reformó el castillo y lo dotó de una biblioteca que figuró entre las mejores del mundo. ¿Podía tratarse de un pergamino de la biblioteca papal? ¿De una vitela de la Orden del Temple? En la soledad de su despacho, bajo la luz de un flexo y a altas horas de la noche, Jaume Valls sudaba nervioso. La Orden del Temple atesoró numerosas riquezas y el documento parecía referirse a ellas: XIIIaurum. El tesoro templario había hecho correr ríos de tinta desde la disolución de la orden en 1314, pero ningún estudio riguroso señalaba la posibilidad de que una parte estuviera en Peñíscola. Decidió averiguar al respecto y los días sucesivos se encerró como un cartujo en la biblioteca Sant Pau i Santa Creu para revisar libros, artículos, pliegos, monografías, elucidarios y legajos que hablaban de los caballeros templarios. Apenas interrumpía su labor para almorzar y luego seguía enfrascado en la búsqueda de un rayo de luz que aportara claridad a su vitela. Las dudas le asaltaban ante la falta de datos que corroboraran sus traducciones. Las falsificaciones de documentos existían de antiguo. En la Edad Media se falsificaba casi todo pese a ser un delito castigado por la ley. Calígrafos sin escrúpulos confeccionaban cartularios, portulanos, códices, tumbos y codicilos con la supuesta localización de un tesoro, la revelación de un enigma sagrado o fórmulas alquímicas para timar a reyes, papas o ricos aristócratas y obtener grandes beneficios. Su vitela podría ser una quimera, un simple gamusino.

En ocasiones le vencía la desesperación, pero siguió buscando su particular rayo de luz. El destino se conjuró de su lado. Una tarde, ya casi a la hora de cerrar la biblioteca, consultaba un libro del siglo xvi sobre órdenes militares españolas. El texto, redactado en castellano antiguo, le obligaba a leerlo despacio para entender sus palabras. Sus ojos se abrieron como platos y los acercó a las líneas, desdibujadas por el paso del tiempo. Hablaban de una tentativa de huida de Benedicto XIII, por una escalera secreta del castillo de Peñíscola que conducía al mar, tras ser condenado por hereje y antipapa en el concilio de Constanza de 1415. El fuerte oleaje impidió al Papa Luna embarcar en la carraca enviada por Alfonso V de Aragón para su fuga y, en su

intento frustrado, cayó al mar un cofrecito que contenía el anillo papal, una joya valiosísima de oro e incrustaciones de diamantes y rubíes, que había pertenecido a un gran maestre del Temple; cinco diamantes del tamaño de una cabeza de gallina, tres rosarios de perlas como huevos de paloma y el Códice Imperial, un pergamino redactado por el emperador Constantino el Grande que solo podían leer los papas debido a su trascendencia para la Iglesia. El pergamino, según el texto que leía, estaba protegido por una cánula de oro macizo y encerraba un enigma que helaba la sangre y hacía dudar de su fe incluso a los beatos. Por esta razón, los papas lo custodiaban en el más absoluto secreto. Tras la muerte de Benedicto XIII los distintos pontífices que le sucedieron enviaron emisarios a Peñíscola para recuperar estos objetos, pero jamás hallaron ningún rastro.

La galería, a causa de la crisis, estaba en bancarrota desde hacía meses. Si la mantenía abierta solo era por respeto a la memoria de su padre, al que siempre se sintió unido. Aquella vitela podía cambiar su suerte. Recuperar los tesoros del Papa Luna le reportaría fama universal, los coleccionistas internacionales de arte viajarían a Barcelona para comprarle artículos, y Sothebys y Christie's, las salas de subastas más acreditadas del mundo, le ofrecerían grandes sumas para exponer en sus atriles el anillo papal, los diamantes como cabezas de gallina, los rosarios de perlas como huevos de paloma y el misterioso Códice Imperial. Sus problemas económicos se solventarían y medraría en la escala social. Siempre quiso pertenecer al Círculo Ecuestre, el club privado más prestigioso de Barcelona. Había llegado la hora. Solo debía interpretar el documento, encontrar el codiciado tesoro y el Círculo Ecuestre abriría sus puertas de par en par para recibirle como socio. Estaba convencido de que el Papa Luna, tras su malogrado intento de fuga, había redactado la vitela para señalar el punto exacto en que se produjo la pérdida del cofre a fin de recuperarlo de las aguas del mar. Pero el destino torció sus planes. A partir de 1415 las cosas se complicaron para Benedicto XIII y, de cierto, que decidió postergar la búsqueda del cofre. En 1417 accedió al papado Martín V y la Iglesia dio por concluido el Cisma de Occidente. Comenzaba el ocaso de Benedicto XIII. Varias comisiones apostólicas acudieron a Peñíscola para pedirle que abdicara. Le ofrecieron readmitirle en el seno de la Iglesia y cincuenta mil florines anuales de renta, pero el Papa Luna despachó a los emisarios de Roma pronunciando su sentencia: «Ego insequor in tredecim». En 1418, ante la tenacidad de Benedicto XIII, el papa Martín V envió un legado a Peñíscola con la misión de envenenarle. La tentativa de magnicidio se produjo pero Jerónimo de Santa Fe, judío converso y médico personal del Papa Luna, le salvó la vida aunque su salud se resintió. Todo

indicaba que debido a las circunstancias históricas Benedicto XIII

se olvidó del cofre del tesoro o decidió dejarlo a conciencia en el fondo del mar para salvaguardarlo de la ambición de sus enemigos.

Jaume Valls sabía que el lenguaje medieval podía ser muy críptico si pretendía ocultar un secreto. Solo los adeptos a una logia o cofradía, los maestros de las órdenes militares, los alquimistas, los magos, augures o nigromantes, los iniciados en la ciencia de Hermes Trismegisto, podían descifrarlo. Leyó infinidad de veces los textos. Sin duda la vitela se refería a los tesoros que representaban el anillo papal, heredado de la Orden del Temple, los rosarios y el misterioso pergamino que ponía en jaque la estabilidad de la Iglesia. Pero nada apuntaba a su lugar de ocultación en Peñíscola, al punto preciso en que se produjo el intento de fuga y la valiosa pérdida. Tendría que recomponer el puzle redactado por el Papa Luna. Buscar otras pistas.

Durante el día atendía su galería de antigüedades y por las noches se encerraba en su despacho, solo con la luz del flexo proyectada sobre la vitela, para concentrarse y buscar un sentido a las frases. Las leía cientos de veces, permutaba las palabras para explorar nuevas interpretaciones, como un anciano cabalista, pero sus esfuerzos no obtuvieron recompensa. Decidió cambiar de estrategia. Para interpretar un documento, para averiguar su lógica, había que conocer en profundidad a su autor. Esta sería su original línea de investigación. Cualquier cosa antes que abandonar, que darse por vencido. Un mal pensamiento le turbó. Vicentito el Bizco adquirió la credencia a una vieja aquejada de una enfermedad mental. ¿Podría ser la vitela la chifladura de una loca, de una experta falsificadora? Bastaba con agenciarse una vitela añeja y redactar sobre ella un texto críptico, con las técnicas de escritura y las tintas adecuadas, para engatusar a coleccionistas o buscadores de tesoros. Tendría que dilucidar su sospecha. Otro escollo en su singladura por un mar proceloso. Cogió su móvil y llamó a Vicentito el Bizco. El chamarilero descolgó y Jaume Valls le interrogó sobre la dueña de la credencia. Le dio malas noticias. En sus rondas callejeras, en busca de trastos, pasaba con frecuencia por Triana y unas vecinas le dijeron que la mujer había muerto de demencia senil. Vivía de alquiler y la casa ya tenía otro inquilino. El anticuario maldijo su mala estrella. El destino le cerraba todas las puertas que él abría. La anciana se había llevado el secreto de su sospecha a la tumba. Jaume Valls le preguntó si la dueña del mueble tenía esposo o hijos y Vicentito el Bizco le comentó que las vecinas también le hablaron de una hija que vivía en Madrid. Le pidió que fisgara al respecto, con la excusa de adquirir más enseres de la calidad de la credencia. Vicentito se mostró reacio. El encargo

del señor Valls le parecía una mala idea. La credencia había despertado codicias. Hacía unos días, al abandonar el piso de Loli la Fideo, su mantenida, un hombre le asaltó, le apoyó un cuchillo más grande que la cruz del Gran Poder en el bandullo y le interrogó sobre el destino del mueble. Ya lo había vendido a Jaume Valls, no quería verse envuelto en un follón que ni le iba ni le venía y se limitó a darle el nombre del anticuario y la dirección de su galería. Vicentito decidió callar el incidente, para evitarse problemas, y ahora iba a seguir la misma tónica. Su padre, patriarca durante años del clan de los Chatarreros, le había enseñado que «boca cerrada no traga moscas y conserva los dientes». Para complacer a su benefactor le siguió la corriente y se ofreció a indagar sobre la hija de la anciana la próxima vez que pasara por Triana. Jaume Valls cortó tajante su perorata y le pidió, por la amistad que les unía y los dineros que le había dado a ganar en el trascurso de sus años de relación comercial, que fuese a Triana lo antes posible y le informara. Vicentito el Bizco cabeceó en la soledad de su piso del barrio de las Tres Mil Viviendas. La mayoría de sus vecinos traficaban con drogas y estaban forrados. Solo había que ver los cochazos aparcados frente a sus habitáculos miserables. Él nunca quiso entrar en el negocio. Se consideraba pobre pero honrado, amante y protector de su familia aunque de vez en cuando echara una canita al aire con Loli la Fideo. Jaume Valls, el Catalán, como Vicentito le llamaba en la intimidad, estaba entre sus mejores clientes y por nada quería arriesgarse a perderlo. Resopló al micro del teléfono. Le dijo que iría a Triana para recabar la información que le pedía y le llamaría para darle noticias. Jaume Valls asintió satisfecho, con el móvil pegado a la oreja igual que una lapa, se despidió del chamarilero y colgó.

Capítulo. 33

Alberto Soriano aparcó su Sanglas sobre la acera. Le importaba un pimiento si le ponían una multa. Algún colega tendría un amigo en el ayuntamiento y se la quitaría. Se negaba a pagar el precio abusivo de los párquines del centro de Madrid o a caminar siete leguas para llegar al Café de la Bohemia. Estaba harto de los políticos que solo redactaban leyes para prohibir. Las ciudades se ordenaban mediante planes de urbanismo y desarrollo sostenido que contemplaran, entre otras cosas, el crecimiento del parque móvil y la construcción de estacionamientos públicos y gratuitos. Joaquín Ayuso comprobó que la moto dejaba el paso libre a los peatones y se encogió de hombros ante la indiferencia del capitán. Le veía quemado, harto de lidiar con tunantes. Caminaron un trecho y llegaron al Café de la Bohemia. Joaquín miró la fachada, de color albero y rejas de forja de estilo andaluz dispuestas en ventanas simuladas. Una marquesina de lona y armazón metálico daba acceso al local. Entraron. Les recibió un guardarropa equipado de un mostrador de madera, varios percheros y las paredes revestidas de terciopelo rojo un tanto ajado. Alberto Soriano se movía con soltura. Conocía el café y, tras apartar una gruesa cortina, también de terciopelo rojo y acartonada por la suciedad, cruzaron el bar, de barra de acero tapizada de capitoné, y accedieron a la sala de espectáculos presidida por una tarima a modo de escenario, mesas de madera, cubiertas de manteles de algodón a cuadros, y sillas de anea para acomodar a los clientes. De las paredes colgaban piezas de latón, que habían perdido el brillo, a imitación de las cuevas del Sacro Monte granadino, y panderetas de sonajas oxidadas y pieles cuarteadas. Varias mujeres de la limpieza adecentaban el local para la función de la noche. Aspiraban las moquetas y quitaban el polvo a las sillas.

—Aquí —dijo Soriano, y señaló el escenario— cantaba Cristina.

Joaquín iba a decir algo pero una voz se le adelantó.

—¿Qué buscan? —gritó un vigilante jurado.

—Al señor Cortés —soltó el capitán.

El vigilante se plantó delante de ellos para impedirles el paso.

—El café está cerrado —dijo— y el señor Cortés no atiende a nadie.

Vuelvan a la hora de apertura.

—Es urgente —se justificó Joaquín.

—Ya me han oído —insistió, al punto que cogía al capitán Soriano del brazo y le arrastraba hacia la puerta.

—¡Suéltame, imbécil!

—En cuanto salgamos a la calle.

Joaquín tomó la iniciativa por precaución.

—Somos caballeros legionarios —dijo, para relajar la tensión.

—¿Legionarios? —se burló el vigilante—. Yo estuve en la Brigada Paracaidista, participé en la Operación AK, en el Kurdistán, y me desayunaba un «lejía» todas las mañanas.

Alberto Soriano toleraba pocas cosas y menos los insultos a la Legión o a su condición de caballero legionario. Se libró de la garra del vigilante con una maniobra de judo y antes de que este reaccionara y desenfundara su defensa, una porra de cuero y alma de acero, le encañonó con su arma.

—Mientras tú, pedazo de capullo —gruñó enfadado—, chupabas la teta de tu madre nosotros nos batíamos el cobre en el Sáhara. Así que un respeto, segurata de mierda, o te vuelo la tapa de los sesos.

El vigilante notó un escalofrío recorrerle el espinazo y meneó la cabeza para asentir. Estaba ante dos locos, dos pirados. Cada noche se enfrentaba a bravucones, a borrachos, a salidos que increpaban a las vedetes, a tipos que buscaban bronca y salía airoso de los trances. Pero nunca, en diez años de bregar entre macarras, folloneros, proxenetas, carteristas y drogatas, se había topado con un chiflado armado de una Star del calibre nueve milímetros.

—El señor Cortés —dijo el vigilante, atemorizado— está en su despacho.

—Conozco el camino.

Alberto Soriano enfundó su pistola y le indicó a Joaquín que le siguiera. El vigilante permaneció quieto, paralizado. Por un instante temió que le volasen la chola. Rodearon el escenario y por una escalera de madera, estrecha, de peldaños que crujían y sin barandilla

de protección, alcanzaron un altillo y el despacho de Emilio Cortés, el dueño del Café de la Bohemia. El capitán Soriano empujó la puerta y entraron sin llamar en un cuartucho carente de ventilación exterior y las paredes llenas de pósteres y fotografías en blanco y negro de figuras de la copla y el cante flamenco que habían actuado en el café: Angelillo, Tomás de Antequera, Terremoto de Jerez, Agujetas el Viejo, Bambino, Pepe Blanco, Manolo Caracol, La Niña de la Puebla…

—¡Hombre, Soriano! —dijo Emilio Cortés amable, frente a una mesa cubierta de fajos de billetes y sobres de papel—, cuántos días sin saber de ti.

—He tenido que ocuparme de algunas cosas.

—Sé que te hiciste cargo del sepelio de Cristina. De no haberte adelantado estaba dispuesto a correr con los gastos. Me conformé con publicar su esquela mortuoria en los periódicos. Ella lo merecía.

—Gracias.

—¿Quién os ha dejado pasar?

—Tu perro guardián.

—Tendré que echarle la bronca —dijo, molesto—. Le he repetido miles de veces que mientras preparo la nómina no quiero que nadie me moleste. Si fueseis un par de cacos ya me habríais desplumado.

—Lo ha intentado pero se ha visto en un brete.

—Solo contrato a inútiles. Es mi cruz.

—Permíteme que te presente a Joaquín Ayuso, un viejo amigo de la Legión.

—Encantado señor Ayuso —le saludó Emilio Cortés—. Pero sentaros, por favor.

Cogieron dos sillas de anea, del mismo modelo que había en el sala de espectáculos, y se colocaron frente a la mesa de despacho. Emilio Cortés recogió los billetes y los sobres, y los guardó en un cajón.

—¿Qué os trae por el café? —dijo.

—Me he propuesto —habló Soriano— encontrar al asesino de Cristina.

—¿Me consideras sospechoso?

—No, por nada del mundo. Sé que la apreciabas. Solo pretendo que me hables de ella. Llevábamos unos meses juntos pero me he dado cuenta de que ignoro parte de su vida.

—La policía también me ha interrogado.

—Estoy al corriente.

—Intentaré ayudaros, pero ya sabes que Cristina era muy reservada. Le costaba abrirse. La típica persona que se come los problemas ella sola. Conocerla un poco me ha costado diez años. El tiempo que ha trabajado para mí.

—¿Por qué la contrató? —indagó Joaquín—. Arrastraba problemas de voz.

—Un día —relató— se presentó en el café para pedir trabajo. Le hice una audición y la fiché. Necesitaba una vocalista. Pago poco y tampoco puedo exigir primeras figuras de la canción.

—Ya…

—Ella aceptó y ha trabajo hasta hace unos días. Aunque últimamente me tenía preocupado por su voz.

—¿Qué le ocurría? —dijo Soriano.

—Hacía una temporada que le flaqueaba. De vez en cuando soltaba un gallo en plena actuación. El público que frecuenta el local es algo bruto, como tú bien sabes, y lejos de callarse y comprender las dificultades de la copla arrancaban en abucheos y chiflas.

—Eso la deprimió —sentenció Joaquín.

—Yo también tuve algo de culpa —admitió— porque le lancé una reprimenda para obligarla a cuidarse la garganta. Casi nunca hacía ejercicios para calentar la voz antes de salir a escena.

—Preparar el aparato fonador es primordial —admitió Soriano, que sabía de qué hablaba—. Una voz fría es poco o nada flexible.

—No me hizo caso —siguió Emilio Cortés—. Apenas dedicaba un minuto a realizar ejercicios de fonación. Lo normal es entre cinco y quince.

—¿Amenazó con despedirla? —le preguntó Joaquín.

—Nunca lo hubiese hecho. Apreciaba a Cristina y ella me apreciaba a mí. Si me pedía un favor se lo hacía y viceversa. Si me fallaba un camarero, y Cristina libraba ese día, nunca tuvo inconveniente en ponerse un mandil y servir las mesas. Yo siempre le he agradecido su dedicación.

—¿Qué pudo sucederle? —dijo Soriano, abatido.

—Lo ignoro. Cristina empezó a cambiar tras la muerte de su madre. Me pidió tres días de permiso para marcharse a Triana y se los di.

—Le correspondían por ley —dijo Joaquín.

—El mundillo de la farándula no entiende de leyes —protestó Emilio Cortés—. Se hierve el puchero o se pasa hambre. Así de sencillo. Son tiempos difíciles. Los cafés cantantes se mueren. En Madrid solo quedamos nosotros.

—Desconocía en absoluto a esa mujer —lamentó Soriano—. Ni siquiera me dijo que su madre todavía vivía y había fallecido.

—¿Qué más puede aclararnos? —siguió Joaquín.

—Nada relevante. Lo siento. Me gustaría ayudaros pero estoy tan perdido como vosotros.

—Anda por aquí Ataulfo Pinares —inquirió Soriano.

—¿El Quisquilla?

—Sí.

—Antes de subir a mi despacho le he visto en su camerino.

—¿Por qué le apodan el Quisquilla? —preguntó Joaquín.

—Su padre se ganaba la vida en Motril pescando quisquillas con un barquito.

—Vamos a hablar con él —resolvió Soriano.

—¿Sobre Cristina? —se extrañó Emilio Cortés.

—Sí.

—Ese pobre diablo no sabe ni abrocharse los zapatos.

—Estuvo casado con ella.

—¡¿Qué?!…

—Como lo oyes, Emilio.

—¡Joder! Nunca lo hubiese imaginado. ¡El Quisquilla y Cristina! Pegan menos que una pareja de mandril y cebra.

—Pues sí.

Dejaron el despacho de Emilio Cortés, descendieron la escalera de madera, con cautela para evitar dar un traspiés, y se dirigieron a la zona de los camerinos. Alberto Soriano conocía el Café de la Bohemia como su propia casa. El vigilante jurado les observó receloso y se mantuvo al margen. Era evidente que don Emilio les había dado permiso para moverse a sus anchas. Llegaron a los camerinos. Todas las puertas estaban abiertas excepto una. Soriano tocó en ella.

—Sí —respondió una voz masculina.

—¿Ataulfo Pinares? —gritó.

Un hombre abrió la puerta.

—Soy yo. ¿policías?

—No —dijo Joaquín—. ¿Por qué íbamos a serlo?

—Porque solo la bofia me llama por mi nombre y apellido. Para el resto soy el Quisquilla. ¿Qué deseáis?

—Hablar contigo.

El Quisquilla reparó en Soriano.

—Tu cara me resulta familiar —dijo—. Eres el amigo de Cristina. Te he visto en el café muchas noches.

—Y tú su exmarido.

—¿Cómo lo has sabido? —inquirió, sorprendido—. Nadie conocía nuestra antigua relación.

—¿Por qué la ocultasteis? —incidió Joaquín.

—¿A este quién le ha dado vela?

—Es amigo mío —dijo— y me ayuda a esclarecer el asesinato de Cristina. ¿Vas a dejarnos pasar?

El Quisquilla se apartó de la puerta y entraron en el camerino, un habitáculo reducido, amueblado con algunas sillas de anea, un tocador, presidido de un espejo rectangular bordeado de bombillas para maquillarse, un armario lleno de trajes de corto protegidos en bolsas de tela y colgados de perchas, varias botas camperas ordenadas en un zapatero y una guitarra en su funda. El Quisquilla colocó tres sillas en círculo y les pidió que se sentaran.

—La policía también me ha preguntado sobre ella —dijo.

—¿Les has dicho que estuvisteis casados? —inquirió Soriano.

—Me tomas por imbécil. Si abro la boca me ponen en la lista de sospechosos.

—Ya lo estás Quisquilla —afirmó Joaquín, para acobardarle.

—¿Por qué iba yo a hacerle daño a Cristina?

—Porque te gustaba y pasaba de ti. Parece una buena razón.

—Os juro por mi difunta madre que jamás le hubiese hecho ningún mal.

—Entonces nada tienes que temer.

—¿Qué puedo deciros?

—Para empezar —gruñó Soriano— cómo la conociste.

El Quisquilla guardó silencio un instante, para rememorar fechas y lugares olvidados debido al paso del tiempo.

—Cristina —dijo— residió una temporada en Barcelona y frecuentaba los ambientes gitanos de la ciudad. La conocí en la plaza del Raspall, en el barrio de Gràcia, donde vivían muchos gitanos catalanes, un día que yo actuaba con el Pescadilla, el marido de Lola Flores.

Alberto Soriano cabeceó. Decía la verdad. Su relato coincidía con lo expuesto por José Luis Camacho, el crítico musical del ABC.

—¿Cuánto tiempo duró vuestro matrimonio? —siguió Joaquín.

—Un suspiro —respondió, nostálgico—. Solo estuvimos casados un

año y medio. Luego nos separamos y ella desapareció. Nunca más supe de Cristina. Como si nuestra unión jamás hubiese existido, como si ella se avergonzara y quisiera borrarla de su vida.

—¿Se marchó de la noche a la mañana? —dijo Soriano.

—Sí. Cristina se encargó del papeleo de la separación y yo caí en una depresión porque la amaba por encima de todo.

—¿Intentaste recuperarla? —inquirió el capitán, en un claro ataque de celos.

—No. Ya te he dicho que desapareció. Se esfumó.

—¿Cuándo volvisteis a veros?

—Es una historia larga.

—Estas sillas —dijo Joaquín, para invitarle a hablar— son cómodas.

El Quisquilla resopló. Hablar de su vida le torturaba. Le traía malos recuerdos.

—Al abandonarme Cristina —dijo, resignado— me planteé dejar la música. Estaba harto de trabajar de noche. Un amigo me propuso abrir un bar en un polígono industrial cercano a Madrid. Invertí el poco dinero que tenía ahorrado y, con esfuerzo y trabajo, inauguramos la taberna. Pero las deudas nos ahogaron y fuimos a la quiebra.

—Los bares son un buen negocio.

—Eso pensábamos. Pero el polígono nunca trabajó a pleno rendimiento. La mitad de las naves se quedaron a medio construir porque el contratista se fugó con la pasta.

—Esa canción me suena.

—Pasé apuros económicos —reconoció, abatido— y tuve que empeñar mi guitarra, una Ramírez, mi bien más preciado. Ese día me arrancaron el trozo de corazón que aún me quedaba.

—Esas guitarras valen un pico.

—Me dieron tres mil euros por ella. Subsistí mal que bien una temporada hasta que el dinero se me acabó. Sin mi guitarra encontrar trabajo era una misión imposible. Adeudaba varias mensualidades a la dueña de la pensión donde dormía y me echó a la calle. Preferí pagar

los plazos de la prórroga del empeño, para no perder mi guitarra, antes que la fonda.

—Cuando la vida se tuerce cuesta enderezarla —sentenció Joaquín.

—Cristina —confesó— me salvó de pegarme un tiro.

—Reapareció en tu vida —aventuró Soriano.

—Sí. Justo a tiempo. Como una aparición de la Virgen del Rocío.

—Sigue Quisquilla —le animó Joaquín— que vas bien.

—Almorzaba en los comedores sociales de la beneficencia —recordó —, mendigaba unas monedas en las puertas de las iglesias, para cenar algo caliente y desayunar por la mañana, me duchaba y afeitaba en las casas de baños públicos, y dormía en los pasos subterráneos de peatones acurrucado entre cartones. Así tres años interminables.

—Una vida dura.

—Tanto que pensé en suicidarme. Incluso paseé varias veces por el viaducto de la calle Segovia con esa intención.

—Quitarse la vida requiere valor —reconoció Soriano.

—Estaba decidido —admitió, sin sombra de duda—. Un salto y mis problemas se acababan. Vivir en la calle me humillaba.

—No imagino nada peor.

—Una noche, mientras aparejaba mi lecho de cartones en el paso subterráneo de la plaza de Colón, se me acercó una mujer.

—¿Cristina?

—Sí. De entrada no la reconocí. Pensé que venía a darme unas monedas. Pero al tenerla enfrente se me heló la sangre. Había envejecido y sus arrugas delataban que también había pasado calamidades.

—Para Cristina la vida nunca fue un camino de rosas.

—Me lo contó.

—Cristina Losvalles te sacó de la calle —prosiguió Joaquín.

—Siempre se lo agradecí —dijo, en un tono de voz roto—. Me dio dinero para pasar tres noches en una pensión y me dijo que fuera al Café de la Bohemia. Ella ya trabajaba aquí y le habló de mí a don Emilio. Tuve que pedir prestada una guitarra para la prueba. El día de la audición me empleé a fondo. Después de tres años sin tocar un acorde tenía los dedos agarrotados. Interpreté una versión para guitarra de El pájaro chogüí, al estilo de Paco de Lucía y Ramón de Algeciras. A don Emilio le encantó y me contrató.

—El destino es caprichoso —sentenció Soriano, emocionado por el relato.

—Al cabo de unos meses —siguió— junté el dinero necesario para desempeñar mi Ramírez. De eso ya han pasado cinco años y desde entonces y hasta ahora Cristina y yo actuábamos juntos y nos tratábamos como compañeros. Aunque debo admitir —dijo, y miró al capitán— que me dolió que ella se enamorara de ti. En el fondo te envidio.

Alberto Soriano resopló. No sentía ningún rencor hacia el Quisquilla. Todavía amaba a Cristina, se notaba en sus palabras, en la manera de referirse a ella, pero sabía que la respetaba, que jamás le hubiese hecho daño.

—¿Quién puede haberla matado?

—Creedme —juró el Quisquilla, y besó una cruz formaba por sus dedos índice y pulgar— que no tengo ni idea. La mañana que hallaron su cuerpo la policía me interrogó a fondo y les dije menos que a vosotros.

Joaquín le miró de hito en hito. Sus palabras parecían sinceras, pero su sexto sentido, la experiencia adquirida tras horas y horas de interrogar a cabecillas saharauis rebeldes en las dependencias del SIS, le prevenía de que ocultaba algo. Pese a estar sentado y en apariencia relajado, la pierna derecha le temblaba de manera ostensible a causa de los nervios. La tensión sobrecargaba los músculos y producía un temblor rítmico e involuntario. Tendría que apretarle un poco las tuercas. El Quisquilla llevaba años trabajando con Cristina Losvalles, estuvo casado con ella y eso creaba un fuerte vínculo emocional. Joaquín sospechaba que se guardaba algún sucedido para sí. Intentaba protegerla.

—Algo atormentaba a Cristina —dijo, y le apuntó con un dedo para que se sintiera amenazado— y tú lo sabes.

—¡Os he dicho cuanto sé! —protestó.

Bajó la mirada. El temblor de su pierna derecha aumentó y de su labio superior brotaron gotitas de sudor. Estaba alterado. Mostraba todos los síntomas. Solo había que presionarle un poco más. Alberto Soriano confiaba plenamente en la intuición de su amigo y le dejó llevar la batuta. Si el Quisquilla mentía le arrancaría la verdad a la fuerza.

—¿Tienes algo más que decirnos, Quisquilla? —insistió Joaquín.

—He sido un libro abierto para vosotros.

—Tú lo has querido. Adelante, capitán, todo suyo.

Alberto Soriano se levantó de la silla, le cogió de la pechera de la camisa y lo atrajo hacia sí hasta percibir su aliento en la cara.

—Oye Quisquilla —le dijo, calmado— o desembuchas o no sales vivo del camerino. Palabra de legionario.

El Quisquilla tragó saliva. La trenca del capitán Soriano se había entreabierto y vio su pistola enfundada en una cartuchera. Joaquín temía que la farsa se le fuera de las manos. Sus nervios estaban a flor de piel y cualquier cosa le alteraba.

—Vamos —dijo Joaquín, en tono conciliador—. Sabemos que nunca le hubieses hecho nada malo a Cristina, pero sospechamos que nos ocultas información.

—No…, no…—tartamudeó, ahogado por la presión del cuello de la camisa sobre su garganta.

—Suéltele, capitán.

Alberto Soriano obedeció. Había cumplido a la perfección su papel de policía malo y en su opinión merecía un sobresaliente.

—Cristina —dijo el Quisquilla, mientras se frotaba el gaznate para aliviar el dolor— sufría una depresión. Me lo confesó una noche. Poco antes de actuar.

—¿Qué se la causó? —dijo Joaquín.

—Tuvo una bronca con don Emilio. Llevaba días que desafinaba al cantar, que le faltaba melodía. Incluso me pidió que le bajara un tono las coplas.

—¿Eso es todo? —incidió Soriano, en una clara amenaza.

Les miró a los ojos.

—Una noche —confesó— entré en su camerino y la sorprendí pinchándose el brazo.

—¿Se drogaba? —dijo Joaquín.

—Eso pensé —admitió—, pero Cristina me juró que no. Me dijo que se inyectaba corticoides para desinflamar las cuerdas vocales. Temía quedarse muda y perder el trabajo.

Alberto Soriano asintió en silencio. La autopsia había detectado en el cuerpo de Cristina restos de corticoides.

—Te dijo la verdad —afirmó Joaquín—. La policía ha interrogado a sus médicos y ninguno se los recetaba. ¿Quién se los suministraba?

Ataulfo Pinares, guitarrista y exmarido de Cristina Losvalles, trago saliva. Había intentado protegerla, para que nada manchara su buen nombre, pero había errado su intención. Él también quería que su asesino cayera en las garras de la justicia. Carraspeó y decidió contarles cuanto sabía.

—Los corticoides —dijo— se los vendía el Camaleón de Vallecas, un gitano que trapichea con anabolizantes, anfetaminas, ketamina, corticoides, calmantes, somníferos y otras mierdas que requieren receta médica.

—¿Dónde podemos encontrarle? —le preguntó Soriano.

—No va por ahí repartiendo tarjetas de visita —ironizó—. Le llaman el Camaleón porque presume de pasar desapercibido para la policía como un camaleón en la selva.

—Su mote remite al barrio de Vallecas —terció Joaquín.

—Ahí nació —argumentó— pero nadie sabe dónde vive. Quizás en la Cañada Real.

—¿Cómo podemos dar con él?

—Algunas noches viene al Café de la Bohemia.

—¿No estarás enredando la madeja? —receló Soriano.

—Para nada. Lo juró —dijo, y besó de nuevo sus dedos en cruz—. Tengo tantas ganas de coger al hijo de puta que la mató como vosotros.

—Te creo.

—El Camaleón —expuso— suele hacer una ronda por varios garitos nocturnos para vender a clientes y empleados.

Alberto Soriano sacó un billete de cincuenta euros y lo embutió en un bolsillo de la camisa del Quisquilla. Cogió una servilleta de papel, de un dispensador que reposaba sobre el tocador, y le anotó su número de teléfono móvil.

—Avísame si viene por aquí. A la hora que sea. ¿De acuerdo?

El Quisquilla cogió el billete arrebujado en su bolsillo y se lo devolvió.

—La lealtad no se compra. Al menos en mi código de conducta. Te llamaré si viene. Pero no tiene un día fijo. Nunca se sabe cuándo aparecerá.

—Una última pregunta —dijo Joaquín, convencido de las buenas intenciones del guitarrista—. ¿Cristina Losvalles tenía algún amigo o amiga íntima? Alguien que pueda aportarnos un poco más de luz a las tinieblas de su vida.

—Se relacionaba poco. La única con quien hacia migas y salía a pasear o a tomar café, antes de conocerte a ti —dijo, y miró al capitán—, es Manuela Velasco, una cantaora de flamenco caída en desgracia que ahora trabaja de prostituta en el polígono Marconi.

—¿Dónde queda ese polígono? —le preguntó Joaquín.

—En Villaverde. Cerca de la colonia Marconi, un barrio construido para albergar a los trabajadores de la empresa Marconi. ¿Pensáis ir allí?

—Hasta al infierno para atrapar al asesino de Cristina —sentenció Soriano.

—Es un lugar peligroso de noche. Tener cuidado.

—Lidiamos bien con proxenetas y demás ralea. No te preocupes.

—No preguntéis por Manuela Velasco —les previno—. Por su nombre de pila nadie os dará razón. Todos la conocen como Pepita de Oro.

—¿Los flamencos siempre empleáis motes? —curioseó Joaquín.

—Por tradición —aclaró— siempre usamos apodos: unos heredados de nuestros padres, como el mío, otros de una profesión, como el Alpargatero o el Cabrero, también por defectos físicos, como el Canijo de Málaga, por una baile o una canción, como Paco el Taranto, o una comida, como Juanito el Mojama.

—Interesante.

—Ha habido un montón de figuras del flamenco —concluyó— populares por sus motes: El Perro de Paterna, Tío Borrico, el Ciego de la Playa, María la Burra, Rafael Moreno el Gallina, Perico el del Lunar…

—Pepita de Oro —susurró Joaquín, intrigado.

—¿Su familia se dedicaba a la joyería? —terció Soriano, sin ocultar su chanza.

El Quisquilla, ya distendido, soltó una carcajada.

—Nada de eso. Su apodo se debe a un defecto físico.

—Como el Canijo de Málaga.

—Sí.

—Explícate.

—Manuela —dijo, sin reprimir la risa— tiene el clítoris como el pene de un niño chico.

—¿Cómo lo sabes? —incidió Joaquín, pícaro.

—Tengo mis debilidades. La carne de hembra me tira y la fama del clítoris de Pepita de Oro es legendaria en el mundo del flamenco.

—¿Te encamas con ella?

—Dos veces al mes —admitió—. Me hace un descuento por ser amigo de Cristina.

—Gracias —dijo Soriano, y dio por terminada la reunión.

—Si me necesitáis aquí estaré.

Abandonaron el Café de la Bohemia. Hablaron entre ellos en la puerta, miraron sus relojes y decidieron buscar un restaurante de carnes a la brasa para almorzar. El capitán se sentía flojo, debido a sus problemas de estómago, y necesitaba recuperar las fuerzas. Un buen chuletón curaba todos los males. Estaba convencido. Tras la comida irían a su apartamento a descansar un poco. Joaquín aprovecharía para llamar a Ángela y ponerla al día de sus pesquisas. Aguantaría sus reprimendas para que regresara a casa y luego se echaría una siesta para estar en forma. Vaticinó una noche larga, en vela. Se habían propuesto localizar a Pepita de Oro en el polígono Marconi e interrogarla.

Capítulo. 34

La llamada de Vicentito el Bizco sorprendió a Jaume Valls en la tarea de actualizar el catálogo on-line con las adquisiciones de sus últimas semanas. Su fijación por la vitela le absorbía la mayor parte del tiempo y desatendía las obligaciones de su negocio. Algo nefasto para sus intereses pecuniarios. El catálogo on-line, que registraba mil consultas diarias de internautas, estaba entre sus principales herramientas para vender las antigüedades que atesoraba su galería e intentar superar la crisis. Dejó de teclear en el ordenador y abrió la comunicación.

—Dime, Vicentito —respondió, seco.

—Señor Valls —dijo—, tengo la información que me pidió sobre la anciana.

—Habla.

—Al parecer solo tenía una hija y vive en Madrid.

—Eso ya me lo dijiste.

—Calma, hombre. Me han dado su nombre.

—¿Un teléfono? ¿Una dirección?

—Nada. La chica iba poco a Triana. De hecho algunas vecinas la conocieron el mismo día del sepelio de su madre. Después se marchó y no han vuelto a verla.

—Entiendo.

—¿Quiere su nombre?

—¿A ti que te parece?

—Anote —dijo, y leyó en un trocito de papel—: Cristina Losvalles, aunque le llaman Amapola de Triana.

—¿Una gitana?

—No. Paya don Jaume. Pero es cantante y actúa con ese nombre

artístico.

—¿Dónde trabaja?

—Nadie lo sabía. Solo me dijeron que reside en Madrid. Le será fácil encontrarla. Quedan pocos locales de música en directo.

—¿Y qué coño canta?

—Coplas —dijo—. Las vecinas de Triana me comentaron que la afición le venía de niña y que la chica tenía buena voz.

—De acuerdo, Vicentito. Gracias.

—Para servirle, señor Valls. Espere. No cuelgue, por favor.

—¿Qué quieres?

—He comprado un candelabro. Es muy bonito y me gustaría mostrárselo por si pudiera interesarle.

—¿De dónde lo has sacado?

—De un desván de Lucena. Me pagaron para vaciarlo y estaba entre los trastos.

—Lucena tuvo una judería importante.

—Lo imaginaba, don Jaume, para estas cosas tengo ojo.

—¿Cuántos brazos tiene?

—¿Brazos?

—Vasos para poner las candelas.

—Nueve.

—Es una januquiá.

—¿Y para qué sirve?

—Las menorás, o candelabros de siete brazos, se colocaban en los templos como símbolo del saber de los hebreos y las siete ramas de la ciencia, y las januquiás, de nueve brazos, se prendían en las casas durante la celebración de la Janucá o fiesta de las Luminarias.

—¡Cuánto sabe!, señor Valls. El candelabro es de plata.

—Me interesa. Mándame una foto y te digo.

—Ahora mismo. Hágame un buen precio. La pieza lo vale.

—Primero tengo que verla.

—Gracias y adiós.

Vicentito el Bizco colgó y sonrió. El candelabro le reportaría un buen puñado de euros.

Capítulo. 35

El Sol y Sombra, desde su puesto de vigilancia frente a la vidriera del bar La Maliciosa, mordisqueaba inquieto un palillo. El tedio de su prolongada espera se había roto. Por la puerta principal del Café de la Bohemia había visto entrar a dos sujetos sospechosos. El primero alto, de complexión fuerte y porte atlético, vestía un barragán casi hasta los pies. El segundo, algo más bajo, pero de musculatura recia, llevaba un tres cuartos de piel vuelta. Descartó que fuesen comerciales o repartidores. Los proveedores de bebidas y alimentos tenían prohibido acceder al local por la puerta principal. Estaban obligados a utilizar la entrada de servicio. El «pistolo», que custodiaba el Café de la Bohemia como un perro guardián, se encargaba de que cumplieran la norma. Nada más acceder los dos individuos al interior el vigilante se había apostado en la puerta, abierta para ventilar el café mientras las mujeres de la limpieza cumplían su cometido. Se levantó de su silla, se bebió el coñac de su copa y se dispuso a salir.

—Pelucas —dijo a su amigo, que fregoteaba unos vasos—. Voy a acercarme al Café de la Bohemia. Algo me huele mal.

—Ten cuidado —le previno—. Ese garito es un nido de malhechores.

—Conozco el percal. Alguna noche suelo tomar copas ahí.

—Tu verás.

—Si no regreso ni te preocupes. Ya estoy harto de estar sentado.

—¿Te dejo las llaves? Lo digo por si tienes que dormir en el almacén.

—No. A partir de ahora yo me encargo de trazar mi rumbo.

—Como quieras.

—Gracias por todo.

—A mandar.

Se embutió en su chupa de cuero, salió a la calle y se acercó al Café de la Bohemia. Quería averiguar quiénes eran los dos tipos que había visto entrar. Quizá había más gente enredada en el motivo de sus desvelos, en el proyecto que le permitiría llevar una vida de lujo, sin

privaciones, solucionar su futuro de una vez por todas, ser dueño de sus actos, darse los caprichos que deseara, tener las mujeres más bellas en su cama aunque solo fuera porque podía pagarlas. Compró un periódico, para disimular su vigilancia, y se apostó en la acera de enfrente, justo delante de la entrada al local. Su vida se resumía a una espera constante: de niño escondido bajo la cama a que llegara su padrastro borracho, en la cárcel a salir en libertad, en sus días de vagabundo a que su destino cambiara y ahora a ser libre para cumplir su absoluta voluntad. Desplegó el periódico, para fingir que aguardaba a alguien, y apoyó la espalda en la pared. El frío le agarrotaba las manos y le temblaban las hojas.

Capítulo. 36

La búsqueda de Cristiana Losvalles, que actuaba bajo el nombre artístico de la Amapola de Triana, se convirtió para Jaume Valls en otra obsesión. Había noches que confinado en su despacho tenía la sensación de que la cabeza iba a estallarle debido a la tensión acumulada. Peleaba en varios frentes a un mismo tiempo. Miraba la vitela, los textos que registraba, sus notas sobre el tesoro del Temple y la vida del Papa Luna, y la clave parecía tenerla una coplista de tres al cuarto. En un intento rápido por conocer su paradero rastreó Internet pero solo halló dos carátulas de viejos vinilos, dos vídeos en YouTube, de pésima calidad, y un artículo, que incluía una escueta referencia a Cristina Losvalles, publicado en el periódico ABC en los años ochenta. Nada que le guiara hasta aquella «amapola» que le tenía embriagado.

Vicentito el Bizco había averiguado que Cristina Losvalles se dedicaba a cantar y vivía en Madrid. Pistas tan pobres como el seso del chamarilero. Abrió la ventana de Google y buscó un listado de los locales de la capital que ofrecían música en vivo. Tomó nota de sus direcciones y teléfonos. Miró la hora en un reloj de pared, cuyo tictac rompía la quietud de la galería: la 01:30 de la madrugada. La mayoría de los clubes nocturnos de su lista ya estaban abiertos. Decidió comenzar la tediosa tarea de llamar y preguntar por Cristina Losvalles. Las negativas se sucedieron una tras otra con la cadencia del tictac del reloj. Había hecho diez llamadas y nadie conocía a la Amapola de Triana. A cada negativa tachaba el local y marcaba otro número esperanzado de que alguien le diera razón. Trazó una raya sobre Galileo Galilei, y abrió comunicación con otro garito de la noche madrileña.

—Sí —dijo una voz de mujer.

—¿El Café de la Bohemia? —inquirió Jaume Valls.

—Aurora, la encargada del guardarropa para servirle.

—Podría decirme si actúa en su local una cantante llamada Cristina Losvalles.

—La mejor coplista de Madrid, señor.

—¿Trabaja ahí? —insistió, atenazado por la emoción.

—La Amapola de Triana deleita cada noche a nuestros clientes con su voz.

—Puede informarme de los horarios y la venta de entradas.

—Claro, señor —accedió amable—. El café abre de diez de la noche a cinco de la madrugada y la entrada es libre. Solo se abona la consumición.

—¿Conviene reservar?

—Viernes, sábados y domingos, sí —dijo—. Los días laborables no tendrá problema para conseguir mesa.

—Gracias.

—A usted, señor.

Colgó y suspiró sonriente. Estaba satisfecho de sí mismo. Le surgían problemas pero enseguida los resolvía. Nada iba a detenerle en su búsqueda del tesoro, del cofre que solucionaría sus problemas económicos. Ya sabía dónde cantaba Cristina Losvalles. Tecleó en Google, buscó la página de Renfe y compró un billete en el AVE de Barcelona a Madrid a las cinco de la tarde del día siguiente. Por la mañana pondría la vitela a buen recaudo, la guardaría en la caja de seguridad que tenía alquilada a una entidad bancaria. No podía arriesgarse a sufrir un robo y perderla. La copia almacenada en su ordenador portátil le serviría para efectuar las consultas.

Capítulo. 37

Los dos sujetos reaparecieron en la puerta principal del Café de la Bohemia. El vigilante jurado les lanzó una mirada despectiva y dio la espalda. Joaquín Ayuso y Alberto Soriano conversaron un instante y echaron a andar. El Sol y Sombra decidió seguirles. Tiró el periódico a un contenedor de basura y se distanció para evitar delatarse. El tipo del barragán ignoraba quién era. Hasta ese día nunca le había visto. Al otro, en la distancia corta, le reconoció. Habían coincidido varias noches en el Café de la Bohemia y siempre le vio abandonar el local acompañado de Cristina Losvalles. No tuvo que cavilar demasiado para deducir que se trataba de su amante. Como sospechó había más gente interesada en la credencia.

Recorrieron algunas calles y el Sol y Sombra les vio entrar en un restaurante, dirigirse al maestresala y este acomodarles en una mesa. Se disponían a comer. Tendría que esperar para conocer sus pasos, para averiguar qué tramaban. Un almuerzo solía prolongarse algún tiempo, pero debía mantenerles vigilados. No podía arriesgarse a perderles de vista. Se jugaba mucho si alguien se entrometía en sus planes. Observó a su alrededor. Desde la barra de un bar, al otro lado de la calle, podía controlar el comedor del restaurante. Los bares siempre fueron su tabla de salvación. Era carne de taberna. En los bares se movía como en su casa y si algo sobraba en España eran bares. Él también aprovecharía para tomar un bocado. Entró, se sentó en un taburete frente a la barra y pidió al camarero una ración de patatas bravas bien picantes, una tapa de cazón en adobo y un chato de vino tinto. El camarero le sirvió.

—Que aproveche —le dijo.

Bebió un trago de vino y se metió una patata en la boca.

—Le falta picante —protestó.

—Le gustan como a mí —afirmó el camarero— a rabiar.

—Sí. ¿Tiene teléfono público?

—Al final de la barra, junto a los servicios —le señaló, mientras vertía una dosis generosa de picante en las patatas.

El Sol y Sombra, a través de la vidriera, comprobó que los dos sujetos seguían sentados a su mesa, revisando la carta de platos. Todo bajo control. Se levantó y anduvo hacia el teléfono. Descolgó el auricular, tecleó la horquilla, para comprobar que tuviera línea, metió unas monedas en la ranura del aparato y marcó un número.

—Parroquia de San Ginés, ¿dígame?

—¡Hola, jefe!

—¡Maldito bastardo!

—Ya veo que está de mal humor.

—No me has llamado. Te dije que me mantuvieras informado.

—Hasta hoy no ha habido nada relevante.

—¿Dónde andas?

—En un bar.

—¿Llamas desde un teléfono fijo?

—Sí. ¿A qué viene tanto recelo?

—Escúchame atento.

—Siempre lo hago.

—Tienes que desaparecer —dijo el padre Contreras, agitado—. Vete de Madrid una temporada. ¡Esfúmate! Las cosas se han complicado. Olvídate de todo. Nunca hemos hablado con Cristina Losvalles. ¿Entendido? Nunca has estado en Sevilla o Barcelona, nunca has oído hablar de la credencia. ¡Lárgate! No vuelvas a contactar conmigo ni por teléfono ni en persona. Esto se acabó.

—¿Qué sucede?

—Cristina Losvalles ha muerto. Esta mañana he visto su esquela mortuoria en un periódico atrasado, he hecho algunas averiguaciones y la han matado, asesinado. ¡Dios nos libre!

El Sol y Sombra se quedó mudo, paralizado. Solo su jadeo agitado en la línea advertía al padre Contreras que seguía a la escucha.

—¡¿Me oyes?! —gritó el cura, para hacerle reaccionar.

—¡No puede ser verdad! —exclamó.

—Hazme caso —insistió—. Recoge tus cosas y huye. Si alguien sospecha de nuestra relación con la chica tarde o temprano la policía nos hará una visita. Es por tu bien. Tienes antecedentes penales. ¡Recuérdalo! Te van a cargar el muerto y a mí de rebote. Ni te conozco ni me conoces. ¡Lo tienes claro! ¡Escabúllete!

—Sí, jefe.

—¡Adiós!

El Sol y Sombra permaneció pensativo, con el auricular sujeto en la mano. El tu…, tu…, de la línea vacía le taladraba el cerebro y le abstrajo de su recogimiento. Colgó y regresó a su taburete. Miró hacia el restaurante. Los dos tipos comían despreocupados. Nada parecía inquietarles. A él tampoco. Jamás permitiría que alguien le arrebatara su botín. Había llegado demasiado lejos para desvanecerse como el humo de un cigarrillo en un vendaval. Nunca consentiría que le robaran sus ilusiones. Si el padre Contreras se retiraba era su problema. Él seguiría adelante, contra viento y marea. La cárcel no le asustaba. La pobreza, la miseria, el tener que dormir en la calle, sí. Esos tipos se le habían anticipado. Habían registrado el camerino de Cristina Losvalles. ¿Qué otra cosa podían hacer en el Café de la Bohemia? Quizás ella escondió allí claves esenciales que solo pensaba revelarles cuando poseyeran la credencia. Iba a encargarse del asunto. A su manera. Ya no aceptaba órdenes de nadie. Respiró, acarició el machete que llevaba sujeto al cinto y bebió el vino de un trago. Le pidió otro chato al camarero y, con la boca ardiéndole por el picante, se comió las patatas bravas y el cazón en adobo.

Capítulo. 38

El jardín tropical de la estación de Atocha a Jaume Valls siempre le pareció una maravilla de la naturaleza, un oasis en el desierto del Madrid más caótico, contaminado y estresante. Ajenas al trasiego constante de viajeros, al bullicio de bares, restaurantes y cafeterías, al alboroto de las tiendas de ropa, al chirriar de las escaleras mecánicas, al jaleo de las librerías y a las voces estridentes de la megafonía, crecían siete mil plantas de cuatrocientas especies exóticas de países tan lejanos como India, Australia o China.

El anticuario caminó hacia la salida. Una hilera de taxis esperaba paciente a que otra riada de viajeros desembarcara de los trenes de alta velocidad. Había reservado una habitación en un hotel cercano, para ahorrarse tiempo y evitar al máximo el transporte público, y rechazó los servicios de los chóferes que, en varias lenguas, le reclamaban para que utilizara sus vehículos. Apenas llevaba equipaje: una maletita de ruedas y asa extensible para guardar mudas y camisas, y un neceser de aseo personal. Solo tenía previsto estar en Madrid un par de días. Entró en el hotel, un establecimiento de cuatro estrellas, funcional pero cómodo. Cumplimentó los trámites del registro de huéspedes y le pidió al recepcionista un plano de la ciudad y la ubicación del Café de la Bohemia. El empleado atendió su petición, desplegó un mapa urbano patrocinado por unos grandes almacenes, cogió un rotulador y trazó un círculo rojo alrededor del Café de la Bohemia, el último café cantante que subsistía en Madrid. Había otros locales de música en vivo pero ninguno se ajustaba al estilo de los cafés cantantes que proliferaron hasta mediados del siglo xx. Contempló el circulito rojo y le dio las gracias al recepcionista. Plegó el mapa, lo guardó en un bolsillo de su abrigo y se retiró a su habitación a la espera de que anocheciera, su reloj marcara las veintidós horas y el Café de la Bohemia abriera sus puertas.

Capítulo. 39

El Sol y Sombra observó a los dos sujetos abandonar el restaurante. Se despidió del camarero y de nuevo les siguió a cierta distancia para evitar que le descubrieran. Caminaban en dirección al Café de la Bohemia. Se detuvieron junto a una vieja Sanglas, estacionada encima de la acera, y se acercó un poco para memorizar la matrícula. Gozaba de buena vista. Todavía no precisaba gafas. Joaquín Ayuso y Alberto Soriano se acaballaron en la Sanglas y arrancaron. Iba a perderles. Maldijo su mala fortuna. Corrió hacia su Renault, se puso al volante y enfiló en el sentido de la moto. Los semáforos en rojo jugaron a su favor. Les vio detenidos a lo lejos, a la espera de la luz verde. Aceleró, hizo algunas maniobras, que le valieron la reprobación de otros conductores, y logró situarse a cincuenta metros detrás de ellos. La moto culebreaba entre el tráfico pero su conductor respetaba los semáforos. El Sol y Sombra, atrapado en un atasco de la Gran Vía, les vio girar hacia San Bernardo. Golpeó el volante. Les había perdido. Masculló una serie de improperios. Los coches se movieron y tocó el claxon de manera compulsiva como si el auto sufriese de tartamudez. Avanzó hacia San Bernardo y dobló a la derecha. Ni rastro de la Sanglas. Siguió calle arriba y, a la altura de Noviciado, la vio aparcada. Alberto Soriano la había dejado frente a su apartamento para evitar sacarla del parquin. El Sol y Sombra detuvo su coche, lo dejó en doble fila, conectó las luces de emergencia y se aproximó a la moto. Comprobó la matrícula y regresó a su Renault. Permaneció en doble fila hasta que un conductor retiró su vehículo. Estaba acostumbrado a las esperas. Estacionó y, otra vez, se dispuso a efectuar una vigilancia. Paciencia. Se arrellanó en el asiento. Si era necesario dormiría dentro del coche. Estaba dispuesto a cualquier sacrificio antes que perder a los dos sujetos que se habían convertido en la causa de sus desvelos.

Capítulo. 40

El cansancio de las noches en vela encerrado en su despacho le pasó factura. Jaume Valls entró en su alcoba, se tumbó en la cama con la intención de reposar un rato y se durmió. Le despertó sobresaltado el zumbido de una sirena que atronaba la calle y una pesadilla que de manera recurrente sufría hacía meses: un agente judicial, escoltado por varios miembros de la Guardia Urbana, se personaba en su galería para proceder a un embargo, despojarle de sus bienes, poner fin al emporio creado por su padre y arruinarle la vida solo porque había dejado de abonar unas facturas a sus proveedores, una panda de carroñeros que codiciaban su tienda de antigüedades, la única de prestigio en el paseo de Gràcia. Por ahora estaba al corriente de sus pagos pero la pesadilla pronto se haría realidad si no conseguía dinero. En eso andaba. Día y noche solo pensaba en la vitela oculta en la credencia. Se frotó los ojos, prendió la luz de la mesita de noche y miró su reloj: las 21:14 horas. En tres cuartos el Café de la Bohemia abriría sus puertas. Allí estaría. Se despojó de la ropa, se duchó para espabilarse y se vistió. Al salir a la calle el frío intenso de Madrid le cortó la cara. El aire helado soplaba fuerte de la sierra del Guadarrama. Nada parecido a Barcelona y su brisa marina cargada de yodo. Se abrochó el abrigo, se anudó un fular de seda al cuello y, apenas alzó la mano, un taxi se detuvo a su vera.

—¿Adónde vamos?

—¿Conoce el Café de la Bohemia?

—Desde luego. Tiene más años que la puerta de Alcalá. Si le gusta lo retro va a encantarle.

—Me fascina.

—Llegamos en cinco minutos.

Capítulo. 41

Andreu Bellpuig llevaba horas recluido en las dependencias de la comisaría de los Mossos d'Escuadra de Sarrià Sant Gervasi. Se levantó de su silla, hizo unos ejercicios para estirar la espalda y relajar los músculos cervicales, y se asomó a una ventana. Las farolas ya estaban encendidas. Varias madres regresaban a sus casas con sus hijos de la mano, los dependientes bajaban las persianas de los comercios y el aire mecía las ramas de los árboles que sombreaban la calle Iradier. Un atardecer oscuro y desapacible de invierno. Regresó a su mesa, se sentó y pulsó una tecla para situar otra tanda de imágenes en la pantalla del ordenador con los rostros de los delincuentes aquejados de vitíligo que almacenaba el servidor del Área Central de Identificación de la Comisaría General de Policía de la Generalitat. Realizó una tría y borró las fichas de las mujeres, los fallecidos, de quienes cumplían condena y de los mayores de setenta años. Observó las caras. Los sujetos registrados tenían un historial delictivo que ponía los pelos de punta. Los criminales aquejados de algún defecto físico se mostraban muy violentos. Los psicólogos, especializados en criminología, atribuían su crueldad a un complejo de inferioridad que les impedía ver la realidad y llevaba a culpar a la sociedad de sus desgracias. Un puñado de inadaptados que se vengaban de su propia miseria en los demás. Se mesó la mejilla y notó su barba áspera. Pulsó otra tecla y mandó las imágenes a una impresora láser. Cogió las hojas y guardó la colección de rostros de espanto en una carpeta. Consultó la hora. Antes de marcharse a casa realizaría una última gestión.

El subinspector descendió de un taxi. Caminó hacia la puerta principal del hospital Clínic y accedió a su interior. Se dirigió a la habitación de Marc Rovira y le halló sentado en una butaca. Le habían librado del vendaje de la frente y del catéter. Al verle le saludó con una sonrisa.

—Buenas noches, Bellpuig. ¿Otra vez por aquí?

—¿Cómo van las cosas?

—Mejor —dijo, satisfecho—. Si no hay novedad mañana me darán el alta.

—Me alegro.

—Tengo ganas de recobrar la normalidad.

—Quisiera enseñarle unas fotografías para ver si reconoce a alguien.

—Venga.

—Tómese un tiempo antes de responder. Es primordial.

Abrió la carpeta y mostró a Marc Rovira un primer folio con los delincuentes afectados de vitíligo. El decorador observó las imágenes y negó moviendo la cabeza. Colocó ante sus ojos un segundo folio. A Marc Rovira aquellos rostros le causaban horror. Sintió un escalofrío. En su vida jamás había visto a tipos tan malcarados. Negó y Bellpuig extrajo un tercer folio. Marc Rovira revisó las caras y detuvo la vista en una de ellas. Cogió el folio y lo acercó a sus ojos para percibir los detalles.

—Este hombre —señaló con un dedo— intentó comprarme la credencia.

—¿Está seguro?

—La foto no le hace justicia —dijo, sin dejar de mirarla—. Parece más joven, pero las manchas de su cara y sus ojos son idénticas. —Bellpuig cabeceó—. ¿Es mi agresor?

—Solo un sospechoso —dijo, para no turbarle—. Todavía es pronto para saber si fue él.

—¿Van a detenerle?

—Le interrogaremos, aunque primero tenemos que localizarle.

—Ha hecho bien su trabajo, Bellpuig. Gracias.

—Solo cumplo con mi deber.

Capítulo. 42

El taxi estacionó frente a la marquesina del Café de la Bohemia, en pleno centro de Madrid y cerca de la Plaza Mayor. Jaume Valls abonó la carrera y se encaminó decidido a la entrada. Un vigilante jurado guardaba la puerta. Pasó junto al guardarropa y vio a la joven encargada de controlar las prendas que depositaban los clientes. Recordó su breve charla por teléfono: se llamaba Aurora. Un maestresala le salió al paso, le preguntó sí tenía reserva y ante su negativa se ofreció a sentarle a una mesa. Le pidió que estuviera próxima al escenario. Quería ver a Cristina Losvalles de cerca, grabar en la memoria sus facciones para reconocerla en cualquier parte y a cualquier hora. El maestresala asintió, le acomodó a una mesa de la primera hilera, junto al tablao, y tomó nota de su consumición: un güisqui escocés con hielo y agua mineral, y un surtido de canapés. Desde su mesa convertida en puesto de observación echó una mirada al local. Respiraba un aire decadente, rancio, de paredes tapizadas de terciopelo rojo, mesas cubiertas de manteles a cuadros, pucheros, sartenes, trébedes, alcuzas y calentadores de cama de latón colgados de alcayatas cubiertas de óxido. De las paredes también pendían instrumentos musicales como reliquias de un pasado extinto, fotos de figuras del flamenco y pinturas sin lustre de escenas taurinas. El Café de la Bohemia le recordó los «nidos de arte» de la Barcelona de posguerra, locales de tercera categoría donde actuaban artistas que en épocas pasadas tuvieron el beneficio del público.

Los clientes llenaron las mesas. A Jaume Valls la mayoría le parecieron turistas dispuestos a vivir una noche de farra. Un camarero le sirvió la comanda. Dio un sorbo al güisqui y comió varios canapés. Miró su reloj de pulsera. El espectáculo se retrasaba. Cinco minutos después se apagaron las luces, unos focos de colores alumbraron la escena y un cañón de luz dibujó la silueta de una bailarina acompañada de un cuadro flamenco. Comenzaban las actuaciones. Levantó la mano para reclamar la presencia del camarero a cargo de su zona. El mozo, vestido de traje cordobés, acudió. Le preguntó qué deseaba y se interesó por la hora en que actuaba la Amapola de Triana. Al rondar de la medianoche, le dijo el mozo. Jaume Valls asintió, miró su reloj y bebió otro sorbo de güisqui.

Un presentador anunciaba cada actuación y, mientras los artistas se organizaban en la escena, entretenía al público con chistes picantes

típicos del vodevil. A la bailarina y al cuadro flamenco le siguió un joven mago que encandiló a los presentes con trucos de cartas. Luego un guitarrista secundó a un cantaor de voz lastimosa que interpretó varias piezas flamencas. El presentador anunció otra actuación. Entretanto contaba los chistes un guitarrista tomó asiento en una silla del escenario y permaneció a oscuras y en silencio ajustando las clavijas de su instrumento.

—¡Señoras y señores! —vociferó el locutor ante un micro—. Ladies and gentlman! Mesdames et messieurs! Meine damen und herren!, y como esta noche nos visita un nutrido grupo de amigos japoneses, también un cordial saludo para ellos: go resseki no minasama. —Los aludidos rieron ante la pésima pronunciación, pero aplaudieron la bienvenida—. A continuación —siguió— tengo el gusto de presentarles a una voz única e irrepetible, a una cantante excepcional. ¡La gran… —sonó un redoble de tambores, programado por el técnico de sonido—… Amapola de Triana, la mejor coplista de España, acompañada por el Quisquilla, un maestro de los acordes!

El presentador se retiró y el cañón de luz alumbró a una mujer de porte elegante, figura esbelta y belleza seductora, vestida de bata de cola de diseño moderno. Jaume Valls nunca la hubiese imaginado así. Daba por sentado que se trataba de una folclórica venida a menos, de una mujer en la frontera de la jubilación que consumía sus últimos años de profesión en un garito para noctámbulos y pendencieros a quienes la música poco o nada importaba. Se había equivocado. Tendría que replantearse el plan que había pergeñado al milímetro. Sonaron unos aplausos cerrados. La coplista dio las gracias y arrancó a cantar.

Me lo dijeron mil veces,

mas yo nunca quise poner atención.

Cuando vinieron los llantos, ya estabas dentro de mi corazón.

Te esperaba hasta muy tarde, ningún reproche te hacía; lo más que me preguntaba

era si tú me querías…

Jaume Valls disfrutó de las coplas. Al terminar su función Amapola de

Triana recibió una ovación fuerte y sostenida que atronó el local. El público se puso en pie. La coplista saludó repetidas veces y, sin acallar los aplausos, se retiró de la escena para dejar paso a otro artista. A Jaume Valls su voz logró emocionarle. Le trasladó a sus años de la infancia, al barrio donde vivía, a las canciones que salían de las radios gracias a programas como De España para los españoles y escapaban por las ventanas para esparcirse como una fragancia por el aire. Apartó la nostalgia a un lado y recobró el temple. No estaba en Madrid para lloriquear por un tiempo pasado. Llamó al camarero y le pagó la consumición.

—¿No va a quedarse hasta el final del espectáculo?

—Me gustaría —dijo— pero tengo que madrugar.

—Vuelva otro día. Merece la pena disfrutarlo entero.

—Téngalo por seguro. Como dijo el general MacArthur: «Volveré».

—Aquí estaré para servirle, señor.

Abandonó el local y esperó de pie, en la acera opuesta a la entrada del Café de la Bohemia, para ver salir a Cristina Losvalles y abordarla. No tardó en aparecer. Una media hora. El tiempo que empleó la coplista en cambiarse de ropa y librarse del maquillaje que la hacía lucir como una estrella rutilante bajo los focos. La Amapola de Triana aguardó bajo la marquesina entretenida en hablar con el vigilante jurado. Jaume Valls dio los primeros pasos hacia ella pero se detuvo. Un hombre la cogió del brazo, la besó y, agarrados de la cintura, marcharon hacia la Plaza Mayor. Les siguió. Cristina Losvalles y su compañero se detuvieron al lado de una Sanglas dotada de sidecar. Subieron. El petardeo del tubo de escape se atenuó a medida que desaparecían calle adelante. Jaume Valls no estaba dispuesto a abandonar a su presa. Miró a derecha e izquierda, para localizar un taxi, pero la calle estaba vacía. La motocicleta se alejó hasta perderla de vista. Tuvo un ataque de rabia. Dio una patada a una papelera, el golpe sonó como un cañonazo en la noche y la basura se esparció como una mancha de aceite en el mar.

Capítulo. 43

El Sol y Sombra reclinó el asiento de su Renault dispuesto a dormir en su interior. Miró la hora: las 00:34 de un día laborable. Programó la alarma de su reloj digital de muñeca para que le despertara cada treinta minutos. En la cárcel había aprendido a dormir con microsueños, como los perros, en estado de vigilia, para evitar que le desvalijaran sus pertenencias. Estaba cansado, temía no despertarse y perder a los sujetos de la Sanglas. La moto seguía estacionada frente a un bloque de viviendas de San Bernardo esquina Noviciado, pero no quería correr riesgos. Tenía que permanecer alerta. Se la querían jugar. Jamás lo permitiría. Se lo juró a sí mismo por la memoria de su difunta madre. Tarde o temprano el amante de Cristina Losvalles y el sujeto que le acompañaba recogerían la motocicleta. Observó la calle. El tráfico había desaparecido. Solo de tarde en tarde circulaba algún vehículo. Los bares de los alrededores habían cerrado sus puertas y declarado una especie de toque de queda. La noche imponía su calma. Advirtió la presencia de un coche patrulla de la Policía Municipal y se tumbó en el asiento para evitar que le vieran. El coche patrulla se alejó. El Sol y Sombra se embutió en su chupa de cuero, para echar una cabezada, pero la luz de un portal le puso en alerta. Alguien abandonaba el edificio. El tipo del barragán abrió la puerta y el amante de Cristina Losvalles salió detrás de él. Colocó el asiento en posición vertical. Sus planes de pernoctar en el coche se fueron al traste. El amante de Cristina Losvalles plegó el caballete, se montó en la Sanglas y puso el motor en marcha. Su amigo se acaballó en el asiento trasero y partieron. El Sol y Sombra giró la llave de contacto del Renault, arrancó y les siguió. La ausencia de tráfico facilitaba su propósito. La moto enfiló en dirección a la plaza de España, rodeó los jardines del Campo del Moro y se incorporó a la M-30. Todo indicaba que salían de Madrid. Echó una mirada rápida al indicador de gasolina. Disponía de medio depósito. Respiró aliviado y dio un acelerón para acortar la distancia con la Sanglas. Recorrieron un tramo de la M-30, tomaron la A-42 y la abandonaron a la altura de Villaverde. Zigzaguearon por varias calles y temió perderles. Por último, entraron en el polígono Marconi, un centro de la prostitución madrileña, y golpeó el volante con rabia. Los sujetos solo buscaban sexo. La Sanglas se detuvo al lado de un grupo de prostitutas, el amante de Cristina Losvalles habló con ellas y arrancó de nuevo. Parado junto a una nave industrial, contempló la escena. Quizá no querían compañía femenina. Buscaban a alguien, pensó. Eso atenuó su

mal humor. Se colocó detrás de ellos. En el polígono le resultaba fácil pasar desapercibido debido a los coches que circulaban en busca de prostitutas. La moto paró por segunda vez y el amante de Cristina Losvalles habló con dos chicas. Le señalaron un callejón que daba a la parte trasera de un hilera de naves convertidas en talleres mecánicos y de chapa y pintura, y otras en carpinterías y almacenes de baratijas importadas de China. El Sol y Sombra estacionó su Renault en una penumbra, entre unos vehículos comerciales, y permaneció en su interior. Una actitud poco sospechosa. Los clientes de las prostitutas aguardaban en sus vehículos a que las chicas se acercaran a ofrecerles sus servicios.

Alberto Soriano detuvo la Sanglas en el callejón. La oscuridad envolvía el lugar. Los proxenetas habían apedreado las farolas y roto sus bombillas para que las chicas ganaran intimidad y permanecieran en el anonimato en caso de redada. Joaquín Ayuso y Alberto Soriano, vigilados de lejos por el Sol y Sombra, bajaron de la moto y se acercaron a dos mujeres que calentaban sus cuerpos en un bidón reconvertido en brasero. De camino, otras prostitutas de caderas abultadas, piernas celulíticas y pechos desnudos, les chistaron para ofrecerles sus servicios: «Culéame, papi», «Derrámate en mí», decían en un marcado acento venezolano y gestos obscenos. Las ignoraron y siguieron adelante.

—Buenas noches —dijo Soriano, al acercarse a las mujeres.

—Dois homens fortes. Então, nós gostamos —respondió una morena alta y de figura esbelta.

—Buscamos a Pepita de Oro —habló Joaquín.

Las dos mujeres se miraron extrañadas.

—¿Para qué? —inquirió la morena, de acento brasileño—. Aquí se eligen cuerpos, no nombres. Si os gusta alguna acordáis el precio y listos.

—¿Quién de las dos es Manuela Velasco? —insistió Soriano.

Al oír su verdadero nombre Pepita de Oro se turbó.

—¿Quién la busca? —dijo.

—Un amigo de Cristina Losvalles.

Pepita de Oro hurgó en su bolso, sacó un paquete de tabaco y

encendió un cigarrillo. Dio una calada y acercó la llama del mechero a la cara de Alberto Soriano.

—¿Eres su amante?

—Digamos que sí.

—Cristina me mostró una foto tuya —dijo—. Yo soy Manuela Velasco.

—A Cristina la han asesinado.

Pepita de Oro tuvo un respingo, dio una calada que avivó la punta del cigarrillo y miró a su compañera, una carioca que llegó a España engañada por las mafias de traficantes de mujeres para trabajar de asistenta y acabó en un club de carretera hasta que pagó su deuda con los proxenetas. Después, sin dinero ni trabajo, se vio obligada a ejercer de nuevo la prostitución para subsistir.

—Sospechaba que algo le había pasado.

—¿Y eso? —preguntó Joaquín.

—Solía llamarme algunas tardes para salir a tomar café. Yo la telefoneé varias veces pero no contestó. Pensé que quizá se había marchado a Triana a solucionar papeles por la muerte de su madre.

—¿Podemos hablar en privado? —pidió Alberto Soriano.

—Regina es de confianza.

—Nós somos como irmãs —afirmó la brasileña de Río de Janeiro.

Joaquín y el capitán Soriano cruzaron sus miradas y asintieron.

—¿Intentamos averiguar quién ha podido matarla? —dijo el primero.

—Me olía —respondió Pepita de Oro, pensativa— que andaba metida en algo sucio.

—Cuéntanoslo, por favor —le rogó Soriano—. Cualquier detalle puede ayudarnos.

—Solo hablo de una corazonada. Cristina estaba nerviosa. Se comportaba de una manera rara y se mostraba fría. Ella siempre fue cariñosa conmigo.

—¿Te confió el motivo de sus cuitas? —siguió Joaquín.

La meretriz dio una calada al cigarrillo y lanzó una voluta de humo al aire.

—Cristina mantenía su vida bajo siete llaves.

—¿Cuándo cambió su carácter? —incidió Soriano.

—A poco de fallecer su madre. Me dijo que había pedido unos días de permiso en el trabajo y que se marchaba a Triana.

—¿Estaba muy unida a su madre?

—Pese a que nunca hablaba de ella creo que sí.

—¿En qué basas tu suposición? —dijo Joaquín.

—Cristina se gastó las cuatro perras que tenía ahorradas en un entierro de primera en la Esperanza de Triana, con una misa cantada por un coro rociero, un coche de caballos para trasladar el féretro y un nicho de lápida de mármol cerca de la estatua de su admirado Enrique el Cojo.

—¿Tenía familia? —continuó Soriano.

—Nadie que yo sepa. Cristina era un alma solitaria. Los únicos que acompañaron el cortejo fúnebre de su madre fueron los vecinos que la cuidaron los últimos años.

—A Cristina le dolía no poder ir a Triana —afirmó Joaquín.

—Nunca mejor dicho —convino, dio la última calada al cigarrillo y echó la colilla a las llamas del bidón—. Cristina vivía atada a su trabajo en el Café de la Bohemia y no podía ocuparse de su madre ni pagarle una residencia privada. Se planteó traerla a Madrid pero desistió. Sus horarios le impedían atenderla. Trabajaba de noche y dormía de día. Además, su madre quería morir en Triana, entre su gente.

—Hay residencias subvencionadas —incidió Joaquín.

—En eso andaba —admitió—. Pero Cristina tenía que hacer las gestiones en Triana por teléfono y rellenar y presentar formularios se convertía en un muro infranqueable.

—¿De qué murió su madre?

—No sé —dijo e hizo un aspaviento—. De algo de la cabeza.

—¿A partir de ese hecho Cristina cambió su manera de comportarse?

—Sí —dijo, convencida—. Se encerró en sí misma y comenzó a ir a misa.

—Cristina —terció Soriano, sorprendido— a diferencia de otras folclóricas era agnóstica.

—Lo sé. Decía que si Dios fuese bueno no permitiría las desgracias que asolan el mundo. Pero de repente, tras la muerte de su madre, empezó a frecuentar la parroquia de San Ginés. Iba a misa a diario. Todas las tardes. Vivo cerca de la iglesia y la vi entrar en varias ocasiones.

—Las crisis emocionales —diagnosticó Joaquín— hacen que la gente se aferre a un clavo ardiendo.

—¿Te dijo a qué iba a misa? —incidió Soriano.

—Sí —respondió—. A rezar por el alma de su madre.

—Gracias, Manuela —concluyó, como despedida.

—Coged al malnacido que la ha matado.

Cristina Losvalles había sufrido poco antes de su muerte una transformación. Alberto Soriano, a medida que conocía por boca de extraños la vida de ella, tenía la sensación de haber convivido con dos personas diferentes.

Caminaron hacia la Sanglas. Rayaban las tres de la madrugada y estaban cansados. Tenían que dormir para afrontar a la mañana siguiente un nuevo día. El Sol y Sombra les vio alejarse. No precisaba seguirles. Sabía dónde residían. Les tenía localizados. Sonrió por su astucia. Ahora necesitaba averiguar de qué habían hablado con la furcia. Observó a la mujer. Le repugnaba. Mostraba su cuerpo sin pudor a los automovilistas que se acercaban a preguntar los precios de los servicios. Esperaría que el amante de Cristina Losvalles y su amigo se marcharan para interrogar a la puta. Era cuestión de minutos.

Alberto Soriano arrancó la Sanglas. Hizo un gesto a Joaquín para que subiera y su teléfono móvil sonó. Abrió la comunicación.

—Sí —dijo.

—Soy el Quisquilla. No tengo mucho tiempo. Salgo a escena en cinco minutos. Solo quería decirte que el Camaleón de Vallecas ronda por el

café. Juré que te avisaría. Ya he cumplido. ¡Adiós!

Colgó.

—¿Y ahora qué? —protestó Joaquín, que había perdido el hábito de trasnochar y deseaba acostarse.

—Tenemos que ir al Café de la Bohemia. El Quisquilla ha visto al Camaleón de Vallecas. No puede escapársenos.

Joaquín asintió, el capitán Soriano aceleró, patinó la rueda trasera de la Sanglas y ambos se perdieron en la oscuridad de la noche.

Capítulo. 44

En su habitación del hotel, Jaume Valls se replanteó la estrategia a seguir. No había previsto que Cristina Losvalles tuviese marido, novio, amante o chulo. Vicentito el Bizco nada le había dicho al respecto. El muy inútil pagaría su falta de celo. Jamás le abonaría la januquiá de plata que iba a enviarle. Así aprendería a tenerle más respeto. El par de días que había previsto estar en Madrid ya sumaban cinco y temía que su estancia se alargara. Las semanas pasaban y su codiciado tesoro seguía en el fondo del mar. A sus gastos de hotel y manutención había añadido el alquiler de un coche para seguir los pasos de la coplista. Gastos, solo gastos. Su tarjeta de crédito pronto gritaría «¡basta!».

Jaume Valls acudió cada noche al Café de la Bohemia para conocer al segundo los horarios de Cristina Losvalles y poder abordarla sin ningún contratiempo. Ella llegaba a las 22:00, la hora de apertura del local, y el sujeto que solía acompañarla se presentaba a la misma hora. Después ambos salían a cenar y regresaban a las 23:00 para que la Amapola de Triana tuviera tiempo de vestirse y maquillarse para su función de las 24:00. Terminaba hacia las 00:45 o la 01:00 de la madrugada, dependiendo de si el público pedía, entre aplausos y gritos de entusiasmo, un bis. Cristina Losvalles salía del Café de la Bohemia a la 01:30 escoltada por quien suponía su amante, un tipo de musculatura recia, moreno de cara y porte robusto. A las 02:00 llegaban al domicilio de ella y se despedían. Al principio esta conducta le extrañó pero gracias a sus desplazamientos supo que para los encuentros amorosos disponían de un apartamento en la calle San Bernardo.

Abordarla pasadas las 02:00 de la madrugada le pareció arriesgado. De noche los ruidos se multiplicaban y el sigilo era su principal aliado para no levantar sospechas. Miró la cuadrícula horaria que había compuesto día tras día, minuto a minuto. Las tardes le ofrecían un buen campo de actuación. Cristina Losvalles salía de su casa, en un barrio obrero periférico, a las 21:00 para estar puntual a las 22:00 en el Café de la Bohemia. Hacía el recorrido sola, sin que nadie la escoltase, y ahí vio su única oportunidad. El factor sorpresa que buscaba. En Madrid anochecía a las 18:00. La oscuridad jugaría a su favor.

Jaume Valls vio en la pantalla del televisor, que mantenía encendido

por rutina y sin prestarle atención, la hora: las 19:13. Había dedicado la mañana a recorrer varias tiendas para aprovisionarse de algunos útiles necesarios para llevar a cabo su nuevo plan. Sobre el escritorio de su habitación reposaban unos guantes de goma, un rollo de cinta americana, un cúter, un paquete de gasas de algodón, un frasco de lejía, otro de acetona y un tercer frasco de cristal opaco vacío. Se masajeó las sienes con los dedos, para aliviar un ligero dolor de cabeza, y cogió la cubitera que reposaba sobre el mueble del minibar. Abrió la puerta de su alcoba y salió al pasillo. Despejado. Se dirigió a la máquina de hielo para servicio de los huéspedes y llenó la cubitera hasta el borde. Regresó a su habitación, cerró la puerta y echó el pestillo para que nadie le molestara. Se metió en el de baño, abrió el grifo del agua fría de la pila, la dejó llenarse y vertió los cubitos de hielo. Cogió los tres frascos del escritorio y se encerró en el cuarto de baño. Esperó a que el hielo enfriara los envases y procedió a mezclar en el recipiente vacío la lejía y la acetona, en las partes adecuadas, para elaborar un cloroformo casero. Tapó el frasco del anestésico y lo guardó en un bolsillo de su abrigo. Repartió en los otros bolsillos los guantes de goma, el paquete de gasas, el cúter, el rollo de cinta y la cuadrícula horaria de Cristina Losvalles.

Bajó al parquin del hotel, se puso al volante de su coche alquilado y a las 20:30 estacionó el vehículo cerca del bloque donde vivía la Amapola de Triana. Tenía que actuar rápido. Antes de que la coplista abandonara su casa. Solo disponía de media hora. Caminó un trecho hasta situarse frente al portal que había vigilado. Un vecino salió, dejó la puerta abierta y provechó para entrar. Buscó en los buzones metálicos, dotados de chapitas de plástico grabadas con el nombre de los residentes, el piso de Cristina Losvalles: 3º A. Rastreó el nombre del vecino que vivía justo debajo de ella, en el 2º A: José Daroca. Se frotó las palmas de las manos en las perneras del pantalón, para limpiarlas de sudor, y se ajustó los guantes de goma. Abrió la puerta del ascensor y pulsó el botón del tercero. El ascensor se detuvo en el rellano. Anduvo decidido hacia la puerta A. Mojó la punta de un dedo con saliva y embadurnó la mirilla. Impregnó un puñado de gasas de líquido anestésico. Un olor dulzón ascendió hasta su nariz. Contuvo la respiración. Llamó al timbre, oyó unos pasos y la voz de ella.

—¿Quién es? —dijo, precavida. Nunca abría a desconocidos.

—José Daroca, su vecino de abajo, señora Losvalles —dijo Jaume Valls—. Tengo una gotera y me temo que procede de su baño. ¿Me permite echarle un vistazo? No he querido molestarla esta mañana porque sé que trabaja de noche y descansa de día. Solo será un minuto.

Cristina Losvalles apartó la chapita que cubría la mirilla y pegó el ojo a la lente. Vio una figura desdibujada, borrosa por la suciedad acumulada en el cristal.

—Espere, por favor —dijo, contrariada. Era la segunda vez que un desagüe del baño le causaba problemas.

Jaume Valls escuchó correr las fallebas. La puerta se abrió y de un empujón se abalanzó sobre ella. La taponó la nariz y la boca con las gasas, presionó fuerte para obligarla a respirar el cloroformo y Cristina Losvalles se desplomó sin sentido. Cerró la puerta, cargó el cuerpo en sus hombros y lo posó en un sofá del salón. Calculó que tardaría media hora en despertar. Aprovechó para atarla de pies y manos con la cinta adhesiva y colocarle un pedazo en los labios para evitar que gritara. Registró la casa esperando hallar algún documento relacionado con la vitela que le había conducido hasta aquel suburbio de Madrid. No halló nada y se había empleado a fondo en la búsqueda: las habitaciones tenían el aspecto de haber sufrido el paso de un ciclón. Nada de nada. Ni siquiera había objetos de valor o dinero. Temió haber metido la pata y pensó en Vicentito el Bizco. Un ronroneo le puso en alerta. Cristina Losvalles recobraba poco a poco la conciencia. La vio agitarse en el sofá, como presa de una pesadilla. Cogió un bol de la cocina, lo llenó de agua fría y se la arrojó a la cara para espabilarla. Ella intentó gritar pero la cinta adherida a sus labios se lo impidió. Cristina Losvalles temió ser víctima de un maníaco sexual, de un violador. Jaume Valls cogió el cúter y lo acercó a la cara de ella.

—Si prometes no gritar te quito la mordaza —dijo.

Asintió, aterrada. Le costaba respirar. Los ojos le escocían y la cabeza le zumbaba como si una avispa revolotease en su interior. Nunca se había visto en un trance igual.

—Muy bien —admitió Jaume Valls—. Solo quiero hablar contigo. No voy a hacerte daño. Si entiendes lo que digo mueve la cabeza.

Asintió otra vez. Por un instante pensó en la posibilidad de que fuese un paranoico, un acosador zurumbático. Jaume Valls le despegó despacio la cinta de los labios, pero por precaución le mantuvo el cúter apoyado en el cuello. Al verse la boca libre ella respiró hondo y notó el sabor químico del adhesivo correrle por la garganta.

—¿Qué pretende? —inquirió, sin apenas habla—. No tengo dinero. Soy una simple trabajadora.

—¿Conoces este mueble?

Jaume Valls le mostró en la pantalla de su móvil la foto de la credencia que le había vendido Vicentito el Bizco.

—Nunca lo había visto.

—Mientes zorra —dijo, y acentuó la presión del cúter—. Esta credencia perteneció a tu madre. Tienes que reconocerla. ¿Por qué negarlo? —Cristina Losvalles permaneció callada—. Yo te lo diré. Porque sabes que esconde un gran secreto. ¿Es así?

Su pulso se aceleró y aumentó la sensación de fatiga. El sujeto que la amenazaba con rebanarle el cuello buscaba el secreto que su madre robó a su padre. ¿Cómo había sabido de su existencia?

—No sé de qué me habla —dijo, para intentar convencerle.

El móvil de Cristina Losvalles sonó en el interior de un bolso. Jaume Valls miró su reloj: las 22:05 horas. Ella ya debería haberse presentado en el Café de la Bohemia. Aceleraría su interrogatorio. El tiempo se le agotaba.

—Voy a preguntártelo otra vez —insistió—. ¿Qué esconde la vitela oculta en la credencia? ¿De dónde procede?

—Se ha equivocado de persona. Le juró que no sé nada.

—Muy bien —dijo.

Le retiró el cúter del cuello y Cristina Losvalles supuso que la pesadilla había concluido. Jaume Valls le dio la espalda. Se giró con la velocidad de un rayo y le cruzó la cara de una bofetada. Ella sintió como un moflete se le hinchaba.

—¡Háblame de la vitela! —gritó, y ante su silencio le propinó otra bofetada y otra y otra, y otra…

—¡Suéltame!, cabrón.

—¿Quieres jugar duro?

—¡Qué te follen!

—De acuerdo.

Le abrió la falda, dejó sus muslos al descubierto y con el cúter le hizo

varios cortes en las piernas. Unos hilos de sangre mancharon la manta que cubría el sillón.

—¡La vitela! —gritó, fuera de sí—. ¿Dónde la obtuvo tu madre?

—¡Púdrete en el infierno! ¡Hijo de puta!

Jaume Valls perdió el control. La rabia se adueñó de él. Movió el cúter como un espadachín y le abrió cortes en los brazos y la cara. Cristina Losvalles parecía la viva estampa de un eccehomo. Nunca hablaría. Nadie iba a quitarle la única oportunidad de ser feliz. Vio a su agresor desanudarse el fular que llevaba al cuello. Se colocó a su espalda y se lo arrolló al gaznate.

—¡La credencia! —insistió Jaume Valls—. Dime dónde la consiguió tu madre y te dejaré en paz.

Permaneció callada. La presión del fular aumentaba poco a poco y cortaba su respiración. Tosió convulsa, como una vieja fumadora al levantarse por las mañanas. El sujeto aflojó la tela y ella llenó los pulmones de aire. A Cristina Losvalles la vida siempre le había tratado mal. Nunca tuvo un momento de paz. Al morir su madre pensó que algo podía cambiar, que el secreto tantos años guardado vería la luz, la haría rica y viviría feliz junto al único hombre que la había amado sin ningún interés. Pensó en su querido Alberto, en su capitán del Tercio que le había devuelto la ilusión por la vida. Nunca le confesó sus planes. Temía que la tomara por loca. Si iba a morir su último pensamiento sería para él. Solo para él. Su único y verdadero amor. Solo Alberto merecía su cariño. Tenían tantos proyectos, tantas ilusiones, tantas ganas de envejecer juntos. Si como decía el padre Contreras: «Dios no hizo la miel para la boca del asno», ella había nacido en una cuadra. Sintió la fuerza del fular en su garganta y la voz de su verdugo retumbar en sus oídos.

—Mi paciencia se acaba —masculló Jaume Valls, con sus labios pegados a la oreja de ella—. ¡Habla, zorra! ¡Vamos, habla!

Cristina Losvalles hizo un esfuerzo por contener las lágrimas. Sentía que las fuerzas la abandonaban y solo quería pensar en su amor, en Alberto. Musitó algunas palabras y Jaume Valls aflojó la opresión del fular convencido de que iba a confesar.

—Te escucho —dijo satisfecho y con una sonrisa sádica.

La Amapola de Triana carraspeó y, lejos de responder a sus preguntas, entonó en un leve susurro:

No me quieras tanto ni llores por mí!

No vale la pena que por mi cariño

te pongas así.

Yo no sé quererte lo mismo que tú,

ni pasar la vida pendiente y esclava

de esa esclavitud.

¡No te pongas triste, sécate ese llanto!

Hay que estar alegre, mírame y aprende:

¡No me quieras tanto…!

Jaume Valls lanzó un grito de rabia y estrechó el fular alrededor del cuello de ella. La Amapola de Triana pronunció las últimas estrofas en un hilo de voz desafinado. Ladeó la cabeza y su cuerpo quedó inerte, paralizado por la muerte. El soniquete de su móvil acompañó la letra de su postrera copla. Jaume Valls se miró las manos. No quería matarla. Solo pretendía asustarla. Había perdido el control. Calculó mal su fuerza. Sus impulsos le habían traicionado. «¡Dios qué he hecho!», musitó, aterrado. Sus manos y piernas temblaban sin control. Se había convertido en un asesino, en un ser despreciable. Pensó en su padre. Si estuviese vivo le repudiaría. Se avergonzaría de él, de su único hijo. Perdóname, papá, perdóname, pronunció como un rezo. Se desplomó en el sofá, junto al cuerpo de la coplista, y la observó. Solo ha perdido el conocimiento, caviló en busca de consuelo. Eso ha ocurrido. Apoyó los dedos índice y corazón en la parte frontal del cuello, debajo del ángulo de la mandíbula inferior, para percibir el ritmo cardíaco, pero los latidos habían enmudecido. Cristina Losvalles estaba muerta. Si pudiera volvería el tiempo atrás, pero ya nada podía hacer salvo mantener la cabeza fría para evitar caer en las redes de la justicia. Se levantó y miró a su alrededor. Respiró hondo varias veces y el temblor de sus extremidades remitió. El sudor había empapado su camisa. «Mente fría, mente fría», balbució para darse ánimos. Tendría que deshacerse del cadáver. Si no hay cuerpo, no hay delito. Recorrió el piso, cogió una toalla del cuarto de baño y limpió uno a uno los muebles que había tocado. Pese a llevar guantes cualquier precaución

le pareció poca. Regresó al salón y contempló el cuerpo tendido en el sofá. La sangre había dejado de brotar de sus heridas. Apartó una cortina de la ventana del comedor y observó la calle. Vacía. Miró su reloj: las 23:07. El frío y la noche habían barrido a la gente y ni siquiera los bares mostraban animación. Envolvió el cuerpo de la coplista en la manta que cubría el sofá y comprobó que la sangre no hubiese manchado los almohadones. Cogió el cúter, cortó varios trozos de cinta americana y compuso un fardo con el cuerpo y la manta. El teléfono móvil sonaba de manera insistente en el interior del bolso. En la pantalla del aparato vio un nombre junto a un emoticono: Alberto . Dedujo que se trataba de su amante. Abrió el bolso y buscó las llaves del piso. Salió para recoger su coche. Comprobó que nadie le viese y lo estacionó en doble fila frente al portal. Se bajó y abrió el portamaletas. Solo necesitaba unos minutos. Subió al piso, cargó el cuerpo de la coplista sobre su hombro, introdujo las llaves en su bolso, entre el repique constante del móvil, salió y cerró la puerta. La calle seguía vacía. Depositó el cadáver en el portamaletas, cerró la portezuela sin hacer ruido, se puso al volante y aceleró. Alejarse del piso de Cristina Losvalles le relajó los nervios, tensos como las jarcias de un velero en pleno temporal.

Recorrió unos kilómetros sin rumbo fijo. Conocía Madrid, de sus estancias en otras ocasiones, pero siempre se había movido por el centro, por la zona comercial y de oficinas. Estacionó en batería cerca de unos jardines que nunca antes había visto y contempló sus manos. Pese a tenerlas aferradas al volante aún le temblaban. Todo su cuerpo tiritaba como un flan en un terremoto. «¡Joder!», exclamó sin que nadie pudiera oírle. Se había convertido en un asesino, en un ser inmundo. Pidió perdón de nuevo a su padre por la tropelía cometida. Solo intentaba salvar su galería de antigüedades. Nada más. Se limpió el sudor que empapaba su frente y reflexionó sobre el trance al que se enfrentaba. Nunca había cometido un delito. No estaba fichado. Eso dificultaría la acción de la policía. Había tenido la oportunidad de comprar piezas de arte robadas, para revenderlas por varios miles de euros, pero siempre se había mantenido al margen de los trapicheos. Para la policía estaba limpio. Miró los árboles que se agitaban en los parterres del jardín batidos por el viento. Su padre le había enseñado que los problemas, al igual que la rama de un árbol, podían doblarle pero no romperle. Resultaba esencial mantener la calma, la mente fría para pensar con lógica. Solo tenía que deshacerse del cadáver y desaparecer de Madrid. Nadie sospecharía de él, un ciudadano honrado que solo vivía para el arte y las antigüedades. Arrancó, avanzó unos kilómetros y vio un panel viario que señalaba la ruta hacia la carretera de La Coruña. Abandonar Madrid le facilitaría

librarse del fiambre. Siguió las indicaciones y se situó en Moncloa, un centro neurálgico de la capital presidido por un intercambiador de autocares y la mole del Cuartel General del Ejército del Aire, un edificio de líneas neoherrerianas. Avanzó un poco. A su izquierda se abría una amplia zona forestal, de árboles altos y frondosos. Dobló por una calle y siguió una señal hacia el Puente de los Franceses. Cruzó el Manzanares y, por una vía secundaria, penetró en un área boscosa, oscura y solitaria, a orillas del río. El lugar que buscaba desde hacía una hora. Apagó las luces y el motor del coche y permaneció sentado en su interior. A su alrededor no se veía nada. La oscuridad lo envolvía todo. Desconectó la luz interior del coche, para no llamar la atención, y bajó. Dejó la puerta abierta para evitar hacer ruido al cerrarla. A tientas se dirigió al portamaletas, lo abrió y cargó el cuerpo de la coplista en sus brazos. El correr del agua le guio hasta el cauce del Manzanares. Notó la tierra blanda y sus pies se hundieron en el barro. Posó el fardo en el suelo, sacó el cúter y cortó las tiras adhesivas. Retiró la manta, para no dejar ningún rastro que pudiera delatarle, y el cuerpo de Cristina Losvalles rodó unos metros. Regresó al vehículo. Metió la manta en el portamaletas, para deshacerse de ella en otro lugar, y cerró la portezuela haciendo presión para amortiguar el golpe. Hizo lo mismo con la puerta del conductor. Se puso al volante, giró la llave de contacto, prendió las luces y recobró la vía secundaria para deshacer el camino y regresar a su hotel. A la mañana siguiente un AVE le devolvería a Barcelona.

Capítulo. 45

El Sol y Sombra vio desaparecer a la Sanglas. Sonrió complacido. Ya podía llevar a cabo su plan. Besó su crucifijo de oro. Se desabrochó el machete y lo ocultó bajo el asiento. Puso el vehículo al ralentí y vio que otro coche paraba junto a las dos prostitutas. La que había hablado con el amante de Cristina Losvalles y su amigo se subió en el automóvil. Un putero la había contratado para un servicio. Observó al coche alejarse. Nada le resultaba fácil. La otra mujer también había sido testigo de la conversación. Le serviría para sus propósitos. Averiguaría de qué habían hablado. Quería saber a qué se enfrentaba para medir sus fuerzas. Arrancó y entró en el callejón, como un cliente más en busca de carne de su gusto. Regina, la carioca amiga de Pepita de Oro, se insinuó de forma mecánica, como solía hacerlo ante los conductores que la miraban. Paró su Renault, bajó la ventanilla y le chistó para que se acercara.

—Un francés y un completo. ¿Cuánto? —le preguntó.

—Trinta euros. Dez minutos.

—Bien.

—Primeiro me pagar.

Sacó de su billetera treinta euros y se los entregó. Regina los guardó en un bolsito que colgaba de su brazo, abrió la puerta y se acomodó en el asiento del copiloto. Desde esa posición, con el asiento abatido, cumplía la mayor parte de sus servicios. El vehículo arrancó.

—Encanto, vas a disfrutar como nunca. —El Sol y Sombra permaneció callado. Odiaba a las mujeres—. ¿Adónde me llevas?

—A un lugar discreto —dijo—. No me gusta exhibirme.

—Você é um tímido.

Detuvo el Renault en un descampado. Las naves quedaban cerca pero la oscuridad jugaba a su favor. Regina se levantó el jersey y desabrochó el sujetador. Le mostró sus pechos turgentes, moldeados a base de sesiones de samba en una escuela de baile, y dirigió sus manos a la bragueta para bajarle la cremallera. Había repetido la acción

miles de veces y ningún hombre se resistía al morbo de liberar su bálano del calzoncillo. Eso les ponía cachondos. Los eyaculadores precoces incluso se corrían antes de que ella les chupase la minga. Hurgó la portañuela del calzón, le asió el miembro y se reclinó para mamárselo. El Sol y Sombra la agarró del cabello y tiró hacia arriba con fuerza. Regina soltó un grito de dolor y recibió varios insultos racistas de su cliente. El Sol y Sombra volcó en ella su rabia contra las mujeres y los negros. Regina intentó escapar, abrir la puerta del coche, pero no acertó a asir la manija. El Sol y Sombra cogió su machete de debajo del asiento y le puso el filo en la barriga. Regina comprendió que estaba en peligro. Había montado en el vehículo de un salvaje.

—¡Quieta puta de mierda! —masculló el Sol y Sombra— o te reviento el estómago.

A Regina el miedo la paralizó. Le seguiría la corriente. No tenía otra salida. Quizá solo era un sádico que gustaba de zurrar a las chicas para correrse. En sus años de prostituta se la habían follado hasta las cucarachas, pero nunca se había topado con un demente.

—Cálmate —le dijo, aterrada y la voz trémula—. Dime que te gusta y lo haré. No me pagues. No quiero tu dinero.

—Nunca me acostaría con una negra —proclamó el Sol y Sombra, como si prestara un juramento.

—Suéltame —protestó ella—. Me haces daño.

—¿De qué han hablado esos dos tipos con tu compañera?

Regina sintió un hilo de sangre correrle por el ombligo. Iba a matarla. Aquel tipo estaba loco.

—Le han preguntado por una amiga común.

—¿Quién? —insistió, sin aflojar la hoja contra el estómago.

—Una tal Cristina. No recuerdo su apellido.

—¿Y qué les ha dicho la puta de tu compañera?

—Nada —afirmó, sin comprender la importancia de la charla—. Que acudía a misa todos los días a la iglesia de San Ginés. ¡Déjame, por Dios! —le imploró.

—Devuélveme el dinero. ¡Zorra!

Regina abrió como pudo su bolso, cogió dos billetes de veinte euros y se los dio.

—¿Pretendes que te devuelva el cambio? —se burló.

Negó y su gesto le abrió una brecha más profunda. El Sol y Sombra le retiró el machete de la barriga. Abrió la puerta del copiloto, entre las lágrimas de ella, y la empujó. Regina rodó al suelo. Se levantó y corrió hacia las naves gritando «¡socorro!, ¡socorro!». Al Sol y Sombra los ojos se le inyectaron de sangre. «¡Puta!», gritó. Me ha visto la cara. No va a arruinarme la vida. «Jamás me enchironarán por su culpa». Puso su vehículo en marcha. Pepita de Oro había terminado su servicio y vio a su compañera correr y pedir: «¡Auxilio!…, ¡auxilio!»… El Renault derrapó para cambiar de dirección. Pepita de Oro observó la maniobra. El coche avanzó hacia Regina, entre una nube de polvo y su figura recortada por la luz de los faros. El vehículo aceleró y la arrolló. Pepita de Oro vio horrorizada el cuerpo de su amiga elevarse, por la fuerza del impacto, y caer de manera estrepitosa contra el asfalto. Corrió hacia ella seguida de otras prostitutas. El coche despareció engullido por la noche. «Una puta menos», masculló el Sol y Sombra con los ojos inyectados en sangre y los sentidos nublados.

Capítulo. 46

Su viaje a Madrid para averiguar sobre la vitela había sido un fracaso absoluto y le había convertido en un vulgar asesino. La muerte de la coplista le atormentaba. Por primera vez en su vida había recurrido a los somníferos para conciliar el sueño. Ahora más que nunca Jaume Valls necesitaba encontrar el tesoro perdido del Papa Luna, desaparecer y ocultarse en algún paraíso remoto solo apto para millonarios. El dinero hacía a los delincuentes invisibles ante la ley, permitía comprar lealtades, cerrar bocas, obtener identidades falsas, someterse a costosas intervenciones de cirugía plástica y granjearse la amistad y protección de gobernantes corruptos, de dictaduras sin tratados de extradición. Conocía cientos de casos de estafadores, ladrones, asesinos o genocidas nazis que, refugiados en lugares de ensueño, habían eludido la acción de la justicia. Recordó a Ronnie Bigg, el cerebro del asalto al tren correo de Glasgow ocurrido en 1963. Detenido y condenado a treinta años de cárcel, se fugó y residió en Australia y Brasil. Scotland Yard solo pudo detenerle en 2001 al regresar Bigg de manera voluntaria al Reino Unido. La historia de Ronnie Bigg le daba ánimos. Solo pensaba en salvar su pellejo, en vivir en algún país que no existiera en los mapas de la Interpol. En su galería de antigüedades estudió una vez más la vitela en la pantalla de su ordenador. Si quería interpretar su mensaje críptico debía conocer a su autor a la perfección. Recobraría su antigua línea de trabajo.

En una librería de lance compró una extensa biografía del Papa Luna, la leyó, tomó cientos de notas, con la única intención de conocer al personaje, y decidió recorrer los lugares de la vida del pontífice. En ellos esperaba hallar la clave, el «número de oro», la palabra mágica que desentrañara el misterio. Había dejado su galería de Barcelona hacía poco más de una semana. El destino le condujo primero a Zaragoza. De Barcelona llegó a la capital aragonesa en tren para visitar el palacio de la Aljafería, residencia de los reyes hudíes en el siglo xi y, entre diciembre de 1410 y abril de 1411, del papa Benedicto XIII: durante cinco meses Zaragoza fue Sede Pontificia. Recorrió el palacio bajo la atenta mirada de los vigilantes jurados. Tomó fotografías a los decorados que lucían heráldica y simbología cristiana. Por la noche, en la soledad de la habitación de su hotel, tras ver los telediarios de las distintas cadenas para comprobar si hablaban del asesinato de Cristina Losvalles, descargaba las imágenes de la cámara en su ordenador portátil y efectuaba una selección. Solo

guardaba las fotografías que mostraban símbolos importantes. En su galería consultaría libros y los analizaría para buscar un posible nexo de unión con la vitela.

En Zaragoza alquiló un coche para desplazarse a Illueca, un pueblo de apenas tres mil habitantes, en cuya cota más alta se alzaba el palacio del Papa Luna. Allí había nacido y residido sus primeros años Pedro Martínez de Luna, el futuro Benedicto XIII. Visitó el palacio como un turista y se dirigió a la sala de la Alcoba, el habitáculo que protagonizó el alumbramiento del Papa. La estancia mostraba aljarfes policromados de estilo mudéjar. Disparó su cámara digital, como en la Aljafería, con la intención de estudiar los detalles de los aljarfes y descubrir la piedra Rosetta de su vitela. Se dirigió a la sala del Mausoleo, la antigua capilla, el lugar de inhumación de los restos del pontífice, y enfocó el objetivo de su cámara hacia los escudos, símbolos y ornamentos.

A escasos kilómetros de Illueca estaba Sabiñán, de solo ochocientos habitantes. El Papa Luna nunca había visitado Sabiñán pero decidió inspeccionar el palacio de los Muñoz de Pamplona, condes de Argillo, para no dejar ninguna pista de lado. Benedicto XIII murió en Peñíscola en 1423 y ocho años más tarde sus restos se trasladaron a Sabiñán por voluntad de su sobrino Juan de Lanuza. Varias crónicas afirmaban que en la guerra de Sucesión, desatada por la muerte sin descendencia de Carlos II de España, los restos de Benedicto XIII fueron expoliados y solo pudo recuperarse su cráneo. Accedió al palacio y tomó instantáneas de las decoraciones y los blasones. Siguió su peregrinación hacia Tortosa y Morella. En Tortosa el Papa Luna se reunió en 1412 con Fernando I de Aragón y le proclamó rey de Sicilia, Córcega y Cerdeña a cambio de su apoyo en el Cisma de Occidente. En 1414 Fernando I, para ganar peso en Europa y recuperar la influencia política de Aragón en el Mediterráneo, se entrevistó en Morella con Benedicto XIII y le pidió que renunciase al papado. Como de costumbre Jaume Valls recorrió los puntos de Tortosa y Morella que fueron testigos de la estancia del Papa Luna y se llevó cientos de imágenes.

Para completar su periplo solo le quedaba Peñíscola. De Tortosa le separaba una hora escasa en coche, pero decidió regresar a Barcelona para estudiar el material recopilado, las cientos de imágenes que había captado en su periplo. Una vez resuelto el enigma que guardaba la vitela marcharía a Peñíscola para recuperar su tesoro, para poner punto y final a sus penurias económicas y desaparecer de la faz de la tierra.

Capítulo. 47

Pere Sardà revisaba la correspondencia. Su horario laboral había concluido, pero como gran parte de sus hombres seguía en su puesto de trabajo. Se sentaba en su despacho a las siete de la mañana, antes del amanecer, y marchaba pasadas las diez de la noche. En invierno solo veía el sol por la ventana. La crisis le había obligado a reducir la plantilla. Las plazas vacantes de los mossos que se jubilaban nadie las cubría y sus agentes se multiplicaban por dos para mantener la seguridad de las calles y la tranquilidad de sus vecinos. Oyó que alguien golpeaba la puerta de su oficina y le dio la venia para entrar. Andreu Bellpuig abrió.

—Permís —dijo.

—Pase, pase…, y siéntese, por favor.

El mosso d'escuadra tomó asiento y dejó encima de la mesa del comisario una carpeta con la ficha policial del Sol y Sombra.

—He localizado al agresor de Marc Rovira.

—Buen trabajo, Bellpuig. Sabía que no me fallaría.

—En el informe están los detalles.

—Hágame un resumen. Tengo la vista cansada. Me he pasado el día leyendo ordenanzas municipales, quejas de los vecinos y los políticos, estudios de seguridad…

—Se trata de Anselmo Bejarano, alias el Sol y Sombra, un delincuente habitual: robos en polígonos industriales, joyerías y farmacias, peleas, tirones, hurtos de billeteras en transportes públicos, agresiones a un portero de discoteca y a un agente, porte ilícito de armas…

—Una perla. ¿Le tiene localizado?

—No consta ningún domicilio suyo en la actualidad. El último registrado, hace ocho años, corresponde a una pensión del barrio de Lavapiés, en Madrid. He llamado y la pensión lleva dos años cerrada. Nadie ha sabido darme razón de su paradero.

—¿Cómo le identificó?

—Por su vitíligo. Una enfermedad que produce manchas en la piel. De ahí su alias. Eso me permitió seguirle la pista. Recopilé las fichas de delincuentes aquejados de vitíligo y se las mostré al señor Rovira. Lo reconoció sin atisbo de duda.

—¿Cómo pudo hacerlo? Según su declaración, en la denuncia de la Brigada de Seguretat Ciutadana, el agresor se protegía con un casco.

—Así es —admitió—. Esa misma mañana el Sol y Sombra se presentó en el estudio de decoración del señor Rovira para adquirir un mueble.

—¿Lo considera una prueba determinante para acusarle?

—El mueble, que guardaba el señor Rovira en su domicilio, apareció destrozado tras la agresión.

—Nada concluyente, Bellpuig. Solo una prueba circunstancial. De todas maneras tramite la orden de busca y captura para interrogarle. Con eso contentaremos al regidor de Seguridad del distrito. Esta mañana me ha llamado para preguntarme cómo iba la investigación. ¿Tiene amigos políticos?

—No.

—Pues debería. Ya ve que hacen más milagros que el Cristo de Lepanto.

—Los políticos son egoístas. Solo les interesa lo suyo.

—Y trincar, Bellpuig, y trincar —lamentó—. Pero no queda otra. Quien manda, manda. Tramite la orden y si el Sol y Sombra está en Madrid que se encargue la Policía Nacional.

—Perdone, comisario —dijo, en tono circunspecto—. La Nacional no hará ni caso a nuestra petición. Hablamos, como bien ha dicho, de una prueba circunstancial, del robo de doscientos euros y de una agresión que se reduce a rociar los ojos de la víctima con pimenta. Van a guardar nuestra solicitud en un cajón para que duerma el sueño de los justos. Yo haría igual. Hay asuntos más urgentes.

—¿Y qué propone?

—Investigar en Madrid.

—Imposible —negó, rotundo—. Le recuerdo que un policía de la Generalitat solo tiene jurisdicción en Cataluña.

—Me debe varios días de descanso —dijo—. Tuve que suspender mis vacaciones para reincorporarme al servicio.

—Lo recuerdo.

—Démelos y me trasladaré a Madrid a buscarle.

—¡Bellpuig! Se ha vuelto loco. Ni que habláramos de un terrorista del Dáesh.

—Pienso que la agresión —arguyó— esconde algo más importante que un simple robo de doscientos euros. El mueble destrozado, una credencia del siglo diecinueve, había sido astillada al milímetro.

—¿Y qué?

—El Sol y Sombra buscaba algo oculto en ella.

—¿Droga?

—Puede.

Pere Sardà reclinó su espalda en la butaca. Meditó la petición de su subordinado. Era una locura, pero si lograba detener al Sol y Sombra su comisaría se apuntaría un tanto muy importante ante el Consejero de Interior. Los políticos se mostraban agradecidos con quienes resolvían sus problemas.

—Pongamos por ejemplo que acepto y marcha unos días a Madrid.

—La responsabilidad solo será mía.

El comisario Sardà guardó silencio. La idea le seducía.

—Está bien, Bellpuig, usted gana. Solo espero que valga la pena. Que tenga razón y no perdamos el tiempo solo para atrapar a un delincuente de tres al cuarto.

—Gracias, comisario.

Andreu Bellpuig hizo intención de abandonar el despacho.

—No tan deprisa —le retuvo—. Con tres condiciones.

—Mande.

—Deje su arma reglamentaria en custodia, por nada del mundo se

identifique en Madrid como agente de la autoridad catalana y si localiza al Sol y Sombra comuníquelo a la Nacional para que ellos procedan a su detención.

—Como ordene. Entregaré mi arma. No se preocupe.

—Ya lo estoy. Pero puede ir de vacaciones donde le plazca.

El subinspector Bellpuig sonrió, cogió la carpeta que había deslizado sobre la mesa del comisario y salió del despacho.

Capítulo. 48

Obsesionado por interpretar la vitela había dejado de atender su galería de arte y cedido la gestión a sus empleados que le llamaban para consultarle los precios de las ventas más importantes. Jaume Valls, como ya se había convertido en una rutina, pasaba las horas en su despacho, revisando las cientos de imágenes captadas durante su periplo por Zaragoza, Illueca, Sabiñán, Tortosa y Morella. Había realizado extraños cálculos matemáticos, interpretado la simbología de blasones y artesonados, analizado frases y permutado palabras sin hallar nada revelador. Por suerte había vendido la credencia a un amigo suyo decorador y aliviado su magra cuenta bancaria. Pero el dinero pronto se le terminaría y seguía en punto muerto, en la misma ignorancia que el día que descubrió el pergamino. Observó la copia que guardaba en su ordenador y leyó las frases que contenía. Las sabía de memoria pero necesitaba tenerlas frente a los ojos, como si esperara una revelación divina, una estrella de belén que le señalara el camino hacia la riqueza. Se había centrado en la simbología críptica del Medievo y había errado el camino. Lo vio claro. ¡Ahora sí! Golpeó la superficie de la mesa. ¡Cómo no se había dado cuenta! El meollo de la cuestión, el nudo gordiano, estaba en el vocablo «ábaco», el bastidor de cuerdas o alambres paralelos repletos de bolitas para realizar operaciones aritméticas. Los ábacos se emplearon hasta la invención de las máquinas de cálculo. Un texto de la vitela rezaba: «… in abacus templii…», (… en el ábaco de los templarios…). Borró de la pantalla del ordenador la imagen del pergamino y buscó información en Internet sobre los ábacos. Había cientos de páginas, unas calcadas de otras, pero no se desanimó. En las hojas digitalizadas de un libro leyó algo que le llamó la atención: «El papa Gerberto de Aurillac (c. 945-1003), que ascendió al solio pontificio bajo el nombre de Silvestre II, debido a sus conocimientos de aritmética, geometría y astronomía recibió el apelativo de Papa del Año Mil». Estaba ante la figura de un erudito. Siguió atento a la lectura del libro: «Gerberto, entre 960 y 970, residió en el monasterio de Santa María de Ripoll, de cuyo scriptorium salieron libros científicos, literarios e históricos, que situaron al cenobio entre las grandes bibliotecas de Europa. Más tarde, Gerberto viajó a Córdoba y Sevilla, para aprender ciencias árabes, e introdujo en Francia el sistema decimal y el uso del número cero. Sus conocimientos de matemáticas le llevaron a escribir un tratado sobre los ábacos e inventó el denominado “ábaco de Gerberto”». Parte de sus conocimientos, según relataba el libro, Gerberto los adquirió en

Toledo, la cuna de la sabiduría. Para Jaume Valls la afirmación más importante estaba unas líneas más adelante: «Silvestre II, el primer papa francés, se convirtió en el sabio preferido de los maestres de la Orden del Temple que siguieron sus enseñanzas científicas y filosóficas». Jaume Valls cabeceó persuadido de que ahora sí transitaba por la senda correcta. El camino que le conduciría al final de sus penurias económicas. Los historiadores situaban la fundación de la Orden del Temple hacia 1119. En el siglo xii las obras ocultistas de Gerberto de Aurillac seguían vigentes y se estudiaban en círculos iniciáticos y herméticos. Se frotó los ojos. Le escocían debido a las horas que pasaba frente a los libros o la pantalla del ordenador. Se levantó, se echó unas gotas de colirio y regresó a su mesa de trabajo. Había perdido un tiempo precioso siguiendo la ruta equivocada. El «número de oro», la palabra mágica, la clave al enigma de la vitela estaba en el gran ábaco que simbolizaba el castillo templario de Peñíscola, el ábaco por excelencia de la Orden del Temple en España. Las medidas de sus bóvedas, salas, torres, murallas, troneras o saeteras, descifradas de manera correcta, indicaban el lugar de la escalera secreta que descendió el Papa Luna en su intento de fuga, el punto en que zozobró el bote que debía trasladarle a la carraca enviada por Alfonso V de Aragón para su huida, el asiento bajo las aguas del mar del cofre cargado de riquezas. Sonrió complacido de sí mismo. Se levantó, abrió una caja de herramientas de su taller de restauración y cogió un metro láser. Lo dirigió a un punto de la pared, pulsó un botón y en el lector digital apareció la distancia expresada en metros y centímetros. Apretó el metro en su puño. La única herramienta que necesitaba para viajar a Peñíscola.

Capítulo. 49

Alberto Soriano estacionó la Sanglas sobre la acera, como ya tenía por costumbre, apretó el paso y se dirigió al Café de la Bohemia. Temía que el Camaleón de Vallecas se les escapara. Joaquín Ayuso le siguió. Vio la marquesina que protegía la puerta del café y le pareció menos tétrica que a la luz del sol. De noche unas lámparas led la bordeaban y daban vida al ritmo de una música imaginaria. Al llegar a la entrada el vigilante jurado les miró desafiante pero les dejó acceder al interior del local sin más contratiempos. Emilio Cortés le había prevenido de su amistad con ellos. Pasaron junto al guardarropa y, al igual que la marquesina, a Joaquín le pareció más elegante atendido por una chica que colgaba las prendas de los clientes en perchas numeradas. Alberto Soriano saludó a la chica, corrió la cortina de terciopelo rojo y penetraron en la sala de espectáculos. Una bailaora, vestida de faralaes, danzaba al ritmo de una sevillana que el Quisquilla tocaba a la guitarra secundado por dos palmeros. El café estaba a reventar y los camareros driblaban entre las mesas para atender las comandas. Soriano se apostó junto a una columna y Joaquín a su lado. Desconocían el aspecto del Camaleón de Vallecas y todos los rostros les parecían sospechosos. Al ritmo de la música un grupo de turistas alemanes gritaba a destiempo ¡Gole!, otras mesas las ocupaban almas solitarias aferradas a una botella de güisqui, parejas de primeras citas, matrimonios que celebraban sus aniversarios de casados y jóvenes que participaban en una despedida de soltero. El Quisquilla les vio y, al terminar la actuación, bajó a saludarles. Les dio un abrazo, para disimular, y susurró al oído de Soriano la mesa que ocupaba el Camaleón de Vallecas. Dirigieron la vista de soslayo hacia ella. Una mesa solitaria, en un rincón de la sala, próxima a una salida de emergencia. El Camaleón de Vallecas estaba en todas. Se fijaron en él. Un joven de apenas veinticinco años, delgado pero fuerte, de cabellos lisos en la cima de la cabeza y acaracolados en la nuca, tez oscura, patillas de bocas anchas, pírsines en las orejas y la nariz, tatuajes religiosos en el cuello, los dedos adornados de sortijas de oro y un grueso cordón, también de oro, pendía de su cuello luciendo una cabeza de Camarón de oro macizo. Le observaron un rato. Varios clientes se le acercaron, dejaron unos billetes sobre el mantel y les dio unos sobrecitos. El capitán Soriano y Joaquín se dividieron, para cubrir los flancos. El gitano se percató de su maniobra. No era la primera vez que unos policías intentaba echarle el guante. Estaba listo para zafarse. Dejó que los dos individuos se aproximaran, se levantó

de golpe, volcó la mesa, para entorpecerles el avance, corrió hacia la salida de emergencia y salió a la calle. Joaquín y Soriano le siguieron a la carrera. El chaval tenía más de gato que de camaleón. Saltaba los contenedores de basura como si nada, zigzagueaba entre los automóviles, giraba en redondo cogido a los postes de las señales de tráfico, esquivaba a la gente, daba zancadas en las paredes. Le seguían a la zaga admirados de su agilidad. Joaquín y Soriano rozaban el límite del desmayo. Habían perdido su fondo físico hacía años. El Camaleón de Vallecas penetró en un callejón, clausurado por un cerramiento de obra, y trepó por la alambrada. Soriano comprendió que iban a perderle, desenfundó su arma, le dio el alto y disparó un tiro al aire. El Camaleón de Vallecas se quedó paralizado, aferrado a la verja metálica, temeroso de que la segunda bala fuese directa a su espalda. Como suponía le perseguía la bofia y eran capaces de aplicarle la «ley de fugas».

—¡No disparen! —gritó con todas sus fuerzas.

Bajó de la alambrada y levantó las manos.

—¡Quién anda ahí! —vociferó una mujer asomada a una ventana, alarmada por la detonación.

—Forofos merengues, señora —dijo Joaquín—. El Real Madrid ha metido un gol y lo hemos celebrado con un petardo.

—El Madrid ha jugado hace una hora —replicó la mujer— y ha perdido por dos a cero.

—Mi compañero es sordo y se habrá confundido de equipo.

—¡Meteros los petardos en el culo! —zanjó el tema la vecina y cerró la ventana.

El Camaleón de Vallecas permanecía manos en alto sin entender qué pasaba.

—Baja los brazos —dijo Joaquín—. Pareces un cristo.

Alberto Soriano le empujó contra la alambrada para cachearle. Sus bolsillos estaban vacíos. Durante la huida se había desecho de las drogas y los medicamentos. Halló su documentación.

—Voy a quedarme esto —dijo, y alzó la cartera.

—Conozco mis derechos —dijo, envalentonado—. No pienso hablar.

Esto es un atropello. Llevadme a comisaría y llamad a mi abogado.

—Para abogado —se burló— el que llevó aquí colgado. ¿Dónde guardas las drogas, las anfetas, los corticoides…?

—No diré nada salvo en presencia de mi letrado —insistió.

Al capitán Soriano se le agotó la paciencia. Alzó su Star y le presionó un moflete con el cañón. El Camaleón de Vallecas notó el hierro todavía caliente por el disparo.

—Os denunciaré por malos tratos —amenazó—. Asuntos Internos se encargará de vosotros. ¡Fascistas!

—Déjame que te aclare algo, Camaleón —dijo Joaquín—. No somos maderos.

Al oír la negativa le cambió la expresión de la cara. Se la había jugado a varias bandas rivales, por hacerse con la venta de anfetas en los locales nocturnos de la Gran Vía, y temió estar en poder de sicarios. Por primera vez le tembló la voz.

—Si es cuestión de dinero —dijo— podemos arreglarlo.

—Somos legionarios —aclaró el capitán—, amigos de Cristina Losvalles y estamos cabreados porque le vendías corticoides.

—No conozco a ninguna Cristina Losvalles.

—Sí sabes quién es.

—¡Juró por Camarón que no!

—Piénsalo bien. Estás a punto de conocer el dolor.

—Vamos —terció Joaquín—. No cabrees a mi amigo. Cristina Losvalles cantaba en el Café de la Bohemia, tú le vendías corticoides y ahora está muerta.

Tragó saliva.

—¿Amapola de Triana?

—Sí.

—¿Muerta?

—Alguien la asesinó y tú has comprado todas las papeletas del sorteo.

—¡Yo no tengo nada que ver! ¡Ni siquiera sabía que había fallecido!

—¿Vas a responder a las preguntas? —dijo Soriano, y le presionó el moflete.

—Deja de apuntarme, por favor. Las armas las carga el diablo.

Guardó su pistola. Una pequeña concesión para inspirarle confianza.

—Espero —dijo Joaquín— que demuestres la misma agilidad con la lengua que con las piernas.

—Practico parkour —dijo, para justificar su forma física.

—¿Dónde obtienes las drogas, las anfetas, la ketamia…? —arrancó Soriano.

—Las drogas de traficantes de la Cava Baja y los medicamentos de un grupo de jubilados. Les aleccionó sobre las dolencias y los síntomas que deben esgrimir ante sus médicos de cabecera y les recetan los calmantes y corticoides.

—Y tú —dedujo Joaquín— les compras las recetas.

—A diez euros cada una. Voy a la farmacia cojo las medicinas y las revendo en el mercado negro diez veces más caras.

—Bonita forma de ganarse la vida —le echó en cara Soriano.

—A los gitanos —se defendió— nadie nos da trabajo. Nos buscamos la vida como podemos.

—A partir de esta noche vas a dedicarte a la chatarra como todos tus compadres, porque si vuelves a cruzarte en mi camino vendiendo mierda te arrepentirás.

El Camaleón de Vallecas asintió. Aquel tipo hablaba en serio.

—¿Por qué la Amapola de Triana tomaba corticoides? —siguió Joaquín.

—Nunca hago preguntas a mis clientes. La discreción impera en nuestro gremio. Ella me pedía prednisona. Un corticoide de los caros. Sin receta nadie los vende.

—Te lo preguntaré otra vez —le amenazó—. ¿Por qué tomaba corticoides?

—Para poder cantar —soltó, temiendo verse de nuevo con el cañón en la cara—. Perdía la voz poco a poco. Cuando le vendí la última caja estaba casi afónica.

—¿Nada más?

—Le suministraba la prednisona, me pagaba y hasta la próxima. ¡Creedme!

Joaquín y Soriano se miraron. Decía la verdad. Se limitaba a venderle los corticoides.

—Puedes irte —dijo Joaquín.

Les miró desconcertado. Deseaba marcharse, librarse de aquellos sujetos, pero temía que le metieran una bala por la espalda.

—Vamos, lárgate —le ordenó Soriano y le devolvió la cartera.

El chaval giró en redondo, ágil como una gacela, se encaramó a la alambrada, descendió de un salto al otro lado y desapareció a la carrera.

—Ese desgraciado no sabía nada.

—Tenemos que tirar de todos los cabos.

—Estoy reventado, Joaquín. Ya no sirvo para estos trotes.

—Me solidarizo con usted. Tengo ganas de pillar la cama.

—Recojamos la Sanglas y vayamos a descansar. Mañana será otro día.

—A primera hora visitaremos al cura de San Ginés. A ver si él puede aclararnos algo.

Capítulo. 50

Poco antes de las cinco de la madrugada el Sol y Sombra estacionó su Renault en doble fila cerca del Café de la Bohemia. Comprobó que el machete estuviese sujeto a su cinturón y bajó del coche. Besó su cristo de oro y observó el morro del Renault. El impacto, al atropellar a la prostituta, había destrozado la aleta derecha. No pensaba repararla. Se compraría un coche nuevo con el dinero que pensaba atesorar. Un Audi, Mercedes, Jaguar o BMW, un modelo de esos que costaban más de cien mil euros. Caminó hacia el café. A las cinco cerraba. Lo había comprobado durante su vigilancia desde el bar La Maliciosa. Pensaba registrar el camerino de Cristina Losvalles. Había llegado el momento. Siempre desconfió de su buena voluntad. Quizás escondía allí la clave que le convertiría en millonario. El padre Contreras se había acojonado, retirado de la búsqueda y dejado de darle órdenes. Ahora podía actuar a su libre albedrío.

Inspeccionó la puerta principal y como suponía estaba cerrada. El dueño del local y el vigilante jurado dejaban el café alrededor de las cinco y media, tras retirar en un furgón blindado la recaudación de la noche. Dio algunas vueltas, andando de prisa para entrar en calor, y apostó a la espera. A poco el furgón paró frente a la marquesina, dos guardias de la compañía de seguridad se apearon, recogieron la saca del dinero, subieron al furgón y arrancó. El dueño del café y el vigilante saldrían en breve. Tenía que entrar y registrar el camerino de la Amapola de Triana antes de que el local quedara vacío y conectaran la alarma. Se encaminó a la trasera del café, valoró la cerradura de la puerta de servicio y sacó su estuche repleto de ganzúas, palanquetas, horquillas, destornilladores de relojero y rastrillos. Cogió una ganzúa de tamaño medio y tentó el ojo de la cerradura. Oyó un ¡clic! y liberó el pestillo del cerradero. Abrió la puerta, prendió la luz de una pequeña linterna y, sin hacer ruido, accedió al interior. Las voces del dueño y el vigilante sonaban en un murmullo lejano. Eso facilitaba sus propósitos. Recorrió el café hasta encontrar la zona de los camerinos y buscó la puerta rotulada con el nombre de «Amapola de Triana». Forzó la cerradura, auxiliado de sus herramientas de ratero, y entró.

A las cinco y media de la madrugada el Quisquilla ya solía estar en su casa, pero en su última actuación había roto una cuerda de la guitarra y se entretuvo en sustituirla, afinarla y rasgar algunas notas para comprobar su armonía. Había actuado más nervioso de lo normal.

Temía que el Camaleón de Vallecas se hubiese percatado de su traición y regresara para ajustarle las cuentas. Miró la hora en el reloj de su camerino: las 05:35. Debía terminar antes de que don Emilio cerrara el café. Limpió su Ramírez con un paño humedecido de cera líquida, guardó el instrumento en su funda, se puso una chaqueta de lana y se anudó una bufanda al cuello. Abrió su taquilla y cogió un nunchacu, un mayal corto empleado por los antiguos campesinos japoneses para trillar el arroz, un arma defensiva típica de las artes marciales niponas. Aprendió su manejo durante una gira de seis meses por Japón como guitarrista del cantaor Pepe el Sanguijuela. De noche los peligros acechaban. Cobraba cuarenta euros diarios, la cantidad que le correspondía del reparto de las propinas, y no estaba dispuesto a que alguien se los trincara en la primera esquina a punta de navaja. Se guardó el nunchacu en la chaqueta y cerró la puerta de su camerino. Anduvo hacia la salida de servicio para abandonar el local. Al pasar junto al cuarto de Cristina observó luz por debajo de la puerta. Decidió entrar. Un individuo, armado de una linterna, hurgaba en sus pertenencias. Sus trajes de coplista estaban esparcidos por el suelo, el cajón de los afeites abierto y el cofre de la bisutería tenía la cerradura reventada.

—¿Quién coño eres? —gritó el Quisquilla—. ¿Qué haces aquí?

El Sol y Sombra permaneció callado. Le dirigió la linterna a la cara, para deslumbrarle, y desenfundó su machete. El guitarrista estaba acostumbrado a la luz directa de los focos. Dedujo que era un vulgar ratero, alguien que se había escondido al finalizar el espectáculo para robar. Extrajo su nunchacu y lo volteó alrededor de la cintura, como su admirado Bruce Lee. Las luces de emergencia le bastaban para ver al ladrón.

—Vamos —dijo el Quisquilla, sin miedo— ven a por papá.

El Sol y Sombra soltó la linterna y lanzó una finta con su machete. El Quisquilla esquivó el envite, le golpeó el brazo con un palo del nunchacu, su adversario lanzó un aullido de dolor pero no soltó el cuchillo. El Sol y Sombra se le echó encima, ágil como un tigre, sin dar tiempo al Quisquilla a recuperar la posición de ataque con su arma de madera. El guitarrista notó el acero penetrarle las entrañas. Ni siquiera tuvo fuerzas para gritar, para emitir un lamento. Sintió un vacío profundo en su vientre, un estallido y un volcán de sangre tiñó de rojo las paredes del camerino. Soltó el nunchacu y cayó muerto al suelo. El Sol y Sombra recuperó su linterna, escupió un gargajo sobre el cuerpo, cogió un puñado de clínex, limpió el machete y las salpicaduras de sangre de su chupa, y salió del camerino. Oyó un

crujido y quedó a la expectativa. El vigilante descendía por la escalera de madera que comunicaba la sala y el despacho de Emilio Cortés. Abrió la puerta y escapó a la carrera.

—¿Quisquilla, eres tú? —gritó el vigilante.

No obtuvo respuesta. Vio la puerta de servicio abierta, se acercó, comprobó que no hubiese nadie en el callejón y la cerró. Mañana le echaría la bronca por dejársela abierta.

Capítulo. 51

El barrio de Lavapiés, en el centro de Madrid, fundado en el siglo xv como un mercado extramuros en el antiguo camino real a Toledo, desde la década de los noventa sufría una degradación constante y algunos de sus edificios habían sido desalojados por sus inquilinos y ocupados por jóvenes antisistema, inmigrantes, indigentes, drogadictos y menores marroquíes dedicados al robo en tiendas. La presencia de cundas o taxis de la droga, que trasladaban a los adictos a los poblados chabolistas de Las Barranquillas o la Cañada Real para adquirir sus dosis, se habían convertido en una pesadilla para los vecinos.

Andreu Bellpuig abandonó el metro por la salida de la plaza de Embajadores. Consultó en la pantalla de su móvil el callejero de Madrid y se dirigió a la calle Alonso del Barco, donde estuvo la pensión que el Sol y Sombra había registrado como su domicilio habitual. El bloque, ocupado por una comunidad de jóvenes, se había convertido en un centro social y cultural para niños inmigrantes. Nadie le daría razón. Echó un vistazo a su alrededor. Frente al edificio de la vieja pensión abría sus puertas un colmado. Entró y una joven le atendió.

—¿Qué desea? —le preguntó, a la defensiva por los constantes hurtos que sufría.

—Información sobre una persona que vivió en la pensión de ahí enfrente —señaló Bellpuig.

—¿Es policía?

—No —dijo, incómodo por tener que mentir—. Intento localizar a un amigo de la mili para retomar la amistad.

—Ha llegado tarde —resopló la chica—. La pensión cerró hace años debido a la ruina que sufre el barrio.

—Algo he visto.

—La regentaba un matrimonio mayor y acabaron hartos.

—¿Por la falta de clientes?

—En sus buenos tiempos —le explicó— en la pensión residían poetas, escritores, músicos, bohemios que llegaban a Madrid en busca de una oportunidad. Este barrio era un hervidero de cultura pero, poco a poco, se degradó y la fonda acabó por convertirse en un refugio de macarras, prostitutas, camellos, drogadictos, gente de mal vivir que se marchaba sin pagar el hospedaje.

—Un panorama nada alentador.

—La pareja sufrió robos, amenazas, incluso una paliza, y decidieron cerrarla y largarse a su pueblo. Pasado un tiempo el edificio lo ocuparon unos jóvenes anarquistas y hasta hoy.

—Me gustaría mostrarle una fotografía de la persona que busco por si pudiera ayudarme.

—Solo llevó un año al frente del negocio —se justificó—, pero mi padre sí mantuvo relación con varios clientes de la pensión. Se reunían en un bar, que también ha cerrado por culpa de la inseguridad, a jugar al mus. Espere, por favor.

La joven corrió una cortina de tela, gritó «¡papá!», hacia el interior de la trastienda y a su reclamo acudió un anciano apoyado en un bastón.

—Papá —dijo— este señor quiere ver si puedes ayudarle.

—Usted dirá.

Andreu Bellpuig le mostró en la pantalla del móvil la fotografía del Sol y Sombra de su ficha policial.

—¿Le conoce?

—Déjeme ver.

El hombre se puso unas gafas, cogió el teléfono y lo acercó a sus ojos.

—Sí —dijo, tras observar la imagen—. En alguna ocasión jugó al mus con nuestra camarilla. Aunque no era un habitual de las partidas.

—¿Recuerda cómo se llamaba?

—Me pide demasiado. Tengo ochenta y cinco años y mi memoria escasea.

—Le suena Anselmo Bejarano.

—Bejarano… —meditó—. Ahora que lo dice, sí.

—¿A qué se dedicaba?

—Vaya a saber —dijo, e hizo un aspaviento—. Conocí a Anselmo. Pero nunca intercambiamos confidencias. Aunque puedo asegurarle que en la pensión no vivía ningún banquero ni estrella del cine. Todo eran trabajadores o bohemios.

—¿Sabe dónde puedo encontrarle?

—Ni idea. Se hospedó poco tiempo. Al parecer las cosas le fueron mal, quedó a deber una buena suma de dinero y jamás volvieron a verle.

—¿Alguien podría conocer su paradero?

—Ningún antiguo huésped frecuenta ya en el barrio. La mayoría han muerto o marchado a otro lugar. Si yo pudiera también me iría, pero percibo un retiro muy bajo y mi hija está en paro. Este colmadito es lo único que tenemos para malvivir.

—Gracias por su amabilidad —dijo, dispuesto a marcharse.

—No creo que le sirva —le retuvo el anciano— pero hace unos años me encontré de casualidad a Anselmo por la calle. Me dijo que la vida le había tratado mal, que incluso tuvo que dormir a la intemperie y que gracias a un amigo suyo había encontrado trabajo.

—Cualquier detalle es bueno. Siga.

—Le pregunté dónde trabajaba y me dijo que en el bar La Maliciosa. Pero vaya a saber si todavía sigue allí. Han pasado muchos años. Lo más seguro es que no exista ni el bar. La crisis ha cerrado un montón de tascas.

—Tiene memoria selectiva —dijo Bellpuig—. Recuerda el nombre del bar.

—Se me quedó grabado porque de joven fui alpinista y La Maliciosa estaba entre mis montañas preferidas. Realicé un montón de excursiones, tanto en invierno como en verano. Le llaman La Maliciosa por la dificultad que tiene su ascenso.

—¿No recordará también la dirección?

—Creo que nunca me la dio.

—Ya…

—¿Le he ayudado?

—Claro, hombre. Averiguaré si el bar La Maliciosa todavía sigue abierto.

—Lo dudo. Pero no se me ocurre otra cosa.

—Gracias —zanjó Bellpuig la conversación.

Al abandonar el colmado el subinspector caminó hacia la plaza de Embajadores. Las cundas paraban el tiempo justo para cargar a cuatro o cinco drogadictos, en busca de sus chutes diarios, y partir hacia los supermercados de la droga. Rastreó en su móvil datos sobre el bar La Maliciosa de Madrid. Halló algunos locales de idéntico nombre en pueblos cercanos. Nada que le sirviera de ayuda. Salió de Google y llamó al caporal Carles Capmany.

—Subinspector —dijo al abrir la conexión—, ¿qué tal sus días de descanso?

—Menos guasa. Aunque ahora esté al mando de la brigada aún soy su jefe.

—En la comisaría nadie se cree que se haya ido de vacaciones.

—Lo que piense la gente no importa.

—Dígame.

—Intento localizar en Madrid un bar llamado La Maliciosa, pero no tiene página web. Lo he comprobado. Hágame un favor y consulte el registro oficial. Desde mi móvil, por seguridad, no tengo acceso a los archivos.

—Deme un instante.

—Permanezco a la espera.

La línea quedó vacía mientras Carles Capmany accedía a los registros del ordenador central de la Comisaría General de Policía de la Generalitat. El auricular solo transmitía el ruido de fondo de una conversación ininteligible. Sus vacaciones, en pleno invierno, se habían convertido en la comidilla de la comisaría. A su regreso tendría que dar explicaciones a sus compañeros.

—Subinspector —le reclamó la voz del caporal Capmany.

—Le escucho.

—He consultado el Registro de Inicio de Actividad de Establecimientos de Restauración de Madrid y en la Comunidad hay varios bares de ese nombre.

—Cíñase a los que estén en la capital. Anotaré las direcciones.

—Creo que puedo facilitarle las cosas.

—¿En qué sentido?

—He revisado las fichas policiales de sus dueños y uno ha pasado por el trullo.

—Interesante.

—Se llama Antonio Cervera, alias el Pelucas. Se dedicaba a la compra y venta de cabello.

—Un negocio en auge durante la posguerra.

—Su empresa quebró y para salir del bache tuvo la ocurrencia de cometer un atraco. La cosa acabó mal, le trincaron y pasó unos años en prisión. No ha vuelto a tener problemas con la justicia.

—Se ha rehabilitado.

—Quizás un día vuelva al negocio de las pelucas: por cien gramos de cabello se pagan ochenta euros.

—Venderé el mío en cuanto regrese —bromeó.

—Ni dos céntimos le darán. Solo se compran cabelleras de cuarenta centímetros de largo como mínimo.

—Vaya…

—Le paso los datos del bar y del Pelucas por WhatsApp.

—Gracias, Capmany. Siempre me salva por los pelos.

Capítulo. 52

Al levantarse, Joaquín Ayuso llamó a Ángela, como solía hacer cada mañana, para ponerla al día de sus pesquisas e interesarse por la marcha de la vaquería. Ella estaba tensa, enfadada. Consideraba que la estancia de Joaquín en Madrid se prolongaba más de lo razonable. Discutieron y se enzarzaron en una pequeña bronca. Deseaba que él regresara a casa. Le echaba de menos y las horas se le hacían interminables. Necesitaba abrazarle, besarle, compartir el día a día. La soledad la deprimía. Apenas salía salvo a comprar comida. Sin él su vida se resumía a las labores domésticas y al control de la vaquería. Ni siquiera podía pasear porque la nieve cubría los caminos y el frío arreciaba. Joaquín comprendía sus motivos, aunque los rechazaba sin dar su brazo a torcer e intentaba argumentar a su favor. Deseaba volver a casa y a su rutina pero la investigación, aunque despacio, avanzaba. No podía abandonar al capitán. Había hecho un juramento de lealtad. Su instinto le decía que las cosas iban a cambiar, que algo estaba a punto de ocurrir. Pero ella se mostraba inflexible. Tanto que le lanzó un ultimato: regresaba en una semana o iría a buscarle y le devolvería arrastras. Joaquín la vio capaz de cumplir su amenaza. Ángela era una mujer de armas tomar. Le prometió que si en el plazo de siete días no resolvían la muerte de Cristina Losvalles volvería a Guijo de Gredos. Se despidieron y colgó. Debería cumplir la promesa. Miró el reloj. Se había pasado una hora al teléfono.

Alberto Soriano escuchó retazos de la conversación mientras se preparaba para patear las calles. No podía consentir que sus mejores amigos tuvieran problemas por su culpa. Se acercó a Joaquín.

—Lo siento —dijo—. He sido un egoísta. Tienes una mujer encantadora y no puedes arriesgarte a perderla por mi culpa. Ella es mucho más importante. Vete si quieres. Ya has hecho bastante por mí. Te estoy agradecido. Yo me ocuparé del asesino de Cristina.

—Solo ha sido una pataleta —le quitó importancia—. Se le pasará. La semana que viene, si sigo aquí, me dará otro ultimato de otra semana. Conozco a Ángela como si la hubiese parido.

—No tientes a la suerte. El verdadero amor solo se vive una vez.

Joaquín cabeceó y meditó la sentencia que acababa de pronunciar Soriano. Jamás permitiría que algo le distanciara de Ángela. Lo tenía

claro. Sin ella nada merecía la pena. Vio a su amigo vestirse su tres cuartos de piel vuelta, para salir a investigar en la iglesia de San Ginés, y acudió a su habitación en busca del barragán. Iban a marcharse y sonó el chirrido del timbre. Nadie, salvo la hija del capitán y el inspector Juan Barrientos, conocía la dirección del apartamento. Soriano contestó al telefonillo.

—Sí —dijo.

—¡Soy Barrientos! ¡Ábrame, por favor!

Soriano miró a Joaquín extrañado. No esperaban la visita del inspector. Pulsó un botón del portero automático, para abrir el portal, y giró la llave de la puerta del apartamento para liberar los pestillos. Esperó de pie en el rellano, escuchó el ronroneo del ascensor y Juan Barrientos le saludó.

—Siento presentarme sin avisar —se disculpó—, pero llevó un buen rato intentado hablar con usted por teléfono y me ha sido imposible.

Soriano miró su móvil. Lo había desconectado por la noche y todavía lo mantenía inactivo.

—Perdone —dijo Joaquín—, he llamado a mi mujer y he tenido el teléfono ocupado un buen rato.

—No se preocupen. La comisaría está cerca.

—¿Un café? —le ofreció Soriano.

—No, gracias. Acabo de tomar. Me gustaría hablar con ustedes.

—Por supuesto. Está en su casa.

Le invitó a pasar y cerró la puerta tras de sí.

—Veo que están listos para salir —dijo—. No les entretendré.

—Trae cara de preocupación.

—Es un buen observador.

—Mirar es gratis.

—Anoche —dijo, sin rodeos— asesinaron a Ataulfo Pinares, alias el Quisquilla, un guitarrista del Café de la Bohemia. He sabido que era el exmarido de Cristina Losvalles y que estuvieron haciéndole preguntas.

—¿Cómo se ha enterado?

—Por Emilio Cortés. El propietario del local. A él también le sometieron a un tercer grado.

Su sexto sentido había funcionado. Joaquín esperaba algo importante pero por nada el asesinato del Quisquilla. El guitarrista le caía bien. Era un buen hombre, un luchador forjado a sí mismo en las miserias de la vida.

—¿Quién le ha matado? —dijo.

—Alguien que entró a robar. Suponemos que el Quisquilla le sorprendió en plena faena, hubo un forcejeo y el ladrón le clavó un cuchillo en el estómago y reventó las tripas.

—¿Le cosió a navajazos?

—No hubo ensañamiento. Solo una cuchillada pero letal en extremo.

—De una puñalada —argumentó— es imposible reventar a alguien. Tiene que haber saña.

—No si el asesino emplea un machete de matar tiburones.

—¡Joder! —exclamó Soriano, sin reprimir su asombro—. Nunca he oído hablar de ese tipo de arma.

—Son cuchillos de doble filo fabricados en acero quirúrgico.

—¿Acero quirúrgico?

—Una aleación de cromo, molibdeno y níquel —aclaró Joaquín—. Los he visto anunciados en revistas.

—La empuñadura alberga una cápsula de anhídrido carbónico. Un botón libera el gas por un conducto interior de la hoja. El forense hizo una prueba. Clavó un cuchillo parecido en un melón, expulsó el gas y la fruta estalló.

—Acuchilla y revienta a las víctimas —dedujo Soriano.

—Causa unos destrozos impresionantes. El gas liberado equivale al volumen de una pelota de baloncesto. El forense nunca había visto nada igual. Una cuchillada hizo que las tripas del Quisquilla se esparcieran por todas partes.

—¿Podemos ayudarle?

—Háblenme de su entrevista con Emilio Cortés y el Quisquilla. Si atamos cabos quizá adelantemos en la investigación.

—El señor Cortés —dijo Joaquín— no aportó nada relevante y del Quisquilla solo obtuvimos que Cristina Losvalles tenía problemas de voz y se inyectaba corticoides para desinflamar sus cuerdas vocales.

—Eso lo reveló la autopsia —dijo, pensativo.

—En su investigación no encontró quién le recetaba los corticoides porque los adquiría en el mercado clandestino a un camello de poca monta, el Camaleón de Vallecas.

—Abel Montoya —recordó—. Un conocido de la comisaría. Le hemos detenido varias veces. Pediré que le localicen para interrogarle. Puede ser un testigo de cargo.

—No juegue ese tanto, inspector.

—Sorpréndame.

—También hemos hablado con él. Se limitaba a venderle los corticoides. Nada más.

—¿A qué esperaban para ponerme al corriente? —protestó, molesto.

—A tener algo importante. La información de que disponemos no lleva a ninguna parte.

—Preferiría que permanecieran al margen.

—No le pida peras al olmo —terció Soriano.

—Es por su seguridad.

—Para mí es una cuestión de honor.

—No me obliguen a arrestarles.

Alberto Soriano extendió las muñecas.

—Adelante. Nada tiene contra mí. Contrataré a un abogado y tendrá que soltarme en cinco minutos. No complique las cosas que bastante se complican solas.

Juan Barrientos no pretendía humillar al capitán. Solo protegerle. Sospechaba que se enfrentaban a un asesino peligroso, a un psicópata. En opinión del forense el arma empleada así parecía indicarlo. Si no puedes vencer a tu enemigo, pensó, únete a él.

—Son dos huesos duros de roer —dijo—. Sigan investigando. Allá ustedes. Pero infórmenme de sus pasos, por insignificantes que sean, y recuerden que Madrid es una ciudad peligrosa. No se imaginan hasta qué punto.

—No más que el Sáhara —ironizó Soriano.

—Aquello fue un infierno —admitió—. Me lo contó mi padre. Pero solo ayer en Madrid hubo dos asesinatos: el Quisquilla y una prostituta del polígono Marconi.

A Joaquín y Soriano un chispazo les recorrió el cuerpo.

—¿El polígono Marconi?

—Sí. Un centro de la prostitución callejera.

—¿Qué ocurrió?

—Al parecer —expuso— un cliente insatisfecho arrojó a la chica de su coche y después la atropelló. Ya ven cómo las gastan algunos. En las grandes ciudades la empatía se ha perdido. Cada día se parecen más a una jungla que a un espacio de convivencia en defensa unos de otros. Los seres humanos se agruparon y formaron sociedades para ganar en seguridad. Esos principios de solidaridad, defensa y apoyo se han perdido.

—¿Cómo se llamaba la prostituta?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Curiosidad —dijo, indiferente.

—Regina Cardoso, alias Culito de Melocotón. Una brasileña. La pobre vino a España engañada por las mafias de trata en busca de una vida mejor.

Alberto Soriano tragó saliva. Joaquín Ayuso permaneció callado. Le dejó llevar la iniciativa. Estaba visto que prefería ocultarle al inspector Barrientos que también habían hablado con Manuela Velasco, alias Pepita de Oro. Si abrían la boca Barrientos, esta vez sí, les arrestaría y

acusaría de obstrucción a la justicia. El nombre de Regina, la carioca amiga de Pepita de Oro, lo mantenían fresco en su memoria. Era la chica asesinada. Había sido testigo de su conversación. Hicieron bien en callar. Sospechaban que los asesinatos de Cristina Losvalles, Ataulfo Pinares, alias el Quisquilla, y Regina Cardoso, Culito de Melocotón, formaban parte de la misma trama criminal.

Capítulo. 53

Como buen policía Juan Barrientos cumplía dos reglas a rajatabla: nunca revelaba sus fuentes y jamás descubría al completo la información de que disponía para resolver un caso. La primera la había llevado al extremo en varias ocasiones al negarse a desvelar ante un juez la identidad de un confidente o un testigo que colaboraba con la policía, y la segunda formaba parte de su rutina de trabajo. Ni siquiera ante sus compañeros o superiores se mostraba transparente como el agua. Guardarse una parte de sus pesquisas le permitía saber quién de entre los sospechosos decía la verdad o mentía, quién de sus subordinados encaminaba de manera correcta una investigación y quién se dispersaba o seguía una pista errónea o falsa. Amparado en su segunda regla, había ocultado a Alberto Soriano y a Joaquín Ayuso que durante el registro llevado a cabo en el Café de la Bohemia, tras el asesinato del Quisquilla, sus agentes habían hallado en el camerino de Cristina Losvalles unas cuartillas manuscritas que Emilio Cortés, el propietario del local, había identificado como redactadas de puño y letra de la coplista.

Al ofrecerle un café mintió al afirmar que ya había tomado. En realidad estaba en ayunas. De regreso a la comisaría entró en una cafetería. Quería desayunar solo, en calma, fuera de su despacho, sin el incordio de las llamadas telefónicas, sin los intervalos obligatorios para atender a sus agentes, sin escuchar las quejas lejanas, los lamentos de los detenidos, sin los intervalos obligatorios para leer un expediente o exponer su opinión sobre un informe técnico. Quería analizar en soledad las cuartillas escritas por la Amapola de Triana, desmenuzar su contenido, empaparse de sus pensamientos para conocerla en su intimidad, en su recogimiento. En cualquiera de sus líneas podía estar la clave para descubrir a su asesino. Conocer la vida de una víctima resultaba esencial para hallar a su verdugo. Entre ambos siempre existía, lejano o próximo, un vínculo de unión.

El camarero le sirvió su pedido, un cruasán y un chocolate caliente, y Barrientos desplegó sobre la mesa un puñado de cuartillas. No podían considerarse un diario. No estaban numeradas ni seguían un orden concreto salvo el cronológico de los hechos que Cristina Losvalles transcribía al papel. Colocó las hojas unas junto a otras. Antes de leerlas efectuaría un somero análisis caligráfico para conocer la psicología de la Amapola de Triana. Algo necesario para entender su

forma de pensar, de comportarse, para adentrarse en su mente. No se consideraba un experto grafólogo pero había visto infinidad de peritajes de escritura realizados por profesionales. Observó el texto en su conjunto y las letras y palabras por separado. Todos sus rasgos caligráficos: la longitud de las jambas, las líneas descendentes a la derecha, la inclinación irregular de las letras (verticales, dextrógiras o levógiras), los márgenes superiores exagerados, los izquierdos ausentes, los derechos irregulares y la aparición de «chimeneas», como llamaban los grafólogos a los espacios entre palabras que formaban un margen dentro del cuadro gráfico, hablaban de una persona enfrentada a una angustia vital, de un ser anclado en la tristeza, depresivo, preocupado por su economía, falto de confianza en sí mismo, víctima de una lucha interna, alejado de sus seres queridos, desprovisto de la firmeza necesaria para enfrentarse a personas o coyunturas delicadas, deseoso de alcanzar la claridad mental y desprenderse de la inseguridad. La escritura de alguien de emociones desbordadas que luchaba por salir a flote sin saber nadar. Mordió un pedazo de cruasán, bañado en chocolate, e inició la lectura:

… Estoy sola en casa. Me siento triste, muy triste. Necesito hablar con alguien. Por eso escribo. Nunca lo había hecho antes. Escribo para buscar respuestas a la razón de mi vida. El destino nunca me ha tratado bien. Pienso que ha sido injusto conmigo. ¿Qué he hecho yo para merecerlo? Nada, pienso. La respuesta quizá la tenga ese Dios en el que jamás he creído, aunque siempre le he temido porque mi madre, muy devota, le temía y me trasmitió su miedo atávico a lo desconocido. Constantemente me he preguntado el porqué de mis desgracias hasta que un día miré a mi alrededor y vi que la miseria anidaba en cada persona. Pero la gente calla, se guarda sus desdichas para sí. La enfermedad o la pobreza se consideran estigmas en una sociedad que ha perdido la empatía y la misericordia por el prójimo. Poco importa que seas varón o hembra, rico o pobre, listo o estúpido, la vida es caprichosa y te golpea cuando menos lo esperas. Soy maestra en ello. Soy un ser vejado. Solo recuerdo con nostalgia y cariño mi infancia en Triana. Allí fui feliz. Mi madre y yo nada teníamos salvo alegría. Yo tampoco aspiraba a mucho más. Lo confieso. Triana representaba para mí el mundo ideal, un lugar sin maldad ni penas. Dormida y despierta sueño en los días de mi niñez, en un tiempo delicioso que escuchaba ¡olés! salir por las ventanas las tardes calurosas de verano si transmitían una corrida de toros en la televisión. Sueño con las voces de mis vecinas que entonaban canciones los sábados, los días que se entregaban al aseo de las alcobas y barrían los portales y aceras empuñando sus escobas de

mango de caña y cepillo redondo de sorgo. Allí, entre aquellas mujeres de naturaleza fuerte y divertida, que cantaban a todas horas, descubrí la copla. Jamás imaginé que tuviera aptitudes para el canto. Pero ya de niña me arranqué a cantar coplas aprendidas de oído de la boca de mis comadres o en las radios que atronaban las casas como un terremoto. Siempre asocié la copla al dolor, por sus letras y músicas que arrancaban lágrimas en recuerdo de los familiares emigrados a tierras lejanas, lágrimas por amores perdidos, por seres desaparecidos. La mayoría de las coplas hablan de dolor. Mi vida ha sido una copla, un dolor imperecedero. Fui cantante porque no quería ni podía ser otra cosa. No sirvo para nada más. En mis pocos años de éxito me hubiese gustado ver a mi padre en una butaca de la platea para presenciar una de mis actuaciones, vestida de traje de cola y topos, bajo el destello multicolor de un cañón de luz. Pero jamás supe de él y mi madre nunca me habló de los motivos que la llevaron a alejarse de sus brazos. Para ella su matrimonio fueron años para olvidar. La falta de la figura paterna la he echado de menos en mi vida y a ella atribuyo mi fracaso con los hombres. Sobre mi padre el tiempo ha traído rumores, unos verdaderos, otros quizá malintencionados.

Llegué a ser coplista tras recorrer un vía crucis. Comencé cantando en tabernas de pescadores por un plato de judías para el almuerzo y una sopa de tamboril para la cena. No me importaba. Me sentía la mujer más feliz del mundo por aliviar la magra economía de mi madre que se dejaba los ojos, día y noche, año tras año, cogiendo puntos de media y remendando prendas. A mí madre le encantaba verme actuar. Se sentía orgullosa de mí. Gracias a que gané un concurso radiofónico di el salto de las tabernas y tablaos de medio pelo a los mejores escenarios de España. Y aquel éxito, paradojas del destino, me condujo a la miseria. Mi triunfo me despojo de la felicidad y la alegría. Curiosa paradoja. Jamás imaginé la crueldad que podían destilar los hombres, sí, los hombres, quienes solo ven en nosotras objetos de placer y servidumbre. Ellos me acusaron de amañar el concurso, de cantar en sonido pregrabado, de haber comprado al jurado. A mí, que apenas sabía leer y escribir, tenía dieciséis años y ni un céntimo en el bolsillo. Recibí insultos y amenazas, y caí en las redes siniestras de un mánager sin escrúpulos. Me vaticinó una gran carrera como coplista. Llegué a creerle, pero de ser verdad sus palabras, su maldad las echó al traste. Ahí, en ese punto de inflexión, comenzó mi calvario que solo terminará el día que muera. Ese día me liberaré de mis desgracias, de mi dolor y de mi sufrimiento.

Al principio el éxito me sonrió. Debo reconocerlo. Ni en mis mejores sueños imaginé un triunfo tan grande. Llenaba los teatros y las salas de fiesta allí donde actuaba. Mis admiradores me lanzaban ramos de

flores al escenario, me enviaban al camerino cajas de bombones de licor, gritaban bravos y olés, y aplaudían hasta que les regalaba uno, dos o tres bises. Grabé dos discos y en la cumbre de la fama, por mi condición de mujer, todo se vino abajo como un castillo de naipes desbaratado por un soplo de aire. Los hombres se creen nuestros dueños y, por rechazar el cortejo burdo de mi representante, mi carrera de coplista se eclipsó. Jamás he contado esto a nadie. Ni siquiera a mi madre o a mi amado Alberto, el hombre que me ha devuelto las ganas de vivir, el hombre que me ha hecho sentir mujer por primera vez. Mi agente, cuyo nombre prometí no pronunciar nunca más desde aquel día, me violó. La mayor infamia que puede sufrir una mujer. Ser violada por alguien al que consideras tu amigo te mata en vida. Siempre he callado mi ultraje por vergüenza. Mi representante me pidió matrimonio. Me negué y esa misma noche se presentó en mi camerino tras finalizar la actuación. Me sorprendió desnuda, en el acto de vestirme de calle. Mi cuerpo lo velaba a sus ojos un biombo. Le grité que saliera del cuarto pero él se negó. Dio una patada a la antipara y contempló mi desnudez con deseo de animal herido. «Nunca serás de otro, sin antes ser mía», dijo, y su voz calma me aterró. Se abalanzó sobre mí. Me arrastró a una cama turca y allí, cual bestia surgida de la selva, me penetró hasta satisfacer su sexo desbocado. La sangre manó de entre mis piernas pero no sentí dolor sino rabia. Al concluir su vileza juró matarme si revelaba lo sucedido. Tuve miedo. En su cólera le vi capaz de cumplir la amenaza. No conforme con violarme, arrebatarme mi castidad, me robó todo el dinero que había ganado y juntaba peseta a peseta para comprar una casita a mi madre. Aquel hombre se llevó mi honra, mi dignidad, mi dinero y mis ganas de vivir. Tras estos incidentes supe por primera vez el significado de la palabra «depresión». Me sumergí en un abismo. Sentí vergüenza y asco de mí misma. Me consideraba una mujer sucia y despreciable. Los nervios rotos me hicieron perder la voz y busqué consuelo en el alcohol y el láudano. Un absoluto despropósito fruto de mi ignorancia. ¡Pobre infeliz! No vi otra salida. Aferrada a una botella de cazalla los problemas desaparecían pero mi salud se consumía trago a trago. El alcohol me quemó la garganta y todas las puertas profesionales se me cerraron. Alcanzar el éxito me reportó grandes sacrificios pero me abandonó sin ningún esfuerzo. Con anhelo logré recomponer mi salud aunque mi voz nunca recuperó su bello timbre. Mis cuerdas vocales, por efecto del láudano y el alcohol, se convirtieron en un fino y frágil cristal, y los cambios de temperatura, el humo del tabaco, engordar o adelgazar, me quebraban la voz. Nunca me he repuesto de aquel bache. Pensé en suicidarme, en arrojarme a la vía del tren o en saltar al vacío para borrar mi nombre del libro de la vida. Mis afonías se volvieron crónicas y temí no poder

cantar. Jamás supe hacer otra cosa que cantar.

El amor se ha comportado con la misma tiranía que mi delicada voz. Nunca nadie me amó. Nunca sentí la pasión de unos besos o el calor de un abrazo más allá del sexo frío, apresurado, vacío e insatisfecho. Las mujeres necesitamos amar, querer, para disfrutar de nuestro cuerpo. Somos incapaces de entregarnos sin un mínimo de cariño. Ni siquiera mis amantes ocasionales me proporcionaron el placer que toda mujer ansía de un hombre. Me casé con Ataulfo Pinares, el Quisquilla, un buen mozo que me ayudó en los momentos más difíciles, cuando nadie me tendía una mano amiga y muchos me pisoteaban solo para burlarse de mí. Pero nunca le amé como una mujer ama a su marido. Él bebía los vientos por mí y yo me casé solo por compasión, por gratitud, y cometí otro error imperdonable: el día que rompí nuestra relación perdí a mi mejor amigo. Nunca le he echado en cara nuestro fracaso. Solo yo tuve la culpa…

El móvil se agitó en su bolsillo. El inspector Barrientos descolgó. Le reclamaban para un asunto urgente en la comisaría. Recogió los folios, dejó el importe de la consumición sobre la mesa y se marchó.

Capítulo. 54

La dirección facilitada por Carles Capmany situó a Andreu Bellpuig en la calle Toledo, cerca de la Plaza Mayor. Caminó un trecho y, sin necesidad de fijarse en los números, un rótulo percudido, con el dibujo esquemático de una montaña de dientes de sierra y sus cumbres pintadas de blanco para representar la nieve, le señaló el bar La Maliciosa. Le echó un vistazo antes de entrar. Se trataba de un local de paso que vivía de los trabajadores de los comercios vecinos y de su proximidad a la Plaza Mayor. Un bar de gente transeúnte, sin clientes fijos, frecuentado por obreros de la construcción que trabajaban en la rehabilitación de algunas viviendas y mochileros sin un céntimo que buscaban comida barata. El interior apenas disponía de iluminación y la vidriera, cuajada de bocetos de las tapas que ofrecía, necesitaba la maestría de un limpiacristales para retirar el polvo y la grasa que la empañaba. Empujó la puerta, de vidrios igual de sucios que la cristalera, saludó a una mujer, que ordenaba en la barra un surtido de bollería para los desayunos, y se sentó en un taburete.

—¿Qué va a tomar? —le atendió.

—Un café.

—¿Algo de comer? Los cruasanes y los sobaos acaban de llegar.

—No, gracias.

La camarera le sirvió y Bellpuig aprovechó para preguntarle por el propietario del bar.

—¿El señor Cervera anda por aquí?

—En la cocina —respondió, recelosa.

Desde que su marido dejó el negocio de la compra y venta de cabello nadie le trataba de «señor».

—Me gustaría hablar con él.

La esposa del Pelucas le miró de arriba abajo, intentando averiguar el interés que tenía en su esposo, y se tomó un tiempo para contestarle.

—¿Quizá yo pueda ayudarle? —dijo—. Mi marido anda en los

fogones.

—Trato de localizar a Anselmo Bejarano. Un amigo común.

Al oír el nombre del Sol y Sombra la mujer tuvo un respingo. Bellpuig percibió su reacción. Había sido adiestrado para leer el lenguaje corporal. Le conocía.

—Nunca he oído ese nombre —dijo ella—. Hable con mi esposo.

La mujer marchó hacia la cocina y al poco apareció el Pelucas. Bellpuig le vio tenso, a la defensiva. Estaba sobre aviso.

—¿Por quién pregunta? —se hizo el despistado.

—Por Anselmo Bejarano. ¿Le conoce?

—No —dijo—. Por aquí pasa mucha gente. Los habituales son pocos y nadie de ese nombre.

—Tengo entendido que trabajó en su bar una temporada.

—Le han informado mal. —El Pelucas acentuó más la tensión de su rostro—. Este es un negocio familiar y lo atendemos mi mujer y yo. Nunca hemos contratado a nadie. La ganancia es poca. Se ha equivocado de local.

—¿Por qué busca a ese hombre? —dijo la mujer, asomada al quicio de la puerta de la cocina y medio oculta tras una cortina de bolitas de plástico.

—Somos amigos.

—Siento no poder ayudarle —insistió el Pelucas—. Puede que le hayan dado mal la referencia.

Andreu Bellpuig apuró el café, de un dispensador extrajo una servilleta de papel, se limpió los labios y abonó la consumición. Se despidió y salió del local. Todos sus movimientos fueron lentos, para estudiar la reacción de sus interlocutores. No tenía ninguna duda de que conocían al Sol y Sombra. Como temió desde un principio tendría que montar guardia a pie de calle. Algo que detestaba.

El Pelucas y su mujer le observaron alejarse calle abajo.

—Ese tipo olía a pasma de lejos —dijo el Pelucas.

—Te dije que te alejaras del Sol y Sombra. Ese capullo nunca caminará recto.

—Es un buen tío. Hay que ayudar a los amigos.

—No si comprometen a tu familia. No quiero verle nunca más por aquí. Solo nos traerá problemas.

El Pelucas cabeceó en un gesto de desconsuelo.

Capítulo. 55

La visita inesperada de Juan Barrientos, para notificarles el asesinato de Ataulfo Pinares, obligaba a Joaquín Ayuso y a Alberto Soriano a replantearse su línea de investigación. Algo que hasta ese momento descartaban. La coyuntura en que se produjo la muerte violenta de Regina Cardoso, amiga de Manuela Velasco, resultaba sospechosa y tenían la certidumbre de que estaba relacionada con el asesinato de Cristina Losvalles. A Regina Cardoso la mataron después de que ellos interrogaran a Manuela Velasco. Nada de lo ocurrido podía atribuirse a la mera casualidad. Regina Cardoso escuchó la conversación. Estaban desconcertados. Los asesinatos de Ataulfo y Regina les habían descolocado. Intentaban esclarecer una muerte y otras dos se sumaban a sus desvelos.

—Caminamos —dijo Soriano— en círculo. Estamos perdidos.

—Algo se nos escapa. Debemos reflexionar.

—Lo único que sabemos es que Cristina perdía la voz.

—Y que de motu proprio decidió tomar corticoides. Acudió a la venta clandestina y el Camaleón de Vallecas se los suministró.

—Correcto. Pero nada de esto justifica que alguien la matara.

—Abramos otra vía.

—¿Hacia dónde?

—Supongamos que el Camaleón de Vallecas nos ha mentido o ha dicho la verdad a medias.

—¿Qué insinúas?

—Los medicamentos bajo cuerda son caros. Puede que convenciera a Cristina para que traficara y se pagara sus dosis.

—Ella jamás se hubiese metido en ese barrizal. Era buena gente.

—Si algo ha quedado demostrado es que usted desconoce su vida.

—Cristina pasó épocas malas, como nos comentó José Luis Camacho,

pero nunca se metió en trapicheos.

—Consumía láudano.

—Eso quedó atrás hace muchos años.

—Solo tengo otra opción.

—Dime.

—Que alguien lave trapos sucios del pasado.

—Me parece más razonable.

—De ser así nos hemos metido en un buen charco.

—Pues habrá que secarse los pies y seguir adelante.

—Juguemos la carta de la iglesia de San Ginés.

—Si el cura sabe algo se cerrará en banda. Se acogerá al secreto de confesión.

—Probemos.

—De acuerdo.

—Luego hablaremos con Manuela Velasco. Seguro que nos aclara algo sobre los pormenores que rodearon la muerte de su amiga.

Capítulo. 56

Abrió la puerta de su piso del barrio de Entrevías, cogió las pocas cosas de valor que guardaba: ropa de recambio, una sortija y unas arracadas de oro, que pertenecieron a su madre, y las metió en una bolsa de loneta. Se la cargó a la espalda. El Sol y Sombra dejó las llaves de la vivienda sobre la encimera de la cocina, salió y cerró la puerta de golpe. Anduvo en busca de su vehículo, echó la bolsa en el maletero y condujo hasta el bar La Maliciosa. Tenía que pedirle un último favor a su amigo el Pelucas. Siempre le había ayudado y esperaba que esta vez no le fallara. Estacionó su Renault en doble fila, con la llave puesta en el contacto y las luces de emergencia intermitentes. Ya no iba a necesitarlo. Le importaba una mierda lo que hicieran con el coche. La policía ordenaría a la grúa municipal llevarlo al depósito y buscarían al propietario para sancionarle. Se la sudaba. Hacía tres años que lo compró a un gitano rumano y nunca había tramitado el cambio de nombre. Extrajo la bolsa del maletero, se la cargó a la espalda y anduvo hasta el bar.

Andreu Bellpuig, paciente en su guardia, le vio entrar en La Maliciosa. La lejanía le obligó a comprobar su identidad en la fotografía almacenada en la memoria de su teléfono móvil. La imagen no le hacía justicia. El Sol y Sombra había envejecido, mostraba un aspecto depauperado, y lo atribuyó a los años transcurridos desde que los Mossos d'Escuadra le abrieron la ficha policial. Permaneció vigilante. Solo debía aguardar, seguirle y averiguar sus manejos. Estaba convencido que la agresión a Marc Rovira escondía algo más gordo. Un tráfico de estupefacientes o un robo a gran escala. Lo investigaría. Para eso había viajado de incógnito a Madrid. A través de la cristalera del bar le observó hablar con el Pelucas. Parecían discutir. La distancia le impedía conocer los términos de la conversación.

—Pelucas —dijo el Sol y Sombra—, necesito que me hagas un favor.

—Lárgate —espetó—. Me pones en un compromiso.

—¿A qué vienen esos humos?

—Esta mañana ha venido un madero preguntado por ti.

—¿La poli?

—No se ha identificado pero reconozco a un pasma hasta vestido de nazareno.

—Necesito que me prestes dinero.

—Sabes que estoy tieso. El negocio va mal.

—Me marcho de Madrid.

—Haces bien.

—Desapareceré una temporada. Tengo asuntos que atender.

El Pelucas asintió. Comprendía la congoja de su amigo. Él también había pasado épocas difíciles. Abrió la caja registradora, cogió trescientos euros y se los entregó.

—Toma —dijo—. Es cuanto tengo. Si se entera mi mujer me crucifica.

El Sol y Sombra contó el dinero.

—Gracias. Prometo devolvértelo multiplicado por mil.

—Siempre has sido un soñador.

—Eso me mantiene vivo.

—Entérate bien. Para salir de pobre o pegas un palo de cojones o te metes en política y tú no vales ni para una cosa ni para la otra.

—Te haré rico. Lo juro.

El Pelucas cabeceó. El Sol y Sombra asió la puerta, abrió y salió a la calle.

—Cuídate, amigo —le gritó el Pelucas—. Ahí afuera hay gente que quiere joderte.

Andreu Bellpuig le vio salir del local y le siguió. No perderle de vista sería fácil. Vestía una chupa de cuero y cargaba una bolsa de deporte a la espalda.

Capítulo. 57

Un día más Joaquín Ayuso tuvo que soportar la incomodidad del asiento trasero de la Sanglas. La cercanía de la iglesia de San Ginés al domicilio de Alberto Soriano, un kilómetro escaso, abrevió su tortura. La suspensión de la moto, en exceso dura, a cada bache golpeaba sus nalgas contra el asiento. Soriano aparcó la Sanglas sobre la acera, cerca del templo, desmontaron y se encaminaron a la calle Arenal, peatonal para disfrute de los transeúntes. Al llegar a la iglesia Joaquín contempló su fachada de ladrillo y galería de tres arcos. Subieron las escaleras que conducían al atrio y entraron en el templo. La austeridad de la imagen exterior nada tenía que ver con su interior, presidido por un altar mayor flanqueado por cuatro columnas de fuste liso y capiteles de orden corinto enmarcando un gran lienzo del martirio de san Ginés de Arlés. La iglesia estaba vacía. Solo una anciana, de luto y tocada de mantilla negra de encaje de bolillos, rezaba arrodillada frente al altar y las cuentas de un rosario enredadas en sus dedos. En un lateral un hombre de unos setenta años, de cabello cano, vestido de clériman, retiraba la limosna de los cepillos. Soriano supuso que se trataba del cura y se dirigió a él.

—Perdone —dijo—, ¿es usted el párroco?

Se tomó unos segundos antes de responder. Los dos tipos plantados ante sí tenían pinta de policías y dedujo que venían a interrogarle sobre la muerte de Cristina Losvalles. Debía mostrarse frío, seguro de sí mismo, sin temor.

—El padre Marcial Contreras —dijo—. Para servirles. ¿Qué se les ofrece?

—Investigamos el asesinato de Cristina Losvalles. Una de sus feligresas.

Alberto Soriano extrajo su cartera y mostró al párroco la fotografía de ella que guardaba en el portarretratos.

—No sé quién es.

—Trabajaba en el Café de la Bohemia —incidió Joaquín—. Cerca de aquí. Acudía a misa en su parroquia.

—Lo siento, pero nunca la he visto —insistió—. La iglesia de San Ginés tiene fama en Madrid y viene gente de otros barrios a la celebración de la liturgia. Mi parroquia siempre está llena durante los oficios. Otras no pueden presumir de lo mismo. Lamento no poder ayudarles.

—Nosotros también lo sentimos.

—¿Son policías?

— No. ¿Por qué lo pregunta?

—Han dicho que a la mujer la habían asesinado y lo he supuesto.

—Caballeros legionarios —terció Soriano, y le enseñó su credencial.

—¿Legionarios? —espetó, sorprendido.

—Sí.

—¿Por qué le interesa a la Legión esa mujer?

—Cantaba —dijo, sarcástico— El novio de la muerte como nadie.

El cura sonrió.

—Valientes y leales legionarios —bromeó, parafraseando una estrofa del himno—. Abandonaron el Sáhara. Una vergüenza. El espíritu del Tercio se perdió para siempre en tierra de moros.

Alberto Soriano despreciaba la altivez del cura.

—A nadie, por muy cura que sea —dijo—, le permito chungas con la Legión.

Joaquín conocía el carácter irascible del capitán y temió que desenfundara su pistola. Llevaba con orgullo y honor haber pertenecido al Tercio.

—Vayámonos —dijo, y le arrastró del brazo hacia la salida.

—De tener bemoles —les provocó el cura— el 23-F hubiesen defendido la patria como Milans del Bosch o Antonio Tejero, y España seguiría siendo una grande y libre, sin matrimonios gais, abortos o comunistas campando a sus anchas.

Alberto Soriano se desabrochó la trenca. Otra provocación y estaba

dispuesto a liarla. A trompicones Joaquín logró conducirle a la puerta. En el atrio le soltó.

—¡Jodido cura! —protestó Soriano—. La Legión es un cuerpo militar democrático y nuestros compañeros, aunque muchos son ateos como tú y yo, sienten un respeto profundo por la religión. Cada año sacan en procesión al Cristo de la Buena Muerte en la Semana Santa malagueña.

—Ahí discrepo —dijo—. En un Estado aconfesional el sincretismo entre el Ejército y la religión carece de sentido.

Soriano sonrió. Su enfado le había pasado.

—¿Qué hubiésemos hecho tú y yo si nos ordenan pasear al Cristo?

—Pasarnos a los regulares o desertar a las filas moras —rio.

Alberto Soriano se abrochó la trenca, dispuesto a ir en busca de su Sanglas, y alguien chistó a su espalda. La anciana que rezaba piadosa frente al altar les reclamaba. Caminaba despacio, debido a su avanzada edad, pero mantenía un porte elegante.

—¿Qué desea buena mujer? —dijo Joaquín, al tenerla enfrente.

—No he podido evitar oírles —se disculpó—. El silencio y la acústica de la iglesia hace que las conversaciones se oigan desde cualquier rincón.

—Perdónenos por alzar la voz —dijo Soriano—. Pero el cura tiene un carácter de aúpa.

—Me ha parecido —siguió— que preguntaban a don Marcial por Cristina Losvalles.

—Sí.

—Yo admiraba a la Amapola de Triana —dijo, compungida—. Soy aficionada a la copla y mi difunto marido, al casarnos, me regaló una gramola para que escuchara discos. La ponía a todas horas.

—¿Conocía a Cristina Losvalles?

—Claro que sí —ratificó—. Tenía una voz espectacular. Leí su esquela mortuoria en el periódico y me causó una gran congoja. Tan joven como era la pobre.

—¿Acudía a la iglesia? —dijo Joaquín, para evitar que la anciana se dispersara en sus pensamientos.

—Sí. ¿Me dejan ver su foto?

Alberto Soriano extrajo su cartera y se la mostró.

—Es ella —dijo, segura—. El padre Contreras no debe de haberla reconocido. Es un hombre con miles de cosas en la cabeza. En una ocasión se le olvidaron las misas de difunto que dos veces a la semana le encargo por el alma de mi marido, que en paz descanse.

—¿Cristina oía misa en San Ginés? —insistió Joaquín.

—La vi varios días. Pero no acudía a la liturgia. Llegaba casi al final de la misa y al terminar iba a la sacristía y pasaba allí un rato.

—¿Con don Marcial?

—Y su sacristán, Anselmo.

La declaración de la anciana ponía en cuestión las palabras del cura. Las mentes de las personas mayores sufrían desórdenes neuronales que les llevan a distorsionar la realidad y Soriano dudó de las afirmaciones de la mujer.

—¿No confundirá a la Amapola de Triana con otra coplista? —dijo.

—Imposible. La conocía bien —se mantuvo firme—. Un día esperé a que saliera y la pedí un autógrafo. Miren.

Sacó una carterita, buscó entre las fotos de sus hijos y nietos, y les mostró una estampita de san Ginés de Arlés dedicada y firmada por Cristina Losvalles: «Para Laura y su familia de todo corazón».

—No tenía otro papel a mano —dijo, para justificar la rúbrica en una imagen del santo—. La conservaré siempre. Amapola de Triana y sus coplas me han alegrado muchas tardes de soledad.

Alberto Soriano cogió la estampa y la examinó. La dedicatoria la había escrito de puño Cristina. Reconoció su letra.

—Gracias, señora. Ha sido muy amable —dijo.

—De nada. Queden con Dios.

—Y a usted que la acompañe.

La anciana se marchó y ellos fueron a recoger la Sanglas.

—¿Piensas igual que yo? —dijo Soriano.

—Sí. El cura nos ha mentido.

Capítulo. 58

Joaquín Ayuso y Alberto Soriano estaban dispuestos a hablar con Manuela Velasco sobre la muerte de Regina Cardoso, pero antes debían averiguar su domicilio. La prostituta amiga de Cristina Losvalles solo les había comentado que vivía cerca de la iglesia de San Ginés. Entraron en varios comercios del barrio, preguntaron por ella, pero nadie supo darles razón. Joaquín, habituado en la Legión a indagar en condiciones difíciles, resumía su éxito a la estadística: a más personas interrogadas más probabilidades de que alguna le pusiera en la pista correcta. Esta filosofía le había librado del desaliento. Visitaron algunos establecimientos y las dependientas negaron conocerla. Había que seguir adelante. Buscaban las tiendas más antiguas, las que rezumaban solera, algunas abiertas desde la década de los cincuenta, convencidos de que los dueños eran tan viejos como sus negocios y alternaban con el vecindario. En un comercio de ultramarinos, regentado por un tendero en la frontera de los setenta, formularon su pregunta, repetida hasta la saciedad, sobre el paradero de Manuela Velasco. Para su sorpresa el hombre cabeceó en un claro gesto de afirmación. La conocía. Era su clienta desde hacía años. Les indicó la calle y, aunque ignoraba el número de la vivienda, les describió el edificio. No tenían pérdida. En los bajos había una mercería.

Localizaron el bloque. Llamaron a un timbre al azar y preguntaron por Manuela Velasco. Por el telefonillo una mujer les indicó el piso que buscaban. Pulsaron el timbre correcto y reconocieron la voz de Pepita de Oro.

—¿Quién es? —dijo.

—Alberto Soriano, el amigo de Cristina Losvalles, y mi compañero. Hablamos contigo ayer por la noche en el polígono Marconi.

—Os abro. Subir.

El sonido mecánico de un relé liberó el pestillo. Joaquín empujó la puerta y accedieron al interior de un bloque de viviendas de principios del siglo xx, carente de ascensor, una escalera estrecha de madera y barandilla de hierro, y la iluminación tan pobre como la mayoría de los inquilinos que habitaban el inmueble. Soriano resopló ante el primer tramo de peldaños. Había perdido fuelle. Al coronar el rellano

Pepita de Oro les esperaba apoyada en el pasamanos de la baranda.

—No esperaba veros tan pronto —dijo—. ¿Cómo habéis dado conmigo?

—Preguntando se llega a Roma —resopló Soriano.

—En un ultramarinos nos han dicho cómo llegar —le explicó Joaquín.

—Don Raimundo —dedujo—, el dueño del Colmado de las Princesas. Me llevo bien con él. Le hice un par de servicios y desde entonces me deja las latas de atún y de aceitunas a mitad de precio. Pasad, por favor.

Les condujo a un comedor, amueblado con enseres adquiridos en el rastro y las paredes cubiertas de papel pintado de motivos vegetales, añejo y percudido por la suciedad. Les ofreció compartir un sillón de dos plazas, de tapicería algo raída, y ella se acomodó enfrente en una silla. Joaquín la observó. Su cara mostraba unas ojeras prominentes y sus ojos las pupilas enrojecidas de llorar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—No he dormido —admitió—. Anoche, a poco de marcharos, un coche atropelló a mi amiga Regina y la mató.

—De eso queremos hablar contigo —dijo Soriano.

—¿Cómo os habéis enterado? Los periódicos no han dado la noticia. A nadie le importa una puta de más o de menos en el mundo.

Alberto Soriano sintió un nudo en la garganta. Comprendía su rabia. Las lágrimas afloraron a los ojos de Pepita de Oro y le ofreció su pañuelo. Se las secó y un lamparón de rímel manchó la tela impoluta.

—¿Qué ocurrió? —dijo Joaquín.

—Yo atendía a un cliente. Acabé y vi a Regina correr, pedir auxilio y a un coche acelerar tras ella hasta arrollarla.

—¿Hay más testigos?

—Sí —dijo—. Una compañera observó a un tipejo reclamar sus servicios. Ella subió al coche y al rato la echó de malas maneras. Regina corrió aterrada y antes de que llegara al callejón donde estábamos el coche la embistió y mató.

—¿Alguien memorizó la matrícula?

—La policía interrogó a las chicas y nadie se fijó en la matrícula. Como pudisteis comprobar los chulos apedrean las farolas y apenas hay luz. Además, el coche la atropelló a la salida de un descampado alegado del callejón. Llevaba las luces largas, de carretera, con la intención de deslumbrar. Nadie vio al detalle lo ocurrido.

—Un atropello premeditado.

—Eso pienso —dijo—. El sujeto la llevó al descampado con alguna excusa. Regina era muy confiada por más que le repetía que recelara de todo el mundo. ¿Por qué no me haría caso?

—¿Podría tratarse de un cliente habitual?

—¡Vete a saber! —dijo, e hizo una mueca de indiferencia—. Al polígono se acercan hombres de todas clases: ricos en cochazos de infarto, chavales sin una perra gorda, pajilleros que nos espían a escondidas y se masturban, viejos babosos que se conforman con mirarnos, inmigrantes que tras meses de abstinencia ahorran cuatro perras para aliviar su rijo, casados insatisfechos del sexo con sus mujeres…

—¿Tenía enemigos?

—Que yo sepa, no.

—Esas chicas viven en absoluta soledad —terció Soriano.

—Pobre Regina —musitó—. Cualquier día dejo el oficio. Ya estoy harta.

—Antes de morir, ¿dijo algo que permita identificar a su asesino? —siguió Joaquín.

—Una compañera que la socorrió me contó que estaba reventada. El coche le pasó por encima.

—¿Dijo algo? —insistió, para analizar los hechos y valorar el mínimo detalle.

—Me contó que Regina deliraba. Otra chica, Rosarito la Chochona, una gitana de la Cañada Real, le cogió la cabeza, para evitar que se ahogara en su sangre, y le gritó llena de rabia: «¿Quién te ha hecho esto? ¡Dímelo…, dímelo…! Mi marido y mis hijos se encargarán de

él». Pero Regina tenía los ojos en blanco, solo balbucía palabras sin sentido y vomitaba coágulos de sangre. Seguro que su cerebro se hizo agua.

—¿Qué decía? —inquirió Joaquín.

—Tonterías —dijo—. Una vez, que la Chochona le gritó para mantenerla despierta y evitar que cayera en el sopor de la muerte, balbució una frase en brasileño: «Un homem de duas cores».

—¿Qué diantres significa? —preguntó Soriano, atento a la conversación.

—Un hombre de dos colores —tradujo—. Como veis la pobre deliraba. Suspiró, tuvo una convulsión, se estremeció y murió. Rosarito le cerró los ojos. Minutos después llegó el Samur y solo pudo certificar su muerte.

Capítulo. 59

El proceder del Sol y Sombra puso en alerta a Andreu Bellpuig. Llevaba un rato siguiéndole y su conducta era errática, no obedecía a un patrón lógico. Parecía caminar sin rumbo fijo, como si anduviese perdido, sin saber adónde se dirigía. Había dejado su coche en doble fila. Alguna patrulla de la policía, de vigilancia en el centro, detectaría el vehículo mal estacionado y ordenaría retirarlo a la grúa municipal. Al Sol y Sombra esta posibilidad no parecía inquietarle. Por algún motivo que desconocía había abandonado el coche y se desplazaba a pie. Debía acecharle para averiguar su destino. Quizá tenía previsto atracar un banco o cometer cualquier otra fechoría. De un delincuente podía esperarse cualquier barbarie.

El Sol y Sombra caminaba rápido, giró por algunas calles y de repente se detuvo en seco. Bellpuig le vigiló entretenido frente a un escaparate de artículos religiosos. Por el reflejo del cristal le vio inspeccionar una Sanglas aparcada sobre la acera. Cavilaba robarla. Por eso había abandonado su vehículo, una chatarra con el morro destrozado. En Barcelona también robó un escúter para trasladarse al domicilio de Marc Rovira. El Sol y Sombra comprobó la matrícula. Era la moto de los tipos que había seguido hasta el polígono Marconi. ¿Qué hacía ahí? Le importaba una mierda. Su destino ya estaba decidido. Había matado y volvería a matar una y mil veces para conseguir su objetivo. Matar era más fácil que vivir en la indigencia. Nada le detendría. Miró en derredor. No vio el comercio que buscaba. Por un instante cruzó su mirada con Bellpuig. El subinspector disimuló ante el aparador que exhibía tallas de ángeles, vírgenes, santos y objetos propios de la liturgia. El Sol y Sombra retrocedió. Deshizo el camino. Se metió en una calle estrecha, entró en una ferretería y salió con un paquetito bajo el brazo. Bellpuig estaba convencido de que pensaba robar la moto. El Sol y Sombra regresó junto a la Sanglas. Miró a la gente que transitaba por la acera, para comprobar si alguien le controlaba, y se agachó. Posó la bolsa, abrió el paquete y hurgó en ambas ruedas de la moto. Guardó un objeto, se echó la bolsa a la espalda y siguió su peregrinar por las calles de Madrid. Bellpuig respiró aliviado. Se había equivocado. No quería robar la Sanglas. Le vio alejarse. Bellpuig tenía que decidir entre seguirle o acercarse a examinar la moto. El Sol y Sombra andaba de prisa, a zancadas, de entretenerse le perdería. Bellpuig cambió de acera, pasó junto a la Sanglas y le echó una mirada rápida. Todo parecía en orden. El Sol y Sombra se había

convertido en un puntito entre la multitud. Solo su chupa de cuero y la bolsa de deporte le permitió definirlo entre la gente. Dio una carrera y se colocó unos metros detrás de él.

Capítulo. 60

La charla con Manuela Velasco no les aclaró gran cosa. La muerte de Regina Cardoso, a tenor de las declaraciones de los testigos y el análisis del suceso, no parecía guardar relación con los asesinatos de Cristina Losvalles y Ataulfo Pinares, el Quisquilla, pero Joaquín Ayuso había aprendido, en los manuales de adiestramiento de los agentes del SIS, que la casualidad debía descartarse como hipótesis de trabajo en labores de inteligencia y defensa. Cualquier hecho obedecía a una lógica, general o concreta, y podía relacionar a sus protagonistas a través de la coincidencia, pero nunca la casualidad. Aunque lo desconociese había un vínculo, una causalidad, un punto de unión entre las tres muertes. Tendría que averiguarlo. Joaquín y Alberto Soriano repasaron la situación de camino a la Sanglas. En Madrid sus pesquisas parecían agotadas. Cristina Losvalles había levantado un muro a su alrededor y ni siquiera sus más allegados conocían la verdad de su vida. Si acaso retazos sueltos e inconexos. Nada revelador.

—Ha llegado la hora de tirar la toalla —dijo Soriano, convencido.

—Si lo dice por el ultimato de Ángela todavía hay campo que correr.

—Hemos tocado todas las teclas del piano de la vida de Cristina y no tenemos nada. El instrumento no suena. La policía tampoco tiene nada y ellos trabajan con más medios que nosotros.

—No sea pesimista —le recriminó—. Disponemos de un poco más de información que ellos. Podemos relacionar las tres muertes. Les vamos unos metros por delante. Solo es cuestión de reflexionar. Algo se nos escapa.

—Yo me rindo. Daría cualquier cosa por trincar al hijo de puta que mató a Cristina pero soy realista. Andamos metidos en la rueda de un hámster.

—Quedan dos lugares que no hemos investigado.

—¿Cuáles? —preguntó, sin comprender sus palabras.

—Sus orígenes. El inicio de su vida. La conducta de las personas se explica por sus raíces, por las circunstancias que rodearon su infancia.

—¿Me propones ir a Triana?

—Primero a Peñíscola y luego a Triana.

—¿Y qué piensas encontrar allí?

—Algo más que en Madrid.

—De Peñíscola se marchó de niña y de Triana siendo joven. La gente la habrá olvidado. ¿Merece la pena el periplo?

—Lo ignoro. Pero deberíamos intentarlo. ¿Qué podemos perder?

—Tiempo.

—Eso no cuesta.

—A ti sí. Ángela está que trina.

—Todavía tengo unos días de margen.

—Por mí encantado. El frío de Madrid ya me tiene harto.

—Vayamos a Atocha a comprar los billetes.

—Hecho.

Joaquín suspiró aliviado. Por un instante temió que su amigo quisiera viajar a Peñíscola y Triana en la Sanglas. En esta ocasión no estaba dispuesto a ceder. Antes se marchaba a su casa y le dejaba con un palmo de narices por cabezota. Por suerte la cordura había vuelto a sus meninges. Joaquín ya había tenido bastante con el viaje de Guijo de Gredos a Madrid. Una penitencia injusta. Ningún pecado merecía semejante purga. Entretenidos en su charla sobre los detalles del caso llegaron junto a la Sanglas. Montaron, Soriano arrancó y puso rumbo a la estación de Atocha. Aceleró, un semáforo cambió de ámbar a rojo, accionó las manijas de los frenos y el sistema no respondió. La motocicleta siguió su marcha hacia la luz roja. Soriano hizo una maniobra brusca, para no arrollar a los peatones que cruzaban, y estampó la Sanglas contra unos contenedores de basura. Rodó por el suelo como una peonza. Joaquín pudo saltar a tiempo, antes de chocar con los cubos de plástico, pero también dio varias vueltas sobre el asfalto. La gente corrió a socorrerles. Se levantaron por su propio pie. No habían sufrido heridas. Solo algunos desgarros en la ropa. La tela del barragán de Joaquín y la piel del tres cuartos de Soriano, ambas gruesas y de excelente calidad, amortiguaron la caída. De tener el

accidente en verano las quemaduras y los cortes cubrirían sus cuerpos.

—¿Se encuentran bien? —les preguntó una señora.

—Sí —dijo Soriano—. No ha sido nada. He pisado una mancha de aceite.

—Por suerte iban despacio —habló un hombre del grupo—. Podían haberse matado.

—Las motos son peligrosas —dictaminó la castañera de un quiosco cercano—. En cuanto llueve algún motorista da con los dientes en el suelo. Este invierno ya van cinco.

—Hoy no llueve señora —evidenció el quisquilloso de turno.

—Da igual. Este invierno ya se han roto la crisma cinco motoristas en esta calle.

—Será por culpa del asfalto —vaticinó una voz anónima.

Al comprobar que los ocupantes de la moto estaban bien el grupo se disolvió poco a poco. Al quedarse a solas Joaquín se acercó a su amigo.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó—. No hay ninguna mancha de aceite.

Alberto Soriano levantó la moto. Varias piezas de los estribos cayeron al suelo. La Sanglas tenía el guardabarros abollado, la llanta y el neumático de la rueda delantera destrozados, debido al impacto contra los contenedores, los puños del manillar habían saltado y el faro y los intermitentes descansaban astillados en mil pedazos sobre el pavimento. Apoyó la moto en su caballete e inspeccionó los cables de los frenos. Se los mostró a Joaquín. Alguien los había cortado.

—Perdí el control a la hora de frenar —dijo.

—¡Joder! —espetó Joaquín—. ¿Quién puede haber sido el cabrón?

Alberto Soriano, de manera instintiva, giró en redondo y miró a su alrededor en busca de una cara sospechosa. No vio a nadie.

—Ni puta idea —dijo.

—Quizás alguna tecla del piano sí ha sonado.

—Alguien se ha puesto nervioso ante nuestras preguntas.

—Delo por cierto. Ha querido asustarnos, darnos un aviso.

—Me sobran cojones para esto y mucho más.

—Dejaremos que se confíe. Seguiremos nuestro plan.

—¿Peñíscola y Triana?

—Eso es.

—Como en los viejos tiempos. Con un par de huevos.

—El cabrón que ha acortado los cables pensará que nos hemos acojonado y retirado de la investigación. Se confiará, dará un paso en falso y le caeremos encima.

—¡Qué ganas tengo de que meta la pata!

—Andando. A Atocha.

—Espera —dijo—. Tengo que llamar al seguro para que se haga cargo de la moto.

—¿Va a repararla?

—No —dijo—. De la chatarra vienes y a la chatarra regresarás. Pediré a la grúa que la lleve a un desguace. La Sanglas fue un capricho tonto. La próxima vez que me dé la vena me compro un descapotable. ¿Te gusta el Triumph?

Capítulo. 61

Andreu Bellpuig seguía al Sol y Sombra convencido de que planeaba cometer un delito en breve. Andaba apresurado, como si llegara tarde a una cita. Dobló una esquina y se detuvo frente a la puerta de una iglesia. Bellpuig, que le observaba de lejos, le preguntó a un viandante el nombre del templo para situarse en la geografía religiosa de Madrid. Se trataba de la parroquia de San Ginés. Se quedó pensativo. La iglesia no parecía el lugar más apropiado para cometer un asalto salvo que pretendiera robar una valiosa reliquia o una obra de arte. Le vio empujar la puerta, para intentar entrar, pero estaba cerrada. El Sol y Sombra lanzó una patada de rabia a la madera que le impedía el paso. Miró a su alrededor. Vio una cabina de teléfonos. Ensartó las asas de la bolsa en sus brazos, se la colgó a la espalda, a modo de mochila, y caminó hacia el aparato. Bellpuig aprovechó para inspeccionar la puerta de la iglesia y comprobar si había intentado forzarla. Examinó con disimulo la cerradura. Parecía impoluta. Sin arañazos ni golpes. El Sol y Sombra le desconcertaba. Le había visto manipular una moto pero no la había robado y ahora tampoco había forzado la puerta de la iglesia. Dirigió la vista a la cabina, le vio introducir unas monedas en el teléfono y marcar un número. A poco en el interior de la iglesia sonó el repique lejano de un timbre. El Sol y Sombra escuchaba pegado al auricular y miraba a su alrededor como si sospechara que alguien le vigilaba. Tras unos instantes colgó y el timbre cesó dentro de la parroquia. No pretendía robar. ¿Qué buscaba? De momento se conformaría con tenerle controlado. Salvo la agresión a Marc Rovira no había cometido otro delito pero estaba seguro de sus intenciones. Proyectaba un golpe de cierto empaque. Le cazaría en cuanto diera un traspiés. Así le caerían más años de condena que solo acusado de la simple agresión a un decorador al que apenas causó lesiones.

El Sol y Sombra permaneció un instante en la cabina, como si rumiase hacia dónde ir. Bellpuig se mantuvo alerta. No podía acercarse a su objetivo y seguirle de lejos comportaba el riesgo de perderle pese a su indumentaria. El trajín constante de gente y las aceras estrechas dificultaban su labor. El Sol y Sombra echó a caminar, con el mismo brío que antes de detenerse en la puerta de la iglesia, y el mosso d'esquadra tuvo que apretar las zancadas para acecharle. A medida que avanzaba, el Sol y Sombra se alejaba del centro histórico. Al llegar a la calle Atocha todavía apretó más el paso. Ahora a Bellpuig le

resultaba fácil vigilarle porque estaba familiarizado con esta parte de la ciudad. Al llegar a la estación de Atocha se detuvo. Se limpió el sudor que corría por su frente y miró a derecha e izquierda como si precisase orientarse. Bellpuig también acusaba la caminata. Como su objetivo, sudaba a chorros. El Sol y Sombra entró en un dédalo de callejuelas sombrías, sucias y solitarias. Anduvo hasta un portal y pulsó un timbre. La puerta se abrió y entró. Bellpuig esperó a que se cerrara y se acercó al edificio. Clavado en una jamba del dintel un rótulo le indicó que se trataba de una pensión. El Sol y Sombra iba a pernoctar. Había abandonado su domicilio habitual. Meditó qué hacer. No tenía otra alternativa que registrarse en la pensión para seguirle el rastro. Por nada estaba dispuesto a pasar la noche en la calle. Demasiado peligroso e incómodo. Llamó al timbre, alguien abrió y subió al primer piso. Una puerta de cristal transparente de doble hoja dejaba ver un mostrador y a una mujer acodada tras él. La empujó y accedió al interior de la fonda.

—¿Una noche? —le preguntó la encargada.

—Por ahora sí.

—Me permite su documento de identidad. Es para el registro.

—Sí, por supuesto.

Le entregó su carné. La mujer abrió un grueso libro, de páginas rayadas, y anotó su nombre, apellidos, dirección y número del documento. La encargada escribía con poco soltura y aprovechó para leer el nombre del huésped anterior: Pablo Manzano. Anselmo Bejarano, el Sol y Sombra, se había inscrito con un nombre falso. Disponía de un documento nacional de identidad amañado. Nada raro en un delincuente de su categoría. Tramaba algo. La mujer terminó, le devolvió el carné y dio una llave con el número de la habitación grabado en una maderita.

—Está en el segundo piso —dijo.

—¿Hay muchos huéspedes?

—No. La crisis se nota. Solo tengo ocupadas cinco alcobas y todas en el segundo piso.

—Más tranquilidad.

—Para usted sí, para mí no. A menos clientes, menos ingresos.

—Agrupando a los huéspedes ahorra dinero.

—Claro. Así me evito abrir el circuito general de la calefacción. Mantener la pensión caliente cuesta un dineral.

—Lo entiendo.

—Tiene que pagarme por adelantado o dejar una fianza.

—Sin problema. ¿Cuánto es?

—Veinte euros.

Abonó su alcoba, se despidió de la encargada y subió al segundo piso. Entró en su habitación y le sorprendió que alguien pagase por dormir en semejante cuchitril. Estaba limpio pero mostraba una austeridad espartana. Examinó las paredes de placas de yeso tan delgadas como un papel de fumar. Pegó la oreja y escuchó nítida la conversación que su vecino mantenía por teléfono. Un inconveniente a la hora de dormir pero una ventaja para controlar al Sol y Sombra. No ocupaba ninguna de las dos alcobas contiguas a la suya pero el ruido de las puertas al abrirse y cerrarse le permitiría atender a las entradas y salidas de los huéspedes. La cerradura, tan antigua como la pensión, tenía un ojo, un agujero en la parte central del cilindro, de tamaño suficiente para observar el pasillo. Al menor ruido solo tendría que mirar a través de la cerradura para verificar los movimientos del Sol y Sombra. Pensó en darse una ducha, pero temió que en esos minutos le diera esquinazo. Se tumbó en la cama, en absoluto silencio, y esperó el próximo movimiento de su objetivo.

Capítulo. 62

La megafonía interior del tren anunció su próxima parada en la estación de Benicarló Peñíscola. Joaquín Ayuso y Alberto Soriano se levantaron de sus asientos, retiraron su parco equipaje de la valija y se dirigieron a la puerta. El tren detuvo su marcha y se apearon. Estaban a orillas del Mediterráneo y el cambio de temperatura les sorprendió. Pese a anochecer una brisa cálida y suave acarició sus caras. Salieron de la estación, un bonito ejemplo de la arquitectura industrial del siglo xix, y cogieron un taxi: el centro de Peñíscola quedaba a siete kilómetros. Soriano le dio al chofer una dirección y en diez minutos les dejó al inicio de la avenida del Papa Luna, frente a la puerta de un hotel de cuatro estrellas.

—Un sitio fantástico —alabó Joaquín, a la vista del castillo iluminado cuya silueta reflejaba el agua del mar.

—Hice algunas escapadas con Cristina. A ella le gustaba la playa y aquí incluso en invierno puedes darte un chapuzón si calienta el sol. ¿Conoces Peñíscola?

—Nunca había tenido la ocasión hasta ahora.

—No te pierdas detalle. A mí me encanta.

—Solo la conocía del cine —precisó—. En Peñíscola se han rodado varias películas. Aunque su fama la debe a Calabuch y El Cid.

—Ven un día con Ángela. Le gustará. Y un consejo: alójate en este hotelito. Es el mejor a pie de playa.

—Se lo propondré para que me perdone estos días de ausencia. Aunque antes tengo que llevarla a París. Se lo prometí el día de nuestro aniversario.

Entraron en el hotel, el recepcionista cumplimentó los trámites burocráticos del registro y les entregó dos tarjetas magnéticas para abrir y cerrar las puertas de sus respectivas habitaciones.

—Que disfruten de su estancia en Peñíscola —les dijo.

—Gracias —respondió Soriano.

—¿Viaje de negocios?

—Más o menos.

—Somos periodistas —terció Joaquín—. Recabamos información sobre Cristina Losvalles, una coplista.

—Lo siento —se excusó el joven—. No puedo ayudarles. Vine a Peñíscola porque estaba en paro y me ofrecieron trabajo en este hotel. Soy de Castellón.

—¿Quién podría ayudarnos?

—Vayan al ayuntamiento. Hay un gabinete de prensa. En verano suele haber movida entre los famosos y los paparazzi.

Se retiraron. El recepcionista les había facilitado dos habitaciones adyacentes, dotadas de un balcón provisto de una mesita, dos sillas y unas vistas inmejorables a la avenida del Papa Luna, el paseo marítimo, la playa Norte y el castillo templario. El rumor de las olas llegaba nítido hasta los balcones. Un alojamiento ideal para parejas.

—Tiene buen gusto —alabó Joaquín.

—Para Cristina siempre quise lo mejor.

—Eso le honra.

—¿Iremos al gabinete de prensa?

—Sí. Preguntaremos por algún cronista de la ciudad. Hace medio siglo Peñíscola era un villorrio y seguro que todos los vecinos se conocían.

—Queda a tu criterio.

—El truco de los periodistas nos funcionó con José Luis Camacho.

—¡Plumillas del semanario Ecos Trianeros! —se burló—. La cabecera me parece ridícula.

—Lo sencillo siempre funcionaba.

—Tu mandas. Reconozco que para organizar mascaradas eres único.

Se encerraron en sus respectivas alcobas. Joaquín descolgó el teléfono para hablar con Ángela. Pensaba ocultarle que estaba en Peñíscola para no preocuparla todavía más. Ella atendió la llamada y al oír su

voz tuvo un respingo. Ardía en deseos de abrazarle, amarle y recuperar su rutina. Ese mismo deseo la enervó, le riñó, increpó y discutieron otra vez porque todavía ignoraba la fecha de su regreso a Guijo de Gredos.

Capítulo. 63

El ruido de una puerta al abrirse levantó a Andreu Bellpuig de la cama. Alertado atisbó el corredor de la pensión a través del ojo de la cerradura. Se había acostado vestido por si tenía que salir pitando. Una buena decisión. El Sol y Sombra pasó como una exhalación frente a su alcoba. Llevaba su bolsa colgada del hombro. Se marchaba. Dejó pasar unos segundos y salió tras él. Saludó a la mujer que hacia la función de recepcionista y ganó la calle. Le vio dirigirse hacia Atocha. Al igual que el día anterior caminaba de prisa, como si el transporte público no existiera. Esprintó para alcanzarle. El Sol y Sombra desandaba la ruta trazada la tarde anterior. Entró en el casco viejo de Madrid y se dirigió a la iglesia de San Ginés. Al llegar se detuvo. Miró alrededor. El templo estaba abierto. Empujó la puerta, entró y entornó la hoja. Bellpuig se acercó y quedó a la expectativa. Dentro reinaba una calma absoluta. Desplazó la puerta despacio, cauteloso, para no delatarse. Por suerte las bisagras no chirriaron. Alguien las había engrasado. Accedió al interior. La nave central, presidida por un gran retablo, estaba vacía. Oyó el eco de una conversación que partía de un lateral del crucero. Se acercó sigiloso hasta oír nítidas las palabras. Dos hombres discutían en el interior del despacho parroquial. Permaneció atento a su diálogo.

—¡Tienes que largarte, Sol y Sombra! —gritó el padre Contreras—. Te lo dije por teléfono. La búsqueda del manuscrito se acabó. Alguien mató a Cristina Losvalles y dos amigos suyos me han interrogado. ¡Desaparece! ¡Por los clavos de Cristo!

—Descríbame a los tipos.

—¡Qué más da!

—¿Uno vestía un barragán?

—Sí —dijo.

—Ese desconozco quién es. El otro era el amante de Cristina. Se presentaron como legionarios.

—Van tras la pista de la credencia.

—Razón de más para ni mentar el asunto. ¡Lárgate antes de que nos

metamos en un buen follón!

—No dejaré que otros se aprovechen. Hay demasiado dinero en juego.

Pegado a la puerta Andreu Bellpuig cabeceó. Había acertado. El Sol y Sombra iba tras un golpe importante. Su paciencia se vería recompensada. Les arrestaría a los dos. La conversación que sostenían les hacía cómplices.

—Dígame qué le confió Cristina —inquirió el Sol y Sombra.

—Nada que no sepas —dijo el cura—. Estaba desesperada porque perdía la voz y no tenía otra forma de ganarse la vida. Me habló de una vieja credencia que poseía su madre y de un manuscrito oculto en ella con las claves de un tesoro que perteneció a un papa español. Ni siquiera precisó de qué papa se trataba. No tenía ni idea. Solo que de pequeña oyó cientos de veces a su madre lamentarse de poseer un tesoro y ser pobres. Ella también quería dejar de ser pobre. Vivía agobiada y me entregó una foto que guardaba de ambas junto al mueble para poder reconocerlo. Es todo.

—Dio crédito a sus palabras.

—Sí. Cristina parecía sincera. Vino a verme varios días para sufragar unas misas por su difunta madre, acordar el número de ceremonias, las horas, el importe… Cogió confianza y me fio el secreto del tesoro. Esa mujer era un alma solitaria.

—¿Le creyó? —insistió.

—No tenía motivos para mentirme. Hice algunas indagaciones en el archivo del obispado y supe que el Papa Luna había perdido su tesoro al intentar huir de Peñíscola y que otros pontífices lo habían buscado sin éxito. El manuscrito era la pieza que faltaba del puzle. El documento que señalaba el lugar.

—¿Está convencido de su existencia?

—Claro, imbécil —dijo, molesto—. De lo contrario nunca hubiese invertido dinero en localizar la credencia e intentar recuperarla. Como sacerdote tengo la obligación de recobrar los bienes del clero. ¡Ya te lo expliqué!

—Usted se hubiese quedado una buena tajada de la pasta y a mí me hubiese dado las migas. Pero estaba dispuesto a conformarme.

—Eres un necio.

—Voy a recuperar ese manuscrito.

—Pensé que solo era cuestión de hallar el mueble, comprarlo y extraer su secreto. Pero como te he dicho las cosas se han complicado. Deja correr el asunto antes de que nos salpique.

—No puedo, padre —se sinceró—. Tengo las manos manchadas de sangre.

—¿A qué llamas tú mancharse las manos de sangre? ¿A interrogar a un chamarilero?, ¿a destrozar un mueble? Por eso no pasas ni media hora en el calabozo.

—No, padre, no.

—¿Pretendes asustarme?

—¡He matado a dos personas!

—¡¿Que has…, que has… —tartamudeó— asesinado a dos almas de Dios?!

—Ha oído bien.

El padre Contreras se persignó.

—¿Cómo has podido? ¡Jesús…!

—Pienso conseguir el documento y huir del país.

—Te has vuelto loco. Nada justifica el derramamiento de sangre inocente.

—La vida me da una última oportunidad. Son ellos o yo.

—¡Te has vuelto loco!

—Tengo que encontrar ese documento.

—¡El diablo te acompaña en tu desatino! ¡Te pudrirás en la cárcel o en el infierno!

—Necesito dinero, padre. Tengo menos de trescientos euros en el bolsillo.

—Con ese dinero come una familia un mes. Busca en otro lado. Nuestra relación se ha terminado. No quiero verte más por aquí. ¡Me oyes! —le amenazó apuntándole con un dedo—. Jamás debí confiar en un cabeza de chorlito como tú. ¡Cómo has podido!, ¡cómo has podido…!

El padre Contreras jamás imaginó que Alselmo Bejarano fuese capaz de matar a nadie. Por un instante pensó que le mentía solo para amedrentarle y sacarle la pasta. Debía guardar la calma, demostrar entereza como los mártires cristianos en el Coliseo romano.

—¡El dinero!, padre.

—¡Lárgate! No pienso darte ni un céntimo. Eres escoria.

—¡Deme el dinero! —insistió—. No me obligue a cogerlo a la fuerza.

—Si quieres dinero trabaja. ¡Haz algo de provecho! Ya he mantenido a un vago bastante tiempo. ¡Hinca el lomo!

—¡El dinero! —gritó el Sol y Sombra, fuera de sí.

—Vete o llamo a la policía.

—Usted nunca haría eso. Esta mierda le salpica tanto como a mí. ¡El dinero!

Desenfundó su machete y le amenazó.

—No quisiera hacerle daño, padre. ¡Deme la pasta!

—¡Estás loco! —gritó el cura.

En un descuido el padre Contreras le empujó y corrió hacia la puerta para escapar y pedir socorro. Bellpuig irrumpió en el despacho parroquial al grito de ¡alto, policía! y vio al Sol y Sombra clavarle al cura un cuchillo en el estómago. Sus vísceras se desparramaron con la violencia de una explosión. El mosso d'esquadra iba desarmado. El Sol y Sombra le lanzó una finta con su machete y la esquivó. Había aprendido defensa personal durante su formación como policía, pero nunca había puesto en práctica sus habilidades más allá del tatami que cubría el gimnasio de artes marciales. Esquivó una segunda finta, cogió del brazo al Sol y Sombra, le practicó una inmovilización y le obligó a soltar el machete. El Sol y Sombra estaba bregado de peleas callejeras y carcelarias, y había practicado lucha libre. Sabía cómo reaccionar. Se deshizo de la llave, le atizó un puñetazo al mosso

d'esquadra en la mandíbula y cayó inconsciente. Recuperó su machete. Lo apretó en el puño y miró al tipo que yacía en el suelo. Nunca había matado a sangre fría y nunca pensaba hacerlo. En el calor de la pelea le hubiese clavado el machete sin ningún remordimiento pero solo los cobardes asesinaban a víctimas indefensas. Nadie podría llamarle cobarde por años que viviera. Solo los cobardes mueren dos veces, le enseñó el padre Contreras. Abrió un armario, donde el cura guardaba las vestiduras litúrgicas, cogió una dalmática y limpió la sangre del machete y de su chupa. Enfundó el cuchillo y del armario extrajo dos cíngulos y una estola. Se acercó al cuerpo del sujeto que le había plantado cara al grito de ¡alto, policía! y le vació los bolsillos. Encontró una placa que le acreditaba como agente de policía de la Generalitat, un teléfono y una cartera con quinientos euros en billetes de cincuenta. Diez billetes, contó y sonrió. Hizo sus cábalas. La policía catalana le seguía el rastro. Quizá el decorador había muerto. Le buscaban por asesinato. Eso explicaba la presencia del mosso d'esquadra en Madrid. Había matado a cuatro personas en poco tiempo: una en Barcelona y tres en Madrid. Había rebasado la barrera de la sangre. En su mierda de vida siempre había una primera vez para todo: una primera pelea a navaja, una primera paliza, un primer tirón, un primer asalto, un primer atraco y un primer asesinato. Lo único que nunca había experimentado, ni siquiera una sola vez, era el amor sincero de una mujer. Nadie le había querido. Le resultaba más fácil matar que ser amado. Todo por culpa de su maldita enfermedad. Pronto resolvería sus problemas económicos y gastaría el dinero que fuese necesario en contratar al mejor cirujano plástico del mundo para que le recompusiera la piel como a un actor de cine. Cuatro asesinatos le colocaban en la lista de los delincuentes más buscados. Si le detenían cumpliría condena hasta el final de sus días. Masculló un improperio y sintió un pinchazo en el corazón. Se guardó los quinientos euros y el móvil del policía. Ató al subinspector Bellpuig de pies y manos con los cíngulos, y le amordazó con la estola para que al recobrar la conciencia no pudiera pedir ayuda. Descolgó un cuadro de san Ginés de Arlés, que decoraba el despacho parroquial, y detrás quedó al descubierto una caja fuerte. El padre Contreras llevaba años sin variar la combinación y le había visto abrirla cientos de veces. Giró la rueda, colocó los números de la contraseña en la posición correcta y la caja le ofreció su interior. Extrajo varios documentos, que registraban la contabilidad de la parroquia, y un sobre lleno de billetes de diferente valor. Los contó. Había poco más de mil euros. Se guardó el envoltorio. Arrancó los cables del teléfono fijo y buscó en un cajón del escritorio las llaves de la iglesia. La nave central seguía vacía. Salió a la calle, cerró la puerta y arrojó a una alcantarilla las llaves de la parroquia y el móvil del

mosso d’esquadra.

Capítulo. 64

Llevaba un día en Peñíscola y Jaume Valls ya había recorrido sin descanso los exteriores del castillo del Papa Luna, rodeados de jardines sombreados por palmeras y coníferas, y parterres de cactos y pitas que crecían bajo el sol cálido del Mediterráneo. En algunas partes de la muralla un baluarte hacia la función de mirador y permitía asomarse a los imponentes muros que descendían en picado hacia el mar. Abajo las rocas recibían el envite de las olas que levantaban cortinas de agua y espuma blanca. El castillo y sus defensas durante siglos se consideraron inexpugnables. El rey Jaime I el Conquistador intentó apoderarse de la villa pero tuvo que retirarse y más tarde fueron los propios musulmanes quienes la rindieron. Tunecinos y otomanos también quisieron asaltarla y sucumbieron ante sus muros.

En sus paseos Jaume Valls buscaba, oculto entre la vegetación, algún resto de la escalera secreta que Benedicto XIII utilizó en su intento de fuga. Seis siglos separaban el pasado del presente y las murallas habían sido reconstruidas y restauradas en varias ocasiones. La escalera, con certeza, había desaparecido tras las obras de consolidación y ampliación de las defensas ordenadas por Felipe II para frenar los ataques de los piratas turcos. Otras escaleras, talladas en la roca para unir el castillo y su antiguo embarcadero, eran visibles y se habían convertido en un atractivo turístico. Una leyenda aseguraba que el Papa Luna las construyó de manera milagrosa en una sola noche. De la escalera que rastreaba, la ignota, cuya ubicación solo conocieron el pontífice y sus colaboradores más íntimos, no quedaba ni rastro.

Le guiaba una fe inquebrantable y recorrió, sin descanso ni fatiga, los jardines con la ilusión de hallar el punto de la inestimable pérdida del tesoro papal. A medida que la mañana avanzaba los jardines se llenaron de visitantes y desistió de su exploración. Regresaría más tarde, al anochecer, confiado de que un claro de luna o un bufido del mar le revelara el lugar de una boca, una abertura cubierta por un derrumbe, que escondiese un pasadizo para acceder al interior del castillo. Caminó un trecho corto y llegó a la iglesia de Santa María o de Nuestra Señora del Socorro, un templo fundado por Jaime I aunque sus líneas actuales pertenecían al siglo xviii y el campanario al xix. Entró en la nave, recorrió las capillas laterales, alzadas entre los

contrafuertes, y visitó la exposición del tesoro parroquial compuesto, entre otras piezas de orfebrería, de una cruz procesional, de cristal de roca y armazón de plata sobredorada, que perteneció a Benedicto XIII, un cáliz, de plata sobredorada y esmaltes lemosines, también del Papa Luna, y un relicario o lignum crucis del papa Clemente VIII. Tomó fotos de las piezas. A primera vista no contenían nada revelador, ningún elemento que permitiera deducir que enmascaraban un «número de oro» para interpretar la vitela o el punto del tesoro perdido en el fondo del mar. Salió de la iglesia, decepcionado porque ninguno de sus pasos obtenía recompensa, y miró la hora. El castillo ya había abierto sus puertas. Se dirigió a la fortaleza, pagó los tiques para la visita del recinto y la exposición sobre los caballeros templarios, y penetró en el sanctasanctórum de sus ilusiones. Sacó el metro láser que llevaba y se dispuso a medir, con disimulo y cautela, sala a sala, todos los rincones hasta descifrar el número revelador, el «gordo» de una lotería mágica que tenía que hacerle rico a rabiar.

Capítulo. 65

…La vida me ha hecho un gran regalo. No estoy acostumbrada a ello. Hace unos meses conocí a Alberto, un hombre que me ha devuelto la ilusión de vivir. Una persona sencilla, amable, buen amante, cariñoso y honrado. ¡Un capitán del Tercio! Sí, un oficial de servicio en el Sáhara español durante los años difíciles que precedieron a su descolonización. Un hombre íntegro que me inspira seguridad y confianza. Me gusta oírle narrar sus peripecias en el desierto, enfrentado a la muerte a diario. Algo pondrá de su cosecha, pero no me importa. Le admiro y respeto. Le conocí en el Café de la Bohemia. Salí a escena y comencé a cantar Adiós a España, una copla que arrancaba lágrimas a mi madre al recordarle su marcha a la Argentina. Alberto, ante las primeras estrofas, se conmovió. Vi sus pupilas brillar de emoción y comprendí que a él la vida también le había arrastrado lejos del hogar. Sin que Alberto lo supiese le dediqué la copla. Mientras cantaba le aguanté la mirada, me enternecí y solo mis años sobre las tablas evitaron que la exaltación rompiera mi voz. Al concluir la copla me guiñó un ojo y al llegar al camerino un mozo de sala me entregó una botella de cava «de parte del capitán Alberto Soriano» y una tarjeta adjunta manuscrita: «En cada burbuja de este espumoso le doy las gracias por su canción». Nunca nadie, en mis años de declive profesional, había tenido un gesto amable conmigo. Le invité a compartir unas copas y esa noche, mi única noche para recordar desde aquel día, empezó nuestra relación. Poco a poco me enamoré de él. Tuve miedo de sufrir otra experiencia malvada pero me armé de valor y viví un amor apasionado, tan apasionado que decidí casarme con Alberto. ¡Yo convertida en esposa de un oficial! ¡Yo vestida de blanco y él de uniforme de gala para la ceremonia! Pero una vez más el destino me niega la felicidad. A cada alegría de mi vida le sigue una desgracia. A los pocos días de darle el «sí quiero» a su propuesta de matrimonio, me llegó la mala noticia de la muerte de mi madre. Me duele regresar a Triana. Demasiados recuerdos en cada calle y cada casa. Pero acudí para darle sepultura. Cumplí mi deber de hija. Gasté mis pocos ahorros en honrar a mamá como se merecía. Regresé a Madrid e intenté seguir mi vida. Mas la adversidad se cebó en mí. ¡Siempre la misma canción! Subí al escenario, empecé a cantar La falsa moneda, una copla en la que vertía un fuerte sentimiento, porque con ella gané el concurso de Radio Sevilla que me dio fama, y al iniciar la estrofa: «Vete mujer mala, vete de mi vera, rueda lo mismito que una maldición», mis cuerdas de voz se trabaron

y enmudecí para mi sonrojo, sorpresa del Quisquilla, que me secundaba a la guitarra, y el regocijo de quienes llenaban el Café de la Bohemia que irrumpieron en chiflas y gritos que se clavaron como dardos en mi corazón. Ese día don Emilio tuvo unas palabras de reproche para mí. Le había defraudado. Los clientes se habían levantado y marchado del local. No se abona entrada y sin consumiciones no hay beneficios. Le juré que no volvería a ocurrir. Le mentí. ¡Otra vez la mentira! Mi cobardía de no enfrentarme a la verdad. Mi existencia ha sido una mentira constante, aunque nunca he mentido por maldad, solo para sobrevivir.

Las pérdidas de voz y los gallos se repitieron en días sucesivos, pese a pedirle al Quisquilla que bajara un tono mis coplas. Por suerte, en mis desafinos, don Emilio estaba ausente de la sala. Copla tras copla sentí que mi vida se hundía. ¡Ahora que había recobrado junto a mi querido Alberto la felicidad tantos años negada! Me aterraba la eventualidad de que don Emilio me despidiera, me dejara en la calle y tuviera que mendigar como en el pasado. Si eso ocurría temí caer de nuevo en el alcohol. Para no inquietar a Alberto le mantuve en secreto mis afonías y afasias, como me diagnosticó la primera vez que las sufrí un otorrino de Sevilla. Alberto se había enamorado de mí gracias a mi voz y me asustó la posibilidad de perderle. Ni siquiera le confié lo sucedido a mi amiga Manuela, la única persona que siempre me dio cariño y ánimos hasta que conocí a Alberto. Ella también sabía de las miserias de la vida. La ruina artística la llevó a la prostitución. No me imagina en el interior de un coche o sobre un camastro sucio y maloliente practicando sexo de pago. Pensé en confesarle a Alberto mis turbaciones pero tuve miedo. ¡Soy una cobarde! ¡Toda mi vida he sido una cobarde! Me espantaba el hecho de que él pudiera abandonarme, creyera que le había engañado y solo buscaba a su lado ser una mantenida. Callé y, para recuperar la voz, me refugié en los corticoides que adquiero a mi gitano preferido, Abel, el Camaleón de Vallecas como se hace llamar para presumir de que burla a la policía. ¡Pobre Abel! De ilusión también se vive. Le han detenido decenas de veces. Abel es de confianza, hay una corriente de simpatía entre ambos y me entrega los corticoides igual que salen de la farmacia, sin adulterar; a otros se los revende cortados para estirar los beneficios…

Juan Barrientos guardó los folios escritos por Cristina Losvalles que acababa de leer y cogió el informe del asesinato cometido en el Café de la Bohemia para buscar puntos de contacto. Su comisaría registraba cada año un elevado número de denuncias pero los crímenes, por fortuna, resultaban poco frecuentes. Estaba casi seguro que alguien

entró a robar, el Quisquilla le descubrió en su fechoría y en el curso de una pelea recibió la puñalada mortal. Sería complicado dar con su asesino. El informe resaltaba la ausencia de huellas dactilares ajenas a los trabajadores del local. Además, el establecimiento carecía de cámaras de seguridad para el control de los accesos. Detener al culpable requeriría de un despliegue amplio de medios y la crisis económica había reducido sus efectivos. Los recortes en los presupuestos impedían reemplazar a los policías jubilados. Habría que seguir el camino más fácil para obtener información: apretar las tuercas a los confidentes. Cerró el informe y un policía solicitó permiso para entrar en su despacho.

—Pase —le autorizó.

—Señor —dijo el agente— ha llamado el subinspector Garrido para solicitar su presencia en la iglesia de San Ginés.

—¿Qué ha pasado?

—Han asesinado al padre Contreras.

—¡¿Qué..?!

—No dispongo de más detalles, señor.

—¿Hay algún vehículo libre?

—Un «zeta» le espera en la puerta.

Minutos después el coche de la policía estacionó frente a la iglesia de San Ginés. El inspector Barrientos bajó y se dirigió a la entrada principal. Varios vehículos de la Policía Nacional y Municipal cortaban la circulación, sus agentes desviaban el tráfico por una ruta alternativa y evitaban que los curiosos se acercaran al templo. Una ambulancia del Samur atendía a un hombre. Saludó por sus apellidos a los dos policías que custodiaban la puerta del templo y accedió al interior. El destello de unos flases y unas cintas plásticas, que acotaban un perímetro de seguridad, le señalaron el lugar del suceso. Entró en el despacho parroquial. Sus compañeros de la Policía Científica tomaban imágenes de la escena del crimen y obtenían huellas dactilares en la ruedecilla de combinación de una caja fuerte. El cuerpo del padre Marcial Contreras yacía en el suelo, de cúbito supino, con su vientre ahuecado y las paredes del despacho parroquial salpicadas de sangre y restos de vísceras. Algunos muebles y lámparas volcados indicaban signos de pelea. Sintió una náusea.

—Bienvenido al caos, señor —le saludó Garrido.

—Hágame un resumen —le pidió sin preámbulos.

—La iglesia abre alrededor de las nueve de la mañana

—relató—. A eso de las diez llegaron unas viudas que se reúnen a desayunar en un bar cercano y al terminar vienen a rezar por las almas de sus difuntos maridos. La puerta estaba cerrada. Esperaron media hora. Les extrañó que nadie abriera. Si el padre Contreras tenía asuntos que atender alguien se encargaba de hacerlo. Aguardaron otro tanto y alarmadas llamaron al 112. Acudió una patrulla de la Municipal. Los agentes intentaron localizar al padre Conteras en el teléfono del despacho parroquial pero nadie respondió. El cura tenía contratado un servicio de alarma y custodia de llaves. Los municipales se pusieron en contacto con la empresa de seguridad. Les dijeron que la alarma había sido desconectada a las nueve menos diez y sospecharon que le había ocurrido algo. Reclamaron la presencia de la empresa de alarmas y las llaves. Abrieron la puerta, entraron y hallaron su cadáver y a un tipo amordazado y atado de pies y manos.

—¿Qué hacía en la iglesia?

—Ahora viene lo mejor —dijo—. El hombre se ha presentado como subinspector de los Mossos d'Esquadra.

—¿La policía de la Generalitat?

—Sí.

—¿Lo ha comprobado?

—He llamado a la Dirección General de Policía de Cataluña y le han identificado.

—¿Quién es?

—Andreu Bellpuig, adscrito a la Brigada de Delincuencia Especializada de la comisaría de Sarrià Sant Gervasi de Barcelona.

—Estará de vacaciones —aventuró—, vino a visitar la capilla del Lagarto, que atrae a los turistas, y se topó con el asesino.

—El cocodrilo desapareció hace años. Nadie viene a verlo.

—Bromeaba, Garrido, bromeaba.

—Nunca se ha sabido el destino del bicho.

—Ya puestos abriremos una investigación —sonrió Barrientos.

—El subinspector Bellpuig —siguió Garrido— está oficialmente de vacaciones, pero en realidad seguía la pista a Anselmo Bejarano, un empleado de la parroquia que cometió una agresión en Barcelona. Según el mosso d'esquadra Bejarano asesinó al padre Contreras.

—¿Presenció los hechos?

—Sí. Aunque ha preferido guardar silencio hasta que se personara un superior. Por eso le he mandado llamar.

—Hablaré con él.

—El Samur le está practicando una revisión rutinaria. No ha sufrido lesiones graves.

—Buen trabajo, Garrido.

Juan Barrientos hizo intención de dejar el despacho parroquial, convertido en la secuencia de una película gore.

—Espere un segundo, señor —le retuvo Garrido.

—¿Algo más?

—He comprobado la filiación de Anselmo Bejarano y figura en los archivos de la Comisaría General. Carne de presidio. Le han fichado un montón de veces por delitos y agresiones. En el mundo del hampa le conocen como el Sol y Sombra porque sufre de vitíligo.

—Una enfermedad que provoca manchas en la piel.

—El mosso d'esquadra ha dicho la verdad. Los compañeros de criminalística han hallado las huellas del Sol y Sombra en la rueda de la combinación de la caja fuerte. Suponemos que la abrió para llevarse la recaudación. La caja estaba vacía.

—Una prueba circunstancial —rechazó—. Cualquier picapleitos recién salido de la facultad la echaría por tierra. No olvide que el Sol y Sombra trabajaba en la iglesia. Pudo tocar la caja por mil razones, entre ellas limpiar el polvo. De todas formas le tenemos cogido. Hay un testigo presencial de los hechos. Va a pasarse unos cuantos años entre rejas.

—Hable con el subinspector Bellpuig.

—En seguida. Usted termine aquí. Nos veremos en comisaría.

—Como ordene, señor.

Juan Barrientos salió de la iglesia y se dirigió a la ambulancia del Samur. Un médico tomaba la tensión arterial al mosso d'esquadra. Esperó a que terminara y se interesó por su estado físico.

—¿Cómo se encuentra Bellpuig?

—Esa pregunta debería responderla el doctor.

—Todo en orden —dijo el aludido—. Por nuestra parte —se dirigió al mosso— hemos terminado. Puede marcharse. No hay motivo de preocupación por sus lesiones. Le recetaré una pomada para el golpe.

El policía de la Generalitat abandonó la ambulancia.

—Soy el inspector Juan Barrientos, de la comisaría de Leganitos.

—Gracias por acudir.

—Quería hablar con un superior, ¿no?

—Discúlpeme ante sus agentes —le pidió Bellpuig—. No pretendía ser descortés ni despreciar su capacidad. Tengo información «sensible» y he considerado oportuno solo confiarla a un mando superior para evitar que corra de boca en boca.

—¿Qué justifica su presencia en la iglesia? No creo que un mosso viaje a Madrid solo para seguir la pista al sospechoso de una agresión. Podían haber solicitado nuestra colaboración.

—El sujeto agredido —le explicó— es un benefactor del Partit Demòcrata Català y hubo presiones políticas para que los Mossos se tomaran interés. Ya sabe cómo está el patio de revuelto en Cataluña.

—Los políticos son iguales en todas partes. Tengo amigos en la Udef y la Fiscalía Anticorrupción. ¡Si yo le contara!

—Decidí trasladarme a Madrid de manera extraoficial para localizar al Sol y Sombra. Le teníamos fichado y la enfermedad que padece nos permitió identificarle sin ningún género de duda.

—¿Por qué no le detuvo?

—Carezco de autoridad fuera de mi jurisdicción. Mi labor consistía en averiguar su paradero y comunicarlo a la Policía Nacional para que procediera a su arresto.

—Pero no lo hizo —le amonestó.

—Desde un principio sospeché que iba tras un golpe de mayor envergadura y decidí seguirle para averiguar de qué se trataba. Le he controlado un par de días. Hizo intención de robar una Sanglas, aunque parece que el sistema de seguridad se le resistió. En Barcelona tuvo más suerte con un escúter.

—Y su peregrinar acabó aquí —dedujo.

—Sí, inspector —dijo, respetuoso—. El Sol y Sombra acudió a entrevistarse con el cura.

—El padre Marcial Contreras.

—¿Le conocía?

—Habíamos hablado varias veces. La iglesia de San Ginés tiene fama en Madrid y la visitan los turistas y algunos rateros de poca monta. La parroquia ha sufrido robos en los cepillos y de cuando en cuando ordenaba a un «zeta» apostarse en la puerta para disuadir a los amantes de lo ajeno.

—Mantuvieron una acalorada discusión —siguió Bellpuig— sobre un manuscrito que al parecer perteneció al Papa Luna y daban por supuesto que ocultaba un tesoro.

—¿Me toma el pelo?

—En absoluto. Solo le relato la conversación del modo que se produjo.

—Siga, por favor.

—El manuscrito estaba oculto en una credencia y el cura quería recuperarla.

—Perdone, Bellpuig, pero suena a cuento chino.

—Yo pensaría igual si fuese usted quien me relatara lo sucedido.

—No pretendía ofenderle.

—En Barcelona —siguió— el Sol y Sombra propinó una paliza a un

decorador que había adquirido una credencia. A juicio del párroco ese mueble ocultaba el manuscrito. El Sol y Sombra inmovilizó al decorador con gas pimienta, le golpeó la carótida, entró en su domicilio e hizo astillas el mueble. Tenga por cierto que buscaba algo. Inspeccioné la credencia y era puro serrín.

—¿De dónde parte el bulo?

—Durante su conversación hablaron de una tal Cristina.

—Hay miles de Cristinas en España.

—No pronunciaron su apellido. Solo el nombre. Pero el cura estaba preocupado porque, según sus palabras, la chica había muerto y dos amigos suyos legionarios se habían presentado en la parroquia para interrogarle al respecto.

—¿Dos legionarios?

—El cura desconocía quiénes eran. Pero el Sol y Sombra reconoció a uno por el barragán que vestía y al otro le identificó como el amante de la susodicha.

Juan Barrientos sintió su estómago encogerse como si un puño invisible le apretara la víscera.

—Siga, se lo ruego —dijo.

—¿Mis palabras cobran sentido?

—No puede imaginarse hasta qué punto.

—El Sol y Sombra —continuó Bellpuig— confesó haber matado a dos personas y le pidió dinero al cura. Se negó a dárselo, le amenazó con un machete, el sacerdote intentó zafarse y recibió una cuchillada en el vientre. Nunca había vista nada parecido. Su barriga estalló como si una granada de mano anidase en ella.

—¿Intentó evitarlo?

—¡Por supuesto! Entré en el despacho en el instante que el Sol y Sombra le clavó el machete. Se enfrentó a mí. Procuré plantarle cara pero me noqueó de un puñetazo en la mandíbula. Ese tipo es delgado pero fibroso. Tiene la fuerza de un toro.

—Resulta evidente que le atizó bien —dijo, a la vista del hinchazón que mostraba en el mentón.

—El Sol y Sombra me ató y me amordazó, se llevó mi móvil y quinientos euros de mi cartera. Al rescatarme sus hombres acababa de recobrar la conciencia.

—¿Por qué no empleó su arma reglamentaria?

—La dejé en Barcelona para evitarme problemas —lamentó—. Mi licencia de armas se circunscribe a Cataluña salvo una orden o permiso extraordinario. Ya le he dicho que investigaba de manera extraoficial.

—Sin proponérselo ha resuelto dos crímenes.

—¿Dos?

—Hace unos días —le puso en antecedentes— asesinaron a un guitarrista que tocaba en el Café de la Bohemia, un garito que está cerca de aquí, con la misma arma que al padre Contreras: un cuchillo de matar tiburones que libera una descarga de gas a través de la hoja. Por eso las vísceras salen volando.

—Collons!

—Ha tenido suerte —afirmó, serio—. El Sol y Sombra podría haberle asesinado y ahora sus tripas las recogerían los de Criminalística para empaquetarlas y mandarlas a sus deudos.

—Nunca me había enfrentado cuerpo a cuerpo a un delincuente.

—Le diré más, confidencia por confidencia, el asesinato del guitarrista, un tal Ataulfo Pinares, conocido como el Quisquilla, gracias a usted puedo relacionarlo con la muerte de Cristina Losvalles, una coplista que cantaba en el Café de la Bohemia bajo el nombre artístico de Amapola de Triana.

—El Sol y Sombra habló de dos asesinatos. ¿También mató a la chica?

—Pienso que no. El padre Contreras y el Quisquilla presentan heridas de idéntico patrón: fueron apuñalados con la misma arma. Cristina Losvalles murió estrangulada.

—¿Y los legionarios que interrogaron al cura?

—De esos no se preocupe. Les conozco. Son buena gente, pero algo cabezotas. Colaboran conmigo para descubrir al asesino de Cristina Losvalles. Uno, como bien dijo el Sol y Sombra, era el amante de la

coplista.

—¿Qué pretende hacer?

—Emitir una orden de busca y captura para detener al Sol y Sombra.

—Me refería al supuesto tesoro que ha desencadenado los hechos.

—Haré algunas indagaciones aunque en mi opinión se trata de una fábula. Una trola de las muchas que circulan por los mentideros del hampa.

—A mí también me parece inverosímil.

—Hace unos meses —recordó— se propaló el bulo de que en la habitación de un hotel de la Gran Vía un capo de la mafia rusa había ocultado una bolsa de diamantes antes de morir de un infarto. La gerencia del hotel tuvo que clausurar la alcoba. Cientos de personas pretendían alojarse en ella con el único propósito de desmantelarla.

—Déjeme colaborar con usted.

—No me vendría mal un poco de ayuda extra. Ando escaso de agentes.

—Todavía tengo días de vacaciones —ironizó.

—Gracias. Investigué a quién le compró la credencia el decorador. Quizá pueda aclararnos algo.

Un policía se acercó al inspector Barrientos.

—Señor —dijo— hemos revisado el subsuelo en busca del arma homicida sin ningún resultado pero en una cloaca han aparecido las llaves de la iglesia y un móvil.

El agente le mostró los objetos y Bellpuig reconoció su teléfono.

—El aparato es mío —dijo—. ¿Puede devolvérmelo?

—Desde luego —aceptó Barrientos—. Registre —se dirigió al policía bajo su mando— las llaves como prueba y entréguelas a la Científica.

—Como ordene, inspector.

El policía se retiró y Barrientos le entregó el teléfono al mosso d'esquadra.

—Anote —dijo Bellpuig— mi número por si necesita ponerse en contacto conmigo.

—Y usted el mío.

Ambos intercambiaron sus números de teléfono.

—Me encargaré —dijo Bellpuig— de averiguar e investigar a la persona que vendió la credencia al decorador.

—Por mi parte si tengo noticias le podré al corriente. Haga lo mismo.

—Descuide.

Capítulo. 66

…Vivo sumida en la desesperación. Incluso he tenido alguna que otra bronca con Alberto debido a mi estado de nervios. ¡Yo que tanto le quiero y sería capaz de morir por él como reza el bolero: «Contigo me voy mi santo aunque me cueste morir». El bolero se titula Lágrimas negras y en otro tiempo formó parte de mi repertorio. Para cantar hay que sentir la letra y la música, y yo sentía este bolero como propio. Toda mi vida he llorado lágrimas negras de sangre y dolor. La situación me asfixia. Me veo abocada al abismo. ¿Qué puedo hacer? Mi voz se apaga y no deseo ser una carga para Alberto. Él jamás me ha pedido que deje mi profesión. Los celos no forman parte de su ideario, aunque le molesta que los hombres me miren lascivos y profieran frases obscenas. ¿Cómo decirle que voy a perder el empleo y tendrá que mantenerme?, ¿cómo confesarle que ya nunca más podré cantarle al oído?, ¿cómo narrarle mi pasado de miseria y frustración sin arriesgarme a perderle? El pasado siempre vuelve y el mío regresa en el peor momento. Estos pensamientos me alejan de él, aunque los disimulo y Alberto ignora mis problemas. Una noche, mientras me revolvía en la cama incapaz de conciliar el sueño, recordé un delirio de mi madre que la acompañó durante años y la llevó a manifestar que poseía la clave de un tesoro que perteneció a un papa español. Nunca la hice caso. Nunca la tomé en serio. Mi madre era dada a fantasear y, siendo yo niña, a la vera de mi cama, se inventaba los cuentos que me narraba. En Argentina mamá incluso compró un mueble que ocultaba un «secreto» para esconder su delirio en forma de papel roñoso. En una ocasión vi su quimera, antes de guardarla en el mueble, y me pareció un pergamino ajado que de nada servía. Pero ahora, en mi desesperación, como ella en la suya, pienso en ese documento. ¿Y si mamá tenía razón? ¿Y si la solución a mis problemas pecuniarios está en él? ¿Qué podía perder en buscarlo, en averiguar la verdad? Cuando estuve en casa de mamá, para sus honras fúnebres, no vi el mueble. Había desaparecido. ¿Dónde había ido a parar? No sabía a quién acudir para solicitar ayuda. Medité la posibilidad de revelarle el misterio a Alberto pero seguro que me tomaría por loca, como yo tomé a mi madre. Alberto era un hombre racional, un soldado, y no creía en hadas ni en tesoros. Por nada deseaba contrariarle. Entonces pensé en el padre Contreras. Le conocí gracias a las misas de difuntos que encargué en la iglesia de San Ginés por la memoria de mi madre. El cura se mostró amable y servicial, incluso tras confesarle mi agnosticismo y que solo contrataba las liturgias para respetar la

voluntad de mi madre que creía en Dios y en la Esperanza de Triana por encima de todas las cosas. El padre Contreras no puso inconveniente a mi condición de impía, comprendió mi forma de pensar y me inspiró confianza. Una tarde, mientras él estaba en el confesonario, perdonando pecados a sus feligreses, me arrodillé en el reclinatorio, le rogué que no se burlara de mí y le revelé el secreto…

Juan Barrientos reflexionó sobre los folios que acababa de leer. Cristina Losvalles hablaba en su diario de una credencia y un supuesto pergamino con las claves de un tesoro papal. La discusión que mantuvieron el Sol y Sombra y el padre Contreras, según el subinspector Bellpuig, también versaba sobre lo mismo. No parecía una línea de investigación seria pero la tendría en cuenta. Ahora debía resolver otro asunto. No podía fiarse de nadie. Su padre le había inculcado el respeto por la Legión y los legionarios, que como él pelearon en el Sáhara, pero tenía sentimientos encontrados. Había ayudado a Alberto Soriano y confiado en él, por respeto a la memoria de su progenitor, le consideraba una buena persona, un hombre íntegro al que podía recurrir para cualquier cosa, pero su conducta le generaba desconfianza. Quizá se había equivocado. La duda le asaltaba. No le correspondía en la misma medida. Él y su compañero habían interrogado al padre Contreras y ni siquiera habían tenido la deferencia de comunicárselo, como tampoco le habían informado de sus pesquisas en el Café de la Bohemia. Iban por libre. No podía fiarse de ellos. Habían llegado demasiado lejos. Estaba dispuesto a poner fin a su cooperación, a romper su amistad. Cogió aire, pulsó los números del móvil del capitán Soriano y esperó la respuesta.

Alberto Soriano se había levantado y sentado en una silla del balcón de su alcoba para respirar el aire cargado de yodo, sentir la brisa marina, oír el susurro de las olas y deleitarse ante los primeros rayos de sol que destellaban sobre las piedras del castillo templario de Peñíscola. Aquella imagen le hacía daño. Se le clavaba como un dardo envenenado en el corazón. No podía evitarlo. Le recordaba los días que pasó en Peñíscola con Cristina, sus paseos por la playa, sus cenas en restaurantes de arroces y pescados, sus noches de amor y sus proyectos de futuro desgranados al calor de una copa de ron en una terraza con vistas al mar. Un nudo en la garganta le impedía tragar saliva. El auténtico amor constituía la antítesis de la felicidad. Amar equivalía a sufrir. El novio de la muerte, el tono de aviso de su móvil, un cuplé que cantaba Lola Montes y Millán Astray convirtió en el himno legionario, le devolvió al presente. Se levantó y cogió el teléfono.

—Sí —dijo.

—Hemos terminado —espetó Barrientos al micro de su aparato—. Ha traicionado mi confianza.

—Nunca haría eso. Le tengo en gran estima.

—Me gustaría creerle pero no puedo. Jamás imagine que tendría que hablarle en estos términos. Le respetaba. Usted me recordaba a mi padre. Un hombre de pies a cabeza. Parecían almas gemelas. Pero me equivoqué. Mea culpa.

—¿A qué viene su enfado?

—Ayer asesinaron al padre Marcial Contreras. Le reventaron las entrañas como al Quisquilla.

La línea quedó en silencio. Las palabras de Barrientos revolvieron el estómago al capitán. El policía estaba al tanto de su entrevista con el cura. Tenía motivos de sobra para su cabreo. Le habían ocultado sus indagaciones.

—¿Qué ocurrió? —dijo Soriano, en un hilo de voz.

—No importa. Por donde pasan dejan un rastro de cadáveres. Debería arrestarles para que aprendieran la lección. Han puesto palos en la rueda de la justicia.

—Lo siento —dijo, y sus palabras sonaron sinceras—. He metido la pata. Aunque sin ninguna mala intención hacia usted. Interrogamos al padre Contreras y no obtuvimos nada relevante. Solo la sospecha de que ocultaba algo. Nada más. Lo prometo por la bandera de la Legión teñida con la sangre de mis compañeros caídos.

La promesa solemne de Soriano hizo que Barrientos se ablandara y rebajara el tono de sus palabras.

—¿Por qué no me confiaron la información? Teníamos un trato. ¿Recuerda?

—¿Cómo puedo pedirle disculpas? Estoy avergonzado.

—Me gustaría confiar en usted, pero me la ha jugado demasiadas veces.

—Solo puedo pedirle perdón y darle mi palabra de caballero legionario de que no volverá a suceder.

—¿Me lo promete?

Carraspeó para aclararse la garganta.

—Tiene mi palabra de honor —dijo—. Pregunte.

—Desembuche como un búho para alimentar a sus crías.

—Como sabe salí con Cristina Losvalles varios meses pero Joaquín me hizo ver que desconocía su vida. Así que decidimos indagar sobre la misma. Nos pusimos en contacto con José Luis Camacho, un crítico musical del ABC que la entrevistó hace años. Siempre pensé que Cristina nació en Triana, por su nombre artístico, pero el señor Camacho nos aclaró que vino al mundo en Peñíscola. Ahora estamos aquí, a orillas del mar, para seguir indagando.

—¿En Peñíscola?

—Sí.

Juan Barrientos se tocó la barbilla pensativo. Recordó su conversación con Bellpuig y el tesoro que perseguía el Sol y Sombra. En el curso de su discusión el cura y el delincuente mencionaron al Papa Luna, a Benedicto XIII, que residió en el castillo de Peñíscola.

—¿Qué han averiguado? —le preguntó.

—De momento nada. Llegamos ayer por la noche. Esta mañana empezaremos a tirar de los hilos.

—Siga. Le escucho atento.

—Los padres de Cristina se separaron y su madre se instaló en Triana. Cristina tuvo una carrera de éxito pero su agente la estafó y acabó enganchada al láudano y al alcohol. Se casó con Ataulfo Pinares, el Quisquilla, aunque eso ya lo sabe.

—Por ahora nada aclara su muerte.

—¿Comprende mi silencio?

—No tiene ninguna justificación. Detalles insignificantes para ustedes pueden tener importancia para mí. La policía también hace su trabajo.

—El Quisquilla —siguió— nos puso en la pista de Manuela Velasco, una amiga de Cristina que ejerce la prostitución en el polígono Marconi.

—En ese polígono mataron a una chica. Se lo comenté.

—Sí, inspector, y también le ocultamos que la conocimos.

—¿A Regina Cardoso?

—Alias Culito de Melocotón, una brasileña de rompe y rasga.

—¡Están en ese fregado!

—Jamás lo pretendimos —se excusó—. Entrevistamos a Manuela Velasco, Regina fue testigo de la conversación y, a poco de abandonar el polígono, la atropellaron.

—¡Tenían que haberme avisado!

—Sea sincero. De confiarle la información nos hubiese complicado la vida.

—En eso tiene razón. Siga, por favor.

—Regina, antes de morir, habló de un «hombre de dos colores».

—¡Dios bendito!

—¿Ha tenido una revelación?, inspector.

—Anselmo Bejarano, alias el Sol y Sombra, el asesino del padre Contreras, padece vitíligo. Una enfermedad que decolora la piel.

—¿Ese tipo mató a Cristina? —preguntó, de un golpe de voz.

—Por ahora carecemos de pruebas. He dictado una orden de busca y captura contra él. Podemos cargarle los asesinatos de Ataulfo Pinares y el padre Contreras, y quizá también el de Regina Cardoso.

—Un psicópata.

—¿Es consciente del peligro que corren?

—He lidiado morlacos más bravos.

—¿Algo más que deba saber? —exigió Barrientos—. Sin trucos, ¡eh!

—El Camaleón de Vallecas le vendía a Cristina los corticoides.

—Interrogamos a Abel Montoya. Un camello de poca monta que nunca cometería un asesinato. Le faltan agallas para ello.

—Manuela Velasco —continuó— nos dijo que Cristina frecuentaba la iglesia de San Ginés. A mí me pareció extraño porque ella se declaraba agnóstica. Así que decidimos hablar con su párroco. Manifestó desconocerla, pero una feligresa, una anciana fan de Cristina en sus años dorados de coplista, le desmintió y aseguró que la había visto en el templo varias tardes.

—Los testimonios de las personas mayores son poco fiables. Deben ponerse en cuarentena. Su memoria es bastante frágil.

—La anciana guardaba una estampa de san Ginés de Arles con una dedicatoria de Cristina. Era su letra. Lo comprobé.

—Demos por cierta su declaración. ¿Por qué les mintió el padre Contreras?

—Para esa pregunta no tengo respuesta.

—Nunca la tendremos. Se la llevó a la tumba.

—Estaba dispuesto a abandonar la investigación, inspector —confesó —. Pero tiramos de algún hilo que puso nervioso a alguien. Al abandonar la iglesia de San Ginés sufrimos un pequeño accidente. Algún malnacido cortó los frenos de mi Sanglas.

—Fue el Sol y Sombra. Un testigo le vio hacerlo.

—¡Hijo de puta! Si cae en mis manos…

—Actúa a la desesperada —afirmó—, agobiado por las circunstancias. Ha matado casi con certeza a tres personas. Ha iniciado un camino sin retorno. Si por un casual se cruza en su camino manténganse al margen. Llámeme y nosotros nos ocuparemos. ¿Comprendido?

—Le he dado mi palabra de honor —dijo, solemne— de que nunca más le ocultaré información, pero si ese tipo mató a Cristina yo me encargaré de él.

Juan Barrientos iba a decir algo pero Soriano cortó la llamada.

Capítulo. 67

El rumor del mar sonaba como el ritmo melódico de una canción. Joaquín Ayuso había dormido con la cristalera del balcón abierta para escuchar el murmullo de las olas, en nada parecido al ulular del viento sobre las crestas nevadas de los picos que rodeaban Guijo de Gredos. En la sierra de Gredos el mar quedaba lejos y quería disfrutar de la ocasión que le brindaba el destino. Contempló la espectacular panorámica del castillo de Peñíscola y lamentó no poder compartirla con Ángela. Regresarían a Peñíscola juntos, para disfrutar de un merecido descanso, y se alojarían en el mismo hotel y la misma habitación. A ella le encantaría. Estaba seguro. Pese a ser invierno y carecer del trasiego de turistas del verano, Peñíscola mantenía su hechizo, la magia de un paisaje único de belleza impresionante.

Apenas colgó el teléfono, tras su tensa conversación con Barrientos, acudió a la habitación de Joaquín. Llamó a la puerta y su compañero le abrió. En la mesita del balcón un camarero disponía el desayuno.

—Sabes cuidarte —dijo Soriano.

—Iba a llamarle para compartirlo. ¿Le apetece?

—¿Y a quién no?

El camarero, un joven uniformado de chaquetilla y guantes blancos, pajarita y pantalón negros, colocó sobre el mantel una bandeja de huevos revueltos aderezados de beicon frito y patatas panaderas, un cuenco lleno de cereales, una jarra de zumo de naranja natural y otra de leche, una cafetera y una cestita de bollería variada. Le preguntó a Joaquín si deseaba algo más y ante su negativa abandonó la habitación.

—¿Le has dado propina? —dijo Soriano.

—Sí . El mozo se ha portado. Este desayuno solo lo sirven en la sala.

Se sentaron a la mesa.

—Me ha llamado Barrientos —soltó, y dio un sorbo a su taza—. Estaba cabreado porque no le comentamos nuestra visita al párroco de San Ginés.

—Ya se le pasará.

—No, esta vez no.

—Los polis son muy suyos.

—Ha estado a punto de retirarme el saludo —lamentó—. He tenido que darle mi palabra de caballero legionario de que a partir de ahora le mantendremos informado.

—Le duele que alguien le gane la carrera.

—No, Joaquín, no —le contradijo—. Hemos metido la pata hasta el corvejón. Me ha llamado porque han asesinado al cura de la iglesia de San Ginés y tiene un sospechoso, un delincuente apodado el Sol y Sombra al que también considera autor de las muertes del Quisquilla y Regina Cardoso.

—¡Joder! —exclamó Joaquín, con un pedazo de cruasán bailando en su boca—. Le dejo solo una noche y la que arma.

Alberto Soriano le expuso al completo su charla con Barrientos y Joaquín se hizo cargo de la gravedad de la situación.

—¿El Sol y Sombra —dijo— cortó los cables de la moto?

—Sí. Barrientos me ha dicho que hay un testigo presencial.

—Pídale una foto del sospechoso. Si mató al Quisquilla, a Regina y al cura debemos suponer que seguía nuestros pasos. Necesitamos una foto para reconocerle.

—¡Por la Inmaculada Concepción!

—Deje en paz a la patrona de la Legión.

—Sin ti andaría más perdido que un bombero en el infierno. Ni se me había ocurrido. ¿Dónde le digo que nos la mande? Mi móvil es un ladrillo.

—Al correo electrónico del hotel. Espere.

Cogió un folleto de propaganda, que albergaba la carpeta de su escritorio, y se lo entregó. Soriano memorizó la dirección de correo electrónico y llamó a Barrientos. Habló con él y colgó.

—¿La mandará? —dijo Joaquín.

—Me ha prometido que ahora mismo. De paso comprobará que no le he mentido y estamos en Peñíscola.

Terminaron de desayunar y bajaron a la recepción. El joven que les había atendido la tarde anterior les saludó.

—¿Qué tal han dormido?

—Bien —dijo Joaquín.

—¿Ha recibido algo para mí? —preguntó Soriano.

—Sí —dijo—. Un mail y el archivo adjunto de una fotografía. La he impreso. Aquí la tiene.

El recepcionista se la entregó. La imagen, de color, exhibía un rostro en posición frontal, despigmentado en algunas zonas, y fotografiado sobre un fondo de regla métrica y un número de identificación en la parte inferior: la foto de la ficha policial de Anselmo Bejarano, alias el Sol y Sombra. Joaquín la observó, para memorizar sus rasgos. Había que recordar signos inalterables: lunares, arrugas de expresión, cicatrices o manchas. Desconocía el tiempo transcurrido desde que la policía le abrió la ficha y sus facciones, debido a la edad, podían haber cambiado.

—Guárdela —le dijo—. Quizá la necesitemos.

Alberto Soriano dobló la fotografía y la introdujo en un bolsillo de su tres cuartos de piel vuelta.

—¿Van al gabinete de prensa del ayuntamiento? —curioseó el recepcionista.

—Sí —respondió Joaquín.

—Les recomiendo que cojan un autobús. Hay media hora a pie. El ayuntamiento está en la entrada del casco viejo.

—Gracias.

Capítulo. 68

El consejo del recepcionista llevó a Joaquín Ayuso y a Alberto Soriano hasta una placita presidida por un edificio de fachada encalada y un balcón central, de tres banderas lánguidas por la falta de viento, flanqueado por dos ventanas gemelas y una puerta de acceso de arco de medio punto compuesto por dovelas de piedra. Entraron en el ayuntamiento y preguntaron a un funcionario, que ordenaba papeles en una mesa, por el gabinete de prensa. Les indicó que subieran al primer piso. En verano el gabinete lo atendían varios profesionales pero en invierno solo una chica se encargaba de las demandas. Joaquín se presentó.

—Buenos días —dijo.

—Buenos —correspondió la joven—. ¿Qué desean?

—Somos periodistas del semanal Ecos Trianeros y recabamos información sobre la coplista Amapola de Triana para escribir una biografía.

—Me parece que se equivocan.

—No se guíe —habló Soriano— por su nombre artístico. Nos consta que nació en Peñíscola, aunque marchó de niña a Triana.

La joven quedó desconcertada. A Peñíscola acudían numerosos actores de fama internacional que participaban en las películas y series que se grababan en la villa, como Juego de tronos, pero nunca había oído hablar de la Amapola de Triana.

—Solía venir —dijo, para complacerles— Sergio Blanco, del dúo Sergio y Estíbaliz que, además de cantante y aunque poca gente lo sepa, también era un excelente escultor: la imagen sedente del Papa Luna que hay junto al castillo es obra suya.

—Ya… —dijo Joaquín—. ¿Alguien podría ayudarnos?

—Hablen con Salvador Llopis —les propuso—. Es historiador y cronista oficial de Peñíscola. Le he visto pasar hace un rato. Tiene su oficina en la última planta.

Se despidieron de la joven, subieron un tramo de escaleras y llamaron

a una puerta cerrada. El resto permanecían abiertas sin nadie en el interior de los despachos.

—Sí —dijo una voz.

Joaquín abrió.

—¿Da su permiso, señor Llopis?

—Claro. No se queden ahí. Pasen y tomen asiento, por favor.

Accedieron a un despacho de paredes tapizadas de anaqueles repletos de libros y gruesas carpetas de anillas que atesoraban documentos referentes a la villa de Peñíscola, según las etiquetas que las rotulaban, y se acomodaron en dos sillas frente a un escritorio ocupado por legajos de hojas que amarilleaban de viejas. Una miniatura de la escultura del Papa Luna, de Sergio Blanco, hacía de pisapapeles.

—Somos reporteros del semanal Ecos Trianeros —se presentó Joaquín en nombre de ambos— y recabamos información para escribir un artículo sobre la vida de la coplista Amapola de Triana.

Salvador Llopis les miró perplejo. Había estudiado Historia Contemporánea de España, pertenecía a la Associació de Cronistes Oficials del Regne de València, llevaba treinta años como historiador de Peñíscola y nunca había oído hablar de Amapola de Triana.

—¿Qué relación guarda con Peñíscola? —les preguntó, intrigado.

—Nació aquí —respondió Soriano.

—¿Supongo que Amapola de Triana era un seudónimo artístico?

—Sí.

—¿Conocen su verdadero nombre?

—Cristina Losvalles.

—¿Y su segundo apellido?

Alberto Soriano cayó en la cuenta que desconocía la filiación completa de ella.

—Lo ignoro —dijo, avergonzado.

—¿En qué año nació?

—1968.

—Bien —dijo—. Déjenme buscar en los archivos del padrón municipal.

—No tenemos prisa.

Salvador Llopis salió del despacho. Joaquín y el capitán Soriano permanecieron callados. Nadie conocía a Cristina Losvalles. La Amapola de Triana parecía un ser fantástico, imaginario, que solo tomaba cuerpo y alma en sus cabezas. Pasado un rato el cronista recuperó la comodidad de su asiento.

—Ha habido suerte —dijo—. En la posguerra la familia Losvalles estuvo entre las más influyentes de Peñíscola. Un par de papeles me han refrescado la memoria. Hace tiempo investigué su trayectoria en mi función de historiador.

—¡Bingo! —exclamó Soriano.

—En los años cuarenta —siguió— Peñíscola era un pueblecito de pescadores y agricultores, pese a ostentar el título de «ciudad» desde 1707 tras resistir el ataque de los ingleses en la guerra de Sucesión que enfrentó a maulets y botiflers. En aquella época las barcas y las huertas animaban un paisaje salpicado de palmeras y naranjos, en nada comparable al actual, y Felipe Losvalles regentaba la única notaria de la villa.

—¿El padre de Cristina?

—Sí.

—Interesante.

—Felipe Losvalles tuvo bastante peso en la política local. Era un germanófilo convencido y al finalizar la Guerra Civil presidió la Falange de la provincia y «dio café» a varios republicanos, anarquistas y comunistas que todavía reposan en las cunetas. Solo en Peñíscola ordenó fusilar a trece vecinos.

—Un fascista —escupió Joaquín, con desprecio.

—Además —dijo—, como católico prohibió cualquier manifestación pagana y en Peñíscola dejó de celebrarse la festa dels Cavallets, de amplia tradición popular. Felipe Losvalles la consideraba lasciva porque dos parejas se metían bajo un armazón de madera que

simulaba un caballo y recorrían las calles al son de una orquestina.

—¿Qué tenía de malo? —curioseó Soriano.

—Según Felipe Losvalles bajo los faldones el diablo tentaba a los jóvenes.

—Menuda pieza.

—¿Y su esposa? —prosiguió Joaquín.

—Felipe Losvalles se casó con Ana Adell Mascaró, una chica de Valencia que le dio una hija, Cristina Losvalles Adell. Siento no poderles decir nada más. Pero al morir Felipe el apellido Losvalles se extinguió en Peñíscola y dejó de figurar en los padrones municipales.

—Su información nos ha sido muy valiosa.

—Me complace haberles echado una mano.

—Solo una cosa más.

—A su disposición.

—¿Dónde vivían Losvalles?

—En la calle Nova, cerca del Museu de la Mar. No tienen pérdida. Ahí estaba su casa familiar y la notaría, aunque el edificio ha sufrido varias transformaciones.

—Como toda la costa.

—El descalabro ha sido considerable —subrayó Soriano.

—A partir de los años sesenta —expuso Salvador Llopis— la fisonomía urbana de Peñíscola cambió por completo. Las casitas de pescadores y campesinos dejaron paso a los hoteles, apartamentos, restaurantes, bares de copas, discotecas, tiendas de recuerdos, talleres de alfares… ¡Llegó el boom turístico! En verano es una locura de gente pero en invierno solo vivimos en Peñíscola ocho mil almas y el treinta por ciento son forasteros. A los peñiscolanos de toda la vida les conozco aunque solo sea de vista.

—Gracias otra vez.

—¿Puedo hacerles una pregunta?

—Sería descortés negársela —dijo Joaquín.

—¿Piensan indagar en la calle Nova?

—Debemos rastrear todas las fuentes posibles.

—Entonces pregunten por Mercedes Arrufat —les propuso—. Vive en la última casa, en la esquina de Nova y Sol. Una de las pocas viviendas que ha resistido el paso del tiempo y la especulación urbanística. El resto se han convertido en tiendas y bares para turistas. Mercedes tiene suficiente edad para recordar a la familia Losvalles.

—Ahora mismo vamos hacia allí.

—Al salir del ayuntamiento sigan la calle Major, casi hasta el final, y tuerzan a la izquierda. Llegarán en menos de cinco minutos.

—¿Cómo podemos agradecerle su ayuda?

—Mándenme su artículo. Todo lo que atañe a Peñíscola me interesa.

—Hecho y además —habló Soriano, para dar empaque a su farsa— le citaremos en la nota de agradecimientos.

—Suerte —les deseó Salvador Llopis.

Capítulo. 69

El trazado medieval de Peñíscola, de callecitas estrechas, umbrías y empinadas, mantenía su encanto. En verano infinidad de comercios, para atender las demandas de los turistas, abrían sus puertas, pero en invierno la mayoría cerraban, aprovechaban para hacer reformas, repintar los locales o proceder a su venta o traspaso ante la quiebra del negocio. Joaquín Ayuso y Alberto Soriano subieron por la calle Major, como les había indicado Salvador Llopis, y casi al final giraron a la izquierda. Recorrieron un tramo de Santa Bárbara y entraron en Nova, igual de empinada que el resto, escalonada, salpicada de macetas cuajadas de pomos de flores y al anochecer alumbrada por faroles cuadrangulares de brazo. Las viviendas, cerradas por puertas de madera tachonada, lucían fachadas de un blanco refulgente, escudos blasonados y balcones de barandillas de forja y solados de losetas de cerámica. Le preguntaron a un albañil, que reparaba el enfoscado de un muro, y el hombre les señaló la casa de Mercedes Arrufat. Joaquín llamó al timbre y el eco de un campanilleo sonó en el interior. Una mujer delgada, con los ochenta cumplidos, se asomó a un balcón.

—¿Qué desean? —gritó para que la oyeran.

—Buscamos a Mercedes Arrufat —dijo Soriano.

—Si vienen a venderme algo se han equivocado de puerta.

—Señora Arrufat —intervino Joaquín, también alzando la voz para hacerse oír— nos ha facilitado su nombre Salvador Llopis, del ayuntamiento, nos gustaría hablar con usted de la familia Losvalles.

—Ya no viven aquí. Se fueron. Su casa —señaló la vivienda de enfrente—ahora es un restaurante macrobiótico, un sitio de jipis.

—¿Conoció a Felipe Losvalles y a su esposa?

—Y a su hija Cristina. Pero de eso hace mucho tiempo.

—Somos periodistas —insistió Joaquín, con el engaño que les acompañaba a todas partes—. Concédanos unos minutos. Se lo ruego, señora Arrufat.

—Está bien —cedió—. Mi hijo les abrirá. Subir y bajar escaleras me mata.

Esperaron a pie de calle.

—Adelante —dijo un joven—. ¿Periodistas?

—De Sevilla, del barrio de Triana —contestó Soriano, metido en su papel.

—¿Por qué les interesa Felipe Losvalles? Murió hace años.

—Su esposa y su hija vivieron en Triana —expuso Joaquín— y la niña despuntó en la copla. Intentamos redactar un artículo sobre sus orígenes.

—¿Triana? —se extrañó—. Siempre pensé que habían emigrado a la Argentina. Mi madre conoce bien la historia. Síganme, por favor.

A través de un patio repleto de tiestos les condujo a una escalera de peldaños y baranda de madera. Les indicó que subieran al segundo piso, de los tres que tenía la vivienda, y accedieron a un saloncito bañado de sol y las paredes decoradas con fotografías de las fiestas populares de Peñíscola y panorámicas de la costa. Mercedes Arrufat les recibió sentada frente a una mesa camilla cuyos faldones escondían un brasero eléctrico.

—Bonitas fotos —dijo Soriano, para romper el hielo.

—Son de mi hijo —aclaró la anciana—. Es fotógrafo. Tiene su estudio abajo, en la parte nueva de Peñíscola.

—Con su permiso —dijo Joaquín, y acercó dos sillas para sentarse.

—¿Desean un café?

—Quisiéramos estorbarle lo justo.

—¡Bah! Tenemos una cafetera de esas que metes una cápsula, aprietas un botón y sale el café.

—Entonces, venga.

—¿Descafeinado?

—Como guste.

—Así les deja dormir —dijo, y gritó—: ¡Lluc prepara dos descafeinados para estos señores, por favor!

—¡Voy mamá! —respondió.

—¿Qué les mueve a preguntar por Losvalles?

Joaquín hizo las presentaciones de rigor y le explicó los detalles de la supuesta biografía que escribían sobre Cristina Losvalles para un semanario de Triana. Mercedes Arrufat hizo un gesto de asombro. Nunca imaginó un destino semejante para la pequeña Cristina. El joven apareció en el saloncito. Les sirvió los cafés, en tacitas de porcelana de asiento de plata, y se retiró.

—Señora Arrufat —dijo Joaquín—, háblenos de la familia Losvalles.

—A cambio solo les pido un favor.

—Diga.

—Trátenme de tú. El «usted» me suena mal. Me hace más vieja de lo que soy.

—De acuerdo, Mercedes.

—Losvalles —arrancó— fueron mis vecinos durante años, aunque con Felipe, el cabeza de familia, la relación siempre fue bastante fría.

—¿Por qué? —dijo Soriano.

—Era un fascista y al estallar la Guerra Civil se puso del lado de los golpistas. En mi familia nadie andaba metido en rollos políticos pero mis padres votaron y apoyaron a la República.

—Algo nos ha contado el señor Llopis —dijo Joaquín.

—Salvador sabe mucho de historia pero de Losvalles casi nada.

—Por eso queríamos verla.

—De tú, por favor —insistió la anciana—. Habladme de tú.

—¿No queda nadie de la familia?

—En Peñíscola, no. Felipe murió hace años. A mediados de los ochenta.

—¿Y su mujer?

—Eso es harina de otro costal —resopló—. Ana le dejó plantado y nunca más supe de ella.

—Explíquese. Perdón. Explícate, por favor.

—Ana era una buena chica pero su marido…

—¿La maltrataba? —soltó Soriano.

—Sí. Felipe era machista y misógino, como todos los fachas. De esos hombres que piensan que la mujer debía estar en casa y con la pata quebrada.

—¿Le pegaba?

—Así es. Los celos le corroían. Ana tenía veinticinco años menos que él y estaba de bandera. Felipe, a poco que la viera hablar con un hombre, le montaba una bronca.

—Los celos son malos consejeros.

—Ana pronto se cansó de las palizas de su marido y se la jugó con otro.

—¿Le puso el cuerno? —bromeó Soriano.

—En el pueblo corría el rumor de que Felipe era impotente. De ahí su misoginia. Todas las mozas casaderas sabían de su incapacidad para cumplir con las hembras. Ya me entendéis. Por eso tuvo que salir de la comarca para ennoviarse.

—Su invalidez era vox pópuli.

—En Valencia —siguió Mercedes Arrufat— conoció a Ana, una huertana que nunca sospechó de la impotencia de su pretendiente. La pobre Ana, la muy inocente, cargó con el muerto. Tuvieron un noviazgo corto y ella pensó que Felipe la respetaba, que por eso nunca se propasó. El día de la boda se le cayó la venda de los ojos.

—En aquella época las relaciones prematrimoniales estaban mal vistas.

—A la vista está que tienen sus ventajas —apostilló Soriano.

—A Ana —continuó— la sangre le hervía en las venas y no se resignó

a ser la esposa pura y casta de un notario que, según las malas lenguas, nunca aprobó unas oposiciones.

—¿Y eso? —incidió Joaquín.

—Felipe —aclaró— presumía de buenos contactos en Madrid. Presidió la Falange provincial y obtuvo el título con el beneplácito de algún ministro opusdeísta agradecido. Así funcionaban las cosas en la dictadura.

—Su mujer disfrutaría de una vida cómoda —aventuró Soriano—. Los notarios siempre se han ganado bien la vida.

—Desde el día que se casó Ana nunca más salió de Peñíscola y aquí, en aquella época, no había en qué gastar el dinero. Aquí tenemos un trovo que aconseja: «No te cases con viejo, por la moneda; la moneda se gasta y el viejo queda».

—Has mencionado que ella se marchó —dijo Joaquín.

—Conoció a un mozo de Benicarló, un joven de una familia obrera, pescador con un bou en propiedad. Se veían a escondidas y ella se quedó preñada.

—¡Menudo papelón! —exclamó Soriano.

—Más sí tenemos en cuenta la impotencia del marido — apuntó Joaquín.

Mercedes Arrufat sonrió pícara.

—A Felipe —dijo— la criatura le vino como anillo al dedo.

—¿La aceptó?

—Sí. Para él tener descendencia se había convertido en una cuestión de honor. Al nacer la niña le dio su apellido y así acalló los rumores sobre su impotencia.

—El hombre, además de flojo —afirmó Soriano—, tenía complejo de inferioridad.

—Los tipos así —subrayó Joaquín— son los peores. Humillan a los demás para sentirse importantes.

—Ana —siguió Mercedes Arrufat— tuvo a la niña, celebraron el bautizo y a poco ella desapareció.

—Me imagino —terció Soriano— la mala leche que se le puso a Felipe Losvalles.

—Estalló de rabia como un globo —le dio la razón—. Era un hombre poderoso, los cuartos le salían por las orejas y al día siguiente marchó a Barcelona a contratar los servicios de unos detectives privados para que localizaran a Ana y a su hija.

—¿Quería recuperarlas? —dijo Joaquín.

—Más bien ajustarle las cuentas a Ana por dejarle en ridículo.

—Los tipejos como Felipe son peligrosos. El dinero y el poder les da impunidad.

—Pagó el pato Josep Batalla —continuó Mercedes Arrufat—. El padre biológico de Cristina. La niña tendría que haberse llamado Cristina Batalla.

Alberto Soriano suspiró y se peinó los cabellos hacia atrás con la palma de la mano. Nada en la vida de la Cristina Losvalles que había conocido se ajustaba a la realidad.

—¿Se vengó de Josep? —preguntó.

—Un noche salió con su bou a la sardina y nunca más regresó.

—¿Se lo tragó un temporal?

—La noche de marras había calma chicha —recordó Mercedes—. Para que me entendáis. Había menos olas y viento en el mar que en un vaso de agua. Una semana después de desaparecer el bou de Josep Batalla unos carabineros hallaron en la playa del Russo un salvavidas con el rótulo «Lleda», el nombre del bou de Josep.

—El apellido de Ana, su amante —descifró Joaquín.

—Eso es —confirmó—. Ana se llamaba Adell de primer apellido y Josep bautizó así su barca, pero con las letras del revés para ocultar su amor por ella.

—¿Se investigó la causa del naufragio?

—No. Pero la verdad siempre sale a la luz y años después corrió el rumor de que Felipe Losvalles había contratado a un palangranero de Vinarós para que embistiera en alta mar al bou de Josep Batalla.

—¿Y Ana Adell? ¿Dieron los detectives con ella y su hija?

—Nunca las encontraron. Solo averiguaron que en Barcelona embarcaron en el buque Ciudad de Cádiz hacia Las Palmas de Gran Canaria y de allí en otro barco de la Compañía Pinillos a la Argentina.

Alberto Soriano iba de sorpresa en sorpresa. Ni siquiera José Luis Camacho, que conoció a Cristina en sus mejores años, conocía su estancia en Argentina.

—El notario les perdió la pista —dijo Joaquín.

—Sí. Por más que lo intentó no volvió a saber de su mujer y su supuesta hija.

—¿Por qué esa obsesión? ¿Quizá llegó a amarlas?

—Ese hombre solo se quería a sí mismo. Las buscaba porque al parecer Ana se llevó documentos de gran valor.

—¿De qué clase?

—Hubo opiniones para todos los gustos —le quitó importancia Mercedes Arrufat—: valores al portador, escrituras de propiedades usurpadas a los republicanos que fusiló, claves de cajas de caudales de clase de documento? Valencia y Barcelona donde guardaba las joyas de las requisas, acciones canjeables… Habladurías. Nada en concreto. A la gente le gusta darle al pico si se trata de problemas ajenos.

—Fin del culebrón —dijo Soriano.

—El tiempo pone a cada cual en su sitio —sentenció Mercedes—. Con la llegada de la democracia Felipe Losvalles perdió su influencia política y social. La Transición perdonó a los hijos de puta como él pero los peñiscolanos se vengaron: le increpaban por la calle, hicieron pintadas en su notaria tildándole de «asesino» y tuvo que cerrarla. La gente le dio la espalda. Felipe murió solo, alienado, cuidado por una dominicana que le sacó hasta su último céntimo. A poco de fallecer llegaron noticias de que Ana Adell estaba en Sevilla. Para mí aquí acaba la historia.

—Ana y su hija vivieron en Sevilla, en el barrio de Triana —le explicó Joaquín—. Por eso estamos aquí. Cristina Losvalles despuntó en la copla pero como a su madre la vida le tenía reservada un cúmulo de calamidades.

—¿Cuándo se establecieron en Triana? —preguntó Mercedes.

—Según hemos sabido —contestó Soriano— al cumplir Cristina los cinco años.

—Lo suponía —dijo, como si hablara para sí misma—. Ana regresó pronto de Argentina. Yo estuve allí una vez de vacaciones con mi difunto marido y me sorprendió su forma de hablar: jovato, quilombo, boludo, laboro, estuperflato… Hay que aprender idiomas para vivir en Argentina. ¿Qué ha sido de ellas?

—Las dos ya han muerto —dijo Soriano.

—Ana tenía unos años más que yo. Pero la niña…

—Tuvo un accidente de coche —dijo Joaquín, raudo, para evitar que su amigo, algo carente de tacto en ocasiones, soltara la verdad.

—Pobrecilla —musitó.

—Mercedes —se despidió Joaquín—, no sabes cómo agradecemos tu ayuda.

—Ha sido un placer y además la mañana me ha pasado volando entretenida en nuestra conversación.

—Tenemos que irnos.

—Si me necesitáis aquí me encontraréis. No estoy para muchos bailes.

—Gracias por todo.

—¡Lluc! —gritó—. ¡Ábreles la puerta a estos señores! ¡Ya se marchan!

Capítulo. 70

Su hotel de la Gran Vía madrileña quedaba cerca de la comisaría de Leganitos. Un factor decisivo para hospedarse en él. Andreu Bellpuig, de los Mossos d'Esquadra, contempló, desde la única ventana de su habitación, los luminosos que anunciaban cada noche los espectáculos de moda en la capital. Al oscurecer la Gran Vía cobraba vida y los neones convertían la avenida más famosa de Madrid en un arco iris que daba paso a un universo de fantasía, alegría e ilusión. De día, los cartelones de los musicales, obras de teatro o películas de estreno perdían el lustre de su magia nocturna y pasaban desapercibidos para los transeúntes que recorrían la Gran Vía con la prisa de llegar a alguna parte. Desde la ventana observó el reloj digital de un panel informativo del ayuntamiento. Corrigió un pequeño atraso en su reloj de pulsera y corrió la cortina que protegía la cristalera. Tras su mala experiencia de la tarde anterior se había tomado un tiempo de descanso para reflexionar sobre su cometido en Madrid. A primera hora había llamado a su superior, el comisario Pere Sardà, de la jefatura de Sarrià Sant Gervasi, para notificarle el incidente y, pese a su exigencia de que regresara a Barcelona de inmediato, se mantuvo firme en su determinación de permanecer en Madrid y colaborar con el inspector Juan Barrientos de la Policía Nacional. A fin de cuentas disfrutaba de unos días de descanso. Su tiempo le pertenecía y solo él asumía los gastos de su estancia en Madrid. La agresión a Marc Rovira y las presiones de los políticos habían dejado de importarle. Su decisión de quedarse solo obedecía a un trasfondo personal. Tenía un asunto pendiente con el Sol y Sombra. Se tocó la barbilla y sintió un ligero pinchazo. La inflamación estaba en su fase más álgida. Se dirigió al cuarto de baño, cogió el tubo de pomada antiinflamatoria que le había prescrito el médico del Samur y untó una porción generosa en el mentón. El Sol y Sombra podía haberle matado. Recordó la cara de horror del párroco, al sentir el acero hundirse en su vientre, y un escalofrío le estremeció. La imagen del estallido de las vísceras le había torturado cada minuto. Había pasado la noche en vela. Apenas conciliaba el sueño la imagen del asesinato se transformaba en una pesadilla y despertaba convulso, empapado en sudor, musitando palabras incompresibles. Cometió el error de dejar su arma en Barcelona. De haberla llevado al cinto el Sol y Sombra estaría muerto o detenido y él no tendría que untarse pomada en la cara como en el culo de un bebé. Salió del bañó y su móvil se desplazó sobre la madera del escritorio como si hubiese cobrado vida propia.

Descolgó.

—Bellpuig al habla, dígame inspector Barrientos.

—¿Cómo ha pasado la noche?

—Mal. No he dormido ni siquiera un segundo.

—Sufre TEPT.

—¿Te… qué?

—Un trastorno por estrés postraumático —dictaminó—. Nada importante. En los años del «plomo» los compañeros que sobrevivían a un atentado lo padecían. El TEPT se manifiesta con varios síntomas tras un suceso estresante, aunque no involucre daño físico. El más frecuente es la imposibilidad de conciliar el sueño. No se preocupe. Le desaparecerá en unos días.

—Eso espero.

—No cometa la tontería de tomar somníferos. Causan dependencia.

—Le haré caso.

—¿Ha averiguado a quién compró la credencia el decorador?

—Todavía no. Ayer me concedí el resto del día libre. Estaba agotado y me dolía la mandíbula.

—Hizo bien —convino—. No quiero presionarle, Bellpuig, pero sería aconsejable disponer de esa información a la mayor brevedad posible. Podría solicitarla desde mi comisaría pero estoy seguro que usted la obtendrá más rápido.

—Me pongo a ello de inmediato.

—Otra cosa.

—A su servicio.

—Su hipótesis del manuscrito —dijo— quizá tenga algún viso de veracidad. He leído unas cuartillas que escribió Cristina Losvalles antes de ser asesinada y también citan el supuesto tesoro.

—Cuando el río suena…

—Los legionarios que colaboran conmigo e interrogaron al padre Contreras están en Peñíscola. Han llegado hasta allí por una vía distinta a la nuestra. No saben nada del tesoro pero no podemos obviar que el Papa Luna tuvo su sede pontificia en Peñíscola.

—Un cura, un delincuente y una coplista —resopló—. Tres chalados en busca de una quimera.

—El padre Contreras tenía los pies en el suelo. Ignoro qué pudo ocurrirle para dar crédito a semejante patraña.

—Vaya a saber.

—Comuníquese conmigo en cuanto tenga noticias, por favor.

—Inspector…

—Sí.

—Sé qué apenas nos conocemos pero tengo que pedirle un favor.

—Hable.

—Consígame un arma.

Juan Barrientos permaneció callado. No podía atender la petición del mosso d'esquadra sin vulnerar un montón de leyes. Si algo salía mal, Asuntos Internos le crucificaría. Incluso podrían expulsarle del cuerpo.

—No le prometo nada —dijo—. Pero haré algunas gestiones.

—Se lo agradezco.

—Hasta pronto.

Andreu Bellpuig cortó la llamada. Pulsó en la agenda de su teléfono móvil el nombre de Montserrat Rovira y esperó a que respondiera.

—Sí —dijo, tras varios tonos.

—Señora Rovira —se presentó—, soy el subinspector Bellpuig. ¿Me recuerda?

—Desde luego. ¿Hay novedades? Mi padre reconoció a su agresor.

—Todavía no hemos dado con él. Está en busca y captura.

—Ya…

—Tenga paciencia.

—No me queda otro remedio.

—Me gustaría hablar con su padre. ¿Sabe dónde puedo localizarle? Supongo que ya ha salido del hospital.

—Está aquí, a mi lado, en el estudio de decoración.

—Páseme con él, por favor.

—Ahora mismo. ¡Adiós!

El subinspector permaneció a la escucha.

—¿Qué tal Bellpuig? —le saludó Marc Rovira.

—Yo bien. ¿Y usted?

—Mejor imposible.

—Le llamo para saber el nombre de la persona a quién compró la credencia.

—¿Aún le da vueltas al mueble? Lo tiré a la basura. El trozo más grande tenía el tamaño de una cerilla. No podía restaurarse.

—Los policías nos parecemos a las hormigas. Ellas almacenan semillas para el invierno y nosotros información para encerrar a los delincuentes.

—La credencia la compre a un anticuario amigo mío. Un hombre de confianza.

—Deme su nombre, por favor.

—Jaume Valls —dijo—. El propietario de Art BCN, una galería de antigüedades del paseo de Gràcia. Estoy seguro que alguna vez se ha parado ante su escaparate.

—Ahora que lo dice, sí.

—Está entre las mejores y más antiguas de la ciudad.

—Gracias por la información.

—De nada hombre. A ver cuándo podemos celebrar la detención de mi agresor.

—Pronto.

—Yo invito y usted elige el restaurante.

—Hecho.

Marc Rovira colgó. Andreu Bellpuig trasladó el nombre del anticuario al archivo de texto de su móvil, abrió la agenda por segunda vez y pulsó otro nombre.

—Capmany —dijo, al responder su compañero de la Brigada de Delinqüència Especialitzada—, ¿cómo van las cosas por la comisaría?

—Ayer recibimos los informes de la Nacional y la Guardia Civil sobre traficantes de vehículos de lujo. Hemos distribuido sus fotografías y fichas a los coches patrulla del distrito por si reconocen a alguno.

—Bien hecho —aprobó—. Ponga agentes de paisano a vigilar los bares, restaurantes de postín, discotecas, clubes y coctelerías. Esos tipos suelen dejarse caer por los locales nocturnos de ocio a tomar copas. El dinero les quema en las manos. Tienen prisa por gastarlo y el alcohol y las mujeres están entre sus preferencias.

—Como ordene, señor.

—Tengo que pedirle un favor personal.

—Diga.

—Ayer por la tarde casi me matan…

—¿Bromea?

—Le hablo muy en serio.

—Nadie se tragó el bulo de que estaba de vacaciones.

—Solo intento que comprenda la gravedad de la situación. No tengo tiempo para explicarle los motivos de mi estancia en Madrid.

—Me hago cargo. Le escucho.

—Necesito que visite la galería Art BCN, en el paseo de Gràcia, e investigue de forma discreta a su dueño, un tal Jaume Valls.

—Pan comido, jefe.

—Averigüe si anda metido en algo sucio: venta ilegal de obras de arte, tráfico de estupefacientes, lavado de dinero negro, venta de armas, redes de trata… Cualquier cosa que escape a las funciones de una galería de su prestigio.

—Esta tarde me daré una vuelta por ahí.

—Sea discreto. Se trata de un asunto extraoficial. ¿Me entiende?

—Sí, señor.

—Deme noticias pronto.

Carles Capmany se despidió con un «hasta pronto» y colgó el teléfono. Andreu Bellpuig se acomodó frente al escritorio y repasó, por enésima vez, las notas que guardaba en el archivo de texto de su móvil. Algo bailaba ante sus ojos y no lo veía.

Capítulo. 71

Las entrevistas que acababan de mantener con Salvador Llopis y Mercedes Arrufat les habían proporcionado nueva información sobre la vida de Cristina Losvalles, pero nada revelador para conocer la causa de su asesinato ni al autor material del mismo. Joaquín Ayuso miró la hora para valorar el tiempo de qué disponían. Había decidido, sin consultárselo al capitán, seguir los pasos de Ana Adell y Cristina Losvalles en Sevilla para obtener más testimonios. Le costaría una reprimenda de Ángela, que esperaba ansiosa su regreso y le había lanzado un ultimato, pero el caso le tenía abducido. Se había convertido en un reto personal. Jamás, en sus años de agente del SIS, se había rendido por difíciles que fueran las circunstancias e intrincados los caminos. Estaba dispuesto a llegar hasta el meollo del asunto. Durante su formación en inteligencia había aprendido que nadie mataba sin una causa, un motivo. Ni siquiera los psicópatas o desequilibrados. Toda acción obedecía a un porqué, a un móvil. Tenía la convicción de que la vida de Cristina Losvalles escondía la clave de su asesinato. Para él nada resultaba irrelevante. La existencia de Cristina Losvalles formaba parte de un conjunto de eventos que la habían llevado a la muerte. Le expuso a Alberto Soriano sus intenciones y este se llevó las manos a la cabeza. En Sevilla, pensó, les esperaba más de lo mismo. Fijo. Habían interrogado a un montón de gente y nadie sabía nada. La vida de Cristina resultaba tan anodina como una mala película de dibujos animados.

—¡Sevilla! —exclamó Soriano, incrédulo.

—Debemos seguir su rastro. Estamos a un tris de algo importante.

—Eso mismo dijiste cuando cortaron los frenos a la Sanglas. Me propusiste venir a Peñíscola y aquí estamos, compuestos y sin novia.

—Andamos por la senda correcta.

—Más bien en un laberinto sin salida.

—El Sol y Sombra quiso darnos un escarmiento o algo peor. Tenemos que buscar su nexo de unión con Cristina Losvalles.

—Vaya alias para un criminal. En mí época un «sol y sombra» era un combinado de cazalla y moscatel. Resucitaba a un muerto y en el

Sáhara me los metía a porrillo.

—El padre Contreras, el Sol y Sombra y Cristina Losvalles estaban unidos por un mismo cordel.

—Sevilla —suspiró—. Aprovecharé para comprarme unas castañuelas.

—Busquemos una agencia de viajes para tramitar los billetes.

—Antes tengo que llamar a Barrientos. Como nos larguemos a Sevilla sin decirle nada manda al Geo a buscarnos.

Alberto Soriano hizo la llamada y transmitió al inspector las notas de su conversación con las dos testigos que habían entrevistado y su intención de marchar a Sevilla para continuar la investigación. Juan Barrientos le agradeció la información, le recordó su promesa y les deseó buena suerte.

—¿Satisfecho? —dijo Joaquín.

—Me ha insistido en que mantengamos los ojos bien abiertos. Todavía no han dado con el Sol y Sombra. ¿Vale la pena ir a Sevilla?

—Sevilla siempre merece una visita.

—¿Te tomas esto como unos días de juerga?

—No. Solo que este intríngulis me reconcome el alma.

—Y a mí.

—Ni siquiera tenemos un sospechoso y desde que empezamos a movernos hemos acumulado cuatro muertos.

Alberto Soriano alzó una mano a la altura de los ojos y contó con los dedos.

—Cristina —dijo—, el Quisquilla y el padre Contreras. Solo me salen tres.

—No olvide a Regina Cardoso.

—Barrientos duda sobre la autoría de su muerte.

—Fue el Sol y Sombra. Estoy seguro. La mató tras interrogar nosotros a Manuela Velasco. Regina presenció la conversación. Ese cabrón quería saber de qué hablamos.

—Lo suponía —admitió—. El Sol y Sombra nos seguía. Alguien le vio cortar los frenos de mi Sanglas.

Sus propias palabras le pusieron en alerta. Sacó la foto del Sol y Sombra, la desdobló y contempló para recordar su cara. La guardó y observó a su alrededor.

—Si no llegamos hasta el final —dijo Joaquín— podemos ser los próximos.

—Ese mamón no tiene agallas para ponérseme a tiro —afirmó, y acarició su arma.

—Hay un punto oscuro en la vida de Cristina Losvalles y su madre.

—Hazme partícipe.

—El padrastro de Cristina perteneció a la Falange, dio el paseíllo a republicanos y comunistas, y mató al amante de su mujer. Puede que alguien busque venganza.

—No tiene sentido después de tantos años. Felipe Losvalles está muerto. ¿De qué sirve asesinar a personas que nada tienen que ver con él?

—Con él no pero con su esposa sí.

—Arguméntalo.

—Ana Adell, según ha dicho Mercedes, se llevó documentos importantes.

—Ya entiendo.

—Ha hablado de escrituras y títulos de tierras.

—Solo eran especulaciones.

—Quizás alguien intenta recuperar las propiedades usurpadas a sus padres.

—Los náufragos se aferran a una tabla y tú a las palabras de una anciana coqueta.

—Si pierdes los puntos de apoyo estás perdido.

Alberto Soriano suspiró resignado.

—Sevilla ha inspirado un puñado de óperas —dijo—. ¿Lo sabías?

—No.

—El barbero de Sevilla, Las bodas de Fígaro, La fuerza del destino o Carmen están ambientadas en Sevilla. Su magia sedujo a compositores y letristas como Rossini, Mozart, Verdi o Bizet.

—Varias películas también han tenido a Sevilla de protagonista.

—¿Conoces Sevilla?

—Sí.

—Yo también.

—¿Y si nos dejamos de cháchara y vamos a comprar los billetes?

—Andando.

Recorrieron algunas calles hasta hallar una agencia de viajes. Entraron. Les atendió una chica y surgió el primer contratiempo. No había ningún tren hasta la mañana siguiente. Cabecearon resignados. Otro retraso en sus planes. El talgo a Sevilla pasaba por Peñíscola a las 11:31 de la mañana y llegaba a su destino a las 20:51. Nueve horas y veinte minutos de trayecto. Una moledura. Al salir Alberto Soriano protestó por la tardanza.

—Tómese las cosas con calma —dijo Joaquín, resignado—. Habrá que entretener el tiempo de espera.

—Lo sé. No queda más remedio.

—¿Qué propone? Usted conoce Peñíscola.

—Vayamos al castillo. Estamos al lado. Tienes que verlo. Es una maravilla de la arquitectura militar. Después almorzamos en un restaurante que preparan un arroz del senyoret que sabe a gloria.

Joaquín aceptó la propuesta y caminaron guiados por la silueta del faro hacia el castillo. Las vistas del Mediterráneo excitaban los sentidos. Abonaron las entradas y accedieron a la fortaleza. La antigua sede pontificia ocupaba la parte más elevada del peñón y mostraba un aspecto imponente. Sus salas recreaban aspectos de la Orden del Temple mediante paneles informativos, armas, banderolas y maniquíes, y ponían de manifiesto la austeridad de unos monjes y soldados declarados por Bernardo de Claraval una Militia Christi.

—¿Qué te parece? —dijo Soriano.

—Espectacular. Ha sido una buena idea traerme hasta aquí. Se lo agradezco.

—Sabía que te gustaría.

—Ahora entiendo por qué a Benedicto XIII le apodaban el «Papa del Mar».

—Sigamos.

Continuaron su recorrido y penetraron en la basílica, de una sola nave, planta rectangular, sin ningún tipo de decoración, muros de sillares, bóveda de cañón algo apuntada y un casquete esférico sobre el ábside. La sobriedad de la arquitectura templaria causó admiración en Joaquín. Casi la misma que despertó en él un hombre de mediana edad, vestido de ropa informal pero elegante, que mantenía la espalda pegada a la pared y una especie de linternita sujeta en la mano que dirigía al otro extremo de la sala. Joaquín tocó el brazo a Soriano para reclamar su atención y que observara al individuo.

—¿Qué hace ese? —dijo.

—Ni idea. Será un chalado por la arquitectura templaria. No puedes imaginarte a la gente que le va el rollo místico.

—¿Con una linterna a plena luz del día?

—Es un metro láser. Toma medidas.

—Dios nos hizo a todos de barro pero en distinto molde —sentenció Joaquín.

Capítulo. 72

…El padre Contreras, al contrario de lo que pensaba, no me tomó por loca. Me pidió que dejara el confesonario y le acompañara al despacho parroquial. Me hizo varias preguntas, que no supe responder, y permaneció pensativo. Abrí mi bolso y le mostré una fotografía. La única que conservaba de mi madre y yo juntas. Nos la tomó un retratista que mamá contrató en Sevilla a poco de regresar de Argentina. Las dos posamos vestidas de fiesta y apoyadas en la credencia del «secreto». Le dije al padre Contreras que la clave del tesoro estaba oculta en ese mueble. Le conté que había desaparecido de la casa de mi madre y él aceptó hacer algunas indagaciones. Me pidió que le prestara la foto y no tuve inconveniente.

A partir de ese día acudí en repetidas ocasiones a la parroquia de San Ginés para tener nuevas del padre Contreras, pero solo me dijo que el mueble lo había vendido mi madre a un chamarilero e intentaba localizarle para conocer el actual paradero de la credencia. El hecho de que el padre Contreras me tomara en serio me dio ánimos. Tuve esperanzas. Si el tesoro existía, en cuanto obtuviera mi parte, se lo diría a mi amado Alberto, le pediría perdón por los días que me había mostrado tensa y poco cariñosa, y viviríamos los dos para la eternidad en un piso espacioso bañado de sol todo el día, viajaríamos, algo que siempre he soñado y la vida me ha negado, dispondríamos de nuestro tiempo a nuestro antojo y seríamos felices, muy felices… Suena el teléfono. ¿Quién será? ¡Dios! Se me ha hecho tarde. Son las nueve menos cuarto. Solo tengo quince minutos para vestirme y marchar al Café de la Bohemia con la esperanza que mi voz no se quiebre y pueda cantar. ¡Ya voy…, ya voy…! ¿Será mi amado Alberto?…

Juan Barrientos terminó de leer la última cuartilla y la guardó junto al resto en un cajón de su escritorio. De su lectura no había obtenido nada concluyente salvo que Cristina Losvalles confió la existencia del supuesto tesoro al padre Contreras. El Sol y Sombra, según el relato del subinspector Andreu Bellpuig, localizó el mueble en Barcelona y dio una paliza a su propietario para entrar en su casa y revisarlo. Estaba convencido de que no había hallado nada. La historia del tesoro, a su entender, solo era un camelo. Tras analizar los folios conocía mejor a los personajes. La investigación de campo la

consideraba esencial pero al trabajo de oficina le prestaba la misma atención. Dos vectores que formaban parte de un binomio indisoluble. Le gustaba tomarse su tiempo para estudiar los detalles y obtener respuestas lógicas a preguntas en apariencia irracionales. Barrientos tenía sobre la mesa de su despacho y frente a sus ojos una carpeta abierta con el historial delictivo de Anselmo Bejarano, alias el Sol y Sombra, un niño maltratado por la vida que acabó inmerso en el hampa. Un residuo contaminante de una sociedad enferma atenazada por un elevado índice de agresividad que aumentaba año tras año. Le vino a la cabeza el número de mujeres asesinadas por sus compañeros sentimentales: más de cincuenta y aún quedaban hojas del almanaque por arrancar. Mujeres con nombres y apellidos convertidas en simples cifras de una estadística fría e impersonal que solo servía para llenar espacio en los telediarios. El Sol y Sombra nunca había cometido delitos de sangre hasta la fecha. A Barrientos su experiencia de años le dictaba que los delincuentes callejeros, a diferencia de los hampones de guante blanco, tenían un punto de «no retorno», una frontera emocional que al rebasarla les hundía en la desesperación y llevaba a perpetrar las atrocidades más impensables.

Anselmo Bejarano había nacido en 1970 en Béjar, Salamanca, patria chica de próceres como Tomás Olleros Mansilla, un coronel de la marina española que en 1822, al mando de la fragata María de Molina, tomó posesión para España de las islas Tawi Tawi, entre Filipinas y Borneo. Al contrario que el ilustre marino, Anselmo Bejarano nació en el seno de una familia desestructurada. Su madre, Alicia Calero, apodada Dedoslargos, se ganaba la vida de mechera y vendía en los mercadillos ambulantes de Cantalapiedra, Lumbrales o Macotera los productos que hurtaba al descuido en tiendas y bazares. Si la Benemérita apretaba entonces Alicia cruzaba la frontera por los pasos clandestinos de los estraperlistas para sus matutes y se perdía, con su enfardeladura de jabones, perfumes o prendas de ropa interior femenina, por los pueblos lusos de La Raya. La madre del Sol y Sombra entró y salió de la cárcel infinidad de veces hasta que la parca llamó a su puerta y una mala enfermedad del páncreas se la llevó antes de tiempo. Manuel Bejarano, padre biológico del Sol y Sombra, y esposo ante Dios y la justicia de Alicia Calero, recibía el apodo del Baraja. Se casó con Alicia de penalti al quedarse ella embarazada de su primer hijo y aquel mal comienzo estuvo abocado a un peor final. A Manuel Bejarano nadie le conocía oficio o profesión salvo el de tahúr de cartas. Tenía fama de peinar los naipes como nadie y una noche de alcohol a raudales y timbas sin límite en las apuestas perdió al póquer una elevada suma de dinero. La falta de liquidez (nunca la tuvo) le obligó a desaparecer ante la insistencia de sus prestamistas que le

buscaban para ajustarle las cuentas por las deudas contraídas. Manuel el Baraja se marchó a Venezuela, a poco de nacer el Sol y Sombra, y jamás volvieron a saber de él. A certeza que murió de un golpe de faca por el impago de una apuesta durante una riña de gallos.

Alicia Calero, tras la huida de su esposo, se arrejuntó con un atracador veinte años mayor que ella, Jiménez el Brujo, un borracho y pendenciero que descargaba su frustración vejando y dando palizas a su esposa y los cuatro hijos de esta. Jiménez el Brujo tuvo el fin que se merecía. Murió de un infarto masivo de corazón mientras intentaba dar esquinazo a la policía tras asaltar una farmacia en Huelva. Anselmo Bejarano tuvo tres hermanos mayores cuya filiación paterna resultaba imprecisa debido a los devaneos de su madre. El mayor cayó herido de muerte en un tiroteo con la Policía Municipal de Madrid, el segundo murió al lanzarse por la ventana de un cuarto piso de una comisaría de Logroño y el tercero, perseguido por una patrulla de la Benemérita de Jaén, estrelló el coche que había robado contra un árbol: acabó desangrado entre un amasijo de hierros humeantes. Una familia modélica, pensó Barrientos cargado de ironía.

Anselmo Bejarano siguió el camino de sus hermanos. A los dieciséis años ingresó en un correccional de menores por sustraer una cámara fotográfica en una tienda de Salamanca. Al salir se dedicó a cometer pequeños hurtos y a los dieciocho robó su primer automóvil. Le detuvieron y pasó varios meses entre rejas. En la cárcel recibió palizas de reclusos negros y marroquíes, altos y fuertes como catedrales, pero él también repartió estopa gracias a sus nociones de lucha libre. El Sol y Sombra, para llevar una vida decente, intentó abrirse camino en los cuadriláteros de la pelea profesional, un deporte que el franquismo potenció en la España de los sesenta y setenta. El Sol y Sombra admiraba a luchadores legendarios como Pancho Pino, José Carlos Jiménez, Manuel Quintana o José Alfonso Carlos Chicharro que, en 1954, logró el título de Campeón de España del Peso Pesado de lucha grecorromana al derrotar al ya fallecido Miguel de la Cuadra Salcedo, el famoso periodista y aventurero de la televisión. Anselmo Bejarano hizo sus pinitos en las peleas celebradas en el mítico Circo Price, refugio invernal de los aficionados a la lucha libre. Durante un combate sufrió una grave lesión de hombro y los médicos le aconsejaron dejar de luchar ante la amenaza de quedarse tullido. La vida le negaba cualquier oportunidad de rehabilitarse y al abandonar la prisión estaba en el polo opuesto de la reintegración social.

El Sol y Sombra organizó su propia banda y se dedicó al asalto de joyerías. Su buenaventura duró un año hasta que agentes de la Brigada Antiatracos de la Costa Brava le detuvieron tras desvalijar a

punta de chata una joyería de Figueres. Entró de nuevo en presidio, hizo un curso de formación profesional y obtuvo el título de grado medio como instalador electricista. Se inscribió en un programa de redención de penas por trabajo y logró abandonar su encierro antes de cumplir su plena condena. Lejos de reformarse, gracias a sus estudios de electricista, reorganizó a su pandilla y robó vehículos de lujo, asaltó joyerías y polígonos industriales hasta que en un control de alcoholemia le propinó una paliza a un agente de la Policía Municipal de Tarancón y dio otra vez con sus huesos en la cárcel. Anselmo Bejarano, a lo largo de su vida, había hecho honor a su alias: había vivido la mitad de su existencia al sol y la otra mitad a la sombra. Al salir del penal de Cuenca se trasladó a Madrid y se refugió algún tiempo en el bar La Maliciosa, a cuyo dueño conoció en la prisión de Albolote y, meses más tarde, el padre Marcial Contreras, párroco de la iglesia de San Ginés, le tomó bajo su protección.

El inspector Barrientos cerró la carpeta del historial delictivo del Sol y Sombra. Una biografía cargada de dolor y miserias. La historia de un niño que se hizo mayor sin haber sido nunca niño, sin haber jugado, recibido una caricia de sus padres o hermanos, o haber acudido a una escuela para su crecimiento personal y formación intelectual. Levantó la vista y un agente le solicitó la venia desde el umbral de la puerta de su oficina.

—Señor —dijo—, el subinspector Bellpuig, de la Policía de la Generalitat, desea verle.

—Hágale pasar, por favor.

El agente se retiró y el mosso d'esquadra se presentó en el despacho.

—Inspector —dijo, respetuoso.

—Adelante. Siéntese, por favor. —Bellpuig se acomodó en una silla frente a la mesa—. Repasaba el historial de Anselmo Bejarano —dijo Barrientos.

—Lo estudié a conciencia antes de venir a Madrid. Una pieza de cuidado.

—Sí. Algo ha ocurrido para que cruzara una línea roja y se manchara las manos de sangre. Hasta ahora se había mantenido al margen.

—Casi todos los delincuentes evolucionan a peor. Tarde o temprano algún asunto les desborda y cometen un homicidio. Conozco cientos de casos.

—Se empieza dando un tirón, luego vienen los alunizajes, el robo de joyerías y bancos, y acaban matando a alguien.

—¿Y el expediente del sacerdote?

—Nada fuera de lo habitual. ¿Quiere echarle un vistazo?

Señaló una carpeta marrón posada sobre la mesa.

—Preferiría un esbozo por su parte.

—El padre Marcial Contreras —dijo— nació en 1950 en Lugo. Estudió Latín y Humanidades en el seminario de Mondoñedo. Cursó Teología en la Universidad Pontificia de Salamanca y cantó misa. Pasó por distintas parroquias de Castilla y León y Galicia, y hace quince años se hizo cargo de la iglesia de San Ginés. Un expediente tan limpio como la patena que usaba en la liturgia.

—¿El Sol y Sombra trabajaba para él?

—Sí. Desde hacía unos años. Según las declaraciones de varios testigos, recogidas por mis agentes, el Sol y Sombra estaba rehabilitado, aunque al parecer solo en apariencia.

—Inspector —suspiró Bellpuig—, hay algo que somos incapaces de ver.

—Debo darle la razón —convino—. Y usted, ¿trae noticias?

—Marc Rovira, el decorador que agredió el Sol y Sombra —dijo, y miró su móvil para leer los detalles—, adquirió la credencia a Jaume Valls, un anticuario de prestigio que regenta la galería Art BCN en el céntrico paseo de Gràcia.

—Una transacción propia de su negocio: comprar y vender antigüedades.

—Su certificado de antecedentes penales refleja que nunca ha tenido problemas con la justicia.

—¡Vaya por Dios! —exclamó—. ¡Otro ciudadano honrado!

—Recuerde que todo el mundo es bueno hasta que deja de serlo.

—En este caso la vida se le ha torcido a mucha gente.

—Le pedí a un compañero de mi brigada —siguió Bellpuig— que

hiciera algunas pesquisas e interrogó, sin identificarse y en calidad de un posible cliente, a un empleado de la galería ArtBCN.

—¿Algo a destacar?

—Depende de cómo se mire. La galería pasa apuros económicos.

—Como la mayor parte de los negocios. —Barrientos hizo un aspaviento—. Dese una vuelta por Madrid y verá la de comercios que han cerrado sus puertas debido a la crisis.

—Déjeme continuar.

—Le presto mi atención.

—Esta mañana he reconstruido el camino que recorrió el Sol y Sombra la tarde que le seguí.

—¿Con qué finalidad?

—Conocer su paradero.

—Bien. Siga.

—Robó el dinero de la caja fuerte de la iglesia y quinientos euros de mi cartera.

—Delos por perdidos.

—Eso demuestra que andaba escaso de fondos y para ahorrarse unos euros se desplazaba a pie. Así que reconstruí la ruta, indagué en los comercios que disponían de cámaras de seguridad y les pedí que me dejaran ver las imágenes.

—¿Accedieron?

—No pusieron ningún inconveniente salvo para entregarme copias.

— Si las necesita puedo pedir una orden judicial.

—Por ahora no. Una de las grabaciones le muestra en la estación de Atocha.

—¿Sospecha que ha cogido un tren?

—Lo afirmo —dijo, rotundo—. La tarde que le seguí pasó la noche en una fonda cercana a la estación. Pero hay más.

—Sorpréndame.

—El empleado de Art BCN confesó al agente de mi brigada que Jaume Valls tiene entre sus proveedores habituales a un chamarilero sevillano, un tal Vicente Heredia, alias Vicentito el Bizco.

—¿Adónde quiere llegar? Esto se enreda como el laberinto del Minotauro.

—El dependiente —siguió— también le dijo que últimamente Jaume Valls pasaba poco tiempo en la galería debido a sus múltiples viajes de negocios. Mi agente le preguntó por sus destinos y habló de Zaragoza, Tortosa, Peñíscola y, según una llamada que recibió esa misma mañana, ahora estaba en Sevilla.

—Zaragoza, Tortosa y Peñíscola. ¿Tiene algún sentido?

—Sí. En las tres ciudades estuvo el Papa Luna y en Peñíscola fijó su residencia.

—¿Otra vez a vueltas con el tesoro?

—En mi opinión la pista debe tenerse en cuenta.

—Pienso igual que usted —admitió—. Puede que ande bien encaminado. Las cuartillas del diario de Cristina Losvalles, como le comenté, hablan de la búsqueda de un tesoro. Pero me parece tan surrealista…

—Hay gente muy pirada.

—Abramos esa línea de investigación.

—No perderemos nada.

—Los legionarios que colaboran conmigo van de camino a Sevilla para seguir la pista de Cristina Losvalles. Al parecer de niña vivió en Sevilla.

—Analicemos la situación —propuso Bellpuig.

—Le cedo los honores.

—No esperaba menos —dijo, irónico—. El Sol y Sombra rastreaba una credencia que, a su juicio, ocultaba la clave de un supuesto tesoro. Le siguió la pista hasta Barcelona, localizó a Marc Rovira, su actual propietario, y la hizo astillas sin hallar nada.

—El mueble, que sepamos, había tenido otros dos propietarios: Vicente Heredia, alias Vicentito el Bizco, y Jaume Valls. Cualquiera de ellos, de existir el documento, pudo haberlo recuperado.

—Correcto. El anticuario Jaume Valls está en Sevilla y las pesquisas han llevado a sus dos amigos a Sevilla. Eso me hace pensar que el Sol y Sombra también ha viajado a Sevilla.

—Buena hipótesis —admitió.

—Inspector —dijo—, averigüé si el Sol y Sombra figura como Pablo Manzano en las listas de pasajeros del AVE a Sevilla.

—¿Viaja con nombre falso?

—Sí. Lo comprobé en la fonda. Se registró como Pablo Manzano.

Juan Barrientos descolgó un teléfono de línea interior, habló con un agente a sus órdenes y le solicitó que recabara, del control de venta de billetes de Renfe, el destino de Pablo Manzano.

—Pronto —dijo al colgar— sabremos si el Sol y Sombra cogió en Atocha un tren de alta velocidad y hacia dónde. Le felicitó, Bellpuig. Ha sido un lince.

—Cumplo con mi obligación.

—Se sentirá más cómodo si lo hace con esto encima.

Abrió un cajón de su escritorio y le entregó una Glock de miras de tecnología tritio y fibra óptica, enfundada en una cartuchera de neopreno. Bellpuig la cogió, extrajo el cargador, comprobó que estaba lleno y volvió a enfundarla.

—Tiene los números de registro —dijo, sorprendido.

—La pistola es legal —señaló—. Pertenece a la armería de la comisaría de Leganitos. Cuando se marché —bromeó— no olvide devolverla. Vale más de seiscientos euros.

—Lo haré. Descuide. Supuse que me entregaría un arma de extranjis.

—Demasiado arriesgado. Me puse en contacto con su superior, el comisario Pere Sàrda, y le convencí, aunque con esfuerzo por mi parte y reticencia por la suya, de que presentara una solicitud de colaboración entre los Mossos d'Esquadra y la Policía Nacional. Tuve suerte y accedió. Hablé con mi jefe y aceptó firmarla. Ahora, Bellpuig,

de forma temporal y hasta nuevo aviso, está adscrito a la comisaría de Leganitos e investiga oficialmente a mis órdenes. Sus días de asueto han terminado.

—Gracias, señor.

—Nosotros correremos con los gastos de su estancia en Madrid.

Bellpuig cogió el arma y se la abrochó a la cintura.

—Señor —dijo un agente, desde la puerta—, ha llegado el informe de Criminalística con las pruebas de ADN que solicitamos del Renault. Como dijo que era urgente me he atrevido a molestarle.

—Tráigamelo, por favor. Quiero leerlo cuanto antes.

—Ahora mismo, señor.

El agente desapareció y al instante regresó con unos papeles. Se los entregó y con igual celeridad desapareció.

—Veamos… —susurró Barrientos.

Pasó las hojas, ante la presencia silente del subinspector Bellpuig, y cabeceó repetidas veces en un gesto de contradicción. Dejó los folios sobre la mesa y se llevó una mano a la frente.

—¿La información me incumbe? —preguntó el policía de la Generalitat.

—Por desgracia, sí.

—Estoy hecho a los disgustos —bromeó.

—Hace unos días —le expuso— agentes del Cuerpo de Movilidad del ayuntamiento ordenaron retirar un Renault mal estacionado y la grúa lo condujo al Depósito Municipal de Vehículos de la plaza de Colón. Hasta ahí todo normal.

—Idéntico procedimiento que en otras ciudades —apostilló Bellpuig.

—Días antes —continuó—, en el polígono Marconi, un núcleo de la prostitución madrileña, un Renault del mismo modelo y color atropelló y mató a una fulana brasileña de nombre Regina Cardoso.

—Un psicópata. Esos individuos se ceban con las prostitutas. Las rechazan porque reviven en ellas el desprecio de sus madres.

—A esa misma conclusión llegó nuestro gabinete psicológico.

—Es de libro.

—Los compañeros de Usera —siguió— solicitaron la búsqueda del Renault y pasaron aviso a las comisarías. Por cuestiones de seguridad, debido a las medidas antiterroristas dictadas por el Ministerio del Interior, todos los vehículos retirados de la vía pública son inspeccionados por si albergaran explosivos.

—En Barcelona procedemos de igual manera.

—Examinamos el Renault y mis agentes observaron un golpe frontal que afectaba a la aleta derecha. Unos daños compatibles con los sufridos por el vehículo que atropelló a la chica en el polígono Marconi. Abrimos una investigación, para conocer a su propietario, y el coche estaba registrado a nombre de un gitano rumano sin domicilio conocido e imposible de localizar.

—Busque en los barrios chabolistas. Suelen refugiarse en ellos.

—Lo hicimos —admitió— y ante la ausencia de resultados extrajimos muestras de ADN y huellas dactilares. Criminalística acaba de concluir el informe. Las huellas y el ADN del volante y el cambio de marchas pertenecen al Sol y Sombra. En la aleta delantera encontraron restos biológicos cuyo ADN pertenece a Regina Cardoso.

—Lo suponía —soltó Bellpuig, como si conociera la historia.

—¿Me toma el pelo?

—En absoluto.

—Cuéntemelo. Me tiene en ascuas.

—Al citar un Renault con una aleta destrozada supe que se trataba del coche del Sol y Sombra. Le vi abandonarlo cerca del bar La Maliciosa. Acudió a ver a un amigo suyo.

—Olvidaba que hacía días que le seguía.

—Así es.

—No se le escapa una.

—Otro asesinato a la espalda del Sol y Sombra —resopló Bellpuig—. Ahora me cuadran los números. En la iglesia confesó haber matado a

dos personas. Ya sabemos que se refería al Quisquilla y a Regina Cardoso, la prostituta.

—Ya van tres —puntualizó Barrientos—. Ha sumado al padre Contreras.

—Por descontado. Lo vi con mis ojos.

—Su ángel de la guarda hizo horas extras ese día —bromeó Barrientos.

—Y podemos descartar que el Sol y Sombra sea el asesino de Cristina Losvalles.

—Eso lo tuve claro desde el principio.

—¿Qué tienen en común los actores de esta obra?

—Todo y nada —resopló—. Me explicaré. Ataulfo Pinares, alias el Quisquilla, estuvo casado con Cristina Losvalles, Regina Cardoso presenció una conversación entre mis amigos legionarios y Manuela Velasco, Pepita de Oro en el mundo de la prostitución, amiga y confidente de Cristina Losvalles, y el padre Contreras tenía interés compartido con el Sol y Sombra en la búsqueda del supuesto tesoro.

—La existencia de un tesoro puede catalogarse de pura falacia. En eso estamos los dos de acuerdo, ¿no?

—Sí, Bellpuig. Pero nuestra percepción de la realidad no importa. Si alguien cree en algo, en su mente ese algo se convierte en una verdad absoluta. El padre Contreras era de Lugo y ya sabe lo que opinan los gallegos de las brujas: Eu non creo nas meigas, mais habelas, hailas.

Enfrascado en la conversación Barrientos dejó sonar su teléfono de comunicación interior varias veces antes de descolgarlo.

—Sí —dijo, enérgico.

Andreu Bellpuig le oyó responder con monosílabos, le vio cabecear para asentir ante las palabras de su comunicante, frotarse la frente en un ademán de preocupación y fatiga y, por último, colgar.

—¿Malas noticias? —le preguntó.

—No. Esta vez buenas. El Sol y Sombra compró un billete para el AVE a Sevilla.

—Tengo una corazonada.

—Suéltela.

—Zaragoza y Tortosa guardan relación con el Papa Luna. Compruébelo. Jaume Valls también persigue el tesoro. Las penurias económicas de su galería quizá le han nublado el entendimiento y arrastrado a este disparate.

Barrientos cabeceó pensativo, abrió en su ordenador la ventana de Google e introdujo las palabras «Zaragoza», «Tortosa», «Papa Luna» y «Benedicto XIII». Leyó algunas páginas, dedicadas a la vida del pontífice, y asintió frente a la pantalla convertida en la bola de cristal de una pitonisa.

—Zaragoza —dijo— fue sede episcopal durante un período breve y en Tortosa el Papa Luna se entrevistó con Fernando de Aragón.

—Jaume Valls y el Sol y Sombra compiten en una carrera de fondo por un tesoro inexistente.

—A la vista está.

—Tenemos que investigar en Sevilla.

—Encárguese usted, Bellpuig.

—Será un placer, inspector.

Capítulo. 73

Recorrió la calle Feria, de las más emblemáticas del barrio de la Macarena, hasta reconocer el edifico donde vivía Loli la Fideo. El Sol y Sombra había llegado a Sevilla la tarde anterior, se había alojado en una pensión clandestina, sin licencia de apertura ni registro de huéspedes, el mismo antro de miseria que empleó en su visita anterior a la ciudad para burlar a la policía, y durante la noche había pergeñado un plan, a su modo de ver infalible, para interrogar a Vicentito el Bizco. Pensaba hacerlo en profundidad, con mano dura. Al estilo de los maderos y picoletos de las comisarías y comandancias. Había hecho un máster en esas lides. No se conformaría, como la vez pasada, solo con preguntarle a quién revendió la credencia.

Tuvo el impulso de localizar a Vicentito el Bizco en las Tres Mil Viviendas, pero allí estaba en tierra hostil y sus garantías de éxito las consideraba escasas y peligrosas. El piso de Loli la Fideo, que Vicentito el Bizco frecuentaba un par o tres veces a la semana para darse una alegría al cuerpo, quedaba cerca de la capilla de Montesión, punto de partida, los Jueves Santos que la meteorología lo permitía, de la hermandad de Nuestro Padre de la Oración del Huerto. Solo tenía que apostarse en la puerta de la capilla y esperar a que Vicentito visitara a su mantenida, a la mujer que le hacía gozar en la cama con prácticas sexuales que a la esposa y madre de sus hijos nunca se atrevió a proponerle.

En el curso de la mañana el Sol y Sombra vio a Loli la Fideo salir y entrar varias veces de su casa, con su delgadez andaluza de porte elegante, su cabellera larga y negra, su piel morena y sus labios carnosos de hembra madura, ataviada de un vestido recto, pegado al cuerpo y escote cruzado, que realzaba el volumen de sus pechos y dibujaba un canalillo profundo y sensual; maquillada de forma exagerada, para disimular sus arrugas en la comisura de los labios y sus patas de gallo profundas, más acentuadas por las penalidades de la vida que por la edad. Loli la Fideo andaba deprisa y pisaba con garbo, y el Sol y Sombra la siguió para conocer sus desplazamientos. La vez anterior había descubierto que las tardes que esperaba a Vicentito el Bizco ella no salía de casa. La vio entrar en una farmacia y atender una llamada de su móvil. Loli la Fideo salió y anduvo apresurada a su piso. Buena señal. Vicentito el Bizco acudiría en breve a sus relajaciones semanales. Solo tenía que esperar hasta verle aparecer

con su furgoneta de chamarilero.

Al caer la tarde una furgoneta de caja cerrada estacionó en doble fila frente a un bar próximo a la capilla de Montesión. Vicentito el Bizco se bajó, entregó al dueño del bar las llaves del vehículo y una propina, por si tenía que mover la furgoneta para dejar salir a otros coches aparcados, y dirigió a la casa de Loli la Fideo. El Sol y Sombra caminó tras él. Vicentito el Bizco se dispuso a pulsar el timbre para que Loli la Fideo le abriera el portón de la escalera y sintió un pinchazo en el costado. El Sol y Sombra le presionaba el riñón derecho con su machete de matar tiburones.

—Camina hacia la furgoneta, calladito —le ordenó—. Al menor intento de pedir socorro te reviento.

—¡Tú otra vez! ¿Qué más quieres? ¡Déjame en paz!

—Obedece y todo saldrá bien.

Vicentito el Bizco notó un nudo en la garganta y como el sudor le empapaba el cuerpo y aumentaba su hedor a sobaquina tras un día entero de acarrear muebles y trastos que la gente despreciaba por viejos o rotos. La excitación, por saberse pronto en brazos de su amante, se convirtió en un temblor profundo que le agitaba el corazón y marcaba el tambor del pulso en sus sienes. Anduvieron hacia la furgoneta y entraron en el bar. El Sol y Sombra se mantuvo, con su machete oculto en un bolsillo de su chupa de cuero, pegado al riñón derecho de Vicentito por si intentaba cualquier treta. El dueño del bar le devolvió las llaves, algo extrañado del poco tiempo que había transcurrido. Conocía a Vicentito el Bizco y sabía de sus encuentros sexuales con Loli la Fideo. En ocasiones pasaba la noche entera con ella y justificaba la ausencia ante su esposa con la peregrina excusa de que recorría las carreteras andaluzas en busca de cachivaches y bártulos. Salieron del bar. Vicentito se puso al volante y arrancó.

—¿Adónde vamos? —dijo.

—A la ribera del Guadalquivir. Al parque del Alamillo.

Vicentito el Bizco conocía la zona. De noche y en invierno la isla de la Cartuja y el parque del Alamillo estaban desiertos. Se dirigían a un área selvática artificial, de árboles alineados con la marcialidad de un ejército, que recordaba a los antiguos bosques de ribera que salpicaron en siglos pasados el curso del Guadalquivir. Vicentito tuvo un palpito. Miró de reojo a su secuestrador y vio que de su cuello pendía un crucifijo de oro y un cristo doliente coronado de espinas. Nadie que

llevara a Cristo en su pecho podía ser mala persona, meditó, en un intento de controlar el miedo que le atenazaba.

—¿Eres de alguna hermandad? —le preguntó, aferrado al volante de su furgoneta.

—Sí —respondió el Sol y Sombra, hierático—. Del Cristo de la Mala Muerte.

—¿Sevillana?

—De Castilla —mintió, para darle palique y ganarse su confianza.

—Pensé que era de Granada —dijo—. En Sevilla no hay ninguna cofradía de nombre parecido. Yo profeso en la hermandad de los Gitanos, de la iglesia del Convento del Valle. Nuestra estación de penitencia la cumplimos la madrugada del Viernes Santo con dos pasos: el Cristo de la Salud, que buena falta nos hace para librarnos de la enfermedad, y la Virgen de las Angustias, que también vamos servidos de penas en esta vida de mierda.

—¡Conduce y calla!

El Sol y Sombra le presionó el riñón con el machete.

—Sí… Sí…

Cruzaron el puente del Alamillo, construido en 1992 para dar acceso a la isla de la Cartuja, y penetraron en un bosque de álamos, sauces, olmos, pinos y algunos alcornoques, encinas, acebuches y algarrobos. Solo la luz tenue de la luna dibujaba las siluetas de los árboles en la tierra reseca y fría. El Sol y Sombra le ordenó detener la furgoneta bajo la copa densa de una encina.

—Para el motor —dijo.

A Vicentito el Bizco las piernas le temblaban al ritmo del repique electrónico de su móvil ante la impaciencia de Loli la Fideo por su retraso. Respiró hondo, para vencer la ansiedad que le ardía en los pulmones, y rezó un avemaría, solo adivinada por el moviendo tembloroso de sus labios, para rogar la intercesión de la Virgen de las Angustias bajo cuyas andas, convertido en costalero, se ganaba el cielo y la gracia de la Santísima Madre de Dios cada Semana Santa sevillana.

—Si vienes por el mueble —dijo Vicentito el Bizco— ya te dije que lo

revendí a un anticuario de Barcelona.

—A Jaume Valls. Y él lo revendió a un decorador también de Barcelona. Pero tú te quedaste el manuscrito que guardaba.

—¿De qué mierda hablas?

—De algo muy importante.

—En el puto mueble no había nada —insistió—. Revisé los cajones y las puertas. Lo hago con todos los objetos que compro desde que encontré setenta y cinco mil cucas entre las hojas de un libro de medicina.

—El manuscrito estaba en la credencia. Oculto en un «secreto».

—¡Estaba vacío! —gritó—. ¡Te lo juro por el Cristo de la Salud! El documento lo tendrá don Jaume o el decorador. Yo no sé nada de nada.

El Sol y Sombra insistió con voz pausada, dulce, como si hablara a un niño para convencerle de que se comiera la sopa de la cena.

—El decorador ni siquiera conocía su existencia —dijo— y el anticuario tuvo la credencia poco tiempo. La revendió enseguida y marchó de viaje en busca de negocio para su galería. Solo tú disfrutaste unos días de ella.

—La tuve hasta que hablé con don Jaume y se la mandé por un transportista.

—Mientes —dijo, y le colocó el machete a la altura de los ojos. Su hoja brillaba como la luna.

—¿Por qué iba a mentirte?

—Por el dinero que hay en juego.

—¿Dinero? Me deshice del mueble por trescientos euros. ¡Maldita la hora!

—Habla o te rajo.

—¡Dios mío! ¡Líbrame de esta!

—¿Qué te dijo la vieja al venderte la credencia?

—Nada. Estás tan loco como ella. No entiendo del palo que vas.

—¿Dónde está el manuscrito? —reiteró, y le amenazó con el machete.

Vicentito el Bizco tuvo un arranque de valor, de gallardía gitana. De repente dejó de sudar, se agachó lo más rápido que su barriga le permitió, agarró de debajo del asiento la palanca antirrobo que usaba para bloquear el volante, la levantó y golpeó al Sol y Sombra en la cabeza. Le pilló de sorpresa, distraído por un ruido del exterior, y logró darle fuerte. La sangre manó de su cabellera y corrió hasta perderse en el cuello de la camisa. Al Sol y Sombra el golpazo le nubló la vista, le paralizó un instante y, al recuperar su espacio y tiempo, vio a Vicentito escapar a la carrera hacia la negrura del bosque, alzando las manos y pidiendo auxilio en el vacío de la noche. Abrió la puerta de la furgoneta y corrió tras él. Vicentito el Bizco pesaba demasiado para su edad y altura, y la fatiga pronto le atenazó las piernas. Se arrepintió de las dietas que nunca puso en práctica o había dejado a medias, de los platos de callos con garbanzos y los potajes aderezados de chorizo y morcilla que consumía a menudo, y de las ensaladas que menospreciaba al servírselas su querida esposa, siempre vigilante de su salud. Vicentito el Bizco perdió el fuelle, su corazón estaba a un tris del colapso. Se apoyó en el tronco de un olmo, jadeó extenuado y escuchó la voz del Sol y Sombra a su espalda. Una voz grave y tenebrosa que causaba espanto. Vicentito agarró una rama que un mal viento había arrancado y la balanceó frente a los ojos del Sol y Sombra como una ola mansa al acariciar la playa. El brillo del machete resplandecía al claro de luna y saltaba de una mano a otra del Sol y Sombra como la pelotita de un malabarista. Vicentito el Bizco se encomendó a la Virgen de las Angustias y probó suerte. Levantó la rama por encima de su cabeza y se abalanzó contra su secuestrador para propinarle un trastazo mortal. El Sol y Sombra sabía defenderse. Empleó un movimiento básico de lucha libre. Se arrodilló, el golpe de Vicentito se perdió en el aire, le clavó su machete de matar tiburones en el bajo vientre y pulsó el botón de la empuñadura para liberar el gas. El Sol y Sombra escuchó un ¡pop!, el estallido del anhídrido carbónico, y Vicentito el Bizco cayó sin vida. El Sol y Sombra miró a su alrededor. Estaba solo y la noche callada salvo por el tauteo de un zorrito en la lejanía. Sacó un pañuelo y presionó la herida de su cabeza para cortar la hemorragia. Nada que no pudiera solventar. Había sufrido heridas y cortes parecidos en sus riñas callejeras y carcelarias: un poco de agua y jabón, otro tanto de desinfectante, una sutura adhesiva y listo. Se limpió la sangre que había manchado su cara y cargó a su espalda el cuerpo de Vicentito el Bizco hasta la furgoneta. Abrió las puertas traseras de la caja y observó su interior repleto de muebles: una cómoda y una mesa de

comedor de madera y dos butacones, de armazón de tablas, de tapizado roto y su relleno de crin vegetal al descubierto. Introdujo el cuerpo de Vicentito en el interior de la caja, arrancó unas tiras de tela del tapizado de los butacones, las unió mediante nudos y las deslizó por la boca del depósito de combustible. Extrajo las tiras empapadas de gasolina, las embutió entre el relleno de crin vegetal y les prendió fuego con un mechero.

Desde el puente del Alamillo contempló el resplandor de las llamas y una columna de humo ascender hacia el cielo. Oyó lejanas las sirenas de los coches de bomberos y policías, y vio el destello estroboscópico de sus luces rojas y azules. Había llegado el momento de desaparecer.

Capítulo. 74

Al abandonar la estación de Santa Justa, la noche cerrada y una pintada anónima recibieron a Joaquín Ayuso y a Alberto Soriano: «El cielo nunca llora en Sevilla». Un grafitero había plasmado sobre el muro de una obra su versión particular y a la contra de la popular frase de My Fair Lady: «La lluvia en Sevilla es pura maravilla». Joaquín le narró al capitán Soriano algunas anécdotas de la película dirigida por George Cukor y protagonizada por Audrey Hepburn, y entretenidos en la charla un taxi les dejó en la puerta de su hotel del barrio de Los Remedios. Un alojamiento funcional, de pocas habitaciones y vistas al parque de los Príncipes. Lo habían elegido por su proximidad a Triana. Se instalaron en sus respectivas alcobas y pidieron algo de cena. Soriano aprovechó para llamar a Juan Barrientos y comunicarle el nombre del hotel y sus planes en Sevilla, tal y como le había prometido. Joaquín hizo otra llamada, desde el teléfono de su habitación, y tranquilizó a Ángela que se consumía en su soledad en Guijo de Gredos. Ella le recordó su ultimato pero Joaquín adivinó en su voz un tono indulgente. Ángela, pese a su enfado por los días que él llevaba fuera, comprendía sus motivos para estar al lado de su amigo.

A primera hora de la mañana salieron del hotel y se dirigieron a la plaza del Zurraque, el único domicilio de Ana Adell del que tenían constancia. La plaza, de perímetro alargado, una reducida zona arbolada y los coches estacionados en batería, les llamó la atención por su suciedad. La basura campaba a sus anchas, algunos colchones mugrientos servían a varios indigentes, que compartían un tetrabrik de vino peleón, para descansar al sol del benigno invierno sevillano, mientras los camellos, siempre alerta ante la presencia de una patrulla de la policía, deambulaban para vender sus chinas de hachís y papelinas de cocaína.

—Nadie recordara a Ana Adell —dijo Soriano—. Ha pasado mucho tiempo.

—La clave está —razonó Joaquín— en preguntarle a alguien mayor.

Echaron una ojeada a las personas que transitaban por la plaza. Una anciana increpó a dos borrachos, que peleaban a gritos por la propiedad de un lecho de cartones y, apoyada en su carrito de la compra, continuó su penosa marcha por la acera sorteando cristales,

latas vacías, cacas de perros y hatillos propiedad de los indigentes. La abordaron.

—Perdone, señora —le dijo Soriano—. ¿Vive en la plaza?

—Desde que nací. Antes, cuando había casitas en lugar de bloques, reinaba un ambiente familiar, de pueblo, de gente obrera, y ahora ya ven. Solo ratas de dos y cuatro patas. Llamas a los municipales y ni siquiera se molestan en venir. Si en la plaza viviera gente de alcurnia estaría cuidada y limpia.

—Buscamos a Ana Adell. Una antigua vecina del Zurraque.

La anciana se encogió de hombros.

—No me suena —dijo.

—Se instaló aquí con su hija al regresar de la Argentina.

—¿Una criatura que cantaba como los ángeles?

—Sí —dijo Joaquín.

—Ya sé —recordó—. Sí…, sí… Ana…

—La niña se llamaba Cristina —apostilló Soriano.

—Cristina, sí… Perdonen mi falta de memoria. Cosas de la edad. Ana se mudó a la calle Clavel, cerca de la hermandad de San Gonzalo. Alquiló una casita con jardín. Eran otros tiempos. Ahora las casas del Clavel valen un potosí, pero antes no. Se construyeron para los obreros y eran baratas.

—¿Queda lejos?

—¡Qué va!, hombre —espetó—. A diez minutos andando. Ustedes tienen buenas piernas.

La anciana les indicó el camino. Se despidieron de ella, abandonaron la plaza y entraron en un núcleo de casas de planta baja, construidas en los terrenos de la antigua Huerta de la Torrecilla por la Obra Nacional de Casas Baratas para Caballeros Mutilados, Empleados y Obreros. La calle Clavel, pese a su cercanía al Zurraque, mostraba un ambiente distinto, más señorial, de fachadas enjalbegadas y aceras limpias y sombreadas por árboles. A la altura de la Casa de la hermandad de San Gonzalo le preguntaron a un barrendero, que recogía las hojas caídas, por la vivienda de Ana Adell y les indicó una

edificación, como todas de fachada blanca, provista de una verja que cerraba un jardín y daba acceso a la puerta de entrada. La observaron. Alguien había reformado y pintado la casa, y adecentado el jardín con árboles frutales y parterres. Un contenedor metálico, colocado en el espacio reservado para estacionar un vehículo, todavía almacenaba los restos de la obra. De nada serviría interrogar al nuevo propietario o inquilino. Ni siquiera conoció a la madre de Cristina Losvalles.

—Preguntemos —planeó Joaquín— a su vecina.

—Sí. Seguro que eran amigas.

—Aquí no podemos presentarnos como periodistas de la revista Ecos Trianeros. Eso valía para Madrid y Peñíscola. En Triana descubrirían enseguida nuestra trola.

—Habrá que cambiar de estrategia. ¿Agentes inmobiliarios?

—¿Tenemos cara de vendedores de pisos?

—Tocado y hundido.

—Asistentes sociales —propuso Joaquín.

—A fin de cuentas también son funcionarios.

—Ya no trabajamos para el Estado, capitán. Dejamos el Ejército.

—La Legión —dijo— nunca se abandona. Se pertenece a ella hasta el mismo día de la muerte.

Joaquín afirmó con un gesto para evitar la polémica y llamó al timbre de la casa contigua a la vivienda de Ana Adell. El sonido sordo de una chicharra llegó desde el interior y los ladridos desaforados de un perro guardián, que acudió a la carrera, les obligaron a retirarse de la verja. Alberto Soriano acarició su arma. El perro tenía los colmillos de un jabalí.

—¡Bruno! —gritó una mujer desde la puerta—. ¡Cállate! No tengan miedo. No hace nada.

—Por si acaso, señora —dijo Soriano.

—¿Qué se les ofrece?

Joaquín llevó la iniciativa.

—Somos asistentes sociales y buscamos a Ana Adell.

—Murió hace unos meses.

—¿La conocía?

—Llevo cincuenta años sirviendo en esta casa: primero a los señores Duarte y ahora a los Almagro.

—¿No es la dueña?

—¡Ya me gustaría a mí! Soy la asistenta.

—¿Puede atendernos?, por favor.

—Desde luego —accedió.

Sujetó al perro del collar y lo amarró con un perno a una cadena anclada en la pared.

—Así mucho mejor —agradeció Soriano.

—Pasen, pasen —les invitó—. Los señores compraron al perro porque han robado en varias casas del vecindario.

Accedieron al jardín. El chucho se tranquilizó y se tumbó en el suelo.

—La hija de Ana Adell —dijo Joaquín, para entrar en conversación— solicitó al ayuntamiento una plaza para su madre en una residencia municipal.

—Llegan tarde —les amonestó—. Las vecinas tuvieron que ocuparse de Anita en la medida de sus posibilidades: le traían el pan, los medicamentos, le hacían la compra, la acompañaban al ambulatorio, la lavaban la ropa, limpiaban un poco la casa… Su hija pidió una residencia pero vive en Madrid y hacer las gestiones por teléfono demoró los trámites.

—«Las cosas de palacio van despacio» —recitó Soriano.

—¿Ana Adell vivía aquí al lado? —siguió Joaquín.

—Sí. Era una casa de renta antigua y la tenía alquilada por cincuenta euros al mes. Una ganga. El día que murió su dueño, don Remigio, lo celebró con champán. Hizo algunas reformas, cambió los baños y la cocina, pulió la tarima, pintó las paredes, replantó el jardín y la alquiló a una pareja de arquitectos por mil doscientos euros. Estos

chalecitos van muy buscados —apostilló.

—Ana Adell, según manifestó su hija al solicitar la plaza, tenía una pensión baja.

—Una no contributiva. La pobre se arreglaba mal que bien. Los últimos meses de su vida perdió la cabeza a causa de la demencia senil y le dio por vender los muebles. Vicentito el Bizco, un trapero de las Tres Mil Viviendas que suele rondar por Triana, hizo el agosto y le compró varios.

—¿Y su hija? —preguntó Soriano, con intención.

—¿Cristina?

—Sí.

—Nunca la visitaba —dijo, en tono de reproche—. Yo pasaba algunas tardes a casa de Anita para hacerle compañía y se lamentaba de que su niña no le mandaba dinero ni se ocupaba de ella.

—Quizá no podía atenderla.

—Para atender a una madre no caben excusas. La mía estuvo paralítica de medio costado veinte años, a causa de una embolia, y nunca le faltó de nada.

—¿Tenía más familia? —siguió Joaquín.

—Anita vivía sola. Los veranos los pasaba sentaba a la puerta para tomar el fresco y hablar con los vecinos. Los inviernos se encerraba en una habitación al calor de un brasero de picón, con el peligro que eso entraña, y miraba la calle por la ventana. Si veía a alguien conocido tamborileaba en el cristal, para reclamar su atención, y le invitaba a tomar un cafetito para conversar un rato.

—La soledad es mala compañera —afirmó Soriano.

—Anita murió sola, desamparada —dijo, apenada—. Una vecina de más abajo —señaló en la dirección— vino a traerle una barra de pan y la encontró muerta, caída en la cocina. Su hija tuvo la decencia de hacerle un entierro como se merecía.

—¿Quién avisó a Cristina de la muerte de su madre? —preguntó Joaquín.

—Una vecina de más abajo. Anita tenía el teléfono de su hija pegado a

la puerta de la nevera.

—¿Ana vino de la Argentina con su hija?

—Eso me contó.

—¿De qué trabajaba?

—De remalladora. —Soriano enarcó las cejas—. De coger puntos de medias —aclaró—. Antes las medias eran caras y se reparaban las carreras. La peseta era la peseta. Después, cuando ganó un poco de dinero, se compró una máquina de coser y hacia remiendos y arreglos de prendas.

—Regresó de Argentina sin un peso —dedujo Soriano.

—Sí. Allí, según me explicó, solo querían hombres para trabajar. Las mujeres no encontraban empleo en ningún sitio. Solo les diré que para comprarse la remalladora Anita pasó lo suyo.

—¿A qué se refiere? —insistió Joaquín.

—Dejen su memoria en paz. Anita ha muerto y su pasado con ella. Un problema menos para el ayuntamiento.

La mujer hizo intención de dejarles con la palabra en la boca.

—Señora —dijo Soriano—. No somos del ayuntamiento. Investigamos el asesinato de Cristina Losvalles, la hija de Ana Adell.

—¡Por la Divina Pastora! ¡Cristina muerta! ¿Son policías?

—No —terció Joaquín, y le enseñó su credencial del Ejército—. Caballeros legionarios. Ayúdenos. Se lo ruego.

A la mujer la autoridad le causaba espanto. Una rémora del franquismo. Un temor atávico sustentado en la brutal represión que sufrió Sevilla tras la Guerra Civil, y en las cargas policiales contra los obreros y estudiantes que había presenciado en numerosas ocasiones. A su padre, un sindicalista de la Confederación Nacional del Trabajo, los grises de las Compañías de Reserva General le habían apaleado varias veces.

—¿Cómo puedo asistirles? —dijo.

—Háblenos de la vida de Ana. Sospechamos que la muerte de su hija, Cristina, está relacionada con su pasado.

—Bien.

—¿Ana tuvo problemas? —incidió Soriano, pensando en su marido, el maltratador Felipe Losvalles.

—Al regresar de Argentina —dijo— ella y su hija vivieron en una pensión. Anita no encontraba trabajo y durante un tiempo hizo la calle. Era su secreto y lo confió a muy poca gente.

—¿Se prostituyó? —dijo Joaquín.

—Sí. Hasta que juntó dinero para alquilar una casita en el Zurraque y comprarse la remalladora.

—A parte de su hija, ¿quién más vivía con ella?

—¿Qué desea saber?

—Si tenía un amante.

—Las malas lenguas dicen que Paco Malospelos, un pescador adicto al Régimen que se beneficiaba de un amarre junto al puente de Triana, la retiró de las calles. Pero son habladurías. Yo nunca me atreví a preguntarle al respecto.

—¿Todavía vive ese hombre?

—Sí. Le he visto en la taberna del Navajita. Toma allí el aperitivo.

—¿Dónde queda esa tasca?

—En la calle Adriano, cerca de la Maestranza. ¿Van a verle?

—Tenemos que hablar con él. Quizá pueda aclararnos algo más.

—Le reconocerán porque le falta una pierna y por los remolinos de su coronilla que ningún barbero ha podido remediar. De ahí su mote. Su verdadero nombre es Francisco Junco.

Capítulo. 75

La tarde que Andreu Bellpuig llegó a Sevilla lucía un sol radiante y soplaba una brisa cálida que barría el frío y la humedad del Guadalquivir. Lamentó visitar la ciudad por cuestiones de trabajo. Al primer golpe de vista Sevilla le sedujo pero carecía de tiempo para dedicarse a hacer turismo. En su oficio las horas libres estaban proscritas. Un segundo determinaba la detención de un criminal o la prevención de un delito. Algún día regresaría de descanso para disfrutar de la arquitectura sevillana, de sus barrios populares, su folclore, su exquisita gastronomía y sus fiestas tradicionales.

El Sol y Sombra había demostrado su habilidad para escabullirse de la justicia, gracias a que conocía la manera de actuar de la policía. Se había pasado media vida en los calabozos de la prevención. Bellpuig estaba decidido a capturarle y se prometió a sí mismo que le encerraría una temporada muy larga. Se acomodó en la habitación de su hotel del paseo de Cristóbal Colón, en el barrio del Arenal, y contempló la imponente imagen de la torre del Oro a orillas del Guadalquivir. Deshizo su equipaje y se puso en contacto con la Jefatura Superior de Policía de Andalucía para notificar su presencia en la ciudad, informar de su cometido y recabar información sobre el posible paso del Sol y Sombra por la capital. La policía sevillana le tenía fichado por varios delitos pero desde hacía años no constaba su presencia en la provincia. Bellpuig también se interesó por los asesinatos cometidos en Sevilla y alrededores los últimos días, y su interlocutor le propuso un encuentro personal para facilitarle la información.

Andreu Bellpuig se presentó a primera hora de la mañana en la Jefatura Superior de Policía de Andalucía. Mostró su credencial de mosso d'esquadra al agente de guardia y este le indicó el camino hacia el despacho del inspector Jesús Cortada, jefe de la Brigada de Homicidios y su enlace en Sevilla. El inspector le esperaba. El guardia le había avisado de la llegada de un policía de la Generalitat.

—Bienvenido a Sevilla, subinspector Bellpuig —le saludó de modo informal y le invitó a sentarse frente a frente en dos sillas junto a su mesa de trabajo.

—Gracias —correspondió—. Disfrutan de un invierno envidiable.

—Y ustedes, los catalanes, de ser buenos comerciantes.

—Puro mito —dijo, para quitarle importante—. Eiffel nos propuso levantar su famosa torre en Barcelona, donde se alza el arco de Triunfo, y rechazamos la oferta. Un mal negocio.

Jesús Cortada sonrió. Los catalanes le parecían excelentes negociantes pero algo sosos y poco dados a las bromas.

—¿Qué hace un mosso d'esquadra en Sevilla?

—Como le comenté por teléfono —dijo— colaboro con la comisaría de Leganitos de Madrid en la captura de un delincuente, Anselmo Bejarano, alias el Sol y Sombra, que ha cometido tres asesinatos en la capital y una agresión en Barcelona.

—Anduvo una temporada haciendo trastadas por Sevilla. Pero nunca mató a nadie y me cuesta admitir que cruzó esa barrera. Le conozco. Le arresté varias veces. Es un pobre diablo.

—Ha matado a tres personas. Puedo asegurárselo.

—He revisado nuestros archivos y todo indica que cambió de aires. Se marchó de Sevilla hace tiempo.

—Ha vuelto. Llegó antes de ayer.

—Entonces alguien le protege o se registra con un nombre falso. He revisado los partes de entrada de viajeros y Anselmo Bejarano no consta.

—Viaja como Pablo Manzano. Además, hay pensiones que hacen la vista gorda.

—Puedo repartir su fotografía entre los «zetas» y patrullas a pie.

—Se lo agradecería.

—Daré la orden de inmediato. En cuanto terminemos.

—¿Ha habido algún asesinato?

—¿Durante los últimos días?

—Sí. Desde que el Sol y Sombra ha puesto de nuevo los pies en Sevilla.

—Esta es una ciudad segura. Se cometen unos treinta crímenes al año pero la mayoría son de violencia de género o por ajustes de cuentas y se resuelven a las pocas horas.

—¿Nada sospechoso?

—Hace un par de días —le puso en antecedentes— se produjo un incendio en el bosque del Alamillo, junto a la ribera del Guadalquivir. Lo provocó una furgoneta a la que alguien le prendió fuego. Al extinguirla los bomberos hallaron en la caja un cadáver calcinado. Estaba irreconocible. Sospechamos que el asesino quemó el vehículo para borrar cualquier huella o rastro de ADN.

—¿Han investigado su identidad?

—Por supuesto —dijo—. Tiramos de la matrícula y una exprostituta, Dolores Valcárcel, alias Loli la Fideo, había denunciado la desaparición de su amante esa misma noche.

—¿Conocen su filiación? —insistió.

—Sí. Se trata de Vicente Heredia, conocido entre los chatarreros como Vicentito el Bizco, un gitano de las Tres Mil Viviendas.

—¿Drogas?

—Barajamos un ajuste de cuentas por el impago de un alijo. Pero nada concreto. Todavía trabajamos en ello.

—No me sirve —dijo Bellpuig—. El Sol y Sombra nunca ha tocado las drogas.

—Los familiares de Vicente Heredia niegan que se dedicara al trapicheo de estupefacientes. Su amante también ha negado que estuviera relacionado con el narcotráfico. Según parece se ganaba la vida de chamarilero. Pero por ahora trabajamos con esa hipótesis. Las Tres Mil Viviendas es un nido de narcos.

—¿Cómo murió?

—El cadáver era pura carbonilla —expuso—. El forense solo pudo certificar que tenía las tripas reventadas. Como si hubiese sufrido una expansión intestinal muy violenta.

Andreu Bellpuig analizó las palabras de su compañero de la Policía Nacional sevillana. Había visto las vísceras del padre Contreras

estallar tras clavarle el Sol y Sombra su cuchillo de matar tiburones. Prefirió obviar el detalle y siguió la charla para obtener más información.

—Facilíteme la dirección de Loli la Fideo, por favor.

—Si piensa interrogarla perderá su tiempo.

—¿Han hablado con ella?

—Por descontado —dijo—. Vicentito el Bizco la llamó para notificarle que iba de camino a su casa. Ella le esperó hasta tarde y al no acudir intentó comunicarse con él a través de su móvil. Vicentito nunca cogió el teléfono. Dolores Valcárcel dedujo que le había ocurrido algo y puso su desaparición en conocimiento de la policía.

—Me gustaría conversar con ella —incidió.

Jesús Cortada cabeceó, se levantó de su silla, cogió un pósit de un taco de hojitas que tenía sobre la mesa y anotó la dirección de Dolores Valcárcel, alias Loli la Fideo.

—Aquí tiene —dijo, y le dio el papelito—. ¿Qué pasos dará si fracasa con Dolores Valcárcel?

—Rastrearé las pensiones clandestinas.

—Llámeme y le facilitaré una lista con algunas que tenemos controladas.

—Lo haré.

—Permítame darle un consejo —dijo Cortada, en tono preocupado—. No se tome la captura del Sol y Sombra como un asunto personal. No merece la pena.

—Le he visto matar a un sacerdote sin pestañear.

—Vivimos en una cloaca. Solo hacemos nuestro trabajo para quitar algunas ratas de en medio, pero jamás, por empeño que pongamos, lograremos exterminarlas a todas.

—Hice un juramento.

Andreu Bellpuig se levantó, le estrechó la mano, le agradeció su colaboración y salió por la puerta.

—¡Bellpuig! —gritó Cortada, al verle alejarse pasillo adelante—. Cuídese. Los policías, seamos de donde seamos, somos compañeros.

—¡Gracias!

—¡Buena suerte!

Capítulo. 76

La taberna del Navajita rezumaba nostalgia por los cuatro costados. Su barra de madera encerada y pulida servía a los camareros para anotar con tiza el importe de las consumiciones, sus zócalos de azulejería de cuerda seca y dibujos geométricos daban un toque clásico a la decoración, sus columnas de hierro fundido recordaban los mejores años de la arquitectura industrial sevillana y sus grifos de cerveza, de puños de madera y cabezas de toro moldeadas en latón, rendían honor a la vecina plaza de la Maestranza, la «catedral del toreo», que languidecía al compás de una fiesta repudiada por la mayoría de los andaluces y el resto de los españoles. Joaquín Ayuso y Alberto Soriano entraron en la taberna. Las barricas, apiladas en alturas de cuatro toneles para afinar el vino con el sistema de criaderas y soleras, según sus distintos grados de envejecimiento, desprendían un olor agradable que perfumaba el local. La tarima crujió bajo sus pies. Echaron un vistazo. Solo en la barra una pareja de jóvenes degustaban dos chatos de tinto y una ración de caracoles que extraían de sus conchas ayudados de unos alfileres. Se sentaron a una mesa y el camarero se acercó a tomarles nota de su comanda.

—¿Qué va a ser señores? —dijo.

—Dos finos, por favor —habló Joaquín.

—Bien fríos —pidió Soriano.

—¡Marchando!

El camarero les sirvió el fino, un vino blanco elaborado con uvas palomino, y paladearon su sabor seco y ligero. Brindaron por su amistad, forjada en las arenas del desierto, y mataron la espera recordando anécdotas aunque sin perder de vista a los parroquianos que, poco a poco, llenaban el local para tomar el aperitivo.

—¿Has hablado con Ángela? —le preguntó.

—Sí. Nada más llegar al hotel.

—¿Cómo está?

—De morros. Aunque menos que el otro día. Aunque quiera

disimularlo su voz la delata.

—No permitas que esta causa arruine la buena marcha de tu matrimonio. Jamás me lo perdonaría.

—Se le pasará. La conozco. Le fastidia que esté fuera de casa pero sabe que debo cumplir con mi deber y de no hacerlo sería la primera en echármelo en cara.

—A partir de este punto puedo seguir solo. Ya me has encarrilado.

—¡Y perderme lo mejor! Ni pensarlo.

—Tú verás, amigo. Respecto a mí eres libre de quedarte o marcharte.

Joaquín alzó la mano para llamar al camarero.

—¿Otros dos finos? —adivinó el hombre.

—Sí.

—En un periquete.

El mozo se retiró para atender la petición. Nadie tomaba solo un fino en su local. Estaba exquisito y la gente repetía. Regresó con otras dos copitas de vino de un dorado pálido y aroma punzante y delicado.

—Aquí tienen, señores. ¿Algo para picar?

—No, gracias.

El camarero se retiró. Alberto Soriano dirigió la vista hacia la puerta de acceso a la taberna. Un hombre, apoyado en dos muletas para compensar la falta de una pierna, entró. Su caminar iba acompañado de sonoros golpes de los tacos de las muletas sobre la tarima. Avanzó. Los mozos de la barra le saludaron y se acomodó en un taburete. Soriano tocó a Joaquín en el brazo para que observara al recién llegado.

—Es él —le dijo.

—Eso parece.

El hombre, a la falta de la pierna derecha, sumaba varios remolinos a la altura de su coronilla.

—Voy a buscarle.

—Con tiento —le previno Joaquín.

Soriano se levantó y dirigió a la barra.

—¿Francisco Junco? —dijo al estar a su lado.

—Sí. ¿Nos conocemos?

—Me temo que no. Soy Alberto Soriano, capitán de la Legión —dijo, y le presentó su credencial.

Francisco Junco la contempló ensimismado. De haber tenido ocasión le hubiese gustado enrolarse en el Ejército y medrar en la carrera militar.

—Siempre he admirado a la Legión —dijo—. La primavera pasada participé en un homenaje a la bandera, presidido por una unidad de honores del Tercio, para renovar mi compromiso en la defensa nacional. Debería de haber visto como estaba la plaza de España.

—Me la imagino.

Alberto Soriano observó la pulserita, con los colores de la bandera nacional, que lucía Paco Malospelos en su muñeca derecha.

—¿Qué se le ofrece? —dijo.

—¿Conoció a Ana Adell?

—Sí —respondió a la defensiva—. ¿A qué viene su pregunta?

—Mi compañero y yo —dijo, y señaló la mesa a la que estaba sentado Joaquín— investigamos la muerte de su hija.

—¿Cristina?

—Sí. Alguien la ha matado. Échenos un cable.

—Faltaría más. He pedido un fino.

—No se preocupe. Yo me encargo.

Francisco Junco, Paco Malospelos para sus amigos, cogió las muletas y caminó hacia la mesa. Joaquín le ayudó a sentarse y trabó sus apoyos en el respaldo de la silla, para evitar que resbalarán y cayeran al suelo. Soriano acudió provisto de un catavinos. Se lo entregó a Paco Malospelos, dio un sorbo al vino y aprobó su buqué chascando la

lengua.

—Abran fuego —dijo para entrar en conversación.

—¿Mantuvo una relación sentimental con Ana? —comenzó Joaquín.

—Sí —admitió Malospelos sin tapujos—. Una noche la vi apoyada en la baranda del puente de Triana y al pasar a su lado me chistó y cucó un ojo. No precisé más para saber que se trataba de una prostituta. Era muy guapa y decidí entablar conversación.

—¿Estaba casado? —inquirió Soriano.

—No. Soltero y sin compromiso. Y me dije, Paco, si te apetece, adelante.

—Y le apeteció —sentenció Joaquín.

—Solo un sarasa hubiese rechazado la oferta.

—Ya…

—Esa noche —siguió— hicimos el amor, y la noche siguiente, y la otra, y así comenzó nuestra relación. Aunque Ana, la Valenciana, como la conocían en el gremio las busconas, nunca me perdonó el pago de sus servicios.

—Un idilio interesado.

—Yo acepté. Dinero a cambio de sexo. Todo en la vida tiene un precio.

—Nada que reprochar si ambas partes están de acuerdo.

—Estoy con usted —dijo Malospelos.

—Le costaría un ojo su relación con ella —adujo Soriano.

—Me ganaba bien la vida y por veinte duros me pasaba una hora en la gloria.

—¿La visitaba con frecuencia?

—Un par o tres veces por semana. Según me iba el trabajo.

Soriano echó cuentas. Paco Malospelos gastaba entre ochocientas y mil doscientas pesetas al mes para satisfacer su rijo. Una fortuna para

la época.

—¿A qué se dedicaba usted? —le preguntó, para conocer el origen de su renta.

—A la pesca del langostino en el estuario del Guadalquivir y a cosechar caviar —respondió Malospelos, y en sus palabras hubo un punto de nostalgia.

—¿Todavía quedan esturiones en el Guadalquivir? —curioseó Joaquín.

—Hablamos de principios de los setenta. La construcción de la presa de Alcalá del Río, en los treinta, impidió el ciclo reproductivo del esturión y la pesca abusiva acabó por exterminar la especie.

—Nunca tuve ocasión de probar el caviar del Guadalquivir —dijo Soriano.

—Se elaboraba en Coria del Río —expuso Malospelos— y según los técnicos de la factoría era mejor que el ruso.

—Ana Adell vio en usted la gallina de los huevos de oro.

—Así fue. Llegué a pensar que me quería de verdad, que sentía un cariño sincero hacia mí. Pero en cuanto dejó de sonar el dinero la perdí.

—¿Recuerda cuándo sucedió? —dijo Joaquín.

—A mediados de los setenta —recordó—. Al abandonar la recolección de caviar me enrolé en un atunero de Barbate. Un día salimos a la almadraba varios barcos para calar las redes. Mi patrón avistó un cardumen de atunes y ordenó fondear y arriar el ancla. Yo estaba en la cubierta, entretenido en liar un cigarrillo de picadura, el orinque hizo un extraño, se enredó en mi pierna y me la amputó a la altura de la rodilla.

—Eso duele —dijo Soriano.

—Y así se acabó la pasta —dedujo Joaquín.

—Sí —convino Malospelos, y siguió—. Vendí mi barca, que solo la conservaba por nostalgia para navegar de vez en cuando por el Guadalquivir y echar algún pez a la sartén, y empleé el dinero en abrir una tienda de cerámica en la plaza de Doña Elvira, en Santa Cruz.

Tenía buenas relaciones con las autoridades del Régimen y conseguir los permisos de apertura fue cosa fácil. Así me gané las habichuelas hasta mi jubilación.

—La vida es un mar de miserias —lamentó Soriano.

—Un día una chica del barrio entró a comprar una vinagrera. Le tiré los tejos y, pese a faltarme una pierna, decidió ennoviarse conmigo. A Ana solo le interesaban mis billetes. En ocasiones incluso he pensado que andaba mal de la cabeza.

—Explíquese, por favor —inquirió—. Es la primera persona que nos habla de una posible enajenación mental.

—Vivía obsesionada con ganar una fortuna.

—Si tenía clientes fijos como usted era fácil —bromeó Joaquín.

—De fulana nunca trabajó demasiado. Se mostraba bastante escrupulosa a la hora de acostarse con alguien. Solo tenía cuatro o cinco asiduos y en cuanto juntó unas perras alquiló una casita en el Zurraque, se compró una máquina de coger puntos de media y dejó la prostitución.

—Una sabia decisión —alabó Soriano.

—Pasado un tiempo cambió la máquina de coger puntos por otra de coser y medró con un tallercito de arreglo y compostura de ropa. Sentó la cabeza y nunca más volvió hablar del tesoro.

—¿Un tesoro?

—Sí.

—¿Ana pretendía descubrir un tesoro? —espetó Joaquín, escéptico.

—Una noche —expuso Malospelos—, después de hacer el amor, me dijo que iba a confiarme un gran secreto y me hizo jurar, por Nuestra Señora de la Esperanza de Triana, que guardaría silencio. Juré solemne y me mostró un pergamino, tan raído y quebradizo, que casi se deshace entre mis dedos.

—¿Un documento antiguo? —se extrañó Soriano.

—Al menos lo parecía. Ana lo guardaba en la pata de una credencia que compró en Argentina.

—¿El mapa de un tesoro? —dijo Joaquín, y esbozó una sonrisa.

—Eso es. Ana estaba convencida de que escondía el lugar de un tesoro. Pero en mi modesta opinión, y créanme que he visto miles de cartas marinas a lo largo de mi vida, aquello solo era un texto viejo imposible de leer y descifrar.

—Descríbanos ese pergamino.

—Me llamó la atención —dijo, pensativo— un fragmento con una tiara pontificia y las llaves de san Pedro, y debajo un escudo, de dos campos, con una media luna invertida en el primero y una inscripción en latín.

—¿Qué ha sido del manuscrito?

—Ni idea —dijo, indiferente—. Ana intentó vendérmelo por cien mil pesetas. Un dineral para la época que ni pescando todos los langostinos de Sanlúcar y cosechando todo el caviar del Guadalquivir podía pagarle.

—Interesante —musitó Soriano.

—No acabó ahí la cosa —recordó—. Al negarme a comprárselo pretendió que la acompañara a Peñíscola para rastrear el fondo marino. Una locura. Mi barca era de bajura y solo servía para la navegación costera. No podía salir a mar abierto. Ana estaba loca de remate.

—Empiezo a pensar que sí.

—Aunque el pergamino escondiese la ubicación de un pecio —argumentó Malospelos— primero había que descifrar su jerigonza y después disponer del material necesario para recuperar el botín. Una fortuna en equipo.

—¿Cómo acabó el asunto? —dijo Joaquín.

—Ana pretendió sin éxito vender el documento a otros pescadores trianeros. Todo el mundo conocía su pasado en la prostitución y nadie la tomó en serio. Las meretrices son mentirosas por naturaleza. Te susurran al oído que te aman pero lo único que aman son tus cuartos.

—¿Qué fue del pergamino? —insistió.

—Lo desconozco. Se lo comerían las carcomas.

—Puede estar seguro.

Agradecieron a Francisco Junco, Paco Malospelos, su sinceridad al responder a sus preguntas, pagaron las consumiciones y se despidieron. Al salir, Soriano se mostró confuso, le pidió a Joaquín que caminaran un poco y le transmitió sus cavilaciones.

—Otra vez damos vueltas en círculo —dijo.

—Ya no. Paco Malospelos nos ha hablado de un pergamino, un documento con la ocultación de un posible tesoro.

—¡Vamos, hombre! —exclamó—. Paparruchadas. Memeces de marineros. Conozco como son. Traté a unos cuantos en Villa Cisneros. A la hora de exagerar son peores que los cazadores.

—No podemos descartar la información. Reflexione.

—Ábreme los ojos.

—Ana Adell —dijo— vivió en Peñíscola y pretendió que Malospelos la acompañara a buscar el supuesto tesoro.

—¿Y desde cuando hay un tesoro oculto en Peñíscola?

—Ni idea.

—¡Un tesoro…! Y Caperucita se comió al lobo.

—¡Venga, capitán! Un poco de entusiasmo.

—Para cachondeo llévame a un tablao.

—Si me promete bailar por alegrías, hecho.

—Me da que aquí se acabó la fiesta. Ya está todo el pescado vendido.

En su paseo llegaron a la catedral, dominada por su alminar reconvertido en campanario, la famosa Giralda. Se les había hecho la hora del almuerzo y decidieron buscar un restaurante de comida típica.

Capítulo. 77

Una pelea en una discoteca de la Gran Vía, que se había extendido a la calle con la participación de miembros de dos bandas latinas rivales, había movilizado al completo los efectivos de la comisaría de Leganitos. En la sala de operativos el inspector Juan Barrientos leía el informe de la intervención policial, que se había saldado con la detención de varios individuos y heridos por arma blanca, para tomar las medidas oportunas y evitar que se produjeran nuevos altercados. La prevención del delito estaba entre sus prioridades. Miró la hora en la pantalla de su ordenador. Pasó las hojas del informe, tomó notas para registrar la filiación de los detenidos y heridos, y trasladó sus nombres a un archivo. Quería concluir el trabajo antes de marcharse a almorzar.

—Señor —le reclamó un agente desde el quicio de la puerta.

—Sí, Imanol.

—Un subinspector de San Blas desea verle.

—Condúzcale hasta mi despacho. Se lo ruego.

—A sus órdenes.

El agente Imanol guio a su compañero de la comisaría de San Blas hasta el despacho de Barrientos, le indicó que entrara y se despidió.

—Pase y siéntese, por favor —dijo Barrientos.

El policía se arrellanó en una silla y procedió a presentarse.

—Soy el subinspector Alejandro Boadilla, de la Brigada de Homicidios de la comisaría del distrito de San Blas.

—Creo que hablamos hace unos días por teléfono.

—Sí. Por el caso de Cristina Losvalles. Su amigo, Alberto Soriano, quedó libre de toda sospecha.

—Nunca dudé de él.

—Al principio nosotros sí —admitió—. Los vecinos de la víctima le

señalaban como posible autor material. Cristina Losvalles y él mantenían una relación sentimental.

—¿Hay novedades al respecto? —le preguntó Barrientos.

—Sí, señor. Por eso he querido visitarle.

Alejandro Boadilla posó sobre la mesa una carpeta que sujetaba en la mano.

—¿Qué es? —preguntó Barrientos.

—Una copia —dijo— del informe de Criminalística y de nuestras pesquisas. Pienso que puede interesarle. Estamos a un paso de detener al asesino.

—¿Le han puesto cara?

—A medias.

—Cuénteme.

—El cadáver de Cristina Losvalles —expuso— apareció atado con cinta americana. Los compañeros del Laboratorio de Criminalística obtuvieron una muestra de ADN de la cinta y han comprobado que no pertenece a la víctima.

—¿Disponen del ADN del asesino?

—No exactamente —dijo, y continuó—. El ADN de la cinta estaba registrado en la base de datos de la Comisaría General y hemos comprobado que pertenece a un exdelincuente, un alunicero de nombre Serafín Aguado, alias Colombo.

—Curioso mote.

—Serafín Aguado —le explicó— tiene un ojo de cristal, como Peter Falk, el actor que interpretaba al detective Colombo. De niño le diagnosticaron un retinoblastoma, un cáncer de retina que se extiende por el cerebro y la médula espinal, y para salvarle tuvieron que extirparle el ojo. Desde entonces lleva uno de vidrio.

—¿Qué hacía su ADN en la cinta?

—Colombo —dijo— trabaja de dependiente en una ferretería del barrio de Atocha. Según los archivos de Instituciones Penitenciarias está rehabilitado desde que cumplió seis años de cárcel por desvalijar

una tienda de telefonía móvil y atropellar a un peatón en su huida. Por fortuna el hombre solo sufrió heridas leves.

—Colombo le vio las orejas al lobo.

—Nunca mejor dicho. La tienda de móviles fue su último golpe.

—¿En qué parte del rompecabezas encaja Colombo?

—Su ADN está en la cinta porque él la vendió al asesino.

—¿Le descartan por completo como sospechoso?

—Sí.

—¿Han comprobado su coartada el día del crimen?

—Por supuesto, inspector. Colombo trabajó hasta tarde. Lo han certificado el dueño de la ferretería, los otros dependientes y algunos clientes. Por la noche estuvo con su novia, una ecuatoriana que trabaja de gogó en una discoteca de Sanchinarro, en una sala de bailes caribeños. Colombo es un cliente habitual de la sala y los camareros le conocen. Él y su novia se marcharon a altas horas de la madrugada.

—Resumiendo —dijo Barrientos—. El ADN pertenece a Colombo y está limpio. ¿De qué nos sirve la muestra genética?

—Colombo recordaba a quién vendió la cinta.

—Sorprende la buena memoria de los chorizos al apretarles las tuercas.

—Le pedimos que se trasladara a comisaría y nos ayudara a esbozar un retrato robot.

—¿Alguien conocido?

—No. Nadie de sus rasgos aparece en nuestros archivos. Hemos empleado un programa informático para comprobarlo.

El subinspector Boadilla extrajo de la carpeta una copia del dibujo compuesto por los expertos de la Policía Científica y lo deslizó sobre la mesa para que Barrientos pudiera contemplarlo.

—Como sabe —dijo Boadilla— en un retrato robot el triángulo que forman los ojos y el mentón resulta primordial para identificar a un sospechoso.

—Sí. El cabello y la barba pueden cambiarse rápido.

—¿Le suena haberle visto?

—Sinceramente, no. Por nuestra comisaría —dijo, y trazó un círculo con el brazo a su alrededor— pasan cada año cientos de detenidos.

—Pronto dispondremos de programas informáticos que nos permitirán, a través de una muestra genética, componer un retrato robot fiable al cien por cien. Técnicos de la Universidad de Pensilvania trabajan en ello.

—Aquí esa tecnología llegará con años de retraso.

Boadilla sonrió.

—Cuando tengamos más información se la haré llegar —dijo.

—Se lo agradeceré. ¿Puedo quedarme el informe?

—Para eso lo he traído.

—Gracias.

Barrientos llamó al agente Imanol y le pidió que acompañara al subinspector Boadilla a la salida. Se despidieron. Barrientos permaneció pensativo, con la vista fija en su teléfono móvil. Dudaba entre guardarse para sí la información recibida o transmitirla a Alberto Soriano. Saber que la policía había trazado un perfil del asesino de Cristina Losvalles podría alterarle. Respiró hondo y aun así decidió comunicárselo. Le había pedido la máxima lealtad y también estaba obligado a dársela. Cogió el teléfono, abrió la agenda y pulsó su nombre.

—Barrientos —dijo Soriano—, ¿cómo van las cosas por Madrid?

—Bien. ¿Y a ustedes en Sevilla?

—Ahora mismo estamos degustando unas papas aliñás y un rabo de toro.

—Siempre ha sido un bon vivant.

—Hago lo que puedo.

—¿Qué han averiguado?

—Nada, inspector. Le doy mi palabra. Sin trucos. La vida de Cristina Losvalles y su madre, Ana Adell, carecen del mínimo interés. La gente chismorrea. Incluso un examante de Ana nos ha confesado que ella vivía convencida de poseer el plano de un tesoro. ¿Se imagina? Cotilleos sin ninguna sustancia. Mañana regresaremos a Madrid. Acabamos de decidirlo en el almuerzo.

—Capitán —dijo Barrientos, en tono grave—, permanezcan en Sevilla y averigüen respecto a ese tesoro.

—¿Está de cachondeo?

—Nunca he hablado más en serio.

—Acláremelo.

—El Sol y Sombra —dijo—, antes de matar al padre Contreras, mencionó la existencia de un tesoro. Un testigo presencial del asesinato, un subinspector de los mossos d'esquadra, oyó mencionar al Sol y Sombra un tesoro que perteneció al Papa Luna. Sospechamos que el resto de muertes, incluida la de Cristina Losvalles, también pueden estar relacionadas con la búsqueda de ese tesoro.

—¿Y dónde presupone que debemos indagar?

— En el Archivo General de Indias.

—El Archivo de Indias —argumentó— se fundó en el siglo dieciocho para conservar la documentación sobre la administración de las colonias españolas de América y el Papa Luna vivió en el siglo catorce. ¡Cuatrocientos años antes!

—Lo sé…, lo sé. Pero alguien del Archivo podrá orientarles.

—De acuerdo —aceptó—. Mañana a primera hora iremos al Archivo de Indias. Por la tarde creo que está cerrado.

—Otra cosa.

—Diga.

—La Brigada de Homicidios de San Blas ha puesto rostro al supuesto asesino de Cristina Losvalles…

—¡Le tienen! —gritó, exaltado.

—Todavía no —dijo—. Le he mandado al correo electrónico del hotel

un retrato robot del sospechoso. Si se cruzan con él o con el Sol y Sombra les insisto en que deben mantenerse al margen y avisar a la policía.

—Gracias, Barrientos.

—Manténgame informado, por favor.

—Descuide. Lo haré.

Juan Barrientos colgó, buscó en la agenda de su móvil y abrió una nueva llamada con el subinspector Andreu Bellpuig de los Mossos d'Esquadra. El teléfono sonó repetidas veces hasta que el policía de la Generalitat atendió la llamada.

—Señor —dijo.

—¿Qué tal en Sevilla?

—Sin novedad. Me he entrevistado con el inspector Cortada, de la Brigada de Homicidios de la Jefatura Superior de Policía de Andalucía, y de momento no hay rastro del Sol y Sombra.

—Quizá solo viajó a Sevilla de paso.

—No lo creo. A los dos días de llegar se cometió un asesinato que lleva su sello. Los bomberos hallaron en el interior de una furgoneta el cuerpo de un hombre al que le habían reventado las tripas.

—¿Quién era?

—Sorpréndase —dijo—. Vicente Heredia, alias Vicentito el Bizco, el chamarilero que vendió la credencia a Jaume Valls.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Qué piensa hacer?

—Vicentito el Bizco —dijo— desapareció la tarde que estaba citado con su amante, una exprostituta llamada Dolores Valcárcel, alias Loli la Fideo.

—No descarte el crimen pasional.

—La policía la excluye como sospechosa. Tengo pensado entrevistarme con ella para conocer de primera mano su versión de los hechos. Para mí es crucial escuchar la declaración de los testigos de viva voz.

—Me parece bien. ¿Y después?

—Rastrearé los alojamientos ilegales. En algún lugar se esconde el Sol y Sombra.

—Esa gente suele tener contactos. Quizás alguien le protege.

—Déjeme hacer mis pesquisas.

—Desde luego —convino.

—Decidiré al son de las mismas.

—En cuanto cuelgue le mandaré un retrato robot del presunto asesino de Cristina Losvalles.

—¿Cómo lo han conseguido?

—Gracias a una muestra genética de la cinta que empleó para atarla. El ADN pertenece al empleado de la ferretería donde la compró. Su colaboración ha sido clave para trazar el retrato robot.

—Buen trabajo, inspector.

—Le tendré informado.

—Gracias y adiós —se despidió Bellpuig.

Apenas cortó la llamada el teléfono móvil del subinspector Bellpuig vibró con un golpe sordo. Barrientos acababa de remitirle el retrato robot del sospechoso de asesinar a Cristina Losvalles. Abrió la imagen. Jamás había visto a nadie parecido. Permaneció un instante, analizando los rasgos esenciales del dibujo, y tuvo una corazonada. Archivó el retrato en la memoria de su móvil y envió una copia a Carles Capmany, su compañero de la Brigada de Delinqüència Especialitzada. Esperó un tiempo y le llamó.

—Subinspector, ¿qué tal lo pasa en Madrid?

—Ahora estoy en Sevilla —dijo Bellpuig.

—Menudo periplo. Es la envidia de la comisaría. El trabajo de campo fuera de Barcelona se considera un privilegio.

—No lo crea Capmany.

—¿En qué puedo serle útil?

—Acabo de enviarle la copia de un retrato robot.

Capmany guardó silencio mientras abría la imagen y la estudiaba.

—La cara no me resulta familiar.

—Tengo un presentimiento.

—¿De quién sospecha?

—De Jaume Valls. El dueño de la galería ArtBCN.

—Comprobé sus antecedentes penales.

—Busque si tiene ficha abierta por alguna causa aunque sea banal.

Capmany permaneció callado otros breves segundos. El tiempo justo para teclear en su ordenador el nombre de Jaume Valls, conectar con el servidor de la Comisaría General de la Policía de la Generalitat y comprobar que carecía de ficha policial.

—Está limpio —dijo al recobrar la palabra.

—Puede que hasta ahora sí. Investíguelo e infórmeme. Es urgente.

—En cuanto cuelgue salgo para la galería.

—Eso haría saltar la liebre, Capmany. Averígüelo por otros canales.

—¿Se le ocurre algo?

—Jaume Valls figura entre los próceres del arte y las antigüedades de Barcelona. Esa gente suele acudir a fiestas, cócteles, entregas de premios… Busque en las revistas dedicadas a temas de sociedad. Seguro que aparece en el photocall de algún evento público.

—Una buena ocasión para ponerme al corriente de los cotilleos de las celebrities.

—Espero su llamada —dijo y colgó.

Capítulo. 78

Los hoteles de lujo estaban entre sus debilidades. Jaume Valls llevaba un par de días instalado en el barrio de Santa Cruz, junto a los Reales Alcázares, en el mejor y más prestigioso alojamiento de Sevilla inaugurado en 1929 con motivo de la Exposición Iberoamericana. Un hotel al alcance de unos pocos privilegiados como él. La habitación valía un Perú, pero le importaba bien poco convencido de atesorar en breve una enorme riqueza. Había intentado hablar en varias ocasiones con Vicentito el Bizco, para preguntarle la dirección dónde había comprado la credencia y hacer sus propias indagaciones sobre la vitela, pero su móvil le repetía como una letanía: «El teléfono al que llama no se encuentra disponible…». Sabía que el chamarilero recorría Andalucía, Extremadura, Castilla-La Mancha y Castilla y León, entre otras comunidades, para comprar objetos antiguos y lo imaginó en una zona aislada, sin cobertura, en una aldea perdida de la Maragatería o explorando el valle del Silencio con su furgoneta en busca de algún escaño, aparador, escriño, arca, coqueta, alacena o bielda. Pulsó el icono de «colgar» y cerró la llamada. La pista que Vicentito el Bizco le había facilitado sobre Cristina Losvalles, la hija de la dueña de la credencia, solo le había complicado la vida.

Jaume Valls, en un acto solemne, se juró continuar la búsqueda del tesoro hasta el final. No cabía marcha atrás. Sus manos todavía olían a la sangre de Cristina Losvalles y su muerte la revivía noche tras noche entre pesadillas que le despertaban con el cuerpo empapado en sudor y una tiritona incontrolable. Nunca se imaginó que pudiera matar a una persona. Le parecía un acto horrendo, despreciable, solo posible en la mente de criminales sin escrúpulos, dictadores sanguinarios, racistas cegados por el odio, terroristas o psicópatas incapaces de controlar sus actos. Jaume Valls no se incluía en ninguna de las cinco categorías pero había cometido la peor de las acciones: arrebatarle la vida a un ser humano. Se miraba en el espejo del cuarto de baño sin reconocerse. El cristal le reflejaba a un hombre que nunca antes había visto. Desde que sus manos se tiñeron de sangre las facciones de su rostro se habían acentuado con una vejez prematura, sus nervios estaban tensos como las cuerdas de un violín y su corazón latía a un ritmo desbocado incluso en la cama o sentado mientras veía en la televisión un informativo, una película o un documental. La falta de noticias sobre el asesinato de Cristina Losvalles lograba relajarle un poco, pero sabía que la policía investigaba. Solo el hecho de carecer

de antecedentes penales, de nunca haber cometido un delito, le hacía albergar esperanzas de salir bien librado, poder recuperar el tesoro y desaparecer una temporada. La policía investigaba pero, con el paso de los años, archivaban los casos sin resolver. Entonces regresaría a su Barcelona natal. Se instalaría en un barrio de clase media trabajadora, para no levantar sospechas, y viviría como un jubilado que disfruta de una buena pensión.

Para entretener su angustiosa espera, hasta tener noticias de Vicentito el Bizco, salía a recorrer la ciudad. Visitaba las galerías de antigüedades más conocidas para ver los objetos que vendían y valorar sus precios y la calidad de sus restauraciones. En ocasiones, mientras caminaba por una calle o avenida, el zumbido de una sirena le estremecía, disimulaba su turbación con serenidad, ajeno a la curiosidad de la gente que observaba atenta el paso raudo de una ambulancia, un coche de bomberos o una patrulla de la Policía. Jamás pensó que su estancia en Sevilla coincidiera con una ausencia de Vicentito el Bizco. Mala suerte. Tendría que armarse de paciencia. El chamarilero le había comentado que llevaba una furgoneta de capacidad limitada y cinco o seis muebles, dependiendo de su tamaño, llenaban la caja. Los muebles pesaban poco pero ocupaban un gran volumen. Vicentito el Bizco pronto regresaría. Jaume Valls entró en su hotel. Había consumido la tarde paseando por un mercadillo callejero de libros, cuadros y antigüedades de baratillo y deseaba darse una ducha, cenar y descansar a la expectativa de que Vicentito regresara de su viaje de negocios. En cuanto tuviera cobertura y viera sus llamadas perdidas se pondría en contacto con él. Pasó junto a la recepción y se dirigió a su alcoba. Descorrió las cortinas de una cristalera para contemplar las vistas nocturnas de la Giralda y se acomodó en un butacón para ver las noticias en la televisión. Algo que se había convertido en una rutina. Escuchó a la presentadora del informativo sin interés. La mayoría de los acontecimientos que protagonizaban los telediarios se centraban en eventos de la política local. Concluyó una crónica y la pantalla mostró unas imágenes que reclamaron su atención. Jaume Valls tragó saliva y comenzó a sudar nervioso. Sus ojos se centraron en una furgoneta calcinada. La locutora narraba los pormenores de un crimen cometido en el bosque del Alamillo. Tras extinguir el fuego los bomberos hallaron en el interior del vehículo el cuerpo de un chamarilero llamado Vicente Heredia, conocido en las Tres Mil Viviendas, su barrio natal, como Vicentito el Bizco. La noticia aventuraba la posibilidad de un ajuste de cuentas relacionado con las drogas. Jaume Valls se estremeció y en un ataque de rabia golpeó el televisor, la pagó con el mensajero de sus desgracias. La policía andaba más perdida que Carracuca. Solo él

conocía la verdad. Vicentito el Bizco había sido asesinado por el secreto que guardaba la credencia. Más gente codiciaba su riqueza. Lo sospechó desde el principio. La muerte del chamarilero ratificaba la existencia del tesoro oculto bajo los fondos marinos de Peñíscola. Nunca estuvo paranoico. Abrió la ventana y respiró el aire fresco de la noche para recuperar la serenidad. La brisa le secó el sudor de la frente. La Giralda se alzaba majestuosa en el cielo grisáceo de Sevilla. Jaume Valls nunca permitiría que nadie le arrebatara su fortuna. Ya había matado, le había sido fácil y volvería a hacerlo si alguien se cruzaba en su camino hacia el tesoro del Papa Luna.

Capítulo. 79

Antes de dirigirse al domicilio de Dolores Valcárcel, alias Loli la Fideo, Andreu Bellpuig pasó la mañana en la Jefatura Superior de Policía de Andalucía, en un habitáculo, facilitado por el inspector Jesús Cortada, sin ventanas al exterior ni otro tipo de ventilación, equipado de una mesa, una silla y una lámpara de bombilla de filamento metálico para revisar, bajo su luz opalina, las fichas policiales de Vicente Heredia y Dolores Valcárcel. Bellpuig decidió estudiar sus expedientes para conocer a la víctima y a la principal testigo indirecta de su desaparición y muerte. Precisaba trazar un perfil psicológico de ambos para hacerse una composición de lugar y obtener un mayor partido al interrogatorio de Dolores Valcárcel.

Vicente Heredia Montes, alias Vicentito el Bizco debido al estrabismo (desviación de un ojo respecto al otro) que sufría desde la infancia, carecía de antecedentes penales, nunca había tenido problemas con la justicia pero la policía le había investigado y abierto un expediente informativo tras presenciar o participar (el asunto nunca se aclaró) en un tiroteo entre dos clanes gitanos rivales de las Tres Mil Viviendas. Los gitanos se regían por su propio código de justicia y los enfrentamientos entre familias o clanes se dirimían, ante la falta de acuerdo, a tiro limpio. En ocasiones las desavenencias las desataban cuestiones pueriles, como la venta de un coche o un animal, el impago de una dote, un divorcio, un adulterio o el incumplimiento de la palabra dada. La policía, frente a la hostilidad entre clanes gitanos, prefería acudir a la mediación de los patriarcas antes que a la justicia ordinaria. Los gitanos rechazaban las leyes payas y solo aceptaban la autoridad de la kriss romaní o «consejo gitano».

Vicente Heredia Montes pertenecía al clan de los Chatarreros. Hijo de Leandro Heredia y Amaya Montes, su padre, al igual que su abuelo, bisabuelo y tatarabuelo, se dedicó toda su vida a la recolección de chatarra, primero con un carro tirado por un mulo y después con una furgoneta que compró en un desguace de Sevilla y reparó los fines de semana hasta lograr ponerla en marcha. Antes de obtener de las autoridades municipales un piso de propiedad aplazada en las Tres Mil Viviendas, los Heredia ocuparon una chabola en la barriada sevillana de Torreblanca de los Caños, habitada desde 1940 por familias gitanas, campesinos emigrados de las tierras agrícolas más deprimidas de Andalucía y presos políticos de la dictadura que trabajaron en la

construcción del canal del Bajo Guadalquivir. Vicentito el Bizco apenas había pisado la escuela. A los catorce años su padre le reclamó a su lado para ayudarle en la fatigosa tarea de cargar y descargar la furgoneta de morralla. Cuatro años más tarde, recién cumplidos los dieciocho, Vicentito el Bizco tuvo que hacerse cargo del negocio familiar al morir su padre de una neumonía agravada por una EPOC, fruto del consumo de caliqueños que fumaba sin pausa. Vicentito el Bizco pronto comprendió que el verdadero negocio estaba lejos de la chatarra. En su deambular por los pueblos y aldeas de Andalucía observó que la gente del campo, los jornaleros, se desprendían de trastos viejos que los señoritos de los cortijos compraban a buen precio para decorar las suntuosas residencias de sus fincas. Vicentito el Bizco recorrió varios municipios aledaños a Sevilla, adquirió muebles antiguos y aperos, y así comenzó su andadura. Multiplicó sus ingresos, compró una furgoneta nueva de más capacidad y pronto contactaron con él anticuarios interesados en adquirir sus objetos. Bellpuig cerró la carpeta marrón que contenía los escasos folios que componían el expediente de Vicente Heredia, alias Vicentito el Bizco.

Cogió la segunda carpeta que reposaba sobre la mesa. Dolores Valcárcel Sánchez, a diferencia de Vicentito el Bizco, sí tenía ficha policial por delitos contra la salud pública (trapicheo de hachís) y escándalo público (mostrar los pechos en la calle para captar clientes). Ambos expedientes le habían sido abiertos en la posdictadura franquista, durante la Transición, y desde entonces Dolores Valcárcel, alias Loli la Fideo, nunca más había tenido problemas con la justicia. Aprendió bien la lección. Llegó a la prostitución empujada por las circunstancias de la vida. Hija de Remedios Valcárcel Sánchez tomó los apellidos maternos al desconocer la filiación de su padre. Su madre, por un sueldo de miseria que le impedía llegar a fin de mes, trabajaba de limpiadora en la residencia de unos aristócratas sevillanos. Para cumplimentar sus ingresos Remedios Valcárcel, las noches que el cansancio le daba venia, se dejaba ver por los tablaos y tabernas de la capital en busca de un señorito de parné que pagara el precio que su cuerpo merecía. Así se quedó encinta de Dolores ignorante de la identidad de su progenitor. La niña creció en la soledad de un pisito que su madre compartía con otras chachas hasta que un día hallaron a Remedios Valcárcel en la bañera, con las venas abiertas y nadando en su propia sangre. La ficha policial contenía una copia del informe forense. Remedios Valcárcel había ingerido una dosis elevada de un anticoagulante muy popular de venta en farmacias, se había desnudado, sumergido en el agua tibia de la tina cerámica y practicado una venesección con una hoja de afeitar. Tras la muerte de su madre la pequeña Dolores quedó bajo la tutela de la

Junta Provincial de Protección de Menores de Sevilla que actuaba a las órdenes del Consejo Superior de Menores del Ministerio de Justicia. Dolores Valcárcel pasó por diferentes centros de menores y familias de acogida, sin que hállese acomodo en ninguna parte debido a su personalidad arisca y rebelde que la hacía intratable. De los centros de reclusión Dolores se escapó a la mínima oportunidad harta de recibir un trato vejatorio. Las familias que se hicieron cargo de ella se vieron incapaces de hacerla entrar en vereda, que en aquella época significaba acudir a misa, confesar y comulgar los días de precepto, y vestir de negro y mantilla en Semana Santa.

Al cumplir la mayoría de edad Dolores Valcárcel se convirtió en una persona libre de las ataduras de la custodia gubernamental pero con la imperiosa necesidad de procurarse el sustento. Sin estudios ni oficio reconocido como su madre, a la que siempre admiró pero nunca perdonó su cobardía, la joven Dolores Valcárcel recurrió a la prostitución, aunque libre de la tutela de un proxeneta. Loli la Fideo se ganó el pan nuestro de cada día en el proceloso ambiente de las colipoterras, captando a sus parroquianos en las plazas más concurridas de Sevilla, en los bares de guiris o en cualquier esquina si alguien mostraba interés por su belleza de hembra andaluza. Así cumplió Loli la Fideo, de extrema delgadez y pechos voluminosos que acentuaban su talle, las cincuenta primaveras. La edad y la mala vida dejan huella. A Loli la Fideo las arrugas comenzaron a dibujarle surcos en la cara y a espantar a los puteros que le regateaban el precio de sus servicios y mentaban sus patas de gallo como excusa o argumento para una rebaja que ella consideraba denigrante e indigna de su físico agraciado. Con sus arrugas a cuestas y año tras año más patentes, Loli la Fideo pateó las avenidas, paseos y bulevares sevillanos presa de la desazón de su incipiente vejez hasta que Vicente Heredia se cruzó en su deambular. Simpatizaron desde el comienzo de su relación. A Loli la Fideo la primera tarde que se acostaron le gustó la pasión que demostraba Vicentito el Bizco por su cuerpo al hacerle el amor. La amaba como si fuesen marido y mujer, deslizando en su oído lisonjas tiernas y afectuosas, y procurándola un placer que la vida le había negado con otros hombres. Vicentito el Bizco se mostraba cariñoso, atento, detallista y nunca se presentaba sin un regalo por insignificante que fuese. Así, poco a poco, se hicieron el uno al otro y Loli la Fideo se convirtió en la amante de Vicentito el Bizco. Él se ganaba bien la vida de chamarilero y alquiló el piso donde ella vivía, pagaba todos los meses el arriendo, los recibos de la luz, el gas y el agua, y le daba dinero para su manutención. Loli la Fideo, agradecida, dejó de ejercer el lenocinio, se olvidó de los comemierdas que la penetraban sin miramientos y solo se entregó a su amado Vicentito el

Bizco.

Andreu Bellpuig cerró la segunda carpeta. Para Vicentito el Bizco y Loli la Fideo la vida había sido un mar en tormenta. Devolvió las fichas al inspector Cortada y le preguntó por un restaurante de cocina andaluza. Desde que había llegado a Sevilla solo había comido sándwiches y tapas. Le recomendó un mesón de Argote de Molina, en pleno casco histórico, especializado en cocina andaluza y mozárabe.

Capítulo. 80

Joaquín Ayuso y Alberto Soriano estaban dispuestos a cumplir las órdenes de Juan Barrientos e indagar acerca del tesoro del Papa Luna. A ambos el argumento del policía les pareció una bobada e incluso llegaron a pensar que solo se trataba de una estratagema para mantenerles apartados de la verdadera línea de investigación del asesinato de Cristina Losvalles. Barrientos había identificado al Sol y Sombra, sospechoso de varias muertes, y obtenido un retrato robot del asesino de Cristina Losvalles. La policía, aunque les pesara y costara reconocerlo, les había ganado la partida. Ellos, pese a sus andanzas, apenas habían avanzado en sus pesquisas que se embrollaban sin sentido hasta que llegaron al hotel y vieron el retrato robot del asesino de Cristina Losvalles. Se parecía de manera extraordinaria al sujeto que vieron en el castillo de Peñíscola tomar medidas con un metro láser. Eso les hizo reflexionar sobre la petición de Barrientos. Además, Paco Malospelos también les habló de la obsesión de Ana Adell, la madre de Cristina Losvalles, por hacerse con un tesoro. Por estas razones, aunque con pocas expectativas, salieron de su hotel, próximo al parque de los Príncipes, y decidieron caminar hasta el Archivo General de Indias, declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. La temperatura agradable les animó a pasear en dirección al casco histórico de Sevilla presidido por el Real Alcázar, la Catedral y el Archivo General de Indias. Cruzaron el puente de San Telmo, cerca del palacio homónimo y, tras una excursión de apenas veinte minutos, accedieron, por su escalera principal, al interior del edificio del Archivo de Indias. Al llegar a la primera planta se toparon con un guarda de seguridad.

—Buenos días —les saludó—. Las visitas turísticas empiezan pronto. Pueden esperar abajo, en el vestíbulo.

Alberto Soriano le puso ante los ojos su carné de oficial de la Legión.

—Queremos hablar con algún experto del Archivo —dijo.

—¿Para consultar documentos?

—Solo para recabar una información. Será breve.

—Hablaré con un conservador. Él podrá orientarles mejor que yo.

Soriano asintió. El vigilante entró en una amplia sala, desapareció por un largo pasillo y regresó acompañado de otro hombre.

—Estos señores —dijo el guarda— buscan información.

—Yo me ocupo. —El vigilante regresó a su puesto—. Diego Castro para servirles.

Les estrechó la mano.

—Joaquín Ayuso —correspondió el capitán— y Alberto Soriano, miembros de la Legión.

—¿Pertenecen al Tercio de Extranjeros?

—Sí —dijo—. Así se llamó la Legión hasta 1925.

—Debo reconocer que su visita me produce curiosidad. ¿Qué busca la Legión en el Nuevo Mundo?

—Nos hemos identificado como miembros del Tercio —aclaró Joaquín — para evitarnos problemas. Los vigilantes jurados suelen ser bastante quisquillosos.

—En ese punto nunca discutiremos. Los sufro en los aeropuertos y el AVE.

—Indagamos —expuso— sobre un tesoro que perteneció al Papa Luna, conscientes de que el Archivo de Indias se fundó cuatro siglos después de la muerte de Benedicto XIII.

—La documentación que almacena el Archivo —comentó— se circunscribe a Hispanoamérica, aunque los buscadores de tesoros nos visitan a diario para husmear en nuestros legajos desde que Mel Fisher descubrió aquí las claves para recuperar el flete del Virgen de Atocha, un galeón hundido por un huracán en 1622 frente a las costas de La Florida mientras navegaba de La Habana a Sevilla.

—Lo recuerdo. El caso Fisher dio fama al Archivo de Indias en todo el mundo.

—La prensa —dijo— le dedicó cientos de páginas al hallarse un cargamento de veinticuatro toneladas de plata, más de cien discos y barras de oro, mil libras de objetos de orfebrería y alrededor de ciento ochenta mil monedas de plata.

—Un pastón —resopló Soriano.

—En 1985, el año que Fisher descubrió el tesoro, se valoró en cuatrocientos millones de dólares. Echen cuentas. Ahora serían cuatro mil millones.

—¿Descarta que haya en el Archivo documentación sobre el tesoro del Papa Luna?

—Puedo asegurarles que en los ochenta millones de páginas de legajos originales que se conservan no encontrarán nada sobre el pontificado de Benedicto XIII.

—¿Dónde podríamos buscar? —preguntó Joaquín.

—La mayor parte de los papeles del Papa Luna se guardan en el Archivo Secreto del Vaticano.

—Una meta imposible.

—Hace años —recordó— un buzo del puerto, que estudia por afición la historia de los pecios y sus fletes, también vino a verme interesado en consultar expedientes del Papa Luna y le dije lo mismo que a ustedes. Que aquí no había nada al respecto. Si quieren pudo facilitarles su nombre. Puede orientarles mejor que yo.

—Nos sería de ayuda.

—Se llama Eduardo Herrera.

—¿Sabe dónde podemos encontrarle?

—Ni idea —dijo—. Pregunten en las oficinas de la Autoridad Portuaria.

—Gracias por su cortesía.

—De nada. Para servirles.

Capítulo. 81

Su enfermedad la vivía como una plaga divina. La cólera de Dios desencadenada por sus pecados. La mayoría de las veces la policía le había detenido por la delación de alguien que se había fijado en las manchas de su piel. Anselmo Bejarano, alias el Sol y Sombra, se alojaba en un piso cuyo dueño alquilaba habitaciones a delincuentes de paso en Sevilla. La vivienda disponía de cuatro alcobas, cada una dotada de seis literas para dar cabida a un máximo de seis personas, hombres o mujeres, de identidades y rostros anónimos que pagaban diez euros diarios por la pernocta. Nadie hablaba o preguntaba. El silencio se imponía de forma voluntaria como una norma de respeto y tolerancia. Se había hospedado en el piso la primera vez que estuvo en la ciudad para interrogar a Vicentito el Bizco y su estancia había pasado desapercibida. La policía desconocía la existencia de aquel refugio de hampones. Por ahora estaba seguro en su guarida. Entre aquellas cuatro paredes de miseria y maldad a nadie llamaban la atención sus manchas horrendas de brazos, manos y cara.

Cogió una bolsa de plástico, que colgaba del respaldo de la única silla que poseía su estancia, y se dirigió al cuarto de baño común. Una leonera con la taza del váter salpicada de chafarrinadas de diarrea y carente de tapa para descansar las posaderas, sin portarrollos ni papel higiénico; la luz aciguatada de una bombilla de bajo consumo teñía la piel de un tono lívido de muerte; el alicatado, de azulejos rotos o desconchados, había perdido el lustre bajo una capa de mugre; el espejo, astillado por un golpe, amenazaba con desprenderse y hacerse añicos; y la pila de cerámica, rojiza de óxido y su desagüe atascado por la inmundicia de semanas, desprendía un olor fétido. El Sol y Sombra abrió el grifo y cayó un hilillo de agua fría. Echó el pestillo y posó sobre la repisa de mármol del lavabo una serie de cosméticos adquiridos en diferentes comercios: un frasco de champú, otro de tinte rubio para el cabello y varios botes de maquillaje para pacientes oncológicos. Se retiró la sutura adhesiva de la cabeza y observó el estado de la brecha. La herida comenzaba a cicatrizar. La presionó un poco, para comprobar si sangraba o supuraba, y la dejó al descubierto. Se lavó la cabeza con un poco de champú y aplicó el tinte rubio en los cabellos que había cortado al número uno, al estilo militar. Para cambiar su aspecto también había dejado de afeitarse y una incipiente barba poblaba su cara. La barba, también teñida de rubio, le ayudaría a disimular las manchas del rostro. Se secó la cabellera y la cara, se

peinó y contempló su nueva imagen en el maltrecho espejo. Ni siquiera su madre le reconocería. Leyó las instrucciones de los botes de maquillaje para pacientes oncológicos, empleados para camuflar deformidades y enmascarar defectos tras cirugías agresivas, y aplicó en la cara los cosméticos de base y reparadores para ocultar las manchas del vitíligo. Se miró en el espejo. Perfecto. Para terminar también se maquilló el dorso de las manos con una base correctora. Alguien aporreó la puerta del cuarto de baño. Se miró por última vez en el espejo y salió. Un chaval esquelético le sustituyó en el excusado. Un drogadicto enganchado al costo y la farlopa que robaba carteras y productos en los supermercados para pagarse sus dosis diarias. Carne de cementerio. El Sol y Sombra nunca había tocado las drogas y estaba orgulloso de ello. Si alguien le mataba sería la policía de un tiro, pero jamás la mierda que vendían en las calles para fumar, esnifar o chutarse. Entró en su habitación, estaba vacía y aprovechó para comprobar el dinero que le restaba. Sus fondos habían menguado pero todavía podía aguantar unos días más. Acarició el cristo de oro que colgaba de su cuello. Como último recurso lo empeñaría en el Monte de Piedad para obtener setecientos u ochocientos euros antes de decidirse a cometer un robo. Vicentito el Bizco se cerró en banda y tuvo que matarle para evitar que se fuera de la lengua. Ahora estaba dispuesto a probar suerte con Loli la Fideo, la amante del chamarilero. Los hombres se mostraban locuaces y débiles ante las mujeres y sospechaba que Vicentito había confiado a su querida el secreto que ocultaba la credencia. Tenía que jugar su última partida y ganarla. Necesitaba una pista para seguir su búsqueda incansable del tesoro. Cogió su bolsa, rebuscó entre la ropa y sus pocos enseres una cápsula de gas, y la sustituyó en la empuñadura de su cuchillo de matar tiburones.

El Sol y Sombra abonó al dueño del piso los diez euros diarios, para garantizarse un lecho otra jornada, y salió a la calle dispuesto a tener el éxito que anhelaba. Cogió un par de autobuses, para situarse cerca de la calle Feria, y caminó hacia el domicilio de Loli la Fideo atento a la posible presencia de la policía. Su nuevo aspecto le garantizaba cierta impunidad, para evitar ser reconocido, pero debía tener cuidado. Pasó frente a la capilla de Montesión y se cruzó con un tipo de andar apresurado. Su cara le resultó familiar. La había visto en otro lugar. «¡Mierda!», exclamó para sus adentros. El Sol y Sombra maldijo la hora en que le dejó con vida. Tenía que haberle matado en la iglesia de San Ginés. Un error. Ahora el policía de la Generalitat investigaba en Sevilla. Había seguido sus pasos. Pese a su nueva fisonomía temió que pudiera reconocerle. Giró y le dio la espalda. La puerta de la capilla de Montesión estaba abierta. Entró. Se arrodilló ante el altar

mayor, presidido en su hornacina central por una imagen de la Virgen del Rosario, y se encomendó al Cristo de la Salud con un padrenuestro susurrado. Besó su crucifijo de oro, se persignó y salió a la calle. De lejos vio al policía buscar el edificio de la exprostituta. Lanzó un reniego y se apostó entre dos vehículos, estacionados en la plaza abierta frente a la capilla de Montesión, a la espera de que el mosso d'esquadra concluyera su visita a Loli la Fideo.

Capítulo. 82

Andreu Bellpuig se dirigía a casa de Loli la Fideo sumido en sus pensamientos. La escasa anchura de la calle Feria le permitió comprobar la numeración de ambos lados de la calzada sin cambiar de acera. En su mano derecha sujetaba el pósit con la dirección de Dolores Valcárcel, la amante de Vicentito el Bizco, que le había facilitado el inspector Jesús Cortada. Pasó frente a la capilla de Montesión y unos metros más adelante encontró el edificio que buscaba. Pulsó el timbre de un portero automático. La voz trémula y honda de Loli la Fideo preguntó quién llamaba y Bellpuig se identificó como policía. La puerta se abrió. Desde la muerte de Vicentito el Bizco agentes de policía la habían visitado en varias ocasiones para recabar diferentes testimonios. Ninguna de las veces ella se había negado a colaborar o sentido incómoda. Nada la contrariaba si contribuía a detener al asesino de su querido Vicentito. Bellpuig subió la escalera, de peldaños de madera revestidos de baldosas de terracota pulida, hasta alcanzar el rellano de Loli la Fideo. Le esperaba en la puerta, bajo el quicial, vestida de estar de casa, con una bata de boatiné y zapatillas de felpa. Bellpuig le mostró su placa y Loli la Fideo le invitó a entrar. Se acomodaron en un saloncito dotado de un sofá y dos silloncitos.

—¿Le apetece un café? —le ofreció Loli la Fideo—. Iba a prepararme una taza.

Bellpuig aceptó.

—Con leche, por favor —dijo.

Ella marchó a la cocina y regresó con dos tazas que desprendían una agradable aroma a café de puchero.

—Gracias —dijo Bellpuig—. Procuraré ser breve.

—Pregunte cuanto quiera. Pero coja al malaje que asesinó a mi Vicentito.

—¿Habló con Vicente Heredia la tarde de su desaparición? —inquirió, tras un sorbo de café.

—Sí —dijo—. Siempre me advertía de su llegada. No me llamaba por

desconfianza —aclaró— sino para que le recibiera con alguno de los conjuntos de lencería que me compraba en los bazares chinos. Los picardías le volvían loco.

Bellpuig tomó nota en su teléfono móvil.

—¿Tenía enemigos?

—¿Quién? ¿Vicentito?

—Sí.

—Nadie —afirmó, tajante—. La gente le quería y respetaba, y en las Tres Mil Viviendas, pese a no ser el patriarca de su clan, los gitanos acudían a pedirle consejo.

—¿Intentó hablar con él la noche de autos?

—Decenas de veces, pero nunca cogió el teléfono.

—Descríbame su rutina.

Loli la Fideo se ruborizó.

—¿Pretende que le detalle nuestros encuentros de cama?

—Discúlpeme —dijo—. No ha sido mi intención. Me refiero a las pautas que seguía Vicente Heredia el día que la visitaba.

—Como le he dicho me llamaba por teléfono unas horas antes. Como habrá comprobado en este barrio es difícil aparcar y Vicentito, para no perder tiempo dando vueltas y más vueltas, estacionaba su furgoneta en doble fila en la plaza de Montesión y entregaba las llaves a Nicolás el Cucaracha, el dueño del bar que hay en la plaza, por si tenía que moverla para dejar salir a otro vehículo. Después venía a mi casa.

—¿Y nunca llegó?

—Así es.

—¿Por qué denunció su desaparición?

—Porque jamás —dijo, rotunda— había faltado a una de nuestras citas. Si se retrasaba, por cualquier motivo, me avisaba para que no pasara fatigas. A las diez de la noche tenía los nervios destrozados. Intuía que le había ocurrido algo malo, aunque nunca imaginé que su silencio obedeciese a la muerte.

—¿El bar donde dejaba las llaves de la furgoneta queda cerca?

—Usted no es de Sevilla, ¿verdad?

—No. De Barcelona.

—Se le nota el deje catalán —dijo—. La plaza de Montesión está aquí al lado.

—¿La placita con una capilla?

—Esa es.

—¿El dueño del bar se relaciona con delincuentes?

—¿Se refiere a Nicolás el Cucaracha? —dijo, sorprendida.

—Sí.

—Para nada. Es la honradez personificada. Si un mendigo entrar en su bar sale con un bocadillo.

—Apodarle el Cucaracha suena peyorativo. De ahí mi pregunta.

—En el barrio todo quisqui tiene un mote —dijo para que entendiera sus palabras—. A Nicolás le llaman el Cucaracha por su pelo azabache y porque siempre viste de negro, incluso el domingo de Ramos que los penitentes van de granate. Tener un mote no implica nada malo. ¿En Cataluña no usan motes?

—Solo en los pueblos.

—Aquí en todos lados.

—¿Le habló Vicente Heredia de una credencia?

—¿De una qué?

—Un mueble antiguo.

—Nunca me comentaba nada de su trabajo —dijo, dolida—. Esas cosas las dejaba para su familia. Yo solo era su amante, aunque me considero su viuda porque le quería más que a mi propia vida.

—Voy a mostrarle una fotografía —dijo—. Quiero que la mire atentamente y me diga si conoce al sujeto.

Bellpuig colocó en la pantalla de su móvil la imagen del Sol y Sombra y se la presentó a Loli la Fideo.

—Jamás le he visto —dijo, segura—. De un hombre tal malcarado me acordaría. En mis años de prostituta elegía, en la medida de las posibilidades, a mis clientes. Los chicos jóvenes me gustaban más que los viejos. Pagaban mejor y se corrían antes. A un tipo así lo habría despreciado sin pensármelo dos veces.

—Gracias, Dolores.

—¿Es todo?

—Sí.

—Termínese el café. Hágame compañía un rato.

—Lo siento pero tengo que irme. El deber me llama.

Loli la Fideo sonrió sin ganas. Su vida estaba abocada a la soledad. Bellpuig apuró las últimas gotas de café que mojaban su taza y se marchó.

Capítulo. 83

La noche había caído en el interior del primitivo recinto amurallado, en el distrito de Casco Antiguo, recorrido por una red vial de trazado tortuoso y angosto e iluminado de trecho en trecho por faroles de una sola lámpara. Andreu Bellpuig abandonó el edificio de escasa altura donde residía Loli la Fideo, miró a ambos lados, para orientarse, y caminó hacia su izquierda. El Sol y Sombra le vio salir y le siguió con la mirada sin hacerse notar. Tras un corto paseo Bellpuig llegó a la plaza de Montesión. Observó los coches aparcados en batería y la entrada al bar en que Vicentito el Bizco depositaba las llaves de su furgoneta. El Sol y Sombra intuyó sus intenciones. Iba a interrogar al camarero e intentar que le identificara. Tendría que actuar. Apretó los puños de rabia y comenzó a sudar nervioso. Se veía obligado a perder tiempo en zafarse de la policía, un tiempo que restaba a la búsqueda de su codiciado tesoro. Aprovechó que la capilla de Montesión todavía permanecía abierta para apostarse en la puerta, como un cofrade a la espera de un compañero de hermandad. Bellpuig entró en el bar. El campanilleo de un sonajero de cascabeles, empujado por la hoja de la puerta, hizo que los componentes de una mesa, cuatro jubilados que se jugaban parte de su magra pensión al mus, se giraran para mirarle. Bellpuig echó una ojeada al local, de luces mortecinas, ambientado con pósteres de corridas de toros celebradas en la Maestranza y carteles alusivos al mercadillo que se organizaba en la calle Feria todos los jueves excepto en Semana Santa. Se dirigió a la barra atendida por un hombre musculoso, de cabello azabache, vestido de camiseta negra de manga corta y un pantalón también negro.

—¿Es usted Nicolás? —le preguntó.

—Nicolás el Cucaracha para servir a Dios y a usted.

Bellpuig sacó la placa que le acreditaba como agente policía y se la mostró.

—Me gustaría —dijo— que respondiera unas preguntas.

—Sin ningún problema —aceptó—. Viene por la muerte de Vicentito, supongo.

—Sí.

—Sus compañeros ya han hablado conmigo.

—Lo sé. Pura rutina.

—Suelte su primera duda.

—¿Le vio la tarde en cuestión?

—Como está mandao —respondió, con un acento andaluz cerrado—. Siempre que Vicentito venía a ver a Loli la Fideo me dejaba las llaves de su furgoneta.

—¿Puede relatarme qué sucedió el último día?

—Sí, hombre.

El Cucaracha se acodó en la barra, para acortar la distancia con Bellpuig y hablar más bajo, para que nadie le oyera, y el policía extrajo su móvil para tomar notas.

—Listo —dijo Bellpuig.

—Vicentito —arrancó el Cucaracha—, llegó, aparcó su furgoneta en doble fila en la plaza y entró para darme las llaves. Si algún coche quería salir yo me encargaba de moverla.

—¿A qué hora recuperaba su vehículo?

—Depende. Había días que llegaba, estaba una o dos horas con Loli la Fideo y luego se marchaba. Pero otras noches las pasaba enteras con ella.

—¿Entonces quién se ocupaba de la furgoneta?

—Yo —dijo—. ¿Quién si no? Estaba al tanto y si quedaba un hueco libre salía y la aparcaba bien. En cuanto cierran los comercios la plaza se vacía.

—¿Y las llaves?

—Las dejaba en el bote de las propinas y al día siguiente Vicentito las recogía. Abro a las seis de la mañana. Para aprovechar el turno de los desayunos.

—La noche que mataron a Vicente Heredia algo rompió su rutina. Nunca llegó a casa de Dolores Valcárcel.

—Eso parece.

—Le ruego que me haga un relato preciso. Lo más detallado posible.

—El mismo que le solté a sus compañeros.

—Le escucho.

—Vicentito estacionó su furgoneta, entró en el bar, me dio las llaves y se marchó.

—Hasta ahí todo normal.

—Sí. Pero a los pocos minutos —dijo, y abemoló la voz— regresó acompañado de otro hombre, me pidió las llaves, los dos subieron en la furgoneta y se fueron.

—Reconocería a la otra persona.

—Seguro. En verano pongo nombre a las moscas del bar.

—Descríbamelo.

Bellpuig quería comprobar si Nicolás el Cucaracha retrataba al Sol y Sombra antes de mostrarle su fotografía.

—Ese tipo —dijo, e incorporó— tenía cara de pocos amigos. Para mi gusto era más feo que Picio el granadino, aunque de los hombres paso de largo.

—¿Qué le llamó la atención?

—Su jeta. Parecía un leopardo. Lo he repetido decenas de veces —lamentó— pero nadie me cree.

—Yo sí.

—Tiene guasa la cosa —dijo, y esbozó una sonrisa—. ¿Por qué usted sí piensa que digo la verdad?

Bellpuig colocó en la pantalla la foto del Sol y Sombra y se la enseñó.

—¡Por el Santísimo Cristo de la Oración en el Huerto!

—exclamó—. ¡El mismo que viste y calza!

Bellpuig guardó su teléfono, se despidió de Nicolás el Cucaracha y

abandonó el bar. La temperatura en la calle resultaba agradable salvo por alguna ráfaga de viento húmedo y fresco que ascendía desde el río. Se subió las solapas de la americana y marchó en dirección al centro absorto en ordenar sus pensamientos. Tenía que notificar cuanto antes el resultado de sus indagaciones a los inspectores Barrientos y Cortada.

El Sol y Sombra dejó la penumbra protectora que le brindaba el portal de la capilla de Montesión y siguió a Bellpuig a buen paso. El dueño del bar le había reconocido. Se le complicaban las cosas. Pronto toda la policía sevillana andaría a su caza. Bellpuig accedió al interior de una cafetería de estilo moderno, bien iluminada, de mesas y sillas de diseño vanguardista y animada por un público joven y variopinto. Se sentó a una mesa. El Sol y Sombra dudó entre permanecer vigilante a pie de calle o entrar y arriesgarse a que el mosso pudiera reconocerle. Su maquillaje y el cabello y la barba tintados le garantizaban el anonimato. Empujó la puerta decidido. Se acomodó en una mesa, algo retirada de la ocupada por el policía catalán, y observó sus movimientos. Bellpuig llamó al camarero y al instante este le sirvió una botellita de agua. El Sol y Sombra pidió una copa de anís seco de una destilería cordobesa de Rute. Paladeó el licor sin dejar de observar al policía que anotaba datos en la memoria de su móvil. El teléfono de Bellpuig vibró para avisar de la entrada de una llamada. Descolgó.

—Capmany —dijo.

—Bona nit subinspector —le saludó su compañero de la Brigada de Delinqüència Especialitzada.

—¿Buenas noticias?

—Mejores imposibles —dijo, satisfecho—. Como me indicó he rastreado revistas de la farándula y en un ejemplar del Hola, que contiene un artículo dedicado a la Fira d'Art Modern i Antic de Barcelona, que se celebra en Les Reials Drassanes, aparece en el photocall Jaume Valls junto al organizador del evento. El parecido de Valls y el retrato robot rondan el noventa y cinco por ciento.

—Collonut!

—El hombre del retrato robot es Jaume Valls. Sin ninguna duda. He consultado a los fisonomistas de Criminalística y lo han certificado.

—Enhorabuena, Capmany —dijo, agradecido—. Cuando regrese le propondré para una medalla.

—Que sea pequeña. Ya no estoy para cargar peso —bromeó.

—Seguiremos en contacto —se despidió.

Bellpuig pulsó en la agenda el número del inspector Juan Barrientos.

—Sí, Bellpuig —dijo—. Encantado de hablar con usted.

—Le tenemos.

—¿Qué?…

—Al tipo del retrato robot. A Jaume Valls. El anticuario de Barcelona y dueño de la galería ArtBCN que compró la credencia a Vicentito el Bizco. Uno de mis hombres le ha identificado.

—¡Joder! Mis felicitaciones.

—Ha sido fácil.

—Nunca podré agradecerle lo suficiente su colaboración.

—Cada uno aporta su grano de arena para encerrar a los malos de esta película.

—Informe al inspector Cortada, de la Jefatura Superior.

—En cuanto cuelgue.

—No le entretengo. Voy a pasar el aviso para que la fotografía de Jaume Valls cuelgue en la sala de operativos de todas las comisarías del España con una orden de busca y captura.

—Hablamos.

—Más pronto que tarde. ¡Adiós!

Bellpuig posó su móvil sobre la mesa. Apuró el agua de la botella y le preguntó al camarero por el servicio de caballeros. Le urgía aliviar una necesidad fisiológica. Su vejiga reclamaba unos minutos de atención. Al terminar comunicaría al inspector Cortada el resultado de sus pesquisas en Barcelona. Requería su colaboración para localizar a Jaume Valls si todavía estaba en Sevilla. El camarero le señaló la ubicación de los baños. Al fondo a la derecha. Había que bajar una escalera. Se levantó. El Sol y Sombra le siguió con la vista. Había llegado el momento que esperaba. Llamó al camarero, le preguntó el importe de su consumición y dejó el dinero sobre la mesa. Se levantó

y se dirigió a los servicios. Descendió la escalera. Abrió la puerta del excusado de caballeros y vio al mosso de pie frente a un urinario. El Sol y Sombra hizo intención de desenvainar su cuchillo pero detuvo la acción. Un hombre, con un niño en brazos, entró en el baño. Un padre que acompañaba a su hijo a hacer pipí. El Sol y Sombra cogió un poco de jabón del aparato dispensador y se lavó las manos en una pila para disimular y entretener el tiempo. El padre y su hijo se marcharon.

—¡Al niño se le han pasado las ganas! —protestó el hombre, con altura de voz.

Bellpuig terminó su micción y se colocó frente a otra de las pilas para lavarse. Miró al tipo que llevaba un rato en el baño. No había usado los urinarios ni los váteres pero se restregaba las manos con esmero. Un maniático de la higiene. Bajó la vista. Algo le llamó la atención. Clavó sus ojos en el agua marrón que se perdía hacia el desagüe. El Sol y Sombra supo que le había descubierto. El jabón había borrado el maquillaje de sus manos y las manchas del vitíligo se revelaban nítidas en su piel. Bellpuig desenfundó su arma. El Sol y Sombra se abalanzó sobre él. Le sujetó el brazo, le golpeó repetidas veces la muñeca contra el mármol del lavabo y Bellpuig esbozó una mueca de dolor y soltó la pistola. El Sol y Sombra le inmovilizó con una llave de lucha libre y desenvainó su cuchillo. Bellpuig sintió una oleada de pánico recorrerle el cuerpo. El delincuente esbozó una sonrisa malévola. Nadie que se cruzara en su vida para joderle viviría para contarlo. Tenía que haberle matado en la iglesia. Un error que no volvería a cometer. Trazó un semicírculo con el machete y lo lanzó contra el estómago del mosso sin dejar de mirarle a los ojos. Pulsó el botón que liberaba el gas y Bellpuig experimentó un calor intenso que le recorría las venas, un sueño profundo y se desvaneció muerto. El Sol y Sombra arrastró el cuerpo hasta uno de los váteres. Lo sentó y la cerámica de la taza se tiñó de rojo al instante. Buscó en los bolsillos del policía su teléfono móvil, lo cogió y se marchó de la cafetería.

Capítulo. 84

El hotel de Joaquín Ayuso y Alberto Soriano, lindante con el parque de los Príncipes, lo separaban solo dos kilómetros del puerto de Sevilla, el único puerto fluvial comercial de España, emplazado a noventa kilómetros de la desembocadura del Guadalquivir. El puerto del Guadalquivir, entre los puentes de los Remedios y las Delicias, ocupaba una superficie de flotación cercana a las cinco mil hectáreas, heredera del antiguo Portus Hispalensis romano que en el siglo xvi, tras conceder los Reyes Católicos a Sevilla el monopolio del comercio marítimo con el Nuevo Mundo, conoció su época de mayor esplendor.

La distancia que separaba su hotel del puerto les aconsejó tomar un taxi para ganar tiempo y presentarse a primera de la mañana en las oficinas de la Autoridad Portuaria de la avenida de Moliní, y recabar información sobre Eduardo Herrera. El taxista les dejó frente a un edificio de color blanco, presidido por una torre de escasa alzada, techumbre a cuatro aguas y fachadas dotadas de ajimeces o ventanas geminadas. Un poco más allá se divisaba la Noria de Sevilla, una atracción turística que desde sus cuarenta metros de altura permitía contemplar algunas de las mejores panorámicas de la ciudad. Pagaron el importe de la carrera y se dirigieron a las oficinas. Entraron. Joaquín abrió una puerta.

—Hola —dijo.

—¿Sí? —respondió un joven, inmerso en una montaña de papeles.

Se acercaron a la mesa del empleado que copiaba en su ordenador, entre columnas de carpetas y archivadores de cartón, los fletes y destinos de los barcos mercantes y de crucero que recalaban en el puerto de Sevilla.

—Quisiéramos hablar con alguien del departamento de personal.

—Todavía no han llegado. Ya saben cómo son los jefes —dijo, indiferente—. Quien manda, manda. ¿Puedo preguntarles el motivo de su visita?

—Buscamos información sobre un buzo del puerto.

—Eduardo Herrera —precisó Soriano.

—Si me permiten les daré un consejo.

—Todo oídos —dijo Joaquín.

—Vayan a la Sección Sindical, en la primera planta, y pregunten por Sonia. Ella seguro que le conoce. Los de personal son algo agrios.

—Gracias.

Subieron a la primera planta, caminaron hacia una puerta que lucía los logotipos de Comisiones Obreras y la Unión General de Trabajadores, la empujaron y accedieron a un despacho con una mesa, rodeada de ficheros de madera, y una chica atrincherada detrás de ella.

—¿Sonia? —dijo Joaquín.

—Sí. ¿Qué se les ofrece?

—Somos legionarios —habló Soriano, y le mostró su acreditación de capitán— y recabamos información sobre Eduardo Herrera.

—Se jubiló hace dos años. ¿Se ha metido en líos?

—¿Por qué iba a tener problemas? —le respondió Joaquín con otra pregunta.

—Formó parte del comité de empresa como delegado de Comisiones Obreras —dijo— y a la mínima organizaba una protesta o una huelga. Eduardo tenía un espíritu reivindicativo muy fuerte y alguna que otra vez terminó en comisaría por arremeter contra los cordones policiales. No me extrañaría nada que hubiese parado algún desahucio.

—Solo queremos hablar con él de un asunto personal.

—De acuerdo. ¿Qué desean saber?

—Su domicilio habitual.

—Vive en José León —dijo de memoria—, en una casa de planta baja junto a una tienda de cerámica.

—¿Recuerda el número?

—No. Pero les será fácil encontrarle. Pregunten por Lalo el Burbuja. En Sevilla se le conoce así.

—Agradecidos —dijo Soriano.

Abandonaron la sede de la Autoridad Portuaria y caminaron hacia la avenida de la Raza, una vía bastante transitada, para coger otro taxi. Soriano extrajo de su tres cuartos de piel vuelta un plano de Sevilla, que le habían facilitado en la recepción del hotel, lo desplegó y buscó la calle José León. Tuvo que forzar la vista para leer los nombres rotulados con letras diminutas. Al encontrarla posó su dedo índice sobre la calle. Joaquín le pidió el plano para conocer la ubicación.

—Eduardo —dijo, sorprendido— vive en la calle paralela a Clavel. A menos de cien metros —señaló en el mapa— de la casa de Ana Adell.

—No puede ser casualidad.

—La casualidad no existe. Las cosas siempre tienen una razón de ser.

—Vayamos a hablar con Eduardo.

—Parece que tenía un buen motivo para investigar el tesoro del Papa Luna.

—Conocía a Ana.

—Supongo. Ella le llenaría la cabeza de pájaros, como a Malospelos.

—Los tesoros hacen perder la cabeza al más cuerdo de los mortales.

—Parece evidente.

—La riqueza fácil enajena a los humanos. Mira a los garimpeiros. Subsisten en condiciones miserables con la esperanza de hallar una pepita de oro o un diamante que les permita vivir a cuerpo de rey.

—Eduardo tendrá que darnos algunas explicaciones.

—Paremos un taxi.

El sonsonete de El novio de la muerte, que salía de un bolsillo del tres cuartos de Soriano, anunció una llamada en su móvil. Cogió el teléfono y miró en la pantalla quién era.

—Es Barrientos —le dijo a Joaquín, y contestó—. ¡Diga, inspector!

—¿Dónde están? —espetó, nervioso.

—A unos metros de la Autoridad Portuaria.

—¿Qué se les ha perdido ahí?

—Intentamos localizar a un buzo llamado Eduardo Herrera, alias Lalo el Burbuja, para cumplir su encargo y averiguar acerca del tesoro.

—Dejen eso ahora. Ha ocurrido algo muy grave.

—Hable.

—Les espero en la recepción de su hotel. Acabo de llegar.

—¿Está en Sevilla? —exclamó, sorprendido.

—Sí. Vengan cuanto antes. Es urgente, muy urgente.

Juan Barrientos colgó. Soriano escuchó el sonido de la línea vacía absorto, sin reaccionar, como si un hipnotizador hubiese anulado su voluntad.

—¿Qué sucede? —inquirió Joaquín ante su mutismo.

Soriano salió de su embeleso.

—Lo ignoro —dijo—. Barrientos no ha querido contármelo por teléfono.

—¿He oído bien? ¿Está en Sevilla?

—Sí.

—Entonces tiene que ser algo importante.

—Nos ha citado en el hotel.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora mismo. Hablaba con la frialdad de un témpano de hielo.

Joaquín levantó la mano, un taxi se detuvo a su lado y subieron.

Capítulo. 85

Juan Barrientos esperaba a Joaquín Ayuso y a Alberto Soriano sentado en una butaca del vestíbulo frente a una mesita de centro, una tacita de café, la llave de un vehículo, posada sobre la mesita, y un portafolios de piel en el suelo a su lado. Tenía el semblante serio, los ojos enrojecidos y una coloración amoratada alrededor de los párpados inferiores fruto del cansancio y la falta de sueño. Al verles entrar se levantó, les estrechó la mano y les pidió que se sentaran en las otras butacas libres. Bebió las últimas gotas de café, les miró a la cara preocupado y se limpió los labios.

—¿Cuándo ha llegado?, inspector —le preguntó Soriano.

—Hace menos de una hora. Después de registrarme en el hotel les he llamado.

—El tráfico en Sevilla está fatal. Hemos venido lo antes posible.

—¿Disponen de un vehículo?

—Nos ha traído un taxi.

—He solicitado un coche a la Jefatura Superior para nuestros desplazamientos. Un agente acaba de entregármelo —dijo, y señaló la llave de la mesita.

—Su cara anuncia malas noticias —aventuró Joaquín.

—Muy malas —admitió, abatido—. Ayer asesinaron en Sevilla a un policía de la Generalitat que, como ustedes, colaboraba conmigo en la resolución de este caso.

—¿Quién le ha matado?

—El Sol y Sombra.

—Ese cabrón —escupió Soriano— lleva la mochila bien cargada.

—Les resumiré mis pesquisas para que comprendan la gravedad del asunto.

—Arranque —le animó Joaquín.

—Sin trampa ni cartón —le previno Soriano—. Lealtad con lealtad se paga.

—Sin reserva. Tienen mi palabra de honor —dijo Barrientos y tragó saliva—. Conocí al subinspector Andreu Bellpuig, de la Brigada de Delincuencia Especializada de una comisaría de Barcelona, en la iglesia de San Ginés la mañana que asesinaron al padre Contreras.

—Salí de su parroquia con la mosca detrás de la oreja. El cura no me pareció de fiar.

—Era sacerdote pero como todo ser humano con sus defectos y flaquezas.

—¿Qué pintaba un mosso d'esquadra en la iglesia de San Ginés?

—El Sol y Sombra agredió en Barcelona a un decorador y Bellpuig iba tras su pista.

—Los catalanes son muy suyos —apostilló Soriano.

—¿Y le siguió hasta la parroquia? —incidió Joaquín.

—Sí —dijo—. El Sol y Sombra acudió a entrevistarse con el padre Contreras.

—Acabaron como el rosario de la Aurora —sentenció Soriano.

—Discutieron sobre un manuscrito que perteneció al Papa Luna y creían que escondía un tesoro.

—Por eso nos pidió que indagáramos al respecto —dedujo Joaquín.

—Sí —admitió—. Al principio descarté esa línea de investigación por disparatada pero otros datos apuntan a un supuesto tesoro como el móvil de los asesinatos.

—¡Ver para creer! —exclamó Soriano, como un lamento.

—Al parecer —siguió Barrientos su relato— el manuscrito estaba oculto en una credencia, un mueble que el padre Contreras y el Sol y Sombra intentaron recuperar para inspeccionarlo.

—Suena a fábula de Esopo —afirmó Joaquín.

—Yo pensé lo mismo —reconoció—. Pero la paliza que le propinó el Sol y Sombra al decorador tuvo por objeto entrar en su domicilio y

registrar la credencia que al parecer albergaba el documento.

—Perdone, inspector —intervino Soriano—. Le escuchó con suma atención, pero no logro relacionar su exposición y la muerte de Cristina.

—No sea impaciente —dijo—. A eso iba. Según Bellpuig durante la discusión el padre Contreras y el Sol y Sombra mencionaron a una tal Cristina.

—¿Cristina Losvalles? —soltó Joaquín.

—Sí. El cura estaba preocupado porque ustedes le habían interrogado sobre ella.

—¡El canalla la conocía! —exclamó Soriano—. ¡Nos mintió!

—El párroco no era trigo limpio —sostuvo Joaquín, satisfecho de su apreciación—. Lo sospeché tras hablar con una feligresa que reconoció a Cristina Losvalles como asidua de la parroquia.

—El padre Contreras —continuó— desconocía de dónde partía su interés pero el Sol y Sombra les había seguido, tras visitar ustedes el Café de la Bohemia, y le puso en antecedentes.

—Ese sujeto es bueno —admitió Joaquín—. He sido incapaz de detectarle. Tendré que prestar más atención.

—El Sol y Sombra delinque desde que tiene uso de razón. Es perro viejo. Se las sabe todas.

—¿Por qué mató al sacerdote? —preguntó Soriano.

—Bellpuig le oyó pedirle dinero al padre Contreras. Se negó a dárselo y le reventó las tripas con su machete de aniquilar tiburones. Antes de asesinarle le confesó que había matado a dos personas. Por la herida del arma dedujimos que el Quisquilla era una de sus víctimas. Días después, gracias al ADN hallado en un Renault, supimos que la otra era Regina Cardoso.

—La prostituta del polígono Marconi.

—Sí. La discusión entre el Sol y Sombra y el padre Contreras, y su modus operandi nos permite descartarle como sospechoso del asesinato de Cristina Losvalles. El Sol y Sombra nunca ha empleado la estrangulación para matar a sus víctimas.

—Puede haber cambiado su manera de actuar para despistar a la policía.

—No. Ese tipo es de ideas fijas.

—¿A partir del asesinato del padre Contreras usted y Bellpuig colaboraron?

—Sí. A los dos nos unía el interés por detener al Sol y Sombra.

—Un caso complicado —dijo Joaquín.

—No voy a negarlo. Lo saben tan bien como yo.

—¿Qué hacia Bellpuig aquí?

—Descubrió que el Sol y Sombra había tomado un AVE a Sevilla.

—Unas pautas de la investigación que nunca nos confió —le reprochó Soriano, resentido.

—Había que tirar de distintos cabos —se justificó Barrientos.

—Bien hecho —alabó Joaquín—. A más líneas de investigación más posibilidades de atrapar a los asesinos.

—Mi principal problema es la falta de medios.

—Cuente con nosotros.

—Bellpuig —prosiguió Barrientos— averiguó que el decorador había comprado la credencia a Jaume Valls, un importante anticuario de Barcelona con galería propia en el paseo de Gràcia. Ayer por la noche, tras comunicarme de la Jefatura Superior de Policía de Andalucía la muerte de Bellpuig, hablé con el comisario Pere Sardà, su superior en Barcelona, y me dijo que el mosso le había pedido a un compañero de su brigada que investigara a Jaume Valls. Todo parecía en orden salvo porque un empleado de la galería manifestó que su jefe se pasaba gran parte del tiempo viajando. Al preguntarle los destinos habló de Zaragoza, Tortosa, Peñíscola y Sevilla.

—¿Jaume Valls está en Sevilla?

—Hasta donde hemos podido averiguar, sí.

—Sevilla tiene mucho turismo —bromeó Joaquín.

—Bellpuig —continuó— también averiguó que Jaume Valls contaba entre sus proveedores a Vicentito el Bizco.

—Por caminos diferentes —reflexionó Soriano— todos hemos acudido a Sevilla. Nosotros porque aquí residió Ana Adell, la madre de Cristina.

—Y Jaume Valls y el Sol y Sombra porque la credencia estaba en Sevilla.

—Así es —afirmó Joaquín—. El mueble perteneció a Ana Adell. Una vecina nos dijo que Ana vendía sus enseres para subsistir y que Vicentito el Bizco, un chamarilero del barrio de las Tres Mil Viviendas, le compró varios.

—Y un pescador y examante de Ana —remató Soriano— nos ha confiado que ella vivía obsesionada con un tesoro.

—Suponemos —incidió Barrientos— que Jaume Valls viajó a Zaragoza, Tortosa y Peñíscola por la relación de estas ciudades con el Papa Luna.

—La hipótesis del tesoro cobra fuerza —aceptó Joaquín.

—Sí. Aunque parezca increíble.

—Cuesta de creer —reflexionó Soriano— que un tesoro imaginario desencadene un reguero de muertes.

—Los tesoros obnubilan las mentes —afirmó Barrientos—. La historia está llena de gente ofuscada en perseguir un mito. Hasta mediados del siglo xx miles y miles de españoles dedicaron esfuerzos ímprobos para conseguir un ejemplar del Grimorio de san Cipriano convencidos de que poseía fórmulas mágicas para desencantar tesoros.

—España siempre ha sido tierra de hambre —afirmó Joaquín— y las fábulas sobre riquezas ocultas conciben esperanzas.

—¿Jaume Valls asesinó a Cristina? —preguntó Soriano, hierático.

—Sí —afirmó Barrientos, seguro—. Un exdelincuente reconoció haberle vendido la cinta americana que empleó para inmovilizarla y nos ayudó a trazar su retrato robot. La investigación de Bellpuig en Barcelona puso nombre y apellidos al rostro anónimo. Desde el principio sospechó del anticuario.

—El mosso merece mi respeto.

Barrientos cogió el portafolios, lo abrió y extrajo varios documentos y una fotografía de color impresa al tamaño de un folio. Retiró la tacita de café y la llave, dejó la imagen sobre la mesita y apoyó un dedo en ella.

—¿Le reconocen? —dijo.

Soriano cogió la foto y la contempló. La pasó a Joaquín y este asintió.

—Es el tipo del retrato robot —dijo—. El asesino de Cristina Losvalles.

—Correcto.

—Le vimos en Peñíscola —confesó Soriano, con un nudo en la garganta.

—¿Qué?…—exclamó Barrientos, pasmado.

—Desconocíamos quién era —se justificó—. Se paseaba por el castillo tomando medidas con un metro láser. Este hijo de puta no tendrá otra oportunidad si se cruza en mi camino.

Barrientos se llevó las manos a la cabeza y peinó de manera mecánica los cabellos hacia atrás. Suspiró y encorvó la espalda para acortar la distancia con ellos.

—Hay que encontrar al Sol y Sombra y a Jaume Valls —determinó— antes que conviertan Sevilla en la matanza de Texas.

—Una buena película de Tobe Hooper —recordó Joaquín.

—Interroguemos a Vicentito el Bizco —propuso Soriano.

—Está muerto —soltó Barrientos—. A Bellpuig le bastaron unas horas en Sevilla y una entrevista con el inspector Cortada, de la Jefatura Superior, para averiguar que el Sol y Sombra también asesinó a Vicentito el Bizco.

—Me reafirmo. El mosso d'esquadra era un excelente policía.

—Ha sido una gran pérdida —lamentó.

—El Sol y Sombra —dedujo Joaquín— intenta borrar todas las huellas. Actúa bajo presión. Eso hará que dé un paso en falso y caeremos sobre él.

—Siento tener que decirlo pero ustedes están en su lista.

—No le daremos opción —dijo Soriano.

—¿Cómo ha sabido que el Sol y Sombra mató a Bellpuig? —preguntó Joaquín, para analizar su perfil psicológico.

—Por el arma que empleó: su cuchillo de acero dotado de una cápsula de gas.

—Ese cabrón carece de escrúpulos.

—A Bellpuig le hallaron en el excusado de un bar con las tripas fuera. Los compañeros de la Jefatura Superior han averiguado que el Sol y Sombra le siguió al salir del domicilio de Loli la Fideo, la amante de Vicentito el Bizco.

—Bellpuig bajó la guardia y le cogió por sorpresa —afirmó Soriano.

—Imposible —sentenció Joaquín, rotundo.

—Así parece que sucedió —ratificó Barrientos.

—No estoy de acuerdo. El baño de un bar es un espacio demasiado pequeño para pasar desapercibido. Bellpuig le hubiese reconocido nada más entrar. A los policías se les adiestra para identificar a los sospechosos y el mosso era un buen policía como ha demostrado.

—De los mejores que he visto.

—Mi compañero tiene razón —suscribió Soriano.

—Quizá le atacó por la espalda.

—¿Dónde recibió la cuchillada? —preguntó Joaquín a Barrientos.

—En el vientre.

—Parece improbable que le abordara por la espalda. Le acuchilló de frente. Belluig tuvo que verla la cara.

—No reaccionó —insistió.

—Porque el Sol y Sombra ha cambiado su fisonomía.

—Puede… —meditó Barrientos.

—Tire la foto, capitán —dijo Joaquín, irónico—. Ya no nos sirve para nada. Ese cabrón se ha sometido a un cambio radical de imagen.

—Buena hipótesis —admitió Barrientos—. Los delincuentes modifican su aspecto para evitar ser reconocidos: se tiñen el pelo o se rapan, dejan barba o melena, usan gafas de sol y gorra, y desfiguran su silueta con capas de ropa.

—Va a ser difícil echarle el guante —presagió Soriano.

—Hay que trazar un nuevo perfil de su rostro —sentenció Joaquín.

—Acudamos a Criminalística —propuso Barrientos—. Disponen de programas para alterar las facciones: envejecerlas, cambiar el color del cabello y la barba, eliminar cicatrices y lunares, modificar el color de los ojos, de las cejas…

—Eso nos hará perder tiempo —protestó Soriano.

—O ganarlo —le contradijo Joaquín—. Todo depende.

Barrientos se levantó de su butaca, cogió la llave del vehículo, guardó la fotografía y los documentos en su portafolios, y les invitó a acompañarle a la Jefatura Superior para obtener distintos perfiles fisonómicos de Anselmo Bejarano, alias el Sol y Sombra, y el anticuario Jaume Valls.

Capítulo. 86

La noticia sobre el asesinato de Vicentito el Bizco, que había seguido atento en el televisor de su habitación, refería que vivía en las Tres Mil Viviendas. Jaume Valls se propuso averiguar el domicilio exacto, visitar a sus deudos, con la excusa de darles el pésame, y saber, mediante algún subterfugio, si conocían el origen de la credencia más allá de que perteneció a una vieja chiflada de Triana. Procuraría ser discreto. Confiaba en que Vicentito el Bizco, en algún momento, les hubiese hablado a sus familiares de él y de sus negocios y le abrieran la puerta de su casa. Un ramo de calas, una flor clásica para honrar a los finados, facilitaría sus malévolas intenciones. En su parca información el chamarilero le había confiado que el mueble perteneció a la difunta madre de Cristina Losvalles, Amapola de Triana, la única persona que podía saber algo sobre la vitela oculta en una pata de la credencia, pero la coplista murió con la boca lacrada por siete sellos, como el pergamino del Apocalipsis que Dios sostenía en su mano derecha. Mientras la estrangulaba con su fular de seda tailandesa tuvo la certidumbre de que Cristina Losvalles conocía la existencia de la vitela. Lo adivinó en el brillo de sus ojos y en la sonrisa que esbozó al expirar su último aliento. Jaume Valls lo interpretó como una manifestación divina, una señal del cielo, incluso del propio Benedicto XIII para reconocerle como único heredero de su tesoro. Con esa finalidad, después de siglos, la vitela había llegado a su poder. El tesoro solo le pertenecía a él. Era suyo, solo suyo. Jamás permitiría que nadie se lo arrebatara. El tiempo se agotaba y su única elección pasaba por reconstruir la vida de los propietarios de la credencia para conocer el origen de la misma. Tras su búsqueda infructuosa, por los puntos claves de la biografía del Papa Luna, estaba convencido de que la vitela formaba parte de un puzle más amplio, de un gran rompecabezas. Tenía que averiguarlo, reunir todas las piezas, ensamblarlas y descifrar el lugar peñiscolano de la trágica pérdida.

Como otras mañanas y tardes recorrió un mercadillo callejero de trastos viejos, un «mercado de pulgas» a imitación del barrio parisino de Montmartre, habilitado para concentrar a los ropavejeros, traperos, quincalleros y cambalacheros de Sevilla, y también a parados que vendían baratijas para completar su prestación de desempleo, e inmigrantes subsaharianos sin papeles que ofrecían su artesanía típica: tallas de madera fabricadas la semana anterior en algún taller de

Yangzhou por operarios chinos que desconocían dónde estaba África. Jaume Valls suponía que entre los vendedores alguien podría darle noticias de Vicentito el Bizco. La mayoría de los objetos que compraba el chamarilero carecían de la catalogación de «antigüedad» y supuso que los revendía a comerciantes de los mercadillos de viejo. Preguntó en varios puestos. Nadie admitió conocerle pero intuyó que le mentían. En los mercadillos circulaban productos robados y mantener la boca cerrada garantizaba la impunidad ante la Policía Municipal que patrullaba las calles, delimitadas por los tenderetes, para controlar sus licencias de venta y los productos que ofertaban.

Se acercó a un puesto regentado por una señora mayor, que vendía ropa de cama de segunda mano y exponía tres cabeceros de latón. Le preguntó por Vicente Heredia, alias Vicentito el Bizco, con la excusa de localizarle para hacer negocios, y la mujer le señaló los cabeceros. Le dijo que Vicentito se los había dejado en depósito hacía tres semanas, a cambio de cobrar una prima si lograba venderlos, y que desde entonces no le había vuelto a ver. La mujer consideraba que el chamarilero pedía un precio desorbitado por los cabeceros, estaba cansada de cargarlos y descargarlos de su furgoneta, de mercadillo en mercadillo, le había llamado varias veces, para que pasara a recogerlos, pero su teléfono permanecía mudo. Jaume Valls, para ganarse su confianza, le habló de las dificultades del negocio de la compra y venta en plena crisis, de las horas que dedicaba a su galería sin obtener beneficios y de la necesidad de comprar a bajo precio para revender barato. La mujer, aburrida y con ganas de hablar, se mostró distendida, entró en conversación, le dio la razón en sus motivos de queja y pasados unos minutos Jaume Valls se atrevió a preguntarle si conocía la dirección de Vicentito el Bizco. Argumentó que él también le había llamado en repetidas ocasiones sin obtener respuesta. La mujer asintió, abrió su bolso, de una marca falsificada que vendía un compañero del mercadillo, extrajo una agenda de tapas de cuerina ajadas por el uso y hojitas amarillentas, leyó la dirección de Vicentito el Bizco y la anotó en un trocito de papel de estraza del que usaba para envolver la ropa. Jaume Valls le dio las gracias y se alejó a buen paso. La presencia en el mercadillo de la Policía Municipal le inquietaba.

Como había oído en la televisión Vicentito el Bizco residía en las Tres Mil Viviendas, un barrio chungo, como lo definió la mujer para prevenirle. Le quitó importancia. Había viajado por medio mundo, penetrado en las favelas más sórdidas de Río de Janeiro, en los slums de Calcuta, en los townships de Ciudad de Cabo o en las «invasiones» de Lima, para conocer las condiciones de vida de su gente, y las Tres Mil Viviendas nunca podrían ser peores. Compró un ramo de calas en

la primera floristería que encontró, paró un taxi y pidió al conductor que le llevara al domicilio de Vicentito el Bizco. El taxista le observó por el retrovisor. Su pasajero, por su forma de vestir, con prendas de primeras marcas, desconocía la peligrosidad del barrio. Le advirtió sobre esta circunstancia, pero Jaume Valls insistió. El conductor intentó que reflexionara. Su cliente se mantenía firme y, tras un tira y afloja, el taxista le propuso dejarle en una calle próxima argumentando que ni los bomberos, los carteros, las ambulancias e incluso los camiones de recogida de basura entraban en las Tres Mil Viviendas sin escolta policial. Jaume Valls despreció para sí la cobardía del chofer. Ningún barrio sevillano podía ser más peligroso que las favelas del narcotráfico de Río de Janeiro.

Capítulo. 87

El taxista detuvo su coche en una amplia avenida y señaló en la lejanía un conjunto de bloques, de trazado rectilíneo, separados por un descampado colonizado por malvas, rúculas, agujas y otras especies vegetales oportunistas que formaban una barrera, una frontera imaginaria, entre la sociedad del bienestar y la marginalidad. Jaume Valls pagó la carrera y vio al taxi alejarse. Estaba en un paraje solitario, batido por ráfagas de viento que levantaban torbellinos de polvo y, al fondo, los bloques de las Tres Mil Viviendas. Nada iba a detenerle. Había matado y volvería a hacerlo si alguien se interponía en su búsqueda obsesiva del tesoro. Valía la pena correr riesgos para conseguir la mayor riqueza jamás descubierta en España. Ni siquiera los tesoros de Guarrazar, Villena, Balansiya, El Fosalé, Charilla o Jabonerías podían equiparse al suyo.

Se adentró en el descampado con el ramo de calas en la mano como un novio abandonado frente al altar. Los hierbajos tiraban de las perneras de su pantalón y los cadillos se adherían a la tela con sus espinas. Algunas zonas estaban encharcadas y sus zapatos de cordobán chapotearon en lodazales pútridos que desprendían un hedor nauseabundo. Sus pies se enredaron en los tallos leñosos de una mala hierba, perdió el equilibrio y cayó de bruces al suelo. Se levantó con un desgarro en el pantalón, las manos arañadas, las ropas manchadas de barro y el ramo de calas descompuesto. Maldijo al dios de su bautismo, arrojó las calas al viento y a trompicones y zancadas logró salir del matorral. Un grupo de gitanos, que calentaban sus cuerpos frente a una fogata y rasgaban una guitarra para arrancarle acordes flamencos, le vieron dirigirse hacia ellos. Jaume Valls les preguntó por la calle que llevaba escrita en un pedazo de papel de estraza y le señalaron la dirección a seguir entre el batir de palmas y las burlas por su aspecto de señorito al que suponían en busca de una papelina de jaco. Jaume Valls les desafió con la mirada y anduvo hasta alcanzar de nuevo el asfalto. Sobre los acordes de la guitarra se alzó una canción:

Si en el firmamento poder yo tuviera, esta noche negra lo mismo que un pozo, con un cuchillito de luna lunera, cortaba los hierros de tu calabozo.

¡Ay pena, penita, pena,

pena de mi corazón,

que me corre por mis venas, pena, con la fuerza de un ciclón!…

Jaume Valls había llegado a las Tres Mil Viviendas. A su alrededor se alzaban edificios de hormigón, de fachadas renegridas por la suciedad, ventanas tapiadas de ladrillos o enrejadas de mallazo, paredes pintadas con frases obscenas o decoradas con murales de Camarón, montañas de escombros y ratas del tamaño de un conejo campaban a sus anchas entre las gallinas que picoteaban las basuras acumuladas por todas partes. Los edificios, construidos por el Ayuntamiento de Sevilla para dar cabida a los chabolistas, estaban abandonados de la mano de Dios y de la política social. Sus inquilinos, la mayoría sin empadronar, habían dejado de abonar el alquiler, desgajado las conducciones de agua y los cables eléctricos para vender su cobre, usaban los huecos de los ascensores de vertederos y los portales de cuadras para burros, caballos o cabras. Un edificio, de ventanas y puertas cegadas, se había convertido en un almacén de drogas y cuartel de los narcos. Las calles mostraban el aspecto de un campo de batalla con sus semáforos rotos a pedradas, las señales viarias arrancadas para venderlas como chatarra, los yonquis deambulando como zombis y coches robados y destripados para liquidarlos por piezas. La mayoría de los pobladores de las Tres Mil Viviendas procedían del campo, habían trasladado su estilo de vida a los pisos y convertido el barrio en el mejor ejemplo del chabolismo vertical. El paro rondaba el ochenta por ciento, el analfabetismo el treinta y la mayor parte de los niños estaban sin escolarizar en un gueto dominado por los clanes de Los Marianos y Los Perlas que dirimían sus disputas a tiros.

Al entrar en una bocacalle cuatro jóvenes, encargados de dar el queo a los camellos que vendían su mercancía en los bajos de un bloque, le cortaron el paso. Le hicieron varias preguntas, se mofaron de su apariencia, le zarandearon e hicieron rodar en círculo y, por último, le pidieron todo el dinero que llevara encima. Jaume Valls se resistió y envalentonó. Golpeó a uno, de cara picada de acné, y los otros tres le cayeron encima como una lluvia de piedras. Jaume Valls besó el suelo y le zurraron sin orden ni concierto. A la voz de mando del cara picada dos jóvenes le alzaron, le sujetaron de los brazos, para inmovilizarle, y el tercero le atizó varios puñetazos en las costillas y la cara. Jaume Valls encajó los golpes con gallardía, sin proferir un

lamento. Sintió el calor tibio de la sangre deslizarse por sus pómulos, un zumbido le taladró el cerebro, una boira espesa le nubló la vista, las piernas dejaron de sostenerle y perdió el sentido.

Capítulo. 88

El frío que subía de la tierra le hizo recobrar el conocimiento. Jaume Valls desconocía el tiempo que había estado inconsciente. Los jóvenes le habían robado su reloj suizo, su dinero, su documentación, sus tarjetas de crédito, su cinturón de piel de vacuno, sus zapatos de cordobán e incluso sus calcetines de vicuña. Le habían desvalijado y abandonado en la linde del descampado y la avenida, en un terreno yermo que marcaba el límite entre el primer y el tercer mundo. Se incorporó. Sus costillas crujieron y un dolor le impidió respirar con la profundidad deseada. Le faltaba el aire en los pulmones y su corazón latía desbocado. En sus condiciones no podía regresar a las Tres Mil Viviendas para cumplir su objetivo. Había menospreciado el peligro que entrañaba adentrarse en un gueto sin ley ni orden, más propio de países subdesarrollados, corruptos y castigados por la miseria de la clase obrera que de una España de progreso y democracia. Tenía que volver al hotel para recomponer su aspecto y procurarse algún tipo de defensa antes de internarse de nuevo en aquella jungla de ladrillo. Dejó el descampado y anduvo por la avenida con la sensación de haber despertado de una pesadilla. La gente le miraba recelosa, debido a los churretes de sangre seca que manchaban su cara y taponaban su nariz, su ropa desaliñada y sus pies descalzos. Al pasar a su lado las mujeres se cambiaban de acera o se alejaban para evitarse problemas. Le tomaban por un yonqui, un drogadicto que en su vagabundear errático había escapado de un fumadero de heroína de los varios que acogían las Tres Mil Viviendas. Jaume Valls necesitaba adquirir vendas compresivas, para sujetarse las costillas, y un frasco de desinfectante a base de clorhexidina para curar sus heridas. De nada le serviría buscar una farmacia. Le habían robado el dinero. Debía coger un taxi y regresar al hotel. Allí le darían crédito hasta que pudiera acudir a su agencia bancaria. Intentó parar uno, alzando el brazo con esfuerzo por el dolor de tórax, y el chofer aceleró. Al igual que la gente desconfió de su aspecto por la proximidad de las Tres Mil Viviendas. Procuró detener otro taxi y en esta ocasión el conductor le hizo una peineta y le ignoró. Avanzó unos metros y se detuvo ante el escaparate de una farmacia. La dependienta le observó temerosa. De nada le serviría entrar y rogarle a la chica que le vendiera los productos que precisaba bajo la promesa de pagárselos en breve. Nunca había tenido peor aspecto en su vida. Ni siquiera podía dejarle en prenda su carné de identidad o su reloj. Un destello azul, reflejado en el cristal del aparador, llamó su atención. Un coche patrulla de la

Policía Nacional se detuvo junto a la farmacia. Jaume Valls supuso que él era el motivo. Alguien había llamado a la policía para alertar de su presencia. Los yonquis cometían atracos y los vecinos estaban escarmentados. Quiso disimular, como si la presencia de la policía le resultase ajena, y anduvo a paso ligero. El dolor del tórax dibujó una mueca de angustia en su cara. Un policía se bajó del coche patrulla, le siguió y le reclamó en voz alta para que se detuviera. Jaume Valls apretó a correr. El dolor le impedía hacerlo con la agilidad necesaria para dar esquinazo al agente, un joven en perfecta forma física que le alcanzaría sin ningún problema. Jaume Valls tenía que reaccionar, buscar una solución en milésimas de segundo, y se dejó caer sobre la acera, en posición decúbito prono, como si hubiese sufrido un desmayo. El policía se acercó a socorrerle, le dio la vuelta, para colocarle decúbito supino y, con la rapidez propia de una centella, Jaume Valls le arrebató el arma y le encañonó. El agente se quedó paralizado. Solo pretendía ayudarle, llevarle a un centro de desintoxicación, un comedor social o un albergue para personas sin hogar. Jaume Valls le intimidó y el policía se apartó y alzó las manos. Su compañero en el coche patrulla también se había apeado y Jaume Valls le gritó que permaneciera quieto o les mataría a ambos. Obedeció. Antes de abandonar la seguridad del vehículo había llamado a la central para solicitar refuerzos. No tardarían en llegar. Mientras había que entretener al yonqui y evitar que cometiera una locura. Jaume Valls miró a la redonda. No podía escapar. Su dolor de pecho aumentaba. Dejarse caer habría sido una mala solución. El policía trató de calmarle, de hacerle desistir de su conducta, pero estaba dispuesto a jugar la partida hasta el final. Le pidió al agente que se inmovilizara a sí mismo con sus grilletes y avanzara hacia él. El policía acató la orden, ajustó las esposas a sus muñecas y caminó hasta colocarse a su lado. Su compañero había desenfundado su pistola. Jaume Valls estaba acorralado. Miró a su espalda, encañonó al agente y entraron en una perfumería. Las sirenas de varios coches de policía, de ulular estridente, anunciaban la llegada de refuerzos.

Capítulo. 89

El hotel donde se hospedaban Joaquín Ayuso y Alberto Soriano y, desde hacia una hora escasa, Juan Barrientos, estaba a unos quinientos metros de la Jefatura Superior de Policía de Andalucía. Barrientos les invitó a subir en un vehículo de alta gama que pertenecía al parque móvil de la Jefatura Superior y utilizaban los agentes de narcóticos para infiltrarse en los ambientes de la jet set. Soriano se sentó en el puesto del copiloto y Joaquín en el asiento trasero. Barrientos arrancó. Soriano señaló una cámara de vídeo, camuflada en el espejo retrovisor, y le preguntó su función. Barrientos le explicó que era una práctica común instalar cámaras espía en ciertas unidades para grabar sus actuaciones y demostrar, en caso de conflicto judicial, la veracidad de los hechos ocurridos.

Juan Barrientos conectó la emisora del vehículo y rodeó el parque de los Príncipes, una franja verde dotada de un estanque y senderos animados por rosas, naranjos, jacarandas, ciruelos de Japón y tipas, creada para dotar a los barrios de Los Remedios y Triana de un espacio de ocio y naturaleza.

—Menudo cochazo se ha agenciado, inspector —bromeó Soriano.

—Nada como tener influencias.

—Tiran con pólvora del rey —bromeó Joaquín.

—Estos vehículos proceden de incautaciones y embargos. A los contribuyentes no les cuestan ni un céntimo.

—¿Coches de segunda mano?

—Sí. Hay que mimar el erario público.

La emisora lanzó un aviso urgente. Barrientos subió el volumen. Desde la central ordenaban a todas las unidades disponibles dirigirse a una avenida, próxima al Polígono Sur, a las Tres Mil Viviendas, para detener a un yonqui atrincherado en una perfumería que había tomado a un policía de rehén. Barrientos trasladó la dirección al GPS.

—Estamos cerca —dijo.

—A menos de cinco kilómetros —afirmó Soriano, a la vista del

navegador.

—Debo atender la llamada. Un compañero está en peligro.

—Vamos —dijo Joaquín.

—Saque la luz estroboscópica, capitán. Yo conecto la sirena.

Alberto Soriano atendió la petición, bajó la ventanilla y adhirió al techo la luz de emergencia de destellos azules. Barrientos apretó el acelerador. La potencia del vehículo quedó patente: en cuatro segundos la aguja del velocímetro marcó los cien kilómetros por hora. A medida que se acercaban al punto requerido se les unieron varios coches «zeta» y «ka». Llegaron al lugar, acordonado por agentes de policía uniformados. Barrientos detuvo su vehículo frente a una perfumería, al otro lado del cordón policial habilitado para establecer un perímetro de seguridad, y los tres se apearon. Barrientos preguntó a un agente, que delimitaba el área con cinta plástica y conos de tráfico, por el superior al mando y le señaló a un hombre vestido de traje y corbata que gesticulaba para dar órdenes. Acudió a su encuentro.

—Soy el inspector Barrientos —se presentó.

—Bienvenido a Sevilla —dijo—. Hablamos por teléfono, ¿recuerda?

—¿Jesús Cortada?

—Sí. Esperaba verle en otras circunstancias.

—Yo también. ¿Qué sucede?

—Un coche patrulla se ha presentado reclamado por un vecino para identificar a un yonqui. El agente Serrano se ha bajado del vehículo para ofrecerle su ayuda, el tipo le ha desarmado y tomado de rehén.

—Si padece el síndrome de abstinencia puede cometer una barbaridad.

—Todavía no hemos establecido contacto con él.

—¿Saben quién es? —dijo Joaquín.

El inspector Cortada le miró desconcertado.

—Disculpe —dijo Barrientos—. Con las prisas he olvidado las presentaciones de rigor. Alberto Soriano y Joaquín Ayuso, exmiembros

de la Legión.

Jesús Cortada les estrechó la mano.

—¿Qué hacen aquí? —le preguntó a Barrientos.

—Colaboran conmigo en el esclarecimiento de varios asesinatos.

—Muy bien. Sean bienvenidos. Toda ayuda es poca.

—¿Quién es el yonqui?

—Intentamos identificarle.

El teléfono móvil del inspector Cortada sonó.

—Sí —dijo autoritario, escuchó y colgó—. Ya puedo responder a su pregunta.

—¿Quién es? —insistió Barrientos.

—Jaume Valls, en busca y captura por el asesinato de una tal Cristina Losvalles. Lo reclaman de la comisaría del distrito de San Blas de Madrid.

—¡Joder!

Alberto Soriano sintió que una ola de calor le invadía el cuerpo. El momento que anhelaba desde hacía días había llegado. Aquel tipo, al que tomaban por un yonqui, había asesinado a sangre fría a Cristina. Su amada Cristina. Tragó saliva. Un pinchazo le recorrió el estómago y temió ser presa de los espasmos nerviosos. Respiró hondo, para relajar la tensión, y permaneció a la expectativa. El retortijón desapareció.

—Jaume Valls no es ningún drogadicto —dijo Barrientos.

—Supusimos que lo era por su aspecto desarrapado —argumentó Cortada—. Viste de forma andrajosa, tiene heridas en la cara y andaba descalzo.

—Algo le ha sucedido. Su apariencia suele ser otra. Dirige una importante galería de antigüedades en Barcelona.

Un agente de policía se acercó al corrillo que habían formado los cuatro, le cuchicheó al inspector Cortada unas palabras al oído y se retiró.

—Varios testigos —dijo— afirman haberle visto salir de las Tres Mil Viviendas.

—Explíquese, por favor —le pidió Barrientos.

—Un gueto muy peligroso. Un nido de vendedores de droga.

—Jaume Valls no consume. Habrá ido por otros motivos.

—Para localizar a Vicentito el Bizco —dedujo Joaquín.

—Tiene sentido —admitió Barrientos.

—Vicente Heredia está muerto —afirmó Cortada, desconcertado.

—Jaume Valls buscaba información sobre un supuesto tesoro.

—¿De qué hablan?

—Déjelo, inspector. Es una larga historia —zanjó Barrientos el asunto.

En el interior de la perfumería sonaron dos disparos. Los policías que formaban el cordón de seguridad se parapetaron tras los vehículos. Jaume Valls reclamó a gritos que alguien se acercara. El dolor del pecho le torturaba y desconocía el tiempo que podría mantenerse en pie. Una tos, cada vez más persistente, le acentuaba el dolor a cada convulsión. La paliza le había causado un edema pulmonar. Tenía que llevar la iniciativa, mantener el control de la situación. Solo así sus planes se cumplirían.

Jesús Cortada mandó a un agente a dialogar con el prófugo. El policía, manos en alto y desarmado, se acercó a la puerta del local. Escuchó las reivindicaciones del secuestrador y regresó a la línea de seguridad.

—¿Qué condiciones pone para soltar al agente Serrano? —le inquirió Cortada, agitado por el estado de nervios que pasaba.

—Un maletín con un millón de euros, un coche blindado para trasladarse al aeropuerto y un avión privado con combustible suficiente para llegar a Gambia.

—Ese gilipollas ha visto demasiadas películas.

—¿Por qué a Gambia? —dijo Joaquín.

—No tiene tratado de extradición con España —adujó Barrientos.

—¿Cómo está Serrano? —le preguntó Cortada a su compañero.

—El secuestrador se ha parapetado detrás del mostrador y le mantiene tumbado en el suelo, boca abajo y las manos esposadas. Creo que está bien pero asustado.

—Deben sacar a su hombre de ahí —dijo Joaquín, autoritario— antes de que le meta una bala en la cabeza.

—¿Le cree capaz?

—No es un yonqui, pero está fuera de control. Si quiere rescatar a su compañero vivo debe tomar una decisión.

—El Geo y un equipo negociador están de camino.

—No hay tiempo que perder.

—Debemos esperar.

Alberto Soriano desenfundó su arma.

—Yo voy —dijo, y tiró de la corredera para introducir una bala en la recámara.

—¿Qué hace? —gritó Cortada, perplejo.

—Solucionar el problema.

—¡No puede entrar! ¿Se ha vuelto loco?

—Siempre lo he estado.

—Espere, capitán —le pidió Joaquín.

—¡Convénzales de que desistan! —gritó Cortada fuera de sí a Barrientos—. ¡Están bajo su responsabilidad!

—El capitán Soriano se ha enfrentado a trances peores y siempre ha salido airoso —argumentó Barrientos, consciente de que intentar impedírselo empeoraría las cosas.

—Déjeme su móvil, inspector Barrientos —le pidió Joaquín.

Le entregó su teléfono sin rechistar. Joaquín buscó en la agenda el número del capitán Soriano y mantuvo el icono en la pantalla.

—Capitán —dijo—. Si tiene que tomar una «decisión» espere a que suene su móvil. ¿Entendido?

—Sí.

Joaquín le guiñó un ojo.

—Suerte.

—Gracias.

Alberto Soriano comprobó que su teléfono estuviese activo y lo guardó en un bolsillo del pantalón. Los inspectores Cortada y Barrientos se miraron extrañados, sin comprender la maniobra planeada por los dos exlegionarios. Soriano empuñó su arma, a la altura de la cara, y anduvo hacia la puerta de la perfumería. Dentro sonó un disparo, los vidrios de un aparador saltaron en mil pedazos y una voz le conminó a detenerse. Hizo caso omiso y avanzó hasta alcanzar el umbral de la puerta. Frente a sí, de pie tras el mostrador, Jaume Valls, el hombre que había torturado y matado a Cristina, encañonaba en el suelo al agente Serrano que observaba la escena aterrorizado. Jaume Valls le apuntaba a la cabeza y sabía manejar el arma. Lo había demostrado. Soriano apretó la pistola en su puño. A una distancia de poco menos de diez metros estaba seguro de hacer blanco, de meterle una bala entre los ojos. Cada semana, con un grupo de amigos exoficiales del Ejército, se reunía en un campo de tiro próximo a Madrid para hacer prácticas. Estaba en forma, pero si fallaba, Jaume Valls le mataría primero a él y después al policía.

—¿Cómo te encuentras?, hijo —le pregunto Soriano al agente.

—Solo pienso en mi madre, señor.

—Tranquilo. Todo saldrá bien. Pronto podrás abrazarla.

—Confío en su palabra.

—¡Silencio! —gritó Jaume Valls—. ¿Quién coño eres? ¿El mediador?

—Tu pesadilla.

—Si das un paso más le vuelo la cabeza a tu compañero.

—Hazlo y no saldrás vivo.

—Él tampoco y su muerte pesará en tu conciencia.

—No tengo conciencia. La perdí hace años.

—¡Acceded a mis peticiones o tu colega morirá! —ordenó Jaume Valls nervioso, y dibujó un gesto de dolor—. ¡En diez minutos quiero el coche blindado aquí!

—Está de camino.

—¿Y el maletín?

—Conseguir el dinero y el avión lleva un poco más de tiempo. Pero tus exigencias se cumplirán. Dejaremos el maletín en el avión. ¿Conforme?

—No juguéis conmigo o este nunca saldrá vivo.

—Eso ya lo has dicho.

—Para que te quede claro —recalcó.

—¿Mataste a Cristina Losvalles? —soltó Soriano, y ejerció una leve presión sobre el gatillo de su arma.

—¿Qué importa eso ahora?

—Mucho.

—¡Sí! ¡Yo la maté! —gritó para liberar su culpa y aliviar su dolor de tórax—. La muy zorra no respondió ninguna de mis preguntas. ¡Calló como una puta! Esa coplista no merecía la gloria de descubrir un tesoro.

—Cometiste el mayor error de tu vida.

—¿Y a ti qué mierda te importa? ¿La conocías?

—La amaba.

—Entonces me odiarás.

—Si quisiera odiar a alguien solo tendría que mirarme al espejo.

—Eres su puto novio —recordó Jaume Valls—. Te vi en el Café de la Bohemia. Por tu culpa tuve que cambiar mis planes. ¡Jódete! ¡Jodeos todos! ¡El tesoro será mío o de nadie!

—Suelta al chico y hablamos.

—¡Que te follen, cabrón!

Joaquín observaba la escena con unos prismáticos facilitados por un policía. El grupo de agentes del Geo había tomado posiciones y desplegado a sus francotiradores. El negociador, también a través de un binóculo, se hacía cruces de la imagen que presenciaba. La actuación del legionario rompía todos los esquemas de los manuales de actuación en casos de toma de rehenes. Nunca debía encañonarse a un secuestrador como medida de intimidación. Bien al contrario. Había que enfrentarse a él desarmado, para inspirarle confianza, y procurar relajarle, que viera en el negociador a un amigo, una solución a sus problemas. Nunca una amenaza. Los nervios podían provocar que el secuestrador disparara su arma de manera involuntaria. Iba a producirse una carnicería.

Joaquín esperaba el momento preciso para llamar al móvil del capitán Soriano. La melodía del teléfono desviaría la mirada de Jaume Valls del rehén, al buscar de modo instintivo el origen del soniquete, y el capitán dispondría de un segundo o dos para liberarle. Joaquín vio a Jaume Valls hablar alterado aunque sin oír sus palabras. No podía esperar más. Pulsó el icono. Desde su posición oyó lejana la llamada del móvil, el tono de El novio de la muerte. Jaume Valls bajó la vista, desconcertado por la musiquilla, y el capitán Soriano efectuó un disparo. El asesino de Cristina Losvalles retrocedió de espaldas, impulsado por el impacto del proyectil, chocó contra un expositor y su cuerpo quedó tendido entre un amasijo de vidrios y frascos de perfume rotos. Una agradable fragancia inundó el local. Soriano se acercó al cadáver. Su disparo le había acertado de lleno en el entrecejo y reventado la cabeza. Una muerte rápida. Enfundó la pistola, ayudó a levantarse al agente Serrano y los dos salieron de la perfumería. Un policía liberó a su compañero de las esposas. El agente Serrano abrazó a su salvador y se desató a llorar. La tensión acumulada había quebrado su entereza.

Varios policías precintaron la entrada de la perfumería, para preservar la escena hasta que llegaran el juez, para el levantamiento del cadáver, y los especialistas de criminalística para las pruebas forenses. El jefe del Geo se acercó a Soriano.

—Tengo que detenerte, compañero —le dijo—. Te has pasado de la raya.

El geo le cogió del brazo.

—Suéltame —protestó y se liberó de una sacudida—. No soy policía

sino militar.

—¿Militar?

—Capitán de la Legión —dijo Joaquín.

—Ha actuado en legítima defensa —intercedió Barrientos.

—¡¿Alguien puede explicarme qué ocurre?! —gritó el geo, desconcertado.

El inspector Cortada metió baza.

—El secuestrador estaba dispuesto a ejecutar al agente Serrano, si no cumplíamos sus exigencias, y el capitán Soriano lo ha impedido.

—Su actuación ha estado fuera de toda lógica, plagada de irregularidades. A nuestro mediador casi le da un infarto.

—Sabe tan bien como yo —dijo Cortada— que los requisitos del secuestrador eran imposibles de cumplir. Había que actuar.

—Sí —admitió— pero de otra manera.

—Si hubiesen llegado antes podría haberse evitado —le echó Joaquín en cara.

—Su intervención ha puesto en peligro a un policía.

—Ya lo estaba —soltó Soriano, indiferente.

—Puedo asegurarle —habló Joaquín— que nuestro éxito estaba garantizado.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Acaso han hecho un curso de psicología del comportamiento?

—Los psicólogos no negocian —aclaró Barrientos—. Solo asesoran a los mediadores.

—Una treta parecida —expuso Joaquín— la pusimos en práctica en el Sáhara. Una noche soldados marroquíes tomaron de rehén a un compañero legionario de un puesto de observación avanzado. Como requisito para liberarle pedían que las tropas españolas retrocedieran varios kilómetros de su línea de defensa en Bu Craa para apoderarse sin resistencia de la empresa Fos Bucraa.

—¿Estuvieron en el Sáhara durante la Marcha Verde? —preguntó el geo.

—Sí —terció Barrientos—. Solo por eso merecerían su respeto.

—El capitán Soriano se negó a cumplir la petición —prosiguió Joaquín —. Proclamó que regresábamos todos o ninguno y caminó hacia el puesto enemigo enarbolando un naranjero. Le seguí agazapado entre las dunas y al entablar diálogo con los moros efectué varios disparos de distracción. El capitán Soriano aprovechó la confusión para ametrallarles y liberar al legionario cautivo.

—Admirable —dijo el geo, sincero.

—Ha disparado en legítima defensa.

—Todos los policías son testigos —le presionó Barrientos.

El jefe del Grupo Especial de Operaciones miró al inspector Cortada y se encogió de hombros.

—¿Y usted qué opina? —le preguntó.

—Ha resuelto el problema y nuestro agente está sano y salvo. Para mí vale.

—Porta un arma —dijo.

—Tiene licencia. Es un exoficial.

El geo se encogió de hombros otra vez, rendido.

—Está bien —se desentendió—. Dejo el incidente a su criterio, inspector Cortada. Usted sabrá qué decisión tomar.

El geo ordenó a sus hombres replegarse y retirarse del lugar. Se montaron en sus vehículos todoterreno y desaparecieron en dirección a su cuartel.

—El capitán ha actuado en legítima defensa —insistió Joaquín.

—La cámara de mi vehículo ha registrado la escena —dijo Barrientos —. Acabo de comprobarlo.

—De acuerdo —soltó Cortada, cansado—. Legítima defensa. Así lo haré constar en mi informe. No obstante —dijo y señaló a Soriano—, tendrá que presentarse ante el juez para ratificar mi declaración.

—Lo haré encantado —resolvió.

Barrientos y Cortada se alejaron para conversar y acordar los términos del informe policial. Un forense inspeccionó el cuerpo de Jaume Valls, los policías de criminalística midieron la distancia de la puerta de la perfumería al mostrador, y calcularon el ángulo que siguió el proyectil que acabó con la vida del secuestrador, recogieron varios casquillos de bala y tomaron las huellas al cadáver, mientras la jueza, encargada del levantamiento, tomaba declaración a varios policías, entre ellos al agente Serrano.

Los destellos de varios flases deslumbraron a Soriano. Un grupo de periodistas, al levantar el cordón policial, se había acercado para hacerle preguntas. Una marabunta humana, cargada de cámaras de fotos, de vídeo y micrófonos, les rodeó. El secuestro de un policía, un tiroteo, la intervención de un exmilitar, como se rumoreaba, atraía la curiosidad de los medios de comunicación sevillanos. Joaquín y Soriano mantuvieron sus bocas cerradas. Jamás habían hablado en público de sus operaciones en el Sáhara y pensaban seguir la misma política de mutismo. Una garantía para evitarse problemas. Barrientos regresó junto a ellos, escoltado por dos policías uniformados que alejaron a los periodistas.

—Nos vamos —dijo—. Aquí hemos terminado.

—Cuando quiera —dijo Soriano, cegado por el destello de un flas.

Capítulo. 90

Para Joaquín Ayuso la hora del desayuno estaba entre las más placenteras del día. El hotel disponía de un bufé bien surtido y le gustaba tomarse un café con leche acompañado de bollería, aunque echaba de menos las perrunillas, las roscas de anís o las magdalenas que Ángela amasaba paciente y cocía con esmero en su horno de leña. Se levantaba temprano, para poder elegir mesa en el salón, evitar tener que guardar cola en el bufé y desayunar tranquilo, en silencio, para ordenar sus ideas. Se sirvió las viandas y se acomodó en una mesa, junto a una ventana abierta al parque de los Príncipes. Antes de marcharse de Sevilla daría un paseo por sus jardines. El recepcionista le había sugerido que recorriera el sendero botánico. Una colección de plantas y árboles autóctonos y de especies llegadas de lejanos países. Le haría caso. Tras días en tensión había dormido a pierna suelta. Saber al asesino de Cristina Losvalles fuera de circulación le había relajado. Su palabra de legionario, empeñada con el capitán Soriano, había expirado. Su trabajo en Sevilla también había concluido. Por suerte, todo se había resuelto de manera favorable. Solo una duda le rondaba la cabeza. Saber si su amigo había actuado por altruismo para salvar al agente Serrano o para vengar la muerte de Cristina Losvalles. Jamás se atrevería a preguntárselo.

Alberto Soriano vio a Joaquín solitario en una mesa, le saludó desde la puerta del salón y se encaminó al bufé para prepararse el desayuno: barritas de pan con tomate, jamón ibérico, unas porciones de queso, un cuenco de fruta y una taza de café. Se sentó a la misma mesa, con la bandeja del desayuno frente a sí.

—Buenos días —dijo, y le recriminó—. No deberías comer bollería industrial. Es mala para el colesterol. La mayoría contiene aceite de palma.

—Solo son unos días. A partir de mañana vuelvo a la comida casera.

—Yo también regreso a Madrid. ¿Has hablado con Ángela?

—Sí. En cuanto le he dicho que volvía a casa se le ha pasado el enfado. Si hubiese banda de música en Guijo de Gredos la contrataría para recibirme.

Soriano sorbió un poco de café.

—¿Le has dicho que maté al asesino de Cristina? —le preguntó, serio.

—No. Solo que hubo una refriega con la policía y murió. No he querido entrar en detalles.

—Cuéntale la verdad. Te lo ruego. No tienes de qué avergonzarte.

—Lo haré —dijo, satisfecho.

Joaquín le miró a los ojos. Soriano había leído su pensamiento. A su manera le había confesado que no mató a Jaume Valls por venganza sino para evitar que asesinara a otro inocente. Se sintió orgulloso de su amigo. Era un hombre íntegro.

—Te has casado con una buena mujer —dijo Soriano—. Cuídala.

—Arreglaré algunos papeles que dejé pendientes y luego haremos una escapada a París. Se lo prometí. Será una sorpresa.

—¿Cómo puedo agradecerte que hayas estado a mi lado?

—Somos amigos. El agradecimiento se sobrentiende.

Juan Barrientos se acercó a la mesa.

—¿Permiso para sentarme? —dijo, y posó su portafolios en el suelo.

—Eso ni se pregunta —respondió Joaquín.

—¿Ha desayunado? —dijo Soriano.

—Sí. Me he levantado temprano, he ido a la jefatura, para cerrar el informe con el inspector Cortada, y después me ha llevado a un bar que preparan unas tostadas de «zurrapa» de lomo y manteca colorá que quitan el hipo.

—Nosotros nos resignamos al bufé estándar de todos los hoteles del mundo. Da igual en qué país estés. El desayuno siempre es el mismo.

—¿Dispuestos a seguir? Veo que están cogiendo fuerzas.

—Regresamos al hogar —dijo Soriano—. El asunto que nos trajo a Sevilla se ha resuelto.

—Aún no.

—El asesino de Cristina está bajo tierra.

—Nadie se lo echará en cara, capitán —dijo Barrientos—. La jueza ha archivado el expediente. Admite la legitima defensa.

—¿Entonces? —inquirió Joaquín.

—¿Se olvidan de que el Sol y Sombra todavía anda suelto?

—No es problema nuestro —se desentendió Soriano.

—Tengo que pedirles que me ayuden, por favor. Ustedes son los únicos que han seguido la línea de investigación del tesoro. No me dejen solo. Se lo suplico.

—Cuenta con la colaboración de la policía sevillana —dijo Joaquín.

—El inspector Cortada ha hecho cuanto está en su mano. No puede destinar más agentes a este caso. Tiene otros asuntos que atender.

—Piénselo bien, Barrientos —dijo Soriano—. El Sol y Sombra puede estar en cualquier lugar. ¿De qué servirá buscarle en Sevilla? Solo perderemos el tiempo.

—Está aquí. Puedo garantizárselo.

—Hable —le incitó Joaquín.

—Desde que Bellpuig puso un pie en Sevilla y sospechó que el Sol y Sombra había matado a Vicentito el Bizco, el inspector Cortada dio orden de distribuir su fotografía entre las unidades «zeta» y «ka», y reforzó la vigilancia de las estaciones de tren y autocares, del aeropuerto y de las áreas de embarque del río. Si el Sol y Sombra pretende salir de Sevilla por cualquiera de estos puntos le detendremos.

—Olvida que cambió su fisonomía. En eso estábamos cuando Jaume Valls tomó de rehén a un policía.

—El Sol y Sombra sigue en Sevilla, a la espera de su oportunidad. Lo presiento.

—¿Qué le hace pensar eso? —dijo Soriano.

—Vino a Sevilla por el mismo motivo que Jaume Valls. Para seguir la pista del tesoro. El inspector Cortada sospecha que los sucesos de los últimos días le mantienen oculto hasta que el ambiente se calme.

—Puede… —musitó.

—El tesoro del Papa Luna es un bluf —afirmó Joaquín.

—Para el Sol y Sombra es tan real como su taza de café —arguyó Barrientos—. Eso hace que continúe en Sevilla. De aquí partió la credencia de la discordia.

Soriano resopló.

—Pienso que está equivocado —dijo— pero sería un ingrato si no permaneciera a su lado. Se lo debo. Yo me quedo. Cuente conmigo. Tú debes marcharte, Joaquín. Ya has cumplido.

—Si usted se queda yo también.

—Tu mujer nunca va a perdonártelo.

—Conozco a Ángela —dijo—. Está deseando que llegue a casa pero valora mis principios.

—Tú verás.

—Gracias. Trabajando con ustedes me siento respaldado. El Sol y Sombra ya ha matado a cinco personas y tenemos que impedir que aumente el número.

—El Quisquilla —sumó Soriano—, Regina Cardoso, el padre Contreras, Vicentito el Bizco y el subinspector Bellpuig. Cinco. Lleva bien la cuenta, inspector.

—Primero —dijo Joaquín— debemos trazar sus posibles perfiles físicos.

—De eso me encargo yo —se ofreció Barrientos.

—Mientras nosotros interrogaremos a Eduardo Herrera.

—Lalo el Burbuja —recordó Barrientos.

—Sí. Es nuestra última baza.

—Por cierto —dijo, sacó un periódico de su portafolios y les mostró un artículo sobre lo sucedido—. La prensa les persigue. Son famosos.

—Está mañana —lamentó Soriano— he visto a varios reporteros en la puerta del hotel.

—Ya se han ido.

—¿Cómo se habrán enterado de que estamos aquí?

—Los periodistas son como los policías. Tienen contactos en todas partes.

—Alguien de recepción o del servicio —apostilló Joaquín— se ha chivado por un billete de veinte euros. Así funciona el negocio de la prensa.

—Ya…

—Hora de irnos —dijo Soriano.

—¿Adónde van?

—A la calle José León.

—Yo les llevo. No tengo prisa.

Capítulo. 91

Tras el asesinato de Andreu Bellpuig, el Sol y Sombra se encerró en su habitáculo, en su refugio de hampones, a la espera de ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Su caracterización, que recomponía a diario con paciencia frente al espejo del cuarto de baño, le garantizaba cierta impunidad. Su imagen, de momento, le permitía pasar desapercibido. Confiado en su anonimato, logrado a base de tintes, potingues y ungüentos, decidió acercarse de nuevo al domicilio de Loli la Fideo, el único eslabón de una larga cadena que le quedaba por escudriñar. En su intento anterior Bellpuig se cruzó en su camino y abortó su voluntad. Todo eran trabas. Escarmentado de la experiencia extremó las precauciones. Recorrió la calle Feria, pasó frente al portal de Loli la Fideo, continuó hacia la plaza y la capilla de Montesión, y se alejó. No vio a ningún policía pero intuía que estaban allí, al acecho, camuflados de barrenderos o repartidores. Olía a pasma de lejos. Aunque despojados del uniforme su olor les impregnaba el cuerpo. Un olor acre que había grabado en su pituitaria, como los cerdos el aroma de las trufas. Dos jóvenes, vestidos de prendas de sport de primeras marcas y sentados frente a la cristalera del bar del Cucaracha, desencajaban entre el resto de parroquianos: jubilados tomando un carajillo y disputando una partida de cartas o dominó. Los jóvenes estaban fuera de lugar y ambiente. Eran policías de paisano que vigilaban de forma discreta el portal de Loli la Fideo. El Sol y Sombra tomó la decisión de regresar a su guarida clandestina. Esperaría a que la policía, acuciada por otros asuntos, levantara el cerco establecido en torno al domicilio de la amante de Vicentito el Bizco. Su única preocupación era el dinero que gastaba, pese a restringir los dispendios al máximo. Si agotaba sus fondos tendría que arriesgarse a dar un golpe. Algo fácil que solo le reportara unos cientos de euros. Pensó en una gasolinera o una farmacia. Tenía experiencia en robar a los empleados de estos establecimientos. Le resultaría sencillo. Cualquier cosa antes que abandonar Sevilla con las manos vacías.

Anduvo hacia una parada de autobús. Pasó delante de un quiosco de prensa y la portada de un periódico le obligó a detenerse. El titular rezaba: «El asesino de la coplista». Cogió un ejemplar. A la noticia, publicada por su interés en primera página, la acompañaba la fotografía de una perfumería, tomada con un potente teleobjetivo, y en su interior se adivinaba un cuerpo bajo una manta térmica

plateada. Otra fotografía panorámica, de tamaño menor, mostraba el despliegue de las fuerzas de seguridad. El Sol y Sombra reparó en los tres hombres de pie tras el cordón policial. Al tipo del medio nunca le había visto pero a los otros dos que le flanqueaban sí. Les reconoció por su indumentaria. Eran los mismos que vio salir del Café de la Bohemia y siguió hasta el polígono Marconi, a los que cortó los cables de los frenos de su moto y los que interrogaron al padre Contreras. Uno era el amante de Cristina Losvalles. El quiosquero le increpó para que devolviera el periódico a su pila. No le gustaba que los viandantes le manosearan la mercancía. Si alguien quería leer tenía que rascarse el bolsillo. Lo decía bien clarito el rótulo que colgaba del frontispicio del puesto: «Prohibido leer diarios y revistas». El Sol y Sombra le desafió con la mirada. Detestaba que la gente le alzara la voz o pidiera las cosas de mala manera. Le recordaba sus años de recluso. Sacó unas monedas, pagó el periódico, lo pinzó bajo su axila y marchó a la parada del autobús.

Llegó a su madriguera de ratas. Saludó al dueño del piso y entró en su alcoba. Cada día compartía el dormitorio con gente nueva. Saludó a un tipo, marcado por una cicatriz en el pómulo, y le devolvió el cumplido en lengua kosovar. Al Sol y Sombra le resultaba familiar el habla de los kosovares. Había compartido celda con varios y ninguno cumplía pena por delitos menores. Se acercó a su bolsa de viaje, la abrió y revisó su contenido. Todo en orden. Allí, entre asesinos, atracadores, traficantes, drogadictos y macarras, la propiedad privada se respetaba. Solo así podía mantenerse la paz. El Sol y Sombra escaló hasta su litera y se tumbó en la cama. Buscó la página que recogía el suceso de la perfumería, el artículo titulado «El asesino de la coplista», y leyó: «Jaume Valls, un prestigioso anticuario de Barcelona propietario de la galería ArtBCN, resultó ayer abatido de un disparo por un exoficial del Ejército, colaborador de la Jefatura Superior de Policía de Andalucía, en una perfumería próxima a las Tres Mil Viviendas tras secuestrar a un agente de policía cuya identidad se mantiene en secreto. El anticuario, en busca y captura por el asesinato de Cristina Losvalles, una coplista que actuaba en Madrid bajo el nombre artístico de Amapola de Triana —de niña vivió en este popular barrio sevillano del que tomó su apodo—, se enfrentó al exmilitar durante un intento de las fuerzas de seguridad por liberar al rehén. El móvil del asesinato de Cristina Losvalles se desconoce, pero fuentes cercanas a la investigación han asegurado a este medio que podría tratarse de un ajuste de cuentas por el impago de una valiosa pieza de arte. El exoficial, que liberó al agente rehén arriesgando su integridad física, se ha negado a atender a los medios…». Una tercera fotografía ilustraba el artículo y mostraba a varios periodistas frente al

hotel donde se alojaba el protagonista de la historia.

El Sol y Sombra cerró el diario y lo posó sobre el colchón. Cruzó las manos detrás de la nuca y fijó su mirada en el gotelé del techo. En esa posición, en sus años de presidio, pasaba horas y horas rumiando qué le esperaba tras su libertad. Ahora solo le obsesionaba recuperar el tesoro y largarse de España para disfrutarlo. La noticia del periódico y sus pesquisas en Barcelona indicaban que Jaume Valls poseía el pergamino oculto en la credencia. Tenía que haberlo supuesto. Un error en su búsqueda debido a las prisas y la presión a que le sometía el padre Contreras. El cura era un tacaño y avaro. Jamás imaginó que Jaume Valls poseyera el documento. La credencia había estado muy poco tiempo en su poder. Poquísimo. De algún modo el anticuario descubrió el pergamino antes de vender el mueble al decorador. Así había ocurrido. Lo tenía claro. El artículo contenía medias verdades y mentiras. Cristina Losvalles no había comprado ninguna antigüedad a Jaume Valls. Ni siquiera se conocían. Jaume Valls la mató al intentar sonsacarle información respecto al tesoro. Poseía el documento pero ignoraba las claves para descifrarlo. Cristina Losvalles sabía de la existencia del pergamino por boca de su madre. Al morir esta la coplista, espoleada porque su voz se apagaba, decidió indagar qué había de verdad en las palabras de su progenitora y contactó con el padre Contreras para que la ayudara. Si todo hubiese salido según lo previsto se habrían repartido el botín: un cuarenta y cinco por ciento para Cristina Losvalles, otro porcentaje idéntico para el padre Contreras y una décima parte para él. Respiró satisfecho. El destino le había entregado el cien por cien de la riqueza. Dios premiaba a sus devotos. Tocó el cristo de oro que pendía en su pecho. Debía analizar la coyuntura al detalle para no cometer otro error garrafal. Jaume Valls, meditó, poseía el pergamino pero resultaba evidente que no pudo interpretarlo. De lo contrario nunca hubiese viajado a Sevilla. Los dos estaban en Sevilla por el mismo fin: obtener información y avanzar en la búsqueda del tesoro. Jaume Valls, enterado de la muerte de Vicentito el Bizco, rastreó sus huellas y el destino le condujo a las Tres Mil Viviendas. Solo un imbécil se atrevería a penetrar en el barrio más peligroso de España. Salió vivo de milagro pero de poco le sirvió. Él, al que pocas cosas achantaban, jamás cometió la imprudencia de meter las narices en las Tres Mil Viviendas para buscar a Vicentito el Bizco. Prefirió esperarle en la vecindad del portal de su amante. Un espacio más seguro. Allí le había cazado dos veces. Sonrió. La muerte de Jaume Valls, de alguna forma, le beneficiaba, allanaba el camino. Solo una cosa le inquietaba: la presencia del amante de Cristina Losvalles y su amigo que, según el padre Contreras, pertenecían a la Legión. Dos tipos duros entrometidos en sus planes. Le dio mala

espina. Tenía que vigilarles. Desconocía las razones por las que estaban en Sevilla. Un pensamiento le turbó. Quizá conocían la existencia del tesoro y seguían su rastro como Jaume Valls. Tomó la firme decisión de seguirles allí donde fuesen. Si andaban tras el tesoro tarde o temprano le conducirían al lugar o a las personas que poseían las claves para recuperarlo. No podía hacer otra cosa. Vicentito el Bizco y Jaume Valls, piezas esenciales por haber poseído la credencia, estaban muertos y el domicilio de Loli la Fideo vigilado por la policía. El tesoro parecía impregnado de una maldición bíblica.

Descendió de la litera. El tipo de la cara cortada y habla kosovar roncaba en un sueño profundo. El Sol y Sombra extrajo su cuchillo de matar tiburones de la funda, abrió la bolsa de sus pertenencias, cogió un cartucho de gas y lo reemplazó en el mango. Todavía le quedaban cinco cargas. Enfundó el machete y comprobó que llevaba encima su carterita repleta de ganzúas. Cogió de la bolsa un destornillador, se lo guardó y trepó a la litera a recoger el periódico. Acudió al salón donde el dueño del piso, sentado en un sillón de piel, pasaba la mayor parte del día viendo culebrones en la televisión, concursos y programas chorras, aunque sin desprenderse ni un instante de su escopeta del calibre doce y cañones recortados. Le abonó otra noche, le enseñó la fotografía del periódico tomada en la puerta del hotel y preguntó sí reconocía el alojamiento. El hombre asintió y tendió la mano. Nada era gratis en la ilegalidad. El Sol y Sombra sacó con desgana otro billete de diez euros. El tipo, acostumbrado a tratar con maleantes, sonrió, se guardó el dinero y le dio la dirección y las instrucciones para llegar.

El Sol y Sombra salió a la calle. El parque de los Príncipes, en cuya vecindad estaba el hotel, quedaba bastante lejos. Necesitaba un vehículo para desplazarse por la ciudad y seguir con garantías a los legionarios. Callejeó por un barrio periférico. Vio un Seat Ibiza de color blanco aparcado. Le serviría para sus propósitos. La calle estaba solitaria. Solo una mujer, a lo lejos, colgaba la ropa de una colada en su tendedero. Besó a su cristo de oro. Se agachó. Desprendió las placas de la matrícula con el destornillador y las escondió bajo su chupa de cuero. El propietario tendría que comprarse unas nuevas. Siguió su plan. Buscó otro Seat Ibiza blanco y repitió la operación. Una vez lo hubo despojado de las matrículas originales las reemplazó por las del otro Seat Ibiza que ocultaba bajo su chupa. Por la matrícula nadie sospecharía que el vehículo fuese robado. Solo comprobando el número de bastidor podrían saber que era sustraído. Recorrió a pie un tramo de calle hasta encontrar la boca de una cloaca. Tiró las placas sobrantes y acudió a recoger el coche. El juego de ganzúas le permitió abrir la puerta del conductor. Hizo un empalme en los cables

eléctricos del sistema de arranque y el motor, al segundo intento, se puso en marcha. Ya disponía de un medio de transporte.

Capítulo. 92

El Sol y Sombra controlaba la puerta principal del hotel. Había estacionado su Seat Ibiza en batería, a cierta distancia, y se ocultaba tras unos contenedores de basura para pasar inadvertido. El tráfico de coches y peatones le facilitaba la vigilancia. La mayoría de los huéspedes, que entraban y salían del hotel, cargaban maletas y bolsas, y se dirigían a los autocares aparcados frente a la entrada, en una zona reservada. Turistas de vacaciones en Sevilla. Jubilados que disfrutaban de los viajes a bajo coste del Imserso. El Sol y Sombra vio aparecer en la puerta a los tres sujetos de la fotografía que ilustraba el artículo del periódico. Les siguió con vista hasta un vehículo de alta gama. Hablaron entre ellos.

Juan Barrientos, Joaquín Ayuso y Alberto Soriano subieron en el coche facilitado por la Jefatura Superior de Policía. Barrientos tecleó la dirección de Eduardo Herrera en el dispositivo GPS y arrancó. El Sol y Sombra se metió en su vehículo a toda prisa e imitó la maniobra. Les había seguido en Madrid sin que sospecharan nada y eso le tranquilizaba. Barrientos aceleró. El Sol y Sombra hizo lo propio hasta colocarse muy cerca, de manera imprudente, desafiando su buena suerte. El peligro, la adrenalina liberada, le hacía sentirse bien. Si entraban en una carretera sería incapaz de seguirles debido a la diferencia de reprís y velocidad punta de los vehículos. Esperaba que solo se movieran por el casco urbano. Joaquín se giró para observar a los automóviles que les rodeaban. Un Seat Ibiza blanco casi se salta un semáforo en rojo. Aceleró y se situó detrás de ellos. Se fijó en el conductor. Nunca le había visto. Pero la maniobra le pareció fuera de lugar, innecesaria. Memorizó la matrícula y se recostó en el asiento. El Sol y Sombra suspiró aliviado. El tipo del barragán le había mirado a la cara sin reconocerle. Su maquillaje surtía efecto.

—¿Les dejo en la misma puerta? —preguntó Barrientos.

—Un poco más lejos. Primero reconoceremos el terreno —dijo Joaquín.

—Usted siempre a la defensiva.

—Detesto las sorpresas.

—¿Me permite una pregunta indiscreta?

—No hay preguntas indiscretas sino respuestas indiscretas. Dispare.

—¿Perteneció al SIS de la provincia del Sáhara?

—Sí.

—Se nota su adiestramiento en técnicas de inteligencia.

—En el Sáhara disponíamos de pocos medios y había que acentuar el ingenio.

—En aquella época —subrayó Soriano— la tecnología brillaba por su ausencia. Todo el trabajo de información era de campo.

—Había que tragar arena —bromeó Joaquín.

—Tener chofer es una maravilla —alabó Soriano, relajado.

—No se habitúe. A la vuelta tendrán que coger un taxi o el transporte colectivo.

Barrientos penetró en el barrio de Triana. Un núcleo de casitas bajas, rodeadas de jardines, calles y aceras estrechas salpicadas de árboles, bares de tapas, grupos de amigos echando un cante, alguna que otra casa de comidas y tiendas de azulejos que ponían en valor la cerámica típica trianera. Joaquín miró la pantalla del GPS y le pidió que detuviera el coche. Estaban a doscientos metros de la casa de Eduardo Herrera, alias Lalo el Burbuja, y quería seguir a pie para controlar los alrededores. Barrientos asintió. Se bajaron del vehículo y se despidieron hasta la tarde. Quedaron en llamarse por teléfono y verse en la cafetería del hotel para ponerse al día de las pesquisas realizadas.

El Sol y Sombra, al entrar en Triana, se distanció del vehículo por precaución. Las calles angostas y el menor tráfico podían delatarle. Vio al coche detenerse y apearse a los dos legionarios que interrogaron al padre Contreras. Paró su Seat Ibiza. Buscar aparcamiento en Triana se consideraba imposible. La suerte le acompañó. Una mujer retiró su coche y pudo estacionar, aunque invadiendo parte de la acera. Desde el interior del Seat Ibiza vio alejarse a los legionarios. Se apeó, dio una carrera y volvió a tenerles a la vista.

Soriano y Joaquín recorrieron un par de calles hasta encontrar la que buscaban. Joaquín entró en una tasca, que desprendía un agradable olor a manzanilla, al vino elaborado en Sanlúcar de Barrameda, y

preguntó al camarero por la casa de Lalo el Burbuja. El hombre le miró un tanto desconcertado y señaló la vivienda de enfrente. Una casita de planta baja y paredes encaladas. Joaquín le dio las gracias y, acompañado del capitán, se plantó delante de la verja. El jardín lo decoraban un ancla, sujeta a una cadena de gruesos eslabones, y varios parterres de fanerógamas y bulbos que al despertar la primavera formaban un manto de colores. Llamaron al timbre y aguardaron. Oyeron correr los pasadores de la puerta. Un hombre de pelo cano, complexión fuerte y cara y brazos bronceados, apareció en el quicio.

—¿Sí? —dijo.

—Buscamos a Eduardo Herrera —respondió Joaquín.

—¿Son de Hacienda? —bromeó.

—Legionarios —espetó Soriano.

Lalo el Burbuja les miró de hito en hito y se acercó a la verja. Soriano le presentó su credencial y el hombre asintió.

—¿Quién les ha dado mi dirección?

—Sonia —contestó Joaquín—. De la Sección Sindical de la Autoridad Portuaria.

—Buena chica.

—Venimos —terció Soriano— de parte de Diego Castro.

—¿El conservador del Archivo de Indias?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—A usted —dijo Joaquín— le interesan los pecios y recabamos datos sobre el tesoro del Papa Luna.

—¿A mi fama de sindicalista le precede la de cazatesoros?

—Solo queremos algo de información —aclaró Soriano—. No somos buscadores.

—¿Podemos pasar? —dudó Joaquín.

—Sí, claro…, claro… —dijo, sacó una llave y abrió la cancela—. Adelante. Están en su casa.

El Sol y Sombra contempló la escena alejado, protegido por un grupo de árboles que mantenían parte de sus hojas debido a la bonanza invernal del clima sevillano. Observó a los legionarios hablar con un hombre y acceder al interior de su vivienda. Esperó a ver cerrarse la puerta y caminó en la dirección. Al llegar frente a la cancela se paró y leyó el nombre que figuraba en el buzón: «Eduardo Herrera». Hacía cinco minutos que los legionarios habían entrado y supuso que tardarían algún tiempo en salir. Dio una vuelta a la manzana para inspeccionar los alrededores y valorar las posibles vías de escape. Una mujer barría la acera. Se detuvo y le habló como si anduviese perdido.

—Buenos días, señora —dijo.

—Dios nos los dé a usted y a mí.

—Busco a Eduardo Herrera. ¿Le conoce?

—No me suena. ¿Herrera…? —meditó.

—Sí. Me han dicho que vive en una de estas calles.

—¿Eduardo…? —musitó—. ¡Ah, sí! —dijo, espoleada por un destello de la memoria—. Usted pregunta por Lalo el Burbuja, ¿no?

—Supongo.

—¿El buzo del puerto?, Lalo.

—Sí, sí… Ese mismo —dijo para sonsacarle.

—Vive en la calle paralela a esta —señaló—. En José León. No tiene pérdida. Su casa está frente a la bodega del Peinao, el prioste de la hermandad Esperanza de Triana. Lalo es más famoso en el barrio que una estrella de jolibú, pero le conocemos por su mote.

—Quede con Dios.

—Que Él le acompañe.

Regresó a José León y entró en la tasca del Peinao, al otro lado de la acera de la vivienda de Lalo el Burbuja. Un espontáneo, al son de una guitarra y las palmas de los parroquianos, cantaba una bulería. El Sol y Sombra elevó la voz y pidió al camarero una copa de manzanilla y una tapita de mojama. Pagó su importe y dejó la consumición sobre

un barril vacío, que hacía la función de mesa y le permitía controlar la casa de Lalo el Burbuja. Se sentó en un taburete y dio un sorbo de vino. Previno una espera larga. Mordió un pedazo de mojama y su sabor salado le llenó la boca de saliva. Su parca charla con la mujer le había revelado que Eduardo Herrera era buzo y eso le intranquilizó sobremanera. Sospechó que los legionarios disponían de información esencial para localizar el tesoro del Papa Luna. Por ese motivo acudían a un buzo profesional. Para recuperarlo del fondo del mar. Debió suponerlo. Uno de los legionarios, el amante de Cristina Losvalles, recibió alguna confidencia por parte de ella. Dedujo que la coplista, ante la carencia de resultados por parte de él y el padre Contreras, había confiado el secreto a su amigo. Había abierto otro frente en su larga búsqueda. Tenía que haberles matado cuando tuvo ocasión. Otro error en su expediente. Jamás aprendería. El cantaor concluyó su bulería, entre los aplausos de todos los concurrentes menos él. Terminó su manzanilla de un trago, rabioso, y pidió otra copita al camarero. Acarició el mango de su cuchillo y besó su crucifijo de oro. Nadie iba a arrebatarle el tesoro, la riqueza que pondría fin a sus desvelos.

Capítulo. 93

Alberto Soriano y Joaquín Ayuso accedieron al interior de la vivienda de Lalo el Burbuja a través de un corto pasillo de paredes pintadas, que simulaban un fondo marino de peces con su denominación latina escrita debajo de cada dibujo. Soriano manifestó su curiosidad por conocer el nombre vernáculo de los peces del mural y Lalo el Burbuja le explicó que eran especies piscícolas del Guadalquivir: percas americanas, carpas, barbos, bogas, lubinas, lisas, anguilas, alburnos y carpines. Lalo el Burbuja abrió una puerta, dotada de un ojo de buey, y les condujo a un salón, abierto al jardín, calentado por una salamandra que consumía astillas de encina y decorado con lámparas y muebles de viejos barcos pesqueros. Las paredes mostraban una colección de cartas marinas antiguas, de diferentes partes del litoral mediterráneo. Una vitrina, proyectada en ángulo, ocupaba un rincón y exhibía un traje de buzo, de escafandra de cuatro ventanillas, válvula regulable para el aire bombeado de la superficie, cuerpo de lona impermeabilizada con caucho y botas de plomo. Junto a una puerta, que permitía el paso a otras dependencias, destacaba un ánfora romana que servía de jarrón a un manojo de espadañas secas. Lalo el Burbuja les comentó que el traje de buzo de la vitrina lo compró en una subasta en Londres. Era un traje similar al usado por William Baker, entre 1906 y 1912, para consolidar los cimientos de la catedral de Winchester y evitar su colapso. Baker colocó veinticinco mil sacos de cemento, ciento quince mil bloques de hormigón y novecientos mil ladrillos, en inmersiones de seis horas diarias en total oscuridad, para salvar un templo único del gótico rectilíneo o perpendicular. Los buzos profesionales consideraban a William Baker un héroe, un ejemplo a seguir.

Lalo el Burbuja les invitó a tomar asiento en tres cómodas butacas de piloto que en otra época estuvieron en la cabina de mando de algún buque de gran tonelaje. El buzo había hecho de su profesión su forma de vida. La totalidad de los objetos de su casa recordaban su vocación por los fondos marinos cuyos peligros conocía a la perfección.

—¿Un orujo? —les ofreció.

—Venga —aceptó Soriano.

Joaquín asintió.

—Me lo envía un amigo de Galicia. Lo destila del bagazo de sus uvas albariño. Pruébenlo y ya me dirán.

Se levantó y a poco regresó al salón con una botella de orujo, que guardaba en la nevera, y tres vasitos que extrajo del congelador. Sirvió el aguardiente y propuso un brindis por la gente del mar.

—¡A su salud! —dijo Soriano, y alzó el vasito.

Los tres bebieron para completar el brindis.

—Un orujo exquisito.

—Me aficioné a beberlo en Galicia —declaró Lalo el Burbuja.

—¿Ha buceado en Galicia? —le preguntó Joaquín.

—Sí. Cinco años.

—Allí el mar casi siempre está bravo. ¿Cómo se le ocurrió elegir esta profesión?

—Cumplí el servicio militar en la Marina —expuso—, la vida del mar me gustó y al terminar ingresé como guardiamarina en la Escuela de Oficiales de Marín.

—En Pontevedra —apostilló Soriano.

—Iba para oficial de la Marina de Guerra —siguió— pero un compañero me propuso pasarme al buceo profesional. Me dijo que se ganaba bastante dinero y me convenció al mostrarme sus nóminas.

—Las profesiones de riesgo están bien pagadas —afirmó Joaquín.

—Menos la nuestra —protestó Soriano—. Nos jugamos la vida en el Sáhara por cuatro perras sudadas con sangre.

—Era joven —continuó Lalo el Burbuja— y el peligro me resultó indiferente. En ese momento solo vi hojas de salarios de seis cifras.

—El tintino del dinero siempre ha sido un excelente argumento.

—Obtuve el título de Buceador Profesional de Gran Profundidad y me especialicé en inshore y offshore.

—El inglés se me escapa. En mis años de escuela aprendí francés.

—Buceo en aguas costeras y a más de doce millas del litoral —aclaró —. La especialidad offshore se requiere para trabajar en las plataformas petrolíferas.

—Interesante —bromeó Soriano— para quien se ha pasado media vida en el Sáhara sin ver una gota de agua salvo en la cantimplora.

—Tras graduarme como buzo —continuó— trabajé cinco años en el puerto de Vigo. Luego recibí una oferta y me integré en el equipo de reparaciones subacuáticas de las plataformas petrolíferas de Tarragona. Estuve un tiempo en Cataluña pero mi tierra natal me llamaba a gritos. Regresé a Sevilla y me dieron trabajo en el puerto.

—¿Ganó tanta pasta como pensaba?

—Muchísima más —dijo, orgulloso—. Durante mi primer año en Galicia ahorré para comprarme esta casita en Triana, el barrio más marinero de Sevilla, y puedo garantizarles que me costó cara.

—¿En un año de curro?

—Sí. En España solo hay en activo unos seiscientos buzos profesionales titulados y por trabajos peligrosos se cobran unos mil quinientos euros diarios.

—Fiuuu… —silbó Soriano—. Erramos el tiro, Joaquín. Deberíamos haber hecho la mili en la Marina y pasarnos al buceo.

—Y su profesión le llevó a interesarse por los tesoros —dedujo Joaquín.

—Sí. En Vigo trabajé con un colega que por hobby rastreaba pecios. Me habló del tesoro de Rande, que había buscado en la ría de Vigo y las islas Cíes, y me contagió su afición.

—¿Un tesoro perdido?

—Para unos sí y para otros no —dijo—. En este campo la historia y la leyenda se funden en infinidad de ocasiones.

—Un dilema.

—En 1702 —les explicó— se libró en la ría de Vigo la batalla de Rande, entre una escuadra española y francesa y otra inglesa y holandesa, que terminó con el naufragio de diecinueve galeones españoles de la flota de Indias cargados de plata.

—Un buen botín.

—Julio Verne, en Veinte mil leguas de viaje submarino, cifra en boca del capitán Nemo el valor del tesoro en quinientos millones, aunque no especifica en qué moneda.

—Se supone que hablaba de francos franceses.

—Sí, parece evidente.

—Nuestro Gobierno debería rescatarlo —adujo Soriano.

—Según varios documentos —razonó— antes de la batalla los vigueses descargaron el flete de los galeones y la plata marchó en carros tirados por bueyes hacia las arcas del Estado en Madrid. Según las crónicas llegaron trescientas carretas pese a que algunas desaparecieron en Ribadavia.

—No obstante, su amigo buscó el tesoro.

—Sí. Algunos legajos relatan que una parte todavía yace en el fondo del mar.

—La duda excita la imaginación —sentenció Soriano.

—En Rande —concluyó— las naves españolas y francesas fueron hundidas. Excepto el galeón Maracaibo, el mayor de su época. Una parte de su flete permaneció a bordo y días después el Maracaibo, remolcado por el navío de guerra británico Monmouth, puso rumbo a Inglaterra y ambos naufragaron frente al islote Agoreira. Desde entonces se especula sobre el valor del flete del Maracaibo, cuyo pecio todavía resta perdido y que mi amigo buscaba sin descanso. Los ingleses valoraron su carga en un millón de libras.

—¿Aún se descubren tesoros?

—Depende de qué consideremos como tales.

—Lingotes de oro y plata, monedas, alhajas…

—Son poco frecuentes. Además la búsqueda ilegal está penada por la ley. Recuerden el tesoro de la fragata Nuestra Señora de las Mercedes expoliado de la bahía de Cádiz por la empresa Odyssey.

—¿Ha descubierto alguna pieza interesante?

—He realizado varias inmersiones para estudios universitarios de

arqueología. Esa ánfora romana junto a la puerta —la señaló— procede del golfo de Roses.

—¿Y el tesoro del Papa Luna? —inquirió Joaquín.

—Se trata de una fábula sin ninguna base histórica. Una simple leyenda.

—Somos neófitos en la materia.

—¿No saben nada sobre el tesoro de Benedicto XIII?

—Solo que han muerto cinco personas por su culpa —dijo Soriano.

—¿Me toman el pelo?

—Nada más lejos de nuestra intención —habló Joaquín—. Por eso estamos aquí. Para intentar dilucidar algunos interrogantes con su ayuda.

—¿Colaboran con la policía?

—Digámoslo así.

—Un momento… —dijo Lalo el Burbuja, y recordó—. Ayer un exoficial de Ejército liberó a un rehén que un anticuario mantenía secuestrado. ¿Han tenido algo que ver?

—Sí —admitió Soriano—. El exoficial soy yo. El anticuario perseguía el tesoro del Papa Luna.

—¡Por las barbas de Neptuno! Lo leí en el periódico.

Lalo el Burbuja sirvió otra ronda de orujo.

—¿Qué quieren saber? —dijo, y dio un trago de aguardiente.

—Si como ha dicho el tesoro de Benedicto XIII es una quimera, ¿por qué la gente lo persigue? —incidió Joaquín.

—Confunden el deseo y la realidad. Sueñan con la riqueza fácil pero descubrir un tesoro es más difícil que acertar la lotería.

—¡La fiebre del oro! —apostilló Soriano—. Una enfermedad que han sufrido los humanos de todos los tiempos.

—¿En qué consiste el supuesto tesoro del Papa Luna? —siguió

Joaquín.

—Según la tradición —dijo— Benedicto XIII, al intentar huir de Peñíscola, dejó caer al mar un cofre con el anillo papal, diamantes, perlas y un documento protegido en una cánula de oro macizo.

—No está mal —opinó Soriano.

—Salvo que solo es una fábula creada en torno a la figura del Papa Luna.

Lalo el Burbuja bebió de forma compulsiva el orujo. Se sirvió otro chupito y guardó silencio a la espera de más preguntas. Joaquín le miró a los ojos. Llevaba un rato estudiando su conducta. Por su trabajo le suponía un hombre de nervios de acero, pero se mostraba inquieto y decidió presionarle para provocar su reacción. Lalo respondía con tecnicismos y datos históricos a su interrogatorio para disuadirles de seguir con las preguntas sobre el tesoro. En ningún instante les había hablado de Ana Adell y ambos vivían cerca. Algo sospechoso considerando que ella guardaba un hipotético documento relacionado con el tesoro de Benedicto XIII y Lalo el Burbuja había indagado sobre el mismo. Joaquín sorbió un poco de orujo, paladeó su buqué, y decidió entrar de lleno en materia.

—Ha repetido un par de veces que el tesoro del Papa Luna es una fábula.

—Sí. Con absoluta certeza.

—Entonces, ¿por qué lo investigó? Según Diego Castro acudió al Archivo de Indias en busca de información.

—Pura curiosidad —respondió, nervioso.

—Miente —soltó Joaquín, con frialdad en sus palabras, sin inmutarse.

A Lalo el Burbuja el vasito de orujo le tembló entre los dedos. Lo posó sobre la mesa. Su cara esbozó un rictus de desasosiego y se levantó.

—Les ruego que se marchen —dijo—. No pienso aguantar sus impertinencias.

Joaquín y Soriano permanecieron sentados, impasibles.

—Piénselo bien antes de responder —le interpeló Joaquín—. ¿De verdad desea que nos vayamos?

—Sí. La reunión ha terminado. Les he abierto la puerta porque me han parecido personas serias. Pero me han insultado en mi propia casa.

El comportamiento de Joaquín había sido medido, calculado al milímetro para llevar a Lalo el Burbuja al límite. Los manuales sobre técnicas de interrogatorio del SIS afirmaban que la presión psicológica resultaba más eficaz que el castigo físico.

—Como quiera —dijo—. En media hora la policía se presentara para interrogarle y puedo asegurarle que sus métodos son más expeditivos que los nuestros. Hasta quizá le acusen de encubrir alguno de los asesinatos que el maldito tesoro ha desencadenado. Allá usted.

—He bregado con la pasma en huelgas y manifestaciones, y nunca les he tenido miedo.

—Cinco muertes —dijo Soriano— deberían preocuparle.

Se levantaron, apuraron de un sorbo el orujo de sus vasitos y se encaminaron a la puerta. Lalo el Burbuja reflexionó sobre las palabras de Joaquín. En sus años de sindicalista, de militante anticapitalista y antisistema, la policía le había detenido en varias ocasiones. Nunca habían podido acusarle de nada grave salvo de algún desorden público, la rotura de escaparates o la quema de contenedores de basura. Delitos que se resolvían pagando una multa que corría de cuenta del sindicato. Ahora la policía se presentaría en su casa para interrogarle sobre cinco asesinatos. Una cosa seria, muy seria. La voz de Lalo el Burbuja sonó grave.

—Esperen…, esperen… —dijo, nervioso—. Les contaré cuanto sé.

Joaquín y Soriano recuperaron la comodidad de sus butacas de piloto. Lalo el Burbuja les ofreció otra ronda de orujo, pero la rechazaron con un gesto.

—Comience —dijo Joaquín.

—Desconocía la existencia del tesoro del Papa Luna —arrancó, con voz apagada— hasta que una vecina del barrio…

—Ana Adell —terció Soriano.

—¿Saben de quién hablo?

—Un poco.

—No hemos llamado a su puerta de pura casualidad —dijo Joaquín, para meterle presión.

—¿Qué relación mantenía con Ana Adell? —le demandó Soriano.

—Fuimos amantes dos años —se sinceró—, aunque de manera muy discreta. Ana tenía una hija, Cristina, y no deseaba ser la comidilla del barrio. Una mala reputación la precedía.

—Ella ejerció la prostitución al regresar de Argentina.

—Están bien informados.

Lalo el Burbuja comprendió que de nada le serviría mentir.

—Siga —le instó Joaquín.

—Le propuse matrimonio, para evitar las habladurías, pero Ana se negó y nuestra relación poco a poco se apagó, aunque conservamos la amistad. Hace unos meses ella murió.

—¿Cómo supo del tesoro?

—Una noche Ana me confesó que guardaba un pergamino que podía hacernos ricos.

—¿Era cierto?

—Sí —admitió—, aunque al principio pensé que bromeaba. Ana se levantó de la cama, volteó un mueble que había traído de Argentina, desenroscó el remate de una pata y extrajo de su interior una vitela.

—Los muebles antiguos tenían «secretos» —recordó Soriano—. Los carpinteros y ebanistas los tallaban para esconder cosas. Mis padres dormían en una cama dotada de un «secreto».

—¿Qué contenía la vitela? —dijo Joaquín.

—Un escrito medio borrado y restos de un escudo papal.

—¿Interpretó su contenido?

—No —lamentó—. La piel absorbe mal la tinta y el texto, redactado en latín, estaba muy deteriorado.

—Pese a ello decidió investigar.

—Sí porque Ana me juró y perjuró que el pergamino señalaba el lugar de la pérdida del tesoro del Papa Luna.

—¿Estaba en lo cierto?

—¡Ni de broma! —espetó—. Ese tesoro es una mentira. ¡Nunca existió! Se lo he repetido hasta la saciedad. Tomé una fotografía de la vitela e hice algunas averiguaciones. Nada más. Por eso acudí al Archivo de Indias. Diego Castro me convenció de no perder el tiempo en semejante patraña. Aun así le dediqué unas cuantas horas y nunca hallé un solo documento de fiar que hablara del tesoro de Benedicto XIII.

—¿Conserva la fotografía?

—Creo que sí.

—¿Le importaría mostrárnosla?

—En absoluto.

Lalo el Burbuja se levantó de su butaca, abrió varios cajones de un mueble que decoraba el salón, una antigua mesa de cartas náuticas que formó parte del cuarto de derrota de un buque mercante, y rebuscó entre numerosos papeles hasta que halló una fotografía. Se acomodó en su asiento y les mostró una imagen en blanco y negro, amarillenta por los años transcurridos, e impresa en papel mate de formato dieciocho por veinticuatro. Joaquín la cogió y, forzando la vista, leyó algunas palabras sueltas en latín: Aurum, Pontifex, «Ego inse…». La fotografía mostraba el trazo desfigurado de una tiara.

—¿Comprobó su antigüedad? —dijo Soriano.

—No merecía la pena. Los análisis de carbono catorce cuestan una pasta y, como les he dicho, ningún documento serio testifica la autenticidad del tesoro. Hubiese tirado el dinero a la basura.

—Sin embargo —terció Joaquín—, Ana estaba convencida de su existencia y de la antigüedad del documento.

—Convencidísima —afirmó—. Creía más en el tesoro de su vitela que en Dios.

—¿Tendría algún motivo? —adujo Soriano.

—¿Dónde arrancaba su cabezonería? —inquirió Joaquín.

—Si conocen la vida de Ana, como supongo, sabrán que su marido la maltrataba.

—Estamos al corriente.

—Ana —dijo—, harta de las palizas de su marido, un día se armó de valor, cogió a su hija y se marchó a la Argentina.

—Una decisión acertada —subrayó Soriano—. En su época la sociedad toleraba el maltrato a las mujeres.

—Ella —continuó— nunca tuvo acceso a las cuentas corrientes de su cónyuge ni a sus depósitos bancarios. Reunió un poco de dinero, sisado de los gastos generales de la casa, y compró los pasajes a Argentina. Se llevó unas joyas que le regaló su madre, para sobrevivir los primeros meses, y la vitela que su marido guardaba en una caja fuerte.

—¿Ana conocía la combinación? —se extrañó Joaquín.

—No. Su marido la tenía marginada. Ana en su casa era un cero a la izquierda. Pero averiguó que su marido escondía los números de la clave en una hojita adherida bajo una cajón de su escritorio. De tonta no tenía un pelo.

—¿Le confió cómo obtuvo su esposo la vitela?

—Sí. Dos años de relación dan para mucho. A su confidencia sumé mis propias indagaciones al respecto.

—Felipe Losvalles —soltó Soriano— era un fascista de cuidado.

—Un tipo despreciable —convino— hasta el extremo que pensé en ir a Peñíscola y partirle la cara.

—Tuvo su castigo —dijo Joaquín—. Murió arruinado, sin nadie a su lado y el total desprecio de sus vecinos.

—Ana —siguió— me confesó que su marido había robado el pergamino durante el saqueo de una finca de la Pobla de Benifassà.

—Ese hijo de puta —maldijo Soriano— dio matarile a unos cuantos demócratas.

—La propiedad pertenecía a un oficial de máquinas de la Marina Republicana enrolado en el crucero Libertad.

—Ese barco, al declararse la Segunda República, se llamaba Príncipe Alfonso y llevó al rey al exilio. En su viaje de regresó navegó con el nombre Libertad.

—¿Recuerda cómo se llamaba el oficial?

—No —dijo, sincero—. Han pasado demasiados años desde que Ana me relató lo sucedido y mi cabeza ha perdido facultades. Al terminar la guerra el oficial regresó a su casa, permaneció escondido algún tiempo en cabañas de pastores y cuevas del Maestrazgo hasta que le detuvieron y aplicaron la «ley de fugas». Saquearon y quemaron su casa y su finca, y dejaron a su mujer y a sus hijos en la puta calle.

—Ya sabemos —dijo Soriano, mirando a Joaquín— a qué se refería Mercedes cuando dijo que Ana se marchó con ciertos documentos.

—Por eso Felipe Losvalles —cabeceó Joaquín— contrató a unos detectives para que le siguieran la pista. Ella, en su huida a la Argentina, se llevó la vitela.

—Su marido —continuó Lalo el Burbuja—, según me reveló Ana, tenía la completa certidumbre de que el pergamino albergaba la ubicación del tesoro.

—Parece raro —reflexionó Joaquín— que Felipe Losvalles hablara a su esposa del origen del documento. Como bien ha dicho ella pintaba bastante poco en su casa.

—Tiene una explicación —arguyó—. Felipe Losvalles le confió el secreto de la vitela para encandilarla cuando todavía eran novios.

—Suele ocurrir —lamentó Soriano—. Los machistas pasan de los halagos a las palizas.

—Las vejaciones comenzaron la misma noche de bodas

—afirmó Lalo el Burbuja, al recordar alguna revelación de Ana.

—¿De dónde sacaría Felipe Losvalles la estupidez del tesoro? —meditó Soriano—. Según usted nunca ha existido.

—Para eso también tengo respuesta.

—Estamos deseando oírla —le animó Joaquín.

—Felipe Losvalles —narró— pertenecía a la Falange Española, aunque supongo que eso también lo saben.

—Bien pensado.

—En 1941 —siguió— Felipe Losvalles encabezó una delegación de la Falange que viajó a Roma para entrevistarse con Mussolini y conocer de primera mano una serie de decretos raciales, promulgados por el Duce contra los judíos, que Franco quería aplicar en España a los judíos y masones.

—Franco —dijo Soriano— vivía obsesionado con el contubernio judeo-masónico. Una paranoia como cualquier otra.

—Hizo de los judíos y masones su bestia negra —apostilló Joaquín.

—La Embajada española en Roma —continuó— dio una recepción para agasajar a los falangistas capitaneados por Felipe Losvalles e invitó a varias personalidades de la alta sociedad romana, entre ellos al periodista Curzio Malaparte, fundador del diario La Conquista dello Stato y miembro del Partido Nacional Fascista, aunque más tarde se mostró crítico con Mussolini y Hitler, y tuvo que exiliarse a la isla de Lipari hasta 1938.

—La Segunda Guerra Mundial —terció Joaquín— se fraguaba y la disidencia con las doctrinas fascistas se castigaba.

—En la recepción Felipe Losvalles entabló amistad con Malaparte y le confió el hallazgo de la vitela y su posible relación con el tesoro del Papa Luna.

—¡A un periodista! —exclamó Soriano, sorprendido—. ¡Esa gente lo larga todo!

—Se lo fiaría como una fuente off the record —dedujo Joaquín.

—Supongo.

—Desconozco cómo sucedió —dijo Lalo el Burbuja—, pero Malaparte tuvo la culpa de que Felipe Losvalles creyera a ciegas en el tesoro.

—¿Por algún motivo en concreto? —incidió Joaquín.

—Sí. Malaparte le relató que el buzo italiano Alberto Gianni, un reputado buscador de tesoros, en 1916, a bordo del Artiglio, un vapor de la compañía genovesa Sorima, rastreó de forma clandestina los fondos marinos de Peñíscola para encontrar el cofre de Benedicto XIII.

—La piedra de toque del misterio —resopló Soriano.

—Alberto Gianni se lanzó a la búsqueda del tesoro del Papa Luna al estimar su valor en cincuenta millones de pesetas. Un pastón en 1916.

—Más de quinientos millones de euros en la actualidad —calculó Soriano.

—¿Felipe Losvalles se creyó las palabras de Malaparte? —insistió Joaquín.

—Sí —afirmó, tajante—. Al regresar a España Felipe Losvalles hizo sus propias indagaciones sobre Alberto Gianni y supo que había muerto once años antes, en 1930, mientras rastreaba en Brest el pecio del Egypt cuyo flete, según la Lloyds de Londres, constaba de cinco toneladas de oro y diez de plata valoradas en un millón de libras esterlinas de la época.

—¿Cómo murió Gianni? —dijo Joaquín—. Siento curiosidad.

—La búsqueda del Egypt —expuso— se suspendió debido a una tormenta y Gianni y el Artiglio se trasladaron al noroeste de Francia para despiezar el buque americano Florence, hundido en 1917 mientras transportaba explosivos, debido al peligro que entrañaba para la navegación.

—Un trabajo muy arriesgado —afirmó Soriano.

—En las labores de demolición los técnicos cometieron el error de suponer que el agua y los años transcurridos desde el naufragio habían desactivado los explosivos. Pero se equivocaron y el barco estalló provocando por simpatía la explosión de la santabárbara del Artiglio que fondeaba cerca. En el accidente fallecieron diez miembros de su tripulación, entre ellos Gianni, y el Artiglio se hundió.

—Que un buscador de tesoros profesional —dedujo Soriano— rastreara el cofre del Papa Luna para Felipe Losvalles fue una razón suficiente para dar credibilidad a la vitela.

—Alberto Gianni —especificó—, al igual que William Baker, figura en la historia del buceo entre los mejores. Sus hazañas le dieron fama. Sin olvidar que Gianni empleó por primera vez un soplete de oxiacetileno bajo el agua.

—¿Hay algo más que debamos saber? —dijo Joaquín.

—Por mi parte no. Les he contado cuanto averigüé al respecto. Sin mentiras ni falsedades.

—Se lo agradecemos.

—¿Va a venir la policía?

—No. Su colaboración nos ha sido de ayuda.

—Nunca pensé que tuviera que recordar algo que ocurrió hace tantos años.

—El pasado nunca desaparece —sentenció Soriano.

Se levantaron. Lalo el Burbuja les acompañó a la puerta y despidió. Suspiró al verse liberado de la tensión que había vivido. Regresó al salón, se acomodó en su butaca de piloto, se sirvió otro vasito de orujo hasta el borde y lo bebió de un sorbo. El aguardiente hizo gala de su nombre y le quemó el garganchón en su recorrido hacia el estómago.

Capítulo. 94

La taberna del Peinao concentraba a los amantes trianeros de los vinos andaluces que, frente a sus copitas de jerez, manzanilla, palo cortado, fino o pedro ximénez, y tapas de quisquillas, tortillitas de camarones, lomo de caña, mojama y jamón ibérico, arrancaban a cantar fandangos o bulerías a la menor ocasión. El Sol y Sombra observó al corro de parroquianos que rodeaban a un guitarrista y tocaban palmas sordas, secas y redoblás al son de sus acordes. El Peinao, el dueño del bar y prioste de la hermandad Esperanza de Triana, inició el canto de una saeta y el ambiente de la taberna recordó al Sol y Sombra sus estancias de otros tiempos en Sevilla durante la Semana Santa. Nunca había hecho una promesa, el juramento de cumplir una pena si el Señor le concedía una gracia. Había llegado la hora. Besó su crucifijo de oro, pidió a su Cristo que le guiara hasta el tesoro del Papa Luna y prometió solemne, si cumplía su merced, salir en procesión con la hermandad del Cristo del Buen Fin, vestido de nazareno, tocado de capirote para ocultar su rostro, los pies apremiados de cadenas y una pesada cruz de madera sobre los hombros.

El Sol y Sombra vio abrirse la puerta de la vivienda de Lalo el Burbuja y salir a los dos legionarios. Dio la espalda a la cristalera, para evitar que pudieran verle, y se encaminó a la barra para disimular. Joaquín Ayuso y Alberto Soriano dirigieron sus miradas a la taberna, atraídos por la saeta lastimera que escapaba hacia la calle. Los andaluces sabían vivir. Eran almas alegres y solemnes. Desde la penumbra del interior del local el Sol y Sombra les observó conversar parados frente a la verja. Estaban tan cerca que si supiese leer los labios sabría de qué hablaban.

—El Sol y Sombra —dijo Joaquín—, como Alberto Gianni y Felipe Losvalles, está empeñado en descubrir algo inexistente.

—Le ha atacado la fiebre del oro —diagnosticó Soriano, convencido—. Una fiebre que ciega los sentidos, anula la razón e incita a cometer las mayores barbaridades.

—¿Cómo asesinar a cinco personas?

—Matará a las que considere necesarias para lograr su objetivo. Ese tipo está desequilibrado. Ha perdido la noción de la realidad. Vive en un mundo paralelo.

—Cuesta creerlo.

—La historia de la psiquiatría está llena de casos —reflexionó—. Sin ir más lejos a los españoles que conquistaron América el oro les volvió locos y cometieron numerosas atrocidades.

—No puede negarse —admitió—. El viaje de los marañones de Lope de Aguirre en busca del Dorado es un buen ejemplo. La película Aguirre la cólera de Dios refleja bien la mente de los conquistadores.

—En el cine me picaba el cuerpo solo de verles caminar bajo un sol de justicia con sus armaduras.

—Tenemos que detener al Sol y Sombra, capitán.

—Solo hace falta saber de qué manera. Nos lleva ganada la partida.

—Confiemos en Barrientos. Un estudio de sus posibles fisonomías nos ayudará.

—Un consejo de amigo, Joaquín.

—Diga.

—Si nos enfrentamos a él cara a cara no dudes en desenfundar tu arma.

—Le haré caso.

Joaquín observó a su alrededor. Vio un par de coches de color blanco aparcados y decidió inspeccionarlos. Recorrieron la calle para comprobar el modelo y la matrícula de los vehículos.

—¿Qué buscamos? —le preguntó Soriano.

—Un Seat Ibiza blanco.

—¿Y eso?

—Por si las moscas —dijo, receloso—. Un Ibiza blanco hizo una maniobra extraña al salir del hotel hacia acá.

—Algún pirado al volante.

—Lo más seguro —admitió—. No he vuelto a verle. ¿Tiene hambre?

—Va siendo hora de meter algo en el estómago.

—Almorcemos. Después regresaremos al hotel para hablar con Barrientos.

—Antes debo llamarle. Quedamos en eso.

—En los postres le da un toque.

Caminaron en dirección a la avenida de Coria para coger un taxi. El Sol y Sombra les vio alejarse, salió de la taberna y les siguió sin levantar sospechas. Les vio parar un taxi, subirse y desaparecer. Sonrió. Conocía el hotel donde se alojaban. Les tenía controlados y se sintió satisfecho de sí mismo. Era el mejor. Los zorros tenían envidia de su astucia. Tarde o temprano debería encararse a ellos para apartarles de la búsqueda del tesoro y el factor sorpresa jugaba a su favor. Por ahora esperaría. Miró su reloj. Haría algunas compras antes de regresar a la casa de Lalo el Burbuja.

Capítulo. 95

Juan Barrientos regresó al hotel con la satisfacción del deber cumplido. Su paso por la Jefatura Superior de Policía de Andalucía le había permitido trabajar codo a codo con los informáticos de Criminalística, expertos en reconocimiento facial y, mediante programas de PhotoFIT, reconstruir los rasgos del posible rostro del Sol y Sombra. Los fisonomistas, partiendo de las características físicas de la cara del interfecto, según las distintas fichas policiales almacenadas durante su larga carrera delictiva, habían confeccionado infinidad de modelos y seleccionado cinco posibles identidades atendiendo a un montón de criterios basados en su experiencia. Un trabajo arduo que comenzaba por envejecer la anatomía facial del delincuente hasta su edad actual, cambiarle el color del pelo y las cejas, valorar la posibilidad de que se hubiese rapado la cabeza al cero y depilado las cejas, o emplease una peluca de longitud y color indefinidos. Para ocultar su vitíligo los técnicos dedujeron que usaba maquillaje oncológico de alta densidad aplicado sobre las manchas y también para rellenar las arrugas de expresión de su frente, las mejillas y el cuello, cambiar texturas y colores, y disimular defectos. Los ojos podían alterarse mediante el uso de lentillas tintadas y los párpados superponiendo capas de diversos cosméticos. Cada parámetro introducido en el PhotoFIT implicaba cientos de variantes. Una labor compleja que los ordenadores habían facilitado a los fisonomistas en gran medida.

Joaquín Ayuso y Alberto Soriano, como habían acordado por teléfono, esperaban al inspector Barrientos en la cafetería del hotel para intercambiar la información obtenida. Le vieron aparecer portando su inseparable portafolios y saludarles alzando el brazo. Se levantaron para recibirle y advirtieron su cara de cansancio y preocupación.

—¿Problemas? —dijo Soriano.

—A kilos.

—¿Y eso? —incidió Joaquín.

Barrientos apoyó su portafolios sobre la mesa y extrajo una tableta. Abrió la pantalla y les mostró las cinco imágenes seleccionadas por los fisonomistas sobre los posibles perfiles del Sol y Sombra.

—¿Qué les parece?

—La fotografía que nos mandó difiere bastante de su nuevo aspecto.

—Por eso no logramos localizarle. Ha camuflado y ocultado su vitíligo.

—¿Han distribuido las imágenes? —habló Soriano.

—El inspector Cortada se encarga de ello.

—Si recordar una cara resulta complicado, cinco bastante más. Va a ser difícil dar con él.

—Los policías estamos habituados a retener caras —sentenció Barrientos—. En los años del terrorismo había que memorizar un montón de fotos.

—¿A cuántos etarras, grapos o frap trincaron gracias al reconocimiento facial? —inquirió Soriano.

—A muy pocos, la verdad.

—Más bien a ninguno.

—Solo si comete un error daremos con el Sol y Sombra —lamentó Joaquín.

—También trabajamos en otras líneas de investigación. Policías de paisano recorren hoteles, pensiones y pisos «patera» que alojan a inmigrantes y delincuentes, sin hacer preguntas, para intentar localizarle. Además, están apretando las tuercas a los confidentes para que hablen y vigilan el domicilio de Loli la Fideo. Alguien tiene que haberle visto y saber dónde se esconde.

—Una buena decisión.

—¿Y ustedes —dijo Barrientos— que han averiguado?

—Poca cosa —resopló Soriano.

—Eduardo Herrera, un buzo aficionado a la búsqueda de pecios —dijo Joaquín—, asegura que el tesoro del Papa Luna jamás existió. Pura leyenda que un grupo de chiflados se ha tomado en serio.

—La clave está en saber por qué le han dado veracidad —rumió Barrientos.

—Tenemos la respuesta.

—Me muero por oírla.

—El marido de Ana Adell, y padre legal de Cristina Losvalles, robó un pergamino que al parecer, porque nada ha podido demostrarse al respecto, alude a la ubicación del citado tesoro.

—Ese documento —añadió Soriano— desató una fiebre del oro. Solo cabe esta explicación para tantas muertes inútiles.

—Ana Adell —siguió Joaquín— al marcharse a la Argentina, para escapar de los malos tratos de su marido, se llevó el pergamino y lo ocultó en la pata de una credencia.

—Vicentito el Bizco adquirió el mueble a Ana Adell —continuó Barrientos—, lo revendió a Jaume Valls y así comenzó la locura.

—Correcto.

—Al mismo tiempo —completó Soriano la trama— Cristina, temiendo perder su voz y quedarse en la indigencia, confió el secreto al cura de San Ginés con la intención de que la ayudara a localizar el mueble.

—Y el padre Contreras —dedujo Barrientos, atando cabos en su cabeza—encargó al Sol y Sombra la búsqueda de la credencia.

—Punto y final —concluyó Joaquín.

—La pobre Cristina se veía incapaz de recuperar por sí sola el mueble —dijo Soriano—. Tenía que haber confiado en mí y nada de esto hubiese sucedido.

—No se atormente —intentó Barrientos librarle de la culpa que sentía —. Lo pasado no tiene vuelta atrás.

—Ana Adell guardó toda su vida el pergamino —apostilló Joaquín— convencida de que ocultaba un tesoro. Pero en sus últimos años perdió la cabeza y vendió sus muebles para subsistir. Cuando Cristina Losvalles se enteró de la muerte de su madre acudió de inmediato a Triana, buscó la credencia pero ya había desaparecido.

—La madeja se va desenredando.

—Nunca sabré —insistió Soriano— por qué Cristina no recurrió a mí en lugar de al cura.

—Seguramente —dijo Barrientos— temió que la tomara por loca y la abandonara.

—Yo jamás hubiese hecho eso. La quería.

—Quiso mantenerle al margen, protegerle. Ella tampoco daba credibilidad a la existencia del tesoro. Pasó épocas muy malas y jamás se preocupó de él. Solo al morir su madre y verse en el ocaso de su vida intentó averiguar qué había de verdad.

—Por si sonaba la flauta de casualidad.

—Lalo el Burbuja —concluyó Joaquín— investigó el tesoro porque Ana Adell le mostró la vitela. Incluso guarda una fotografía de ella. La hemos visto y nos parece un camelo.

—¿El buzo conserva una foto del documento?

—Sí.

Barrientos se acarició la barbilla. Cogió su tableta, deslizó la yema del dedo índice sobre la pantalla y situó una imagen de la vitela.

—¿El pergamino de la foto que han visto es este? —les preguntó.

—¡Idéntico! —exclamó Soriano.

—¿De dónde lo ha sacado? —inquirió Joaquín.

—El inspector Cortada y sus hombres —expuso— localizaron el hotel donde se alojaba Jaume Valls, registraron su habitación y hallaron su ordenador portátil.

—¿Contenía algo de interés? —dijo Soriano.

—Los informáticos de la Brigada de Investigación Tecnológica todavía analizan el disco duro, pero en una primera revisión hallaron esta vitela escaneada, un montón de fotos de lugares relacionados con Benedicto XIII y anotaciones, bajo cada imagen, que corresponden a cálculos de cábala en el lengua alfanumérico y críptico del Medievo.

—¿Me permite? —dijo Soriano, para solicitarle la tableta.

Se la entregó. Contempló la vitela y se la mostró a Joaquín. La imagen poseía una calidad mayor que la fotografía de Lalo el Burbuja.

—¿Los lugares que recorrió Jaume Valls están a continuación?

—Solo tiene que deslizar un dedo sobre la pantalla y aparecerán las fotografías.

Revisó las imágenes. Detuvo su índice, colocó en la pantalla una y la mostró a Joaquín. Cabeceó, en un claro gesto de afirmación, y Soriano deslizó otras fotografías en la pantalla. Quince pertenecían a la basílica del castillo de Peñíscola. El lugar donde se cruzaron con Jaume Valls sin saber quién era ni qué tramaba. Le vieron tomar medidas con un metro láser. Entonces solo atinaron a pensar que se trataba de un pirado por el esoterismo de la Orden del Temple. Debajo de las quince imágenes, como del resto, figuraban las medidas que había anotado y una serie de operaciones matemáticas misteriosas.

—¿Para qué sirven las cuentas?

—Esa misma pregunta —dijo Barrientos— les formulé a los informáticos de la BIT y suponen que son cálculos para hallar un número clave, un «número de oro», en su lenguaje técnico, que permita interpretar el contenido críptico de la vitela.

—Dando por sentado que se trata de una posibilidad remota.

—Personalmente pienso que el tesoro y la vitela no guardan ninguna relación.

—Un cabo de la investigación resuelto —dijo Joaquín.

—Jaume Valls no era ningún pardillo —meditó Soriano—. Parece raro que diera credibilidad a la vitela.

—La colaboración del comisario Pere Sardà —aclaró Barrientos—, de los Mossos d'Esquadra, ha sido determinante para cerrar la investigación sobre Jaume Valls y los motivos que le llevaron a asesinar a Cristina Losvalles.

—Los Mossos estaban en deuda con usted aunque solo fuera por respeto a la memoria del subinspector Bellpuig.

—El comisario Sardà consiguió una orden de registro para poner patas arriba la galería ArtBCN y halló el recibo del alquiler de una caja de seguridad.

—¿Pudieron localizarla? —preguntó Joaquín.

—Los Mossos solicitaron información a la Agencia Española de Administración Tributaria y les sirvieron en bandeja el número de la

caja y la oficina bancaria.

—¿Las cajas de seguridad se notifican a Hacienda? —preguntó Soriano, que desconocía el protocolo.

—Por imperativo legal. Incluso pueden ser embargadas.

—Y al registrarla hallaron la vitela —supuso Joaquín.

—Sí. Junto a un informe del laboratorio de Geocronología de Madrid que la situaba en la época del Papa Luna. El hecho de estar redactada en la época de Benedicto XIII convenció a Jaume Valls de que señalaba el lugar del tesoro.

—Nada mejor que las ganas de creer en algo —terció Soriano— para convencerse de ello.

El sosonete del móvil del inspector Barrientos interrumpió su conversación. El policía miró la pantalla, para conocer el origen de la llamada.

—Perdonen —dijo.

Abrió la comunicación. Le oyeron saludar al inspector Cortada, exclamar «¡Joder!» repetidas veces y exclamar «¡No puede ser…!, ¡No puede ser…!». La conversación se redujo a monosílabos y, a medida que avanzaba, Barrientos acentuó su cara de preocupación. Tras unos instantes pegado al móvil colgó.

—¿Algo de qué preocuparse? —dijo Soriano.

—No van a creerlo.

—¿El qué? —incidió Joaquín.

—El Sol y Sombra ha vuelto a matar.

—¿Quién es la víctima?

—Eduardo Herrera.

Capítulo. 96

La noticia sobre la muerte de Eduardo Herrera, alias Lalo el Burbuja, causó una honda impresión en Joaquín Ayuso y Alberto Soriano. Hacía solo unas horas que le habían interrogado y, pese a sus reticencias iniciales, colaboró con ellos para esclarecer la verdad sobre el tesoro del Papa Luna. Una verdad que les había permitido cerrar el círculo en torno al asesinato de Cristina Losvalles y la procedencia de la vitela que desencadenó los hechos. Juan Barrientos les pidió que le acompañaran y, al volante de su coche propiedad de la Jefatura Superior de Policía, se personaron en el domicilio de Lalo el Burbuja. La calle José León, como medida de seguridad, había sido cortada al tráfico de vehículos y peatones, y solo se permitía el acceso a pie de los vecinos que acreditaban su residencia. Barrientos estacionó su vehículo y los tres se dirigieron al cordón de seguridad. Un policía les cerró el paso. El inspector le mostró su placa y el agente retiró los conos, enlazados con cinta plástica, para permitirles la entrada. Caminaron hacia la casa de Lalo el Burbuja. Frente a la puerta había una ambulancia de la Empresa Pública de Emergencias Sanitarias, un «zeta» de la Policía Nacional, un furgón del Laboratorio de Actuaciones Especiales y un coche sin ningún distintivo que supusieron pertenecía al juez encargado de levantar el cadáver. El inspector Jesús Cortada salió a recibirles informado de su presencia, a través de un mensaje a su móvil, del agente que les había franqueado el paso.

—Buenas noches —dijo Cortada, y les tendió la mano para saludarles.

—Le agradecería un sinopsis de lo sucedido —solicitó Barrientos, sin preámbulos.

—Su vecina ha venido a entregarle un paquete que recogió a un mensajero. Al parecer el joven llamó varias veces al timbre de Eduardo Herrera y nadie le abrió.

—¿A qué hora?

—Sobre las seis de esta tarde.

Barrientos interrogó con la mirada a Joaquín y Soriano.

—Dejamos su casa hacia la una y media o dos menos cuarto —calculó

Joaquín.

—¡¿Conocían a Eduardo Herrera?! —exclamó Cortada.

—Sí —dijo Soriano—. Le solicitamos información sobre un supuesto tesoro.

—Eduardo Herrera trabajó de buzo y por afición investigaba la historia de los pecios y sus fletes —aclaró Joaquín.

—Eso explica el contenido del paquete —reflexionó Cortada—. Una colección de cinco tomos sobre la historia comercial marítima de España con el Nuevo Mundo.

—A Lalo el Burbuja —remató Soriano— le pirraban las historias del mar.

—Es la segunda ocasión que me hablan de un tesoro. ¿Pueden explicarse?

Barrientos asintió. Su compañero merecía conocer toda la verdad. Se lo debía. Carraspeó para aclararse la garganta y desgranó los hechos ocurridos desde el principio. Al concluir, el inspector Cortada se llevó las manos a la cabeza, abrió surcos con los dedos en sus cabellos y cabeceó en un claro gesto de desconcierto. La situación le parecía surrealista. Seis muertes a causa de un delirio, de una leyenda urbana menos creíble que la de «la niña de la curva».

—Siga con la narración de los hechos, por favor —le pidió Barrientos.

—La vecina —retomó Cortada el hilo— llamó al timbre y Eduardo Herrera no le abrió. La mujer supuso que estaba en casa porque vio luz en el cuarto de baño desde su cocina.

—Pudo salir y dejársela encendida sin darse cuenta —propuso Joaquín, como alternativa.

—Eduardo Herrera —continuó— tenía horarios muy precisos, casi matemáticos, y sobre las siete y media su vecina hizo otro intento de entregarle el paquete. Tampoco abrió la puerta y la mujer sospechó que algo raro pasaba. Le pidió a su marido que echara un vistazo. El hombre saltó la verja por la parte trasera del jardín de Eduardo Herrera que linda con el suyo. Levantó un poco la persiana del cuarto de baño y vio un cuerpo flotando en la bañera.

—Menudo susto —dijo Barrientos.

—Hemos tenido que llamar a una ambulancia para atenderle porque estaba muy nervioso. Al borde de un ataque de ansiedad.

—¿Podemos echar un vistazo?

—Por mí sin problema. Pero les advierto que el panorama revuelve las tripas.

—Estamos hechos a todo —soltó Soriano.

Jesús Cortada les guio hasta el baño, un cuarto amplio, de paredes y suelo revestidos de placas de cerámica, equipado de sanitarios de estilo moderno, una pila a juego, una ducha de obra y una bañera de hidromasaje en la que flotaba decúbito prono Lalo el Burbuja en agua sanguinolenta. Los agentes de Criminalística tomaban muestras de diversas partes del cadáver, de los sanitarios, los grifos y las paredes bajo la atenta mirada de la mujer que dirigía las actuaciones de sus compañeros.

—Les presento —dijo el inspector Cortada— a la doctora Irene Molina. Nuestra forense de guardia.

—Encantados —la saludaron al unísono los tres.

—¿Cómo le han matado? —le preguntó Barrientos.

La forense les invitó a acercarse hasta el cuerpo de Lalo el Burbuja.

—Un primer análisis —dijo— permite establecer que el agresor le paralizó rociándole los ojos con capsaicina.

—Gas pimienta.

—Sí —ratificó la doctora Molina—. Se venden espráis de gas pimienta como defensa personal. No dejan secuelas en la vista pero causan una ceguera repentina y dificultad respiratoria. Los efectos duran entre media hora y tres cuartos.

—El Sol y Sombra empleó el mismo sistema que en Barcelona para inmovilizar a un decorador.

—¿Un método personal?

—Sí. Le cegó con gas pimienta y golpeó la carótida para dejarle inconsciente. El Sol y Sombra tiene nociones de lucha libre.

Un agente de policía, del Laboratorio Especial de Actuaciones, vestido

con un mono blanco, mascarilla y guantes, solicitó permiso a la doctora Molina para extraer el cuerpo de Lalo el Burbuja de la bañera e introducirlo en una bolsa para cadáveres. La doctora le hizo algunas preguntas y, ante sus respuestas, dio su consentimiento para retirar al fallecido previa consulta al juez que supervisaba el procedimiento. Dos agentes sacaron el cuerpo ensangrentado de Lalo el Burbuja y lo depositaron en una bolsa de vinilo. Barrientos lo contempló sin inmutarse, al igual que Joaquín y Soriano, para sorpresa del inspector Cortada que sintió la náusea de una arcada subirle desde el estómago a la garganta. Lalo el Burbuja tenía los pies atados con bridas de jardinería, las manos también sujetas a la espalda con bridas, la cara hinchada, los ojos abotargados, debido a la capsaicina, y su vientre mostraba un agujero con el paquete intestinal colgando. Un agente cortó las bridas y el cuerpo, rígido, se mantuvo en la misma posición que flotaba en la bañera. El rigor mortis lo había convertido en una estatua.

—El Sol y Sombra se ensañó con Lalo el Burbuja —dedujo Joaquín.

—¿Alguna hipótesis sobre las circunstancias que rodearon su muerte? —le retó la doctora Molina.

—Le roció con el aerosol de gas para inmovilizarle —dijo—, le golpeó para dejarle inconsciente, le ató de pies y manos, y le colocó en la bañera en posición decúbito prono.

—¿Por qué boca abajo?

—Para someterle a ahogamientos simulados al recobrar la conciencia y arrancarle información.

—Le felicitó. Su deducción ha sido acertada.

—¿Lo dudaba? —sonrió Joaquín.

—¿Pertenece a homicidios?

—No. Soy un exlegionario formado en el SIS.

—De los mejores, doctora —remató Soriano.

—Vaya…

—El arma empleada tampoco deja duda sobre la autoría del Sol y Sombra —añadió Barrientos.

—Así es —ratificó la forense—. El chamarilero Vicente Heredia y el subinspector Andreu Bellpuig presentaban el mismo patrón en cuanto a sus heridas.

—Usa un cuchillo de matar tiburones que libera una descarga de gas. En Madrid también ha dejado un rastro de cadáveres.

—Pediré los informes a la capital para comparar las lesiones —dijo la forense.

La doctora Molina hizo un ademán y los agentes que habían retirado el cuerpo de Lalo el Burbuja de la bañera cerraron la cremallera de la bolsa, lo cargaron en una camilla y lo trasladaron al exterior. Un furgón mortuorio esperaba, estacionado frente a la puerta, para transportar el cadáver al Instituto Anatómico Forense.

—Le mataron entre las dos y las seis —calculó Soriano.

—La temperatura del hígado —precisó la doctora Molina— señala hacia las cuatro de la tarde. Pero la hora es solo orientativa hasta que realicemos otras mediciones. El agua fría de la bañera puede haber alterado el resultado.

—Eduardo Herrera —apostilló Joaquín— vestía igual que esta mañana. Supongo que estuvo todo el día en casa.

—Caballeros —dijo Cortada— si no les importa me gustaría abandonar este lugar. Estoy a punto de echar la papa.

—¿Puedo hacer una comprobación? —solicitó Joaquín.

Jesús Cortada miró a Irene Molina para solicitar su autorización. En el escenario de un crimen nada podía tocarse sin su aprobación. La forense dio permiso a Joaquín y le entregó unos guantes de látex para evitar que contaminara el espacio con sus huellas o ADN. Se los ajustó a los dedos y se dirigió al salón. Abrió los cajones de la mesa de cartas náuticas, el antiguo mueble que formó parte del cuarto de derrota de un buque, y comprobó que había desaparecido la fotografía de la vitela que guardaba Lalo el Burbuja. Suspiró y quitó los guantes.

—¿Qué busca? —dijo la forense.

—Nada importante.

Los cuatro se despidieron de la doctora Irene Molina y salieron a la calle. El aire fresco reconfortó al inspector Cortada que respiró

profundo y se limpió el sudor de la frente con un pañuelo. El furgón del depósito forense ya había abandonado la puerta.

—Discúlpenme —dijo Cortada—. Voy a reunirme con mis hombres y a dar la orden de levantar el cordón policial. Aquí ya hemos terminado.

—Vaya tranquilo. Le esperaremos.

El inspector Cortada se dirigió a los policías encargados de cortar el tráfico para que retiraran los conos y cintas plásticas, y abrieran la calle a la circulación de vehículos y peatones. Los vecinos, agolpados en ambos extremos de la vía, se disolvieron poco a poco. El espectáculo había terminado. Un agente, que formaba parte del cordón de seguridad, se acercó al inspector Barrientos.

—Señor —dijo— una vecina pregunta por la persona al mando.

—¿Qué desea?

—Asegura que tiene información.

—Yo la atenderé. El inspector Cortada está ocupado. Permítale aproximarse.

—A sus órdenes, inspector.

El policía habló con la mujer, que se mantenía alejada de la puerta de la vivienda de Lalo el Burbuja, y le señaló el corrillo formado por el inspector Barrientos, Joaquín y Soriano. La vecina, un tanto desgarbada y vestida con ropa de estar por casa, caminó hacia ellos.

—Buenas noches —dijo.

—¿Qué se le ofrece, señora? —la atendió Barrientos.

—Esta mañana un tipo muy raro me ha preguntado por Eduardo Herrera.

—Era un hombre popular en el barrio —terció Joaquín—. ¿Qué tiene de extraño?

—Que nadie le llamaba por su nombre —argumentó— sino por el apodo de Lalo el Burbuja.

—Sería forastero—supuso Soriano.

—Nunca le había visto —siguió—. El hombre, muy malcarado por

cierto, parecía desconcertado. Desconocía el apodo de Eduardo Herrera y tampoco sabía que era buzo profesional. En Triana a Lalo le conoce todo el mundo. Ha sido un sindicalista muy activo y formó parte de la Asociación de Vecinos. Gracias a él hemos conseguido mejoras en el barrio. Como los árboles que hay plantados en las calles que buena sombra dan en verano.

—¿Ha dicho malcarado? —inquirió Barrientos.

—Sí. Su cara parecía artificial. De pepona.

—Espere un momento, por favor.

Barrientos caminó hacia su coche, cogió su tableta del portafolios y regresó junto a la mujer. Colocó en la pantalla las imágenes de los cinco perfiles elaborados por los fisonomistas sobre las posibles identidades del Sol y Sombra, y se los mostró. La vecina señaló una imagen sin dudar.

—Era parecido a este —dijo.

—Gracias, señora.

—De no hablar con ustedes esta noche no duermo.

—Ha hecho bien. Se lo agradecemos.

Barrientos miró a Joaquín y Soriano. A las pruebas forenses sobre la autoría del asesinato por parte del Sol y Sombra se unía la declaración de una testigo.

—Hay que interrogar a los vecinos —dijo Soriano—. Pueden aportar alguna pista.

—Dejen que se encargue Cortada. Estamos en su terreno. Mejor no cabrearle.

Joaquín vio a un grupo de gente arremolinada en la puerta de la taberna al otro lado de la acera. Le pidió prestada la tableta a Barrientos y se dirigió hacia ellos. Al verle acercarse supusieron que se trataba de un policía.

—Buenas —dijo Joaquín.

—A las buenas noches —respondieron.

—Me gustaría hacerles unas preguntas.

—Para servirle —respondió una voz.

—¿Alguien ha visto a este hombre?

Joaquín les mostró las imágenes de la tableta y los parroquianos cabecearon en un gesto de negación. Habían acudido a la taberna solo para fisgonear, reclamados por la presencia policial y los rumores que comenzaban a circular por el barrio.

—Pregúntele al Peinao —dijo uno—, el dueño del bar, pasa aquí todo el día.

Joaquín entró en la tasca y se dirigió a la barra. Un hombre de pelo castaño, lacio, engominado y peinado hacia atrás secaba unos catavinos con un trapo.

—¿El dueño? —le inquirió.

—Sí señor. El Peinao para lo que usted mande.

—Me gustaría enseñarle unas fotografías para ver si reconoce a alguien.

—¿Al tipo que ha matao al Burbuja?

—Sí.

—Venga.

Le mostró los cinco perfiles del Sol y Sombra y el Peinao señaló la misma cara que minutos antes había reconocido una vecina.

—¿Está seguro?

—Completamente —dijo—. Se pasó parte de la mañana sentado ahí, en ese barril de bodega convertido en mesa, mirando por la cristalera. Me dio mala espina.

—¿Por qué?

—Estábamos de fiesta, cantando con un grupo de amigos, y el hombre se mostró indiferente. La mayoría de la gente, sean turistas o trianeros, se anima y une al cotarro. Pero ese tipo parecía de hierro, imperturbable. A última hora de la tarde le vi de nuevo merodear por el barrio al volante de un Seat Ibiza.

—¿De color blanco?

—Sí.

—¿Se fijó en la matrícula?

—No.

—Gracias.

Joaquín regresó junto a Soriano y Barrientos, que hablaban con el inspector Cortada. La normalidad había regresado a la calle y la mayor parte de las unidades de la policía se habían retirado. Joaquín le devolvió la tableta a Barrientos.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó.

—Le tenemos.

—¿Qué…? —espetó Cortada.

—Ordene —le dijo Joaquín— localizar un Seat Ibiza blanco, matrícula 52…

—¿El coche del que sospechabas esta mañana? —dijo Soriano.

—El mismo.

—¿Nos seguía? —incidió Barrientos.

—Tenía mis dudas —admitió—. Le vi hacer una maniobra extraña y me llamó la atención. Me fijé en el conductor pero la distancia me impidió reconocerle.

—Al abandonar la casa de Lalo el Burbuja —añadió Soriano— rastreamos el vehículo por precaución pero el Sol y Sombra es listo y supongo que lo aparcó lejos para no levantar sospechas.

—Con el modelo del vehículo y la matrícula le cazaremos —remató Barrientos.

—Voy a transmitir una alerta general —dijo Cortada.

Jesús Cortada realizó varias llamadas de teléfono, mandó distribuir la matrícula y las características del vehículo a todas las patrullas de la Policía Nacional y Municipal de Sevilla y, por último, se puso en comunicación con el comisario jefe para solicitarle permiso y desplegar controles en los puentes y salidas de la ciudad para evitar que el Sol y Sombra pudiera abandonar la capital.

Capítulo. 97

El Sol y Sombra permanecía en el interior de su vehículo, aparcado en un lugar solitario, cerca del Charco de la Pava y de la orilla del Guadalquivir. Había abandonado la casa de Lalo el Burbuja satisfecho. Le había asesinado para cerrarle la boca pero por primera vez sus pesquisas le habían conducido al éxito. Tras interrogar al buzo casi una hora, amenazándole con su cuchillo de matar tiburones y sometiéndole a ahogamientos constantes para quebrar su voluntad, le había arrancado que guardaba una fotografía de la vitela, el pergamino que había rastreado por medio país. Nadie podía imaginar la alegría que sintió al acariciar la fotografía. Sus ojos se llenaron de lágrimas de emoción. Su búsqueda tenaz, sin descanso, que había dejado un reguero de sangre, había dado sus frutos. Al fin la riqueza estaba a su alcance. La sangre derramada había merecido la pena. Solo tenía que recuperar el tesoro y desaparecer para vivir con el lujo de los grandes próceres de las finanzas, lejos de las privaciones que habían sido una constante en su vida. Lalo el Burbuja se mostró duro de pelar. Pese a su buena forma física el Sol y Sombra hubiese perdido en un cuerpo a cuerpo con él. Su fortaleza y peso le sobrepasaban. Le redujo gracias a rociarle por sorpresa la cara con gas pimienta y noquearle de un golpe certero en la carótida. Una artimaña que nunca le había fallado a lo largo de los años. La aprendió de un matón al servicio de un cártel de narcotraficantes colombianos. En los años de presidio que compartieron le enseñó a perfeccionar la técnica hasta lograr una ejecución eficaz.

Dentro del Seat Ibiza, a la tenue luz del techo que alumbraba mortecina, el Sol y Sombra observaba la imagen amarillenta de la fotografía tomada en blanco y negro. Lalo el Burbuja intentó convencerle de la inutilidad de buscar el tesoro del Papa Luna. Le juró mil veces, por la Virgen del Carmen, patrona de los pescadores y de la Armada, que se trataba de un bulo, de una leyenda medieval sin pies ni cabeza. Supuso que le mentía, que solo pretendía que abandonara su horizonte, algo impensable. Había llegado demasiado lejos para dejarse engañar. El tesoro existía. De lo contrario el padre Contreras, un hombre cabal y sabio, jamás hubiese invertido un céntimo en su búsqueda. Una prueba tan irrefutable como la palabra del Señor. Cada vez que le hundía la cabeza en el agua de la bañera le llevaba al punto de ahogo para demostrarle que iba en serio. El buzo aguantaba con garra. Estaba hecho a las apneas pero sus pulmones tenían un límite.

La sensación de ahogo o asfixia estaba entre las peores torturas. Le hundió la cabeza en el agua una y otra vez, y Lalo el Burbuja, exhausto, confesó que guardaba una fotografía de la vitela, que el tesoro existía y yacía en el fondo del mar de Peñíscola, y que el pergamino señalaba el lugar exacto donde se encontraba. Mintió con la esperanza lejana de que su torturador, un loco de remate, al escuchar las cosas que anhelaba le librara de la muerte. Se equivocó. Apenas le reveló el fingido secreto el Sol y Sombra le agarró del pelo, le tiró el cuello hacia atrás, le clavó en el bajo vientre su machete y liberó una descarga de gas. No estaba dispuesto a dejar testigos.

Para su desesperación, por más que miraba y remiraba la imagen de la vitela, solo adivinaba la figura extraña de algo parecido a un escudo y palabras sueltas en latín incapaz de leer y menos de traducir. Nunca pisó una escuela y eso le acomplejaba. Sabía leer y escribir gracias a los cursos carcelarios de alfabetización. Dejó la fotografía apoyada en el asiento del copiloto y meditó la manera de aclarar su contenido. De estar vivo el padre Contreras el problema estaría resuelto. El cura dominaba el latín e incluso leía la Biblia en esa lengua. Sonrió al pensar que el tesoro, antes a repartir entre tres partes, ahora le pertenecía en exclusiva. Decidió regresar a su escondrijo de hampones para pasar su última noche. Abandonaría el coche en la orilla opuesta del río, en el margen derecho, y a primera hora de la mañana partiría hacia Peñíscola. Allí, cerca del tesoro, esperaba hallar la inspiración para interpretar la vitela y recuperar la riqueza oculta en el seno del mar.

Capítulo. 98

A las doce de la noche, casi a punto de concluir su jornada laboral, los agentes Velasco y Padilla, de la Policía Nacional, recibieron órdenes de abandonar su zona de patrulla y sumarse a las fuerzas desplazadas al puente de Triana para establecer un control de tráfico en ambos sentidos. Los agentes debían inspeccionar los vehículos que cruzaban de una orilla a otra del Guadalquivir. La orden hacía hincapié en prestar la máxima atención a un Seat Ibiza de color blanco, cuya matrícula recibieron vía wifi en la tableta que incorporaba el coche patrulla, comprobar la identidad del conductor y, si procedía, arrestarle y trasladarle a la Jefatura Superior de Policía. El parte de aviso, catalogado de «alerta máxima», advertía de la peligrosidad del ocupante del vehículo, Anselmo Bejarano, alias el Sol y Sombra, un delincuente habitual en busca y captura por seis asesinatos. En la tableta del coche patrulla también quedaron registradas las cinco identidades posibles del Sol y Sombra, reconstruidas por los fisonomistas de criminalística, y su ficha policial completa. Los agentes estudiaron los datos recibidos y memorizaron la matrícula y los perfiles. Nada fuera de su rutina habitual tras años de servicio. Los controles para garantizar la seguridad ciudadana estaban a la orden del día, pese a los atascos que ocasionaban y las quejas de los ciudadanos. En líneas generales, se desplegaban los fines de semana para efectuar pruebas de alcoholemia y drogas, detectar armas, vehículos robados, tráfico ilegal de estupefacientes o tabaco, y a delincuentes requeridos por algún juzgado. Fuera de los días señalados solo se instalaban ante algún hecho concreto. Detener a un asesino parecía un buen motivo para cerrar Sevilla a cal y canto.

La orden de establecer controles para localizar al Sol y Sombra se extendió al resto de «zetas» y a los motoristas de las Unidades de Prevención y Reacción. En poco menos de media hora todos los puentes y entradas y salidas por carretera de Sevilla quedaron cortados a la circulación. La medida pretendía dificultar los desplazamientos por la capital e inspeccionar el mayor número de vehículos posible. Los agentes Velasco y Padilla estacionaron su «zeta» en mitad de la calzada del puente de Triana, con las luces de destellos azules encendidas, establecieron un dispositivo de conos en zigzag, para obligar a los vehículos a circular muy despacio frente al control estático, y desplegaron un abrojo como medida preventiva si alguien intentaba saltarse la línea de stop haciendo caso omiso a sus

indicaciones. Dotados de linternas de luces rojas y chalecos fluorescentes, para advertir de su presencia, los agentes obligaban a los coches a aminorar la marcha. A los modelos diferentes al objeto de la búsqueda les dejaban pasar, tras una somera inspección, y a los Seat Ibiza les obligaban a estacionar en un lateral del puente y procedían a revisar la documentación del conductor y del vehículo, aunque la matrícula y el color fuesen diferentes a los requeridos. Pura precaución.

El escaso tráfico de un día laborable por la noche permitía detectar la presencia de un vehículo desde lejos. El agente Padilla observó aproximarse al puente de Triana, en dirección al centro de la ciudad, un coche de color blanco. Alzó su linterna de luz roja, para advertirle de la presencia del control y obligarle a reducir la velocidad. El coche se detuvo a unos cien metros del punto de inspección, a la altura del castillo de San Jorge. El agente insistió con las señales luminosas para que avanzara, pero el conductor permaneció parado sin atender a sus indicaciones. El policía reclamó la atención de su compañero.

—¿Qué ocurre, Padilla?

—Ese conductor desobedece mis órdenes.

—Va borracho o cargado de tabaco de contrabando.

—Pide refuerzos antes de que pegue media vuelta.

—De inmediato.

El agente Padilla, desde su posición, insistió con las señales luminosas para que el automóvil avanzara hacia el puesto de control. Entretanto su compañero requirió, a través de la emisora, la presencia de una patrulla para proceder a la identificación del conductor.

Capítulo. 99

Desde el interior de su vehículo el Sol y Sombra observó, en mitad del puente de Triana, las luces estroboscópicas de destellos azules que indicaban la presencia de un control policial. Despotricó de su mala suerte y golpeó el volante furioso. Había llegado al tramo final de su camino y la senda se torcía. De tener un teléfono móvil nunca se hubiese topado con un control. Los móviles disponían de aplicaciones que alertaban de los lugares donde se situaban y del número de agentes que participaban en los mismos. Se lo comentó un traficante de hachís gaditano, de La Línea, que gracias a una app de las citadas había salvado el pellejo en varias ocasiones. El Sol y Sombra siempre despreció los móviles: facilitaban a la policía la localización de las personas. Algo que no podía permitirse.

Un agente le hacía señales luminosas para que avanzara hacia el puesto y dejara libre la calzada. Debía tomar una decisión sin perder tiempo. Si mantenía su actitud y desobedecía pronto una patrulla acudiría para averiguar qué pasaba. Miró río abajo. Los destellos de otras luces azules, sobre el puente de San Telmo, que unía el centro y el barrio de Los Remedios, le indicaron que también estaba cerrado al tránsito. Dirigió la mirada río arriba. Sobre el puente de Chapina, la salida natural hacia Aljarafe y la provincia de Huelva, las luces azules de los coches de policía destellaban como fuegos de artificio. Algo grave había ocurrido para un despliegue de tamañas proporciones. Pensó en un atentado terrorista. Conectó la radio del Seat pero ninguna emisora informaba más allá de los hechos habituales de una jornada sin sobresaltos. Golpeó de nuevo el volante. Los nervios le hacían sudar a chorros. Corría el peligro de que el sudor desdibujara su capa protectora de maquillaje, el vitíligo quedara al descubierto y le delatara. Había vivido situaciones peores para amedrentarse ante un simple control. Respiró hondo, para mitigar sus pulsaciones y rebajar la adrenalina. Valor le sobraba. No había bebido alcohol ni consumido drogas. Decidió avanzar. Al llegar al control se excusaría ante el policía. Le diría que el motor se le había calado. Debía mantener la calma y evitar cometer el mismo error que en Tarancón. Allí, en un control rutinario de alcoholemia, perdió los nervios, la emprendió a golpes con un policía municipal y acabó tres años en la cárcel. No podía incurrir en el mismo desacierto. Si le encerraban estaba perdido. Jamás recuperaría el tesoro del Papa Luna. La policía hallaría la fotografía, la clave que desentrañaba el misterio, y la

riqueza caería en otras manos. Jamás lo consentiría. Asió el pomo del cambio de marchas y metió la primera para avanzar y dirigirse al control. Un ruido le hizo detenerse. Prestó atención. El rotor de un helicóptero sonaba cada vez más cerca. Un cono de luz alumbró su vehículo. Una patrulla aérea de la Policía Nacional, sumada al rastreo, había recibido el aviso del agente Velasco y se había situado sobre el objetivo a identificar. El Sol y Sombra escuchó, a través de la megafonía del «pájaro», una voz que le conminaba a salir del vehículo manos en alto y a tumbarse sobre el asfalto. Las aspas del rotor levantaban torbellinos de polvo. Las luces del control del puente de Triana se enturbiaron en el parabrisas. Comprendió que estaba perdido. Él era la causa de semejante despliegue. Pensó en abandonar el coche y escapar a pie, pero la patrulla aérea le seguiría sin ningún problema. La voz que bajaba del cielo le apremiaba para que cumpliera sus órdenes. El Sol y Sombra cogió la fotografía de la vitela que reposaba sobre el asiento, la rompió en mil pedazos, abrió la ventanilla y dejó que el torbellino que levantaban las aspas del helicóptero esparciera los papelitos. Su sueño se había esfumado como una bocanada de humo en el aire. Ya nada le importaba. Ni siquiera su propia vida. Hacía años que se había jurado a sí mismo que nunca más pisaría una cárcel. Si le cogían jamás saldría de prisión. Había matado a seis personas. Su condena sería de por vida. Tuvo un recuerdo para su madre y sus hermanos, las únicas personas que le habían respetado y querido. Subió al máximo el volumen de la radio, para acallar la voz del cielo: sonaba Born to Run, de Bruce Springsteen. Una burla del destino. Besó el cristo de oro que colgaba de una cadena en su cuello, apretó el gas a fondo y soltó el embrague. Las ruedas delanteras del Seat Ibiza chirriaron con estruendo, desprendieron una humareda azulada y el coche salió disparado hacia el puente de Triana. Los agentes de policía Padilla y Velasco vieron acercarse el vehículo a toda pastilla. Desplegaron el abrojo y se retiraron del centro de la calzada. A medida que el coche se aproximaba aumentaba su velocidad. El conductor se había vuelto loco. El Ibiza impactó contra los primeros conos que trazaban el zigzag, rozó el «zeta», pasó sobre el abrojo y sus púas de acero hicieron estallar los cuatro neumáticos. El Sol y Sombra perdió el control del vehículo, impactó contra el pretil del puente, el coche se elevó, giró sobre su eje y cayó a las aguas mansas del Guadalquivir.

Capítulo. 100

El puente de Triana permanecía cerrado al tráfico en ambos sentidos para facilitar el acceso a los servicios de seguridad. Para cruzar de una orilla a otra del Guadalquivir los vehículos estaban obligados a utilizar los puentes cercanos de San Telmo o Chapina, cuyos controles se habían levantado para facilitar la circulación. El helicóptero ya había regresado a su base pero varios vehículos de Protección Civil, una ambulancia, un coche de bomberos y algunas patrullas de la Policía Nacional, se habían congregado alertados por el piloto tras presenciar el brutal impacto de un Seat Ibiza blanco cuya matrícula correspondía con la alerta emitida desde la Jefatura Superior. Los agentes Padilla y Velasco, con diez años de antigüedad en el cuerpo, habían participado en decenas de controles estáticos y nunca un vehículo se había lanzado contra ellos para embestirles. Por suerte le vieron venir y pudieron ponerse a salvo. De lo contrario les hubiese arrollado. La colisión contra el pretil había sido muy violenta y su estruendo, ampliado por el silencio de la noche, se oyó en ambas orillas. El coche se estrelló a toda velocidad, sin frenar ni un solo metro.

Juan Barrientos estacionó su coche en el límite del cordón policial y, junto a Joaquín Ayuso y Alberto Soriano, se dirigió al centro del puente. Dos agentes de la Policía Nacional les pidieron que se identificaran. Barrientos les mostró su placa y les autorizaron a pasar. A Joaquín y Soriano los agentes les tomaron por policías de Madrid a las órdenes del inspector. Varios periodistas y fotógrafos protestaron. Ellos también tenían un trabajo que hacer. Soriano disimuló para evitar que le reconocieran y acribillaran a fotos y preguntas. La experiencia del día anterior le había resultado bastante desagradable. No le gustaba ser el centro de la noticia. Junto al sector del pretil, donde había chocado el coche, el inspector Jesús Cortada hablaba con la forense Irene Molina y varios de sus colaboradores. Habían tomado diferentes medidas y fotografías, y el testimonio de los agentes Velasco y Padilla sobre el suceso para adjuntarlo al informe pericial. Otros testigos, también policías, entre ellos el piloto del helicóptero, que comunicó con la forense vía radio, ratificaron que el vehículo hizo caso omiso a las señales luminosas y requerimientos de los agentes y se lanzó contra el control. Barrientos, Joaquín y Soriano se sumaron al corro.

—Buenas noches —les saludó la forense.

—No esperábamos verla tan pronto, doctora —correspondió Barrientos.

—Y menos con otro fiambre de por medio —añadió Soriano, con socarronería.

—¿El Sol y Sombra? —preguntó Barrientos, y señaló el pretil.

—Eso parece —respondió Cortada—. Ha acabado en el fondo del río.

—¿Se ha lanzado contra los agentes? —inquirió Joaquín.

—A toda velocidad. Mis hombres no han podido evitar el desastre.

—Me jugaría la paga —habló la doctora— a que actuó consciente de que iban a detenerle. Un comportamiento común en gente que vive al límite.

—Ese tipo estaba fuera de sí —terció Soriano—. Su mente no discernía entre la realidad y la ficción. Se convirtió en un kamikaze.

—¿Van a rescatar el vehículo? —dijo Joaquín.

—Esperamos —le contestó Cortada— a los buzos de la Guardia Civil. Ellos tienen la última palabra. Mi experiencia me dicta que hasta el amanecer el Sol y Sombra estará en remojo.

—No creo que le importe —ironizó Soriano.

Un furgón del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas, una unidad de la Guardia Civil encargada de prestar servicio en las aguas marítimas y continentales bajo jurisdicción del Estado, dotado de un remolque que arrastraba una lancha neumática, se abrió paso en el área restringida al resto de vehículos.

—Ahí llegan —dijo Cortada.

El guardia civil al mando del grupo de buceo se apeó del vehículo y se presentó al inspector Cortada.

—Otra noche en vela, señor.

—Van a tener que mojarse, teniente —bromeó Cortada.

—Para eso nos pagan. ¿Qué ha ocurrido?

—Un vehículo no ha respetado un control y se ha precipitado al río.

—¿Un borracho?

—Suponemos que decidió suicidarse para evitar el arresto. Le consideramos sospechoso de la muerte de seis personas.

—Una perla.

—¿Cuánto tiempo les llevará la evaluación? Tengo ganas de acostarme. Ha sido un día duro.

—Inspeccionaremos el vehículo. En este tramo el río tiene poco desnivel y su caudal está sometido a las mareas. Eso facilita nuestra labor.

—En realidad —apostilló la doctora— se trata del antiguo cauce del Guadalquivir.

—¿Por qué hay dos lechos? —curioseó Soriano.

—A mediados del siglo pasado, para evitar inundaciones, se creó este brazo muerto del Guadalquivir, el canal de Alfonso XIII o dársena de Sevilla.

—Conocemos su fondo a la perfección —afirmó el teniente de la Guardia Civil—. Hemos buceado numerosas veces en el canal. No pueden considerarse aguas peligrosas. Aunque pese a la escasa corriente trabajar a oscuras complica cualquier operación de rescate. Echaremos un vistazo.

—Infórmeme lo antes posible —le rogó Cortada.

El teniente al mando de los buzos ordenó a sus compañeros descender, con la ayuda de un cabestrante del frontal del furgón, el remolque y la barca neumática hasta la orilla del río. El coche de bomberos, dotado de un potente foco, iluminó la zona para facilitarles la maniobra. Varios miembros del grupo subacuático, acompañados de su jefe, subieron en la barca y remaron hacia el centro del cauce. Los agentes Velasco y Padilla señalaron el área del río donde el coche había caído al agua. Un bombero dirigió el foco hacia el lugar y alumbró la superficie. Dos especialistas se vistieron de hombre rana, comprobaron su suministro de oxígeno y se sumergieron. A los pocos minutos emergieron. Habían localizado el vehículo. El teniente responsable del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas subió al puente para informar al inspector Cortada.

—El coche está destrozado —dijo—. ¿Cuántas personas iban?

—Una —respondió.

—Su cuerpo ha quedado atrapado en el interior. Lo hemos comprobado.

—Ha habido suerte.

—Sí. De lo contrario habría que rastrear el cauce.

—Ha tenido el final que se merecía —dijo Soriano.

—¿Es posible el rescate? —preguntó Cortada.

—Esta noche imposible —dijo—. Ahí abajo está oscuro y mis hombres correrían peligro. Hay que trabajar con material pesado y eso siempre entraña riesgos.

—¿Puede la corriente arrastrar al vehículo?

—No. Está atrapado en el cieno. He consultado la previsión meteorológica y no hay previstas precipitaciones que puedan aumentar el caudal y la fuerza del agua. De todas maneras procederemos a señalizarlo con boyas.

—Hablaré con la Autoridad Portuaria para que prohíban el tráfico marítimo en esta parte. Los barcos de recreo y los piragüistas suelen frecuentar el sector entre Triana y la torre del Oro.

—Pregúnteles si disponen de una grúa flotante. La necesitaremos para elevar el coche.

—Le tendré informado.

—Gracias.

—Ya lo han oído. Se acabó el espectáculo hasta mañana al amanecer.

—Si me disculpan —dijo la doctora Molina— me retiro. Hemos terminado la inspección ocular y el procesado de datos. Parece claro que el conductor embistió de manera voluntaria el puesto de control y perdió el dominio del vehículo al reventar el abrojo las ruedas.

—Que descanse, doctora —dijo Cortada.

—Nosotros también nos vamos —terció Barrientos—. ¿A qué hora extraerán el coche del agua?

—Sobre las ocho. Con los primeros rayos de luz.

—Aquí estaremos —dijo Joaquín.

—Buenas noches —les deseó Cortada.

Jesús Cortada organizó el retén de policía que debía custodiar el lugar del incidente y autorizó a abrir el puente de Triana al tráfico por la calzada en dirección al barrio homónimo. Una patrulla de la Policía Municipal se encargaría de regular la circulación. Se masajeó los músculos cervicales para aliviar la tensión acumulada. La nuca empezaba a dolerle. Estaba satisfecho. Había tomado las decisiones correctas y el Sol y Sombra, un peligroso asesino, jamás volvería a matar. Echó una última mirada a las aguas del río. De haberle detenido e interrogado su primera pregunta hubiese sido para buscar una razón, si la había, al hecho de matar a seis personas por un bulo estúpido. Ya nunca lo sabría.

Capítulo. 101

Los primeros rayos de sol iluminaban la superficie del agua. Desde hacía una hora los miembros de la Guardia Civil del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas habían tomado posiciones. Varios guardias, con sus trajes de neopreno y botellas de oxígeno sujetas a la espalda, esperaban en la barca neumática la orden de sumergirse para iniciar el rescate. Una grúa flotante, llegada desde el puerto fluvial, con la capacidad de elevar cincuenta toneladas a sesenta metros de altura, se había trasladado a la zona para izar el coche desde el fondo del río al tablero del puente situado a unos doce metros de la superficie del agua. Un grupo de bomberos, provisto de herramientas hidráulicas para realizar excarcelaciones, también esperaba para prestar su servicio. Jesús Cortada había madrugado para organizar el operativo policial y observaba atento el despliegue de los diferentes actores que iban a proceder a extraer el vehículo. Había ordenado cortar de nuevo la circulación en ambos sentidos, para facilitar las operaciones y evitar la presencia de curiosos. La noche anterior los medios de comunicación habían dado la noticia de lo sucedido y creado cierta expectación entre los sevillanos. Un responsable del departamento de Arquitectura y Patrimonio del ayuntamiento también se había personado para velar por la integridad del puente de Triana, declarado Monumento Histórico Nacional al figurar entre los puentes más antiguos de España construidos en hierro fundido, según el sistema del ingeniero francés Antoine-Rémy Poloceau, a imitación del desaparecido puente del Carrousel de París. El conductor de un furgón mortuorio aguardaba paciente, entretenido en hablar con la jueza encargada de las diligencias judiciales, para trasladar el cadáver al Instituto Anatómico Forense. Todo estaba a punto.

Juan Barrientos, Joaquín Ayuso y Alberto Soriano permanecían junto a la forense Irene Molina en el sector del puente en el que la grúa tenía previsto depositar el vehículo. El murmullo de la ciudad sonaba como un lamento por el alma del Sol y Sombra. El sol destellaba sobre el agua del Guadalquivir y la convertía en un espejo de plata. Otro día de invierno agradable. El jefe de los buzos, a través de un walki-talki, habló con el operario de la grúa para que situase la pluma en la vertical de las boyas que señalaban el punto donde estaba sumergido el vehículo. El gruista realizó la maniobra y los especialistas del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas se lanzaron al agua de espaldas desde los costados de su zódiac. Desaparecieron bajo la superficie y su

posición solo la delataban las burbujas que emergían como grandes pompas de jabón. Los buzos, dotados de linternas frontales ceñidas a sus cabezas, colocaron en la carrocería del coche, aplastada a causa de la colisión, un par de estrobos de ojos con guardacabos. Al completar la actuación un miembro del equipo emergió y con la mano realizó una seña para que el operario de la grúa descendiera el gancho. El gruista dio su okey al jefe de los submarinistas, a través del walki-talki, e inició la maniobra. El resto de buzos que permanecían sumergidos aseguraron el gancho de la grúa a los estrobos. Salieron a la superficie y el encargado de la grúa comenzó el proceso de elevación. Pasados unos minutos el coche emergió del agua. La grúa levantó el Seat Ibiza hasta la altura del puente y desplegó su pluma extensible para depositarlo sobre el tablero. Una vez completó la maniobra se retiró. La doctora Molina y su equipo de Criminalística revisaron el vehículo junto a los inspectores Cortada y Barrientos, y Joaquín y Soriano. El coche estaba destrozado. El primer golpe contra el pretil había deshecho el frontal y el segundo, contra la superficie del agua, había hundido el techo por completo. Tras un primer examen la forense reclamó la presencia de los bomberos para excarcelar el cuerpo del Sol y Sombra. Un bombero, especializado en el manejo de herramientas hidráulicas de brazos combinados, para efectuar separaciones y cortes, se presentó con el equipo y procedió a seccionar los montantes que anclaban el techo a la carrocería. Al completar el corte sus compañeros retiraron el techo, extrajeron el cuerpo del Sol y Sombra y lo depositaron en una bolsa de vinilo para cadáveres. La doctora Molina, dotada de unos guantes de látex, lo inspeccionó y procedió a realizarle una necrodactiloscopia. El agua había lavado el maquillaje y descubierto las manchas del vitíligo.

—Es el Sol y Sombra —dijo Barrientos, y señaló el machete de matar tiburones que lucía en la cintura.

—Las huellas dactilares lo corroborarán —apuntó la forense.

—¿Murió ahogado? —curioseó Soriano.

—Pienso que no. Muestra un fuerte golpe en el parietal derecho. El hueso está hundido y quizá toca el cerebro. Debió producírselo el primer impacto. De todas maneras hasta que no concluya la autopsia solo son especulaciones.

—Un golpe mortal.

—Eso parece. Será fácil determinar la causa de la muerte. Si no presenta agua en los pulmones la cosa está clara.

—Doctora —dijo Joaquín—, puede buscar una fotografía entre sus ropas.

La forense vació los bolsillos de la chupa de cuero, de la camisa y del pantalón que vestía el Sol y Sombra sin hallarla.

—Nada —dijo.

—El piloto del helicóptero —argumentó Cortada— reportó que había visto al conductor lanzar un montón de papelitos por la ventanilla. El viento los dispersó y ha sido imposible recuperarlos.

—La foto —supuso Joaquín.

—Estaba tan convencido de que ocultaba el secreto para hallar el tesoro del Papa Luna —dedujo Soriano— que la destruyó para que nadie se lo arrebatara.

—Un pobre diablo.

—Buscaba la riqueza en el fondo del mar y ha hallado la muerte en el lecho de un río.

—Los tipos así —soltó Barrientos— no merecen ninguna compasión. Mató a seis personas.

—Y la búsqueda del tesoro se ha llevado a nueve —lamentó Soriano —. Se desató una locura colectiva.

—Eso es una tontería —replicó Cortada.

—Siento contradecirle, inspector —habló la doctora Molina—. La psiquiatría ha descrito la denominada «locura de dos», un trastorno compartido.

—¿En qué consiste?

—Se trata de un cuadro clínico en que el paciente psiquiátrico induce a otros su delirio.

—Defina «delirio» desde el punto de vista médico —se interesó Joaquín.

—Creencias falsas —expuso— que los enfermos aceptan y hacen oídos sordos a cualquier argumento lógico. A este tipo de pacientes se les llama «locos razonadores» porque conservan la capacidad de pensar con lógica y encuentran toda clase de juicios para defender su

creencia. Según algunos psiquiatras Hitler era un paranoico que contagió su patología al pueblo alemán.

—Interesante —admitió Soriano.

—¿Qué harán con el cadáver? —dijo Joaquín.

—El Sol y Sombra no tiene familiares —respondió Cortada—, ni domicilio fijo, ni bienes para responder a los gastos del sepelio. Una vez la forense concluya su trabajo y la jueza lo autorice su cuerpo se entregara al ayuntamiento para que los servicios de beneficencia se encarguen de inhumarlo.

—La cremación es más barata.

—La incineración está prohibida —aclaró la forense— por si alguien reclama el cadáver.

Barrientos sacó de un bolsillo las cuartillas redactadas por Cristina Losvalles antes de morir y se las entregó al capitán Soriano.

—¿Qué es esto? —dijo.

—Pensamientos, reflexiones, confesiones de Cristina.

—¿Por qué obran en su poder?

—Mis hombres las hallaron al registrar su camerino tras la muerte del Quisquilla.

—No me dijo nada. Se las guardó.

—Le pido disculpas. Eran una prueba y debía custodiarlas. Ya no creo que vaya a necesitarlas.

—Entiendo.

—Léalas —le aconsejó—. Esa mujer le amaba. No puede imaginarse hasta qué punto.

—Gracias, inspector.

La doctora Molina ordenó a sus agentes cerrar la bolsa y trasladar el cuerpo del Sol y Sombra al furgón mortuorio. Barrientos y Cortada se retiraron para consensuar las indagaciones que ambos habían realizado y redactar un informe sin contradicciones. Joaquín y Soriano se quedaron solos apoyados en el pretil del puente y sus miradas fijas

en las aguas del Guadalquivir.

—Los buenos ganamos otra vez a los malos —dijo Soriano.

—No se equivoque. En la sociedad no habría malos sino hubiese malos.

—¿Es un acertijo?

—No. Una realidad. El Sol y Sombra tuvo una vida difícil que le llevó a la senda de la delincuencia porque de niño nadie se ocupó de él. A los políticos les elegimos para que velen por el bien común, pero jamás cumplen su función. Desatienden los gritos de la sociedad, se convierten en seres corruptos y generan a otros seres malos. El Sol y Sombra es un buen ejemplo de su mala gestión.

—No voy a quitarte la razón. Siempre la tienes.

—Lo dudo. Solo digo lo que pienso.

—¿Qué vas a hacer?

—Regresar a casa de inmediato.

—Gracias por todo amigo.

Alberto Soriano le entregó su teléfono móvil para que llamara a Ángela y le comunicara que volvía a casa. Ella se alegraría. Soriano se alejó por el puente, en dirección al barrio de Triana, para respetar la intimidad de su amigo. Poco a poco los dispositivos de rescate abandonaron el lugar. La grúa descendía río abajo y el tráfico, con su runrún que marcaba el latido de la ciudad, recobraba el trasiego de un día cualquiera. De la radio de una casa escapaban las notas de una copla. Se detuvo y prestó atención.

Si tu gente no me quiere, Ni a ti te traga la mía.

Porque tú te has vuelto loco y yo estoy loca perdida.

Si tú no tienes dinero

y yo no tengo dos reales…

Son las cosas de la vida, son las cosas del querer, no tienen fin ni principio, ni tienen cómo ni por qué…

A Alberto Soriano se le humedecieron los ojos, levantó la vista al cielo y tuvo un recuerdo para Cristina Losvalles, la Amapola de Triana.

Table of Contents

La coplista que perdió la voz
Nota de gratitud
Capítulo. 1
Capítulo. 2
Capítulo. 3
Capítulo. 4
Capítulo. 5
Capítulo. 6
Capítulo. 7
Capítulo. 8
Capítulo. 9
Capítulo. 10
Capítulo. 11
Capítulo. 12
Capítulo. 13
Capítulo. 14
Capítulo. 15
Capítulo. 16
Capítulo. 17
Capítulo. 18
Capítulo. 19
Capítulo. 20
Capítulo. 21
Capítulo. 22
Capítulo. 23
Capítulo. 24
Capítulo. 25
Capítulo. 26
Capítulo. 27
Capítulo. 28
Capítulo. 29
Capítulo. 30
Capítulo. 31
Capítulo. 32
Capítulo. 33
Capítulo. 34
Capítulo. 35
Capítulo. 36
Capítulo. 37
Capítulo. 38
Capítulo. 39

Capítulo. 40
Capítulo. 41
Capítulo. 42
Capítulo. 43
Capítulo. 44
Capítulo. 45
Capítulo. 46
Capítulo. 47
Capítulo. 48
Capítulo. 49
Capítulo. 50
Capítulo. 51
Capítulo. 52
Capítulo. 53
Capítulo. 54
Capítulo. 55
Capítulo. 56
Capítulo. 57
Capítulo. 58
Capítulo. 59
Capítulo. 60
Capítulo. 61
Capítulo. 62
Capítulo. 63
Capítulo. 64
Capítulo. 65
Capítulo. 66
Capítulo. 67
Capítulo. 68
Capítulo. 69
Capítulo. 70
Capítulo. 71
Capítulo. 72
Capítulo. 73
Capítulo. 74
Capítulo. 75
Capítulo. 76
Capítulo. 77
Capítulo. 78
Capítulo. 79
Capítulo. 80
Capítulo. 81
Capítulo. 82
Capítulo. 83

Capítulo. 84
Capítulo. 85
Capítulo. 86
Capítulo. 87
Capítulo. 88
Capítulo. 89
Capítulo. 90
Capítulo. 91
Capítulo. 92
Capítulo. 93
Capítulo. 94
Capítulo. 95
Capítulo. 96
Capítulo. 97
Capítulo. 98
Capítulo. 99
Capítulo. 100
Capítulo. 101